MESA PARA DOS

AMOR TOWLES

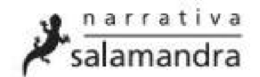




Amor Towles

MESA PARA DOS

Traducción del inglés de
Gemma Rovira Ortega



En memoria de mi padre
Stokley Porter Towles

NUEVA YORK

La cola

1

En los últimos días del último zar vivía en una pequeña aldea a ciento sesenta kilómetros de Moscú un campesino llamado Pushkin. Aunque Pushkin y su mujer, Irina, no habían recibido la bendición de los hijos, sí habían recibido la bendición de una acogedora casita de dos habitaciones y unas pocas hectáreas de terreno que cultivaban con la paciencia y tenacidad propias de su condición. Surco a surco, labraban sus parcelas, sembraban sus semillas y recogían sus cosechas, yendo y viniendo por el terreno como una lanzadera por el telar. Y al terminar la jornada, volvían a casa y cenaban sopa de col sentados a su mesita de madera, para luego rendirse al bendito sueño del campo.

El campesino Pushkin no compartía la facilidad de palabra de su tocayo pero tenía alma de poeta, y viendo brotar las hojas de los abedules, arreciar las tormentas veraniegas o brillar los tonos dorados del otoño sentía una inmensa satisfacción. Tanto es así que si hubiera encontrado una vieja lámpara de bronce mientras labraba los campos y liberado de su interior a un viejo genio dispuesto a concederle tres deseos, Pushkin no habría sabido qué pedirle.

Y todos sabemos perfectamente adónde conduce ese tipo de felicidad.

2

Como muchos campesinos rusos, Pushkin y su mujer pertenecían a un *mir*, una cooperativa que arrendaba las tierras, repartía las parcelas y

compartía los gastos del molino. En ocasiones, los miembros del *mir* se reunían para debatir algún asunto de interés común. En la primavera de 1916, en una de esas reuniones, un joven recién llegado de Moscú subió a la tarima para hablarles de la injusticia que imperaba en un país donde el diez por ciento de la población poseía el noventa por ciento de las tierras. Describió con cierto detalle los métodos con los que el capital había endulzado su propio té y cubierto de plumas su propio nido. En definitiva, animó a todos los reunidos a despertar de su sopor y unirse a él en la marcha hacia la inevitable victoria del proletariado internacional sobre las fuerzas de la represión.

Pushkin no era un hombre interesado por la política, ni siquiera un hombre que hubiese recibido mucha educación. Así que no alcanzaba a comprender la importancia de todo lo que aquel moscovita les estaba contando. Pero el visitante hablaba con tanto entusiasmo y empleaba expresiones tan pintorescas que Pushkin se distrajo observando cómo las palabras del joven se alejaban flotando, como quien contempla las banderas de una procesión del día de Pascua.

Esa noche Pushkin y su mujer caminaban en silencio de regreso a casa. A él eso le parecía lo apropiado, dada la hora, la delicada brisa y el coro de grillos que cantaba entre la hierba. Pero el silencio de Irina recordaba a una sartén caliente segundos antes de echar la grasa. Mientras que Pushkin se había divertido observando cómo las palabras de aquel joven se alejaban flotando, la conciencia de Irina se había cerrado como las fauces de un cepo sobre ellas. Las había atrapado con un fuerte chasquido y no tenía intención de soltarlas. Es más, apretaba tan fuerte los argumentos del joven que si él hubiese querido recuperarlos habría tenido que roer sus propias frases como un lobo atrapado en un cepo roería su tobillo.

3

La sabiduría del campesino se basa en un único axioma: las guerras vienen y van, los gobernantes ascienden y caen, las creencias

populares se instauran y menguan, pero un surco siempre será un surco. Así pues, Pushkin fue testigo de los años de guerra, de la caída de la monarquía y del ascenso del bolchevismo con la juiciosa perspectiva de Matusalén. Y cuando finalmente la hoz y el martillo ondearon sobre la Madre Rusia, él estaba preparado para coger su arado y seguir trabajando como había hecho toda su vida. Por eso lo pilló desprevenido la noticia que le dio su mujer en mayo de 1918: se iban a vivir a Moscú.

—¿A Moscú? —dijo Pushkin—. Pero ¿por qué demonios tendríamos que irnos a vivir Moscú?

—¿Que por qué? —preguntó Irina, y dio un pisotón—. ¿Por qué? ¡Pues porque ha llegado la hora!

En las páginas de las novelas del siglo XIX no era inusual que las jóvenes adorables que se habían criado en el campo anhelaran la vida de la capital. Al fin y al cabo, sólo allí podían vestirse a la última moda, aprenderse los últimos pasos de baile y hablar *sotto voce* de las últimas intrigas románticas. De forma parecida, Irina anhelaba irse a vivir a Moscú porque allí era donde los obreros de las fábricas golpeaban con sus martillos al unísono y donde podían oírse las canciones del proletariado desde la puerta de todas las cocinas.

—Nadie tira a un monarca por un precipicio para celebrar cómo eran antes las cosas —proclamó Irina— . ¡Por fin ha llegado la hora de que los rusos sienten las bases del futuro, hombro con hombro y piedra a piedra!

Irina le expuso su postura a su marido, empleando todas esas palabras y muchas más, pero ¿se lo discutió Pushkin? ¿Dio voz a las primeras dudas que lo asaltaron? No. En lugar de eso, haciendo gala de un gran cuidado y delicadeza, formuló una refutación.

Curiosamente, cuando la postura de Pushkin empezó a tomar consistencia, Pushkin recurrió a las mismas palabras que había empleado Irina: «Ha llegado la hora.» Porque esa frase no le resultaba extraña. De hecho, podría considerarse su pariente más cercano. Desde que era un niño, lo había despertado por la mañana y lo había arropado por la noche. «Ha llegado la hora de sembrar», se decía en primavera mientras levantaba las persianas para que entrase la luz.

«Ha llegado la hora de segar», se decía en otoño al encender el fuego de la estufa. Ha llegado la hora de ordeñar las vacas, de embalar el heno o de apagar las velas. Esto es, ha llegado la hora de hacer —no de una vez por todas, sino una vez más— lo que uno ha hecho siempre a imagen y semejanza del sol, la luna y las estrellas.

Ésa fue la refutación que Pushkin empezó a formular aquella primera noche cuando se metió en la cama. Siguió formulándola a la mañana siguiente mientras andaba con su mujer por la hierba perlada de rocío de camino a los campos. Y todavía seguía formulándola en otoño de aquel año cuando cargaron todas sus posesiones en su carreta y partieron hacia Moscú.

4

El 8 de octubre la pareja llegó a la capital tras cinco días en la carretera. No hace falta insistir en cada una de sus primeras impresiones mientras traqueteaban por las calles: en el primer tranvía, las primeras farolas o el primer edificio de seis plantas que vieron; en las multitudes bulliciosas, las enormes tiendas y los monumentos legendarios, como el Bolshói y el Kremlin. No hace falta que insistamos en nada de eso. Bastará con decir que las impresiones que les causaron esas imágenes fueron diametralmente opuestas. A Irina le suscitaron resolución, urgencia y entusiasmo, mientras que a Pushkin sólo le suscitaron abatimiento.

Al llegar al centro de la ciudad, Irina no perdió ni un minuto en recuperarse del viaje. Le dijo a Pushkin que se quedara donde estaba, se orientó rápidamente y desapareció entre la muchedumbre. Al final del primer día ya había conseguido un piso de una habitación en el Arbat, donde, en lugar de un retrato del zar, colgó una fotografía de Vladímir Ilich Lenin con un flamante marco. Al final del segundo día ya había deshecho el equipaje y había vendido la carreta y el caballo. Y al final del tercero ya había conseguido empleo para los dos en la cooperativa de galletas Estrella Roja.

La cooperativa, que anteriormente había sido propiedad de la empresa Crawford’s & Co. de Edimburgo (pasteleros de la reina desde 1813), ocupaba unas instalaciones de cinco mil metros cuadrados y daba trabajo a quinientos empleados. Tras sus verjas exhibía dos silos de grano y su propio molino de harina. Tenía salas de mezcla con mezcladoras gigantescas, salas de horneado con hornos gigantescos y salas de embalaje con cintas transportadoras que llevaban las cajas de galletas hasta la parte trasera de camiones que esperaban con el motor al ralentí.

Al principio a Irina la colocaron de ayudante de uno de los pasteleros. Pero un día se aflojó la puerta de un horno e Irina demostró ser tan experta con la llave inglesa que la transfirieron de inmediato al equipo de mecánicos. En cuestión de días, todos supieron que Irina era capaz de apretar los tornillos de las cintas transportadoras mientras éstas seguían funcionando sin interrupción.

Entretanto destinaron a Pushkin a la sala de mezcla, donde la masa de las galletas se mezclaba en unos inmensos recipientes con unas palas que hacían un fuerte ruido metálico al chocar contra las paredes. El trabajo de Pushkin consistía en añadir la vainilla a cada tanda de galletas cuando se encendía una luz verde. Pero tras haber dispensado con cuidado la vainilla en la taza medidora correspondiente, el ruido de la maquinaria era tan ensordecedor y el movimiento de las palas tan hipnótico que Pushkin simplemente se olvidaba de añadir el aromatizante.

A las cuatro en punto, cuando el catador oficial llegó a hacer su trabajo, ni siquiera necesitó probar una muestra para saber que algo fallaba. Lo supo por el aroma. «¿Qué gracia tiene una galleta de vainilla que no sabe vainilla?», le preguntó a Pushkin retóricamente, y a continuación tiró la producción de todo un día a la basura. En cuanto a Pushkin, lo destinaron a la cuadrilla de barrenderos.

El primer día en su nueva ocupación lo enviaron con su escoba a un cavernoso almacén donde los sacos de harina se amontonaban formando torres altísimas. Pushkin no había visto tanta harina en su vida. Los campesinos sueñan con que haya una cosecha abundante y suficiente grano para todo el invierno, e incluso un poco de reserva

para estar cubiertos en caso de sequía, pero los sacos de harina de aquel almacén eran tan grandes y formaban unas pilas tan altas que Pushkin se sentía como en la cocina de aquel cuento donde un gigante mete a los humanos dentro de sus tartas.

Aunque el espacio resultaba abrumador, el trabajo de Pushkin era bastante sencillo. Tenía que barrer la harina que se esparcía por el suelo cuando llevaban los sacos en carretillas a la sala de mezcla.

Tal vez fuesen los nervios que sentía desde que había llegado a la ciudad; el recuerdo del manejo de la hoz, un movimiento que Pushkin había aprendido de muy joven y practicado de buen grado; o un trastorno muscular congénito todavía por diagnosticar… ¿Quién sabe? Pero cada vez que intentaba barrer la harina que se había caído al suelo, en lugar de empujarla hacia el recogedor, la lanzaba por los aires. La harina ascendía formando una gran nube blanca que se posaba como una fina capa de nieve sobre sus hombros y su pelo.

—¡No, no! —insistía el capataz quitándole la escoba de las manos—. ¡Así!

Y con un par de rápidos golpes de escoba, el encargado limpiaba dos metros cuadrados de suelo sin levantar una sola mota de harina.

Pushkin, que era un hombre deseoso de complacer, observaba la técnica del capataz con la atención de un aprendiz de cirujano. Pero, en cuanto el capataz se daba la vuelta y su escoba se ponía en movimiento, empezaba a volar la harina. Después de tres días de servicio con los barrenderos, despidieron a Pushkin de la cooperativa de galletas Estrella Roja.

—¡¿Despedido?! —gritó Irina esa noche en su pisito—. ¡Pero ¿cómo te van a despedir en un país comunista?!

En los días siguientes, Irina tal vez intentase contestar esa pregunta, pero había mecanismos que ajustar y tornillos que apretar. Es más, ya la habían elegido para el comité de trabajadores de la fábrica, donde rápidamente se hizo famosa por subir la moral de sus camaradas citando el *Manifiesto comunista* a la mínima oportunidad. Dicho de otro modo, era una bolchevique de pies a cabeza.

5

Con la ratificación de la nueva Constitución en 1918, llegó el amanecer de la era proletaria. También fue el periodo de las detenciones masivas de enemigos del pueblo, de la obtención forzosa de producción agrícola, de la prohibición del comercio privado y del racionamiento de los productos esenciales. Pero bueno, ¿qué esperabais? ¿Un pastel glaseado y una criada que os ahuecara las almohadas?

Entre el turno de doce horas en la fábrica y sus obligaciones en el comité de trabajadores, Irina no tenía ni un minuto libre. Así que una mañana, antes de irse a trabajar, le dio las cartillas de racionamiento del pan, la leche y el azúcar a su ocioso marido y le dijo sin ambages que cuando regresara esa noche a las diez quería ver los armarios llenos. Luego salió dando un portazo tan fuerte que Vladímir Ilich osciló en el clavo donde estaba colgado.

Nuestro héroe se quedó allí plantado mirando la puerta con los ojos como platos mientras oía las pisadas de Irina escaleras abajo. Sin moverse, la oyó salir del edificio e ir caminando hasta el trolebús. Escuchó el traqueteo del trolebús por la ciudad y el sonido del silbato cuando Irina entró por la verja de la cooperativa. Hasta que no oyó el ruido de las cintas transportadoras que empezaban a rodar, a Pushkin no se le ocurrió pronunciar la frase: «Sí, querida.» Entonces, con las cartillas de racionamiento en la mano, se caló la gorra y se lanzó a las calles muy decidido.

Pushkin caminaba pensando en su tarea con cierto temor. Se imaginaba una tienda abarrotada de moscovitas que señalaban, gritaban y empujaban. Visualizaba una pared de estantes llenos de cajas de vivos colores y a un dependiente que le preguntaba qué quería, le decía que se diera prisa y ponía el artículo equivocado sobre el mostrador dando un golpazo antes de gritar: «¡Siguiente!»

Figuraos su sorpresa cuando llegó a la panadería de la calle Acorazado Potemkin —la primera parada que tenía programada— y

encontró la tienda más tranquila que un portal de Belén. En lugar de dedos que señalaban, gritos y empujones había una cola. Una cola ordenada y compuesta casi en su totalidad por mujeres de edades comprendidas entre los treinta y los ochenta años que se extendía grácilmente desde la puerta y doblaba la esquina con educación.

—¿Es ésta la cola de la panadería? —le preguntó a una mujer mayor.

Antes de que ella pudiese contestar, otra que estaba cerca hizo un brusco ademán con el pulgar y dijo:

—El final de la cola está al final de la cola, camarada. Al final del final.

Pushkin le dio las gracias, dobló la esquina y fue siguiendo la cola a lo largo de tres manzanas hasta llegar al final del final. Tras ocupar obedientemente su lugar, Pushkin se enteró, gracias a las dos mujeres que tenía delante, de que la panadería sólo ofrecía un artículo a cada cliente: una hogaza de pan negro. Las mujeres le dieron esa información con enfado, pero a Pushkin lo animó. Si sólo se dispensaba una hogaza de pan negro por cliente, no habría necesidad de examinar, seleccionar ni dar golpetazos con los artículos. Pushkin esperaría en la cola, recibiría su hogaza y se la llevaría a casa, tal como le habían ordenado.

En eso pensaba cuando una joven apareció a su lado.

—¿Acaba aquí la cola? —preguntó.

—¡Sí! —exclamó Pushkin con una sonrisa, contento de poder ayudar.

Dos horas después Pushkin había avanzado dos manzanas.

A algunos de nosotros, quizá a la mayoría, el tictac de esos minutos nos habría sonado como el goteo de un grifo en plena noche. Pero no a Pushkin. Ese rato que pasó en la cola no se puso más nervioso que cuando esperaba a que brotara un plantón o a que el heno cambiara su color. Además, mientras esperaba, tuvo ocasión de entablar una de sus conversaciones favoritas con las cuatro mujeres de su alrededor.

—¿Verdad que hace un día precioso? —les dijo—. El sol no podría

brillar más y el cielo no puede estar más azul. Aunque sospecho que esta tarde podríamos tener un poco de lluvia…

¡¿El tiempo?!, os oigo exclamar con exasperación, ¡¿ésa es una de sus conversaciones favoritas?!

Sí, sí, ya lo sé. Cuando Dios Padre sonríe a una nación, cuando aumenta la media de los ingresos, abunda la comida y los soldados pasan el rato jugando a las cartas en sus barracones, no hay nada más digno de desdén que una charla sobre el tiempo. En las cenas y las meriendas, quienes recurren por rutina a ese tema se consideran aburridos, incluso insufribles. La posibilidad de que haya una tormenta sólo les parece válida como tema de conversación a quienes carecen de imaginación o inteligencia para hablar de las últimas obras literarias, las últimas películas y la situación internacional (o, dicho de otro modo, de la actualidad). Sin embargo, cuando una sociedad atraviesa un periodo de agitación, hablar del tiempo no parece tan inapropiado…

—Es verdad —coincidió una de las mujeres, y sonrió—. Hace un día precioso.

—Aunque es cierto que, por las nubes que asoman por detrás de la catedral, creo que tiene usted razón en lo de la lluvia —observó otra.

Y, curiosamente, les dio la impresión de que el tiempo pasaba un poco más deprisa.

A la una de la tarde —con su hogaza de pan bajo el abrigo—, Pushkin se dirigió a la calle Maksim Gorki, donde le habían ordenado que consiguiera el azúcar. Una vez más lo invadió la ansiedad cuando se acercaba a la tienda, aunque esta vez contrarrestada por una pizca de esperanza. ¿Y qué encontró al llegar a su destino? ¡Por la gracia de Dios, otra cola!

Lógicamente, como ya era tarde, la cola de la tienda de comestibles era más larga que la de la panadería. Pero la breve lluvia que había caído sobre Moscú entre las 12.15 h y las 12.45 h había enfriado las calles y refrescado el ambiente. Y al acercarse, dos mujeres a las que había conocido en la cola del pan lo saludaron con la mano y le

sonrieron. Así que Pushkin ocupó su lugar con cierta sensación de bienestar.

En la acera de enfrente, a la altura de donde se encontraba Pushkin, se alzaba el Conservatorio Chaikovski, el mejor ejemplo de arquitectura neoclásica que existía en toda Rusia.

—Qué edificio tan precioso —le dijo Pushkin a la anciana que se había puesto detrás de él en la cola—. Mire todas esas volutas en lo alto de las columnas y las estatuillas de debajo de los aleros.

La mujer, que vivía en aquel barrio desde hacía más de cuarenta años y había pasado por delante del edificio mil veces sin prestarle atención, lo miró y tuvo que admitir, ahora que se fijaba, que era, desde luego, un edificio precioso.

Y así, en la cola de la tienda de alimentación el tiempo también empezó a pasar un poco más deprisa. De hecho, pasó tan rápido que la tarde le pasó volando...

Esa noche, cuando Irina regresó a casa, Pushkin estaba de pie junto a la puerta en tal estado de agitación que ella dio un suspiro de exasperación nada más verlo.

—¿Y ahora qué ha ocurrido? —preguntó.

Pushkin tuvo la sensatez de no mencionar el buen tiempo, la arquitectura del conservatorio ni a las simpáticas mujeres que había conocido. Le explicó que la cola del pan y la del azúcar eran tan largas que no había tenido tiempo de hacer la cola de la leche.

Pushkin le tendió el pan y el azúcar como prueba de sus buenas intenciones, pero vio que su mujer apretaba la mandíbula, bajaba las cejas y cerraba los puños. Ya estaba preparándose para lo peor cuando se fijó en que sus globos oculares habían empezado a temblar. De pronto Irina se debatía entre censurar la incapacidad de su marido para realizar tres sencillas tareas o los defectos implícitos del comunismo. Si le expresaba su enfado a Pushkin, ¿no sugeriría eso, de algún modo, que reconocía lo inaceptable de tener que hacer cola para comprar el pan, el azúcar y la leche? Si le daba un coscorrón, ¿no estaría, hasta cierto punto, dándole un coscorrón a la Revolución? A

veces, uno más uno no suman fácilmente dos.

—Muy bien, marido —dijo por fin—. Ya irás mañana a por la leche.

Y en ese momento a Pushkin lo invadió una gran sensación de gozo. Servir a nuestros seres queridos y recibir a cambio su aprobación… ¿qué más se le puede pedir a la vida?

6

Los ciudadanos de Moscú no tardaron en comprender que, ya que no tenían más remedio que hacer cola, lo mejor que podía pasarles era que Pushkin estuviera a su lado. Era muy amable, nunca se mostraba grosero ni prepotente, no trataba de imponer sus opiniones y tampoco se daba aires de importancia. Tras comentar el buen tiempo que hacía o fijarse en la belleza de un edificio, lo más probable era que preguntara a sus camaradas por sus hijos. Su interés era tan sincero que los ojos le brillaban de satisfacción en cuanto compartían con él el más modesto éxito, y las lágrimas los empañaban si lo que le contaban era algún contratiempo.

Pushkin, por su parte, se estaba adaptando a la vida de la ciudad y cada vez se sentía más satisfecho. Por la mañana, cuando se despertaba, echaba un vistazo al calendario y pensaba: «Ah, hoy es martes. Ha llegado la hora de hacer la cola del pan.» O: «Pero ¿ya estamos a veintiocho? Una vez más, ha llegado la hora de ir a la calle Yakuski a hacer la cola del té.» Y así, los meses se habrían convertido en años y los años en décadas sin que hubiese nada que destacar, de no ser por un suceso imprevisto que tuvo lugar durante el invierno de 1921.

La tarde en cuestión, tras haber esperado tres horas para comprar una col, Pushkin se disponía a encaminarse hacia una tiendecita de la calle Tverskaia y hacer cola para comprar unos carretes de hilo cuando una conocida lo llamó desde el final de la cola de la col. Era una mujer de treinta años, madre de cuatro hijos, y saltaba a la vista que estaba muy afligida.

—¡Nadezhda! —dijo nuestro héroe—. ¿Qué ocurre?

—Es mi hijo pequeño —contestó ella—. Está a treinta y nueve de fiebre. Y aunque necesito una col para la sopa de mi familia, no puedo dejar de pensar que debería estar haciendo cola en la farmacia.

El semblante de Pushkin reflejó toda la angustia del corazón de aquella pobre mujer. Miró al cielo y, por la posición del sol, que estaba ocultándose detrás de los tejados, comprendió que Nadezhda tendría tiempo de hacer una cola, pero no las dos. Sin pensárselo dos veces, Pushkin miró a las ocho mujeres que Nadezhda tenía detrás (y que habían estirado el cuello para escuchar su conversación).

—A lo mejor a estas bondadosas damas no les importaría que yo le guardase la tanda mientras usted va a la farmacia. Como es martes, allí la cola no debería ser demasiado larga. Y en cuanto obtuviera el medicamento para Sasha, podría usted volver corriendo y ocupar de nuevo su lugar.

A ver, si cualquiera de nosotros hubiera hecho esa sencilla sugerencia seguramente habríamos recibido miradas de desdén y el recordatorio de que ¡una cola es una cola, no un carrusel al que puedes subirte y del que puedes bajarte hasta que te canses! Pero todas esas mujeres habían coincidido con Pushkin en alguna cola y habían conocido la bondad de su espíritu. Así que, sin rechistar, le hicieron sitio mientras la joven madre se marchaba a toda prisa.

Tal como Pushkin había previsto, en la cola de la farmacia sólo había treinta personas. Así que, cuando Nadezhda llegó a la caja con el medicamento en la mano, se dejó llevar por un fuerte impulso de bondad y compró una bolsa de barritas de caramelo de vivos colores. Cuando volvió a ocupar su lugar en la cola de la col, hizo caso omiso de los reparos de Pushkin e insistió en que aceptara un puñado de caramelos como muestra de gratitud.

7

En tiempos revueltos, los huérfanos saltan como chispas que salen

despedidas formando arcos resplandecientes allá donde la afiladora muerde el metal; luego rebotan en el suelo y desaparecen o se posan en el heno y arden. Una mañana de 1923, uno de esos desechos —un niño llamado Petia— estaba sentado en los fríos escalones de piedra de una iglesia decomisada, con los codos en las rodillas y la barbilla en la palma de las manos, observando distraído la cola del pan de la acera de enfrente.

Para los no iniciados, una cola del pan podría parecer un sitio prometedor para un golfillo. Al fin y al cabo, la mayoría de los que esperaban eran mujeres que también habían tenido hijos y que por tanto deberían sentir compasión hacia un crío que había perdido a su madre. Bueno, es posible. Sin embargo, como Petia habría podido explicaros, según su experiencia lo que recibían los chicos que se acercaban a las mujeres de la cola del pan con la mano extendida era un tirón de orejas.

Esa mañana en particular, mientras Petia observaba el avance de las mujeres con la atenta resignación de un perro bien enseñado, pasó algo extraordinario que llamó su atención. Casi al principio de la cola, un hombre estaba charlando amigablemente con las mujeres que tenía al lado cuando una joven con un pañuelo de cabeza amarillo apareció por la esquina con una bolsa en los brazos. Se acercó al hombre y éste se quitó la gorra, la saludó cariñosamente y salió de la cola para ofrecerle su sitio.

Si las madres de la cola del pan les daban tirones de orejas a los huérfanos, lo lógico habría sido que a una mujer que intentara colarse le dieran un rapapolvo de los que no se olvidan, ¿verdad? Pero aquellas mujeres no gritaron ni agitaron los puños: se apartaron y dejaron pasar a la recién llegada. Entonces el hombre de la gorra se despidió de todas, y la joven que acababa de llegar metió una mano en su bolsa y le ofreció una ristra de longaniza. El hombre le aseguró que el gesto era innecesario. Pero la joven le insistía (¡le insistía, imaginaos!) y él acabó aceptando la longaniza, le dio las gracias humildemente y volvió a quitarse la gorra.

Petia, que seguía sentado pero se había enderezado, vio que otra mujer que estaba más atrás en la cola llamaba al hombre de la gorra.

Ella señalaba aquí y allá mientras él escuchaba con evidente interés. Entonces, tras asentir el hombre con la cabeza, la mujer se marchó a toda prisa y él ocupó su lugar sin que se produjera ningún incidente.

Petia se pasó el resto del día en los escalones de la iglesia. En esas horas vio que el hombre de la gorra hacía cola tres veces sustituyendo a tres mujeres diferentes, ¡y recibía por ello una ristra de longaniza, una lata de judías y dos tarros de azúcar!

Cuando el panadero cerró por fin la puerta y el hombre echó a andar hacia su casa, Petia se apresuró a seguirlo.

—Eh, amigo —lo llamó.

Pushkin se dio la vuelta sorprendido y miró al niño.

—¿Es a mí, jovencito?

—Sí, a usted. Escúcheme. Llevo toda la vida en esta ciudad. Y he oído todo tipo de artimañas ingeniosas. Pero ¿en qué consiste su truco?

—¿Mi truco? —preguntó Pushkin.

Petia, entornando los ojos con aire suspicaz, se disponía a insistir en su idea cuando un *apparátchik* se les acercó jadeando. Por cómo la barriga le tensaba el chaleco, te dabas cuenta de que aquel hombre se comía el pan con mantequilla a dos carrillos. Sin embargo, se dirigió al tipo de la gorra con una actitud claramente respetuosa.

—¡Pushkin! ¡Menos mal! ¡Temía no encontrarte!

Al ver a Petia, el señor Pan con Mantequilla le puso un brazo sobre los hombros a Pushkin, lo hizo girar noventa grados y siguió hablando con él en voz baja.

—Sé de buena tinta, amigo mío, que un cargamento de lámparas eléctricas llegará al departamento de iluminación de GUM mañana por la tarde. No hace falta que te diga que voy a estar casi todo el día reunido. ¿Crees que tendrás tiempo de guardarme el sitio hasta que yo llegue?

Petia, poniéndose de puntillas e inclinándose hacia la derecha, vio que al tal Pushkin, que escuchaba muy atentamente, de pronto lo abrumaba un gran pesar.

—Camarada Krakovitz, me temo que ya le he prometido a Maria Borevna que le guardaré sitio en la cola de la carnicería mientras ella

va a buscar higos al Gastronome número cuatro para celebrar el santo de su marido.

Krakovitz dejó caer los hombros con tanto desánimo que a punto estuvo de reventar los botones del chaleco. Ya se había dado la vuelta para marcharse cuando intervino Petia:

—Camarada Pushkin —dijo—. ¡No podemos permitir que este caballero tenga que preparar sus reuniones sin el beneficio de la luz eléctrica! Tal vez yo podría sustituirlo en la cola de la carnicería mientras usted hace cola en GUM.

—¡Claro! —exclamó Krakovitz, y su cara se iluminó como la lámpara que confiaba en conseguir—. ¿Qué me dices, Pushkin?

Así que, al día siguiente, mientras Pushkin esperaba en GUM, Petia hizo lo propio en la carnicería. Y cuando Maria Borevna llegó para ocupar su puesto, le dio a Petia un puñado de higos como muestra de gratitud.

—Qué amable ha sido Maria compartiendo su fruta contigo —dijo Pushkin cuando Petia fue a GUM a presentar su informe—. No cabe duda de que te la has ganado, chico.

Pero Petia no estaba de acuerdo. Insistió en que se repartiesen los higos a partes iguales, argumentando que, si bien él había hecho el trabajo, el negocio lo había planificado Pushkin.

Y así fue como empezó todo. Al cabo de una semana, Petia hacía dos o tres colas todos los días, de modo que Pushkin podía hacer dos o tres más. Petia, que era un chico con mentalidad profesional, se esforzaba mucho por comportarse exactamente igual que Pushkin. Es decir, jamás expresaba la más mínima impaciencia, se limitaba a hacer comentarios sobre el tiempo y sobre los edificios del otro lado de la calle; les preguntaba a las mujeres por sus hijos y asentía con la cabeza en señal de aprobación, o negaba compungido si así lo exigían las circunstancias; y al marcharse siempre se quitaba la gorra. De ese modo, Petia enseguida fue aceptado como sustituto de Pushkin, y todas las mujeres que hacían cola lo recibían con el mismo cariño que a él.

8

Si hay un terreno favorable para los manzanos, al cabo de pocas generaciones habrá manzanos creciendo rama con rama por todas partes. Si hay un barrio favorable para la poesía, pronto habrá poetas garabateando codo con codo por las esquinas. Y lo mismo sucedía con las colas del Moscú soviético. A cualquier hora del día podías encontrar colas para comprar artículos de primera necesidad y colas para comprar artículos diversos por toda la ciudad. Había colas para subir al autobús y colas para comprar libros. Había colas para conseguir pisos, plazas escolares y afiliación a sindicatos. En aquellos años, si había algo que valiese la pena tener, valía la pena hacer cola para conseguirlo. Pero de entre todas las colas, las que Petia vigilaba más atentamente eran las colas que atendían a las élites.

Antes de conocer a Pushkin, Petia creía que eso no existía. Al fin y al cabo, ¿no era para eso para lo que los privilegiados se aprovechaban del trabajo de sus semejantes? ¿Para liberarse definitivamente de las colas? Quizá las élites no necesitaban hacer cola para obtener aquello que los demás sólo podían conseguir esperando turno, pero tenían sus propias razones para hacer cola. Querían pisos más grandes. Querían un coche con chófer. Querían un abrigo de piel para su amante y una dacha en las afueras de la ciudad.

No hacía falta leer un ejemplar comentado de *Das Kapital* para suponer que quienes querían cosas de mayor valor seguramente expresarían una gratitud mayor cuando sus deseos se hubiesen cumplido. Y como no puedes partir un trozo de dacha ni repartir un abrigo de cachemira, las élites tendían a mostrar su gratitud en forma de dinero en efectivo.

En cualquier caso, fueran como fuesen —largas o cortas, lentas o ágiles, de carne o pescado—, en Moscú había demasiadas colas para los pies que sumaban Pushkin y Petia. Así que Petia reclutó a unos cuantos amigos suyos y luego a unos cuantos más. De modo que en 1925 Pushkin tenía a diez chicos esperando en treinta colas, y todos entregaban los regalos recibidos en señal de gratitud a la cadena de

mando.

9

El ser humano se distingue por su asombrosa capacidad de adaptación, y no hay nada a lo que un ser humano se adapte más deprisa que a la mejora de su nivel de vida. Así, mientras que Irina había llegado a Moscú entregada en cuerpo y alma a la inversión del orden social —es decir, a la derrota de los privilegiados y la victoria del proletariado—, con el paso del tiempo su opinión de cuál podría ser la mejor forma de conseguirla evolucionó.

La evolución comenzó, como es lógico, en 1921, con aquel puñado de barritas de caramelo. Cuando Pushkin regresó a casa con la col en una mano y los caramelos en la otra, Irina estaba preparada para regañarlo por haberse gastado un dinero ganado con mucho esfuerzo en un capricho infantil. Pero se contuvo al escuchar cómo había conseguido los caramelos. La buena disposición de su marido para guardarle el sitio en la cola a una mujer que tenía un problema parecía un sincero acto de camaradería; y como él no sabía que le iban a regalar los caramelos, nadie podía acusarlo de ser un especulador. Así pues, Irina decidió ahorrarse la reprimenda para otro día. Y esa misma semana, cuando Pushkin llegó a casa con una longaniza, Irina, tras un primer momento de vacilación, coincidió en que aquello también era perfectamente correcto. Al fin y al cabo, ¿no había predicho el mismo Lenin que el éxito de la transición al comunismo se traduciría en un poco más de longaniza para todos?

Las longanizas dieron paso a las capas y las capas al dinero en efectivo, e Irina empezó a reconocer otro de los logros del comunismo: la transformación de su marido. Porque cuando vivían en el campo, Irina siempre había considerado que Pushkin era un hombre sin energía, intención ni juicio. Pero cada vez estaba más claro que él sólo aparentaba ser así. En cuanto se había liberado gracias al bolchevismo de la cuasiservidumbre del antiguo régimen, se había revelado como

un hombre con un talento considerable; y no sólo ayudaba a las jóvenes esposas y a las viudas a obtener los artículos que necesitaban, ¡sino que prácticamente había adoptado a toda una generación de huérfanos y los había convertido en ciudadanos productivos! Con una pizca de satisfacción moral, Irina guardó las longanizas en la despensa, las capas en el armario y los billetes en el último cajón del escritorio.

Entonces un día, en 1926, el camarada Krakovitz, que casualmente era subsecretario del Departamento de Alojamientos Residenciales, le preguntó a Pushkin si podía hacer cola por él para comprar una caja de champán francés. Cuando Pushkin consiguió la caja, el camarada Krakovitz no quiso expresar su agradecimiento regalándole una botella, sino que, con un golpe de pluma, le reasignó un espléndido piso de las torres Nikitski, un flamante complejo de viviendas a orillas del río Moscova.

Esa noche, cuando Pushkin llegó a casa y le explicó a Irina lo que había pasado, Irina reflexionó seriamente sobre lo sucedido. Era un error muy frecuente —o eso le revelaron sus pensamientos— creer que el comunismo garantizaba una vida idéntica para todos. En realidad, lo que el comunismo garantizaba era que el Estado, en lugar del linaje o la suerte, decidiría quién debía obtener qué en virtud del bien mayor. Partiendo de ese sencillo principio, se deducía que un camarada que desempeña un papel mayor en la obtención del bien mayor para un mayor número de personas debería disponer de mayores recursos. ¡Y si no que se lo preguntasen a Nikolái Bujarin, el editor de *Pravda* y defensor de los campesinos, que vivía en una suite de cuatro habitaciones del hotel Metropole!

Siguiendo el hilo de esa lógica aplastante, Irina llegó a la conclusión de que la mejora de su situación era una consecuencia natural de los acontecimientos; y ahora a menudo se refería a Pushkin como el «camarada marido».

El poeta que Pushkin llevaba dentro y que, en su día, había escrito odas a los brotes germinados y a la lluvia estival dedicaba ahora sus versos a las palomas que se posaban en el frontón de los edificios y a los tranvías que traqueteaban por la calle. Es decir, que una vez más su vida con Irina era tan satisfactoria que no habría sabido qué deseo pedir. Esto es, hasta el 2 de mayo de 1929.

A principios de aquella semana, el NKVD detuvo a cinco intelectuales y los condenó rápidamente por actividades contrarrevolucionarias según el artículo 58 del código penal. En cuanto esos traidores estuvieron camino de Siberia, el comisariado envió una brigada a sus pisos con la orden de confiscar sus panfletos, diarios y libros y llevarlos al horno municipal. Pues bien, cuando el camión de la basura cargado de material impreso torció a la izquierda para enfilar la calle Tverskaia a toda velocidad, la fuerza centrífuga hizo volar por los aires una revista en el preciso instante en que nuestro héroe se disponía a bajar de la acera. Dio dos vueltas en el aire y aterrizó junto a sus pies.

Como Pushkin no era un gran lector, estuvo a punto de pisar la revista y seguir su camino, pero le llamó la atención el artículo de la página por la que la revista había quedado abierta. Se agachó y la cogió del suelo. Entonces, tras mirar primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, arrancó la hoja y se la guardó en el abrigo.

Un cuarto de hora más tarde, cuando llegó a su casa, Pushkin llamó a Irina. Al no obtener respuesta, fue a su dormitorio y cerró la puerta. Pero, al darse cuenta de que si dejaba la puerta del dormitorio cerrada no oiría llegar a su esposa, la abrió. Luego se sentó en la cama y sacó la hoja que se había guardado en el bolsillo del abrigo.

El artículo parecía escrito en inglés, un idioma que Pushkin no sabía hablar ni leer, de modo que la prosa no lo intrigó en absoluto. Lo que había llamado su atención era la gran imagen en blanco y negro que acompañaba el artículo. Era la fotografía de una joven tumbada en un diván con un largo vestido blanco y una doble ristra de perlas alrededor del cuello. Tenía el pelo rubio, las cejas finas y los labios delicados y oscuros. En pocas palabras, era la mujer más bella que Pushkin había visto jamás.

Pero no estaba sola.

Con un brazo detrás de la cabeza y una sonrisa en los labios, miraba a un hombre sentado de espaldas a la cámara: un hombre vestido de esmoquin, con un vaso en la mano y un cigarrillo al lado.

Por primera vez en su vida, Pushkin sintió una punzada de envidia. No por la riqueza de la joven pareja ni por la sofisticada serenidad que parecían estar compartiendo en aquella elegante terraza que seguramente estaba ubicada en la legendaria ciudad de Nueva York. No. Lo que despertaba su envidia era la sonrisa que aquella hermosa joven le dirigía a su acompañante. Jamás en toda su vida habría imaginado que una mujer como aquélla pudiese sonreírle de esa forma.

En las semanas siguientes, al llegar a casa se sentaba en la cama con la puerta entreabierta, sacaba la fotografía de su cartera y volvía a mirarla. Muchas veces descubría algo que hasta entonces le había pasado por alto, como las rosas blancas que crecían a lo largo de la terraza, o el reluciente brazalete que llevaba la mujer en la muñeca, o los zapatos de tacón y sus pies delgados. Y por la noche, cuando no podía dormir, se imaginaba que él era el hombre sentado en aquella silla; que él era el hombre con un vaso en la mano y un cigarrillo al lado a quien sonreía la hermosa joven del vestido blanco.

11

Unos meses más tarde, mientras hacía cola para comprar un hueso para la sopa, Pushkin se encontró al lado de un caballero de unos cincuenta años llamado Serguéi Litvinov. Compartieron sus opiniones sobre la llegada del otoño y en un momento dado el caballero comentó que trabajaba en una escuela de primaria del barrio, donde era el responsable de barrer los suelos.

—¡Bendita sea mi alma! —exclamó Pushkin—. ¡Antes yo también barría suelos!

—¿Ah, sí? —replicó Litvinov con recíproco entusiasmo.

Pasaron un buen rato charlando sobre las características aerodinámicas de los trozos de papel y las motas de harina. Sin embargo, cuando Pushkin le preguntó al caballero si siempre había sido barrendero, Litvinov se puso solemne y dijo que no con la cabeza. Por lo visto, en las décadas anteriores a la guerra, Litvinov había sido un retratista de cierto renombre. De hecho, dos de sus retratos habían estado expuestos en la galería Tretiakov. Pero pintaba sobre todo a miembros de la aristocracia, y en 1920 el sindicato de pintores de Moscú lo había considerado poco honesto estéticamente y le había suspendido la licencia para pintar. Por eso, para llegar a fin de mes, había aceptado aquel empleo de barrendero.

—Al fin y al cabo, ¿acaso una escoba no es un pincel grande? —dijo Litvinov con una sonrisa en los labios.

Pushkin nunca había estado en la galería Tretiakov ni en ningún otro museo, pero en otros tiempos se había arrodillado ante muchos iconos, y siempre había admirado la capacidad de los pintores para representar el rostro humano de forma tan convincente. Poseer semejante don y que no te permitiesen desarrollarlo le parecía desgarrador, y no pudo evitar preguntarle a Litvinov si sentía rencor.

Litvinov respondió con otra sonrisa.

—Hace ya nueve años que vivo en estas circunstancias, amigo mío. Eso es mucho tiempo para vivir entregado al rencor.

Luego, tras reflexionar un momento, añadió:

—A mi abuela le gustaba decir que, sea lo que sea lo que uno decida hacer con su vida, debe cumplir con su deber. Y aunque a algunos la vida de los pintores pueda parecerles frívola, cada vez que yo descubría una obra terminada ante mi modelo y veía la expresión de su rostro, sabía que había cumplido la máxima de mi abuela. Pero verá, amigo mío, en realidad podríamos decir que sólo estaba bromeando cuando he comparado mi escoba con un pincel. Porque, para mi propia sorpresa, cada vez que veo correr a los niños por los pasillos recién barridos de la escuela vuelvo a sentir que estoy cumpliendo con mi deber.

Aunque no estaba familiarizado con la palabra «magnanimidad», Pushkin se dio cuenta de que se hallaba ante la magnanimidad en

persona mientras hablaba con aquel pintor-barrendero, así que al despedirse de Litvinov le estrechó la mano con profunda admiración.

Sin embargo, cuando Pushkin volvió a encontrarse a Litvinov treinta días más tarde, le pareció que el caballero había envejecido treinta años. Por lo visto, un padre había presentado una queja ante el Comité de Enseñanza del Distrito, alegando que un pintor con amigos zaristas no debía trabajar en una escuela infantil. Al día siguiente, la policía había registrado el pisito de Litvinov, y luego lo habían llevado a la Lubianka, donde lo retuvieron tres días para interrogarlo. Aunque no se presentaron cargos contra él, cuando Litvinov regresó a la escuela el director lo recibió con una reprimenda por su absentismo; los maestros que solían charlar con él mientras vaciaba las papeleras ahora guardaban silencio; y lo peor de todo, los alumnos que antes lo saludaban con la mano en los pasillos ahora esquivaban su mirada.

—En el diecisiete, cuando mis colegas plegaron sus caballetes y huyeron a París, yo me indigné. «Nuestro deber es pintar los rostros de nuestros paisanos», dije, «con todos sus caprichos y sus preocupaciones, todas sus virtudes y sus defectos. ¿Qué más da si llevan un bigote imponente o una perilla afilada?» Eso dije entonces, pero ahora...

Litvinov se quedó un momento callado. Luego, apesadumbrado, admitió que, mientras barría los suelos de la escuela, había empezado a fantasear con que estaba en una estación de ferrocarril con una bolsa de viaje en una mano y una tarjeta amarilla en la otra. Una tarjeta amarilla con un sello rojo.

Pushkin abrió mucho los ojos.

—¿Un sello con la forma de la catedral de San Basilio?

—Sí —confirmó Litvinov ligeramente avergonzado—. El sello de la Oficina de Visados y Registros.

Veamos: de todas las colas de Moscú, la más elusiva, la más desmoralizante, la más insuperable era la que conducía a la Oficina de Visados y Registros, el departamento donde se solicitaban los visados para salir de Rusia. Sólo dar con la cola ya era un desafío

considerable. Las oficinas de la agencia se encontraban en las profundidades del Kremlin, después de subir dos escaleras y bajar tres, al final de una larga serie de izquierdas y derechas, en un pasillo estrecho con cuarenta puertas que parecían todas iguales.

Si tenías la suerte de recorrer ese laberinto y localizar la oficina, una vez dentro te entregaban un lápiz y un formulario de veinte páginas y te mandaban al final de la cola. Lógicamente, el formulario te pedía tu nombre, dirección, ocupación y fecha de nacimiento, además de tu expediente académico, fe religiosa y origen social. Pero también te pedía que enumerases los nombres, patronímicos, diminutivos y otros motes de todos los miembros de tu familia, junto con su edad, sexo y profesión; tu historial de dolencias, enfermedades y tratamientos; tus antecedentes judiciales, ya fuese como demandante, demandado o testigo; tus fuentes de ingresos, el importe total de tus ahorros, etcétera. Y al final de ese exhaustivo sondeo estaban las preguntas claves: *¿A qué país quiere viajar? ¿Ha viajado antes a ese país y por qué? ¿Con qué propósito quiere viajar allí ahora? Y más concretamente, ¡¿por qué quiere salir de Rusia, si se puede saber?*!

Tras esperar varios días en la cola —lo cual era una suerte, porque tardabas varios días en rellenar el formulario—, llegabas ante la ventanilla donde podías entregar tu solicitud. El funcionario, a su vez, la calificaba escrupulosamente, teniendo en cuenta tu minuciosidad, claridad y caligrafía. Si el funcionario te concedía una D o una F, felicidades: rompían tu solicitud en mil pedazos y te enviaban al final de la cola. Si te daban una B o una C, te entregaban otro lápiz junto con un papel de instrucciones sobre cómo corregir tu formulario, mientras los otros solicitantes esperaban detrás de ti. Pero si eras uno de los pocos afortunados que completaban su solicitud a la primera sin cometer ningún error, te acompañaban a un despacho donde te encontrabas con un asistente social sentado a una mesita metálica con tu solicitud en la mano.

Empezando por arriba, el asistente social volvía a hacerte todas y cada una de las preguntas, supuestamente en busca de discrepancias. En cualquier momento de la entrevista, una ceja arqueada o un carraspeo podían significar que ibas a regresar al punto de partida: el

final de la cola. Pero si superabas la entrevista, te pedían que esperases mientras enviaban tu carpeta al piso de arriba para que la examinaran un número indeterminado de examinadores. Sólo si todos y cada uno de ellos firmaban tu solicitud con sus iniciales, indicando que no habían encontrado ningún motivo de preocupación, volvería el documento a la mesita del asistente social, donde recibiría aquel sello rojo que abría, por un momento, las puertas de la Unión Soviética.

Aunque, como es lógico, la mayoría de las solicitudes eran rechazadas, circulaban historias de familias enteras que habían llegado a París o a Londres con el beneplácito implícito del Politburó. Pero los motivos por los que a aquellos pocos afortunados se les había permitido salir seguían siendo un misterio. A un ciudadano parecían haberle concedido el visado por su impecable historial de comunista y la gran familia que tenía en Berlín; mientras que a otro se lo habían denegado precisamente por ser un comunista impecable con parientes en esa misma ciudad alemana. Podían concederte o negarte el visado por ser o no ser científico, ser o no ser un buen trabajador, ser o no ser judío. El criterio de decisión del departamento era tan imprevisible que circulaba el rumor de que, en un subsótano, existía una habitación cerrada con llave donde todas las mañanas hacían girar diez ruedas de colores como las de las ferias para determinar los diez criterios que ese día darían como resultado la concesión de un visado.

—Sí —admitió Litvinov un tanto avergonzado—. De la Oficina de Visados y Registros.

Pushkin escudriñó el rostro de su nuevo amigo.

—Si uno no puede barrer en Moscú —dijo al cabo de un momento —, debería poder pintar en París.

Litvinov sonrió en señal de agradecimiento por el apoyo de Pushkin, pero negó con la cabeza con gesto triste.

—Dicen que hacer esa cola puede llevar semanas, y el director Spitski ha dejado muy claro que cualquier nuevo caso de «absentismo» por mi parte será causa de mi despido inmediato.

—Yo podría hacer la cola por usted.

—Ay, amigo mío, es usted muy amable. Pero nadie sabe siquiera dónde está esa cola.

—Yo sí sé dónde está. Y además, ¡todos debemos cumplir con nuestro deber! —concluyó Pushkin con suma satisfacción.

12

La cola de la Oficina de Visados y Registros era la más silenciosa de todas las colas que Pushkin había hecho jamás. Quienes la formaban estaban tan nerviosos que cualquier intento de iniciar una conversación amistosa quedaba inmediatamente interrumpido por un ceño fruncido. Así pues, pasados tres días de silencio, Pushkin decidió rellenar uno de los famosos formularios de la agencia simplemente para matar el tiempo.

¡Pero qué placentero resultó el proceso!

Como no tenía ningún deseo de salir de Rusia, a Pushkin no le producía ansiedad pensar en las consecuencias que pudiesen tener sus respuestas. Es más, veía cada pregunta como una invitación a recordar algún aspecto grato de su pasado. Como su infancia en el pueblo de Gogolitski, donde su hermano mayor le había enseñado a cazar conejos con trampa y donde su madre cantaba mientras tendía la colada. Pero lo mejor fueron las preguntas sobre su experiencia laboral. Entonces Pushkin describió cómo Irina y él habían arado sus tierras y recogido sus cosechas; y cómo bajo la luz violácea habían regresado a su casa y a la mesita donde los esperaba la sopa de col. ¡Qué maravillosos habían sido aquellos años! De hecho, Pushkin tenía tantos recuerdos que valía la pena compartir que las palabras se desbordaron hacia los márgenes y dieron toda la vuelta a la hoja. Y cuando leyó la última pregunta —*¿Por qué quiere salir de Rusia?*—, contestó sin vacilar: *No quiero salir*.

Tras dieciocho días haciendo cola, Pushkin fue a ver a Litvinov para

darle la buena noticia de que, según sus cálculos, llegaría a la ventanilla del funcionario al mediodía del día siguiente.

—¡Pues estaré allí a las ocho! —le aseguró Litvinov agradecido.

Pero Litvinov no estaba allí a las ocho de la mañana del día siguiente. No estaba allí a las nueve, ni a las diez, ni a las once; y tampoco a las 11.35 h, cuando el funcionario de la ventanilla hizo sonar su campanita y gritó: «¡El siguiente!»

Sin saber muy bien qué hacer, Pushkin giró la cabeza y miró hacia la puerta, pero el ciudadano que estaba detrás de él le dio un empujón e hizo que se acercara tambaleando a la ventanilla.

—Vamos, vamos —dijo el funcionario—. No tenemos todo el día. Deme su formulario.

En ese momento, si lo hubiese tenido, Pushkin le habría entregado el formulario de Litvinov al funcionario; pero el pintor-barrendero se lo había quedado el día anterior para repasar sus respuestas por la noche. Así que Pushkin no tuvo más alternativa que sacar el formulario que había contestado para matar el tiempo.

Cuando el funcionario vio que Pushkin había doblado el formulario por la mitad para que le cupiera en el bolsillo, frunció el entrecejo. Lo puso encima del mostrador, lo desplegó y lo alisó con ostentación para que el resto de los solicitantes se diera cuenta de que doblar los formularios estaba completamente fuera de lugar. Una vez alisado, cogió el lápiz y empezó a repasar las respuestas de Pushkin, listo para abalanzarse sobre la hoja al detectar el más mínimo error. Pero a medida que leía, el funcionario iba asintiendo con la cabeza muy a su pesar; y cuando llegó a la respuesta que le daba toda la vuelta a la hoja —un incumplimiento del protocolo que en otras circunstancias habría conseguido que la solicitud acabase hecha trizas— el funcionario suspiró. No era un suspiro de exasperación, sino un suspiro de tanta satisfacción sentimental —no sé si me explico— que el funcionario marcó el pasaje con una estrella. Sin embargo, cuando llegó a la penúltima página, levantó la cabeza y miró a Pushkin sorprendido.

—No ha contestado la pregunta número ciento diez.

Pushkin, tan sorprendido como el funcionario, miró el documento.

—¿La pregunta ciento diez?

—Sí. Donde se indica el lugar al que uno desea ir —dijo el funcionario.

Pushkin, que debía de haberse saltado la pregunta, no supo qué decir, porque nunca se la había planteado. Se estrujó los sesos mientras el funcionario lo observaba expectante. Creía recordar que Irina siempre había querido visitar el mar Negro, aunque eso estaba en Rusia... El hombre que iba detrás de él en la cola empezó a dar golpecitos en el suelo con el pie, con lo que sólo consiguió hacer que la tarea de Pushkin resultara aún más difícil. Entonces, de repente, Pushkin se acordó de la adorable joven cuya fotografía llevaba en la cartera.

—¿A Nueva York? —sugirió indeciso.

El funcionario no sólo no le soltó una reprimenda, sino que él mismo escribió la respuesta en el espacio asignado y luego le indicó por señas que pasara a una habitación contigua. Cerca de una hora más tarde, se abrió una puerta y lo condujeron al despacho del director del departamento en lugar de a la oficina del asistente social. El director, un tipo fornido con ojeras, le indicó por señas que se sentara. Según el procedimiento normal, tendría que haber repasado el formulario de Pushkin desde el principio en busca de omisiones o discrepancias, pero en lugar de eso fue directamente a la página catorce.

—Repítame, haga el favor, su historial de experiencia laboral.

Pushkin no se había molestado en memorizar las palabras que había utilizado en sus respuestas, pero tampoco le hacía falta, porque las llevaba grabadas en el corazón. Así pues, volvió a contarle al director cómo Irina y él labraban las tierras surco a surco. Le habló de los grillos que cantaban a la hora del crepúsculo y de los tonos dorados de la cosecha. Y el director, que se había criado entre los campos de trigo de Ucrania, se enjugó una lágrima con el nudillo menos sentimental que jamás había creado Dios. Luego retrocedió unas cuantas páginas, hasta donde Pushkin había descrito su juventud en Gogolitski. Orientó el formulario hacia Pushkin y señaló con golpecitos una de las respuestas.

—Aquí —dijo—. Lea ésta.

Entonces se recostó en la silla y cerró los ojos para poder escuchar más atentamente mientras Pushkin relataba sus recuerdos uno a uno.

¿Quién sabe qué criterios habían escogido esa mañana las diez ruedas de colores del subsótano del Kremlin tras girar y girar? Pero Pushkin se levantó de la silla y recibió un apretón de manos, un beso en cada mejilla y el sello con forma de la catedral de San Basilio.

13

Desde aquel primer día en que había conseguido el pan y el azúcar pero no la leche, Pushkin no había sentido tanta inquietud al oír los pasos de Irina por la escalera.

Nada más abrir la puerta, Irina se dio cuenta de que pasaba algo. Lo supo por el semblante de su marido, por cómo arrastraba los pies y por cómo le preguntó qué tal había ido el día, es decir, por triplicado.

—Como ya te he dicho dos veces —contestó—, ha sido un día productivo. ¿Y tú? ¿Y por qué tienes las manos detrás de la espalda?

—¿Detrás de la espalda? —preguntó Pushkin—. Ah, sí... Bueno, verás... Esta mañana, después de subir dos escaleras y bajar otras tres, tras una larga serie de izquierdas y derechas, resulta que, por causas ajenas a mi voluntad...

—¿Qué? ¿Qué?

Y Pushkin le contó la historia: le habló de su amistad con Litvinov, el pintor-barrendero, y de la importancia de cumplir con el deber; así como del inusual silencio que había en la Oficina de Visados y Registros y del formulario que había rellenado para matar el tiempo, donde mencionaba a los grillos que cantaban entre la hierba alta.

Irina, confundida, miraba fijamente a su marido. ¿Quién era ese tal Litvinov y qué era un pintor-barrendero? ¿Qué era esa oficina que había arriba y abajo, derecha e izquierda? ¿Y qué tenían que ver los grillos con todo aquello?

Entonces, sin saber qué más añadir, Pushkin se quitó las manos de

la espalda y mostró una tarjeta amarilla que Irina le arrancó de los dedos. Si Pushkin temía que la tarjeta hiciese enfurecer a su mujer, no se equivocaba. Cuando ella vio que en la parte superior estaban escritas a máquina con letras mayúsculas las palabras «SOLICITUD DE VISADO», se le pusieron las mejillas coloradas. Cuando vio su nombre en el apartado de solicitantes, se le pusieron las orejas coloradas. Y cuando vio que el destino solicitado era «Nueva York», la sangre que hervía en su corazón se concentró en cada una de sus extremidades. Pero al mismo tiempo que la sangre le hervía y corría por sus venas, ciertos pensamientos desfilaban por su cabeza a toda velocidad, conteniendo su impulso de aporrear a su marido.

Primero reconsideró sus virtudes. Si bien había tenido su época de holgazán sin metas ni imaginación, Pushkin había demostrado ser la personificación del ideal bolchevique: un hombre incansable, decidido y eficaz. Por tanto, como todo buen bolchevique, se merecía el beneficio de la duda. Luego estaba el arraigado respeto que Irina sentía por los sellos del Kremlin. Esos sellos no caían como las manzanas en un huerto. Aunque había pruebas que demostraban lo contrario, la presencia de uno de aquellos sellos significaba que el documento en cuestión se había revisado minuciosamente y se había considerado que estaba en perfecta sintonía con la causa bolchevique. Sin embargo, plantearse siquiera abandonar la Unión Soviética cuando la nación estaba tan cerca de la victoria, y nada menos que para ir a Nueva York... ¿Acaso no equivalía eso a ser un chaquetero?

En lugar de mirar a su marido en busca de una respuesta, Irina miró el retrato colgado en la pared. El padre de la Revolución le devolvió la mirada con sobrio afecto y le recordó que la victoria del proletariado sólo llegaría cuando todos los trabajadores del mundo se uniesen a la hermandad del socialismo. Desde el principio, la intención de los bolcheviques había sido establecerse en Rusia y, a partir de allí, expandir el movimiento por todo el planeta. Y en cuanto a Nueva York: cuando un herrero se propone darle forma a un trozo de hierro, ¿acaso lo mejor no es meterlo en el centro del horno?

—Muy bien —dijo Irina mientras la sangre se le retiraba de los puños— . Muy bien, camarada marido.

Tras haber llegado a esa conclusión gracias al más sólido de los razonamientos, Irina propuso que metiesen su ropa en una maleta, su dinero en otra y se marchasen cuanto antes. Al fin y al cabo, aunque fuese una bolchevique de pies a cabeza, no era tonta. Y como si el destino hubiera querido reconocer lo acertado de la intuición de Irina, cuando Pushkin y ella salieron de su edificio con las maletas en la mano encontraron una limusina con el motor en marcha junto al bordillo.

14

En los años previos a la guerra, cuando trabajaba de camionero en Moscú, Maksimilián Shápashnikov miraba por encima del hombro a los chóferes de la ciudad, pues su servilismo y sus ridículas gorras negras le parecían motivo de burla. Pero, con la llegada del comunismo, rápidamente descubrió que la vida de chófer ofrecía sus ventajas. En concreto, si tenías la suerte de trabajar para un miembro del partido realmente diligente —de esos que trabajaban de sol a sol, y a veces incluso por la noche—, había muchas horas del día en las que podías utilizar el coche de tu jefe para lo que se te antojara. Y en la nueva Rusia no faltaban los estraperlistas, las prostitutas y otras personas importantes que necesitaban ir del punto A al punto B, que merecían hacerlo con estilo y que estaban dispuestas a pagar por ese privilegio. Shápashnikov acababa de dejar a uno de esos clientes en las torres Nikitski en el preciso instante en que Pushkin e Irina salían por la puerta.

Al ver a la pareja, Shápashnikov no se lo pensó dos veces. Se puso la ridícula gorra negra y salió del coche.

—Hola, camaradas —los saludó—. Veo que os vais de viaje. ¿Necesitáis que os lleve a algún sitio?

Irina miró a su marido.

—Contrata a este hombre para que nos lleve a la estación. Me he dejado una cosa arriba.

Mientras Irina iba a buscar el retrato de Lenin que había olvidado colgado en la pared, Pushkin le explicó a Sháposhnikov que iban a la estación a tomar un tren.

—¿El nocturno a Leningrado?

—Pues sí.

—¿Para una estancia prolongada?

—No. Vamos a Leningrado a coger un barco para ir a Bremen, donde subiremos a bordo del vapor a Nueva York.

Maksimilián Sháposhnikov tal vez fuese un ciudadano moscovita, pero también era un hombre del mundo. Que una pareja que vivía en las torres Nikitski se dirigiese a Bremen para embarcar en un vapor rumbo a Estados Unidos con dos maletas llenas sólo podía significar una cosa: que había llegado el momento de tomar una decisión.

—¡Ay, la vida en el mar! —dijo esbozando una sonrisa nostálgica, a pesar de que él nunca lo había visto—. ¿Y ya tenéis los pasajes para la travesía?

—Me temo que ni siquiera tenemos los billetes de tren.

El chófer infló el pecho y se colocó bien la gorra.

—Pues la Providencia te sonríe, buen hombre. Porque resulta que conozco a la persona idónea para conseguiros un buen vagón para el viaje en tren a Leningrado y a otra para conseguiros un buen camarote para la travesía.

¡Lo cual era cierto en gran medida! Pues, en su época de camionero, Sháposhnikov había conocido a un montón de individuos que ahora trabajaban en los muelles y en las estaciones de Rusia.

En la estación Sháposhnikov demostró ser el perfecto mayordomo. Le buscó a Irina un asiento cómodo y una taza de té. Encontró a un mozo que se ocupó de las maletas. Presentó a Pushkin al revisor —quien se encargaría de que tuviesen una litera de primera clase en el coche cama— y al jefe del tren (que se aseguraría de que contaran con una mesa de primera clase en el vagón restaurante). Es más, se puso en contacto con sus amigos de Leningrado para asegurarse de que unas personas excelentes les proporcionasen acceso a pasajes, mozos y camarotes excelentes para la travesía a Estados Unidos. Y para cada una de esas situaciones, Sháposhnikov le dio a Pushkin pequeños

consejos sobre la mejor forma de mostrar su gratitud a todos aquellos que les hubiesen ofrecido sus servicios.

Así pues, cada vez más tranquilos, pues cada paso era más fácil que el anterior, el 24 de octubre de 1929 Pushkin e Irina llegaron a Bremen y recorrieron la pasarela. Una bocina dio tres grandes bocinazos, cayó una lluvia de confeti sobre el muelle, se agitaron sombreros en la barandilla y el buque de vapor se hizo a la mar... en el preciso instante en que la Bolsa de la ciudad de Nueva York iniciaba su abrupta caída.

15

Irina se conocía bien a sí misma. No sólo sabía de qué era capaz, sino que sabía qué necesitaba hacer y cuándo necesitaba hacerlo. Lo que no sabía era que en alta mar se mareaba. Con el primer embate de oleaje oceánico, sintió como si una serpiente se le hubiese colado en el estómago y no parase de dar vueltas y más vueltas. Así que se pasó la mayor parte de la travesía del Atlántico midiendo la distancia entre las almohadas de la cama y la porcelana del váter.

Pushkin se ofreció a quedarse junto a ella y refrescarla con un paño húmedo y frío. Pero Irina, consciente de que las constantes atenciones de su esposo harían el viaje interminable, lo echó de la litera e insistió en que disfrutase de las libertades que ofrecía el barco de proa a popa. Y pese a los titubeos iniciales, eso fue precisamente lo que hizo Pushkin.

Como es lógico, disfrutó de las vistas infinitas, de las comidas de cuatro platos y de la banda de jazz que tocaba en el bar. Pero lo que más le gustó fue la tripulación del transatlántico. Le daba la impresión de que por cada pasajero había dos tripulantes dispuestos a garantizar su comodidad. En las cubiertas inferiores había limpiadoras, grumetes y ayudas de cámara. En el comedor había maîtres, camareras y un tipo con un gorro alto y blanco que cortaba la carne. En las cubiertas superiores había unos jóvenes elegantes que te colocaban bien la silla

y unas hermosas jóvenes que te servían el té. Y para su total deleite, Pushkin comprobó que le sobraban oportunidades para mostrarles su agradecimiento a todos y cada uno de ellos. De tal modo que cinco días más tarde, a las siete de la mañana, cuando Pushkin y su mujer desembarcaron en Nueva York no necesitaron que los ayudase ningún mozo porque una de sus maletas estaba vacía.

16

—¡Vacía! —exclamó Irina en la terminal de pasajeros de los muelles del West Side—. ¡Vacía!

Mientras Pushkin enumeraba todas las amables personas que habían tratado de ayudarlo a lo largo del viaje de Moscú a Nueva York, ella lo miraba con estupor. Con perplejidad. Con incredulidad. ¿Quién en su sano juicio repartiría una pequeña fortuna ganada con esfuerzo entre una pandilla de astutos lobos a las puertas de un país extranjero? ¿Quién?

Irina sabía la respuesta: el hombre con el que se había casado. ¡Sí, él!

Con lo bonito que había sido pensar que su marido había cambiado; que, tras décadas de falta de rumbo, se había convertido en un hombre con propósitos e imaginación, y que, después de todo, ella no se había equivocado al casarse con él. Una idea deliciosa, desde luego. Una idea dulce como un hojaldre espolvoreado de azúcar, bañado de chocolate y relleno de crema.

«Pero tales transformaciones no son inauditas», se aventuró a decir una vocecilla compasiva dentro de la cabeza de Irina. «¿Acaso un hombre no puede cambiar?» A modo de respuesta, Irina le gritó a su marido:

—¡¿Les salen plumas a los peces?!

Y dicho esto salió por la puerta de la terminal.

—¡¿Les salen colmillos a las tortugas?! —La oyeron gritar mientras recorría el muelle con ritmo epifánico—. ¡¿Les sale barba a las

mariposas?!

Y tan enfrascada estaba en su zoológico del sentido común que apenas se dio cuenta de que pasaba bajo las vías de un tren elevado y se adentraba en las toscas calles del Lower West Side.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó sin dirigirse a nadie.

Se detuvo en la esquina de la Décima Avenida y la calle 16. Unos pasos más allá había una mujer en mangas de camisa, sola, apoyada en una pared y fumando un cigarrillo, mientras al otro lado de la calle una multitud se arremolinaba delante de la puerta de un muelle de carga. Irina reconoció al instante a la gente que integraba aquella multitud. La reconoció por la sencillez de su ropa y la determinación de sus rostros. La única diferencia entre aquella muchedumbre y los obreros de la fábrica de Moscú era que los primeros parecían llegados de todos los rincones del planeta. Entre ellos había africanos y asiáticos, alemanes e italianos, irlandeses y polacos. Preguntándose con qué se había topado, Irina alzó la vista y vio un cartel que mostraba un disco dorado del tamaño del sol en el tejado del edificio.

De repente, la puerta de carga se abrió con estrépito y apareció un hombre con tirantes acompañado de dos vigilantes armados. Todos los allí reunidos empezaron a gritar y agitar las manos al unísono. El capataz se quedó mirándolos un momento y luego empezó a señalar.

—Él, ella. Ella, él...

Los vigilantes hacían entrar a los elegidos —aquellos que habían sido honrados con el privilegio de una dura jornada de trabajo— mientras los demás se veían abocados a tragarse su decepción del mismo modo que se habían tragado su orgullo.

La puerta de carga se cerró con un golpazo, y la mujer en mangas de camisa ya no estaba oficiosamente apoyada en la pared. Había tirado el cigarrillo y había empezado a ponerles una hoja de papel en las manos a todos los miembros del proletariado que pasaban a su lado al tiempo que pronunciaba a toda prisa unas pocas frases. Algunos obreros echaban un vistazo al panfleto mientras se alejaban, otros se lo metían en el bolsillo, pero muchos lo dejaban caer al suelo. Cuando una ráfaga de viento recorrió la calle, uno de los panfletos salió revoloteando y fue a parar a los pies de Irina.

Irina no podía leer el panfleto, pero incrustado en medio del texto, mirándola fijamente con expresión a la vez resuelta y sensata, estaba nada menos que Vladímir Ilich Lenin, el hombre que hacía apenas una semana le había recordado que la revolución en Rusia tenía que servir de punto de partida.

Irina escudriñó aquel muestrario de ciudadanos del mundo y, por supuesto, entre ellos distinguió a dos mujeres jóvenes que llevaban el pañuelo de cabeza como en su país. Se apresuró a cruzar la calle y las llamó.

—¡Eh! ¡Hermanas! ¿Habláis ruso?

Las dos mujeres se detuvieron.

—Sí, hablamos ruso.

—Acabo de llegar a América. ¿Qué es este sitio?

—Nabisco, la fábrica nacional de galletas —contestó una mientras la otra se limitaba a señalar el tejado.

Irina sujetó el panfleto con ambas manos y se quedó mirando a las dos mujeres, que seguían a sus compañeros hacia el centro de la ciudad. Entonces volvió a mirar hacia arriba, hacia aquella galleta que se elevaba como un sol gigantesco sobre el edificio, y de repente, a pesar de que era una atea convencida, supo perfectamente por qué Dios la había llevado allí.

17

Pero ¿y nuestro amigo Pushkin?

Cuando Irina salió de la terminal, él supuso que ella, tras orientarse rápidamente, iría al centro de la ciudad, buscaría un piso y volvería a recogerlo, tal como había hecho el primer día en Moscú. Así que se quedó esperándola. Dada la cantidad de gente que iba de aquí para allá, Pushkin comprendió que lo más importante era no alejarse del sitio donde se habían separado, para que Irina pudiese encontrarlo a su regreso.

En las horas posteriores, los demás pasajeros recogieron sus

equipajes y saludaron a sus familiares, hubo un ir y venir de taxis, los mozos se dispersaron y la terminal se vació, pero no había ni rastro de Irina. Hubo un momento en que a Pushkin le pareció verla en el muelle mirando a su alrededor como si no supiese dónde estaba.

—¡Irina! —la llamó corriendo hacia ella—. ¡Irina, Irina!

Pero, al ponerle la mano en el hombro y ella darse la vuelta, resultó ser una desconocida que casualmente iba vestida igual que su esposa. Decepcionado, Pushkin regresó al punto de encuentro, y allí descubrió que, donde antes había dos maletas, ya sólo quedaba una (la vacía, por supuesto).

Suponiendo que algún viajero cansado se había equivocado de maleta, Pushkin volvió a salir al muelle, donde vio a un hombre con sombrero de fieltro que se alejaba con lo que parecía su maleta en la mano.

—¡Disculpe! —gritó Pushkin mientras el hombre del sombrero cruzaba una calle muy transitada—. ¡Disculpe!

Como no parecía haberle oído, Pushkin esperó a que circularan menos vehículos y echó a correr tras él. Tras pasar los dos primeros cruces, todavía veía al hombre del sombrero con su maleta caminar delante de él, pero al llegar al tercero el hombre había desaparecido. Pushkin se detuvo y miró a izquierda y derecha justo cuando el hombre del sombrero cruzaba una avenida transversal y se metía por un callejón. Así que, tan deprisa como pudo, cruzó y lo siguió, pero de pronto se encontró en medio de Times Square, donde los anuncios luminosos destellaban, el metro retumbaba, los automóviles rugían y cientos de hombres con sombrero de fieltro iban y venían a toda prisa hacia el norte y hacia el sur. Corrió por el bulevar presa del pánico, pero luego se lo pensó mejor y dio media vuelta. Ahora no sólo no veía ni rastro de su maleta, sino que no encontraba el callejón por el que había llegado hasta allí. Dicho de otro modo, se había perdido.

Al sentir la amenaza de una lágrima, Pushkin trató de imitar el estoicismo que habría mostrado su amigo Litvinov. Luego dijo algo sobre bajar dos escaleras y subir tres y echó a andar al mismo ritmo que la muchedumbre.

A pesar de que en todas las colas de Moscú, Pushkin estaba

considerado un hombre con una excelente sensibilidad arquitectónica, mientras recorría las calles de Broadway no se fijó en un solo frontón. En Herald Square no se fijó en el puente peatonal elevado que conectaba los almacenes Gimbels con su edificio anexo. En Madison Square no se fijó en la caprichosa forma del edificio Flatiron. Y cuando entró en el City Hall Park, a las cinco en punto de la tarde, ¡no se fijó en el edificio Woolworth, aunque había sido el edificio más alto del mundo hasta hacía muy poco!

En lo que sí se fijó al derrumbarse en un banco fue en lo helado y hambriento que estaba. Había tenido la previsión de llevarse un abrigo y una bufanda a Estados Unidos, pero ambos seguían en su maleta; y aunque en el barco se había comido un copioso desayuno, de eso ya debía de hacer doce horas. Como si quisiera confirmarlo, el reloj de una torre cercana empezó a tocar las seis.

Frotándose las manos y dando pisotones en las losas en un tímido intento de entrar en calor, Pushkin vio que el anciano del abrigo deshilachado sentado en el banco de enfrente le hacía señas para llamar su atención. El hombre señaló la torre del reloj y le dijo algo; luego señaló en la dirección opuesta.

—Lo siento, pero no le entiendo —dijo Pushkin con gesto compungido—. No hablo ni una sola palabra de inglés.

El anciano, que al parecer había entendido lo que Pushkin intentaba transmitirle, asintió y compuso una sonrisa comprensiva. Entonces se levantó de su banco, volvió a apuntar en la dirección opuesta a la del reloj y le hizo un ademán que claramente significaba: «Por aquí, amigo. Sígame.»

Persuadido por la sonrisa del anciano, Pushkin empezó a seguirlo por Broadway. Apenas habían recorrido una manzana cuando el anciano señaló un campanario. Pushkin dedujo que se dirigían a una iglesia para protegerse del frío asistiendo a un oficio. Pero llegaron y en lugar de entrar por las grandes puertas labradas, el anciano guió a Pushkin hasta la parte de atrás. Allí encontraron a una veintena de hombres harapientos que esperaban pacientemente junto a la puerta de la sacristía envueltos en el aroma a sopa de pollo que flotaba en el aire.

Sin vacilar, Pushkin ocupó su lugar al final de la cola, pero nada más hacerlo vio a otro hombre con un abrigo deshilachado saliendo de un callejón cercano. Pushkin atrajo la mirada del desconocido y le hizo una seña amistosa, como diciéndole: «Es aquí. Por aquí, amigo», y entonces sonrió. Porque en ese momento, de pie al final de la cola, Pushkin supo que él ya no estaría al final de la cola cuando llegara aquel caballero. Es más, ya no estaría al final de nada.

La balada de Timothy Touchett

1

Timothy Touchett estaba sentado en la sala de lectura principal de la Biblioteca Pública de Nueva York, en la Quinta Avenida, ante un ejemplar de las *Cartas escogidas* de Maxwell Perkins. ¿Qué había llevado a ese joven de las afueras de Boston hasta un lugar tan esplendoroso en una tarde soleada? Mejor aún, ¿qué lo había llevado hasta Nueva York? Sencillamente, desde niño estaba decidido a ser un escritor famoso. Con su licenciatura de una prestigiosa universidad de humanidades bajo el brazo, había partido con determinación hacia esa ciudad donde innumerables lumbreras se habían pateado las calles y habían trabajado hasta altas horas de la noche. Se fue a vivir con Dan, un aspirante a actor de la Universidad de Nueva York que necesitaba un nuevo compañero para el piso que subarrendaba en el East Village. Encontró trabajo de camarero en un restaurante italiano. Se compró libros sobre redacción, bolígrafos y papel para su máquina de escribir, ¡a pesar de que esta historia se desarrolla más de una década después de la llegada de los ordenadores personales!

Muchos jóvenes autores, al hallarse en una situación tan cómoda, se habrían metido en el picado mar de su ambición sin perder un minuto, y habrían invertido todas sus horas libres en hilar frases hasta formar párrafos y párrafos hasta formar páginas, combinando recuerdos y fantasías con impresiones inmediatas hasta que su primera novela estuviese lista para un milagroso debut. Sin embargo, tras varias semanas dando golpecitos con el lápiz en su mesa, Timothy decidió que, antes de lanzarse a ejecutar su proyecto, era necesario estudiar los métodos de sus héroes. ¿Cómo enfocaban su oficio? ¿Escribían por la mañana o por la noche? ¿Sobrios o ebrios? ¿Lo planeaban todo

minuciosamente, o dejaban que su prosa se desplegara ante ellos como una alfombra roja ante la comitiva de un rey?

«Todos los mejores compositores y arquitectos han estudiado la obra de los grandes maestros antes de emprender la búsqueda de su propio e inimitable estilo...» O eso le dijo Timothy a Susie, la expresionista abstracta de Oberlin que vivía al final del pasillo.

Pero al compartir esa sensata opinión, Timothy no estaba siendo completamente sincero con su vecina. No estaba siendo completamente sincero consigo mismo. En realidad, la razón de que hubiera postergado el inicio de su novela no era la voluntad de investigar metodologías, sino un miedo tan tenebroso e inquietante que apenas se atrevía a reconocerlo: el miedo a no tener ninguna historia que contar.

Imaginad por un momento la vida de los héroes de Timothy. Faulkner había crecido en el Sur de Jim Crow, un momento y un lugar con su propio e idiosincrásico lenguaje y gran cantidad de temas solemnes, entre ellos la Familia, la Raza y la Tierra. Hemingway había sido periodista y conducido una ambulancia en la Primera Guerra Mundial antes de irse a cazar leones a la sabana africana. ¿Y qué me decís de Dostoievski? Lo habían mandado a Siberia por sus opiniones. Y no en sentido metafórico, ya me entendéis. Lo habían metido en un tren y lo habían enviado a Siberia, la de verdad. ¡La de las estepas y la nieve! Incluso lo habían llevado ante un pelotón de fusilamiento, pero en el último minuto el zar le había concedido el indulto. ¿Cómo podía uno aspirar a escribir una novela elegante y trascendente si sus mayores preocupaciones habían sido tener que cortar el césped en primavera, rastrillar las hojas en otoño y retirar la nieve en invierno? A ver, es que los padres de Timothy ni siquiera se habían molestado en divorciarse o en sucumbir al alcoholismo.

¿Podía haber mayor crueldad por parte de los dioses que infundirle a un joven sueños de fama literaria y luego no proporcionarle experiencias? Pero, como ya he dicho, eso era un secreto que Timothy ocultaba a todos, incluido él mismo. Así que cada mañana a las diez en punto se iba a la biblioteca, donde postergaba la escritura de su novela con el estudio de los métodos.

Ahora bien, leer una colección de cartas no es lo mismo que leer una novela. No hay escenarios que describir, ni diálogos concisos, ni recursos argumentales ingeniosamente diseñados para incitar a pasar las páginas. Leer una carta tras otra requiere paciencia y atención, dos virtudes que Timothy sencillamente no poseía.

Mientras estaba en la biblioteca con la mirada fija en el facsímil de una carta de F. Scott Fitzgerald, en lugar de tomar notas sobre elementos del oficio o desarrollar sus propias y prometedoras ideas, Timothy, distraído, se puso a copiar una y otra vez la firma de Fitzgerald mientras el minutero del reloj de la sala de lectura avanzaba de forma irreversible hacia la eternidad.

—Veo que tú también eres admirador del señor Perkins.

Sorprendido, Timothy levantó la cabeza y vio a su izquierda a un hombrecillo con un traje que no le sentaba nada bien. El anciano señaló el cuaderno de redacción de Timothy.

—¿Una tesis, quizá?

—No —dijo Timothy carraspeando y tapando disimuladamente su trabajo con un codo—. Soy novelista.

—¡Ah! —exclamó el anciano con admiración—. Qué bien. ¿Me permites?

Sin esperar respuesta, el anciano se sentó y, con voz pertinentemente baja, le pidió a Timothy su opinión sobre el famoso editor. Resultó que al anciano no sólo le interesaban las opiniones de Timothy, sino que muchas las compartía. Es más, le relató una anécdota que Timothy nunca había oído sobre un encuentro entre Hemingway y Fitzgerald en el vestíbulo del hotel Plaza. ¡Y luego recordó su encuentro con Philip Roth en el mostrador de consulta de aquella misma sala! El anciano, tras darle las gracias a Timothy por aquella charla tan agradable, se levantó por fin para irse, pero titubeó un instante.

—Resulta —dijo tras una pausa, como si confesara una debilidad— que yo también estoy en el negocio.

Y sacó su tarjeta de visita:

Peter Pennybrook

Proveedor de ediciones raras y de segunda mano

800 Lafayette Street
Nueva York, Nueva York

—Si alguna vez buscas trabajo, espero que pases a visitarme. Estoy casi seguro de que sería de gran ayuda contar con un joven de tu talento.

Mientras el señor Pennybrook salía arrastrando los pies de la sala de lectura, Timothy miró la tarjeta que tenía en la mano. Parecía un poco sucia y las esquinas estaban dobladas, como si llevase varios meses en la cartera de su dueño. A cualquier neoyorquino experimentado, eso le habría suscitado dudas. Pero Timothy, a quien jamás habían entregado una tarjeta de visita, sólo sintió el cálido viento de la buena suerte, y decidió allí mismo que el lunes a primera hora de la mañana iría a visitar al señor Pennybrook.

O quizá el martes por la tarde, para no parecer demasiado impaciente...

2

El martes Timothy enfiló Lafayette Street lleno de emoción ante su visita al señor Pennybrook. Aunque no tenía experiencia en el mundo del comercio, sabía perfectamente que no iba a hacerse rico trabajando en una librería; sin embargo, este empleo lo atraía por motivos artísticos. Veréis, Dan, el actor, se ganaba la vida trabajando de acomodador en el Teatro Público; y Susie, la expresionista abstracta, era recepcionista en la galería Leo Castelli. Es decir, Dan y Susie se habían introducido en el entorno de sus respectivas disciplinas artísticas. Cinco días por semana demostraban su lealtad incondicional a su vocación realizando tareas de escasa importancia a cambio de una escasa remuneración, al tiempo que enriquecían su sensibilidad creativa mediante una ósmosis estratégica. Cuando los amigos de Timothy se reunían los sábados por la noche en el bar del barrio, Dan y Susie contaban anécdotas maravillosas que salían de la

primera línea de sus respectivos campos, ¡y no sólo hacían referencia a las últimas tendencias artísticas, sino también a algunos de sus principales protagonistas, a los que habían visto con sus propios ojos! Sin embargo, cuando alguien le preguntaba a Timothy sobre su trabajo en el restaurante, él se sonrojaba de vergüenza.

Pero ¿y si trabajase en una librería?

Por algo a los escritores se los ha llamado «artífices de la palabra» durante siglos. El oficio de escritor exige instrucción especializada y la resistencia física de un herrero. El escritor serio suda en la fragua de su imaginación mientras trabaja a martillazos con las frases en el yunque del lenguaje, etcétera. ¿Qué mejor lugar para que un aspirante a escritor se gane la vida que el mismísimo taller del herrero? Con esa firme resolución, Timothy llegó al establecimiento del señor Pennybrook; y cuando entró, comprobó que era todo lo que él había esperado que fuera y mucho más. Es decir, menos.

Por lo que respecta a los metros cuadrados, la tienda no era mucho más grande que el piso subarrendado de Timothy en el East Village. Las estanterías, fabricadas con planchas de pino durante la guerra de Vietnam, estaban tan amarillentas y combadas como los libros que había en ellas. En la parte delantera había una mesita donde un empleado podía hacer sonar la caja registradora, mientras que al fondo estaban el viejo escritorio de roble del señor Pennybrook y una vitrina donde guardaba primeras ediciones y otras rarezas.

—¡Ah, Timothy! —dijo el señor Pennybrook alzando la vista de un volumen—. Me has encontrado en mis dominios. ¿Acaso te ha tentado mi propuesta? Me temo que no puedo ofrecerte un gran salario, pero sí un espléndido puerto para alguien que desea surcar los mares de la literatura.

Y como Timothy no habría sabido expresarlo mejor, aceptó inmediatamente el empleo.

3

El primer día de Timothy en su nuevo trabajo, el señor Pennybrook le hizo el tour oficial, asegurándose de indicarle dónde, en aquel pequeño laberinto de estanterías, las biografías daban paso a las historias, las historias a los misterios y los misterios a la edad dorada de la ciencia ficción. Le enseñó el funcionamiento de la caja registradora y, con cierta ceremoniosidad, le entregó su propio juego de llaves para que pudiese abrir la tienda en caso de que el señor Pennybrook llegase tarde algún día.

Básicamente, le hizo saber a Timothy que él era «el dueño del lugar». Hasta lo animó a llevarse su cuaderno de redacción para poder dedicarse de esa manera a su vocación cuando la tienda estuviese tranquila.

Timothy le tomó la palabra al señor Pennybrook y, unos días más tarde, se llevó su cuaderno de redacción. Estaba anotando unas ideas preliminares sobre un posible relato cuando el señor Pennybrook apareció junto a su mesa.

—Me preocupaba un poco, Timothy, que las exigencias del puesto fueran un obstáculo para tus ambiciones artísticas. ¡Qué alivio ver tu pluma en movimiento!

Para enfatizar sus palabras, el señor Pennybrook tocó ligeramente la página en la que Timothy había estado escribiendo e hizo una pausa.

—¿No es ésta la misma libreta que estabas usando el día que nos conocimos?

Tras confirmar Timothy que lo era, el señor Pennybrook vaciló.

—No quisiera ser indiscreto, pero en la biblioteca no pude evitar fijarme en que parecías estar escribiendo el nombre del señor Fitzgerald.

A modo de silenciosa confirmación, Timothy se ruborizó.

—¿Me permites?

Timothy retrocedió hasta la página con las firmas del autor, pero resultó que no había motivos para avergonzarse. Porque el señor Pennybrook exhaló ruidosamente en señal de absoluta satisfacción.

—Excelente, Timothy. Muy impresionante. Tienes talento, chico. —El señor Pennybrook señaló el giro completo de la «S»—. Se aprecia la emoción de los primeros éxitos de Fitzgerald. Y aquí, en las florituras

de la parte superior de las dos «F», se refleja el estilo de vida opulento que disfrutó en sus buenos tiempos. Y aquí, en la curva descendente de la «d» final, un presagio de todas las penas que estaban por venir.

El señor Pennybrook movió la cabeza en señal de apreciación, quién sabe si del destino de Fitzgerald o del arte de Timothy.

—Esta firma en particular estaba en una carta que Fitzgerald le escribió a Perkins mientras intentaba ganarse la vida en Hollywood y Zelda estaba ingresada en un sanatorio de Asheville, Carolina del Norte —explicó Timothy.

—Claro, claro —dijo el señor Pennybrook—. Ahí se ve todo. Ahí se ve todo.

Tras esos alentadores comentarios, Timothy no pudo evitarlo. Retrocedió varias páginas, hasta donde había hecho un estudio similar de la firma de Hemingway, alrededor de 1925.

—¡Oh, Timothy! —Una sonrisa de grata sorpresa iluminó la cara del señor Pennybrook—. ¡Mira esa «y»! Has capturado a la perfección el lance de la mosca en «El río de dos corazones». Y tu «i» inclinada es una banderilla proyectándose desde el lomo de un toro.

El señor Pennybrook sonrió y volvió a menear la cabeza; luego dio dos golpecitos en la mesita para dar por finalizada la conversación. Pero, al darse la vuelta, en lugar de dirigirse a su escritorio se detuvo y se quedó mirando los coches que pasaban por la calle. Entonces, como si respondiese una pregunta que nadie había formulado, negó con la cabeza con tristeza y dijo:

—Yo no podría.

—¿Cómo dice, señor Pennybrook? —preguntó Timothy con cierta preocupación—. ¿Puedo hacer algo por usted?

El proveedor de libros se volvió y miró a los ojos a su empleado.

—No lo sé, Timothy. Es posible que sí. Es posible.

Dicho esto, el señor Pennybrook fue hasta la vitrina del fondo de la tienda y volvió al cabo de un momento. Colocó con delicadeza un volumen de color azul en la mesita de Timothy. Era una primera edición de *Paralelo 42* de John Dos Passos, un poco maltrecha pero con la sobrecubierta original casi intacta. El señor Pennybrook puso una mano sobre el libro y le explicó que tenía un viejo amigo muy

enfermo. En realidad, estaba en su lecho de muerte. Este amigo había sido un gran admirador de Dos Passos desde muy joven, y con los años había conseguido reunir una primera edición de cada una de las obras del autor.

—De cada una de sus obras excepto *Paralelo 42*.

El señor Pennybrook suspiró.

—Me preguntaba, Timothy, si te importaría firmar esta edición en nombre del señor Dos Passos.

Timothy levantó la cabeza sorprendido.

—¿Que firme con su nombre?

—Lo sé, lo sé —dijo el señor Penybrook asintiendo con tristeza con la cabeza—. En circunstancias normales, jamás se me habría ocurrido una idea semejante. Pero poseer una primera edición de su obra firmada sería muy importante para Edward; y no tendría ninguna importancia para Dos Passos.

Al percibir la vacilación de Timothy, el señor Pennybrook volvió a su vitrina y esta vez regresó con un ejemplar de *La crónica decimocuarta*, una recopilación de cartas y entradas del diario del autor.

—John Dos Passos era la conciencia de una nación, un cronista de las injusticias de Estados Unidos, y con su *Trilogía USA* nos ofreció un concepto radicalmente nuevo de lo que podía ser una novela. A pesar de estos hechos irrefutables, cuando Dos Passos estaba escribiendo esas obras tan serias y profundas, su firma expresaba una veleidad casi juvenil.

El señor Pennybrook colocó el libro en la mesa de Timothy y buscó el facsímil de una carta de principios de los años treinta.

Al instante, Timothy comprobó que era tal como el señor Pennybrook había comentado. Contradiciendo la trascendencia social y artística de la obra del autor, la «J», la «D» y la «P» mayúsculas culminaban con un bucle que se elevaba por encima de las otras letras, de modo que su firma recordaba a unos niños caminando en fila india, tres de los cuales sujetaban un globo de helio con un cordel.

—Para rendirle un homenaje adecuado a semejante firma —observó el señor Pennybrook—, uno tendría que poder transmitir esa sensación

de alegría juvenil con el movimiento de la mano.

Y eso fue exactamente lo que hizo Timothy, en nombre del señor Dos Passos.

A la mañana siguiente, cuando el señor Pennybrook llegó a las once y media, se detuvo junto a la mesita de Timothy.

—Anoche fui al hospital a visitar a Edward. Está en la UCI. Ojalá hubieses estado allí para ver la expresión de su cara cuando buscó la portada y vio la firma del señor Dos Passos. Qué sorpresa. Qué alegría. Qué consuelo en un momento de aflicción. —Entonces el señor Pennybrook adoptó una expresión de seriedad inusual en él—. Bueno, Timothy, hijo, ya sé que estarás predispuesto a objetar, pero al satisfacer el deseo de este hombre no sólo has aportado tu tiempo y tu dedicación sino también tu talento. Y por esta razón insisto en que aceptes estos... honorarios.

Se sacó un sobre de la chaqueta y lo puso en la mesita de Timothy.

En efecto, Timothy objetó. La ejecución de la firma sólo le había llevado unos minutos y, dadas las circunstancias, era lo mínimo que podía hacer. Pero el señor Pennybrook levantó una mano para indicarle que cualquier protesta ofendería su honor. Así que Timothy guardó el sobre del señor Pennybrook en el cajón de su mesita.

Esa noche, cuando el señor Pennybrook ya se había marchado a su casa y se disponía a cerrar la tienda, Timothy cogió el sobre del cajón y lo abrió. Dentro encontró un billete de cincuenta dólares tan limpio y tan liso que parecía recién salido del banco. La sensación táctil de sacar el billete del sobre le recordó inmediatamente que su abuela de St. Louis siempre le enviaba una felicitación de cumpleaños junto con un billete de diez dólares igual de nuevo cuando era pequeño.

Seguramente esa asociación sentimental, o quizá la palabra «honorarios», mitigó los escrúpulos de Timothy. Porque al salir de la tienda, en lugar de reunirse con sus amigos en su restaurante mexicano favorito de la Sexta Avenida (donde podía comerse un burrito y tomarse dos margaritas helados por 8,99 dólares), Timothy paró en un restaurante francés del SoHo frente al que había pasado

cientos de veces. Sentado él solo a una mesa cubierta con un mantel de papel de un blanco inmaculado e iluminada por una vela, Timothy leyó con atención los platos del día, que estaban escritos con tiza en una alegre caligrafía cursiva europea. Pidió filete con patatas fritas y una copa de Côte du Rhône. Y antes de empezar a comer, en lugar de bendecir la mesa, levantó su copa por John Dos Passos y por la literatura de compromiso social de los años treinta y posteriores.

¿Sospechó algo Timothy, tal vez os preguntéis, y con razón, cuando el señor Pennybrook le pidió que le firmara el libro de Dos Passos para su amigo enfermo? ¿Se cuestionó la veracidad de la historia o se preguntó si, moralmente hablando, estaba a punto de meter los pies en aguas pantanosas? En una palabra: no. Halagado por los cumplidos del señor Pennybrook, intrigado por el reto artístico y comprensivo con los deseos de un moribundo, Timothy firmó el libro sin detenerse a pensar en esas ambigüedades.

Bien, pues si no sospechó nada en esa ocasión, seguro que lo asaltaron las dudas diez días más tarde, cuando el señor Pennybrook se acercó a su mesita cabeceando con una primera edición de *Poemas 1909–1925* de T. S. Eliot y la historia de una amiga suya, una gran amante de los libros —maestra de escuela, nada menos—, que había rastreado toda la ciudad en busca de una colección de Eliot firmada que quería regalarle a su marido con motivo de su cuarenta aniversario de boda para conmemorar que, cuando eran novios, él le leía fragmentos de «Prufrock». Pues no, me temo que tampoco. No importa que el poema en cuestión haga un retrato tan triste del matrimonio que a ningún joven en su sano juicio se le ocurriría leérselo a una chica a la que estuviera intentando seducir.

Pero un momento: en un concurso de salto, ¿reduce la velocidad el purasangre que ha superado el primer obstáculo para reflexionar sobre el segundo? Por supuesto que no. Confiado tras el éxito de su primer salto, dejándose llevar por la emoción de la competición y por el sonido atronador de sus propios cascos, el animal enfoca la segunda valla sin pensárselo dos veces. Del mismo modo, cuando Timothy

ejecutó su segunda firma, salvó con facilidad los obstáculos morales y corrió alrededor de la pista capturando a la perfección las gafas de montura gruesa del ganador del Premio Nobel, la raya descentrada de su pelo y su famosa predilección por los trajes de tweed.

Y al día siguiente, Timothy recibió en su mesa otra visita del señor Pennybrook, con otro sobre y otro informe sobre otra alma satisfecha.

4

La carretera por la que un joven descubre de lo que es capaz no es ninguna interestatal del Medio Oeste. No tiene vistas ininterrumpidas del horizonte, ni líneas blancas pintadas, ni letreros bien iluminados que indican la distancia a su destino. Es más bien un sendero estrecho y sinuoso cubierto de maleza e invadido por las ramas de los árboles. A lo largo de su viaje, al joven se le presentan intersecciones, caminos divergentes y desvíos fortuitos, y cada uno de ellos, si los tomara, lo conducirían a otros senderos con sus propias intersecciones, caminos y desvíos. Los caminos son tan intrincados y el recorrido tan boscoso que en todo momento es casi imposible que un joven vea de dónde viene y mucho menos adónde va.

En cada cruce, ante la decisión de torcer a la izquierda, a la derecha o seguir recto, el joven puede confiar en los consejos que le dieron de niño, o en la suma de sus experiencias, o en una moneda lanzada al aire. Pero de entre todas las fuerzas que pueden influenciarlo a medida que avanza de desvío en desvío, pocas hay más poderosas que el moderado aumento de sus ingresos.

Lejos quedan los días en que el mundo se dividía en mansiones y cabañas. En esta época que nos ha tocado vivir, las necesidades de comida, ropa y techo se experimentan en mil gradaciones. Así, mientras que en otros tiempos necesitábamos casarnos con una heredera o fundar un ferrocarril para cambiar nuestra suerte, hoy en día cincuenta dólares extras por semana nos permitirán subir un peldaño en la escalera del bienestar y llegar a un nivel donde las sopas

son un poco más sabrosas, las camisas un poco más elegantes y los aposentos están un poco más expuestos a la luz natural.

«Pero ¿realmente es suficiente esa mejora progresiva de la vida cotidiana para que se note un cambio? ¿Es suficiente para aumentar la felicidad de un joven, estimular su ego y silenciar la fastidiosa voz de la envidia aunque sólo sea por un minuto?», podríais preguntarme. Basta decir que si en la bifurcación del camino le ofreces a un joven cincuenta dólares extras por semana a cambio de una modesta corrección de sus sueños, lo tendrás cogido por el cuello.

5

Tal vez esta apreciación sea demasiado cínica.

Con toda probabilidad, está influenciada por las propias experiencias del autor con el compromiso y por su natural deseo de hacer que sus decisiones parezcan inevitables; es decir, la clase de decisiones que cualquier otra persona habría tomado en circunstancias parecidas. Pero quizá no sea justo para nuestro protagonista, quien, al fin y al cabo, es el presunto protagonista de la historia. Como los padres, los autores no deberían intentar revivir sus éxitos ni redimir sus pecados a través de la vida de sus creaciones. Los autores deben aprender a guardar esas cargas en su mochila y llevarlas ellos mismos por el camino. Así que con toda probabilidad Timothy merece una evaluación más meditada.

Además, desde la Antigüedad, los que juzgan los delitos más graves han exigido pruebas de la intención del acusado y han tratado de evaluar si era consciente de las implicaciones morales de sus actos. Incluso cuando un hombre mata a otro, separamos lo accidental de lo espontáneo y lo espontáneo de lo minuciosamente planeado, pese a que tales distinciones no le proporcionan ningún consuelo al difunto. Así pues, ¿cómo resistiría Timothy un escrutinio tan severo?

En primer lugar, tengamos en cuenta que Timothy no era una persona reflexiva. No era muy aficionado a meditar ni a darles vueltas

a las cosas. Cuando se llevaba un libro a la cama, solía caer después de leer un par de frases y dormía profundamente toda la noche. Y desde luego nadie habría podido acusarlo de haber urdido un plan con todo cuidado y haberlo ejecutado con frialdad. Resultaría más apropiado observar que, con sus actos, Timothy buscaba «el camino más llano» —que es justo el camino que siguen los ríos cuando descienden de las montañas hacia el mar—, un fenómeno natural loado por los poetas románticos, los trascendentalistas norteamericanos y una larga lista de místicos que van desde Heráclito hasta Lao-Tse. Y como suele decirse, lo que vale para uno vale para todos.

6

En las semanas siguientes, el señor Pennybrook se tomó la molestia de describirle qué individuo determinado buscaba qué volumen determinado, así como su dolencia, discapacidad o historial de actos benéficos, porque Timothy parecía muy interesado en el quién, el cómo y el porqué. Sin embargo, cuando llegó el otoño, el señor Pennybrook ya no tuvo que tomarse esa molestia. Los intereses de Timothy se reducían casi exclusivamente a la maestría de su oficio.

¡Y qué oficio tan rico y variado era!

Porque las firmas no abarcan un sencillo espectro como el de los colores del arcoíris. De hecho, cada firma tiene su propio color. La firma de una persona es tan peculiar e idiosincrásica que, a ojos de la ley, es tan vinculante como sus huellas dactilares o un rastro de su ADN. En la sala de manuscritos y libros raros de la Biblioteca Pública de Nueva York, Timothy se familiarizó con todos los pequeños matices que colectivamente definían ese variado abanico. Estudió las firmas ascendentes y las descendentes; las que corrían hacia delante y las que arrastraban los pies; las que recordaban el *staccato* de una ametralladora o la cadencia de una canción de cuna.

Pero así como dos botellas de vino cosechado de la misma viña en años diferentes son a la vez parecidas y distintas, dos firmas de la

misma persona garabateadas en distintos momentos son reconocibles como obra de la misma mano y, al mismo tiempo, reflejan las diferentes circunstancias en las que fueron trazadas. Así pues, la perfecta ejecución de una firma no requiere simplemente un dominio del estilo caligráfico subyacente del signatario, sino también la comprensión de su estado de ánimo en determinado momento.

Con ese fin, Timothy pasaba horas leyendo historias, biografías y memorias. No sólo se presentaba a los amigos de los autores, metafóricamente hablando, sino que se congraciaba con sus conocidos y se invitaba a cenar. Escuchaba por el ojo de las cerraduras y se asomaba por el montante de las puertas. De este modo logró dominar la firma de Dashiell Hammett en el apogeo de su romance con Lillian Hellman; la firma de John O'Hara en el apogeo de su lucha contra el alcoholismo; y la firma de Ernest Hemingway en el apogeo de su lucha consigo mismo. Hammett, O'Hara, Hemingway: firmó en nombre de todos ellos. Y en nombre de muchos más.

Pero eso no significa que Timothy firmase cualquier cosa. No era un joven carente de un código de conducta. Por ejemplo, si bien estaba dispuesto a firmar en nombre de algunos de nuestros mejores autores ya fallecidos, trazaba una línea roja cuando se trataba de los vivos. Como en una ocasión le señaló el propio señor Pennybrook, firmar un libro en nombre de Dos Passos no afectaba en absoluto a Dos Passos. Es más, con Dos Passos en la tumba, sus fervientes admiradores —los portadores de su antorcha, por así llamarlos— no tenían ninguna posibilidad de obtener su firma por propia iniciativa. En cambio no sucedía lo mismo con Toni Morrison o John Updike. Esas celebridades todavía vivían, todavía escribían y, en ocasiones, todavía aparecían en público. Por lo tanto, todavía podía darse la ocasión para que un admirador se presentase ante ellos con un bolígrafo en una mano y su volumen favorito en la otra. Aunque Timothy tal vez no habría expresado ese argumento con tanta claridad como acabo de hacerlo yo ahora —en su nombre—, el señor Pennybrook intuía los escrúpulos del joven, respetaba su ética y planificaba en consecuencia.

La excepción que confirmó la regla fue Paul Auster. El señor Pennybrook, por lo visto, conocía a una madre superiora de Garrison, Nueva York, que era una gran amante de la obra de Auster, pero que raramente salía de las cuatro paredes de su convento. Con una pizca de culpabilidad católica le había confesado al señor Pennybrook que, como feliz propietaria de un ejemplar firmado del primer volumen de la llamada *Trilogía de Nueva York*, alguna que otra vez había rezado a Dios para llegar a tener el juego completo.

Aun sabiendo que normalmente Timothy firmaba libros en nombre de aquellos que ya no podían firmarlos ellos mismos, el señor Pennybrook se preguntó si el joven tal vez se plantearía hacer una excepción en el caso del señor Auster, dadas las características literarias de dicho autor. Al fin y al cabo, ¿no estaban llenos de enigmas y jeroglíficos sus libros? ¿De dobles y fantasmas? En el marco de su obra, ¿no estaban Auster el autor, Auster el personaje y Auster el impostor?

Alentado por el señor Pennybrook, Timothy releyó la *Trilogía de Nueva York* —o mejor dicho, leyó por fin la *Trilogía de Nueva York*— y, tras concluir su lectura, tuvo que admitir que, dadas las características de la obra de Auster, seguramente al autor no le importaría que firmara sus libros en su nombre. De hecho, hasta es posible que obtuviera cierta satisfacción artística de esa idea. Tras leerse los tres libros en tres días, Timothy comprendió tan bien el punto de vista de Auster que encadenó las dos firmas para la madre superiora en una sola tarde.

7

Mientras sucedía todo eso, ¿no se dio cuenta Timothy de que cada vez firmaba en nombre de autores más venerados? ¿Y las ediciones eran más raras y, en consecuencia, más valiosas? No exactamente. Que los Hammetts se convirtiesen en Hemingways, un sobre con cincuenta dólares en un sobre con varios cientos, o un piso subarrendado en el

East Village en un apartamento de un dormitorio en la parte baja de la Quinta Avenida a Timothy le resultó tan natural como que el otoño se convirtiese en invierno y el invierno en primavera. Con ese espíritu, apenas se fijaba en la misteriosa economía del negocio del señor Pennybrook. Ni siquiera pensaba en ella, o mejor dicho, no pensó en ella hasta un viernes por la noche del mes de mayo en que estaba cenando solo en la barra del Gotham Bar & Grill, un restaurante de cierto postín…

Después de hacerle el pedido al camarero, Timothy repasó distraídamente los titulares de *The New York Times*, pero, al pasar a las noticias de la parte inferior del pliegue, se fijó en una que hablaba de una empresa del área de la bahía que, como miembro destacado de la «nueva economía», había instaurado un «programa de reparto de beneficios» para «toda su mano de obra». Timothy tuvo que leer el párrafo inicial una segunda vez para asegurarse de que lo había entendido. Porque si bien le parecía que las palabras «mano» y «obra» formaban una pareja completamente natural, su educación le había enseñado que las palabras «beneficio» y «reparto» eran incompatibles.

Al pasar a la página donde continuaba el artículo, Timothy se encontró por primera vez en su vida en la sección de negocios del periódico. El artículo sobre el «plan de reparto de beneficios», en la página 4 de la sección, estaba ilustrado con una gran fotografía de los empleados de la empresa. Mientras nuestro héroe examinaba el rostro sonriente de los ejecutivos, programadores, secretarias y conserjes (¡sí, incluso los conserjes!), tuvo tal revelación que casi no vio la hamburguesa de veintidós dólares que le estaban poniendo delante.

Si Timothy había entendido lo esencial del artículo, allí, al menos, había una oportunidad de combinar la virtud de compartir que había aprendido en el parvulario con las virtudes del capitalismo que había aprendido en Economía 101. Sólo tenía que sacarle el tema al señor Pennybrook, explicarle los detalles, y los dos podrían entrar cogidos de la mano en la «nueva economía». Pero antes le pareció prudente recabar un poco más de información.

Así que al día siguiente se dirigió como siempre a su mesa de la Biblioteca Pública de Nueva York, pero en lugar de inclinarse sobre

libros de memorias lo hizo sobre diez ejemplares de la revista *Forbes* que estaban literalmente (bueno, no literalmente en sentido literal, sino literalmente en sentido figurado) repletos de palabras y conceptos nuevos apasionantes.

De la biblioteca se fue a Madison Avenue, donde Bauman's, la venerada librería de ejemplares raros, mantenía su sede desde hacía mucho tiempo. Timothy entró y quedó sorprendido por lo que vio. Más que una tienda, el establecimiento parecía la biblioteca personal de J. P. Morgan. Había sofás de piel; estanterías forradas de arriba abajo de primeras ediciones; y en el centro de la sala —bajo una araña de luces—, ¡una vitrina donde estaban expuestos el *Principia Mathematica* de Newton, *El origen del hombre* de Darwin y un infolio de Shakespeare!

Mientras Timothy contemplaba todo eso con perplejidad, una mujer que apenas debía de tener cinco años más que él, con una blusa blanca y unas gafas de montura de carey, le preguntó si podía ayudarlo en algo. Timothy le contestó que sí. Y ella lo ayudó. Lo ayudó mucho.

Al cabo de una hora, Timothy había descubierto tres cosas de la complaciente señorita Chambers. En primer lugar, descubrió lo valiosa que podía ser una primera edición. Aunque Timothy era el responsable de cobrar cada vez que un cliente compraba un libro de segunda mano de las estanterías abiertas, el señor Pennybrook se ocupaba de todas las ventas de los libros de la vitrina. Así que, a pesar de que, en teoría, Timothy sabía que la primera edición de una novela famosa valdría más que su edición en rústica, ¡jamás habría podido imaginar que alguien estuviera dispuesto a pagar cincuenta mil dólares por un ejemplar de *Suave es la noche* con la sobrecubierta original!

En segundo lugar, Timothy descubrió que la firma de un autor podía aumentar el valor de una primera edición hasta en un cincuenta por ciento. De entrada, ese dato sorprendió a Timothy: que alguien estuviese dispuesto a pagar un cincuenta por ciento más por el placer de tener una rúbrica rápidamente garabateada en la página interior de un libro que casi nunca abría.

Pero ¿no residía en eso la genialidad del capitalismo? ¿No era un

sistema en el que las fuerzas de la oferta y la demanda establecían un equilibrio tan perfecto que, en una transacción, el precio reflejaba exactamente el valor que el objeto tenía para su comprador? Si los clientes estaban dispuestos a pagar un cincuenta por ciento más por las ediciones firmadas, debía de ser porque las ediciones firmadas los hacían sentirse un cincuenta por ciento más satisfechos. De hecho, saber que ese codiciado volumen estaba a salvo en su librería seguramente hacía que su whisky supiera un cincuenta por ciento mejor y les permitía dormir un cincuenta por ciento más profundamente. La felicidad, comprendió Timothy triunfante, no es un «juego de suma cero». Porque para que el comprador de una edición firmada se sintiera el cincuenta por ciento más feliz no hacía falta que la felicidad de otros disminuyese ni un ápice.

Al día siguiente, a la hora del cierre, Timothy le preguntó al señor Pennybrook si tenía un momento para hablar con él. Se sentó y le explicó con claridad el concepto de reparto de beneficios, empleando toda la terminología que había absorbido de las revistas *Forbes*. Comenzó refiriéndose a la influencia de la *escasez* en el atractivo de los bienes. Continuó con el *valor añadido* que se creaba al firmar un libro en nombre del autor, y los méritos demostrados de una *alineación de intereses*. Para concluir con la propuesta de que, en adelante, el señor Pennybrook y él compartiesen equitativamente los beneficios obtenidos con su esfuerzo.

Mientras Timothy exponía sus argumentos, el señor Pennybrook escuchó con suma atención, un tanto impresionado por la facilidad con que su ayudante empleaba una jerga recién descubierta. El señor Pennybrook, un capitalista experimentado que llevaba más de treinta años regateando con vendedores y clientes, casi con toda seguridad podría haber visto el farol de Timothy. Negando con la cabeza con gesto de aflicción, habría podido expresar que le disgustaba que Timothy sacara ese tema a colación después de que él le hubiese demostrado tanta confianza, y podría haberlo dejado ahí. Pero lo cierto era que, aunque Timothy no dominaba del todo los conceptos

que estaba manejando, tenía más razón de la que imaginaba.

La repentina disponibilidad de ediciones raras firmadas en la tiendecita del señor Pennybrook había cambiado sustancialmente su posición en el sector. Tras mucho tiempo operando en la polvorienta periferia del negocio de los libros de segunda mano, donde proveedores aletargados traficaban con manoseadas séptimas reimpresiones de novelas de misterio de los años setenta, de repente se encontraba en el sanctasanctórum del círculo secreto. Ahora tanto sus competidores como los coleccionistas hablaban de él en voz baja. No pasaba un día sin que alguien llamara para preguntar si tenía algún libro raro y deseable. «No, no tengo ningún ejemplar firmado de esa edición. Pero tal vez sepa dónde encontrar uno...», decía el señor Pennybrook.

Como consecuencia de todo esto, él también había subido unos cuantos peldaños en la escalera del bienestar. Ahora cenaba en mejores restaurantes y compraba en tiendas más elegantes, y recientemente le había hecho saber al administrador de su edificio que, si quedaba libre un piso más grande en una planta superior, quizá estuviese interesado. Eran progresos que no sólo complacían a su mujer sino que impresionaban a su hijo, un corredor de seguros de Connecticut a quien su padre no recordaba haber impresionado desde que el chico tenía catorce años. Y si bien el reparto de beneficios no sólo era un anatema según la educación del librero sino según su sentido del patriotismo, el peligro de bajar los peldaños de la escalera por la que tan recientemente había ascendido también le parecía poco americano.

Así pues, llevado por el espíritu del momento, el señor Pennybrook también dio rienda suelta a la jerga de su oficio. Dijo que estaba abierto al concepto de *reparto de beneficios*. Pero que, como único propietario, no sólo era responsable de todas las *ventas* y del *marketing* de su pequeña empresa, sino que había puesto el *capital* para asegurar su *inventario*, así como el contrato de *arrendamiento a largo plazo*, y tenía derecho a un cierto *rédito de la inversión*. Por lo tanto, un reparto a partes iguales de los beneficios difícilmente podría considerarse justo.

Al final llegaron a un acuerdo en el que Timothy recibiría el veinticinco por ciento del sobreprecio que las ediciones firmadas alcanzaran en el mercado en comparación con las no firmadas. Por lo tanto, cuando los tres siguientes volúmenes —un Henry James, un Henry Miller y un Henry David Thoreau— fueron entregados a sus satisfechos clientes por un precio total de cincuenta mil dólares, con una prima del veinticinco por ciento respecto a los no firmados, Timothy recibió un sobre con veinticinco billetes de cien dólares nuevecitos.

8

El viernes, como todas las semanas, Timothy fue al banco a ingresar su salario. Como era un joven más bien clásico, pasó por delante de los cajeros automáticos sin siquiera mirarlos, pues prefería hacer sus gestiones con un ser humano. Pero después de rellenar la hoja de ingreso y deslizar los dos mil quinientos dólares por la ranura de la ventanilla blindada, el cajero le pidió a Timothy que esperase un momento y desapareció por una puerta. Al cabo de unos minutos, apareció un hombre de mediana edad con traje gris oscuro y a Timothy le entró cierta ansiedad. En las películas, cuando pedían a alguien que esperase un momento y luego aparecía un hombre trajeado, casi siempre era un presagio de malas noticias. Muchas veces, a continuación hacían la pregunta de «¿quiere acompañarme?», mientras un vigilante del banco esperaba cerca con la mano en la culata de su pistola. Pero tras identificarse como el director de la oficina bancaria, el señor Robertson se limitó a agradecerle a Timothy su confianza y comentarle que, dado que los tipos de interés de las cuentas de ahorro estaban más bajos que nunca, quizá quisiera explorar algunas alternativas, como un CD (que, como explicó el señor Robertson, no eran las siglas de «compact disc» sino de «certificado de depósito»). Con ese fin, tal vez Timothy tuviera a bien reunirse con uno de los asesores financieros del banco... Timothy le agradeció la

sugerencia al señor Robertson; dijo que por supuesto que lo tendría en cuenta y salió del banco con una sensación grata y reconfortante.

Esa noche, en el Gotham Bar & Grill, en lugar de sentarse a la barra como tenía por costumbre, Timothy pidió una mesa. En lugar de la hamburguesa de siempre, pidió el filete de solomillo Nueva York de 340 gramos (poco hecho). Y cuando el camarero le preguntó si quería una copa de vino para acompañar el filete, Timothy, que no entendía prácticamente nada de vinos, contestó:

—¿Un burdeos, quizá?

—Por supuesto —dijo el camarero.

Y le pidió que esperase un momento.

No había transcurrido ni un minuto cuando un hombre de mediana edad con traje gris oscuro apareció al lado de Timothy. Era el *sommelier* con la carta de vinos. Con una mano detrás de la espalda, el señor Metier se dobló por la cintura y señaló varios caldos de burdeos de diferente precio, cualquiera de los cuales resultaría un acompañamiento perfecto para su plato.

A Timothy no le pasó desapercibido que era la segunda vez aquel día que, tras entrar en un establecimiento que ya conocía, le pedían que esperase y, a continuación, un hombre de mediana edad trajeado a quien veía por primera vez aparecía de pronto a su lado. Entonces comprendió que debía de haber hombres como el señor Robertson y el señor Metier dedicados a diferentes negocios por todo Manhattan. Vestidos con traje a medida, haciendo gala de buenos modales, esperaban detrás de una puerta cerrada, preparados para ofrecer consejo sobre temas específicos a los clientes de determinada clase. ¡Una clase a la que por lo visto ahora Timothy pertenecía! Ese descubrimiento tuvo el mismo efecto en la cabeza de Timothy que la botella de Château Margaux con la que regó su filete.

9

Una tarde, transcurridas seis semanas, cuando la primavera se

deslizaba hacia el umbral del verano, el señor Pennybrook llamó a Timothy desde el fondo de la tienda. Con gesto de máxima reverencia, puso encima de la mesa un avejentado libro del siglo XIX. ¿Qué libro concretamente? El primer volumen de una primera edición de *Anna Karénina*, de Lev Tolstói, en ruso. Al señor Pennybrook le temblaba la voz de la emoción cuando dijo:

—Esta tarde, hijo mío, te propongo el mayor desafío de todos a los que te has enfrentado hasta ahora, uno que quizá supere incluso tu prodigioso talento.

El desafío en cuestión no consistía simplemente en firmar aquella indiscutible obra maestra, sino en añadir unas palabras cariñosas, un mensaje de afecto paternal a Aleksandra Lvovna Tolstaia, la hija pequeña del autor y la más querida, con motivo de su decimocuarto cumpleaños.

—Verás, el problema es que...

El señor Pennybrook no continuó, porque no hacía falta. Timothy vio el problema al instante. Aunque *Anna Karénina* se publicó en 1878, cuando Tolstói tenía cincuenta años, el autor le estaba regalando el libro a su hija veinte años más tarde. Por entonces Tolstói ya había abrazado por completo la doctrina del cristianismo místico que lo llevó a un fanatismo ascético que incluía el vegetarianismo, la abstinencia sexual y la oposición a la propiedad privada. La caligrafía de la inscripción tendría que sugerir todo eso. Es más, tendría que ejecutarse con una pluma estilográfica y, por si eso fuera poco, en alfabeto cirílico del siglo XIX.

Ante la magnitud de la tarea, Timothy, como cualquier verdadero artista, se retiró de la vida pública. Ya no se lo veía saliendo con sus amigos por el East Village ni cenando en el Gotham Bar & Grill. Se pasaba horas en las salas de manuscritos raros de la Biblioteca Pública y la Biblioteca Morgan. Leía biografías y cartas. Se matriculó en un curso intensivo de ruso elemental de la Universidad de Nueva York. Gastó dos resmas de papel y tres tinteros. Y, como si se identificara con Tolstói, se dejó crecer la barba.

El señor Pennybrook, que no era ajeno a la delicada sensibilidad del artista, no lo molestó ni lo presionó. No merodeaba a su alrededor ni

lo interrogaba fingiendo indiferencia. Desde su mesa, observaba a Timothy con el rabillo del ojo y trataba de discernir por su postura si se sentía desmoralizado o eufórico. Transcurrieron días, luego semanas. El señor Pennybrook era la personificación de la paciencia monástica, y su paciencia se vio recompensada. El 15 de julio Timothy llegó a la tienda con una hoja de papel en la mano.

Sin decir palabra, la puso encima del escritorio de su empleador (o quizá sería más acertado llamarlo su «socio»).

El señor Pennybrook no se precipitó. Apartó el libro que estaba leyendo y carraspeó. Tocó delicadamente los bordes de la página con la yema de los dedos para no mancharla con la grasa natural de la piel, como si se tratara de un manuscrito de ciento diez años de antigüedad. Luego examinó atentamente el texto.

—Oh, Timothy.

El señor Pennybrook se quitó las gafas y se enjugó una lágrima con la esquina del pañuelo, ¡una lágrima auténtica!

—Tu preparación no ha sido en vano, hijo mío. Lo has buscado y lo has encontrado. Hasta el último detalle. Pero ¿crees que estás preparado para…?

—Sí.

—Pues toma. Por favor.

De un cajón inferior, el señor Pennybrook extrajo la primera edición y la puso encima del escritorio. Entonces se levantó y le cedió su silla a Timothy. Sospechando que el chico quizá necesitaría una hora o más para completar su tarea, el señor Pennybrook se apartó unos pasos. Pero Timothy, con la seguridad de un cirujano y la elegancia de un prestidigitador, ejecutó la inscripción en menos de un minuto.

Cuando se levantó, el señor Pennybrook tomó la mano derecha del joven con las dos suyas y lo miró a los ojos.

—Llevo toda mi carrera profesional, vaya, toda la vida, asomado a las ventanas del arte. Imagino la satisfacción, la sensación de éxito, el gozo estético que debes de sentir por haber aportado una obra genial al mundo. Tómate el resto del día libre. Regálate una buena cena y acuéstate pronto. Hijo mío, te lo has ganado.

Pese a todas sus limitaciones, no podría decirse que Timothy Touchett fuese vanidoso. No solía jactarse ante sus amigos, del mismo modo que no solía mirarse en el espejo cuando estaba solo. Más bien al contrario: las dudas sobre sí mismo lo asaltaban con persistencia. Pero ese día, cuando salió de la tienda —tal como sospechaba el señor Pennybrook—, a Timothy lo embargaba la euforia del artista cuando llega el momento del éxito.

Tras haber invertido su talento, su tiempo y su esfuerzo en una manifestación visible del alma humana, Timothy se sentía como el pianista que, tras tocar el último acorde de un concierto, espera a que el público irrumpa en aplausos. Es más, Timothy casi se sentía como el propio Tolstói debió de sentirse cuando terminó la última página de su novela, consciente de que había superado no sólo sus anteriores esfuerzos sino también los de sus pares y tal vez incluso los de sus ídolos.

Como le había sugerido el señor Pennybrook, Timothy se marchó a su casa, se duchó, se puso el traje hecho a medida que había comprado recientemente y se dirigió a la Pool Room del Four Seasons. Situada en un edificio del Midtown de Manhattan y diseñada por Philip Johnson con estilo Mid-century, la Pool Room era un punto de reunión de gente influyente donde todos los miembros del personal llevaban traje gris oscuro. Sentado en una silla Mies van der Rohe, Timothy comió foie gras por primera vez en su vida y, a continuación, un lenguado que había llegado de Dover ese mismo día. De postre pidió plátanos Foster, pues había descubierto que llevaban el plato a la mesa en un carrito y le prendían fuego delante de ti. De hecho, toda la experiencia en el Four Seasons fue tan divina que Timothy decidió regresar cuanto antes ¡con la complaciente señorita Chambers como invitada!

De nuevo en la calle 52, Timothy se detuvo un momento preguntándose si debía coger el metro o un taxi. Todavía no se había decidido cuando un reluciente Town Car negro paró junto al bordillo y le ofreció sus servicios. Timothy sabía que los Town Cars no podían recoger pasajeros en Manhattan. También sabía que el trayecto le costaría el doble que un taxi y cuatro veces más que el metro. Pero en

reconocimiento a la genialidad del capitalismo, se sentó en el asiento trasero consciente de que aquel trayecto valía exactamente lo que iba a pagar por él.

Llegó a su casa poco después de las nueve y se derrumbó en un sillón. Deleitándose todavía con las mieles del trabajo bien hecho y el placer de una buena comida, escuchó con satisfacción los sonidos que llegaban de la calle, ocho pisos más abajo: toques de bocina, gritos de borrachos, ladridos de perros y hasta la sirena de un coche de policía. Juntos formaban la sinfonía de la ciudad de Manhattan una cálida noche de verano.

10

Cuando el señor Pennybrook le dijo a Timothy que se marchase a celebrarlo, no lo hizo únicamente en reconocimiento del logro del chico, sino porque él también tenía planeada su pequeña celebración. Sacó de su mesa la botella de Dom Pérignon que había comprado la semana anterior y la metió en una pequeña papelera metálica que había llenado de hielo. Luego, después de secarse bien las manos, cogió el libro de Tolstói y lo abrió por la portada. De momento, evitó pensar en la remuneración que recibiría y en la envidia que sentirían sus colegas cuando se enterasen de su éxito; sabía que podría explorar a su antojo tanto la remuneración como la envidia esa misma noche, cuando estuviese en la cama y su mujer hubiera empezado a roncar. Y lo que hizo fue aprovechar para admirar la obra de Timothy por motivos únicamente artísticos. Como la «L» en cursiva, que formaba un lazo tan perfecto que parecía un ocho inclinado hacia el viento. O la parte superior de la «T», que se extendía con tanta autoridad que sin duda habría podido proteger la «o» en minúscula en caso de lluvia. ¡Qué inteligencia, qué intensidad, qué grandeza humana expresaban aquellos trazos! Es más, si el señor Pennybrook no hubiese encargado en persona aquella firma, jamás se le habría ocurrido dudar de que la hubiese escrito el propio Tolstói sentado a su escritorio de Yásnaya

Poliana, la finca familiar situada a ciento sesenta kilómetros de Moscú.

A las seis en punto, el señor Pennybrook cerró el volumen, suspiró y lo metió en el sobre de papel Manila donde ya había escrito la dirección de un acaudalado coleccionista de Connecticut. Entonces hizo girar la botella de Dom Pérignon —para que se enfriara uniformemente—, ensambló la flauta de plástico —había tenido el acierto de comprarla al mismo tiempo que el champán— y fue despacio hacia la parte delantera de la tienda para cerrar por dentro. Justo entonces dos hombres con traje aparecieron en la puerta.

Veamos: en circunstancias normales, al señor Pennybrook le habría parecido extraño o incluso sospechoso que dos hombres trajeados se presentasen en su tienda a esa hora del día, lo que le habría dado aún más motivo para ahuyentarlos con un ademán mientras articulaba con los labios la palabra «cerrado». Sin embargo, como estaba de buen humor y, por lo tanto, se sentía inusualmente inclinado a mostrarse amable con sus semejantes, el señor Pennybrook quitó el cerrojo y abrió la puerta lo justo para comunicarles de forma más afable que, aunque la tienda ya estaba cerrada, podían volver al día siguiente a partir de las diez de la mañana.

Pero, tras transmitirles ese mensaje, uno de ellos metió hábilmente la punta del zapato delante de la jamba cuando el señor Pennybrook empezó a cerrar la puerta. Antes de que el señor Pennybrook pudiese expresar su consternación por esa violación del decoro comercial, el desconocido del traje se metió una mano en el bolsillo y extrajo una hoja de papel que, de conformidad con la Cuarta Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos y de acuerdo con las leyes del estado de Nueva York, los autorizaba a él y a su colega a entrar en su establecimiento —incluso a aquella hora— y registrarlo de arriba abajo.

¿Qué había motivado esa visita de las autoridades locales a una hora tan intempestiva? Un simple capricho del destino…

Una semana antes del día en que Timothy firmó *Anna Karénina* en

nombre del señor Tolstói, Paul Auster —el autor, no el personaje— había participado en un seminario del Departamento de Literatura de la Universidad de Nueva York. Aquella noche, Auster había quedado para cenar con su editor. Así que, cuando terminaron las clases, en lugar de regresar a su casa de Brooklyn, Auster aprovechó que hacía buen tiempo para ir paseando hacia el Midtown a un ritmo pausado. En Astor Place observó el atuendo post-punk de los jóvenes del barrio sonriendo para sí. En la calle 10 se tomó un cappuccino en una cafetería que había frecuentado cuando era un treintañero. Y al llegar a la esquina de la calle 12, cruzó el umbral de la tienda del señor Pennybrook, pues iba en contra de sus principios pasar por delante de una librería de segunda mano y no entrar.

Auster saludó educadamente con la cabeza al joven que estaba inclinado sobre una biografía en su mesita, se adentró en la tienda y se puso a examinar sin prisa las estanterías. Cuando llegó al final del pasillo central, se encontró ante un escritorio vacío donde había un ejemplar de su segunda novela, *Fantasmas*, con una etiqueta que indicaba que el volumen era una primera edición firmada. Con una sonrisa casi sentimental, Auster cogió el libro y lo abrió.

Pero en la portadilla lo sacudió como un puñetazo en el estómago lo pretenciosa que parecía su firma. Lo grandiosa. Lo segura de sí misma. Pese a hallarse solo, el autor se ruborizó ante aquella prueba irrefutable de su arrogancia juvenil. Que sólo tuviese treinta y siete años cuando se publicó el libro y todavía estuviera regodeándose en las alabanzas del público por *Ciudad de cristal* no le pareció excusa. Aún estaba lanzándole ese reproche a su yo más joven cuando se fijó en la impresionista ejecución de la «P». Seguramente, a esas alturas de su carrera ya dibujaba las mayúsculas con algo más de precisión.

«Curioso», pensó.

Y seguramente no le habría dado más importancia de no haberse fijado en que debajo de *Fantasmas* había un ejemplar de *La habitación cerrada*. Dejó el primer volumen y cogió el segundo. Allí la firma también era y no era suya. Una vez más, hacía pensar en un autor consciente de su éxito, pero su mujer ya estaba embarazada de su hija cuando se publicó *La habitación cerrada*. ¿Dónde estaba la profunda

sensación de júbilo y humildad que había suscitado aquella feliz noticia?

Auster negó con la cabeza, dejó el segundo volumen encima del primero y salió de nuevo a la noche veraniega. Mientras caminaba hacia el este, miraba a su alrededor con una vaga inquietud, como alguien que se encuentra en una ciudad que no conoce o que de pronto se da cuenta de que ese día, más tarde, tiene una reunión importante pero no recuerda dónde, cuándo ni con quién.

Al torcer por la Tercera Avenida, su inquietud se transformó en una sensación de sospecha, que a su vez se transformó en una sensación de convicción: ¡él no había firmado aquellos libros! Estaba seguro. Una cosa era encontrarse por casualidad con una firma que era y no era la suya, pero ¿encontrarse con dos en la misma mesa? ¿Una encima de la otra? Eso sugería algo mucho más sospechoso. ¡Incluso perverso! (Al menos en el contexto de la literatura.)

Resultó que, pese a su pasión por los misterios y los jeroglíficos, los dobles y los fantasmas, a Paul Auster no le producía ninguna satisfacción artística la idea de que alguien hubiese firmado aquellos ejemplares en su nombre. De hecho, en la calle 16 había empezado a sentir indignación, y al llegar a la 21 estaba prácticamente frenético.

Para el señor Pennybrook y para Timothy, Auster no habría podido escoger peor momento para indignarse, pues daba la casualidad de que en la calle 21 estaba la comisaría del distrito 13.

Del mismo modo que cuando uno entra en un hospital tiene que explicar su dolencia cuatro veces seguidas —primero a la recepcionista, luego a la enfermera de admisiones, después al residente y por último el médico—, Auster, cada vez más exasperado, tuvo que explicar sus sospechas primero a un agente uniformado, luego al sargento de guardia, después a un inspector y por último al teniente a cargo de la brigada de Estafas. El teniente McCusker nunca había oído hablar de Paul Auster (ni del autor ni del personaje). Y en su meditada opinión, investigar los autógrafos que aparecían en las portadillas de dos novelas de los años ochenta no era la mejor forma de hacer perder el tiempo a la brigada de Estafas. Es cierto que esta

historia se desarrolla durante el famoso descenso de la delincuencia en los núcleos urbanos de Estados Unidos, cuando se producían menos asesinatos y menos robos a mano armada todos los días, ¡pero eso no significa que no hubiese infracciones graves que investigar! En ese preciso momento, había una banda de timadores vendiéndoles falsas promesas de ciudadanía a los inmigrantes recién llegados a Chinatown mientras otra se dedicaba a abrir líneas de crédito al consumo con identidades falsas. Por no mencionar a esos chicos con máster en Administración de Empresas que estaban construyendo verdaderas capillas sixtinas del robo allí mismo, en Wall Street.

Así y todo, puesto que había jurado servir y proteger a los ciudadanos de Nueva York, el teniente McCusker le aseguró al señor Auster que investigaría el asunto, y acto seguido se lo pasó al inspector Dawson, un agente que llevaba más de veinte años en el cuerpo.

Dada su experiencia, el inspector Dawson sabía que no debía iniciar la investigación interrogando al sospechoso. Los estafadores eran muy asustadizos y vaciaban sus armarios ante la más mínima señal de peligro. En lugar de eso, empezó haciéndose una composición de lugar. Habló con varios vendedores de libros bien considerados del Uptown para familiarizarse un poco con el negocio y averiguar qué reputación tenía Pennybrook. Gracias a esas conversaciones, Dawson se enteró de que se manejaban sumas de dinero considerables en el sector; de que, aunque Pennybrook llevaba décadas en el negocio, hasta el año anterior no había adquirido la fama de ser «capaz de conseguir cosas interesantes»; y de que recientemente Pennybrook le había insinuado a un competidor suyo, guiñándole un ojo, que estaba a punto de cerrar la transacción más importante de su carrera. Con esa información en la mano, se emitió una orden judicial y se programó una visita a la tiendecita de Lafayette Street.

Una vez dentro, el inspector Dawson y su acompañante, Schwartzy, registraron minuciosamente la librería en busca de los Austers fraudulentos, aunque sin éxito. A continuación sacaron todos los

volúmenes de la vitrina y los abrieron por la portadilla en busca de firmas sospechosas. Pero el señor Pennybrook tenía por costumbre no pedirle a Timothy que firmara los libros hasta que hubiese aparecido un cliente dispuesto a pagar por ellos. Por lo tanto, la búsqueda de firmas también resultó infructuosa. Luego Dawson examinó el escritorio de Pennybrook.

Pennybrook se apartó y Dawson comprobó que el librero ni siquiera estaba sudando, lo que reforzó sus sospechas cada vez mayores de que toda aquella investigación iba a ser una gran pérdida de tiempo. Sin embargo, como era un auténtico profesional, revisó uno por uno los cajones del escritorio. Allí encontró postits, bolígrafos, una grapadora, una carta en francés, otra en ruso y varios recibos, todos de transacciones de no más de doscientos dólares.

Cuando cerró por fin los cajones, Dawson, en contra de la política del Departamento de Policía de Nueva York, se inclinó hacia atrás en la silla del señor Pennybrook y dio un hondo suspiro. Y entonces se fijó en que, si bien Pennybrook no estaba sudando, la parte inferior de su papelera sí. Se ladeó hacia la derecha, inclinó la papelera y descubrió una botella de champán sin abrir sumergida en agua helada. Como buen detective, Dawson sabía perfectamente que la mayoría de los objetos cotidianos pueden significar cosas muy diferentes según la circunstancia en que se descubren. Sin embargo, no importa dónde encuentres una botella de champán frío, porque sólo puede significar una cosa: la intención de celebrar algo.

Dawson volvió a inclinarse hacia atrás, aunque esta vez lo hizo sin suspirar. Permaneció casi dos minutos inmóvil en la silla del señor Pennybrook. Luego estiró un brazo y cogió el grueso sobre de papel Manila del montón de correo saliente.

—Eso es propiedad de un cliente —le advirtió Pennybrook educadamente.

—No, no lo es hasta que no haya sido enviado —replicó Dawson.

Entonces abrió el sobre y extrajo un viejo libro marrón.

—Le ruego que tenga cuidado, inspector Dawson. Eso es una primera edición de *Anna Karénina*.

El detective Dawson le dio varias vueltas al libro y lo abrió por la

portada. Allí, escritas con tinta azul descolorida, había varias frases en cirílico seguidas de una firma.

—Es una dedicatoria del autor a su hija —explicó Pennybrook—. Con motivo de su decimocuarto cumpleaños.

—No me diga...

El inspector Dawson abrió el cajón del medio del escritorio, sacó la «carta» escrita en ruso que había visto hacía un momento y la colocó junto a la dedicatoria, con la que resultó coincidir trazo por trazo.

—¡No lo puedo creer! —dijo el inspector Dawson.

El borrador de la dedicatoria y el libro viejo y marrón fueron cuidadosamente introducidos en sendas bolsas de cierre zip mientras el señor Pennybrook era cuidadosamente introducido en la parte trasera del coche del inspector Dawson. Fueron todos juntos a la comisaría del distrito 13, donde, en una habitación sin ventanas, el menudo librero cantó como un canario.

Durante treinta años, explicó el señor Pennybrook —con las artríticas manos descansando en el tablero del escritorio—, había sido un honrado proveedor de ediciones raras y de segunda mano. Había mantenido a una esposa, criado a un hijo e ido a la iglesia, pero el 15 de septiembre pasado —¡oh, ese día aciago!— un joven llamado Timothy Touchett, con doble «t» al final, había entrado en su tienda, asegurando ser amante de la literatura y pidiendo trabajo. Poco después de empezar a trabajar para el señor Pennybrook, el joven se presentó un día en la tienda con un libro de su propia colección, una edición firmada de *Paralelo 42* de John Dos Passos que quería vender. Así que, actuando en nombre del joven, el señor Pennybrook le había vendido el libro a un coleccionista. Una semana más tarde, cuando Timothy apareció con otra edición firmada, ¿sospechó algo el señor Pennybrook? Por supuesto que sí. Pero ¿confrontó al chico?

El señor Pennybrook agachó la cabeza.

No. No lo confrontó. Vendió aquel libro y muchos más: tuvo un lapsus de ética profesional por el que no esperaba ninguna compasión.

—Porque no tengo ninguna duda, inspector —concluyó Pennybrook con un sollozo—, de que ese chico es un falsificador de tomo y lomo. Y sospecho que en su piso, en el número 96 de la Quinta Avenida, en

las páginas de sus cuadernos de redacción, encontrará usted pruebas concluyentes de ello.

Mientras revelaba toda esa información, el señor Pennybrook exhibió el ligero desconcierto, la predisposición a confiar y la susceptibilidad ante la intimidación que frecuentemente convertía a los ancianos en víctimas de estafadores y manipuladores. Y cuando firmó su declaración, lo hizo con una rúbrica que expresaba todo el arrepentimiento de un hombre honrado que, en los últimos años de una vida dedicada al trabajo, se ha desviado del camino recto. De hecho, en la caída de la «P» mayúscula casi veías la cabeza del anciano inclinada bajo el peso de la vergüenza.

Esa noche, a las ocho y media, mientras Timothy disfrutaba de sus plátanos Foster en el Four Seasons, el inspector Dawson estaba presentando un detallado informe del caso de las falsificaciones de Lafayette Street en el despacho del teniente McCusker.

El inspector Dawson, que había presentado informes parecidos un millar de veces, estaba seguro de qué podía esperar de su superior. Dado que se trataba de una estafa en la que intervenían libros de coleccionista, una tiendecita y dos estafadores —lo que la situaría un escalón por debajo de la venta de bolsos de Gucci de imitación en Canal Street— y que era la hora de la cena en casa de los McCusker, probablemente el teniente recibiría el informe de Dawson con veterana apatía y un toque de impaciencia.

Pero Dawson no había previsto que, como muchos otros hijos de los cinco *boroughs* de Nueva York, el teniente McCusker era producto de un crisol. Mientras que su padre era más escocés que una botella de Glenlivet, su madre era la única hija de un moscovita que había huido con lo puesto de su tierra natal al estallar la Revolución de Octubre. Así que, aunque al principio había escuchado el resumen del inspector con la apatía y la indiferencia previsibles, cuando Dawson soltó el volumen de *Anna Karénina* encima de su mesa el teniente McCusker se estremeció.

Al reparar en que su superior mudaba la expresión, Dawson

comentó con cierta vacilación:

—Por lo visto, se trata de un ejemplar de...

Pero McCusker le cortó:

—Sé de qué libro se trata, inspector.

Los dos guardaron silencio un momento; luego el teniente McCusker cogió el libro. Lo sacó de la bolsa de cierre zip y lo abrió con el mismo cuidado con que lo había abierto el señor Pennybrook. Sin embargo, al leer la dedicatoria, en lugar de derramar una lágrima, una indignación de primer orden —es decir, una indignación provocada simultáneamente por el deber profesional y el orgullo que sentía por sus orígenes— tensó todos los músculos de su cuerpo.

—Entiendo que el anciano está detenido. ¿Y dónde está ese tal... Touchett?

El inspector Dawson estaba perplejo por la furia controlada que ahora se expresaba claramente en la actitud de su superior. Pero no te convertías en un inspector de primera a base de investigar los fundamentos psicológicos de las emociones de tus superiores. Llegabas hasta allí reaccionando a ellas de la forma adecuada.

Dawson se puso firme.

—Vive en la parte baja de la Quinta Avenida, señor. En el número noventa y seis. Voy a ir a buscarlo mañana a primera hora para interrogarlo.

McCusker alzó la vista de la novela.

—¿Acaso han cerrado Riker's, inspector?

—No, señor.

—¿Está llena?

—En Riker's Island siempre hay sitio para uno más.

—En ese caso ¿por qué demonios piensa esperar hasta mañana?

—Voy a buscarlo ahora mismo, teniente.

McCusker hizo un gesto de aprobación y Dawson se dio la vuelta.

Pero entonces McCusker levantó una mano.

—Un momento.

Sin bajar la mano, McCusker llamó por teléfono a su mujer y la avisó de que no cenaría en casa. Luego, por primera vez en siete años, se montó en el coche sin distintivos para llevar a cabo la detención. Y

aunque el piso de Timothy estaba en el barrio y nadie corría peligro, el teniente McCusker ordenó al inspector Dawson poner la sirena, que sonó con tal determinación que se oyó desde un octavo piso a cinco manzanas de distancia.

Ay, Timothy.

Aquí llega tu experiencia, por fin.

Hasta luego

Media hora antes de conocernos ya me había fijado en Smitty. Era inevitable fijarse en él. Eran las cinco de la tarde de un viernes de finales de diciembre y estábamos los dos en la cola del servicio de atención al cliente del aeropuerto LaGuardia. A las 4.30 h el monitor de mi puerta de embarque había mostrado cuatro vuelos con retraso. Quince minutos más tarde había quince, entre ellos el mío al National de Washington de las 5.35 h. Según la agente de embarque del mostrador, los retrasos se debían al tiempo. Si mirabas por la ventana no lo parecía, pero me aseguró que un cambio inesperado de los vientos predominantes estaba dirigiendo una tormenta de nieve de la región de los Grandes Lagos directamente hacia Manhattan a una velocidad de setenta kilómetros por hora.

Yo había aprendido hacía mucho que, independientemente de la causa, cuando en el monitor de un aeropuerto el número de vuelos con retraso aumenta de cuatro a quince en un cuarto de hora, te encuentras ante un desastre inminente. Sin ninguna duda anunciarán más retrasos, y a continuación vendrán las cancelaciones. Las colas que hay ante las puertas de embarque, formadas por pasajeros molestos que intentan recolocarse en los siguientes vuelos, empiezan a crecer; y a medida que los siguientes vuelos se desplazan más y más hacia el futuro, lo que muchas veces implica conexiones difíciles, los clientes están cada vez más malhumorados, los empleados cada vez más agotados y las opciones son cada vez menos atractivas.

Así que, en cuanto empezaron a aparecer retrasos, me marché de la puerta de embarque. Corrí por la terminal hacia el mostrador de atención al cliente, donde sin duda la compañía aérea estaría componiendo lo más parecido a un equipo de gestión de crisis. Cuando llegué allí, ya había seis personas en la cola, y dos agentes de atención al cliente cubriendo ocho plazas. Diez minutos más tarde,

comprobé con sombría satisfacción que la cola que tenía detrás ya era tan larga como la que tenía delante. Había empezado la competición.

«Contagio emocional» es una expresión acuñada por los estudiosos del comportamiento para referirse a un aspecto bastante universal de la naturaleza humana: que tendemos a imitar el estado de ánimo de los demás. Así, cuando alguien nos sonríe, es probable que le devolvamos la sonrisa, lo que a su vez hace que tengamos una impresión más positiva de esa persona y de nuestras circunstancias en general. De este modo, la risa tiende a provocar risa, la ira provoca ira y las lágrimas provocan lágrimas. Desde un punto de vista evolutivo, el contagio emocional es un rasgo importante. Permite a una madre consolar de forma tan eficaz a su hijo. También permite ajustar inmediatamente nuestra actitud cuando de pronto nos encontramos ante un amigo o un enemigo en plena naturaleza.

Pues bien, con una tormenta de nieve inminente un viernes por la noche a sólo seis días de la Navidad, ya os podéis imaginar que el contagio emocional estaba obrando su magia en LaGuardia. La gente que se desplazaba de lunes a viernes para ir a trabajar intentaba volver a su casa para pasar el fin de semana, como siempre, pero muchos viajeros cargados de regalos se iban a celebrar las fiestas con su familia. Otros muchos se iban a países con un clima más cálido a pasar unas vacaciones que les costarían quinientos dólares diarios tanto si se presentaban como si no. Había gente cansada, frustrada o furiosa, y todos los indicadores de esas emociones —los hondos suspiros, los ojos en blanco, las blasfemias entre dientes— eran recogidos e imitados por todos.

Es decir, por casi todos.

En medio de tanta locura, de tanto malhumor perfectamente comprensible, el hombre que estaba cinco puestos por delante de mí transmitía una inconfundible buena voluntad. Con una estatura de más de metro noventa y más de cien kilos de peso, vestido con un traje color canela holgado de hacía dos temporadas, sonreía como quien se dispone a ver su musical favorito de Broadway en una de las

mejores butacas del teatro. Se diría que su buen carácter no encajaba con su tamaño.

Mientras yo lo observaba, se dio la vuelta y bajó la cabeza para decirle algo a una pareja de ancianos que estaba detrás de él, ambos con sendas cajas rectangulares envueltas con papel de regalo con motivos navideños. Cuando la pareja se rió, él puso cara de sorpresa, como si no hubiese previsto que sus palabras resultarían graciosas; pero entonces rompió a reír e hizo que la mujer de delante de él se riera también.

Justo delante de mí había dos jóvenes ejecutivos de Wall Street con sendos Nokias idénticos pegados a la oreja. Mientras ambos le repetían instrucciones a su secretaria en un tono de paciencia agotadora, apareció un tercer ejecutivo y les dijo que había hablado con Carey Limousine. Tal como se estaban poniendo las cosas, calculaba que llegarían a Boston más deprisa en coche que en avión. Carey tenía a un chófer disponible que podía estar allí en quince minutos. ¿Lo querían o no?

Lo querían. Y de pronto me encontré dos puestos más cerca del mostrador. Como aquel gigante amable había despertado mi curiosidad, me llevé un pequeño chasco cuando uno de los agentes le hizo señas y dijo: «El siguiente.» Pero, fiel a su línea, se dio la vuelta y dejó pasar a la pareja de ancianos.

—No tengo prisa —dijo. Mientras ellos se dirigían al mostrador, él sonrió e inclinó la cabeza hacia mí—. Coches de bomberos.

—¿Coches de bomberos?

Señaló los paquetes rectangulares.

—Para sus nietos de Des Moines. ¡Son gemelos idénticos! —Empezó a negar con la cabeza en señal de admiración, pero de pronto dejó de hacerlo, como si lo hubiese asaltado un pensamiento—. ¿Cree que los camiones serán idénticos?

A pesar de todo, sonreí y dije:

—Así tendrían menos motivos para pelearse, desde luego.

—Exactamente —coincidió él—. La mañana del día de Navidad existe una línea muy fina entre el júbilo y el desencanto. ¿Usted tiene hijos?

—No.

—Ah —dijo él ligeramente decepcionado.

—Pero estamos en ello.

—¡Entonces tiene algo por lo que luchar! —Me tendió la mano—. Me llamo Smitty.

—Jerry.

—Encantado de conocerte, Jerry.

Desde lejos, me había parecido que el buen carácter de Smitty no encajaba con su tamaño, pero ahora que estaba a su lado me daba cuenta de que seguramente su buen carácter se debía a su tamaño. Como sobresalía por encima de los demás y tenía aquel físico de oso, había aprendido a modificar la postura, suavizar la voz y añadir un toque de inseguridad a sus gestos para tranquilizar a sus interlocutores. Era un panda en el cuerpo de un oso polar.

—¿Te vas o vuelves a casa? —preguntó.

—Vuelvo a casa. A Washington.

—¿Al D.C.?

—Sí.

—Ostras —dijo con cierta melancolía—, tiene que ser precioso. Con la Casa Blanca, el Monumento a Jefferson y el Museo Nacional del Aire y el Espacio.

—Y la Oficina de Grabado e Impresión —añadí.

—¡Exacto! Donde fabrican todo el dinero.

—O casi todo.

—¿Casi todo?

—La Reserva Federal abrió una segunda imprenta en Texas.

—¿Y los billetes que hacen allí son iguales?

—Sí, salvo por la marca de origen.

Smitty parecía tan intrigado por ese pequeño detalle que saqué un billete de diez dólares de mi cartera para enseñarle las pequeñas siglas «FW» que indicaban que aquel billete había sido grabado en Fort Worth.

—¡Fascinante! —Levantó la cabeza y miró a los ojos al hombre que estaba detrás de mí—. ¿Ha visto usted eso? —Y se disponía a enseñarle la marca cuando los dos agentes dijeron «Siguiente» a la vez

—. Hoy debe de ser nuestro día de suerte —me dijo con una sonrisa.

Sospecho que, si sólo hubiese quedado libre uno de los dos agentes, Smitty me habría dejado pasar, como había hecho con la pareja de ancianos. Es más, seguramente se habría quedado allí toda la noche dejando colar a un cansado viajero tras otro.

Cuando conseguí otro billete para volar a la mañana siguiente —asiento central en la fila trece, una maravilla—, Smitty ya se había marchado. Al ver que la cola se alejaba serpenteando del mostrador de atención al cliente y llegaba más allá del quiosco, me felicité por mi astucia viajera, pero sólo unos minutos más tarde comprendí que había cometido un clásico error de principiante. Porque cuando llamé al St. Regis con mi Motorola y le expliqué a la encargada de reservas que había pasado tres noches en el hotel pero necesitaba habitación para una noche más, ella me dijo que el hotel estaba lleno. Igual que el Peninsula. Y el Carlyle. Mientras yo me felicitaba por mi agudo análisis del comportamiento humano, la gente había ido ocupando todas las habitaciones de hotel de la ciudad.

Cerré el móvil y me disponía a suspirar, poner los ojos en blanco y renegar, todo a la vez, cuando el gigante amable apareció ante mí con su Motorola pegado a la oreja. Señaló el teléfono y dijo:

—Estoy reservando una habitación en el Grand Hyatt. ¿Necesitas una?

«El Grand Hyatt», pensé, e hice una mueca de disgusto. En circunstancias normales, le habría contestado que no, desde luego. Pero las circunstancias no eran normales ni mucho menos.

—Sería genial —dije.

Él levantó un dedo.

—Sí, Janice. Eso es, Smith. S-M-I-T-H. Pero espera un momento: ¿te importaría reservarme otra habitación? Eso es, una segunda habitación. Fantástico. A nombre de Jerry. Jerry… —Me miró.

—Brooks —dije, y resistí la tentación de deletrearlo.

—Brooks. Estupendo. ¡Hasta pronto! —Smitty se guardó el teléfono y compuso una sonrisa de satisfacción—. ¡Así podremos compartir el

taxi!

Y eso hicimos mientras empezaban a caer los primeros copos de nieve. Estábamos saliendo del Midtown Tunnel cuando reparé en que Smitty no llevaba equipaje.

—Viajas ligero —observé.

—¿Cómo dices? Ah, sí. He volado desde Chicago esta mañana; sólo venía a pasar el día. No creí que fuese a necesitar nada.

No dijo qué había ido a hacer a Nueva York. Supuse que ver el Empire State Building, la Estatua de la Libertad y el puente de Brooklyn. Estuve a punto de comentar que la Reserva Federal tenía una delegación cerca de Wall Street.

Smitty sacó su teléfono, llamó a su mujer y le dejó un mensaje diciendo que le habían cancelado el vuelo, que llegaría a casa al día siguiente y que ya la echaba de menos.

¡Tiene razón!, me dije. Y saqué mi teléfono para dejar un mensaje parecido.

—Ya hemos llegado —exclamó Smitty cuando paramos delante del hotel—. Uno de mis sitios favoritos de la ciudad. Y no te preocupes. Berenice, la agente de atención al cliente de Delta, me ha asegurado que en el Grand Hyatt aceptarían el vale.

—¿El vale?

—¿A ti no te han dado un vale? —me preguntó con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—No, pero no importa. Mi empresa pagará la cuenta.

Y era verdad. Aun así, me sentí un poco estafado. Habría maldecido a mi agente de atención al cliente por lo bajo, pero no me había molestado en preguntarle cómo se llamaba.

Smitty y yo nos registramos y subimos a la quinta planta en ascensor. Entré en mi habitación y, pese a todos sus defectos, di un suspiro de alivio.

Si bien los retrasos indefinidos en un aeropuerto abarrotado representan un círculo del Infierno que ni siquiera Dante habría podido imaginar, que te cancelen el vuelo de regreso a casa a una

hora razonable puede resultar un regalo. Después de haber pasado tres días en la ciudad corriendo de una reunión a otra y acudiendo a cenas interminables con clientes interminables, seguramente en casa te esperan las obligaciones del matrimonio. Éstas controlan cuándo, qué y cómo comes. Controlan cuándo, qué y cómo ves la televisión. Por lo tanto, el vuelo cancelado puede crear una especie de oasis temporal, un periodo de veinticuatro horas en el que no es necesario hacerle concesiones a nadie.

Mi plan consistía en ducharme, bajar a tomarme un manhattan y comerme una hamburguesa con todas las guarniciones. Después de cenar, pediría una copa del cabernet más caro de la carta, me la llevaría a mi habitación y vería dos episodios de *Ley y orden*. Quizá tres.

Dejé mi bolsa encima de la cama y ejecuté toda mi rutina habitual de llegada.

En primer lugar, revisé el reloj digital de la mesilla de noche para comprobar que el anterior ocupante no había dejado la alarma puesta. Cuando viajas, no hay nada peor que despertarte a las 4.00 h con una alarma que no has programado tú. Y creedme, si suena la alarma, lo hace sobre las 4.00 h, porque seguro que la puso algún pobre desgraciado de Wichita que volvía a su casa haciendo escala en Atlanta.

A continuación recogí los panfletos, folletos y revistas locales esparcidos por la habitación y lo metí todo en un cajón. Todo ese material impreso puede hacerte sentir como en la sala de espera del consultorio de tu dentista por muy bueno que sea el hotel.

El único material impreso que no guardo es ese tarjetón alargado con el que puedes pedir que te suban el desayuno a una hora determinada colgándolo del pomo de la puerta antes de acostarte. Nunca encargo la cena al servicio de habitaciones (que suele llegar fría y cuajada), pero sí el desayuno. Es mucho más agradable que te despierten los golpes en la puerta de un camarero que te trae el café que los balidos de una alarma digital. Además, cuando entras en el restaurante de un hotel a las ocho de la mañana y te sientas bajo esas deplorables luces, lo más probable es que te des cuenta de que todas

las personas que hay en la sala —con independencia de su género— son exactamente iguales que tú. Todos vais al mismo tipo de reunión, vestidos con traje oscuro, a decirles el mismo tipo de cosas al mismo tipo de personas por el mismo tipo de razones. Y es muy probable que darte cuenta de ello te estropee el día. Es mejor celebrar la ilusión de la individualidad comiéndote un sándwich de huevo en tu habitación.

Después de colgar el traje en el armario, saqué mi neceser Dopp kit de la bolsa y lo puse en la repisa del cuarto de baño con cierto orgullo.

Sí, con orgullo.

Para un viajero de negocios experimentado, todo pequeño ejemplo de eficacia es motivo de autosatisfacción; y un Dopp kit bien ordenado está en los primeros puestos de la lista. Cada vez que abro la cremallera, me reconforta saber que en su interior, pese a sus reducidas dimensiones, está todo lo que necesitaré. Además de un cepillo de dientes plegable y dos maquinillas de afeitar desechables, hay loción de afeitado tamaño viaje, pasta de dientes tamaño viaje, desodorante tamaño viaje y un tarro de Advil tamaño viaje. También hay un lápiz hemostático, una tirita y dos imperdibles. Cuando llego a casa, repongo lo que he utilizado y guardo el neceser en el estante superior de mi armario, donde espera listo para entrar en acción, como la mochila de un soldado de los Navy SEAL.

Veinte minutos más tarde, duchado, vestido y a punto para mi manhattan, me dirigí a los ascensores, y allí estaba Smitty.

—¡Jerry! —exclamó, como si fuésemos viejos amigos que llevaran años sin verse.

—Hola, Smitty.

—Iba a bajar a comerme una hamburguesa. ¿Te apuntas?

—Sí, por qué no.

Nos montamos en el ascensor y los dos acercamos la mano al panel.

—Adelante —dije.

Pulsó la L y empezamos a descender.

Me fijé en que de pronto Smitty sonreía de oreja a oreja. Supuse que era por efecto del villancico que sonaba por el altavoz, pero me equivocaba: su sonrisa se debía a un tierno recuerdo.

—Crecí en una pequeña ciudad del oeste de Massachusetts —me

explicó— donde el edificio más alto tenía tres plantas. Pero un par de veces al año íbamos a Boston a visitar a mi abuela, que vivía en un edificio de diez plantas. Uno de los momentos más emocionantes del viaje era el ascensor. Mi hermano y yo nos peleábamos por pulsar el botón... Ascensores —concluyó con una sonrisa.

—Sin ellos no existiría Manhattan —comenté.

Me miró como sorprendido. Entonces, muy serio, dijo:

—No reciben el reconocimiento que merecen.

Como era de esperar, el restaurante del Grand Hyatt tenía un aire deslucido en el que participaban la decoración, los comensales y la comida.

—¿Y si comemos en la barra? —propuse.

Smitty, que ya se estaba tuteando con la camarera, me miró con gesto de desaprobación.

—¿No? —insistí—. Si sólo nos vamos a comer una hamburguesa, ¿dónde mejor que en la barra? Además, en el ascensor has pulsado tú el botón.

Como eran las 7.30 h, la barra ya estaba llena, pero tuvimos suerte y conseguimos los dos últimos taburetes. Cuando nos sentamos, Smitty se sacó el móvil del bolsillo y lo dejó encima de la barra.

—Quiero oírlo si me llama mi mujer —explicó.

—Yo igual —dije, y lo imité.

Cuando el barman nos atendió por fin, pedimos dos hamburguesas (con su guarnición).

—¿Querrán beber algo?

—Para mí un manhattan —dije sin vacilar.

Smitty, cuya mirada se paseaba por la pared de botellas iluminadas por detrás, dijo que todavía tenía que pensárselo.

Mientras esperábamos, me pareció que estaba un poco serio, pero luego pensé que seguramente sólo era hipoglucemia porque volvió a animarse en cuanto nos pusieron las hamburguesas delante. Me di cuenta porque enseguida volvió a hacerme preguntas.

—¿A qué te dedicas, Jerry? En Washington, quiero decir.

—Vendo palas —respondí con ironía.

—¡¿En serio?!

—No. Soy consultor estratégico.

—¿Trabajas para el ejército?

—No, para candidatos políticos. Les aconsejamos sobre demografía, campañas de registro, adaptación de mensaje y demás. Básicamente los ayudamos a diseñar sus campañas.

—¿Campañas para qué?

—La Casa Blanca. El Senado. La presidencia.

—¿Va en serio?

—Va en serio.

—¿Para los demócratas o para los republicanos?

—Para ambos. A eso me refería con lo de vender palas.

Smitty se quedó perplejo un momento y luego sonrió dando a entender que lo había captado.

—Es como vender palas en medio de una tormenta de nieve.

—Nosotros solemos hacer el paralelismo con la fiebre del oro, pero lo de la nieve también funciona. ¿Y tú, Smitty? ¿A qué te dedicas?

—Trabajo para mi suegro —dijo, y compuso una sonrisa con la que parecía querer disculparse—. Dirige una empresa de producción. Por eso estaba hoy aquí, tenía una reunión con los comerciales regionales. Ya sabes, para hablar de nuestra estrategia para el año que viene.

—¿Y qué fabrica la empresa?

—*Gidgets*.

—¿Qué es un *gidget*?

—Algo entre un *gadget* y un *widget*.

—Ah —dije, y sonreí—. Algo pequeño pero necesario.

—Oh, sí. Muy necesario. Prácticamente esencial.

Ambos le dimos un bocado a nuestra respectiva hamburguesa.

—¿Siempre te has dedicado a los *gidgets*? —pregunté.

—No. Antes trabajaba en el departamento de cuentas nacionales de la NBC. Vendía espacios de publicidad para Must See TV y cosas así. Luego estuve un tiempo trabajando para una filial de Pittsburgh. Sólo hace un año aproximadamente que trabajo para mi suegro. Smitty tres punto cero —concluyó, y compuso de nuevo aquella sonrisa de

disculpa.

Se quedó un instante inusualmente callado y luego volvió a animarse.

—De hecho, mi primer trabajo fue limpiar nieve con una pala.

Yo también me animé.

—¿En serio?

—En serio. En la ciudad donde crecí, algunos inviernos caía un metro de nieve en una sola noche, y entonces cerraban todos los colegios. No sólo los Montessori. En nuestro barrio había muchas parejas mayores. «Nidos vacíos», creo que las llamaríamos ahora. Mi hermano y yo nos poníamos el traje impermeable e íbamos de puerta en puerta, con la nieve por las rodillas, ofreciéndonos a limpiarles el camino del garaje o el del buzón. Ganábamos mucha pasta.

Negó con la cabeza recordándolo.

—¿Y qué hacíais con ella? —le pregunté.

—¿Qué hacíamos con qué?

—Con la pasta.

Se quedó mirando al vacío un instante y después me miró otra vez.

—¿Sabes qué? No tengo ni la más remota idea.

Me puse a reír.

Él también se puso a reír.

Y entonces lo llamaron:

—¡Smitty!

Era una pareja de mediana edad que acababa de acercarse a la barra. Los dos iban vestidos con camisa de manga corta de vivos colores y sombrero de paja.

—¡Albert! —exclamó Smitty—. ¡Alice!

Les dejamos sitio y Smitty me explicó que también había conocido a Albert y a Alice en el aeropuerto.

—Iban a Cancún a celebrar sus bodas de plata.

—Y ahora las vamos a celebrar en el Grand Hyatt —dijo Alice.

—Si la vida te da limones, haz limonada —añadió Albert.

—Albert está estudiando español —dijo Alice.

—Me gustaría saber hablar algún idioma extranjero —afirmó Smitty con una pizca de melancolía.

—Nunca es demasiado tarde para aprender —aseguró Albert.

—¿Sabes una cosa? —dijo Smitty—. Tienes toda la razón del mundo. ¡Creo que mi propósito de Año Nuevo será aprender un idioma!

—¿Qué van a tomar? —preguntó el barman.

—¿Qué os parecen unos chupitos de Cuervo? —propuso Albert. Entonces, señalando a nuestro pequeño grupo con un ademán, añadió —: ¡Cuatro, por favor!

—Oh, no hace falta —dijo Smitty.

—¡Insistimos! —añadió Alice.

Cuando el barman llenó los cuatro vasos de chupito delante de nosotros, me di cuenta por la cara que ponía Smitty de que no le gustaba el tequila. Pero cuando Albert y Alice alzaron sus vasos, él levantó el suyo, cerró los ojos y se lo bebió de un trago, como los demás.

—¡Arriba! —dijo Albert.

—¡Arriba! —dijo Smitty.

Me había equivocado totalmente respecto a una cosa: a Smitty le encantaba el tequila. Le encantaban el blanco, el reposado y el añejo. Le encantaba sólo con un trocito de lima o en un margarita con hielo, picante o no picante, salado o sin sal. De hecho, lo único que, por lo visto, le gustaba más que el tequila eran los desconocidos. Y también le gustaban jóvenes o viejos, picantes o no picantes, salados o sin sal.

Fuera llevaba más de dos horas nevando con ganas, y todo tipo de planes trastocados enviaban a todo tipo de nómadas al bar en busca de algo agitado o revuelto. Y mientras el bar iba llenándose, Smitty actuaba como una especie de anfitrión semioficial, saludando a los recién llegados, preguntándoles qué iban a tomar y presentando a unos y a otros. Había un contable de Maine capaz de amortizar una nasa de langostas. Y la joven pareja de Ámsterdam que hablaban (¿o hablaba?) inglés mejor que yo. Y las dos hermanas octogenarias del sur de Indiana que por norma no bebían alcohol, pero a las que de vez en cuando, llevadas por el espíritu festivo, se podía convencer para

que se tomaran una copa de jerez. O dos.

No podía negarse que Smitty era un triunfador, y mientras lo observaba empecé a entender por qué. Cuando conocía a alguien nuevo, tenía una cadencia de interacción entrañable. Empezaba con una pregunta, seguida de una expresión de sorpresa, un comentario nostálgico y un juramento, y todo rematado con un brindis.

«¿De dónde eres?», preguntaba, o «¿Adónde vas?».

«¡No me digas!»

«Ojalá pudiese ir algún día...»

«¡Tengo que ir algún día!»

«¡Por X—!»

No es una secuencia de conversación tan inusual, podríais argumentar.

Quizá no.

Sin embargo, el enfoque de Smitty era tan inusual por la sinceridad que mostraba en cada paso de la secuencia. Sentía verdadera curiosidad por saber de dónde eras o adónde ibas. Le sorprendía verdaderamente algún aspecto de tu respuesta. Se ponía verdaderamente triste y lamentaba no haber estado donde habías estado tú. Y cuando juraba que iría allí, todos compartían su entusiasmo. Daba tanto gusto observarlo que me sorprendí diciéndome que por Año Nuevo me propondría practicar aquella autenticidad en todas mis interacciones con la gente. No importaba que practicar la autenticidad fuese un contrasentido.

A las nueve de la noche, gracias a Smitty, todos sabíamos de dónde veníamos y adónde íbamos. Todos estábamos al corriente de nuestras vacaciones y nuestras vocaciones y de por lo menos dos ramas de nuestro árbol genealógico. Y eso tenía mucho mérito, dado que ya había más de cincuenta personas en el bar.

En un momento dado, Smitty cogió el mando del televisor montado en la pared. Cuando quitó el partido de los Rangers, creí que los dos fieles seguidores del equipo —con las camisetas que lo atestiguaban— iban a llevarlo afuera y tirarlo contra un montón de nieve. Pero, antes

de que tuviesen ocasión de hacerlo, Smitty dejó de cambiar un canal tras otro y gritó: «¡Linus!»

Y en efecto, en la pantalla estaba Linus van Pelt en compañía de un visiblemente desanimado Charlie Brown. Charlie levantaba ambas manos en un gesto de exasperación y Linus decía algo tranquilizador y luego avanzaba hacia el centro del escenario arrastrando su manta.

—¡Silencio todo el mundo! —gritó Smitty—. ¡Silencio!

Apuntando a la pantalla con el mando, Smitty subió el volumen al máximo justo a tiempo para que oyésemos a Linus recitar: «No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!»

Cuando volvió a sonar la música del Vince Guaraldi Trio y todos empezaron a darse palmaditas en la espalda, como si darse palmaditas en la espalda fuese algo que la gente todavía hiciera, en la cálida bruma provocada por mis dos manhattans y mis tres chupitos de tequila se me ocurrió pensar que Smitty era nuestro Linus van Pelt colocándose en el centro del escenario y recitando versículos de la Biblia para que recordásemos el verdadero significado de la Navidad, etcétera.

Cuando se calmó la euforia general, Albert y Alice vinieron hasta donde estábamos nosotros. Su vuelo salía temprano y querían retirarse, pero no sin antes decirle a Smitty que había sido un placer conocerlo, un placer que Smitty les aseguró que era recíproco.

Albert se tocó el ala del sombrero y dijo en español:

—Hasta luego.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Smitty, con los ojos muy abiertos y arrastrando un poco las palabras.

—Hasta la próxima vez.

—¿Gasta la próxima vez?

Todos nos reímos, pero Smitty puso cara de sorpresa.

—Significa «hasta otra» —le expliqué—. Es decir, hasta la próxima vez que nos veamos.

Smitty asintió con la cabeza para agradecérmelo, y se notaba que su agradecimiento era sincero. Pues si bien esas frases tan manidas no siempre coinciden con los sentimientos más íntimos de una persona, ésta estaba hecha a su medida.

Alrededor de las once le dije a Smitty que yo también me retiraba. Él dijo que quería tomar una copa más, así que quedamos en que nos veríamos en el vestíbulo a las 7.30 h y me abrí paso hasta un ascensor. Tras pulsar el botón de la quinta planta, pulsé todos los botones, desde el seis hasta el dieciséis, con una profunda satisfacción, pero me arrepentí cuando una anciana —que casualmente se parecía mucho a mi maestra de primer grado, la señora Peterson— se metió en el ascensor, alargó un dedo hacia el botón de la planta quince y arrugó el ceño.

Subimos a la quinta planta en medio de un incómodo silencio.

—¿Feliz Navidad? —le pregunté al salir del ascensor. A modo de respuesta, ella pulsó el botón que en teoría hace que las puertas se cierren más deprisa.

Ya en mi habitación, me derrumbé en la cama. Por primera vez desde que iba a la universidad, estuve tentado de no desvestirme para dormir. Fue una lástima no haber tenido la precaución de apagar la luz del techo.

Fuera seguía nevando, pero ya se oía el roce metálico de las quitanieves del ayuntamiento empezando a limpiar las calles. Vender palas en medio de una tormenta de nieve, pensé. Era una variante acertada. Porque desde luego, el medio en el que yo me movía, con sus descensos de temperatura, su limitada visibilidad y sus peligrosas condiciones para conducir se parecía más a una tormenta de nieve que a una fiebre del oro. La única diferencia era que las palas que nosotros vendíamos no servían para retirar la nieve, sino para amontonarla.

Con esa lamentable confesión me incorporé, me froté la cabeza y me preparé para ir al cuarto de baño, y entonces me sonó el móvil: con

toda seguridad, era mi mujer, que me llamaba para darme las buenas noches.

Me acerqué el teléfono a la oreja y contesté:

—1-800-Citas-Por-Teléfono. ¿En qué puedo ayudarlo?

Pero no me contestaron.

—¿Quién es? —preguntó una mujer (que no era mi mujer). No parecía confusa; lo dijo más bien en un tono acusador.

—¿Quién es? —pregunté yo también.

—Soy Jennifer. ¿Dónde está Creighton?

Jennifer hablaba con un tono de voz apremiante, como suelen hacer las mujeres menudas. Es su forma de asegurarse de que no se las deja de lado enseguida por su estatura, y suele funcionarles. Yo no tenía ni idea de quién era ese tal Creighton, pero ya había empezado a compadecerme de él.

—Señora —dije—, se equivoca de número.

—No me equivoco de número.

Para demostrarlo, recité el mío y, con suficiencia, dije:

—Ése no es el que usted ha marcado.

—Es que yo no he marcado ningún número —replicó ella—. Lo tengo grabado en mi móvil.

Me quedé unos segundos mirando por la ventana y viendo caer la nieve. Entonces me tapé los ojos con la mano que tenía libre.

—Su marido no se apellidará Smith, ¿verdad?

—Pues claro que sí.

—Lo siento —dije, y me incorporé un poco—. Su marido y yo nos hemos conocido en el aeropuerto. Hemos compartido un taxi para venir al hotel. Debo de haberme llevado su teléfono por equivocación.

—Muy bien. Déjeme hablar con él.

—Yo estoy en mi habitación y él está en el bar, pero ahora mismo le llevo su móvil.

Me levanté de la cama; al otro lado de la línea hubo un momento de silencio.

—¿Está... en el bar?

—Acabo de dejarlo allí hace unos minutos.

—En el bar del hotel.

—Eso es.

…

—¿Cómo ha dicho que se llama?

Yo no le había dicho mi nombre.

—Me llamo Jerry.

—Vale. Escucha, Jerry. Necesito que bajes, busques a Creighton y lo lleves a su habitación. ¿Lo has entendido?

No lo había entendido, y así se lo dije.

—Mi marido es alcohólico, Jerry. Tienes que bajar y sacarlo del bar.

Un poco sorprendido, y preocupado por la envergadura de Smitty, dije que no estaba seguro de poder llevármelo del bar.

Ella guardó silencio un momento. Cuando volvió a hablar, su voz reveló que acababa de comprender algo.

—¿Has estado bebiendo con él, Jerry?

No contesté.

—Claro que has estado bebiendo con él. Se te nota en la voz. ¿Cuántas copas os habéis tomado?

Esa pregunta tampoco la contesté.

—Mierda. No puede ser. No puede ser, joder. Llevaba más de un año sin beber, Jerry. Más de un año sin beber. ¿Tienes idea de lo que significa eso?

—Mira —dije poniéndome un poco a la defensiva—, que quede claro que yo ni siquiera conozco a tu marido. Sólo hace unas horas que nos hemos presentado.

—¡Anda ya, no me vengas con el cuento de que no es asunto tuyo! Porque, que quede claro, Jerry, esto sí es asunto tuyo.

Noté que me ponía rojo de ira. O de bochorno. O de remordimiento. Tanto si era una cosa o la otra, no pensaba seguir hablando con aquella mujer.

—Le llevaré el móvil a tu marido y le diré que te llame. Pero ahora voy a colgar.

—¿Cómo dices? —dijo ella—. No te atrevas a colgarme el teléfono, Jerry. ¡Ni se te ocurra!

—Voy a colgar —repetí, y empecé a separar el móvil de mi oreja. Pero al otro lado de la línea se oyeron unos ruiditos estrangulados,

como si de repente la mujer no pudiese respirar. Tardé un momento en darme cuenta de que estaba llorando.

—No me cuelgues —dijo por fin entre sollozos, pero esta vez era una súplica—. No me cuelgues, Jerry. Te lo pido por favor.

…

—No te voy a colgar.

La oí intentar serenarse; luego continuó, muy emocionada:

—Perdona que te haya gritado, Jerry. Ya sé que no es tu problema. Pero ¿qué quieres que haga? Estoy a más de mil kilómetros. Nuestras hijas están durmiendo en sus camitas. ¿Qué quieres que haga?

—De acuerdo —dije—. Iré a buscarlo, ¿vale? Iré a buscarlo ahora mismo.

—Vale —dijo ella, y su voz se suavizó con una mezcla de gratitud y alivio, pero luego volvió a endurecerse un poco cuando añadió—: Te voy a decir lo que tienes que hacer.

Para cuando llegué abajo, la muchedumbre del bar se había reducido a una treintena de personas. Smitty estaba hablando con dos chicas de mirada perdida vestidas con traje de chaqueta.

—¡Jerry! —exclamó sonriente—. Has vuelto.

—Sí. ¿Podemos hablar un momento?

—Claro.

Mientras Smitty me seguía y nos apartábamos de la barra, intenté pensar qué iba a decirle. Sabía que no quería ponerme a hablar de su alcoholismo ni de su mujer. Una cosa a mi favor era que antes él había insistido en que quería compartir conmigo el taxi para ir al aeropuerto. Decidí apelar a su sentido común.

—Mira —empecé—, estaba arriba y se me ha ocurrido pensar que mañana va a haber un follón tremendo en el aeropuerto. Las colas del control de seguridad van a ser larguísimas. Y habrá mucho tráfico porque las calles estarán fatal. Lo mejor que podemos hacer es ser previsores y salir con tiempo. Alrededor de las seis y media.

Mientras me escuchaba, Smitty asentía afablemente con la cabeza.

—Me parece muy buen plan, Jerry.

—Pues mejor que vayamos a acostarnos ya.

—Genial. Deja que acabe de hablar con estas chicas y subo.

Todo sea dicho, yo no había estado más de veinte minutos en mi habitación, pero me di cuenta por la voz de Smitty de que en ese rato se había emborrachado más. O quizá fuese que a mí se me estaba pasando la borrachera.

—El caso es, Smitty, que me he llevado tu móvil por equivocación, y cuando estaba arriba... te ha llamado tu mujer.

Mientras Smitty asimilaba la noticia, vi que los diversos aspectos de su conducta —su curiosidad infantil, su sonrisa afable, su apariencia de oso panda— sufrían una ligerísima transformación.

—Ahora la llamo —me aseguró al cabo de un momento, y empezó a darse la vuelta.

Lo agarré por el brazo y tiré de él hacia mí.

—Smitty...

Pero de pronto había dos hombres a nuestro lado. Eran los seguidores de los Rangers, sólo que ahora parecía que me iban a tirar a mí contra un montón de nieve.

—¿Te está molestando? —le preguntó uno a Smitty mientras otro me vigilaba.

Por un momento pensé que Smitty iba a decir que sí. Desde luego, daba la impresión de que se lo estaba planteando. Pero les confirmó que no, que yo no lo estaba molestando, e hizo las presentaciones necesarias.

—Sean, Kevin, éste es Jerry. Jerry, Sean y Kevin.

Mientras Sean y Kevin me saludaban con la cabeza con un poco menos de hostilidad, Smitty parecía estar planeando su siguiente movimiento.

—¿Sabéis qué, amigos? —les dijo—. Jerry y yo tenemos que madrugar, así que nos vamos a ir retirando. ¡Ha sido un placer conoceros!

Les estrechó la mano y luego me acompañó al ascensor sin molestarse en despedirse de nadie más. Cuando llegamos a su habitación, le dije que nos veríamos en el vestíbulo a las 6.30 h. Antes de que Smitty desapareciese por la puerta, me acordé de intercambiar

nuestros teléfonos.

—Jerry, eres la sal de la Tierra —dijo.

Regresé a mi habitación, me senté en la cama y suspiré de alivio. Entonces me sonó el teléfono.

Era un teléfono de fuera del estado. Contesté con cierto recelo.

—¿Diga?

—¿Estás con él? —Era la mujer de Smitty.

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Me lo has dado tú, Jerry.

Hice memoria y recordé haber recitado mi número de teléfono de un tirón para demostrar que tenía razón. Pero lo había recitado muy deprisa, en pocos segundos. ¿Cómo podía ser que ella lo recordara?

Debía de estar leyéndome el pensamiento porque dijo:

—He acertado al cuarto intento.

Me imaginé a los tres desconocidos contestando el teléfono a esa hora tan intempestiva y encontrándose a la apremiante Jennifer al otro lado de la línea. Ellos no debían de haber sido más educados de lo que lo había sido yo, pero ella no debía de haberse desanimado.

—Está todo en orden —la tranquilicé—. Ya ha subido a su habitación.

—Entonces ¿por qué no me coge el teléfono?

—No lo sé. A lo mejor se está duchando. Pero hemos quedado a primera hora de la mañana para ir juntos al aeropuerto.

—Vale. Pero tienes sus zapatos, ¿no?

...

—Jerry. Te he dicho que le cogieras los zapatos.

Negué con la cabeza, aunque eso no iba a servirle a nadie. Ni siquiera a mí.

—No pienso quitarle los zapatos —dije.

Ella se quedó un momento callada.

—Tienes que volver a su habitación, Jerry. Tienes que volver y asegurarte de que está allí. Pero no cuelgues. Ve a su habitación ahora mismo y llama a la puerta, pero sin cortar esta llamada.

Aunque no hacía mucho que conocía a la mujer de Smitty, ya había comprendido que discutir con ella me costaría mucho más trabajo que

hacer lo que me pedía. Así que recorrí el pasillo y llamé a la puerta sin despegarme el móvil de la oreja.

—¿Smitty? —lo llamé—. ¡Smitty!

—¿Qué pasa? ¿Te ha contestado? —dijo su mujer.

—Me parece que está durmiendo.

Ella suspiró.

—No está durmiendo, Jerry. Está en el bar.

—No pienso volver al bar.

—Ya has llegado hasta aquí, Jerry. Ahora no te rajes.

—No me rajo —dije con fastidio—. Mira, entiendo que tu marido tenga un problema. Pero he pasado casi toda la noche con él, y lo único que puedo decirte es que un tipo encantador. No se puede describir de otra forma.

—No todos los borrachos son unos bordes, Jerry. No todos se ponen violentos. Algunos se vuelven callados. Otros se convierten en el alma de la fiesta. Pero hay una cosa en la que todos se convierten cuando beben: en mentirosos. No se salva ninguno.

Jennifer respiró hondo. Supe que se estaba preparando para hacer un último alegato, para presentar un argumento definitivo. Yo también me preparé para oírlo. Cuando habló, lo hizo en un tono de resignación compartida, reconociendo que ni ella ni yo podíamos cambiar lo que había sucedido, como tampoco evitar lo que había que hacer.

—Mira, yo ya lo entiendo. Te has quedado colgado en un aeropuerto, has conocido a un gordo simpático y has acabado con él en un bar. Tú no sabías que había un problema. Pero has liberado al genio de la lámpara, Jerry. No al genio de los deseos, sino al genio mentiroso. Y ahora tienes que bajar, agarrarlo por la coleta y volver a meterlo en la lámpara.

Smitty estaba en el bar. Ya sólo quedaban diez personas y, gracias a Dios, los seguidores de los Rangers no se contaban entre ellas. Smitty estaba hablando con una de las chicas de mirada perdida a las que ya había visto antes.

Ella, vestida con traje de chaqueta azul marino, parecía salida hacía un par de años de la Facultad de Derecho y debía de estar trabajando en un gran bufete y tener aspiraciones de que la nombrasen socia junior en un plazo de tres años. Podría parecer que deducir todo eso desde lejos era hacer simples conjeturas, pero cuando trabajas en Washington D.C., detectar a las jóvenes abogadas ambiciosas es tan fácil como detectar a las aspirantes a actrices en Hollywood.

Cuando me vio, Smitty torció ligeramente el torso, como si adoptando un ángulo oblicuo fuese a disimular un tanto su corpulencia. Hasta él pareció darse cuenta de que la táctica era inútil, porque al cabo de un momento se volvió hacia mí, fingió sorpresa y me hizo señas para que me acercara.

—¡Jerry! Ven aquí. Quiero presentarte a alguien.

En la barra había dos vasos de chupito vacíos. Crucé los dedos para que no fuesen de Smitty. Lo eran.

—Tienes que oír esta historia, Jerry. ¡En serio!

—En otro momento, Smitty. Ahora tenemos que irnos.

—Sí, sí, nos iremos. Seguro. Pero antes...

Levanté mi teléfono.

—Si no vienes conmigo, llamo a tu mujer.

Esta vez fue la chica la que me dio la espalda. A continuación fue deslizándose discretamente hacia el extremo de la barra. Parecía haberse dado cuenta de repente de que a una joven abogada que aspiraba a que la nombraran socia no le convenía emborracharse con un hombre casado en el vestíbulo de un hotel del Midtown.

Fue una valiosa lección y le salió barata.

—Jerry, Jerry —dijo él esbozando una sonrisa—, no hace ninguna falta que la llames.

Era una de las amplias y cálidas sonrisas de Smitty, pero carecía de la sinceridad que había transmitido unas horas atrás. Era una sonrisa que habría estado más a gusto en la cara de un candidato político. O en la de un estratega de campaña.

Abrí mi teléfono.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya voy, ya voy.

Se volvió hacia la chica con la intención de explicarle que teníamos

que madrugar, y se sorprendió al no encontrarla a su lado. Volvimos a atravesar el vestíbulo y a subir en ascensor, y volvimos a recorrer el pasillo hasta la habitación de Smitty. Pero esta vez cuando abrió la puerta lo seguí.

—¿Por qué no me das tu otra tarjeta llave? —dije en cuanto se sentó en la cama—. Por si te duermes.

Cuando le tendí la mano, él señaló el aparador. Me guardé su tarjeta en el bolsillo.

—Y ahora dame tus zapatos.

Ante semejante exigencia, una persona normal se habría mostrado indignada, ofendida, enojada. Yo, desde luego, me habría sentido así. Él sólo hizo un mohín. Pero se quitó los zapatos y los tiró al suelo, hacia mí. Los recogí.

—Seis y media —le recordé.

Se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo, como había hecho yo hacía apenas una hora. Salí de la habitación y me pregunté si Smitty estaría sopesando las cuestiones éticas de traficar con *gidgets*.

Olvidé colgar el tarjetón del desayuno en el pomo de la puerta.

Cuando me desperté y vi que eran las 6.15 h tuve un delicioso momento de inconsciencia; luego me incorporé de golpe y noté la desagradable descarga de adrenalina que se produce cuando uno llega tarde y no puede permitírselo. Aparté las sábanas, fui al cuarto de baño y entré y salí de la ducha. Con la espalda aún mojada, me puse la ropa del día anterior, cerré mi bolsa y fui hacia la puerta.

A las 6.28 h estaba delante de la puerta de Smitty.

Él no estaba lejos de donde yo lo había dejado: estaba acurrucado a los pies de la cama en calzoncillos. Impresionado, vi que había colgado los pantalones y la chaqueta del traje en una percha, pero de todas formas habían acabado en el suelo, como si Smitty hubiese apuntado a la barra del armario y no hubiese acertado.

Lo zarandeé para despertarlo.

—Venga. Tenemos que irnos.

Se incorporó y se frotó los párpados mirando a su alrededor.

—Necesito una ducha.

Era verdad: necesitaba una ducha. Toda la habitación necesitaba una ducha.

—No tenemos tiempo. Mójate la cabeza y vístete.

—Está bien, está bien —dijo él.

Pero entonces me hizo reparar en que estaba casi desnudo.

—Al menos podrías dejarme un poco de intimidad.

—Tienes dos minutos —dije yo, y salí al pasillo.

Tardó cuatro. Yo tenía mal aspecto, pero el suyo era mucho peor: iba sin peinar, con la camisa por fuera, y tenía la cara de un tono verdoso. En el ascensor olí los vapores de tequila que todavía se filtraban por los poros de su piel y se mezclaban con el olor rancio de su aliento.

Y entonces me acordé de que yo tampoco me había lavado los dientes...

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

Con las prisas, me había dejado el Dopp kit en el cuarto de baño.

—Nada, no importa —dije, aunque evidentemente sí me importaba.

No me insistió. Sabía por experiencia que si algo había salido mal le echaría la culpa a él y que seguramente se lo merecería. Cuando salimos del ascensor, dijo:

—Mira, Jerry, creo que voy a buscar un vuelo que salga un poco más tarde. Ahora mismo no me veo con fuerzas.

—No me vengas con el cuento de que no te ves con fuerzas, Smitty.

Mientras lo decía, me di cuenta de que estaba hablando como su mujer. Él también debió de darse cuenta, porque se calló inmediatamente. Sujetándolo por el codo, lo guié hasta la mitad del vestíbulo; luego me paré y miré hacia los ascensores.

—¿Te has dejado algo? —me preguntó.

Señalé una silla.

—Siéntate aquí. Vuelvo enseguida.

—Claro —dijo él complaciente. Quizá demasiado complaciente.

—Dame tus zapatos —dije.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

Chasqueé los dedos.

Esta vez Smitty puso cara de indignación, pero fue sólo un momento. Entonces dejó caer los hombros. Cuando se inclinó hacia delante para descalzarse, vi que no llevaba calcetines.

«Pues mejor», pensé, y me dirigí a los ascensores.

Cuando se abrió la puerta de la cabina, vi a una mujer con una pequeña maleta con ruedas esperando para salir. Era la doble de la señora Peterson. Ambos pusimos cara de sorpresa, y entonces ella pulsó todos los botones del panel.

Cuando por fin llegué a la quinta planta, corrí por el pasillo y metí mi tarjeta llave en la ranura. En lugar de emitir un satisfactorio zumbido, la cerradura electrónica lanzó unos destellos de luz roja. Froté la tarjeta contra mis pantalones y lo intenté otra vez con el mismo resultado.

—Mierda —dije.

Entonces comprendí que debía de ser la tarjeta de Smitty. Me palpé todos los bolsillos hasta que encontré la mía y entré.

Estaba en el cuarto de baño, recogiendo el Dopp kit, cuando me sonó el teléfono.

Una vez abajo sentí alivio al encontrar a Smitty donde lo había dejado.

—Toma —dije, y le devolví los zapatos.

Casi tuve que contener la respiración de lo fuerte que era el pestazo a alcohol que emanaba. Sólo que esta vez detecté una nota de... ¿whisky?

Giré la cabeza y comprobé que el bar del vestíbulo estaba cerrado, como mandaban las leyes municipales, la moral judeocristiana y el sentido común.

Miré a Smitty y dije:

—Vacíate los bolsillos.

Él puso cara de perplejidad.

Nos miramos fijamente durante un segundo y entonces me abalancé

sobre él. Intentó esquivarme, pero demasiado tarde: yo ya había metido las manos en los bolsillos de su chaqueta. Dentro encontré sus calcetines y dos botellines de plástico que sin duda había cogido del minibar mientras yo le estaba dejando «un poco de intimidad». Le puse los calcetines en el regazo y levanté el botellín sin abrir de Absolut con una mano y el botellín vacío de Jack Daniel's con la otra.

—Tendrías que haberte bebido primero el vodka —dije con sorna—. No huele tanto como el whisky.

—Eso que has dicho no ha sido muy amable.

—Es que no tengo ganas de ser amable. Ponte los zapatos.

En el rato que había tardado en subir a mi habitación, se había formado una cola de cuatro clientes delante de los dos recepcionistas disponibles en el mostrador de recepción. Peor aún: miré hacia la puerta del vestíbulo y vi que había una cola de seis personas esperando taxi.

Llevé al recién calzado Smitty al final de la cola del mostrador de recepción, le ordené que no se moviera y salí afuera. Me acerqué al portero, le puse un billete de diez dólares en la mano y le dije que le daría diez más si cuando acababa de pagar la cuenta del hotel encontraba un taxi esperándome.

Dentro, un joven ejecutivo se había puesto al final de la cola. Me miró con mala cara cuando pasé delante de él para reunirme con Smitty.

—Vamos juntos —aclaré.

Mientras esperábamos, Smitty no les preguntó a las dos mujeres que iban delante de nosotros adónde iban ni de dónde eran. No le preguntó nada a nadie, lo que a mí me pareció estupendo. Cuando las dos mujeres acabaron de pagar su cuenta, los dos recepcionistas dijeron a la vez: «Siguiente.»

—Otro día de suerte —dije.

Empujé a Smitty hacia un recepcionista y yo fui hacia el otro, y el joven ejecutivo gritó:

—¡Creía que iban juntos!

Como sólo habíamos pasado una noche en el hotel, pensé que la salida no nos llevaría más de un par de minutos y que podríamos

marcharnos enseguida. Pero después de pagar mi cuenta y recoger el recibo para dárselo a los chicos de Contabilidad, vi que Smitty seguía ante el mostrador; y en ese momento a su recepcionista se le había unido un hombre cuya edad, actitud y expresión indicaban que debía de ser el director. El director empezó a explicarle algo a Smitty, quien a su vez le explicó algo al director. Luego los tres hombres me miraron.

De repente el recepcionista estaba atendiendo a otro cliente, Smitty estaba a un lado arañando la moqueta con la punta del zapato, y yo estaba en la esquina del mostrador hablando con el director, que tenía un estilo claramente europeo, a pesar de que lo más seguro era que fuera de algún sitio como Akron, Ohio.

—Tengo entendido que viaja usted con el señor Smith —me dijo.

—No exactamente.

—¡Oh! Pero si no me equivoco, los dos hicieron su reserva al mismo tiempo.

—Sí —concedí—. Así es.

—¡Ah!

—Perdone, ¿qué problema hay?

—Parece ser que la cuenta del señor Smith excede el límite de su tarjeta de crédito.

Me quedé pasmado. La habitación sólo costaba doscientos dólares la noche. ¿Cómo podía ser que la tarjeta de crédito de Smitty sólo tuviera un límite de doscientos dólares? Pero de repente lo entendí. Jennifer le había rebajado el límite de la tarjeta por si acaso. Otro elemento de Smitty 3.0.

—Está bien —dije—. Yo pagaré su habitación.

—De hecho, la habitación del señor Smith ya está pagada. La cubre su vale para el hotel. Lo que queda pendiente es la cuenta de los gastos imprevistos.

—Pues pagaré los gastos imprevistos.

—Excelente.

Saqué mi tarjeta de crédito personal de detrás de la de mi empresa y se la entregué al director al mismo tiempo que él deslizaba la factura por el mostrador.

—¡Espere! —exclamé señalando el total—. ¿Mil dólares de gastos extras?

—Eso parece.

—¿Cómo puede ser?

—Creo que el señor Smith y usted fueron los anfitriones de la fiesta de anoche.

Ahora me tocaba a mí poner cara de perplejidad.

Abandonando su estilo europeo, el director dijo con tono monótono:

—Invitaron a copas en el bar.

—¿A quién?

—A todo el mundo.

Le eché un vistazo a Smitty. Él se miró los zapatos.

—Habría podido ser peor —observó el director señalando el crédito de cincuenta dólares que había al final de la factura.

—¿Qué es eso?

—El vale de comida y bebida del señor Smith.

A primera hora de la mañana, la tormenta de nieve se había desplazado hacia Nueva Inglaterra, dejando el cielo de la ciudad de Nueva York inusualmente limpio y azul: un día perfecto para volar. Cuando miré al portero, él inclinó la cabeza hacia la izquierda y lo seguimos, dejando atrás la cola de clientes del hotel que seguían esperando taxi y dirigiéndonos a uno que acababa de detenerse.

—Hay una cola —dijo Smitty.

—No me digas —repliqué.

Metí a Smitty en el taxi, le di al portero el otro billete que le había prometido y le dije al taxista que íbamos a LaGuardia. Cuando el coche arrancó, todas las personas que estaban en la cola me fulminaron con la mirada, excepto la señora Peterson. Ella me hizo la peineta.

Llegamos a LaGuardia, recogimos nuestras tarjetas de embarque —a Smitty le habían dado un asiento en primera clase, por supuesto— y pasamos el control de seguridad sin incidentes. Cuando llegamos al punto de la terminal donde yo debía tomar el camino hacia mi puerta

de embarque y él el que llevaba a la suya, me tendió la mano. Negué con la cabeza.

—Te llevo hasta tu puerta.

—No hace falta.

—Sí que hace falta. Es prácticamente esencial.

Unas horas antes, cuando me había sonado el teléfono en el cuarto de baño, había estado a punto de no contestar. Pero al coger mi Dopp kit, mi cara sin afeitar me había mirado desde el espejo, desafiándome a dejar que la llamada se fuera al buzón de voz. Me saqué el móvil del bolsillo y lo abrí.

Sí, Smitty se había levantado, había dicho. Sí, estábamos a punto de marcharnos. Sí, iría con él en taxi al aeropuerto, y sí, lo acompañaría hasta la puerta de embarque.

—Hasta la puerta de embarque no, Jerry. Hasta el avión. Tienes que subirlo al avión. Yo estaré esperándolo aquí cuando desembarque.

«No la dejarán pasar el control de seguridad porque no tiene tarjeta de embarque», me dije. Ella volvió a leerme el pensamiento y soltó:

—Me he comprado un billete, así que me dejarán pasar el control de seguridad.

Negué con la cabeza. La salida del vuelo de Smitty estaba programada para las 9.00 h y la del mío, a las 9.15 h. Tenía el tiempo justo para acompañar a Smitty a su avión y volver a mi puerta de embarque. Muy justo, pero suficiente.

—Vale —dije—. Lo acompañaré hasta el avión.

—Prométemelo.

...

—Te lo prometo.

Pero cuando llegamos a la puerta de embarque de Smitty, el monitor que había sobre el mostrador indicaba que su vuelo tenía un retraso de cuarenta minutos. Arrastrando a Smitty, volví al vestíbulo para consultar el monitor central, temiendo que las veinticuatro horas pasadas fuesen a repetirse. Pero, con excepción del vuelo a Chicago de Smitty, todos los otros vuelos que aparecían en la pantalla estaban marcados como «En hora», incluido el de las 9.15 h al National de Washington. Lo que significaba que, si acompañaba a Smitty a su

avión, yo perdería el mío.

Todos los días hay muchísimos vuelos entre Nueva York y Washington D.C. Tantos que muchas veces había cambiado un vuelo por otro en el último momento. Pero dadas las cancelaciones del día anterior no iba a ser tan fácil hacer uno de esos cambios. Todos los vuelos de la mañana y muchos de la tarde iban a estar llenos. Si renunciaba a mi asiento en el vuelo de las 9.15 h, no sabía a qué hora podría salir de LaGuardia.

Volví a llevar a Smitty a su puerta de embarque y me senté a su lado. Mientras esperábamos, yo observaba el reloj de encima del mostrador de la puerta y él observaba la moqueta. A las nueve menos cuarto, me volví hacia él y le dije:

—Tengo que irme a mi puerta.

Levantó la cabeza y me miró con interés.

—Pero te voy a decir una cosa, Smitty. Le he prometido a Jennifer que te acompañaría hasta el avión. Así que necesito que me prometas que vas a subir al avión.

—Te lo prometo —dijo Smitty al cabo de un momento.

Nos miramos a los ojos. Entonces me levanté y me marché. Lo dejé en su silla sin estrecharle la mano y sin decirle adiós. Fui corriendo hasta la bifurcación, torcí en un ángulo pronunciado y me dirigí a mi puerta de embarque con la bolsa de viaje golpeándome la cadera. Llegué justo cuando anunciaban el embarque de la última sección del pasaje. Entonces mi teléfono emitió un pitido que indicaba que acababa de recibir un mensaje.

Con miedo, me saqué el móvil del bolsillo y lo abrí.

«Cuento contigo, Jerry», rezaba.

Luego volvió a pitar y leí la adenda: «Contamos contigo.»

No necesité cursivas para saber en qué palabra estaba puesto el énfasis.

La agente de embarque anunció la última llamada.

—Mierda —dije.

Volví a toda prisa a la puerta de embarque de Smitty. Cuando torcí aquel ángulo pronunciado por segunda vez, eché a correr, mirando en los restaurantes, buscando con pesimismo una figura corpulenta como

un oso acodada a alguna barra.

Pero Smitty estaba donde yo lo había dejado.

Recorrí jadeando los cinco últimos metros y dejé caer mi bolsa al suelo antes de sentarme en la silla vacía que había a su lado. Cuando lo hice, él me miró sorprendido, y me di cuenta de que durante mi ausencia había llorado. Las lágrimas todavía resbalaban por sus mejillas.

—Jerry —dijo con una mezcla de alivio y ansiedad; le temblaban la voz y el cuerpo—. Quiero volver a casa.

—Ya lo sé, Smitty.

Entonces estiró un brazo y me cogió la mano. No sólo para darme un apretón, sino para asirla con fuerza. Y siguió asiéndola cuando la agente anunció que iba a comenzar el embarque y cuando saludó a los pasajeros con necesidades especiales y a los que viajaban con niños. Y siguió asiéndola hasta que llamaron a los pasajeros de primera clase.

Volvimos a separarnos sin despedirnos, pero antes de entrar en la pasarela, Smitty se dio la vuelta. Con aquella sonrisa de disculpa en los labios, levantó una mano y dijo:

—Hasta luego, Jerry.

Yo también levanté la mano y dije «Hasta luego», aunque lo que estaba pensando era «Hasta nunca».

Y sin embargo, cuando Smitty desapareció por la pasarela, me quedé en la puerta y vi embarcar un grupo tras otro. Vi a la agente de embarque ejecutar lo que sea que ejecuten en sus impresoras matriciales. La vi cerrar la puerta de la pasarela. Vi el avión separarse de la puerta y rodar hacia las pistas de despegue bajo aquel cielo inusualmente limpio y azul. Hasta que el avión no se perdió de vista no me levanté y fui a mi mostrador de atención al cliente.

Tal vez imaginéis que mientras caminaba por la terminal e iba dejando atrás los vuelos a Boston, a Dallas y a Nashville pensaba en Smitty. En lo que sería de él cuando llegase a Chicago o incluso años más tarde. Pero no pensaba en Smitty. En quien pensaba era en su mujer.

Todos tenemos defectos. Unos grandes y otros pequeños. Unos que vienen y van, otros que persisten. Yo, por ejemplo, no me acuerdo de

los cumpleaños. No siempre soy amable con personas la mar de agradables a las que acabo de conocer. Cuando me incomodan, aunque sea poco, no puedo resistir la tentación de hacerle saber a la persona que me ha incomodado que me ha incomodado. Y tiendo a dejar que mis prioridades eclipsen las prioridades de otros, incluso las de mis seres queridos. Quizá especialmente las de mis seres queridos.

De repente, en la cola del servicio de atención al cliente, pensando en todo lo que acababa de suceder, mi mayor deseo, un deseo por el que habría estado dispuesto a rezar, era que, pese a todos mis defectos, cuando llegara el momento, porque seguro que llegaría, mi mujer estuviera dispuesta a luchar por mí con tanto empeño como Jennifer había luchado por su marido.

Mi mujer, que se llama Ellen.

I Will Survive

Era una preciosa tarde de sábado de principios de mayo. Nell y yo estábamos a punto de ir al mercado; ya teníamos las bolsas de tela en la mano cuando su madre, Peggy, llamó desde el Upper East Side. Le pasé el teléfono a Nell.

—Hola, mamá. ¿Qué pasa?

—¿Puedes venir al Uptown?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Ahora mismo?

—Necesito hablar contigo de una cosa.

Nell me miró y puso los ojos en blanco. La última vez que su madre le había pedido que fuera al Uptown porque necesitaba hablar con ella de una cosa, fue para expresarle su desacuerdo con el vestido que se había puesto para la fiesta de compromiso de Ellie Houghton en el Colony Club. (Demasiado negro, demasiado corto, demasiadas cremalleras.) Unos meses antes, fue para recordarle la importancia de enviarles notas de agradecimiento a las tías, incluso a las que te regalan calcetines el día de tu cumpleaños.

Nell habría podido preguntarle a su madre de qué se trataba, pero no habría servido de nada. Si Peggy había decidido decirte algo en persona, no te enterarías de qué era hasta sentarte cara a cara con ella. Y entretanto, ella estaría cavilando sobre el asunto, cada vez más descontenta y más convencida de que había sido negligente y había olvidado alguna lección esencial de tu educación. Así pues, Nell y su hermana sabían desde hacía mucho tiempo que cuando Peggy quería hablar de algo, cuanto antes lo hicieran, mejor.

—Vale —dijo Nell, y me pasó su bolsa vacía—. Ahora voy.

La madre de Nell y su padrastro, John, vivían en la calle 83 con Park, en un edificio de mucha categoría con dos baterías de ascensores y cuatro conserjes. Las habitaciones de su piso estaban pintadas de colores tan densos y oscuros que inmediatamente te sugerían seguridad moral. Una seguridad moral de la que, por lo visto, Nell y yo carecíamos, dado que todas las paredes de nuestro piso de un solo dormitorio estaban pintadas de color blanco roto o marfil.

Peggy le abrió la puerta a Nell y la precedió a la cocina, donde le ofreció una taza de té. En ese momento Nell ya debería haberse percatado de que pasaba algo extraordinario. Peggy acostumbraba a exponer sus opiniones sobre tu vida en el salón, nunca tomándose un té contigo.

En el metro, Nell había intentado adivinar de qué iba a quejarse su madre esta vez. El número uno de su lista era la importancia de tener hijos siendo todavía joven. Peggy llevaba un año haciendo alusiones indirectas sobre ese tema a base de admirar a las jóvenes madres que empujaban un cochecito con las que se cruzaba por la calle, o mencionando como de pasada que la hermana mayor de una ex compañera de colegio de Nell se estaba gastando una pequeña fortuna en una clínica de fertilidad. Como buena abogada, Nell estuvo tentada de prepararse unas cuantas refutaciones, pero a Peggy no le impresionaban mucho las refutaciones. Así pues, una vez sentadas a la mesita de la cocina, cada una con su taza de té delante, Nell se limitó a prepararse para lo que tuviera que pasar.

—¿Cómo está Jeremy? —empezó su madre.

—Muy bien.

—Me alegro. ¿Y todavía sigue haciendo planificación de datos en aquella revista?

—Se llama «verificación de datos», mamá. En Harper’s.

—Eso mismo.

Peggy estaba tardando más de la cuenta en abordar el tema. Hasta se sirvió una segunda taza de té.

—¿Quieres un poco más? —le preguntó a Nell.

—No, gracias. La verdad es que prefiero el café.

—¿Quieres que te prepare uno?

—No, gracias, no hace falta.

—Te lo hago en un periquete.

—¡No, mamá, de verdad! Cuéntame, ¿qué te pasa?

Peggy dejó su taza en la mesa y se enderezó.

—Me parece que tu padrastro tiene una amante.

Nell soltó una risita. Peggy apretó los labios.

—No me gusta que se rían de mí.

—Perdona, mamá. No me río de ti. Es que me has pillado desprevenida. No sé, John no es de esa clase de hombres. ¿Y cuántos años tiene? ¿Sesenta y ocho?

—Eso no sé qué tiene que ver.

—Vale. ¿Por qué no me cuentas por qué crees que tiene una amante?

Peggy inspiró hondo.

—Que yo recuerde, tu padrastro siempre ha jugado a squash los sábados por la tarde en el Union Club.

—Correcto.

—Pues bien, hace dos semanas abrí el boletín mensual del club para consultar las fechas del torneo de primavera de bridge. Mientras repasaba el calendario, vi que las pistas de squash se reabrirán el primero de julio, tras unas obras que han durado seis meses.

Nell se recostó en la silla, un poco desconcertada.

—¿Y esta primavera ha ido a jugar?

—Todos los sábados. Está allí ahora.

Nell se quedó callada y negó con la cabeza.

—Estoy segura de que debe de haber una explicación completamente razonable, mamá. En Manhattan habrá un centenar de pistas de squash. Seguramente va a jugar a algún otro sitio.

—Nunca ha mencionado que haya ido a jugar a otro sitio.

—Eso no significa que no lo haya hecho.

—También podría estar haciendo eso que... ¿cómo se llama? Cuando alguien deja de contar algo porque no le interesa que se sepa.

—Mentir por omisión.

—Exacto.

—¿Has hablado con él de esto? ¿Le has preguntado adónde va los

sábados por la tarde?

—No le puedes hacer una pregunta así a tu marido —dijo Peggy con desdén. Entonces se removió en la silla—. Por eso te he hecho venir.

—¿Quieres que se lo pregunte yo?

—Claro que no. Quiero que lo sigas.

—¡¿Que lo siga?!

—Sí. Que lo sigas.

Peggy empezó a hablar con un poco más de apremio.

—Quiero que averigües qué ha estado haciendo todos estos sábados por la tarde. Adónde ha ido. Con quién ha quedado. Como tú has dicho, podría haber una explicación totalmente razonable. O...

Peggy se sacó del bolsillo una hoja de papel doblada. Cuando la desplegó, Nell vio que la habían arrancado del boletín mensual de algún otro club privado. Era una de esas páginas donde se muestra a los asistentes a determinado acto; en el centro había una fotografía de tres mujeres con vestidos de colores y peinados parecidos. Peggy señaló a la mujer de unos sesenta años que estaba en el medio.

—Podría estar con ella.

Nell cogió la hoja.

—¿Quién es?

Peggy giró la cabeza y miró hacia los fogones. Cuando se hubo serenado, volvió a mirar a su hija y puso un dedo sobre el pie de foto, revelando que la mujer en cuestión era Lydia Spencer, presidenta de la comisión de jardinería.

—Creo que es de Cleveland —dijo Peggy como si eso fuera un insulto—. O de algún otro sitio de Ohio. No te sabría decir. Pero siempre le ha gustado tu padrastro, de eso no cabe ninguna duda. Te sugiero que la vigiles.

Lentamente, Nell dejó la hoja encima de la mesa.

—Mamá, yo no voy a vigilar a nadie, pero si quieres que hable con John...

—¡Ni se te ocurra decirle ni una palabra de esto a tu padrastro! Ni una sola palabra. ¿Me has entendido?

A Peggy le temblaba la voz.

—Vale —dijo Nell, y levantó las manos—. No le diré ni una palabra.

Peggy miró fijamente a su hija para asegurarse de que la había entendido.

Luego volvió a mirar los fogones. Pero esta vez, cuando giró de nuevo la cabeza, no se había serenado. Estaba llorando.

—No entiendo por qué no puedes ayudarme, Nell. Nunca te pido nada. Y ahora sólo te estoy pidiendo una hora de tu tiempo. Una hora de tu tiempo para averiguar adónde ha estado yendo mi marido todos estos meses.

Una de las razones por las que Nell había soltado una risita cuando Peggy había expresado su sospecha por primera vez era que su madre se había ganado a pulso la fama de enfadarse por tonterías. Se enfadaba porque los Nickerson no habían asistido a su fiesta de Navidad; porque Mario, el conserje, insistía en llamarla «señora»; porque la hermana de Nell, Susie, ¡se había casado en una ceremonia al aire libre! Pero, sobre todo, Nell no se había tomado en serio la sospecha de su madre porque la idea de que su padrastro tuviese amoríos no encajaba en absoluto con su carácter. Él era la rectitud en persona, en el sentido más estricto de la palabra.

Lo que no era tan fácil de afirmar del padre de Nell...

En muchos aspectos, Harry Foster había sido un perfecto complemento para Peggy. Como ella, había nacido y se había criado en la isla de Manhattan. Provenía de una buena familia, había estudiado en buenos colegios y había conseguido un buen empleo en una buena compañía de Wall Street. Sin embargo, pese a toda su refinada educación —o más bien a causa de ella—, era evidente que no le importaba saltarse las normas. Cuando estaba de buen humor, le encantaba contar una anécdota de su época de alumno interno sobre unas respuestas copiadas en un examen sobre *La edad de la inocencia*, un episodio que había acabado fatal. También contaba otra sobre una vez que contestó el teléfono de un colega suyo y acabó consiguiendo un cliente muy importante. Con tono socarrón, siempre decía que Mulligan era su mejor amigo del club de golf. Habría sido más exacto afirmar que Mulligan era su mejor amigo y punto.

Cuando Nell tenía doce años y su hermana catorce, Harry adquirió la costumbre de regalarle flores a Peggy una vez por semana. Una

docena de tulipanes, una docena de azucenas, una docena de rosas. A Peggy le encantaba aquel gesto. Satisfacía su sentido del romance, del ritual y de la decoración. Después de cortar un poco los tallos, le gustaba colocar las flores en jarrones y exponerlas en lugares destacados del recibidor o como centro de mesa en el comedor. Y si algún invitado hacía algún comentario sobre el adorno, ella se daba el gusto de explicar, como quitándole importancia, que todos los jueves por la noche su marido se presentaba en casa con un ramo de flores diferente. Pero con el tiempo se supo que Harry había empezado a llevarle flores a Peggy porque se había fijado en la atractiva joven que trabajaba en la floristería de enfrente de su oficina. Todos los jueves por la tarde, pasaba por la tienda y compraba una docena de lo que hubiese, porque así podía charlar con ella. Cuando llegó julio y Peggy y los niños se marcharon a la vieja casa de veraneo de la familia en Maine, Harry empezó a regalarle flores a la chica; y ahora era ella quien las cortaba, colocaba en jarrones y las exponía en su pisito de un dormitorio de Queens.

Como de costumbre, Harry se reunió con su familia en Maine para pasar allí la última semana de agosto. Pero el Día del Trabajo, el primer lunes de septiembre, después de vaciar la nevera y cargar la ranchera, Harry le comunicó a Peggy que él no volvería a Nueva York. Ni a su trabajo. Ni a su matrimonio. Estaba enamorado de otra mujer y se quedaría con ella a pasar el invierno en la casa de veraneo. O al menos hasta que naciera el bebé.

Si este resumen os ha parecido brusco y frío, imaginaos cómo le sonó a Peggy.

La revisión de quejas bien maduradas, rencores no declarados, sospechas y recriminaciones; los sentimientos de vergüenza e indignación; la contratación de abogados y el reparto del botín; las interminables explicaciones del proceso a familiares y amigos; a lo que podríamos añadir los tristes e imprevistos detalles prácticos, como deshacerse del álbum de fotos de la boda y hacer cola para que vuelvan a ponerte el apellido de soltera en el carnet de conducir: el

divorcio tiene tantos aspectos dolorosos que sería imposible enumerarlos todos. Seguramente ya conocéis la mayoría, ya sea por experiencia propia o ajena. Así pues, tendría mérito condensar todo el impacto emocional en una sola frase. Si alguien lo hiciera en el caso de Peggy, esa frase sería: se sentía engañada.

Sí, Peggy se sentía engañada, ya lo creo.

Y no sólo por lo que respecta a la infidelidad de su marido. Se sentía engañada por las promesas implícitas de su juventud. Engañada por instituciones como el Smith College, la Iglesia Episcopal y Jane Austen, porque todos ensalzaban abiertamente el sacramento del matrimonio. Engañada por viejos amigos que o bien se pusieron de parte de Harry o expresaron diplomáticamente su neutralidad. Engañada por los miembros de su círculo social que ya no la invitaban a las cenas porque los comensales sumaban un número impar en la mesa. En definitiva, engañada por la vida, que la había obligado a soportar el escándalo, la soledad y las humillaciones del derrumbe matrimonial mientras a su alrededor mujeres con menos méritos destilaban superioridad moral avaladas por una unión sin fisuras.

Esta sensación general de haber sido engañada dejó a Peggy amargada y furiosa. La dejó amargada y furiosa hasta mucho después de que Nell y Susie se hubiesen adaptado a la nueva situación, hasta mucho después de que la sociedad de Nueva York hubiera dejado de preguntarse y de importarle qué había sido de Harry Foster. De hecho, Peggy se pasó tantos años amargada y furiosa que Nell y Susie ya se habían mentalizado de que estaría amargada y furiosa el resto de su vida.

Y entonces apareció John Wells.

John, un viudo de sesenta y cuatro años cuya primera mujer había muerto de cáncer hacía diez, era todo eso en lo que Harry habría podido convertirse si hubiese tenido interés y energía: un hombre trabajador, formal y respetado. Hasta tal punto que no sólo era el abogado personal de un montón de ejecutivos de éxito, sino que sus clientes lo habían nombrado albacea de sus propiedades y administrador de la herencia de sus hijos. John nunca mencionaba en qué universidad de la Ivy League había estudiado, los exclusivos clubs

de los que era socio ni los personajes ilustres a los que asesoraba. Nunca hablaba de lo que no debía, ni a espaldas de la gente, ni ocultando sus intenciones. Y nunca hacía Mulligans.

Por eso Nell había soltado aquella risita. Porque era inimaginable que John se estuviera viendo con la presidenta de la comisión de jardinería en una habitación de hotel un par de horas algunos sábados por la tarde.

Así pues, aunque Peggy tenía fama de enfadarse por tonterías, cuando rompió a llorar en la cocina, Nell comprendió que su madre había estado conviviendo con el miedo a que su vida volviera a ponerse patas arriba desde que había leído el calendario del Union Club.

—De acuerdo —cedió—. Seguiré a John.

Si bien en la cocina, en un primer momento, Nell había restado importancia a las preocupaciones de su madre, en el taxi de camino al Downtown empezó a recalibrar.

Se recordó que desde hacía tres años era una de las abogadas de la sede central de Planned Parenthood, organización sin ánimo de lucro dedicada a la salud reproductiva y educación sexual. Aunque en sentido estricto su trabajo consistía en proteger el derecho a elegir de las mujeres, ella siempre había ejercido de abogada de las mujeres. Había defendido su salud, su dignidad y su libertad. Había defendido a mujeres hispanas de los barrios de Los Ángeles; a mujeres negras del Sur tras la abolición de las leyes de segregación racial; a chicas adolescentes del Medio Oeste educadas por padres evangélicos. Quizá, después de tanto tiempo, había llegado el momento de defender a su propia madre.

Cuando entró por la puerta, Nell ya se había decidido.

—¿Dónde está aquella cámara que nos llevamos a Jamaica?

—¿Qué cámara? —pregunté bajando el periódico.

—Aquella cámara digital pequeña.

—¿La Canon?

Empezó a abrir los cajones de la cocina donde guardábamos

cargadores, baterías y herramientas.

—¿Nos vamos de viaje? —pregunté.

Me miró con cara de enfado.

—¿Quieres parar de decir tonterías y ayudarme a buscarla?

Abrí el cajón del escritorio donde guardábamos la cámara.

—Toma —dije—. Pero ¿me puedes explicar qué está pasando?

Y entonces me lo explicó. Me contó lo del té en la cocina y lo de los partidos de squash que no eran partidos de squash; me habló de las sospechas de su madre y, sobre todo, de sus miedos. Hasta me enseñó la fotografía de las tres mujeres, que Peggy se había empeñado en que se llevara.

—¿Vas a espiar a tu padrastro? —le pregunté.

—No voy a espiarlo —dijo ella mientras buscaba el botón para encender la cámara—. Sólo voy a esperar delante de su edificio la semana que viene, y cuando él salga con la raqueta de squash, averiguaré adónde va.

Solté una risita nerviosa.

Me miró con los ojos entornados.

—¿Qué pasa?

—Cariño, no sé si es muy buena idea.

—¿Por?

—Porque creo que no has pensado en las consecuencias. ¿Y si sigues a John y descubres que no va a jugar a squash a otro club? ¿Y si resulta que lo que hace es quedar con Doña Comisión de Jardinería? Entonces ¿qué harás?

—Decírselo a mi madre.

Negué con la cabeza, pero en señal de incredulidad más que de desacuerdo.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar ella.

Tomé aire como quien se dispone a meterse en aguas de profundidad desconocida.

—Tu hermana y tú siempre estáis bromeando sobre lo complicada que sería vuestra vida de no ser por John. Decís que es una gran suerte que vuestra madre lo encontrase y que él siempre se ha comportado como un caballero. Tal vez sea mejor… no investigar

cómo pasa los sábados por la tarde.

—A ver si lo he entendido bien. Lo que me estás diciendo es que un hombre debería poder hacer lo que quiera siempre que sea discreto.

—No exactamente. Pero eso en Europa pasa mucho.

—¡Ah! ¡Ahora me vas a sacar el argumento europeo! ¡No pasa nada si un marido engaña a su mujer porque François Mitterrand lo hizo!

—Cariño...

—Si vuelves a llamarme «cariño», te reviento la nariz.

—Tú me llamas «cariño».

—Ya. Pero ¿crees que es el momento y el lugar de decirle «cariño» a tu pareja? En absoluto.

Nos quedamos callados.

Cuando Nell habló de nuevo lo hizo con otro tono: bajó la voz y permitió que ésta reflejara un poco más su incertidumbre.

—Bueno, entiendo lo que quieres decir, Jeremy. Pero si mi madre quiere saber adónde ha ido su marido todos esos sábados por la tarde, creo que está en su derecho, y no a pesar de lo que le hizo pasar mi padre, sino precisamente por ello. Además, ¿cuántas veces me ha pedido ayuda en toda mi vida? ¿Una? ¿Dos?

Agradecí que Nell hubiese cambiado el tono de la conversación e intenté corresponder diciendo:

—¿Qué te vas a poner? Porque si vas a seguir a John, supongo que tendrás que disfrazarte un poco.

—Iba a pedirte prestada una gorra de béisbol.

—Vale —dije yo—, ya es algo. También te puedo dejar una cazadora. Pero no cojas una gorra de los Mets. John es seguidor de los Mets, y cuando un seguidor de los Mets ve a otro lo más normal es que se le acerque y le dé el pésame.

El sábado siguiente Nell estaba preparada. Se había pasado toda la semana cavilando y planeando. Pensaba salir de nuestro piso a la una en punto para asegurarse de que llegaba a su puesto antes de las dos. Se puso mi cazadora azul marino y la gorra de béisbol azul oscuro del concurso Jeopardy! que me había regalado mi hermano por mi

cumpleaños. Con la cazadora, la gorra y sus RayBan, parecía una estrella de cine fotografiada por un periódico sensacionalista entrando en un Starbucks. Me pidió que le «recordase» cómo funcionaba la Canon. Luego me preguntó qué había que hacer para seguir a una persona.

—¿Y yo qué voy a saber?

—¡Pero si te encantan las historias de detectives!

Me miró decepcionada, y no le faltaba razón. Pese a mis grandes aspiraciones literarias, nunca había encontrado el momento para leer a Marcel Proust ni a Thomas Mann. En cambio, sí había tenido tiempo de leer novelas policíacas. Muchas. Había leído dos veces todas las obras publicadas de Raymond Chandler y de Dashiell Hammett; había leído a Rex Stout, a Ross Macdonald y a Georges Simenon. Y por si fuera poco, había visto muchísimo cine negro.

—Vale —cedí, conectándome con el Sam Spade que llevo dentro—, si quieres seguir a una persona, tienes que observarla sin que te vea. Lo ideal es seguirla a una distancia de media manzana y por la acera opuesta.

Nell asintió con la cabeza.

—Los peatones pueden proporcionarte un camuflaje natural, pero también pueden limitar tu campo visual. A tu favor tienes que John mide un metro noventa y tiene el pelo cano. Deberías poder verlo desde bastante lejos, incluso en una acera llena de gente.

—Vale —dijo ella con interés.

—Cuando dos personas han quedado en un sitio —continué, pensando en voz alta—, acuden por separado. Pero lo más probable es que salgan de allí juntas. Si sigues a John hasta un restaurante o un hotel, es posible que tengas que esperar fuera una hora o más para ver con quién está. Así que mejor que te lleves algo para picar.

—Y una botella de agua.

—No, eso no —la advertí—. Para no tener que ir al lavabo en medio de la vigilancia.

—¿Lo ves? —dijo ella sonriente—. Sabía que me podrías ayudar.

Una vez preparada, tácticamente hablando, Nell también se preparó mentalmente y asumió por completo su papel de abogada de su madre. Ella sería quien, para defender la dignidad de Peggy y su derecho a saber, perseguiría con tenacidad la verdad. Lo que complicó más las cosas cuando, justo en el momento en que Nell se estaba poniendo mi cazadora, sonó el teléfono.

—Es tu madre —dije tapando el auricular con la mano.

—Dile que luego la llamo.

—Parece urgente.

Nell puso cara de exasperación y se acercó al teléfono.

—¿Qué pasa, mamá? Estaba a punto de salir.

—¡Me alegro de haberte encontrado! —Peggy hablaba en voz baja; John debía de estar en la habitación de al lado—. No quiero que vayas.

—¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Pero no quiero que vayas.

—Mamá —dijo Nell con una pizca de irritación—, hace apenas una semana me estabas insistiendo.

—Bueno, he tenido tiempo para pensarlo y me he dado cuenta de que seguramente va a jugar a squash a algún otro sitio.

—Exacto. Lo que aún me da más razones para que vaya. Para que puedas ahuyentar de una vez tus sospechas.

—No tengo sospechas.

—¿Y qué hay de Lydia Spencer?

—No debería habértelo contado.

—Mamá, no hay nada malo en querer saber la verdad.

—Nelly. Te estoy diciendo que no quiero que vayas. ¿Entendido?

—Entendido.

—Pues prométemelo.

—¿Prometerte qué?

—Que no irás.

Nell cerró los ojos un instante y dijo:

—Te lo prometo.

Peggy colgó sin despedirse.

Nell negó con la cabeza y dejó el auricular en la horquilla.

Yo me encogí de hombros.

Entonces Nell metió la cámara y una barrita de cereales en un bolsillo de mi cazadora.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Me voy al Uptown.

Me quedé boquiabierto y señalé el teléfono.

—No empecemos, Jeremy.

—¿Que no empecemos? ¡Nell! Acabas de prometerle a tu madre que no vas a seguir a John.

—La semana pasada dejó clarísimo que quería saber la verdad.

—Pero ha cambiado de idea.

—Y es posible que vuelva a cambiar.

—¿Y si no?

—Si no, no le diré lo que haya descubierto. Pero pienso averiguar adónde ha estado yendo John.

—Nell —dije negando con la cabeza—, adónde ha estado yendo John no es asunto tuyo.

—Es mi padrastro. Así que puede que sea asunto mío y puede que no, pero desde luego no es asunto tuyo.

Y dicho eso, salió por la puerta y cerró con lo que creo que, objetivamente hablando, habría que describir como un portazo.

Después de una conversación acalorada, las ideas desatinadas viajan a la velocidad de la luz. Éstas son algunas de las que tuve segundos después del portazo: 1) debería llamar a Peggy y decirle que Nell va hacia el Uptown; 2) debería llamar a John y decirle que cancele su partido de squash; y 3) debería seguir a Nell y hacerla entrar en razón allí mismo, frente al edificio de su madre. Como digo, ideas desatinadas.

No hice nada de todo eso y me puse a recoger el *brunch*.

«Dará media vuelta», pensé mientras lavaba y secaba los platos.

«No, no volverá», pensé mientras los guardaba.

Nell estaba en «modo acción». Llegaría hasta el final.

Si he de ser totalmente sincero, a esas alturas yo también sentía

cierta curiosidad. Por saber adónde iba John; por saber si tenía una amante; por ver cómo salían las fotos.

Pero pese a toda mi curiosidad, sabía que no iba a quedarme sentado esperando a que Nell regresara a casa. Llamaría a mi amigo Dave y le preguntaría si le apetecía ir al cine. Quizá a ver un programa doble. Porque la excursión de Nell al Uptown tenía pinta de convertirse en algo de lo que nunca querríamos volver a hablar, y eso que ni siquiera había empezado.

Era una tarde cálida y soleada, más propia de principios de verano que de finales de primavera. A las dos menos veinte, Nell estaba de pie detrás de un olmo a una distancia de unos diez coches de la entrada del edificio de su madre, en la calle 38. John salió por la puerta a las dos en punto, tal como había vaticinado Peggy. Llevaba pantalones beige, camisa oxford blanca y un blazer azul, acorde con el código de vestimenta tanto tácito como explícito del Union Club. De la bolsa de deporte sobresalía de manera ostentosa la empuñadura de una raqueta de squash. Tras salir del edificio, fue hasta Park Avenue y se encaminó hacia el sur. Nell esperó unos segundos detrás del árbol y luego se lanzó tras su objetivo, dispuesta a seguirlo desde una distancia de media manzana y desde la acera opuesta, tal como yo tan astutamente le había aconsejado. Pero nada más doblar la esquina empezó a maldecirme. ¡Park Avenue tenía seis carriles y una mediana! ¿Cómo iba a seguirlo desde la acera de opuesta? Y además era sábado por la tarde, por lo que tampoco había peatones que le ofrecieran camuflaje.

Mientras seguía a su padrastro, tuvo que reconocer que, de los dos, ella, que se escondía de vez en cuando detrás de las farolas con la visera de la gorra de béisbol tocándole la punta de la nariz, era la que mostraba una conducta sospechosa. John, en cambio, caminaba con naturalidad, dando pasos largos y ágiles y mirando al frente. En la esquina de la calle 79, incluso se detuvo un momento para acariciar el perro de un conocido, y luego continuó con sus andares relajados. Si hubiera sido de esos hombres que silban, habría ido silbando.

No se dirigía al Union Club, de eso Nell estaba segura. Pero el Racquet Club también estaba en Park Avenue, a la altura de las cincuentas. ¿Y el Yale Club no tenía pistas de squash? John había estudiado la licenciatura y el posgrado en Harvard, pero tenía amigos y conocidos que habían ido a Yale. Cierto, el Yale Club estaba a cuarenta manzanas y la mayoría de los hombres de más de sesenta años no habrían ido tan lejos a pie, pero John sí. Sobre todo un día tan bueno como aquél.

«Esto es ridículo», iba diciéndose Nell, a punto de abandonar su empeño, cuando de repente John cruzó Park y torció hacia el oeste por la calle 78. En la Quinta Avenida no había ninguna pista de squash, pensó Nell. En cambio, había muchos hoteles. El Sherry Netherland. El Plaza. El Peninsula. El St. Regis. Nell tenía sentimientos encontrados: emoción y ansiedad, decisión y temor. Pero John caminaba a buen paso, y no le daba tiempo para analizar los matices. El semáforo estaba a punto de cambiar. Nell corrió hasta la esquina y cruzó a toda prisa los seis carriles de Park Avenue mientras dos taxistas le tocaban la bocina. Dejó atrás Madison y llegó a la esquina de la Quinta justo a tiempo para ver que su padrastro entraba en Central Park.

Si Park Avenue estaba relativamente tranquila, Central Park todo lo contrario. Había gente que corría y gente en bicicleta, turistas y paseadores de perros, madres con sillitas de paseo, padres con críos con el uniforme de la liga infantil de béisbol, gente que daba de comer a las palomas y gente que leía el periódico, todos disfrutando del tiempo inusualmente cálido, de las últimas flores de los cerezos y de las primeras azaleas.

Al menos yo había acertado respecto a una cosa: la estatura y el pelo cano de John ayudaban a seguirle el rastro entre la muchedumbre.

Mientras Nell lo seguía desde una distancia de veinte metros, la indignación y el temor que había sentido desaparecieron. Ahora la dominaba la perplejidad. Estaba tan desconcertada por su presencia en el parque que apenas se fijó en los lugares memorables que siempre me señalaba cuando íbamos juntos y pasábamos cerca: la estatua de

Alicia en el País de las Maravillas a la que trepaba cuando era niña; el estanque de los barquitos donde Caleb, su insoportable primo, jugaba con unos yates perfectamente aparejados que construía él mismo; la fuente Bethesda, donde Betsy Madison y ella fumaban cigarrillos en séptimo grado y marihuana en décimo.

Como es bien sabido, las calles de Manhattan están dispuestas formando una cuadrícula. Sin embargo, una vista aérea de Central Park, sus calles y senderos de diferentes anchos, que tuercen y se cruzan en todas direcciones, nos recordaría al esquema de un sistema cardiovascular. Por eso es increíblemente fácil desorientarse en el parque —les pasa hasta a los neoyorquinos de pura cepa—, lo que da pie a las inevitables pausas e incluso a alguna marcha atrás. Pero John avanzaba sin vacilar, torciendo a derecha e izquierda sin pensar, como si ya hubiese hecho aquel recorrido miles de veces antes. Sólo redujo el paso cuando se detuvo en el pequeño edificio donde estaban los lavabos públicos, al sur de la fuente Bethesda.

Nell se escondió detrás de un roble, haciendo que dos ardillas salieran corriendo en direcciones opuestas. Un poco más adelante había una multitud que de pronto se puso a aplaudir. Nell miró hacia allí y pudo entender a qué se debía tanto «entusiasmo»: la gente se apiñaba alrededor de uno de esos artistas callejeros cuya habilidad secundaria consistía en saltar por encima de una hilera de gente doblada por la cintura. Secundaria, pensó Nell, porque su habilidad primaria no tenía nada que ver con la gimnasia: era el don de los narradores. Una vez formada la hilera de gente, la acrobacia, desde el despegue hasta el aterrizaje, apenas duraba tres segundos. Pese a ser una hazaña impresionante, no le daba tiempo de reunir público suficiente para generar la expectación necesaria que diera como resultado un jornal razonable.

Por tanto, en lo que destacaban aquellos artistas era en los preparativos. Aquél en concreto destacó describiendo con todo detalle la proeza que se disponía a realizar y los peligros que representaba para su integridad física. Destacó eligiendo poco a poco a las personas que compondrían la hilera y haciendo simpáticos chistes sobre sus ciudades de origen, su aspecto físico o sus reparos para participar en

la actuación. Para añadir dramatismo, cambió de posición a los cuatro voluntarios y, en el último momento, añadió a un quinto. De vez en cuando, buscaba el apoyo del público pidiéndole un fuerte aplauso, con lo que atraía a más espectadores a los que después podría pasarles el sombrero.

Cuando John entró en los lavabos, el artista estaba concluyendo su preámbulo pidiendo un último aplauso de apoyo. Pese a la distracción, Nell exhibió disciplina profesional y no dejó de observar la puerta de los lavabos. Es decir, no dejó de observarla hasta que, ante la insistencia del artista, el público inició una cuenta atrás desde diez. Entonces Nell ya no pudo aguantar más: giró la cabeza y vio que, a la voz de uno, el artista, que a la voz de tres había adoptado la postura de un velocista en los tacos de salida, echó a correr, se impulsó hacia arriba y saltó por encima de las espaldas del heterogéneo grupo de voluntarios hasta aterrizar sano y salvo al otro lado.

Seguro que se gana bien la vida, pensó Nell, que volvió a fijar la vista en la puerta de los lavabos y esperó a que saliera John.

Y esperó.

Y esperó.

Pasados diez minutos, un turista de mediana edad entró en los lavabos. Cuando salió, Nell se le acercó.

—Perdone, estoy buscando a mi padre. ¿Le importaría decirme si ha visto a alguien en los lavabos?

—No, no había nadie.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Nadie se queda más tiempo del necesario ahí dentro.

Cuando el hombre se marchó, Nell permaneció un momento mirando la puerta de los lavabos, y entonces entró. Tal como había dicho el turista, los lavabos, además de inhabitables, estaban vacíos.

Nell salió maldiciéndose a sí misma. ¿Por qué habría tenido que mirar aquella estúpida acrobacia? ¡La había visto al menos diez veces cuando estudiaba en la universidad! Giró sobre sí misma y no vio a John por ninguna parte. Sin embargo, desde que había entrado en el parque, él sólo había ido hacia el sur, eso estaba claro. Así que Nell echó a correr hacia Poets Alley. Cuando llegó al paseo bordeado de

árboles, pudo ver sin obstáculos hasta una distancia de cincuenta metros, pero no había ninguna señal de su padrastro. Negó con la cabeza, dio media vuelta y regresó por donde había venido, con la idea de salir del parque por la calle 72 y, de ahí, dirigirse a la parada del metro. Pero de pronto, cuando todavía no había recorrido treinta metros, empezaron a sonar los primeros riffs de «Staying Alive» de los Bee Gees en un radiocasete portátil a la izquierda de donde se encontraba Nell, y entonces lo vio.

Si no llega a ser por el pelo cano, no lo habría reconocido. Su padrastro había experimentado una transformación considerable en esos minutos que lo había perdido de vista. Ya no llevaba los pantalones beige, la camisa oxford blanca ni el blazer azul. En su lugar, ahora John se había vestido con unos pantalones cortos de jogging rojos y sedosos, una camiseta azul estampada con la imagen de Mr. Met, una cinta blanca en el pelo, a lo Björn Borg allá por el año 1975, y patines en los pies. No unos patines en línea, sino unos patines clásicos. Unos que le cubrían los tobillos, de piel blanca y con largos cordones blancos.

Se encontraba dentro de un grupo de patinadores y todos se movían en círculo al compás de la música. John daba vueltas y vueltas serpenteando ágilmente entre los otros a una velocidad asombrosa, dada la reducida circunferencia del círculo.

—¡Hostia! —susurró Nell con una sonrisa de asombro en los labios.

En ese momento debía de haber unos diez patinadores y otros tantos espectadores. La mayoría de los patinadores llevaba ropa de colores llamativos, incluida una mujer con un traje de lentejuelas. John era el patinador de más edad con diferencia, pero a nadie parecía incomodarle su presencia. De hecho, un chico negro muy delgado con pantaloncitos y camiseta sin mangas se colocaba de vez en cuando a su lado, y ambos movían la cabeza al son de la canción mientras patinaban sincronizados.

Tras observarlo un momento, Nell se sacó la cámara del bolsillo. ¡O nadie se lo iba a creer! Hasta se arriesgó y se acercó un poco más a la pista, confiada al ver que entre los espectadores había dos turistas que también estaban haciendo fotos.

Cuando terminó la canción, el chico negro y delgado fue patinando hasta un banco, se dejó caer y encendió un porro que había dejado para más tarde encima de uno de los travesaños. Nell se le acercó y se sentó a su lado sin decir nada.

Él la miró de soslayo.

—¿Has venido a trincarme?

—¿Cómo dices? —preguntó Nell sorprendida.

Él señaló su atuendo con el porro que tenía en la mano.

—Pareces una extra de Ley y Orden, hermana.

—Ah, ya. Lo siento.

Con una sonrisa tímida, Nell se quitó las gafas de sol.

El chico le ofreció el porro, pero ella lo rechazó.

—Como quieras —dijo, y dio otra calada mientras observaba a los patinadores.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Nell al cabo de un momento.

—Preguntar es gratis. Así es como lo quiso Dios. Contestar, en cambio...

Nell se mostró sorprendida y él sonrió.

—Es broma. ¿Qué querías preguntarme?

—Estaba viendo lo bien que patina ese señor mayor. ¿Viene muy a menudo?

—¿Quién? ¿Te refieres a Gloria? Sí, claro. Viene casi todos los sábados.

—¿Gloria?

De pronto Nell se arrepintió de no haber aceptado la calada.

Pero volvió a mirar a John y pensó: «¡Claro! ¿Cómo he podido ser tan estúpida?» El caballero refinado que había salido cabalgando de la niebla con un traje gris oscuro para casarse con una divorciada de mediana edad. Un hombre al que le gustaban la pintura del siglo XIX y las piezas de estilo Mid-century. Es el mismo hombre que sale de su casa supuestamente para ir a jugar a squash, entra en unos lavabos públicos y sale convertido en «Gloria».

El chico que estaba sentado al lado de Nell también observaba a John, que ahora patinaba de espaldas haciendo *crossover* al ritmo de «Back Stabbers».

—No me extraña que Gloria te haya llamado la atención —dijo sonriente—. Hace mucho que vengo aquí y te aseguro que es el mejor patinador a la antigua usanza de todo Central Park. Quizá de toda Nueva York.

Dio otra calada y se recostó en el banco.

—¿Tiene… pareja? —preguntó Nell.

—¿Pareja?

—Me refiero a si tiene novio.

El chico se volvió y observó a Nell un momento.

—¿Quién ha dicho que sea gay?

—Me ha parecido…

—Te ha parecido… —repitió él negando con la cabeza—. Como baila con patines y pantaloncitos rojos y suena música disco te ha parecido que sería homosexual.

Nell notó que se ponía colorada.

—Has dicho que se llama Gloria —dijo ella en su defensa.

—Si te hubiese dicho que se llamaba Luke, ¿habrías dado por hecho que tenía la Fuerza?

Tras apagar el porro con cuidado con las yemas de los dedos y dejarlo otra vez en el travesaño, el chico se levantó dispuesto a patinar hasta el círculo. Pero dio una especie de suspiro, se dio la vuelta y se dirigió a Nell con el tono de quien va a dar una explicación sin que sea su responsabilidad hacerlo.

—Lo llamamos Gloria porque su tema es «I Will Survive». Por Gloria Gaynor. Cada uno tiene su tema. Nuestra canción favorita para patinar. La canción con la que lo damos todo y nos mostramos unos a otros de lo que somos capaces. Todos sabemos qué tema es el de cada cual, así que cuando suena nuestra canción, todo el mundo se retira hacia los bordes del círculo. Para dejarte un poco más de espacio y ver cómo se produce la magia.

Compuso una gran sonrisa y se señaló el pecho con el pulgar.

—A mí me llaman Car Wash.

Nell lo miró sin comprender.

—Ya sabes, «Car Wash», la canción de la película. Es de Rose Royce. —Se puso a dar palmadas marcando un ritmo que a Nell le sonó

vagamente—. Joder —dijo con un gesto de asombro—. Mi madre tiene razón: cuantos más canales de televisión hay, menos cosas sabe la gente.

De repente, Car Wash levantó un dedo. Del radiocasete salió el sonido de un acorde de piano, seguido de un *glissando* que subía y bajaba por el teclado.

—¿Dices que has flipado con cómo patina Gloria? Pues ahora vas a ver algo que no olvidarás fácilmente.

Una hora más tarde, Nell estaba sentada a la mesa de la cocina de su madre rebosante de emoción. Su madre, por otra parte, había recibido la visita por sorpresa de su hija con una actitud cautelosa y no le había ofrecido té.

—¿Qué haces con esa gorra?

Nell sonrió.

—¡No me acordaba de que la llevaba puesta!

Se la quitó y la dejó encima de la mesa. Peggy frunció el ceño, así que Nell la cogió y la puso en una silla vacía.

—Bueno —dijo Peggy enderezándose—. ¿Qué te trae por el Uptown?

Nell asintió y adoptó una expresión más seria.

—Vale. Qué me trae por el Uptown. Bueno, antes de que te enfades conmigo...

Peggy permaneció impertérrita y dijo:

—Lo has hecho. Lo has seguido. Aunque te pedí expresamente que no lo hicieras.

—Ya lo sé, pero...

—¡Y me diste tu palabra! ¿Tan poco valor tiene tu palabra?

—Por favor, mamá. ¿Me dejas hablar un momento?

Peggy desvió la mirada en un ángulo de cuarenta y cinco grados fijándola en un punto entre Nell y la nevera. Nell se inclinó hacia la izquierda para restablecer el contacto visual.

—¿Quieres mirarme, por favor?

Peggy la miró, pero puso las manos sobre el regazo para expresar su

disconformidad.

Nell suspiró.

—Sí, he seguido a John a pesar de que me pediste que no lo hiciera. Pero creo que te vas a alegrar de que lo haya hecho. A ningún matrimonio le benefician las dudas. Casi siempre es mejor aclarar las cosas que dejar que perduren las sospechas. Y sobre todo cuando las sospechas son injustificadas.

Peggy se removió en la silla; no estaba del todo dispuesta a perdonar la transgresión de su hija, pero le interesaba saber qué había descubierto.

Al percatarse de la curiosidad de su madre, Nell compuso una sonrisita de triunfo.

—John no va a jugar a squash. Pero tampoco queda con Lydia Spencer. ¡No tiene ninguna amante!

—Entonces, ¿qué demonios hace?

Nell hizo una pausa dramática.

—Patinar.

—¿Qué?

Peggy estaba tan confundida que parecía no haber entendido lo que acababa de oír.

—Patinar —repitió Nell—. Como en los años cincuenta. ¡Mira!

Se cambió de silla para sentarse al lado de su madre y sacó la cámara.

—Los sábados, en lugar de ir a jugar a squash, va a patinar a Central Park. ¡Con música disco!

Le dio la vuelta a la cámara y señaló la primera imagen. Por la expresión de su madre, se dio cuenta de que ésta seguía sin comprender. No comprendía por qué su hija le estaba mostrando una fotografía de un grupo de jóvenes con ropa estrafalaria tomada en el parque.

—Aquí —dijo Nell señalando al hombre que estaba a la izquierda del centro—. El de la cinta en el pelo.

—No lo entiendo —dijo Peggy.

—Mira.

Nell avanzó unas cuantas fotografías hasta que llegó al vídeo y

pulsó «play».

Mientras la escena se desarrollaba, Peggy miraba fijamente la pantallita. Asimilándola. Asimilando tanto la música como el movimiento. Las prendas de colores llamativos de los patinadores, los aplausos de los espectadores y al hombre alto de pelo cano que de repente se había puesto a girar sobre sí mismo en el centro del círculo.

—¿A que parece increíble? —dijo Nell riendo.

Y entonces John entró en la habitación. Volvía a ir vestido con el uniforme del Union Club y llevaba la bolsa de deporte en la mano.

Normalmente, cuando alguien llega a su casa y entra en la cocina, se desplaza a una velocidad de paseo, el ritmo natural de quien va de un sitio a otro sin necesidad de apresurarse. Sin embargo, cuando John entró en la cocina, lo hizo a una velocidad ligeramente más reducida. Entró al ritmo de quien acaba de pararse detrás de la puerta, ha reconocido el débil sonido de una canción, ha oído la risa de su hijastra y el silencio de su mujer y al final ha decidido entrar, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

Cuando Nell levantó la cabeza al oír entrar a John, y tras darse cuenta de que debía de haber estado escuchando detrás de la puerta, creyó que vería un semblante de indignación o desagrado. Pero lo que vio fue una expresión de bochorno, quizá incluso de vergüenza. Lógicamente, esa expresión no iba dirigida a Nell, sino a la mujer con la que John se había casado; la mujer a la que había mentido; la mujer que se levantó de la mesa, avanzó dos pasos y le pegó un bofetón.

En las semanas posteriores, entre Peggy y John fue abriéndose una silenciosa distancia. Como si fuesen piezas de un ajedrez, de pronto sus movimientos parecía gobernados por reglas diferentes: uno se desplazaba siempre en diagonal; el otro, adelante y atrás, o de un lado al otro. Debido a un aparente repunte de trabajo, John empezó a ir a la oficina un poco más temprano, de modo que Peggy y él desayunaban en la cocina a horas diferentes. Las diversas juntas de las que eran miembros y las organizaciones benéficas de las que eran socios habían comenzado a celebrar sus actos anuales de primavera,

de modo que muchas veces los cónyuges tenían que cenar en sitios diferentes, y ambos se disculpaban ante el otro por su ausencia. Cuando llegó el Día de los Caídos, Peggy fue a Boston a celebrar el sexagésimo cumpleaños de su compañera de habitación de la universidad y John fue a California a conocer a su nuevo nieto, lo que parecía perfectamente lógico. Y en junio, Peggy se marchó a la casa de veraneo de Southampton, como tenía por costumbre. El hecho de que rara vez coincidiesen los dos en la misma casilla parecía tan absolutamente razonable, tan previsible, tan acorde con las reglas del juego que apenas se notaba, y mucho menos se comentaba.

Mejor dicho, no se comentó hasta el viernes anterior al 4 de julio, cuando Nell y yo fuimos a los Hamptons a pasar el puente con Peggy y John. Como salimos tarde y había mucho tráfico, al llegar encontramos a Peggy delante de la isla de la cocina acabando de preparar la cena.

—¿Qué tal el viaje? —nos preguntó.

—Insoportable, como era de esperar —contestó Nell.

Peggy se volvió hacia mí.

—He comprado la ginebra que te gusta, Jeremy. Las limas están en la tabla de cortar y la tónica en la nevera.

—Gracias, Peggy. La cena huele muy bien.

—Pollo a la *cacciatore*. Ya casi está listo.

—¿Quieres que avise a John? —preguntó Nell mientras yo le pasaba una copa.

—No hará falta —contestó Peggy.

Nell me miró con cara de desconcierto. Yo ladeé la cabeza hacia la mesa del comedor, donde sólo había tres cubiertos. Nell dejó su copa.

—Mamá, ¿y John?

—Cenaremos sólo nosotros tres —dijo Peggy mientras removía la ensalada.

—¿Vendrá mañana?

—No, pasará el fin de semana fuera.

—¿Dónde está?

—No lo sé, la verdad. —Peggy le dio la espalda a Nell para sacar una bandeja del horno. Luego la llevó a la mesa y la puso encima de

un par de agarraderas—. Vale. ¿Qué queréis beber? ¿Vino blanco o tinto?

—¡Mamá! ¿Cómo que no sabes dónde está John?

—Ya es mayorcito, Nelly. No tiene que informarme de todos sus movimientos. Vamos a sentarnos antes de que se enfríe la cena. Jeremy, ¿por qué no te sientas a la cabecera?

Titubeé; no estaba seguro de querer sentarme a la cabecera de la mesa.

—Siéntate, siéntate —insistió Peggy.

Obedecimos. Peggy nos sirvió el pollo con un cucharón.

Nell, sentada frente a su madre, no le había quitado los ojos de encima desde que había dejado su copa en la isla de la cocina.

—¿Qué demonios está pasando, mamá?

—Preferiría que no emplearas ese lenguaje en la mesa, Nell.

—Deja en paz el lenguaje. Te he hecho una pregunta bastante sencilla. ¿No puedes contestarme?

Peggy, que todavía tenía el cucharón de servir en la mano, lo soltó de golpe, provocando una pequeña explosión de salsa de tomate y alcaparras en el camino de fieltro que adornaba el centro de la mesa.

—¡Basta! —gritó.

Los tres nos quedamos callados.

Tras corregir su postura, Peggy empezó a cortar su pollo. Entonces se detuvo, dejó los cubiertos y, sin decir nada, se levantó y salió del comedor.

Nosotros la observamos en silencio.

Cuando Nell retiró su silla, llena de una tensa energía que podía desatarse en cualquier momento, estiré un brazo y puse una mano encima de la suya.

En cuanto lo hice, pensé que me había equivocado y que Nell retiraría la mano y me haría un reproche conyugal. Pero lo que pasó fue que todo su apremio se esfumó. Pareció que aceptaba la firmeza de la orden que le había dado su madre. Porque fuera lo que fuese lo que hubiera pasado, lo que se hubieran dicho, de momento, casi con toda seguridad, era mejor no añadir nada.

A lo largo del mes de julio, mientras continuaba el distanciamiento entre Peggy y John, continuó también el silencio de Peggy. Nadie sabía lo que estaba pasando entre el matrimonio, pero era obvio que ella no tenía intención de hablar de ello. Y lo manifestaba con su sonrisa forzada, su actitud cortante y, en general, su empecinamiento en actuar como si no estuviera sucediendo nada fuera de lo normal.

Con ese fin, siguió jugando al bridge los martes por la tarde; supervisando muy de cerca el desherbado de sus arriates de flores y la poda de sus setos; y comprando en un supermercado IGA y no en aquella otra tienda tan cara del centro donde vendían variedades primitivas de tomate a ocho dólares la libra. Y los viernes por la noche que íbamos a su casa, Peggy seguía recibiéndonos con el delantal puesto, limas en la tabla de cortar, tónica en la nevera y cena para tres con vino blanco o tinto a elegir.

La confusión que sentía Nell debido al silencio de su madre se agravaba con el de John. Las pocas veces que Nell había llamado al piso de la calle 83, había saltado el contestador automático. Cuando al final le envió un correo electrónico preguntándole cómo estaba, él contestó tan escueto y formal que Nell enseguida captó el mensaje de que prefería que no volviese a preguntárselo. Cuando me enseñó el correo electrónico de John, Nell negó con la cabeza para expresar su desconcierto ante la actitud de su madre. «¿A qué demonios juega? ¡Se comporta como si la hubieran vuelto a traicionar!» Negó otra vez con la cabeza, apartó la vista de la pantalla del ordenador, me miró y dijo:

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

¿Qué puede hacer uno cuando dos adultos atraviesan una crisis?

—Cruzar los dedos.

El mes de agosto después de que Nell y yo nos fuéramos a vivir juntos y antes de que ella empezase a trabajar en Planned Parenthood, ella aprovechó para irse excursión al Oeste con unas amigas. Peggy siempre pasaba el verano en Southampton, pero John seguía trabajando en la ciudad e iba los fines de semana, así que un día me llamó y me propuso cenar los dos solos. Por entonces John y yo

todavía no nos conocíamos muy bien, pero acepté, suponiendo que él pagaría la cuenta en algún restaurante muy por encima de mis posibilidades y que yo regresaría a casa pronto y aún podría ver una película. Pero acabamos pasándolo en grande, bebiendo martinis y zampándonos dos torres de marisco. De hecho, lo pasamos tan bien que aquello se convirtió en una especie de tradición: un banquete anual en Balthazar el segundo miércoles de agosto, los dos solos.

Aun así, me sorprendí un poco cuando me mandó un correo electrónico, unas semanas después del porrazo con el cucharón, expresándome su confianza en que nuestra cita estival seguía en pie.

La invitación abrió una serie de interrogantes. Por ejemplo: si, de momento, Peggy no le dirigía la palabra a John, ¿debía yo mantener la distancia con él por lealtad hacia Nell? Pero, a esas alturas, ¿no teníamos John y yo nuestra propia relación? ¿No teníamos derecho a mantener una especie de acotada amistad? ¿Y no era potencialmente mejor para todos que yo mantuviese un canal abierto con él —como un diplomático en una época de escalada de tensiones— con la esperanza de conseguir una tregua? Y lo más importante: si aceptaba la invitación, ¿debía contárselo a Nell?

Tras vacilar un momento, contesté el correo electrónico de John confirmando la cita. Al fin y al cabo era una tradición. Y daba la casualidad de que Nell iba a estar fuera de la ciudad esa semana, así que las circunstancias parecían colaborar aportando cierta discreción.

Cuando llegó la noche en cuestión, colgué mis vaqueros en el armario, me puse uno de mis dos blazers y me fui al Balthazar. Nos sentamos y, como siempre, pedimos martinis. Como siempre, él me preguntó cómo me iba en el trabajo y, como siempre, me dio consejo pero sin que se notara demasiado. Sin embargo, cuando ya nos estábamos acabando los cócteles y el camarero se acercó a la mesa y nos preguntó si queríamos hacer el pedido, tras un breve silencio John me miró y se preguntó en voz alta si debíamos pedir otra ronda.

Una segunda ronda antes de hacer el pedido no era lo habitual, desde luego. Pero hizo evidente que John quería hablarme de algo

antes de que tuviésemos delante la distracción del marisco.

—Por qué no —dije.

Y efectivamente, cuando ya habíamos brindado y tomado el primer sorbo de la segunda ronda, John cambió de tema. A principios de verano, dijo, Nell le había dejado varios mensajes en el contestador y él no le había devuelto las llamadas; y luego, cuando le había mandado un correo electrónico, él había contestado secamente.

Coincidí asintiendo con la cabeza.

Bien, pues quería disculparse por ello. O mejor dicho, quería que yo le ofreciera una disculpa a Nell de su parte. O algo parecido a una disculpa.

John estaba siendo menos elocuente de lo habitual, y no por efecto del segundo martini. Inspiró hondo.

—No fue decisión mía —dijo—. Lo hice por Peggy.

—¿Por Peggy?

—Antes de irse a los Hamptons, me pidió que no hablara con Nell.

—¿En serio?

—Sí, en serio —confirmó John, y su expresión no lo desmentía—. Pero no la juzgues por ello, Jeremy. Si Peggy y yo estamos pasando por momentos difíciles, ella está en su derecho de ser quien decida cuándo y qué contarles a sus hijas. En mi profesión, a veces he visto a esposos y esposas que se pisan el uno al otro para exponerles sus argumentos a familiares y amigos, pero eso nunca ayuda. A fin de cuentas, un problema matrimonial es algo que deben resolver las partes, si me permites expresarlo así. Así que quiero que le hagas llegar a Nell mis disculpas por no haberle devuelto las llamadas y por el tono de mi correo electrónico; y lo más importante, quiero que le recuerdes el amor y la admiración que siento por ella. La única pega es que tienes que hacerlo sin revelarle lo de las órdenes de Peggy.

—Vale.

—A lo mejor puedes decirle que la decisión de mantener cierta distancia fue mía.

—Ya me inventaré algo, John.

Mientras John me daba las gracias, el camarero, que acababa de servir a la mesa de al lado, aprovechó la ocasión para mirarnos y

calcular si ya estábamos listos para pedir. Pero John no le hizo ninguna señal con la cabeza, sino que bajó la mirada hacia su copa. Tenía algo más en mente. Cuando levantó la cabeza, me di cuenta por su expresión de que se trataba de algo de lo que le costaba más hablar.

—Seguramente te pareceré ridículo —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Ridículo?

—Un hombre adulto que pasa los sábados por la tarde patinando…

—¡Yo soy un hombre adulto que juega a videojuegos en pijama! Créeme, John. Eres la última persona que podría parecerme ridícula.

John sonrió y dijo «Gracias»; agradecía mis educadas y tranquilizadoras palabras sin darles crédito. Pero fuera como fuese, todavía no me había dicho lo que quería decirme. Sólo había empezado.

—Crecí en St. Paul, Minnesota —continuó—. ¿Has estado alguna vez allí?

—No.

—Es una ciudad muy bonita. Sencilla, en muchos aspectos. Unos pocos cientos de miles de personas que viven en las orillas del Misisipi. Al sur hay cientos de kilómetros de tierras de cultivo; al oeste, las luces de Minneapolis; y al norte, los diez mil lagos…

Dejó que su voz fuese apagándose con una pizca de sentimentalidad.

—En fin. Es una ciudad de aficionados al hockey. Yo tenía tres hermanos y los tres patinábamos. De hecho, en cuanto los termómetros marcaban temperaturas bajo cero, lo que acostumbraba a pasar antes de Acción de Gracias, mi padre construía una pista de hielo en el patio. Los grifos exteriores ya estaban vaciados para el invierno, así que tendíamos una manguera desde el fregadero de la cocina para llenar la pista. Aunque sólo eran quince centímetros de agua, a veces tardaban varios días en congelarse del todo. Para nosotros cuatro era como esperar el día de Navidad. La mañana en que por fin el hielo amanecía sólido, salíamos corriendo después de desayunar, nos poníamos los patines y no nos los quitábamos hasta la primavera, por así decirlo.

La idea nos hizo sonreír a los dos.

—A veces se nos unían los vecinos y hacíamos partidos de hockey. Cuatro contra cuatro, o seis contra seis. A veces incluso ocho contra ocho. Pero la mayor parte del tiempo éramos nosotros cuatro patinando. Nos perseguíamos alrededor de la pista. Hacíamos carreras de portería a portería para comprobar no sólo nuestra velocidad sino también nuestra capacidad para parar y cambiar de dirección. Nos inventábamos saltos y giros, y lo hacíamos sin casco y sin rodilleras. Los cuatro jugamos en el equipo de hockey del instituto; y luego yo jugué en el de Harvard.

—¡Jugabas a hockey en Harvard!

John sonrió.

—Te estoy hablando de hace más de cuarenta años, Jeremy. En los años cincuenta, el hockey en Harvard no era lo mismo que hoy en día. Pero sí, jugaba. Y al principio me encantaba. Me gustaba la camaradería, y la precisión de una buena asistencia. Me gustaba la emoción que sentías cuando, de pronto, cambiaba la dinámica de un partido. Pero en mi penúltimo año de carrera empecé a sentir que estar en el equipo era una tarea rutinaria: tenía que madrugar mucho para asistir a los entrenamientos y hacer largos desplazamientos en autobús para ir a jugar a otros centros.

»Y una tarde, cuando salimos a la pista para entrenar antes del partido, me di cuenta de que aquél era el momento en que me sentía más feliz como jugador de hockey: cuando dábamos vueltas alrededor de la pista y el disco todavía no estaba en el hielo. Lo que me encantaba no era el partido, sino patinar. Esa misma noche abandoné el equipo.

»Cuando les anuncié que lo dejaba, todos se llevaron una decepción. Mi entrenador, mis compañeros de equipo, mis hermanos. Y mi padre, por supuesto. Cuando lo llamé para comunicárselo, se limitó a decir: “Nunca sospeché que en el fondo eras un rajado.”

John agachó la cabeza y fijó la vista en su copa, como si, después de tanto tiempo, todavía sintiera el dolor de aquel reproche.

En las décadas siguientes, John terminó la licenciatura en Harvard e hizo el posgrado en la Facultad de Derecho; se fue a vivir a Nueva York, se casó y tuvo hijos; lo nombraron socio de su empresa; su mujer

murió de cáncer; y cuando ya se había resignado a la viudedad, había conocido a Peggy. En todo ese tiempo no patinó ni una sola vez.

—Una noche de verano, hace unos años (una noche parecida a ésta), después de una larga reunión con un cliente del Upper West Side, decidí dar un paseo por el parque, algo que raramente hacía. Recuerdo que me impresionó la asombrosa belleza que veía a mi alrededor, aquel derroche de árboles y flores en medio de Manhattan. Y de repente me encontré al borde del Círculo. Así llaman (llamamos) a la zona de patinaje... Y me quedé allí plantado, embobado. Era un grupo variopinto, igual que el de ahora, y todos los patinadores llevaban trajes estrafalarios. Y la música no era de mi estilo. Pero patinaban, Jeremy. Patinaban muy bien.

»A la semana siguiente, me compré unos patines y me los llevé al parque. Por entonces debía de tener algo más de sesenta años, y me preocupaba caerme aparatosamente y hacer el ridículo. O peor aún, romperme la cadera y tener que darle explicaciones a Peggy y a mis socios el resto del verano. Pero nada más ponerme los patines supe que no tenía nada que temer. Fue como si estuviera en la pequeña pista de hielo del patio de mi casa con mis hermanos.

»Mientras estaba abrochándome los cordones, hubo un momento en que los otros debieron de pensar: “¿Quién es ese viejo blanco chiflado con pantalones beige y camisa de vestir?” Pero después de dar unas cuantas vueltas al Círculo, me aceptaron como uno más. De inmediato me di cuenta de que mi atuendo no era nada práctico, y supongo que les copié algunas cosas a los miembros del grupo: me compré ropa mucho más brillante de la que nunca me habría comprado. Hasta acabó gustándome la música. La música disco, quiero decir. Ya sé que está pasada de moda, y que es un poco hortera, pero también tiene algo sumamente... desinhibidor.

Acabamos bebiéndonos una botella de vino blanco para acompañar las almejas, las ostras y las patas de cangrejo. Cuando llegué a casa y subí la escalera, estaba un poco borracho. Nuestro apartamento tenía un solo dormitorio, una cocina y un salón; por su reducido tamaño, podía

parecer muy limpio y ordenado o un desastre total. Esa noche, debido a la ausencia de Nell, tendía hacia el desastre. Aparté con el pie la consola de mi PlayStation y me desplomé en el sillón de piel que había orientado hacia el televisor.

Me quedé unos minutos allí sentado pensando en John. Luego me levanté y fui al escritorio. Los efectos colaterales de la vigilancia de Nell la primavera pasada habían sido tan rápidos y tan graves que yo nunca había llegado a ver las fotos que ella había tomado en el parque. Aquella tarde no me las había enseñado al volver a casa, y yo no había tenido valor para pedírselo. Abrí el cajón y rebusqué entre libretas, tijeras y bolígrafos. Encontré el cargador de la batería de la cámara y el cable para conectarla al ordenador, pero la cámara no estaba.

Cerré el cajón y entonces me acordé de que aquel día Nell había buscado la cámara en la cocina. A lo mejor la había guardado allí nada más entrar en casa, conmocionada tras haber presenciado la bofetada de su madre. Pero no, tampoco estaba allí.

A continuación fui al dormitorio. En el cajón superior de mi cómoda, además de calcetines y calzoncillos bóxer, había un batiburrillo de accesorios masculinos, como relojes viejos, carteras y gemelos. Quizá Nell también tuviese un surtido parecido en su cajón de arriba. Pero allí sólo encontré bragas y sujetadores, aunque todo perfectamente ordenado.

Decepcionado, recorrí el estrecho pasillo que conectaba el dormitorio y el salón, y de pronto me detuve. Nuestra colección de chaquetas y abrigos estaba colgada de tres percheros Shaker montados de extremo a extremo de la pared. Encontré mi cazadora debajo de una gabardina. En cuanto la descolgué, me di cuenta, por el peso, de que lo que buscaba seguía en el bolsillo.

Volví a sentarme en el sillón y encendí la cámara. Al iluminarse, en la pantallita apareció automáticamente la última imagen que había mostrado: el vídeo que Nell y Peggy habían visto juntas. Pulsé el botón de reproducción.

Las imágenes iniciales eran una mancha borrosa, donde sólo se distinguían el suelo y unas piernas, del momento en que Nell,

buscando a tientas el botón de grabación, se había levantado del banco y se había colocado en una posición más cómoda para grabar. Una vez que logró enfocar a los patinadores, utilizó el teleobjetivo para hacer zoom sobre el tipo de los pantaloncitos rojos y la camiseta azul. Nell se había perdido parte de la canción, pero no mucha. Gaynor acababa de terminar su introducción semihablada, «*Once I was afraid...*», y la batería y la guitarra estaban entrando en el bloque principal del tema.

Al principio había unas diez personas moviéndose alrededor de la pista, pero a medida que la canción ganaba ímpetu la mayoría de los patinadores se desplazaban hacia la periferia de la pista y se detenían con un giro, dejándole un poco más de espacio a John y dedicándole la atención que indudablemente merecía. Ahora él patinaba hacia atrás, al ritmo de la canción, cruzando una pierna por delante de la otra, con los brazos extendidos, la mirada ligeramente hacia un lado pero sin necesidad de mirar atrás, pues sabía por experiencia el ángulo del arco que tenía que describir.

Ni la imagen ni el sonido podían compararse con las sensaciones del directo: el metro noventa de John quedaba reducido a dos centímetros y la música disco apenas se oía por el diminuto altavoz de la cámara. Pero estos defectos no atenuaron ni por un instante las implicaciones de lo que estaba viendo.

Durante los dos meses anteriores, a Nell, a su hermana y a mí nos había sorprendido la severidad de la reacción de Peggy. Nell había expresado nuestro común desconcierto al comentar: «¡Se comporta como si la hubieran vuelto a traicionar!»

Pero mientras observaba a John, aquel elegante anciano rodeado de su pequeña fraternidad de admiradores, con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza echada hacia atrás, girando hasta el punto de volverse casi borroso, comprendí que Peggy tenía motivos para sentirse traicionada. Porque lo que ella había visto en aquella pantallita, cuando Nell le enseñó las escenas de la excursión secreta de su marido, había sido una imagen de puro gozo. Un gozo que no sólo existía durante su ausencia, sino que por lo visto la requería.

En la primavera del año siguiente, tres estados sureños aprobaron leyes que reducían el derecho al aborto por tres nuevos medios. Fueron las primeras salvas de una guerra contra los derechos reproductivos que se libraba desde hacía veinte años y que se propagaba de un estado conservador al siguiente. Pero en un primer momento parecieron apaños poco convincentes, simples movimientos desesperados de unos pocos jugadores a los que más valía parar cuanto antes. Con ese fin, un puñado de agencias que luchaba por los derechos reproductivos de las mujeres, o por los derechos civiles en general, se unieron para llevar su lucha ante los tribunales. A la cabeza de esa alianza estaba Planned Parenthood, y a la cabeza del ataque de Planned Parenthood había un pequeño grupo de abogados de la organización, entre ellos Nell. Aunque ella no era tan despiadada como para decirlo abiertamente, lo cierto es que la lucha no habría podido llegar en mejor momento.

Porque se había pasado los últimos meses sin pensar en otra cosa que no fuera la deriva de la relación entre su madre y John. Después del fin de semana del 4 de julio, Nell estaba segura de que la pareja encontraría la forma de superar la crisis, y de que su madre le perdonaría a John lo que fuera que pensase que le había hecho. Pero no hubo ningún acercamiento. No hubo perdón. Su madre se enrocó en su postura. Y por Acción de Gracias se hizo evidente que esos dispares movimientos por el tablero de ajedrez que en gran medida habíamos ignorado la primavera anterior habían sido los primeros pasos de la disolución de un matrimonio. Como era un caballero, John parecía dispuesto a hacer cualquier concesión que minimizara el riesgo de rencores. En cuanto a Peggy, supongo que la consolaba pensar que, aunque su matrimonio iba a terminar, al menos esta vez sería ella quien le pusiera fin.

La tranquilidad con que la pareja avanzaba hacia el divorcio tenía a Nell con el alma en vilo. Sacaba el tema a colación constantemente. Me lo sacaba a mí. Se lo sacaba a su hermana y a sus mejores amigos. Para tratar de entender lo que había pasado, hablaba de la tozudez de su madre, o de la excesiva aquiescencia de John, o de la desconfianza colectiva de su generación hacia los terapeutas. A veces recurría a esa

observación de eficacia probada de que en realidad nadie sabe lo que pasa dentro de un matrimonio. Como digo, insistía sobre el tema de diferentes formas en diferentes momentos y con diferentes personas, pero su intención siempre era la misma. Hablaba de los detalles una y otra vez con su círculo privado, con la esperanza de que le confirmasen, de que le asegurasen que, fuera lo que fuese lo que había pasado, no había sido culpa suya. Y como éramos los que más la queríamos, le mentimos. Todos, del primero al último.

El traficante

No llevábamos ni dos minutos sentados cuando Tommy empezó a ponerse nervioso. No paraba de girar la cabeza hacia la entrada de la sala de conciertos con el ceño fruncido.

—A lo mejor no viene —dijo.

—A lo mejor no —concedí.

Al fin y al cabo, eran casi las ocho y los acomodadores ya instaban a los rezagados a ocupar sus asientos.

Tommy asintió con la cabeza y volvió a concentrarse en su programa. «Steven Isserlis interpreta las *Sonatas para viola de gamba de Bach*», leyó. Luego me miró con la primera sonrisa auténtica de toda la noche.

—¡Aquí pone que Isserlis tocará un violonchelo Guadagnini fabricado en 1745!

Le devolví la sonrisa.

El promedio de bateo de los jugadores de béisbol, los caballos del motor de los coches, los últimos movimientos de la Bolsa de valores... A veces parece que para un hombre no haya nada más emocionante que un número. Supongo que es el niño que llevan dentro.

De repente, la algarabía del público empezó a disminuir, pasando de conversaciones en voz baja a comentarios susurrados. Hubo un momento de silencio colectivo en el que resaltaron algunas toses y a continuación un aplauso cuando el señor Isserlis subió al escenario con su acompañante.

Tommy dejó a un lado su programa y también se arrancó a aplaudir con entusiasmo, aunque sospecho que aplaudía más a la butaca que seguía vacía a su izquierda que al artista que tenía delante.

Tras hacer una reverencia para agradecer tan calurosa bienvenida, el señor Isserlis se sentó en la silla del centro del escenario, ajustó la postura, apoyó el arco sobre las cuerdas del violonchelo y cerró los

ojos. Entonces, justo cuando se disponía a tocar la primera nota de la primera sonata, oímos a nuestra derecha alguien que decía «Disculpe».

Tommy y yo giramos la cabeza.

En efecto, era el anciano de la gabardina.

—Disculpe —repitió mientras avanzaba lentamente por la fila —. Disculpe.

Tommy y yo nos levantamos para dejarlo pasar.

Cuando el anciano ocupó su asiento, Tommy me miró con gesto de exasperación. Luego volvió a dirigir su atención al escenario, pero se notaba que apretaba la mandíbula. Si el mismísimo Bach hubiese descendido del cielo para acompañar al violonchelista en ese preciso instante, a mi marido no le habría importado lo más mínimo. Para él, la velada ya estaba arruinada.

Entre nosotros: una velada en el CH no coincidía precisamente con mi idea de pasarlo bien. Se le había ocurrido a Tommy, y formaba parte de nuestra estrategia de «salidas nocturnas» de 1996.

Después del nacimiento de nuestro primer hijo, Tommy y yo no salíamos mucho de casa, y después del segundo aún salíamos menos. En una casa con un niño de tres años y un bebé es difícil encontrar un momento en que no haya que amamantar, dar palmaditas en la espalda, cambiar el pañal o leer un cuento por enésima vez. Con dos niños de menos de cuatro años, si por una misteriosa casualidad dispones de una hora libre, la pasas felizmente tumbado en la bañera o delante del televisor, y al diablo la vida nocturna de la ciudad.

Pero ahora que Thomas júnior e Izzy ya van solos al baño y duermen toda la noche seguida, Tommy y yo nos propusimos este Año Nuevo salir juntos al menos una vez por semana. A Tommy, banquero de inversión de Goldman Sachs, eso le permitió dedicarse a una de sus actividades favoritas: redactar listas, porque según él, «cualquier cosa que valga la pena hacer vale la pena hacerla sistemáticamente». A los pocos segundos de haber tomado aquella decisión, Tommy se presentó con una hoja de papel para que anotásemos los restaurantes que queríamos probar, las exposiciones que queríamos visitar y los amigos

a los que queríamos ver.

Unos días después de haber colgado nuestra lista en la puerta de la nevera, Tommy leyó en *The New York Times* que Evgeny Kissin, el célebre pianista ruso del que nunca habíamos oído hablar, vendría a tocar a Estados Unidos por segunda vez. Tommy propuso que fuésemos al concierto y cenásemos temprano en el Russian Tea Room, ¡que casualmente estaba al lado del Carnegie Hall!

(Los signos de exclamación son suyos no míos.)

«Compro ya las entradas y reservo mesa. ¿Qué me dices?»

Cuando Tommy y yo empezamos a salir juntos, hicimos lo mismo que todos los veinteañeros de Nueva York y disfrutamos al máximo de los pasatiempos baratos que ofrecía la ciudad: de sus cafeterías, bares de blues y pizzerías, que Dios las bendiga. En aquella época había un pequeño restaurante cubano en la esquina de la calle 1 y la Primera Avenida, a escasas manzanas del edificio sin ascensor donde yo vivía. No aceptaban reservas, tenías que apretarte en una de sus mesitas de formica y te servían todos los platos salvo el postre enterrados bajo un montón de arroz y judías. Poco después de las once se empezaba a retirar todas las mesas y un grupo de salsa se reunía cerca de la barra; a continuación todos los presentes se levantaban y se ponían a bailar, tanto si sabían bailar salsa como si no. ¡Vaya, eso sí que era salir de noche!

En favor de Tommy he de decir que ya estábamos un poco mayores para eso; y que sin duda teníamos pendiente una velada en el Carnegie Hall. Pero sobre todo agradecí que él hubiera tomado la iniciativa. Así que dije: claro, por qué no. Y añadimos ese célebre pianista a la lista.

Pero las cosas nunca son tan sencillas como parecen. Menos aún si tienes más educación que la media, un sueldo mayor que la media y vives en Nueva York.

Cuando Tommy llamó a la taquilla del Carnegie Hall, se enteró de que las entradas para el concierto del músico ruso no se pondrían a la venta hasta al cabo de un mes. Sin embargo, si hacías un donativo de

dos mil dólares deducibles de impuestos al Carnegie Hall, como «patrocinador» tenías derecho a comprar por adelantado las entradas de los conciertos de la próxima temporada, que empezaba el siguiente lunes, y además a través de una línea telefónica exclusiva.

Seguramente convencieron a Tommy con lo de la deducción de impuestos, pero la promesa de la venta de entradas anticipadas y una línea telefónica exclusiva fue decisiva. Así que, una vez extendido el cheque, el siguiente lunes por la mañana Tommy marcaba el número del servicio de atención a los patrocinadores a las diez en punto de la mañana, la hora de apertura.

Pero ¡ay!, el solícito joven que contestó al teléfono le informó de que había habido un pequeño malentendido. De momento, la venta de entradas anticipadas sólo estaba disponible para los patrocinadores abonados a uno de los ciclos del auditorio. Si querías reservar ya las entradas del concierto de Evgeny Kissin, tenías que comprar el abono de un ciclo en el que participase, como por ejemplo el de *Conciertos para piano* o el de *Virtuosos*.

—¿*Virtuosos*? —preguntó Tommy intrigado, como era de esperar.

—Sí. En ese ciclo actúan cuatro músicos de primera fila (un pianista, un violinista, un oboísta y un violonchelista), en solitario o con un acompañante, cada uno un sábado de abril.

¿Cuatro músicos famosos con cuatro instrumentos diferentes, repartidos a lo largo de cuatro semanas, y las entradas ni siquiera estaban todavía a la venta para el público general? ¿Quién iba a negarse a algo así? Y además, como Tommy había tenido la previsión de llamar a la línea telefónica exclusiva justo cuando la temporada salía a la venta, podría elegir cualquier butaca de la sala de conciertos, ¿verdad?

¿Verdad?

Bueno, no exactamente...

Como explicó el joven, cuando alguien se abona a un ciclo del Carnegie Hall y elige una butaca determinada, tiene garantizada esa butaca no sólo para las cuatro actuaciones de esa temporada, sino para las de todos los años que se abone en el futuro. Y como ese ciclo en concreto era muy popular, había aficionados que conservaban su

butaca desde hacía más de una década.

—Muy bien —dijo Tommy—. ¿Y qué butacas hay disponibles?

—Déjeme ver.

Tommy lo oyó teclear. Luego se hizo un silencio mientras el joven lo revisaba en la pantalla de ordenador. Por último le oyó exclamar:

—¡Oh!

Tommy se pasó el teléfono de una oreja a la otra.

—¿Qué pasa? ¿Cómo va?

—Creo que los asientos ciento siete y ciento ocho de la fila E han quedado libres.

—¿Son buenos asientos?

—Para los conciertos sinfónicos, las filas delanteras del primer palco suelen ser las favoritas, porque desde allí se puede contemplar la orquesta al completo. Sin embargo, para las actuaciones de solistas, muchos aficionados prefieren estar más cerca del escenario, porque así pueden apreciar los movimientos de las manos y las expresiones faciales del músico. Dicho esto, las butacas 107 y 108 están en el centro de la fila E, que es la quinta, por lo que muchos las considerarían las mejores butacas de la sala para el ciclo *Virtuosos*.

Bueno, ya os podéis imaginar cómo acabó aquella llamada.

De pronto, nuestra pequeña salida al Carnegie Hall para rellenar una casilla había ascendido de categoría y se había convertido en cuatro salidas nocturnas seguidas: los cuatro sábados del mes de abril. Pero eso no era todo.

Si Tommy había destacado tanto en su profesión era por su pulsión competitiva, su astucia y su percepción de las ventajas que ofrecía la propiedad. Tres rasgos de su personalidad que también influyen en casi todas las facetas de su vida. Durante nuestra luna de miel en las Bahamas, por ejemplo, Tommy se levantaba al romper el alba —cuando los empleados del hotel todavía estaban rastrillando las algas— para dejar un montón de revistas y un bote de crema de protección solar encima de las dos mejores hamacas de la playa. Luego se iba a la terraza del desayuno, ocupaba la mesa más soleada y se agenciaba uno de los cinco ejemplares disponibles del *International Herald Tribune*. Ahora que nos habíamos apoderado de dos butacas del centro

de la fila cinco durante aquel popular ciclo había muchas posibilidades de que fuésemos al Carnegie Hall todos los sábados por la noche de abril durante el resto de nuestra vida.

La noche del primer virtuoso, la cena previa en el Russian Tea Room fue maravillosa. Nos sentamos en una banqueta alargada junto a una exposición de samovares y frente a una pared de cuadros del siglo XIX de vivos colores. Yo pedí la ternera Stroganoff; Tommy, el pollo Kiev, y llevados por el espíritu del momento nos tomamos un chupito de vodka cada uno. Dicho de otro modo, empezamos con buen pie.

Llegamos al Carnegie Hall media hora antes de la actuación y visitamos el reservado de los patrocinadores, donde nos invitaron a champán, y a continuación nos dirigimos a nuestra nueva propiedad frente al mar, en el centro de la fila E, donde, obedientes, nos documentamos sobre el primer intérprete de la serie.

Era un oboísta suizo llamado Hans. O tal vez Hanz. (En todo caso, se pronuncia igual.) Yo no tenía ni idea de que existiesen solistas de oboe. Siempre había dado por hecho que los oboes necesitaban una orquesta, del mismo modo que una tuba necesita una banda de marcha. Así que la situación me despertaba una agradable curiosidad.

Unos cinco minutos antes de empezar el concierto, un hombrecillo con gabardina pasó con cuidado por delante de nosotros y se paró ante el asiento al lado de Tommy. Tras un breve y cordial intercambio de saludos, el anciano se sentó y se quedó en silencio con los brazos apoyados en los reposabrazos. Sin embargo, en cuanto el oboísta subía al escenario, Tommy me dio un codazo en las costillas y señaló con la cabeza el brazo derecho del recién llegado. Pensé que quería llamar mi atención sobre algún tipo de usurpación del reposabrazos, así que hice una mueca de solidaridad y volví a mirar al intérprete. Pero Tommy me dio otra vez con el codo y con más apremio.

—¡Mary! —susurró.

—¡Qué! —susurré yo.

—Mírale la muñeca.

Me incliné hacia delante y vi que de la manga de la gabardina del

anciano sobresalían dos varillas negras que se extendían con forma de Y, como las antenas de un insecto.

—¿Qué es?

—¡Un micrófono!

«Imagínate», pensé, y sonriendo clasifiqué aquel momento como una de esas pintorescas muestras de excentricidad que de vez en cuando ofrece la ciudad a modo de compensación por tanto ruido y tanto tráfico. Como cuando estás en el Upper East Side y te cruzas con una mujer con abrigo de pieles que pasea su gato con una correa. O cuando una mañana cualquiera de la semana, a plena luz del día y en medio de la acera de tu manzana, casi tropiezas con un taxista que se ha arrodillado sobre un trozo de cartón para rezar en dirección a la Meca. ¿Cómo no vas a respetar una religión que te exige llevar encima una brújula?

Pero a Tommy el comportamiento del anciano no le pareció pintoresco ni excéntrico. Durante el concierto, debió de mirar como mínimo cincuenta veces aquel pequeño micrófono con cara de absoluta incredulidad.

Una semana más tarde, tras otra cena temprana en el Russian Tea Room y otros dos chupitos de vodka, regresamos al Carnegie Hall para oír tocar al violinista Christian Tetzlaff. Mientras Tommy me leía en voz alta que el señor Tetzlaff era un auténtico maestro del *crescendo*, volvió a aparecer el anciano con su gabardina y sus antenitas negras. Una vez más, Tommy se pasó todo el concierto observando aquel artilugio, aunque esta vez lo hizo con gesto de absoluta desaprobación.

«Seguro que luego quiere que hablemos de esto», pensé, y me lo imaginé exponiendo sus quejas en nuestra cocina, después de enviar a la canguro a su casa y, preferiblemente, con una copa de vino. Sin embargo, la exposición comenzó nada más cerrarse la puerta del taxi.

—¿Te lo puedes creer?

—Si me puedo creer ¿qué, corazón?

—¡La cara dura que tiene ese tipo! ¿Cómo se atreve a grabar los

conciertos del Carnegie Hall?

Me encogí de hombros.

Tommy se volvió hacia mí y me miró conmocionado. (Tommy se conmociona fácilmente.)

—¿Y te encoges de hombros?

Esta vez suspiré.

—Debe de ser un ancianito solitario, Tommy, aficionado a los pianos, los oboes y los violines. No le hace daño a nadie.

Para mí, esa suposición bastaba para cambiar de tema: el anciano, Tommy, el señor Tetzlaff y yo podríamos seguir dedicándonos a nuestras cosas en esta era dorada de paz y prosperidad.

Pero debería haber imaginado que me equivocaba.

Antes de continuar, quizá debería mencionar que quiero mucho a Tommy. Lo quiero desde la primera noche que salimos juntos; lo quise cuando se arrodilló en pijama ante mí para pedirme matrimonio, y cuando estuvo a punto de perderse el nacimiento de nuestra hija porque había ido a comprarse un batido a un restaurante que había cerca del hospital; y lo quiero ahora, en este mismísimo momento. Sin embargo, cuando a un hombre le pagan para que dé sus opiniones y además goza de cierto éxito haciéndolo, es lógico que se vuelva un poco insoportable.

Tommy, miembro del grupo de debate de Exeter, licenciado en Filosofía por Yale, uno de los directores ejecutivos más jóvenes de la historia de Goldman Sachs, no suele precipitarse con sus puntos de vista ni exponerlos a la ligera. Cuando se enfrenta a un tema peliagudo, reflexiona varios días seguidos en silencio, examinándolo desde todos los ángulos y todas las luces posibles. Cuando por fin comparte su opinión, no sólo ha escogido cuidadosamente su vocabulario, sino que ha compuesto frases complejas y analogías persuasivas. Hasta ha imaginado posibles refutaciones y preparado contraargumentos. Una vez que decide exponerla, su postura es tan detallada y está tan bien articulada que tienes la impresión de que es un poco inútil rebatirla aunque no tenga ningún sentido.

Pues bien, lo que en el taxi empezó con un cambio de postura en su asiento, continuó en el cuarto de baño con una sacudida del cepillo de dientes y concluyó cuando ya estábamos en la cama, a pesar de que yo tenía un libro abierto en las manos.

Parafraseo:

«Contrariamente a lo que suele pensar la gente, la violación del *copyright* no es un delito exento de víctimas. La grabación ilícita de un concierto supone un robo implícito al compositor, al intérprete y a la sala, puesto que subvierte su oportunidad de grabar y distribuir la actuación y cobrar por ello cuando quieran. ¡Las leyes del *copyright* se crearon porque un mundo en el que los artistas no tienen garantizada una compensación justa por sus esfuerzos es un mundo donde es menos probable que exista el arte!

»Si bien grabar un concierto constituye claramente una infracción de la ley, ¿podemos darle el anciano el beneficio de la duda y suponer que está haciendo sus grabaciones sin ser consciente de las implicaciones morales de sus actos?

»Desde luego que no. La mala fe del anciano queda del todo evidenciada por su subterfugio. Que escondiera aquel aparato digno de un espía en la manga de su gabardina es la prueba que necesitamos para aseverar que es consciente de su culpabilidad.

»Pero, aunque dejemos todo eso a un lado —la violación del copyright, la infracción de la ley y la prueba de mala fe—, el comportamiento del anciano contradice, como mínimo, el decoro universalmente aceptado de las salas de concierto.»

(Así fue como lo expresó Tommy: el decoro universalmente aceptado de las salas de concierto. Seguro que se le ocurrió en el gimnasio, mientras corría en la cinta.)

«Nosotros y el resto del público, personas procedentes de diferentes estratos sociales, nos hemos reunido aquí y hemos pagado una parte de nuestros ahorros, ganados con esfuerzo, para compartir el placer de una actuación. Pero para compartir este placer —aquí Tommy subió la voz y un dedo índice, las dos cosas a la vez, demostrando que él también era un maestro del *crescendo*—, establecemos un entendimiento tácito, el entendimiento de que durante la actuación no

hablaremos ni comeremos patatas fritas; no nos levantaremos para ir a los lavabos; no interferiremos en la oportunidad de los demás de disfrutar plenamente de la experiencia. ¡Y los micrófonos de ese anciano, por mucho que él se haya esforzado en esconderlos, son una violación del decoro de la sala de conciertos en plena regla, equiparable a que, pongamos por caso, se pasara toda la noche hablando por un teléfono móvil!»

Lo dicho: insoportable.

Entretanto, volviendo al tercer sábado de abril, yo me lo pasaba en grande. El señor Isserlis, con el pelo largo y ondulado como una vieja estrella de rock, me parecía maravilloso. Se balanceaba adelante y atrás en la silla mientras tocaba, ora sonriendo, ora frunciendo el ceño, ora casi derramando una lágrima, como si estuviera descubriendo las emociones de la música por primera vez.

Podéis decir lo que queráis de la música clásica, pero una de sus ventajas es que permite que la mente divague. El objetivo de los grupos de rock y blues —y sí, también el de los de salsa— es acaparar toda tu atención. Para eso sirven las baterías y los amplificadores. En cambio, los intérpretes de música clásica parecen más dispuestos a dejar que te calmes, te sientas cómodo y persigas tus pensamientos hasta donde quieran llevarte.

Pasa como en aquel cuento donde una niña valiente abre un armario, se mete entre los abrigos y aparece en un mundo completamente nuevo. Estás sentado en el Carnegie Hall escuchando una sonata y al cabo de un rato estás paseando por un bosque donde ha empezado a nevar, y allí, en un pequeño claro rodeado de pinos, encuentras una farola.

Pues bien, por una parte piensas: ¿qué demonios hace una farola en medio de un bosque nevado? Pero por otra, su presencia allí te parece normal. La farola tiene algo sumamente agradable y acogedor, y por eso es un añadido bien recibido en todas partes.

Como en la carátula de ese disco de Frank Sinatra, donde él sale apoyado en una farola, preparado para cantarles más canciones de

amor a los desconocidos que pasan por la calle.

O en *Cantando bajo la lluvia*, cuando a Gene Kelly, que acaba de besar a Debbie Reynolds en el umbral, lo sorprende un aguacero. Entonces se abraza a una farola y nos cuenta cantando que se ríe de las nubes y que está preparado para el amor, o algo parecido.

Y luego está *El invisible Harvey*. Ya sabéis, esa película en la que Jimmy Stewart interpreta a Elwood P. Dowd, un hombre maduro cuyo mejor amigo es un conejo de dos metros que concede deseos. Elwood le explica al joven doctor del psiquiátrico que conoció a Harvey una noche, varios años atrás. Iba caminando por la calle, pensando en sus cosas, cuando de repente oyó que alguien decía con una voz grave y sonora: «Buenas noches, señor Dowd.» Y allí estaba Harvey, apoyado en una farola.

¿Os lo podéis imaginar? ¿Os imagináis que ahí fuera hubiese un conejo mágico gigante apoyado en una farola esperando a que pasarais para presentarse? En fin, eso estaba pensando yo mientras el señor Isserlis interpretaba su sonata.

¿Qué sonata era, la sol menor (*vivace*) o la re mayor (*allegro*)? No sabría decíroslo. Lo que sí puedo deciros es que Tommy no la estaba disfrutando ni en una ni otra tonalidad. Porque la mente de Tommy no divagaba. En cuanto el señor Isserlis empezó a tocar, centró su atención en las antenitas negras que asomaban por la manga de la gabardina del anciano.

Bajo el influjo de su indignación moral, al principio Tommy se propuso avergonzar al desconocido mirando aquel artilugio fijamente y con el ceño fruncido. Pero el anciano, que no apartaba la mirada del intérprete, no se dio cuenta. Así que Tommy intentó expresar su irritación soltando un bufido, algo así como la versión masculina del chasquido de lengua femenino. Pero el anciano tampoco se percató de eso. Apretando los dientes, Tommy se removió en la silla y se puso a mirar ostentosamente al violonchelista para dar a entender a todos los presentes que no estaba dispuesto a permitir que los defectos morales de un único malhechor interfirieran en su aprecio del virtuosismo que se estaba exhibiendo en aquella sala, una estrategia que por lo visto funcionó, al menos durante un par de minutos. Luego me susurró al

oído:

—¿No es increíble?

Tras descartar la primera respuesta que me vino a la mente, opté por guardar silencio.

Tommy optó por susurrar más fuerte:

—¡Es intolerable!

Eso provocó que una mujer que estaba sentada detrás de nosotros nos ordenara callar susurrando: «¡Chitón!»

Tommy, perplejo, abrió la boca, giró la cabeza y miró a la mujer. Luego me miró otra vez a mí. ¡Que encima le llamaran la atención cuando estaba defendiendo las leyes de Estados Unidos, el decoro del Carnegie Hall y los derechos de propiedad intelectual de los artistas y creadores de todo el mundo era el colmo! Ciertamente, aquello fue demasiado para él, porque se levantó de la butaca.

—¿Qué haces?

—Voy a buscar a un acomodador.

—¿En pleno concierto?

La mujer que estaba detrás de nosotros volvió a decir «¡Chitón!», esta vez con más énfasis.

Tommy se levantó y, encorvado, empezó a desplazarse por la fila. Ahora era él quien iba diciendo: «Disculpe, disculpe, disculpe» mientras los amantes de la música de las butacas cercanas, cada uno a su manera, expresaban su conmoción, indignación y exasperación.

Cuando llegó al final de la fila, Tommy se irguió cuan alto era y recorrió el pasillo con los andares y el porte de los justos. Al fondo, de pie junto a la puerta cerrada, había una acomodadora, una mujer negra de unos cuarenta años. No le gustó nada que Tommy se le acercara en medio de la actuación, pero él ignoró su desaprobación y le indicó por señas que necesitaba hablar con ella fuera. Así que salieron los dos en silencio al vestíbulo, donde la acomodadora lo miró con el ceño fruncido.

A continuación transcribiré lo ocurrido basándome en el testimonio directo de mi marido y en la información adicional recogida a lo largo de nueve años de matrimonio.

—Quiero denunciar a un traficante —dijo él.

—¿Un traficante? —La acomodadora se sorprendió—. ¿Se refiere a alguien que vende drogas?

—¡No! Hablo de piratería musical. —Tommy señaló la puerta—. El hombre que está sentado a mi lado está grabando el concierto. Y no es la primera vez que le veo hacerlo. De hecho, sospecho que es un delincuente habitual.

La acomodadora puso cara de exasperación.

—¿Se puede saber a qué viene esa cara? —dijo Tommy perplejo—. Creía que en el Carnegie Hall estaba prohibido que el público grabase las actuaciones.

—Por supuesto que está prohibido.

—¿Entonces...?

—Estamos en medio de un concierto, señor. Podría haber esperado al descanso para presentar su queja.

—¿Mi queja? ¡Esto no es ninguna queja!

—¿Ah, no?

—¿Hay algún problema, LaToya?

Tommy y la acomodadora interrumpieron su conversación, un tanto acalorada, y vieron que se les había acercado un hombre de unos cincuenta años que vestía traje gris claro. La acomodadora se volvió hacia el recién llegado con deferencia.

—Lo siento, señor Cornell, pero este caballero cree que el hombre sentado a su lado está grabando el concierto.

—No lo creo. Lo sé. Y como espectador (¡y como patrocinador!) exijo que se tomen medidas al respecto.

—Caballero —dijo el señor Cornell—, no es necesario que suba la voz, y tampoco es necesario que insista. En el Carnegie Hall está estrictamente prohibido grabar los conciertos.

—Exacto —dijo Tommy, que no pudo evitar lanzarle una mirada de suficiencia a LaToya, un gesto que no pasó desapercibido y que no fue bien recibido por LaToya ni por el señor Cornell.

El señor Cornell carraspeó como si fuese a empezar de nuevo.

—Me llamo Lionel Cornell. Soy el director. ¿Puedo preguntarle...?

—Thomas Harkness.

—¿Y dónde se sienta usted, señor Harkness?

—En la fila E, butaca 107. Lo verá enseguida. Es un hombre de unos ochenta años y lleva gabardina.

—Un hombre de unos ochenta años... —dijo el señor Cornell. LaToya volvió a poner cara de exasperación.

—Más o menos —dijo Tommy—. Pero ¿qué más da que tenga ochenta años? ¡Como si tiene dieciocho! Un acto de piratería es un acto de piratería independientemente de la edad del pirateador.

—Naturalmente —dijo el señor Cornell, aunque era obvio que no compartía esa opinión—. LaToya, en el descanso, pídale al caballero en cuestión que se reúna con nosotros en el vestíbulo, por favor.

—Por supuesto, señor Cornell.

LaToya se dio la vuelta, abrió la puerta y volvió al auditorio. Cuando Tommy se dispuso a hacer otro tanto, el señor Cornell carraspeó por segunda vez.

—Lo siento, señor Harkness, si un miembro del público abandona la sala en plena actuación nuestras normas no le permiten volver a entrar hasta el siguiente interludio.

El señor Cornell acababa de exponer esa información cuando se les acercó un vigilante de seguridad que observaba a Tommy con recelo.

—¿Todo bien, señor Cornell?

—Sí, Miles. Por lo visto hay alguien del público que podría estar grabando el concierto.

Miles miró a Tommy y luego al señor Cornell.

—¿Este caballero?

—No. Otro. Este caballero ha venido a avisarnos.

Tommy, a quien la suposición del vigilante le había parecido un poco insultante, quiso expresarle su desagrado; sin embargo, cuando lo miró, el vigilante levantó los pulgares en señal de aprobación y volvió a su puesto.

Tommy y el director, que esperaban a que regresara LaToya, no podían oír la música que sonaba al otro lado de la puerta, pero al cabo de unos minutos oyeron el caluroso aplauso que indicaba el final de la primera parte de la actuación...

Mientras el público salía al vestíbulo, LaToya fue hasta la fila cinco, donde encontró al anciano de la gabardina hablando conmigo.

—Perdone, señor, ¿le importaría salir un momento al vestíbulo?

Ante la petición de la acomodadora, el anciano mostró una leve expresión de sorpresa, pero no puso objeciones. Me sonrió para disculparse por tener que interrumpir nuestra pequeña charla, se levantó y siguió a LaToya por el pasillo con la leve cojera de quienes necesitan una prótesis de cadera. Una vez en el vestíbulo, LaToya lo acompañó hasta el lugar donde el señor Cornell lo esperaba pacientemente con Tommy.

Hay ocasiones en que una mujer, independientemente de lo que sienta, tiene que estar al lado de su marido para ofrecerle apoyo moral. Aquélla fue una de esas ocasiones. Me quedé a unos cinco metros del grupo. Si antes de salir se me hubiera ocurrido llevarme el programa, habría fingido leerlo y me habría asomado por encima para espiarlos.

El señor Cornell recibió al anciano con unos modales impecables.

—Me llamo Lionel Cornell y soy el director del Carnegie Hall. ¿Le importaría decirme su nombre?

—Fein. Arthur Fein.

—Gracias, señor Fein. Lamento tener que molestarlo, pero nos han advertido de que podría estar usted grabando el concierto.

Mientras el director hablaba, el señor Fein se inclinó un poco hacia delante y puso cara de perplejidad.

—¿Grabando el concierto? —dijo al cabo de un momento—. Perdone, no entiendo...

Antes de que el director pudiese explicarse mejor, volvió a aparecer Miles, el vigilante de seguridad, pero esta vez iba acompañado de un agente de las fuerzas de seguridad de la ciudad de Nueva York. Al ver al policía, todos se asombraron un poco, incluido el señor Cornell. Es decir, todos excepto Miles, quien, con los pulgares metidos en la cinturilla del pantalón, parecía atribuirse el mérito de semejante iniciativa antes de que lo hiciera nadie.

—¿Qué problema ha habido? —preguntó el policía.

Con cierta reticencia, el señor Cornell señaló a mi marido.

—El señor Harkness nos ha advertido de que el señor Fein podría haber estado grabando el concierto.

El policía le echó un vistazo a Tommy dando a entender que conocía muy bien a los tipos de Wall Street que hacían advertencias. Cuando miró al señor Fein, su expresión se suavizó un poco.

—¿Es eso cierto, señor Fein? ¿Estaba usted grabando el concierto?

—Por supuesto que no —respondió el señor Fein en un tono que revelaba más asombro que indignación.

—Por supuesto que sí —intervino Tommy.

El agente se volvió hacia mi marido.

—Él acaba de negarlo.

Tommy, atónito, miró primero al director y luego a la acomodadora en busca de confirmación. Incluso miró al señor Fein. De los tres, el señor Fein parecía el único dispuesto a darle la razón. Mi marido volvió a mirar al policía.

—¿Y ya está?

—¿Qué quiere que haga?

—¡Que lo cachee!

Si el sentimiento colectivo había sido apartarse del indignado banquero de treinta y seis años con traje a medida y acercarse ligeramente al desconcertado anciano de ochenta años con gabardina, la sugerencia de Tommy acabó por inclinar del todo la balanza. Como es lógico, el agente consideraba que a los civiles no les correspondía decirles a los miembros del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York a quién tenían que cachear y a quién no. Para el señor Cornell, la idea de que se produjera un cacheo en el vestíbulo constituía una violación de su versión del decoro de la sala de conciertos. ¿Y LaToya? Evidentemente, creía que, de entrada, alguien con la posición social de Tommy no debería utilizar la palabra «cachear».

Y la verdad es que había que darle la razón a la mujer.

—Mire, nunca se quita la trinchera durante el concierto —añadió Tommy dirigiéndose al policía—. Quizá deba preguntarle por qué.

Curiosamente, Tommy había pasado a llamar «trinchera» a la gabardina, supongo que para enfatizar el carácter siniestro de las

actividades del infractor.

A modo de respuesta, el agente levantó las manos imitando el gesto apaciguador de un domador de caballos.

—Está bien —dijo—. ¿Por qué no nos calmamos todos un poco? Es más, quizá deberían volver todos a sus asientos y disfrutar del resto del espectáculo.

El señor Cornell hizo una mueca de disgusto al oír que el agente se refería al concierto como un «espectáculo», pero en esencia parecía estar de acuerdo con la propuesta, sobre todo cuando empezaron a parpadear las luces del vestíbulo, lo que significaba que el interludio había llegado a su fin.

El grupito guardó un breve e incómodo silencio y luego empezó a disolverse. LaToya y Miles fueron los primeros en darse la vuelta, e incluso Tommy parecía dispuesto a regresar a su butaca. Sin embargo, cuando ya se había encarado hacia la puerta del auditorio, de pronto giró sobre sí mismo, se abalanzó sobre el señor Fein y lo agarró por la manga.

El policía también se abalanzó, pero sobre mi marido y para agarrarlo por las solapas. Y seguramente lo habría detenido allí mismo de no ser por el *walkman* Sony que salió volando de la chaqueta del señor Fein y cayó al suelo con gran estruendo.

Nadie se movió. Entonces, muy despacio, el agente se puso en cuclillas y recogió el *walkman*. LaToya estaba cariacontecida; el señor Cornell, estupefacto. En cuanto a Tommy, daba la impresión de que trataba de no parecer demasiado victorioso y no lo conseguía. Mientras que el semblante del señor Fein reflejaba una vergüenza sin límites.

—El caballero tenía razón —dijo al cabo de un momento—. Estaba grabando el concierto. —Negó con la cabeza como si le costara creer su propia confesión. Luego continuó muy compungido—: Durante treinta años asistí a este ciclo en compañía de mi esposa. Y en todo ese tiempo jamás se me ocurrió grabar un concierto. Pero entonces ella enfermó, y cuando estaba tan grave que ya no podía salir de casa, empecé a grabarlos para que pudiese escucharlos cómodamente en la cama.

Se volvió hacia el director.

—Hice mal, señor Cornell; y sabía que hacía mal. ¿Qué más puedo decir?

Ahora todos estaban compungidos. El anciano, por vergüenza; el señor Cornell, LaToya y el policía, por lástima; y mi marido, por haber sido la causa de todo aquello.

El policía miró al señor Cornell.

—¿Tiene intención de presentar cargos?

—Creo que no, agente.

El policía asintió para indicar que apoyaba la intención del director. Abrió el *walkman*, extrajo el casete y se lo metió en el bolsillo. Luego le entregó el aparato al director y salió afuera, pero no sin antes echarle otro vistazo a mi marido y hacer un gesto de desaprobación.

—Señor Fein, haga el favor de acompañarme —dijo el señor Cornell.

El director se llevó al señor Fein y Miles los siguió a escasa distancia. LaToya entró en la sala, donde el público ya había empezado a aplaudir para darle de nuevo la bienvenida al señor Isserlis, que volvía a estar en el escenario. Y Tommy se quedó solo en el vestíbulo, mirando alrededor como si no supiera qué hacer.

Ante una situación así se pueden decir muy pocas cosas acertadas y muchas erróneas. Como nunca se me había dado muy bien distinguirlas, opté por la sugerencia más afectuosa que se me ocurrió: «Vámonos a casa, cielo.»

Al cabo de un momento, Tommy asintió con la cabeza y me siguió hacia la salida. Sin embargo, cuando me encontraba a punto de asir el picaporte, se detuvo y miró hacia el sitio por donde habían desaparecido el señor Cornell y el señor Fein. Cerré los ojos.

—Creo que debería esperarlo —dijo.

—¿A quién?

—Al señor Fein.

Me reí un poco.

—¿En serio?

—Quiero disculparme —dijo Tommy, y volvió a girar la cabeza—. Quiero explicarle las molestias que puede ocasionar una grabadora en

el contexto de…

—Un momento —dije subiendo un poco la voz—. ¿Quieres disculparte o quieres explicarle no sé qué?

Me miró.

—Las dos cosas.

—Cielo, si quieres esperar aquí para poder discuexplicarte, me parece muy bien, pero yo me marcho a casa.

Le di dos segundos para reaccionar y salí por la puerta.

Yo debía de estar bastante afectada, porque en lugar de ir directamente a casa, le pedí un cigarrillo a una desconocida, algo que no había hecho desde hacía años. La mujer me lo encendió y me quedé allí plantada, junto al bordillo de la calle 57, fumando, mientras empezaba a llover. A unos seis metros a mi izquierda estaba el coche de policía con la luz interior encendida. En el asiento del conductor vi al agente rellenando diligentemente los impresos que había generado la queja de mi marido. A unos seis metros a mi derecha, bajo la marquesina del Russian Tea Room, un grupo con aspecto de estar saciado trataba de decidir su próximo movimiento. Ante mí, el tráfico del sábado por la noche circulaba en ambas direcciones. Pero no vi por ninguna parte una farola en la que pudiese apoyarme.

Mientras sopesaba si coger el metro o parar un taxi, noté que se me había acercado alguien y que esperaba en silencio. Tiré el cigarrillo sin acabar a la calzada y me di la vuelta dispuesta a mostrarme compasiva. Pero no era Tommy: era el policía.

—¿Señora Harkness?

— Sí.

Tras hacerme un gesto de lástima, tendió una mano y dijo:

—Esto es un recuerdo para su marido.

Si hubieseis conocido a los padres de Tommy un año después de que se divorciaran, os parecería incomprensible que se hubiesen casado. Tras veinte años tirando los dos hacia un imaginario terreno imparcial, el divorcio los hizo salir despedidos en direcciones opuestas a las que ellos siempre había querido tomar.

Una de las mayores diferencias entre ellos era que al padre de Tommy le importaba mucho cómo lo recordaran sus compañeros varones. Cuando, sin querer, ofendía a alguien o causaba algún conflicto, el incidente lo atormentaba durante días, a veces incluso semanas. En cambio, a la madre de Tommy le tenía sin cuidado la opinión de los demás. Podía librar contigo la batalla de las Ardenas un martes por la noche durante la cena y a la mañana siguiente presentarse en tu casa e invitarse a desayunar como si no hubiera pasado nada. En este sentido, la hermana de Tommy salió a su madre. Ya os podéis imaginar quién ha salido a su padre.

Pese a todos sus talentos y logros, Tommy no podía evitar preocuparse por las opiniones de los demás, aunque fuesen desconocidos. O pensándolo bien, precisamente por las de los desconocidos. Una conversación tensa con la camarera de un restaurante, un intercambio de insultos en un semáforo... Esas situaciones clavaban sus garras en el equilibrio emocional de Tommy. Se le notaba en la cara que no paraba de darle vueltas al incidente. De pronto tenías la sensación de que estaba a punto de dar media vuelta con el coche y recorrer de nuevo quince kilómetros para «explicarse». ¿Por qué? Quién sabe. Pero por breve o insignificante que hubiese sido el intercambio, Tommy necesitaba escuchar de forma explícita que su interlocutor no iba a guardarle rencor.

Así, cuando mi marido regresó por fin del Carnegie Hall y entró avergonzado en nuestro dormitorio, enseguida supe que las cosas no habían salido como él había planeado.

—Hola, cielo —dije mirando por encima de la montura de mis gafas de lectura mientras él se dejaba caer en la otomana muy abatido, como si hubiese vuelto a casa a pie.

—He esperado media hora —dijo. Se quitó un zapato y lo lanzó a un lado—. Como no salía, he ido a buscar al director. Me ha dicho que el señor Fein había salido por una puerta de servicio.

Supongo que no se le podía reprochar.

Tommy se quitó el otro zapato y lo lanzó en la dirección opuesta. Al cabo de un momento me preguntó:

—¿Cómo crees que se escribe, F-I-N-E o F-E-I-N?

Volví a levantar la vista del libro.

—¿Qué más da?

—No lo sé. Pero creo que F-E-I-N es un apellido judío...

Lo dijo como si eso le añadiese una capa más de culpabilidad. Yo no hice ningún comentario.

Tommy colgó su traje, se lavó los dientes y se metió en la cama. Tras fingir durante un minuto que leía, apagó su lámpara y cerró los ojos. Luego se levantó para recoger sus zapatos. Cuando volvió a apoyar la cabeza en la almohada, me incliné hacia él y lo besé en la frente. A veces sólo necesitamos eso: un besito en la cocorota para asegurarnos que, por improbable que parezca, todo se arreglara. Pensé que era lo mejor que podía hacer. Porque en diez minutos yo estaría profundamente dormida, mientras que Tommy tenía una noche muy larga por delante.

La semana siguiente Tommy llegó todas las noches con la misma expresión de abatimiento y la misma pinta de haber vuelto a casa a pie. Durante la cena paseaba la comida por el plato y en la cama ni siquiera se molestaba en fingir que leía.

Cuando llegó el sábado, nos saltamos los chupitos en el Russian Tea Room y el champán en el reservado de los patrocinadores. Cuando ocupamos nuestros asientos, Tommy giró la cabeza y miró la puerta de la sala de conciertos, esta vez con la esperanza de ver al señor Fein recorriendo el pasillo, disculpándose para avanzar por la fila y sentándose en la butaca a su lado. Pero el anciano no apareció.

Aquélla era la última velada del ciclo *Virtuosos* y el mismísimo Evgeny Kissin, el intérprete que nos había hecho interesarnos por los conciertos del Carnegie Hall, subió al escenario. Según el programa, iba a tocar veinticuatro preludios de Chopin. Sin embargo, yo tuve la sensación de que tocaba tres veces ocho preludios, aunque quizá se trataba precisamente de eso. En fin, me lo pasé muy bien acordándome del viejo piano desafinado del comedor de Camp Pamunkey, lo que me llevó a preguntarme si recordaría el nombre de todas las ocupantes de la cabaña número cinco. ¡Y sí, los recordaba!

(Excepto el de aquella niña de las coletas que siempre mascaba chicle con sabor a frutas. Imposible acordarme de si se llamaba Eustace, Eunice o Eugenia.)

Kissin, por su parte, debió de estar a la altura de su fama mundial, porque cuando tocó el último acorde, el público le dedicó un aplauso atronador y lanzó gritos de ¡bravo! Hasta hubo pisotones en el suelo después del segundo bis, una expresión de aprobación que yo juzgué absolutamente impropia del Carnegie.

Sí, señor. Por lo visto, el regreso de Evgeny Kissin a Estados Unidos había sido todo un éxito. Aunque Tommy no habría podido explicároslo, porque dudo de que oyese una sola nota.

Pero tres noches más tarde mi marido volvía a parecer el de siempre al llegar a casa. En la cocina, mientras yo sellaba el filete y él aliñaba la ensalada, estaba muy parlanchín. Luego, al verlo llevar los platos a la mesa, suspiré aliviada y pensé que debía de haberse olvidado del asunto. Sin embargo, una vez que hubo servido el vino...

—¿Te acuerdas de aquel anciano del Carnegie Hall? —me preguntó como si no llevásemos más de una semana pensando en el anciano del Carnegie Hall.

—Ajá —dije sin comprometerme, tomando un sorbo de vino.

—Me parece que puedo localizarlo.

Tommy, sonriente, empezó a masticar un trozo de filete. Dejé la copa en la mesa.

—¿Qué quieres decir con que puedes «localizarlo»?

Él volvió a sonreír, impaciente por compartir conmigo el minucioso proceso mental que había hecho aquella mañana, cuando en realidad debería haber estado haciendo una hoja de cálculo o algo parecido.

—¿Te acuerdas de que aquella noche fui al despacho del director a buscar al señor Fein y me dijeron que había salido por una puerta de servicio?

—Sí, me acuerdo.

—Vale, pues hoy, después del trabajo, como me pillaba de camino, he pasado por el Carnegie Hall y he hablado con el vigilante que está

cerca de esa puerta. Y se acordaba del anciano. Porque se acordaba del incidente. Y también se acordaba de que cuando abrió la puerta que daba a la Séptima Avenida estaba lloviendo. Así que se ofreció para parar un taxi. Pero el anciano le dijo que no lo necesitaba... ¡porque vivía en el barrio!

Obviaremos que el Carnegie Hall no le pillaba de camino ni nada parecido. Mientras Tommy hablaba, yo iba asintiendo para expresar mi asombro: mi asombro ante su perseverancia, ante las peligrosas acrobacias del ego masculino y ante la inagotable capacidad de una esposa de dejarse sorprender por lo que ya no debería sorprenderla.

—Y una vez que tenemos esa información —continuó tras ponerse otro trozo de carne en la boca—, ¿sabes cuál es la siguiente pregunta?

—No, pero dímela.

—Para un neoyorquino veterano, y creo que coincidiremos en que el señor Fein es un neoyorquino veterano, ¿qué extensión tiene un barrio? —Arqueó las cejas y sonrió, lo que supongo que era su versión de hacer una reverencia—. Calculo que ese hombre debe de tener unos ochenta años; y estaba lloviendo, ¿no? Si tenemos en cuenta esos dos factores, creo que no es arriesgado suponer que el señor Fein vive muy cerca del Carnegie Hall. Pues bien, dando por hecho que se tarda aproximadamente un minuto en recorrer una manzana de norte a sur, y aproximadamente tres en recorrer una manzana de este a oeste, podemos trazar un perímetro hipotético desde la Quinta Avenida hasta la Décima y de la calle 49 hasta la 65.

Más asombro, sin filtros.

—Ya sé lo que estás pensando —continuó mi marido—. Crees que es mucho terreno para abarcarlo.

No, no estaba pensando eso. Tommy ni siquiera se había aproximado a lo que yo estaba pensando. Pero él estaba acelerando y yo no quería que redujera la velocidad.

—Pero fíjate bien: en el cuadrante que queda al sudeste del Carnegie Hall, muchas manzanas están compuestas por edificios de oficinas, y la mayoría del cuadrante nordeste lo ocupa Central Park, por lo que sólo quedan dos de los cuatro cuadrantes para explorar. He calculado que en una semana podría terminar la búsqueda: sólo

tendría que caminar por el barrio media hora todos los días.

—Al salir del trabajo —sugerí.

—Exactamente.

Tras haber sido testigo de la dificultad con que el señor Fein recorría el pasillo, supongo que habría podido ahorrarle trabajo a mi marido reduciendo aquel hipotético perímetro, pero dadas las circunstancias pensé que cuanto más tardase Tommy en encontrar al señor Fein, mucho mejor.

Tommy se puso un trozo inusualmente grande de filete en la boca y lo masticó con deleite. Por descabellado que fuese su proceso mental, me alegré de que hubiera recuperado el apetito.

—Hoy, después de pasar por allí y de hablar con el vigilante —continuó—, me he parado en el edificio de apartamentos contiguo al Carnegie Hall para hacer una especie de prueba. ¡Y me alegro mucho de haber tenido esa idea! Porque el portero, cuando le he preguntado si en el edificio vivía algún señor Fein, se ha cerrado en banda como si fuese miembro de la Agencia de Seguridad Nacional. «No revelamos la identidad de nuestros residentes», me ha dicho. Luego he ido al siguiente edificio y he entrado con un sobre de papel manila en la mano diciendo: «Tengo un sobre para el señor Fein.» Y el portero me ha dicho sin inmutarse que en aquella dirección no había ningún señor Fein.

Tommy arqueó las cejas otra vez.

Alcé mi copa.

La vacié.

Esa noche, antes de cerrar con llave la puerta principal y apagar las luces, vi el maletín de Tommy encima de la mesa del recibidor, como siempre.

Cuando Tommy y yo nos casamos, ya hacía tiempo que vivíamos juntos y compartíamos una cuenta corriente. El día de nuestra boda nos comprometimos a querernos y respetarnos en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe. Y yo había parido a sus dos hijos sin epidural. Así que, al ver

aquel maletín encima de la mesa, ¿vacilé antes de abrirlo? No, ni un segundo.

Dentro había un montón de material relacionado con su investigación, sorprendentemente abundante dado lo poco que salía el maletín de Tommy más allá del recibidor. Pero allí, encima del montón, estaba lo que yo buscaba: un mapa de los alrededores del Carnegie Hall cuidadosamente dibujado. Hasta había una pequeña leyenda en la esquina inferior derecha, donde se indicaba que un centímetro equivalía a cien metros, y unas marquitas de verificación junto a los dos edificios que ya había visitado. Examinando el mapa, entendías por qué Tommy había ganado la medalla del concurso de ciencia de la Greenwich Country Day School en segundo de primaria.

Encontré el sobre de papel manila debajo del mapa. En aras de la verosimilitud, Tommy lo había llenado de hojas de papel en blanco para que tuviese el grosor de un documento legal. En la parte exterior del sobre sólo había escrito el nombre del anciano. En una muestra de optimismo que resultaba casi enternecedor había escrito «Fine».

Tommy tardó tres días en encontrar el edificio, una cooperativa de viviendas de doce plantas de la calle 62 entre Broadway y Amsterdam. Cuando lo encontró, había entrado en más de setenta y cinco edificios y setenta y cinco porteros le habían dicho que en aquella dirección no vivía ningún señor Fein. Por eso lo pilló totalmente desprevenido que el portero número setenta y seis le tendiera una mano y dijera: «Yo se lo entregaré.» De hecho, Tommy estaba tan sorprendido que el portero tuvo que repetírselo.

Pero mi marido no es ningún principiante.

—Verá —dijo—, es que necesito que el señor Fein me firme la entrega. ¿Sabe a qué hora volverá?

—Sólo ha ido a la farmacia.

—En ese caso creo que lo esperaré aquí.

—Como usted quiera.

Tommy asintió y se sentó en el banco del vestíbulo. El portero volvió a ocupar su lugar detrás del mostrador de recepción.

—Un edificio muy bonito —observo Tommy—. ¿Es de antes de la guerra?

—Usted lo ha dicho.

Tommy daba golpecitos con el pie mientras el portero hojeaba unos documentos.

—¿Cuánto hace que vive aquí el señor Fein?

—No lo sé. Yo sólo llevo aquí seis meses.

Tommy siguió dando golpecitos con el pie.

—¿Ha ido la farmacia a buscarle algo a su mujer?

El portero alzó la vista de los papeles.

—¿Cómo dice?

—Me preguntaba si el señor Fein habría ido a la farmacia a buscarle algún medicamento a su mujer.

—No. Vive solo.

Tommy se levantó.

—¡¿Que vive solo?!

Al portero le sorprendió un poco que Tommy se levantase del banco de forma tan abrupta, así como el cambio de tono de voz.

—Oiga, ¿qué pasa aquí? —decía en el preciso instante en que el señor Fein entró por la puerta con una bolsa de farmacia.

El señor Fein sonrió al portero y a continuación también sonrió a mi marido, creyendo que era alguien que vivía en el edificio. Pero luego volvió a fijarse en Tommy.

—¿Señor Harkness?

Aquellos tres últimos días, mientras iba de un edificio a otro, Tommy había imaginado ese momento con todo detalle. Había ensayado lo que diría palabra por palabra, un discurso que expresaba arrepentimiento y contrición, y que hasta incluía la frase «No, déjeme acabar». Pero ahora que había llegado el momento Tommy sólo atinó a señalar con un dedo al anciano y a exclamar sin poder disimular su indignación:

—¡Vive solo!

—¡Quieto! —dijo el portero saliendo de detrás del mostrador con la clara intención de echar de allí a Tommy.

Pero entonces intervino el señor Fein:

—No pasa nada, Martin —dijo mirando a Tommy con gesto de desconcierto—. Pero me temo que no entiendo a qué se refiere, señor Harkness.

—Nos dijo que le grababa los conciertos a su mujer porque ella estaba demasiado enferma para salir de su habitación. ¡Y ahora su portero me dice que usted vive solo! —replicó Tommy.

—Sí, vivo solo —confirmó el señor Fein—. Vivo solo desde que ella murió.

En los diez minutos siguientes Tommy le pidió disculpas al señor Fein como mínimo cinco veces. Empezó en el vestíbulo con un par de rápidos «Lo siento», y luego, como el señor Fein insistió en que subiera a su casa para tomarse una taza de café con él, Tommy aprovechó la ocasión y se disculpó de forma más detallada en el ascensor. Y cuando ya se encontraban en la cocinita del señor Fein, lo hizo una vez más por si acaso.

—Por favor —dijo el señor Fein poniendo dos tazas en la mesa y sentándose frente a Tommy—. No hace falta que se disculpe más.

—De acuerdo. Pero debe de pensar que soy una persona horrible.

—¡Nada de eso! Entiendo perfectamente que se enfadara. Asistir a un concierto en el Carnegie Hall con la mujer que uno ama tiene todos los ingredientes para ser una velada maravillosa. Y mis actos, mis imperdonables actos, le estaban arruinando la experiencia. Yo habría hecho lo mismo en su lugar.

Se quedaron callados un momento.

—Cuando yo tenía su edad, no me gustaba especialmente la música clásica —admitió el señor Fein con una sonrisa—. Me interesaban más Frank Sinatra y Tony Bennett. Era mi esposa, Barbara, la que adoraba a Mahler y a Mozart. De niña fue a la Third Street Music School Settlement del East Village. ¿La conoce?

—No.

—Ah, es una escuela muy buena. Se creó en el siglo XIX para enseñarles música a los hijos de los inmigrantes y acabó convirtiéndose en una escuela de primaria. Sigue allí, en el mismo

barrio. Aunque creo que ahora está en la calle 7. En fin, allí Barbara aprendió a tocar el repertorio clásico. Luego siguió estudiando música en Vassar e incluso enseñó piano unos años, al principio de estar casados. Y cuando nuestros hijos se hicieron mayores, ya se imaginará quién de los dos era el que quería ir al Carnegie Hall.

—¿A escuchar a los *Virtuosos*? —preguntó Tommy.

—¡A escucharlo todo! Íbamos a escuchar las orquestas sinfónicas y las orquestas de cámara. Los quintetos, los cuartetos y los tríos. —El señor Fein sonrió recordando todos los conciertos a los que había asistido—. Lógicamente, yo nunca llegué a entender la música del mismo modo que Barbara. No entendía los aspectos técnicos, pero creo que con los años acabé apreciando la música tanto como ella. Esperaba con ansia cualquier ocasión de escucharla. La música se convirtió en parte de nuestra vida. De hecho, es una de las razones por las que vivíamos en este edificio. Cuando me jubilé, nos mudamos aquí para poder ir a pie al auditorio.

El señor Fein le tendió una caja.

—¿Una galleta?

—No, gracias.

—Soy muy goloso —confesó el anciano cogiendo una. Luego continúo—: Cuando Barbara enfermó y ya no podía ir a los conciertos, pensé que nuestras salidas al Carnegie Hall se habían acabado para los dos. Pero ella no lo veía así. No quería que me quedase en casa con ella haciendo de enfermero todo el día. Como insistió tanto, empecé a ir yo solo a los conciertos. Cuando volvía a casa, la encontraba despierta, esperándome para que se lo contara todo. Y cuando digo «todo» quiero decir «todo». ¿Perlman era tan bueno como Bell? ¿Interpretaba tan bien como él a Bach, a Beethoven? ¿Y cómo había sonado la primera partita? La mayoría de las veces yo no tenía ni idea de cómo contestar sus preguntas, y por eso... —El señor Fein abrió las manos con las palmas hacia arriba—. Por eso empecé a grabar los conciertos. Nada más llegar a casa, ella me hacía poner el casete en el reproductor y escuchábamos la actuación juntos de principio a fin.

Tommy se emocionó escuchando la historia del señor Fein, pero también sentía vergüenza. Porque a pesar de todo el jaleo que había

organizado con el decoro de la sala de conciertos y los derechos de los artistas sabía que en el fondo él era un impostor. Se había sentado en la quinta fila del Carnegie Hall todos los sábados por la noche del mes de abril porque, como treintañero de Manhattan con un sueldo de seis cifras y estudios en una universidad de la Ivy League, creía que eso era lo que tenía que hacer. Del mismo modo que tenía que comprarse trajes a medida en sastrerías elegantes y pedir vino francés en los restaurantes de lujo. Pero, en una lección de humildad, el destino lo había puesto cara a cara con los abnegados, los comprometidos, los apasionados.

—Qué bonito.

Al decir eso, Tommy debió de revelar parte de la vergüenza que sentía, porque el señor Fein compuso una sonrisa compasiva, estiró un brazo por encima de la mesa y le dio unas palmaditas en el dorso de la mano, un gesto equivalente a mi beso en la frente.

—Por favor, llámame Arthur —dijo el señor Fein.

—Y usted llámeme Thomas.

—Ha sido un placer conocerte, Thomas. Pero dime, ¿a qué has venido?

—He venido porque me sentía muy mal por lo que había hecho. Quería decírselo el sábado por la noche, pero como no fue al concierto…

—Ah —dijo el señor Fein.

—Si lo que quería era evitar volver a verme, no se lo reprocho en absoluto. —No, no, no fue por eso —dijo el señor Fein sonriente—. Dejé de ir porque me lo pidió el señor Cornell.

—¿Cómo? ¿Él le pidió que no volviera a los conciertos del ciclo?

—Me pidió que no volviera al Carnegie Hall.

Tommy se puso colorado de vergüenza.

—¡Lo siento mucho!

—¡Ya estamos otra vez! —dijo el señor Fein riendo—. No más disculpas. Me lo has prometido.

Se callaron un momento y entonces el señor Fein tuvo una idea.

—¿Sabes qué? Me gustaría enseñarte una cosa.

El señor Fein llevó a Tommy fuera de la cocina; hasta una salita

donde había una estantería que ocupaba toda una pared, un sofá y una butaca a juego y un televisor con más de veinte años en un carrito de ruedas. El señor Fein se paró en medio de la habitación.

—Tenías razón cuando te has indignado al enterarte de que vivo solo. La verdad es que no fui muy sincero con el señor Cornell cuando presenté la enfermedad de mi esposa como excusa. Cuando ella murió, hace un año, debería haber dejado de grabar los conciertos. Pero no pude. Seguí escondiendo la grabadora en mi gabardina y cometiendo mis pequeños actos de piratería. Sólo que ya no lo hacía para Barbara sino para mí. Para poder escuchar el concierto de principio a fin al volver a casa, como si ella todavía estuviera aquí.

—¡Ay, Arthur...!

—No, déjame acabar.

A medida que se explicaba, el señor Fein estaba cada vez más emocionado. Cogió a Tommy por la manga y tiró de él hasta el fondo de la habitación, donde había seis caseteras de plástico negras, todas vacías, en uno de los estantes.

—Aquella noche, después de nuestra pequeña confrontación en el vestíbulo y de que el señor Cornell me echara de allí, vine a casa, aquí, a esta habitación, cogí todas las grabaciones que durante años había etiquetado y alfabetizado tan cuidadosamente ¡y las tiré!

Tras realizar esta declaración con gran satisfacción, el señor Fein vio que Tommy estaba desconsolado.

—¡Thomas! —exclamó—. No te he enseñado esto para que tengas remordimientos.

Antes de que Tommy pudiese pensar siquiera qué responder, se oyó una puerta que se cerraba y luego una voz de mujer.

—¿Papá?

—¡Ah! —dijo el señor Fein en un tono que denotaba grata sorpresa —. ¡Es mi hija, Meredith!

El señor Fein y Tommy se dieron la vuelta y vieron entrar en la habitación a una mujer de cuarenta y tantos años con una bolsa de la compra.

—¡Hola, Meredith!

—Estaba en el barrio, papá, y te he comprado unas cositas.

—No hacía falta —dijo el señor Fein, aunque era evidente que agradecía el detalle de su hija.

Meredith, que no estaba acostumbrada a encontrar a desconocidos en el piso de su padre, miró a Tommy con curiosidad.

—Te presento a Thomas —dijo el señor Fein con una sonrisa—. Su mujer y él iban al Carnegie Hall conmigo.

—¡Anda! —dijo ella con cierta sorpresa—. ¿Os conocisteis en un concierto?

—Sí —dijo Tommy—. Nos sentábamos al lado.

Meredith se quedó mirando fijamente a Tommy. Entonces se pasó la bolsa de la compra de un brazo al otro y miró a su padre.

—¿Es él? ¿Es ese tipo?

El señor Fein no contestó. Pero a juzgar por la transformación de su semblante, no hacía falta. Meredith volvió a mirar a mi marido.

—¡Desalmado! ¡Eres un desgraciado!

—Por favor, Meredith —dijo el señor Fein.

Ella volvió a cambiarse la bolsa de brazo.

—Mis padres fueron juntos al Carnegie Hall durante treinta años. Durante treinta años, lloviera o tronara. Y en un solo interludio, van y lo expulsan para siempre. ¿Y por qué? Porque un anciano quiere escuchar un poco de música en memoria de su esposa y con eso ofende la delicada sensibilidad... la sensación de superioridad moral... ¡¿de un agente de bolsa?!

—Soy banquero de inversión —aclaró Tommy, y dio un paso atrás.

—¿Y te crees que eso me importa? —dijo Meredith dando un paso adelante.

—No era mi intención...

—No era mi intención, no era mi intención... —dijo Meredith con un sonsonete burlón—. ¡Nunca es la intención de los tipos como tú!

—Meredith, por favor —repitió el señor Fein—. Ya es suficiente.

—¡No, no es suficiente! —Porque ella también se había imaginado aquel momento con todo detalle. Ella también había pensado lo que diría palabra por palabra—. ¡Los tipos como tú estáis tan concentrados en eso que hacéis, sea lo que sea, y os pagan tan bien por hacerlo que ya no le prestáis atención a nada que no seáis vosotros mismos! No se

os ocurre pensar que vuestros actos pueden tener consecuencias. Porque vamos a ver, ¿qué creías que pasaría cuando acusaras a un anciano de grabar en el Carnegie Hall? ¿Que le dedicarían una ovación?

Pese a la rabia que revelaba la voz de Meredith, las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Y encima, encima, te sientas en la butaca de mi madre!

A pesar de que Tommy se jactaba de saber anticipar los argumentos que se le presentarían en una discusión, aquello no lo vio venir, y lo golpeó como un puñetazo en el diafragma. Tras recibir el golpe, ni siquiera tenía suficiente oxígeno en los pulmones para disculparse.

Meredith tal vez habría obtenido algún placer al ver la cara que ponía Tommy, pero en ese momento se estaba tapando los ojos con una mano.

—Mery… Mery… —El señor Fein se acercó a su hija—. Vamos, pequeña. Dame esa bolsa. —Le cogió la bolsa, la puso en una mesita y luego la abrazó—. Ya está, ya está.

Llorando sobre el hombro de su padre, Meredith dijo:

—En la bolsa hay helado. Te he comprado tu favorito, Rocky Road.

—Gracias. El helado puede esperar. —Soltó a su hija y dio un paso hacia atrás—. Y ahora siéntate, Mery. Y tú también, Thomas. Quiero deciros una cosa a los dos.

El señor Fein guió a su hija hasta el sofá. Luego le indicó a Tommy por señas que se sentara a su lado. Con cierto esfuerzo, el señor Fein giró su butaca para enfocarla hacia ellos en lugar de hacia el televisor. Entonces se sentó y se inclinó ligeramente hacia su hija.

—Estaba a punto de explicarle una cosa a Thomas, Mery, pero quiero que la oigas tú también. Cuando murió tu madre, seguí yendo a los conciertos por una única razón: la música me ayudaba a superar mi dolor. A veces me llenaba de rabia y a veces de pena. Tanto en un caso como en el otro, le hablaba a mi dolor. Pero hace unos meses comprendí que ya había pasado el momento del dolor y que había llegado el del perdón. Había llegado el momento de perdonar a Dios por llevarse a tu madre de mi lado y de perdonarme a mí mismo por haberla sobrevivido. Pero no tuve fuerzas para hacerlo. Así que,

semana tras semana, volvía al Carnegie Hall y regresaba a casa con mi casete para poder sentarme en esta butaca y escuchar la música sumido en mi dolor. Es decir, hasta que apareció Thomas. Aquella noche, en el vestíbulo, sentí mucha vergüenza. Pero no había defraudado al Carnegie Hall, Mery, había defraudado a tu madre. Ella no era una persona irascible. Amaba la música porque amaba la vida. Y ya era hora de que yo volviese a amar la vida, como ella siempre la había amado.

El señor Fein miró a mi marido.

—¿Entiendes ahora, Thomas, por qué rechazaba tus disculpas? Porque lo que me haces sentir no es ira, sino una profunda gratitud.

Tommy y Meredith bajaron juntos en el ascensor. Meredith habría preferido quedarse arriba para no hacer aquel trayecto con Tommy, pero el señor Fein insistió en que se marcharan juntos, igual que había insistido en que se sentaran juntos en el sofá.

Como era de esperar, bajaron los diez pisos en silencio.

En una de las paredes de la cabina había un espejo, así que Tommy tuvo ocasión de observar a Meredith sin mirarla directamente. Parecía agotada. ¿Tendría hijos? A juzgar por su edad, seguramente serían adolescentes, y debían de exigirle mucho. Sin embargo, al salir del trabajo, había pasado por la tienda para comprarle algo a su padre y se había acercado a su casa para asegurarse de que estaba bien, y todo eso mientras sobrellevaba el dolor por la muerte de su madre.

Llegaron al vestíbulo y Tommy se preguntó si debía abrir la puerta del ascensor o si ella se ofendería si lo hacía. En el último momento estiró un brazo y ella le dio las gracias.

Cuando salieron a la calle ya eran las siete. Como era la primera semana de mayo, todavía quedaba una hora de luz, pero el aire seguía siendo frío. Meredith, que caminaba un poco por delante de Tommy, no torció a derecha ni a izquierda, ni bajó del bordillo para parar un taxi. Se detuvo y se abrochó la chaqueta.

Animado por la actitud de ella, Tommy se detuvo a su lado, supuestamente para abrocharse también él los botones. Miró a

Meredith y compuso una sonrisa tímida, y ella se la devolvió.

—Siento lo del helado —dijo mi marido.

Ella lo miró con cara de sorpresa y él temió haber hecho el comentario equivocado. Pero entonces ella amplió la sonrisa.

—Imagínate. Para una vez que encuentro Rocky Road, va y se derrite.

Él también amplió la sonrisa y extendió la mano.

—Ya sé que no ha sido en las mejores circunstancias, pero ha sido un placer conocerte.

Ella le estrechó la mano, pero luego no se la soltó.

—¿Cómo has dicho que te llamas? Me refiero a tu nombre completo.

—Thomas Harkness.

—Eso es. Thomas Harkness.

Asintió con la cabeza, pero seguía sin soltarle la mano.

—La noche que te quejaste a la acomodadora, ¿recuerdas qué estaban tocando?

Tommy vaciló porque no sabía hacia dónde iba la conversación.

—Seguro que te acuerdas —insistió ella.

—Era el violonchelista, Steven Isserlis. Tocaba piezas de Bach.

—Ah —dijo ella sonriente—. Bueno, pues mira, Thomas Harkness, mi padre ha encontrado la forma de conformarse con todo esto porque es un anciano bondadoso incapaz de matar a una mosca. Pero que él esté dispuesto a perdonarte no significa que yo también lo esté. De hecho, nunca te perdonaré por lo que hiciste aquella noche. Nunca jamás.

Instintivamente, Tommy empezó a retirar la mano, pero ella se la sujetó aún más fuerte.

—Espero que sigas yendo al Carnegie Hall el resto de tu vida, Thomas Harkness. Y espero que cada vez que te sientes en la butaca de mi madre, cada vez que oigas la música de Bach, cada vez que oigas un violonchelo, espero que te acuerdes de mí plantada en la calle 62 diciéndote que eres un creído, un insensible y un hijo de puta.

Yo no conocí a Meredith. No sé si vive en el Uptown o en el Downtown. Si está soltera, casada o divorciada. Si está contenta o triste. Pero por si algún día llega a leer esto, quiero que sepa que su deseo se cumplió.

Porque en los años siguientes, cada vez que cogíamos un taxi para ir al Upper West Side, si el taxista torcía a la izquierda por la 57 y pasábamos por delante del Carnegie Hall, el rostro de mi marido adoptaba fugazmente una expresión de sufrimiento. Y lo mismo sucedía también en los recitales del instituto, en las ocasiones que algún adolescente subía al escenario con un violonchelo; y en las bodas, cuando sonaban los primeros acordes de una pieza de Bach.

Habrá quien lo considere irónico, pero no hay nada especialmente irónico en una maldición. De hecho, una maldición es lo contrario de la ironía, porque pretende significar justo lo que parece que significa, palabra por palabra, nota a nota, en todos los aspectos posibles.

Lo irónico es esto:

Aquel tercer sábado de abril, cuando Tommy optó por salir —disculpe, disculpe, disculpe— en medio del concierto, yo me quedé atónita. Es más, me quedé tan atónita que la única forma que se me ocurrió para calmar mi bochorno y que las personas de mi alrededor se mostrasen benévolas conmigo fue concentrarme totalmente en la actuación, a diferencia de lo que había hecho otras veces. Nada de nieve cayendo junto a una farola por la noche; nada de Gene Kelly ni de Jimmy Stewart; nada de niñas con coletas que mascaban chicle con sabor a frutas. Sólo el violonchelo, el violonchelista y yo.

Cuando Tommy salió al vestíbulo, el señor Isserlis terminó la pieza que estaba tocando. Entonces se sacó un reloj del bolsillo y bromeó diciendo que su acompañante debía de estar más animado de lo habitual porque habían terminado la primera mitad del programa dos minutos y medio antes de lo estipulado. Cuando cesaron las risas del público, el señor Isserlis dijo que, para evitar que nos sintiésemos estafados, iba a tocar una pieza que no estaba incluida en el programa: el preludio de la primera *Suite para violonchelo de Bach (en*

sol mayor). Antes de comenzar, el violonchelista contó una breve historia de las suites, y explicó que durante años habían permanecido prácticamente olvidadas hasta que las redescubrió un niño prodigio de trece años, Pau Casals, a finales del siglo XIX. Por lo visto, Casals había entrado por casualidad en una tiendecita de música cerca del puerto de Barcelona y había encontrado las suites, arrugadas y descoloridas, enterradas bajo un montón de partituras musicales. Años más tarde, cuando ya era un violonchelista mundialmente famoso, Casals defendía las suites siempre que tenía ocasión, dedicándoles la atención que tanto merecían. Eso fue al menos lo que expuso Isserlis.

Una vez más, el público hizo comentarios en voz baja, pero luego se produjo un silencio colectivo en el que sólo resaltaron algunas toses. Una vez más, el violonchelista apoyó el arco sobre las cuerdas de su instrumento, cerró los ojos y empezó a tocar.

¿Cómo describirlo?

Yo nunca estudié música ni aprendí a tocar ningún instrumento. Casi nunca cantaba en la iglesia. De modo que no domino la terminología. Pero en cuanto Isserlis empezó a tocar supe que me hallaba ante cierta forma de perfección. No se trataba sólo de que la música fuera edificante, sino de que cada una de las frases seguía a la anterior de manera tan natural, tan inevitable, que un espíritu que dormía en lo más hondo de mi ser se despertó diciendo: claro, claro, claro...

Y a medida que la música invadía al público, Isserlis transmitía la improbabilidad de todo aquello a través de su interpretación. Porque lo cierto es que todo era sumamente improbable. Para empezar, estaba el hecho de que una partitura musical vieja y arrugada, que habría podido romperse o perderse o quemarse un millar de veces, hubiera sobrevivido el tiempo suficiente para que un chico la descubriera en una vieja tiendecita cerca del puerto de Barcelona, nada menos. El violonchelo que estaba tocando Isserlis había sobrevivido dos siglos y medio a pesar de que toda su esencia parecía depender de la fragilidad de su construcción. Pero la mayor de las improbabilidades, lo que parecía prácticamente imposible, era que en algún lugar de Alemania, en mil setecientos algo, Bach hubiese tomado su íntima y profunda

apreciación de la belleza y la hubiese traducido a música de forma tan eficaz que, aquí, en Nueva York, cientos de años más tarde y a miles de kilómetros, gracias a la asombrosa maestría de aquel violonchelista, todos podíamos sentir esa apreciación de la belleza.

Alrededor de un minuto y medio después de haber empezado la pieza, tras una serie de notas bajas y casi sombrías, hubo una breve pausa, casi una suspensión, como si Bach, que sólo había hecho una primera afirmación, se hubiese detenido un instante antes de intentar contarnos lo que realmente había venido a contar. Y luego, a partir de ese punto bajo, la música empezó a escalar.

Pero no, el verbo «escalar» no es el más acertado. Porque no se trataba de poner una mano encima de la otra e impulsarse hacia arriba dando un angustiado vistazo al suelo de vez en cuando. Más que escalar, lo que hacía era... era... era lo contrario de caer en cascada: una fácil y fluida caída hacia arriba. Una ascensión.

Sí, la música ascendía y nosotros ascendíamos con ella. Primero despacio, casi con paciencia, pero luego a mayor velocidad y con mayor urgencia, imaginando ahora, por un instante, y otra vez, que habíamos alcanzado la meseta; pero entonces la música nos llevaba aún más alto, más allá del reino donde se puede escalar, más allá del reino donde uno mira hacia abajo, hacia el suelo, más allá de la esperanza y la aspiración, al reino del gozo donde todo lo que es posible yace abierto ante nosotros.

Y entonces terminó.

¡Cómo le aplaudimos! Primero sin levantarnos de la butaca y luego de pie. Pero no sólo estábamos aplaudiendo a aquel virtuoso, ni a aquella composición, ni a Bach. Nos aplaudíamos unos a otros. Aplaudíamos el gozo que habíamos compartido y que había alcanzado su plenitud en el acto de compartir.

Mientras aplaudíamos, todos, en todas las filas de la sala, mirábamos a izquierda y derecha, y de pronto el anciano y yo nos estábamos mirando y asintiendo y sonriéndonos en reconocimiento de lo que acabábamos de presenciar, de eso de lo que habíamos formado parte.

Me habría encantado describirle aquel momento a Tommy. Describirle la sensación de improbabilidad, de ascensión, de gozo que había tenido la suerte de compartir gracias, en gran medida, a él. Pero evidentemente, para Tommy cualquier alusión a aquella noche era otra puñalada.

Así que nunca hablamos de ello.

Y en los años posteriores, sólo cuando él estaba de viaje por trabajo, y los niños dormían como angelitos, y la ciudad quedaba en silencio inesperadamente, como si hubiese caído una nevada, yo sacaba del fondo de mi cajón la cinta que me había dado el policía y escuchaba la grabación del concierto del señor Fein.

El fragmento de DiDomenico

Comida en La Maison

La única ventaja de hacerte mayor es que pierdes los apetitos. Después de los sesenta y cinco años, uno desea viajar menos, comer menos y poseer menos. A esa edad, no hay mejor forma de acabar el día que con unos pocos sorbos de un buen whisky escocés, unas pocas páginas de una buena novela y una cama *king-size* sin distracciones.

Indudablemente, parte de ese declive es el resultado de la inevitable degeneración de la forma física. Cuando envejecemos, nuestros sentidos pierden agudeza. Y como es a través de los sentidos que satisfacemos nuestros apetitos, es lógico que, cuando nuestros ojos, oídos y dedos flaqueen, empecemos a desear con una intensidad menor. Además, hay que tener en cuenta el conocimiento que aporta la experiencia. Cuando nuestro pelo encanece, no sólo hemos probado la mayoría de los placeres de la vida, sino que los hemos probado en diferentes lugares y momentos del día. Pero, a fin de cuentas, sospecho que el cese de los apetitos es, sobre todo, una cuestión de madurez. Ir de aquí para allá detrás de una persona joven y bella hasta altas horas de la noche, ir de un local de moda a otro y esforzarse para decir algo ingenioso mientras servimos un burdeos añejo pagado de nuestro bolsillo… Francamente, a esas alturas, ¿quién se toma tantas molestias?

Pero si el declive de los apetitos aporta cierta sensación de alivio a la mayoría de los que envejecen, las personas de más de sesenta años que ya no pueden permitirse el estilo de vida de cuando tenían cuarenta y tantos lo agradecen especialmente.

En la isla de Manhattan, esa población es mayor de lo que supongo que imagináis. Muchos maridos bienintencionados que aplazaron demasiado la planificación financiera dejan a su viuda en una precaria situación económica. Otros que demostraron ser competentes en materia de negocios cuando eran jóvenes se vuelven negligentes o incluso imprudentes cuando se jubilan, y malgastan unos recursos muy necesarios en especulaciones inmobiliarias, amantes y organizaciones benéficas. Luego están los tipos sensatos como yo que, tras haber calculado de forma minuciosa el capital necesario para su jubilación y haber ahorrado prudentemente año tras año, hacen la vista gorda ante la euforia de un mercado alcista y, llevados por su vanidad, dejan su trabajo, pero seis meses más tarde los sorprende un descalabro inesperado. Sean cuales sean las excusas, muchos de los que alcanzan la edad dorada en el Upper East Side se encuentran de pronto obligados a vivir por debajo de lo que antes eran sus posibilidades. Así pues, es una suerte que ya no deseen lo que no pueden permitirse.

—¿Ha terminado, señor Skinner?

—Sí. Gracias, Luis.

—¿Desea algo más?

—No. La cuenta, por favor.

Luis recoge lo que queda de mi ensalada Niçoise y se va a la cocina de La Maison serpenteando por un laberinto de mesas, la mayoría vacías.

Hubo un tiempo en que podías seguir el rastro del poder en Manhattan comiendo en La Maison. El restaurante, en la esquina de la calle 63 y Madison, ofrecía una correcta carta de cocina europea y tenía como clientes a agentes inmobiliarios, ejecutivos de publicidad, banqueros y mujeres de clase alta. Con los años, la decoración quedó un poco anticuada, la comida un poco desfasada y aquellos que estaban «en el ajo» migraron a locales más alegres donde se ofrecían platos más modernos. Sin embargo, aunque La Maison ya no era el restaurante de moda en la ciudad, tampoco había perdido todo su

prestigio. Todavía había unos cuantos veteranos del mundo del comercio y la alta sociedad que, ya fuera por costumbre o por falta de imaginación, seguían yendo allí a comer el menú diario.

En aquel rincón, por ejemplo, está Lawrence Lightman, con su imponente metro noventa de estatura. Hace más de una década que Lawrence no dirige una editorial, pero sigue vistiendo traje y corbata; y por lo visto se labró suficiente fama para que algún aspirante a trabajar en ese negocio aún peregrine de vez en cuando hasta su mesa.

Más cerca de la barra está Bobby Daniels, ex socio de Morgan Stanley y, en su momento, considerado un prodigio en el campo de las adquisiciones y desinversiones. De hecho, su habilidad era tan innata que adquirió y desinversionó a cuatro esposas. Ahora tiene un despacho en alguna compañía fiduciaria decorada con paneles de caoba donde su principal responsabilidad consiste en colgar el sombrero a la vista de los clientes.

Y allí, en la mesa de al lado de la puerta, está Madeline Davis. Tiene más de setenta años y es viuda desde hace como mínimo cuatro elecciones presidenciales, y se nota. El vestido que lleva ha pasado de moda dos veces desde que lo compró, en 1962, y se maquilla con la desinhibida generosidad de una Rockette. También es un ejemplo particularmente sublime del indigente de Park Avenue.

Aunque no ha donado un céntimo a ninguna organización benéfica, comprado ninguna obra de arte ni leído libro alguno desde hace más de veinte años, cuando todavía vivía su marido el apellido Davis estaba grabado de forma indeleble en las listas de correo de todos los museos, galerías de arte y editoriales de la ciudad. Eso resultó providencial cuando se redujeron sus ingresos; porque al menos un par de veces por semana Madeline podía comer canapés fríos y beber vino blanco caliente en alguna inauguración o presentación. De hecho, a finales de los noventa, cuando esos «eventos» empezaron a ser cada vez más desmesurados, siempre llevaba bolsas de plástico con cierre zip en el bolso, así que, cuando nadie miraba, guardaba comida suficiente del buffet para alimentarse al menos una semana.

Madeline siguió con esa exquisita práctica durante algún tiempo. Y una noche, en una recepción en el Museo de Historia Natural a

beneficio de no sé qué organización, se encontró ante una pirámide de albóndigas suecas. Aquel plato debía de ser su debilidad, porque esquivó las bandejas de quesos y *crudités* y llenó sus tres bolsitas con aquellas deliciosas bolitas, y no se abstuvo de añadirles sus buenas raciones de salsa.

Al final de la fiesta, Madeline salió del museo con el resto de los asistentes apretando su bolso contra el pecho. Cuando estaba bajando la escalera, un chico espabilado que se sacaba algún dinero paseando los perros de sus vecinos (alumno de Buckley, para más señas) pasaba por allí con un variado surtido de canes sujetos con varias correas entrelazadas. Pues bien, tal vez Madeline había apretado demasiado su bolso contra el pecho y una de las bolsitas se había reventado, porque de repente los ocho perros tiraron de las correas con todas sus fuerzas. Cuatro se pusieron a ladrar. El apremio de la manada fue demasiado para el chico: los perros se soltaron y subieron los escalones hacia ella a todo correr. Madeline, enfrentada a una muerte segura, hizo lo que habría hecho cualquier mujer sensata: metió la mano en el bolso y empezó a lanzar albóndigas a los perros mientras los otros manhattanitas contemplaban horrorizados el espectáculo. Lo que demuestra que, si bien la austeridad puede ser una virtud, todas las virtudes tienen un límite.

—Aquí tiene, señor Skinner.

—Gracias, Luis.

Repasé la cuenta, pagué con dinero en efectivo, le dejé a Luis el obligatorio quince por ciento, me puse el abrigo, saludé a Lawrence, le dije adiós con la mano a Bobby y me disponía a salir por la puerta.

—¡Percival!

—Ah, hola, Madeline. No te había visto.

Un hombre más listo se le habría acercado con las manos en los bolsillos. Antes de haber reparado en mi error, me había cogido la mano izquierda con una garra artrítica.

—Hacía una eternidad que no nos veíamos —dijo.

—Lo mismo estaba pensando yo.

—Tenemos que cenar juntos algún día.

—Sería estupendo —repliqué, y fui hacia la puerta. Huelga decir

que habría preferido la horca.

Una pregunta

Una de las razones por las que sigo comiendo en La Maison es que está a sólo unas manzanas de donde vivo, un edificio de veinte plantas de Park Avenue de antes de la guerra. En otros tiempos disponía de un piso de seis habitaciones en la octava planta con un balcón bastante grande. Como parte de los preparativos para la jubilación, se lo vendí al director de un fondo de cobertura que tenía la mitad de mis años y me compré otro de dos dormitorios en la cuarta planta. Si me hubiese mudado a otro edificio, tal vez habría acabado en un piso más amplio y luminoso, pero soy demasiado viejo para aprenderme los nombres de todo un plantel de nuevos conserjes.

—Hola, Max.

—Bienvenido a casa, señor Skinner. ¿Qué tal la comida?

—Como siempre.

—¿Y qué significa eso, bien o mal?

—A mi edad, siempre es un motivo de celebración.

Max sonrió. Pero me disponía a entrar cuando ladeó ligeramente la cabeza y bajó la voz.

—Hay un caballero esperándolo.

—¿A mí?

—Sí, en el vestíbulo. Ha llegado sobre las doce y media. Le he dicho que usted tardaría un rato en volver, pero se ha empeñado en esperar.

Y en efecto, sentado en el banco bajo un grabado de unas ruinas romanas había un hombrecillo con una gabardina de segunda mano. Al verme se levantó de un salto, literalmente.

—¿Señor Skinner?

—Sí.

—¿Percival Skinner?

—Así es.

El hombrecillo parecía aliviado.

—Me llamo Sarkis.

—¿Como el atún?

—¿Cómo dice? Ah, ya. —Rió un poco—. No, no es Starkist, es Sarkis. Es un apellido griego.

—Ah, entiendo.

—Sí. Bueno. Me preguntaba si tendría usted unos minutos.

—¿Para qué?

—Para hablar de un asunto que creo que será de su interés y que podría beneficiar…

—Le escucho.

El señor Sarkis echó un vistazo al vestíbulo.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado?

Si bien la gabardina de aquel caballero procedía del Ejército de Salvación, el traje que llevaba debajo era sin ninguna duda de Savile Row; y su sagaz expresión era más propia de un comprador que de un vendedor.

—Suba conmigo —dije.

Y subimos.

—¿Le apetece beber algo? —pregunté mientras colgaba la gabardina de mi visitante en el armario del recibidor—. ¿Un vaso de whisky? ¿Una taza de té?

—Una taza de té me vendría fenomenal, si no es mucha molestia.

—Ninguna en absoluto. —Guié al señor Sarkis hasta el salón—. Siéntese mientras yo voy a hervir el agua, por favor.

El señor Sarkis optó por el sofá y se sentó en el borde del cojín, con los codos apoyados en las rodillas.

Fui a la cocina, donde encendí el hervidor de agua, cogí las tazas de té del armario y el té de la lata. Luego, mientras el agua se calentaba, me asomé al salón. El señor Sarkis se había levantado del sofá para examinar las porcelanas expuestas en el armario rinconero. Al cabo de un instante, cogió el cuenco cantonés y lo hizo girar lentamente con las dos manos. Aunque era pequeño, era el objeto más valioso que había en la habitación. Por lo visto el griego conocía su oficio. Hice bastante ruido al poner las tazas de té en la bandeja, y cuando entré en el salón vi que había vuelto a sentarse en el borde del cojín con los

codos apoyados en las rodillas.

Serví el té y le pregunté al señor Sarkis en qué podía ayudarlo.

—Resulta que dirijo una pequeña galería de arte en París dedicada a las antigüedades, pero también represento a cierto coleccionista que es un gran amante del arte del Renacimiento.

—El arte del Renacimiento era una de mis especialidades —dije.

—Su reputación lo precede. De hecho, por eso he venido hasta su puerta.

—¿Qué necesita su cliente, una tasación?

—No exactamente. El motivo de mi visita es que creo que podría estar usted en posesión de una obra de Giuseppe DiDomenico. O mejor dicho, de un fragmento...

Dejé mi taza de té.

—Me temo que está usted ligeramente mal informado, señor Sarkis. Verá, es cierto que tuve un fragmento de DiDomenico, pero lo vendí hace unos años.

—Ah —dijo él decepcionado—. ¿Y le importaría decirme a quién se lo vendió?

—Era un tejano.

Sarkis se inclinó un poco hacia delante.

—¿Un petrolero?

—No. Creo que era contratista militar.

—¿De Houston?

—No, de Dallas.

El señor Sarkis asintió pensativo.

—Eso quizá me sirva.

Yo no sabía si le serviría o no, pero de pronto nuestra reunión parecía haber llegado a su fin. Me levanté.

—Siento que haya perdido el tiempo.

El señor Sarkis también se levantó.

—Cada contratiempo acerca un poco más al coleccionista a su objetivo —dijo sabiamente.

Lo acompañé a la puerta, le di su gabardina, llamé el ascensor y le tendí la mano para desearle suerte. Pero él, en lugar de estrecharme la mano, parecía estar persiguiendo otra idea.

—Creo que usted desarrolló gran parte de su carrera en Sotheby's —dijo al cabo de un momento.

—Así es.

—Más de veinte años.

—Casi treinta.

—Entonces, tal vez sepa de alguien más que posea un DiDomenico.

—Alguien más...

Se produjo un silencio que el señor Sarkis interpretó de forma optimista.

—Mi cliente es una persona con una gran sensibilidad, señor Skinner, pero también es muy pragmático. De modo que de buen grado compensaría a un profesional cuya mediación condujera a la adquisición de un DiDomenico.

—¿Hasta qué punto?

—¿Hasta qué punto tendría que mediar ese profesional?

—No, hasta qué punto sería compensado.

—Ah, sí. Bueno, como es lógico, eso dependería del tamaño y la calidad de la obra. Pero supongo que un contacto que condujese a una compra merecería una comisión de aproximadamente... ¿el quince por ciento?

Llegó el ascensor.

—Déjame pensarlo —dije.

—Tómese su tiempo. Estaré en la ciudad hasta el día de Año Nuevo. Me encontrará en el Carlyle, habitación 401.

Entró en el ascensor. Cerré la puerta del piso, me llevé la bandeja del té a la cocina y me quedé delante del fregadero pensando: «Vaya, vaya, vaya.»

El primero de los siete gozos

A diferencia de los rasgos familiares, que se transmiten de generación en generación desde un pasado insondable sin un origen discernible, la fortuna familiar comienza en algún punto concreto. En el caso de

mi familia, empezó con Ezekiel Hollingsworth Skinner en Milton, Massachusetts, en 1855. Ese año, Ezekiel, que tenía treinta y cinco años, abrió un pequeño taller donde fabricaba papel para los panfletistas locales. Durante la guerra civil, cuando escaseaba la pasta de celulosa, él refinó la técnica para hacer papel a partir de retales, y en la posguerra, con el proceso patentado en la mano, Ezekiel pasó de tener un pequeño taller a tener diez fábricas y de tener diez mil dólares a tener un millón.

A pesar de la diligencia de Ezekiel, o quizá por culpa de ella, en sus treinta años de matrimonio su mujer y él sólo tuvieron un hijo, al que llamaron Valentine, que creció en una casa a menos de doscientos metros de la primera fábrica de su padre. Valentine entró a trabajar en el negocio familiar después de estudiar en Harvard y tomó las riendas en 1880, cuando Ezekiel murió de gripe. Como era costumbre en la época, Valentine quiso poner un poco de distancia entre él y la fuente de su riqueza, llevándose a su mujer y a sus cuatro hijos de la fábrica de Milton a una *brownstone* de Manhattan. Allí, con una ética profesional casi tan sólida como la de su padre, pero con una mentalidad mucho menos estricta, Valentine dobló el tamaño de la empresa, se la vendió a un competidor y se concentró en la poesía, la ópera y el arte.

Valentine, un protestante de Nueva Inglaterra por crianza y por convicción, mostraba un razonable desinterés por todo lo que estaba de moda. Así pues, fue el último de su círculo en llevar sombrero de copa y bigote encerado y amuebló su casa con estatuas romanas, muebles medievales y cuadros renacentistas.

Pero su posesión más preciada era, sin ninguna duda, una Anunciación del florentino Giuseppe DiDomenico.

DiDomenico fue una especie de puente entre el Renacimiento temprano y el tardío en la Toscana. Tras estudiar con Fra Angelico, DiDomenico abrió en 1460 su propio taller, donde en las décadas posteriores influenció a dos generaciones de pintores florentinos. (Según Vasari, el dominio del *contrapposto* de Raphael era producto de las horas que pasó trabajando junto a DiDomenico.) En realidad, DiDomenico dedicó su vida a la formación de otros pintores más que a

completar sus encargos, por eso sólo han sobrevivido unos cuantos cuadros suyos, y el más importante es la Anunciación que pintó para Lorenzo de Medici en 1475. En 1888, durante un largo viaje por Europa, mi bisabuelo le compró ese cuadro a un marchante parisino. Se lo llevó a Nueva York y lo colgó en un lugar de honor: en el comedor, detrás de su silla, donde él no podía verlo, pero donde para todos los demás el cuadro se fundía con la imagen de su persona.

Como los padres fundadores, mi bisabuelo desconfiaba tanto de la primogenitura como de los papas y los reyes. Según él, dejar toda la fortuna en manos del hijo mayor contradecía las enseñanzas cristianas, el sentido común y el estilo de vida americano. Por tanto, tras hacer importantes donaciones a Harvard y a la Ópera Metropolitana, en su testamento ordenó que su casa y todo lo que ésta contenía se vendiera, que las ganancias se sumaran al resto de su fortuna y que todo se repartiera entre sus cuatro hijos. Pero la única posesión que de ningún modo estaba dispuesto a vender ni regalar era aquella que ejemplificaba su devoción cristiana, su amor al arte y su sitio en la cabecera de la mesa: la Anunciación. Así que hizo cortar el cuadro en cuatro partes iguales y en la lectura de su testamento cada uno de sus hijos recibió su cuadrante enmarcado y listo para colgar.

Llegados a este punto, nada me haría más feliz que confirmaros, queridos lectores, que un cuadro no es más que un cuadro; así, en lo sucesivo, cada vez que se mencione la Anunciación, vosotros podríais introducir cualquier grandiosa obra de arte que recordéis vagamente de vuestra última visita a un museo o una iglesia. Pero mucho me temo que el contenido y el formato de la Anunciación influyen de forma directa en los hechos que describo en este relato, y seguramente en sus temas. Por lo tanto, con mis disculpas a los más eruditos y devotos, a continuación me permitiré ofrecer una breve historia del cuadro de la Anunciación.

Tened paciencia conmigo. Por una vez, prometo ser breve.

Como saben todos los escolares, desde la Edad Media hasta el Renacimiento el arte europeo estuvo dominado por la imaginería

cristiana. Por entonces, el mundo del arte era prácticamente una sucursal de la Iglesia católica romana, y Europa estaba atestada de escenas del Antiguo y el Nuevo Testamento, retratos de santos y apóstoles y representaciones de Jesucristo en cada etapa de su vida. Dentro de este vastísimo y casi fetichista catálogo de temática sagrada, un popular subconjunto eran los Siete Gozos de María, es decir, los siete episodios más exultantes de la vida de la virgen María. En general, se los conoce como la Anunciación, la Natividad, la Adoración de los Reyes Magos, la Resurrección, la Ascensión, el Pentecostés y la Asunción. Quizá no estéis familiarizados con la nomenclatura de los Siete Gozos, pero tened por seguro que los habéis visto todos: en altares, en libros de texto, en estampas y en esas velas de vivos colores ante los que dicen que rezan los mexicanos.

De los Siete Gozos, la escena que más interesaba a los pintores del Renacimiento italiano era la de la Anunciación: el momento en que el arcángel Gabriel le anuncia a la virgen María que está milagrosamente encinta. Todos los maestros de la época abordaron ese tema, y de forma exquisita. Fra Angelico (circa 1440), Filippo Lippi (circa 1455), Piero della Francesca (circa 1455), Leonardo da Vinci (circa 1473), Botticelli (1489), Rafael (1503), etc.

Pero lo más interesante, y tal vez lo más revelador, del interés de los maestros por la Anunciación, es que todos decidieron pintarla utilizando la misma composición. Aunque, en teoría, podrían haber imaginado la escena de un millar de formas diferentes, para los maestros italianos la virgen siempre estaba en el lado derecho del cuadro y el arcángel siempre en el lado izquierdo; la virgen solía estar sentada con un libro en la mano y el alado Gabriel, arrodillado con un lirio; la virgen siempre estaba en un semiinterior (bajo un pórtico o en una habitación que daba a un jardín), mientras que Gabriel aparecía o bien en el exterior o bien delante de una ventana, de modo que a lo lejos, más allá de su figura, se veía el campo.

Si repasamos todas las representaciones de Abraham sacrificando a Isaac, o de las bodas de Caná, o del Sermón de la Montaña, observaremos que los pintores renacentistas imaginaban estas escenas de forma muy diferente. Así que, ¿por qué esa estricta adherencia en

el caso de la Anunciación? Yo argumentaría —y lo he argumentado; véase el volumen XX de la *Renaissance Quarterly*, número 3— que la Anunciación era para los maestros renacentistas el equivalente al soneto para los poetas isabelinos: un esfuerzo artístico con reglas estrictas que ponía a prueba el ingenio del maestro y le permitía exhibir su talento ante sus pares. La Anunciación era el tema perfecto para jugar a ese juego, porque exigía simultáneamente la representación de un paisaje a lo lejos y un espacio arquitectónico en primer plano, luz interior y exterior, una forma divina y una humana, y la variedad de texturas de la ropa, las plumas y una flor. Dicho de otro modo, si uno podía pintar una Anunciación, podía pintarlo todo.

Huelga decir que, al abordar su Anunciación, DiDomenico siguió las normas. Así pues, cuando mi bisabuelo dividió su cuadro en cuatro partes, un hijo acabó —más o menos— con un paisaje italiano; otro, con un detallado interior; otro, con el arcángel arrodillado; y otro, con la virgen en reposo.

Ningún hijo de Valentine resultó ser tan prudente con el dinero ni tan amante del arte como su padre, pero todos querían mucho al anciano. Por eso, al morir siguieron su ejemplo y dividieron su DiDomenico en tantas partes como hijos tenían. La siguiente generación repitió esa tradición, de modo que en 1982, al morir mi padre, recibí un fragmento que medía diecinueve centímetros cuadrados. Y lo que en su día ocupara un lugar de honor detrás de la cabecera de la mesa de comedor del patriarca ahora era una curiosidad que reposaba en una mesita de salón, entre una tortuga de jade y una cajita de rapé.

Con el tiempo, todos mis hermanos y la mayoría de mis primos habían prescindido del fragmento. Schuyler le vendió el suyo a un miembro de la Casa de Saúd que quería construir un museo de arte europeo en el desierto. Joel donó el suyo al sótano del Wadsworth Atheneum. Mi fragmento acabó en manos del ya mencionado tejano en 2001. Pero estaba casi seguro de que mi primo Billy no se había deshecho de su cuadro, porque hacía sólo unos años yo mismo lo había visto en el dormitorio de invitados de su casa de veraneo de Litchfield, Connecticut. Colgado encima del váter, para ser exactos.

Al día siguiente salí de mi casa a las cuatro en punto. Bajé por Park Avenue, atajé por el edificio MetLife, pasé por debajo del gran techo pintado de la estación Grand Central y llegué a la Avenida Vanderbilt, donde se encuentra el Yale Club.

Los clubs universitarios de Manhattan son un oasis para los sexagenarios que han visto menguar sus recursos económicos. Otros clubs más elegantes de la ciudad, como el Union y el Knickerbocker, son muy rigurosos en materia de afiliación; y sus porteros —al igual que los porteros de los mejores edificios de viviendas— suelen ocupar su puesto durante décadas y enorgullecerse de saber cómo se llama todo aquel que entra por su puerta. «Buenas noches, señor Stuart. ¿Cuándo regresa su mujer de Palm Beach?», y demás. Pero los porteros de los clubs universitarios no están en situación de conocer el nombre de todos los socios. Las listas de miembros de esos clubs son relativamente extensas e incluyen a antiguos alumnos de todo el país. Por lo tanto, si apareces con una americana y la corbata de tu facultad y estás preparado para presentar alguna excusa válida, es fácil que te admitan sin ningún problema en un club universitario donde no pagas la cuota de socio. Una vez dentro, puedes leer los periódicos en la biblioteca, comerte las galletitas saladas que sirven gratis en el bar, o incluso utilizar la sauna, si te apetece; y, si llegas en el momento adecuado, tal vez te encuentres a algún viejo conocido que te invite a una copa, por supuesto. He de admitir que he pasado unas tardes muy agradables en el Yale Club; y por eso sabía que casi todos los miércoles, pasadas las cuatro, podías encontrar a mi primo en la mesa de backgammon, cerca de la barra.

Primo Billy

Nadie nace siendo pretencioso. Es un rasgo que requiere planificación y esfuerzo. Se supone que podrías adquirirlo por diversos medios, pero uno de los más infalibles es estudiar en una escuela de secundaria un poco pasada de moda; y mientras estás ahí, exhibir cierta facilidad

para practicar algún deporte de campo al que nunca volverá a interesarte jugar; compartir habitación con algún compañero cuyo apellido esté grabado sobre la puerta de la biblioteca; y, de paso, aficionarte a algún pasatiempo que requiera viajar y utilizar material especializado, como la caza de patos o el esquí alpino. Si sigues esos sencillos pasos, puedes estar seguro de que obtendrás la necesaria seguridad en ti mismo para hablar con autoridad de vino, de política y de las vidas de los menos afortunados; y, en general, para hablar por los codos de cualquier otra cosa. Un buen ejemplo es Billy Skinner.

Tras asistir a las dos *alma mater* de su padre, Billy hizo una buena carrera en Manhattan y tuvo empleos correctos y bien pagados, aunque algo difíciles de precisar. Con los años, pasó de un gigante financiero al siguiente sin que lo despidieran y sin que otras empresas le hicieran ofertas, y aunque utilizaba alegremente el término «vicepresidente», no parecía haber tenido autoridad sobre nadie que no fuese una secretaria. No sé si su abuelo tuvo más éxito que el mío o si tan sólo era más tacaño, pero, en general, los miembros de la rama familiar de Billy disfrutaban de una situación económica mejor que los de la mía. Además, mi primo se casó con una mujer de familia adinerada, lo que nunca viene mal. Tras rodar por Wall Street durante un periodo socialmente conveniente, se jubiló a los cincuenta y cinco y enseguida se acostumbró a las mañanas sin prisa y las tardes ociosas.

—Hola, Billy.

—¡Skinny!

(Como ya he hablado suficiente de los atributos de los anglosajones blancos protestantes, dejaré para otro día mis opiniones sobre su horrendo uso de los apodos.)

—¿Vienes a tomar algo? —me preguntó.

—No. Ya me iba.

—Ah, qué pena. Me habría gustado jugar unas partidas de backgammon contigo.

Miré la hora.

—Bueno, quizá tenga tiempo para un par de partidas...

—¡Chachi! —dijo él (qué vergüenza).

Mientras preparábamos el tablero, él sugirió que jugásemos por

dinero, así el juego sería más interesante.

—Por qué no.

Con cierta bravuconería, Billy propuso cinco dólares por punto ganado, como si arriesgar unas cuantas decenas fuese a elevar el juego a una cuestión de valor. Acepté.

Una ventaja de hablar con personas pretenciosas es que su presunción de superioridad es tan fuerte que no suelen ser cautelosos con lo que dicen. Si creas el ambiente adecuado y les das un empujoncito, enseguida se ponen a pontificar. Le dejé ganar la primera partida y me ofrecí para colocar otra vez las fichas mientras él pedía las copas. Al poco de comenzar la segunda partida, dejé una ficha desprotegida para que Billy pudiese matármela. Cuando tiré los dados y no pude salir, mencioné que estaba escribiendo un artículo sobre DiDomenico.

—¿Ah, sí? —dijo él distraído, y tiró los dados.

—¿Tú conservas el tuyo? —pregunté disimulando mi interés.

—¿Cómo dices?

Alzó la mirada del tablero.

—Tu fragmento del viejo Valentine. ¿Todavía lo tienes en tu casa de campo?

—Ah, no. Lo doné a St. George hace años. Creo que está colgado en casa del director.

Movió su ficha y luego se inclinó un poco hacia delante para hablarme en un tono más confidencial:

—Les dono todas las obras de arte que no me gustan. Es una táctica excelente. Hay mucho margen a la hora de fijar el valor de una obra como ésa. ¡Puedes obtener beneficios fiscales considerables por limpiar tu desván mientras esquivas a los promotores inmobiliarios un par de añitos!

Creo que hasta me guiñó un ojo al terminar.

Por si fuera poco, volví a tirar los dados y tampoco pude entrar, a pesar de que él sólo había formado tres barreras. Billy duplicó la apuesta, sacó un cinco y un tres, formó una cuarta barrera y volvió a matarme. En resumen: él ganó con un backgammon y yo perdí cuarenta dólares. No tuve más remedio que seguir jugando. Tardé una

hora, pero recuperé mis cuarenta dólares y gané sesenta más. Mientras él contaba el dinero, no pude evitar sentir que de alguna forma se lo merecía.

Supongo que, al fin y al cabo, sí era una cuestión de valor.

A las seis en punto, cuando salimos del edificio, la temperatura había descendido a unos diez grados, así que nos paramos un momento en la acera para abrocharnos el abrigo.

—Tiene gracia que me hayas preguntado sobre ese viejo DiDomenico —dijo Billy.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Es la segunda vez que me pasa esta semana.

—Qué curioso. ¿Cómo fue?

—Un hombrecillo de no sé qué país mediterráneo se presentó en mi casa con la esperanza de comprarlo, Dios sabe por qué. Bueno, hasta otra, Skinny.

Y echó a andar hacia Grand Central.

Así que el astuto señor Sarkis me llevaba ventaja. No me habría extrañado que ya hubiese visitado, con la misma mala fortuna, a Schuyler y a Joel. Pero quedaba un miembro de la familia al que quizá no había podido localizar. Porque Peter Skinner, Jr. se había cambiado el apellido…

De soltero Skinner

El padre y el abuelo de Peter se casaron relativamente tarde. Por eso, aunque tanto él como yo éramos bisnietos de Valentine, yo le doblaba la edad.

No cabe duda de que todos estamos marcados por la primera década de nuestra vida, pero esa primera década está marcada por la década que precede a nuestra llegada al mundo. Así, aunque yo nací en 1940, mi crianza estuvo muy influenciada por la Depresión; y aunque Peter

nació en 1971, su crianza estuvo muy influenciada por el Verano del Amor, Woodstock y el primer viaje a la luna, es decir, la era de los cuentos de hadas. El resultado fue que Peter era un joven cariñoso que siempre trataba de ver el lado bueno de la gente y que, desde su puesto de maestro en una escuela de primaria, confiaba en poner su granito de arena para mejorar el mundo.

A los veinticinco años Peter se casó con Sharon Mendelson, una compañera de clase a la que había conocido en un seminario de Estudios de la Mujer de Middlebury. Evidentemente, fue una ceremonia laica que se celebró en un prado, en Vermont. Los novios no sólo redactaron sus propios votos, sino que recorrieron el pasillo cogidos del brazo y se entregaron el uno al otro bajo una pérgola mientras un barbudo amigo suyo tocaba la «Marcha nupcial» con una mandolina. Como Sharon era hija única, cuando un año más tarde se quedó embarazada, Peter adoptó su apellido para evitar que desapareciera el linaje de los Mendelson. (Así de caballerosos eran los jóvenes que estudiaban en las facultades de humanidades a principios de los años noventa.)

Unos años más tarde el padre de Peter murió de un infarto dejándole a su hijo dinero suficiente para comprarse una *brownstone* en Brooklyn, pero no el suficiente para echar al inquilino de la planta baja. Para ganar tiempo, estuve tentado de llamar a Peter, sencillamente, y decirle que tenía un comprador para su cuadro. Pero los temas importantes, y en especial los vinculados a la tradición familiar, debían abordarse con delicadeza. Por eso, tras consultar mi agenda, marqué el prefijo 718 por primera vez en la vida.

—Peter. Soy tío Percy. Sí, sí, muchísimo tiempo. Eso mismo pensaba yo. ¿Por qué no vienes con tu familia a tomar el té a mi casa?

Quedamos el sábado siguiente. Al final Sharon tuvo que llevar a Lucas a una clase de música, y Peter vino con su hija de tres años, Emma, que se llamaba así —no es broma— por la anarquista Emma Goldman. Sin peinar, con la nariz llena de mocos y sin ningún respeto por la propiedad ajena, Emma habría hecho que su tocaya se sintiera orgullosa.

Dada nuestra diferencia de edad, yo siempre había tenido un

sentimiento paternal hacia Peter. Así que, a pesar de verme obligado a perseguir a Emma por el salón con una caja de Kleenex, lo pasamos estupendamente poniéndonos al día a la vieja usanza familiar, y a las cinco ya me había librado de ellos.

Como no tuve la previsión de cubrir el mobiliario con plásticos, tuve que pasarme media hora limpiando los cojines del sofá, pero el sacrificio valió la pena. Porque, efectivamente, Peter me llamó al día siguiente por la tarde para expresarme su gratitud y me propuso que fuera a Brooklyn a cenar con ellos el domingo.

En algún lugar de Brooklyn

Cuando el domingo llamé al timbre y salió a abrirme la puerta un niño de diez años vestido como T. S. Eliot, pensé que me había equivocado de dirección.

—¿Eres tú, Lucas?

—Hola, tío Percival.

Le tendí la mano y él me la estrechó con elegancia.

—Mamá está arriba con Emma y papá está en la cocina. ¿Quieres que te cuelgue el abrigo?

—Pues sí, gracias.

Con mi abrigo en la mano, añadió:

—Me gusta tu traje.

—¡Y a mí el tuyo!

—Es Harris Tweed.

—Ya lo veo.

—¿Por qué no pasas al salón y te pones cómodo? Voy a decirle a papá que has llegado.

Lucas se llevó mi abrigo levantando ambos brazos por encima de la cabeza para no arrastrarlo por el suelo. Fui al salón.

Como todas las *brownstones* del siglo XIX, inspiradas en la arquitectura italiana clásica, el salón tenía techos altos con ornamentadas molduras de yeso y una chimenea de mármol

minuciosamente esculpida. Los muebles eran normales y corrientes —una mezcla de piezas de segunda mano y artículos de la cadena Pottery Barn—, y había juguetes de plástico de colores esparcidos por todas partes, pero colgado sobre la chimenea estaba el DiDomenico de Peter. Hacía años que no lo veía, y creo que se me escapó un gritito de emoción.

Como ya he mencionado, Peter y yo éramos de la misma generación: bisnietos de Valentine. Sin embargo, yo era uno de los cuatro hijos descendientes de cuatro hijos, y él era uno de los dos descendientes de dos. Por esa razón, su fragmento era cuatro veces más grande que el mío. Y lo que es más importante: la suerte de las bisecciones consecutivas había determinado que su fragmento mostrara el rostro de la Virgen María intacto, como si desde el principio el cuadro hubiese sido concebido como un retrato.

La tradición determinaba muchos aspectos de la Anunciación, pero DiDomenico y sus pares debían enfrentarse a un dilema que podía alterar profundamente el carácter de su obra. A saber, ¿estaban representando una escena anterior o posterior al momento en que el arcángel informa a María de su estado? La mayoría optaba por lo segundo. En esas obras, la virgen tiene motivos para transmitir serenidad, pues acaban de anunciarle que dará a luz a un varón que será llamado Hijo del Altísimo, se sentará en el trono de David y reinará eternamente sobre la casa de Jacob. Pero DiDomenico eligió pintar una escena anterior, cuando el arcángel todavía no ha anunciado la feliz noticia. Su virgen, más que la serena beatitud de la elegida, expresa asombro infantil y esa serenidad ante lo maravilloso reservada a los puros de corazón. Es una representación humana exquisita, el retrato de una mujer tan merecedora de la gracia de Dios como de nuestra devoción.

—Es bonito, ¿verdad?

Lucas había aparecido a mi lado.

—Sí, muy bonito —coincidí sin disimular mi admiración. Por un momento había olvidado el propósito de mi visita.

—Antes era más grande.

—Mucho más.

—¿Tú llegaste a verlo entero?

—No —dije riendo—. Eso fue mucho antes de nacer yo, Lucas. Pero en el Met hay varios ejemplos excelentes de Anunciaciones.

Lucas se sonrojó un poco, avergonzado.

—Nunca he estado en el Metropolitan Museum.

—¡¿Nunca has estado en el Metropolitan Museum?!

—He ido de excursión con el colegio al Brooklyn Museum — aclaró —, y al MOMA con mi madre. Pero al Met todavía no.

—Bueno, chico, tendremos que ponerle remedio a eso.

—¡Tío Percy!

Lucas y yo nos dimos la vuelta y vimos a Peter, que salía de la cocina con los brazos extendidos y manoplas en las manos.

—Papá… —dijo Lucas.

—¿Qué pasa? ¡Ah! —Peter rió y se quitó las manoplas para poder abrazarme—. Acabo de sacar el asado del horno.

—El rosbif es el plato favorito de Emma —me explicó Lucas.

—Iba a tomarme una cerveza mientras reposa la carne. ¿Te apetece una, tío Percy?

—¿O quizá una copa de jerez…? —sugirió Lucas.

—Sí, una copa de jerez, gracias.

—Ya te traigo la cerveza también, papá.

—¡Gracias, Lukie!

Lucas se marchó, y entonces oímos el leve retumbar de los graves de una canción de rock and roll sonando en el piso de abajo.

—Veo que todavía tienes a tu inquilino.

Peter asintió como pidiendo disculpas, aunque no estaba del todo claro de qué se estaba disculpando.

—Para nosotros cuatro en realidad no necesitamos el otro piso. —Entonces, tal vez para cambiar de tema, señaló el cuadro—. Estabais admirando el viejo DiDomenico, ¿verdad?

—Sí.

Peter lo miró y sonrió.

—La verdad, para Sharon y para mí es demasiado clásico, pero a Lucas le encanta. Hasta escribió una maravillosa redacción para su clase de Literatura. Ya sabes: «Describe tu objeto favorito de tu casa»,

o algo por el estilo.

Lucas volvió con mi jerez y la cerveza de Peter.

—Le estaba contando a tu tío lo de tu redacción —dijo su padre.

Lucas volvió a ruborizarse, ahora por humildad. Me dio la impresión de que no era la primera vez que su padre sacaba a colación aquel trabajo escolar.

—¿De qué trataba tu redacción, Lucas? —le pregunté—. ¿De la imaginería? ¿De la habilidad artística?

—No. Explicaba que un objeto que has heredado puede conectarte con el pasado.

—Caramba —dije componiendo una sonrisa pero arrugando el ceño para mis adentros.

Cuando preparaba mi visita, no imaginé que mi sobrino de diez años sería el escollo de mis planes. Pero era obvio que el chico sentía apego por aquel cuadro, y, por si fuera poco, Peter y Sharon pertenecían a esa generación que se había desmarcado de miles de años de comportamiento humano al mostrar interés por las opiniones de sus hijos. Empecé a preguntarme si mi viaje a Brooklyn iba a resultar una pérdida de tiempo. Y entonces Sharon entró en la habitación...

—¿Rindiéndole homenaje? —comentó fríamente.

Peter se rió, un poco turbado, y me confesó:

—A ella no le gusta mucho.

Sharon no se molestó en dar explicaciones. La expresión de su rostro indicaba que estaría encantada de deshacerse del cuadro.

¡Pues claro!

Dejemos aparte que fuera judía. A Sharon, especialista en Estudios de la Mujer con debilidad por el marxismo, aquel cuadro debía de ofenderla a muchos niveles. Entre otras cosas, representaba la hegemonía de la cultura occidental, los privilegios del patrimonio y la cosificación de las mujeres. Vamos, que el DiDomenico de su marido incorporaba prácticamente todo aquello a lo que ella siempre se había opuesto.

—Pero ella es preciosa, ¿verdad, mamá? —dijo Lucas.

—Sí, cariño, es preciosa —concedió Sharon con afecto poniéndole

una mano en la cabeza a su hijo—. Pero ¿no lo eran todas? —añadió, como si aquello resumiera todo el problema.

Peter y Sharon habían conservado el comedor entre el salón y la cocina, aunque habían dejado una bicicleta en un rincón.

Sentados alrededor de una bonita mesa colonial que supongo que Peter había heredado de su padre, nos comimos un asado de carne de pasto con guarnición de zanahorias de variedades primitivas y coles de Bruselas orgánicas; es decir, que la carne estaba dura, las zanahorias eran moradas y las coles de Bruselas parecían normales y corrientes en todos los aspectos salvo en el precio. En mis tiempos, las coles de Bruselas eran una cruz para los niños, sin embargo Lucas no sólo se comió las suyas, sino también todas las de su hermana. (Aunque, a decir verdad, es muy posible que se comiera las de Emma para que ella parase de hacerlas rodar por la mesa.)

Cuando terminamos de hablar del próximo proyecto de Lucas sobre el océano Atlántico para su clase de Ciencias Ambientales, la conversación viró, de forma bastante natural, hacia Winward, la casa en la costa de Maine donde los Skinner se habían reunido todos los veranos desde hacía generaciones, hasta que en 1995 la vendieron por las razones habituales. Lucas, que todos los veranos iba a visitar a sus abuelos maternos a Wellfleet, quería saber cómo era.

—Lo primero que tienes que entender de Windward —le explicó Peter a su hijo—, es que en Maine el agua está mucho más fría que en Cape Cod.

—Porque la corriente del Golfo pasa cerca —le explicó Lucas a su padre.

—¡Exacto! Todas las mañanas, a las siete y media, sonaba un cañonazo que señalaba la izada de la bandera. Pero a las ocho sonaba un segundo cañonazo y todos sabíamos que antes de que sonara el segundo teníamos que estar en el agua.

—Una tradición maravillosa —recordé.

Peter rió.

Lucas lo pensó un momento.

—¿Todo el mundo tenía que bañarse antes del segundo cañonazo?

—Sí. Incluso los invitados —contestó su padre.

—¿Y si algún invitado no quería bañarse y se quedaba en la cama?

—Entonces no volvían a invitarlo —terció Sharon.

Lucas abrió mucho los ojos. Luego me miró a mí para pedirme confirmación.

—Es verdad —dije—. Según los Skinner, si no eras capaz de meterte en el agua antes de las ocho, no valías para nada.

—¿Tú fuiste alguna vez a Windward, mamá?

—Sí, muchas veces.

—¿Y te hacían bañarte?

—Estoy aquí, ¿no?

Lucas estaba impresionado.

Peter se inclinó un poco hacia Lucas.

—Fue en Windward, cuando yo sólo tenía algún año más que tú, donde tu tío Percival me enseñó a colgar un cubo de basura en lo alto del palo de la bandera.

Creo que, por segunda vez ese día, di un gritito de emoción. ¡El cubo de basura colgado en el palo de la bandera! Hacía veinte años que no pensaba en eso.

—Estábamos en el ensayo de la boda de Scilla, en el Club Náutico. ¿Te acuerdas, tío Percy?

—Sí, ahora me acuerdo.

Lucas tal vez no tuviese madera de bribón, pero sí tenía la exigente curiosidad de un ingeniero.

—Un cubo de basura en lo alto del palo de la bandera... Pero ¿cómo?

Sonriendo, Peter me cedió la palabra con un ademán.

—Con un palo de escoba —dije.

Lucas seguía muy desconcertado.

—Tráeme una hoja de papel, chico.

Con un cuaderno y una cera Crayola, se lo mostré.

—Esto es el mástil; y esto es la driza que se usa para izar y recoger la bandera. Tienes que atar la driza alrededor del palo de escoba dos veces, una por la base y otra por el medio, así. —Al lado, dibujé el

palo de escoba y dónde había que hacer los dos nudos—. Cuando izas el palo de escoba, llega unos palmos más allá del extremo superior del mástil. Lo único que tienes que hacer es poner el cubo de basura del revés en el extremo superior del palo de escoba, izarlo por el mástil, colocarlo en posición y volver a bajar el palo de escoba dejando el cubo de basura atrás.

Le acerqué el dibujo a Lucas para que se lo guardara.

—Tu tío nos hizo ese mismo dibujo a mi primo Nate y a mí en una servilleta de cóctel —dijo Peter—. Recuerdo que se estaba acabando el ensayo de la cena. En lugar de irnos a casa, cogimos un palo de escoba y un cubo de basura y fuimos al palo de la bandera. Estuvimos allí hasta las dos de la madrugada, pero al final lo conseguimos.

—¿Y cómo volvieron a bajar el cubo?

Señalé a Lucas.

—Buena pregunta.

—Tuvieron que llamar a los bomberos —dijo Peter—. El camión con la escalera llegó justo en medio del oficio religioso. A Nate y a mí nos castigaron una semana entera.

—¿Y a tío Percival? ¿A él también lo castigaron?

—No, Lucas —dije yo—. Tu padre no me delató.

Después de cargar el lavavajillas y ponerlo en marcha, Peter y Lucas subieron a leerle un cuento a Emma, y Sharon metió el biberón de antes de acostarse de la niña en el microondas. Pero tras la cuenta atrás de 1:00 a 0:55, el plato del microondas se quedó quieto, el lavavajillas se quedó callado y la cocina se quedó a oscuras. Sharon dio un suspiro de exasperación.

—Es el fusible —dijo, y sacó una linterna de un cajón—. ¿Me echas una mano? Es más fácil si alguien sujeta la linterna.

—Por supuesto.

Al otro lado del pasillo, frente a la cocina, había una pequeña despensa. Los estantes estaban llenos de cajas de cereales, latas de sopa y rollos de papel higiénico, mientras que en el suelo había un montón de periódicos y una bolsa con botellas vacías. Era una

habitación donde habrían podido coincidir un ecologista y un survivalista. Navegando por aquel desorden llegamos a la pared del fondo, donde estaba la caja de fusibles, que debía de datar de antes de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Eso cumple la normativa?—pregunté enfocando el haz de la linterna.

—Si morimos todos en un incendio, ya sabrás por qué.

Sharon desenroscó el fusible que se había quemado y lo sustituyó por uno nuevo. Se encendieron las luces. Oí que el lavavajillas empezaba a hacer ruido al otro lado del pasillo.

—Tal vez haya llegado el momento de hacer algunas reformas… —sugerí.

—Ya me gustaría.

Con más confianza en mí mismo, seguí a Sharon de vuelta a la cocina. Quizá la aversión que sentía Sharon por el cuadro podía calificarse de ideológica, pero su valoración de los beneficios obtenidos de su venta sería totalmente pragmática.

Sí, a Sharon y a mí nos separaban la edad, el género, la religión y, en general, nuestra visión del mundo, pero la historia nos demuestra que las mejores alianzas suelen forjarlas los aliados más improbables.

Esa noche, al llegar a casa, me serví un dedo extra de whisky y me instalé en mi butaca de lectura con un libro en el regazo. Pero mi tío Neddie se apoderó de mis pensamientos. ¡Genio y figura! Soltero hasta los cuarenta, pescador experto y golfista *scratch*, tío Neddie fumaba mucho, bebía mucho y decía tacos delante de los niños. Cuando yo tenía diez años, todos los fines de semana —o eso me parecía a mí— se presentaba en Windward acompañado de una mujer diferente con un acento europeo diferente. Al final se casó con la más bella de todas, tuvo dos hijos encantadores y murió de cáncer de pulmón a los cincuenta y dos años. Él me enseñó a colgar un cubo de basura en el palo de una bandera con un dibujo que hizo en otra servilleta de papel en otro ensayo de boda una noche de verano aún más lejana en el tiempo. Y del mismo modo que yo les había transmitido el truco a

Peter y a su primo Nathan, tío Neddie nos lo había transmitido a mí y a mi primo, mi compinche, mi cómplice: un tal Billy Skinner.

De pronto, al acordarme de las diabluras que había cometido con mi primo hacía tantos veranos atrás, casi me arrepentí de haberle sacado sesenta dólares.

Casi.

A la mañana siguiente, llamé por teléfono al Carlyle Hotel y pedí que me pusieran con la habitación 401.

—Al habla Sarkis.

—Soy Skinner. Mire, creo que sí podré ayudarlo.

—¡Una noticia espléndida, señor Skinner! ¿Ha descubierto algo sobre la obra?

—Es un fragmento. Pero creo que le sorprenderán gratamente su tamaño, su estado y su tema.

—Me deja intrigado. Si no le importa que se lo pregunte, ¿cuál es el tema?

—La Madre de Dios.

Oí que el señor Sarkis daba un suspiro de satisfacción.

—Enhorabuena, señor Skinner.

—Pero hay una pequeña complicación.

Entonces lo oí dejar de respirar: los engranajes de su astuta cabecita habían empezado a girar.

—¿De qué complicación se trata?

—El propietario ha decidido deshacerse del fragmento, pero se inclina por venderlo en subasta.

—Entiendo.

—Creo que podré convencerlo para que haga una venta directa, pero eso me costará trabajo.

—Sí, claro.

—Y luego está el tema de la autentificación. Como profesional con una reputación a tener en cuenta, yo nunca facilitaría la compra de un cuadro sin confirmar personalmente su procedencia y su autenticidad. Eso también me costará trabajo.

—¿Es decir…?

—Es decir que, dada la calidad de la obra y el tiempo que tendré que dedicarle, creo que lo apropiado sería que recibiese una comisión más alta.

—¿Qué había pensado?

—Algo así como el veinticinco por ciento.

—¿El veinticinco por ciento? Como es lógico, tendré que plantearle su propuesta a mi cliente.

—Naturalmente.

—Pero dígame, señor Skinner. Si mi cliente acepta esta tarifa más alta, ¿quién le asegura que dentro de una semana no calculará usted de nuevo el valor de su mediación?

—Nadie, señor Sarkis. Me temo que nadie.

Una hora más tarde, el señor Sarkis me confirmó que su cliente estaba dispuesto a seguir adelante bajo las nuevas condiciones, siempre que pudiera negociar la venta antes de final de año.

Nada más colgar, llamé inmediatamente a Peter para poner en marcha la primera fase de mi plan.

—Hola, Peter. Soy Percy. Llamo para saber si Lucas quiere venir conmigo al Metropolitan Museum.

—Qué invitación tan maravillosa, tío Percy. ¿Cuándo quieres ir?

—¿Cuándo le va bien a él?

—Espera un segundo. —Oí a Peter hablar con su hijo; luego volvió a ponerse al teléfono—. Dice que cuanto antes mejor.

—Lo mismo he pensado yo.

Primera fase

Cuando alguien está a punto de hacer realidad un sueño largamente acariciado, es lógico sentir cierto nerviosismo. Uno no puede evitar pensar que la realidad no estará a la altura de los esplendores de la

imaginación. A saber, mientras Lucas y yo íbamos caminando desde la estación de metro hacia el Met, me fijé en que cada vez estaba menos parlanchín. Sus pasos eran casi vacilantes cuando cruzamos Park Avenue, y en Madison incluso me dio la mano. Sin embargo, cuando llegamos a la Quinta Avenida y el museo apareció ante nosotros, mi sobrino emitió un pequeño suspiro. Las dimensiones del edificio, la arquitectura neoclásica, la amplia escalinata y hasta las pancartas de vivos colores que anunciaban una exposición de Monet le hicieron pensar que el museo sí estaría a la altura de sus expectativas.

—¿Preparado? —le pregunté.

—Preparado.

Subimos juntos la escalinata, entramos por la puerta y llegamos a un vestíbulo con techos abovedados y altísimos arreglos florales. Le di un momento para que asimilara la majestuosidad de aquel espacio, y luego nos dirigimos al mostrador de venta de entradas.

Uno de los indiscutibles encantos del Metropolitan Museum es que «se recomienda» comprar la entrada de veinte dólares. El concepto de «entrada recomendada» es perfectamente aristocrático, pues ponerle un precio fijo al acceso a las riquezas de las culturas del mundo después de lo que tuvieron que luchar los magnates ladrones para saquearlas por nosotros habría sido sencillamente vulgar.

—Dos, por favor —le dije a una voluntaria de mediana edad con chaqueta Chanel y collar de perlas. Sin embargo, cuando me disponía a poner un billete de un dólar encima del mostrador, me acordé del superatento idealista que tenía al lado y, a regañadientes, pagué la entrada recomendada. Me consoló pensar que la compra estaba financiada con las pérdidas de mi primo Billy.

Tras recoger nuestras insignias de admisión, descubrí que Lucas ya estaba examinando el complicado mapa del museo.

—¿Empezamos por las momias? —me propuso señalando con asombrosa exactitud el ala norte.

—No, hijo mío. Tengo otros planes.

Lucas no pudo disimular cierta decepción.

El joven que iba detrás de nosotros en la cola —un cowboy de

Montana que imaginé de visita en la ciudad, a juzgar por su predilección por la ropa vaquera— alzó la vista de su mapa y nos miró, solidarizándose con el chico. «¿Quién no querría empezar por las momias?», parecía preguntar su semblante.

«Alguien que sabe lo que hace», parecía responder el mío.

—Lo primero que hay que entender del Metropolitan Museum —le expliqué a mi sobrino—, es que, en realidad, no es un museo sino veinte. Aquí se encuentran algunas de las mayores colecciones de artefactos egipcios, como tú mismo has visto, pero también esculturas griegas y romanas, muebles antiguos norteamericanos, salas de época ambientadas en los siglos XVIII y XIX, instrumentos musicales, arte asiático y arte islámico. De modo que no hay que llegar al Met con la esperanza de recorrerlo de principio a fin. Es más conveniente escoger un periodo concreto de excelencia y dedicarle todo el tiempo que merece.

Lucas escuchó atentamente mi exposición, y entonces, con expresión de entusiasmo comprometido, preguntó:

—¿Cuál de los veinte museos vamos a visitar hoy, tío Percival?

¡Qué muchacho tan valiente!

—Hoy vamos a visitar el Renacimiento, una visita pospuesta desde hace mucho tiempo.

Veamos, la colección del Met de cuadros europeos de la Edad Media y el Renacimiento es una de las mejores del mundo: una vertiginosa sucesión de obras maestras expuestas a lo largo de más de cuarenta salas. Pensé que meter a un niño tan pequeño en ese laberinto en su primera visita resultaría abrumador, por mucho que le gustaran los juegos, así que decidí llevarlo a la Robert Lehman Collection, al fondo de la primera planta.

Robert Lehman, nacido a finales del siglo XIX, amasó una fortuna en Wall Street al frente de su homónimo banco de inversión. Siguiendo la tradición, a medida que envejecía, Lehman fue invirtiendo su riqueza en esposas, purasangres y obras de arte, pero sobre todo en estas últimas, hasta reunir una colección de casi tres mil obras centrada en

el Renacimiento italiano. La escala y la calidad de su colección eran tan extraordinarias que, cuando la donó al Met, el museo construyó un pequeño edificio con seis galerías para exhibirla con carácter exclusivo.

Llevar a Lucas a la colección Lehman tenía varias ventajas. La primera, que al hallarse escondida al fondo de la primera planta no estaba tan transitada como otras zonas del museo. La segunda, que gracias al enfoque de la colección, se puede rastrear la evolución del arte desde la Edad Media hasta el Renacimiento en una hora. De hecho, en una sala hay colgado un cuadrito divino de la Anunciación de Botticelli justo encima de una Natividad de Lorenzo Monaco. Aunque las dos obras se pintaron con sólo ochenta años de diferencia, si miras atentamente de uno a otro puedes asistir a la invención de la perspectiva, del efecto del claroscuro y a esa celebración de la forma humana que supuso el resurgir de la civilización en Occidente. Pero la tercera ventaja era que la colección Lehman proporcionaba el contexto perfecto para revelarle a Lucas la vital importancia de la figura del coleccionista serio en la preservación de la herencia cultural.

—¿Verdad que es extraordinario que este cuadrito que estamos admirando tenga quinientos años? —dije al concluir nuestro paseo delante del Botticelli—. Imagínate todo lo que ha vivido. A lo largo de los siglos, ha colgado de paredes de castillos, iglesias y residencias privadas, donde ha estado rutinariamente expuesto a demasiada luz, demasiada humedad, a la ceniza de las chimeneas y el humo grasiento de las velas. También ha pasado temporadas en sótanos y desvanes en compañía de moho, polvo y bichos. —Aquí hice una calculada pausa seguida de un gesto amplio con la mano—. Si tenemos la oportunidad de admirar este Botticelli, o cualquier otra de las obras maestras del museo, es gracias a Robert Lehman. El coleccionista serio dedica su vida a la caza de obras extraordinarias, sobre todo de aquellas que han sido olvidadas o abandonadas. Cuando descubre una, el coleccionista serio contrata, con no pocos gastos, a un conservador experimentado para que invierta minuciosamente los efectos del paso del tiempo. Y después de tomarse tantas molestias, ¿se lleva su cuadro a la tumba? Rara vez. La mayoría de las veces lo regala. ¡Dona el cuadro a un

museo donde estará colgado en un entorno cuidadosamente controlado para que pueda ser apreciado por los amantes del arte de las generaciones venideras!

Al concluir mi pequeño discurso, no me sorprendió demasiado que la pareja de japoneses de mediana edad que teníamos al lado se pusiera a aplaudir. Y también me alegró ver que el escéptico cowboy de la cola de la entrada, que había seguido mi ejemplo y había venido hasta aquel rincón secreto, sonreía en respetuoso agradecimiento a la generosidad del coleccionista. Pero mi sobrino estaba inusualmente inexpresivo.

—Tío Percival...

—¿Sí, Lucas?

—¿Ya podemos irnos a comer?

Comimos en la soleada cafetería que hay justo después del patio dedicado a la escultura europea. La cafetería, con toda una pared de ventanas que dan a Central Park, ofrece una vista perfecta de la Aguja de Cleopatra, el antiguo obelisco egipcio colocado en el parque en la década de 1880. Temiendo que esa imagen le recordase a Lucas que no habíamos visto las momias, lo conduje hasta la silla situada de espaldas a la ventana.

Cuando por fin llegó nuestra camarera, pedí pollo *paillard*; porque es un plato que difícilmente puede salir mal. Y Lucas, que ya parecía más animado, pidió lo mismo. La camarera nos preguntó si queríamos algo más. Fui a contestar que no, pero entonces vi que Lucas se removía en la silla.

—¿Queremos algo más, Lucas?

—¿No vas a beber un poco de vino con la comida? —me preguntó.

Dado que la mañana no se había desarrollado exactamente como yo había planeado, le contesté: «Por qué no.» Pedí una copa de Chablis, y en contra de mi habitual sentido del decoro me la acabé antes de que llegara la comida.

No sabía en qué parte del museo estaba la exposición de Monet, pero debía de estar cerca, porque junto al pie de todas las mesas había

una bolsa de papel del Metropolitan de la que asomaba un Monet reinventado como calendario, delantal de cocina o paraguas. Así que, cuando empezamos a comer —lo que yo hice disfrutando de una segunda copa de Chablis—, no pude evitar obsequiar a mi sobrino con un encantador relato de mi época en la casa de subastas que de pronto había rescatado de mi memoria.

En la década de 1980, le expliqué, hubo una explosión de interés por el arte impresionista y posimpresionista que rayaba en la obsesión popular. Eso hizo que se dispararan los precios de las obras de los miembros más destacados de esas escuelas, pero sobre todo las del genio de una sola oreja conocido como Van Gogh. Con cada nueva subasta, parecía que se alcanzaba un nuevo récord de lo que podía llegar a pagarse por uno de sus cuadros. El fenómeno culminó en 1987, cuando un magnate australiano bastante sospechoso llamado Alan Bond compró los *Lirios* del pintor holandés por la impactante cifra de cincuenta y cuatro millones de dólares.

Al día siguiente, en todos los periódicos y cadenas de televisión importantes del planeta aparecieron imágenes del cuadro, del comprador y de la etiqueta con el precio. Sin embargo, lo que no se mencionó entre tanta alharaca fue el pequeño problema de la autocolateralización. Veréis, en los años anteriores a esa venta, cuando empezaron a subir los precios, las veteranas casas de subastas Sotheby's y Christie's habían instaurado una nueva política. Básicamente, ayudaban a un licitador a pedir prestados los fondos necesarios para realizar una compra utilizando el cuadro que iba a comprar como garantía del préstamo. Dado que un cuadro vale lo que el último comprador pagó por él, un licitador podía pujar lo que quisiera, porque la propia oferta elevaba el valor intrínseco de la garantía y, por tanto, su capacidad de endeudamiento. En términos científicos, eso era una innovación equivalente al inflado de zepelines con gases inflamables.

Baste decir que la insólita compra del Van Gogh se financió mediante esa clase de acuerdo. Aunque Bond no tenía suficiente dinero disponible para pagar el préstamo, su plan consistía en recaudar fondos organizando para sus compatriotas una exposición

itinerante de las obras maestras de su colección, en cuyo centro estarían los ahora mundialmente famosos *Lirios*.

El único problema era que los abogados que asesoraban a los prestamistas estadounidenses dudaban de que la ley australiana les permitiese reclamar el cuadro en el caso de que el señor Bond se declarase en quiebra. Pero si Bond no podía llevarse el cuadro a Australia, argumentaban sus abogados, la quiebra sería inevitable. Las dos partes se encontraban en un *impasse*. Es decir, hasta que a los genios de Sotheby's se les ocurrió otra innovación. Por cuenta propia, harían falsificar los *Lirios*. De este modo, podían guardar el original en una cámara acorazada de Nueva York, al alcance de los acreedores, mientras el cuadro falso hacía sonar las cajas registradoras desde Perth hasta la gran barrera de coral.

—¿Han terminado? —nos preguntó la camarera con un tono que indicaba que confiaba en que sí.

—Sí, gracias. La cuenta, por favor.

Cuando me trajo la cuenta, descubrí que mi desacertada estratagema de llevar a Lucas al museo me había costado, en total, casi cien dólares. Por si fuera poco, bajo la atenta mirada de mi sobrino no tuve más remedio que dejar una propina del quince por ciento a pesar del deslucido servicio. Una vez pagada la cuenta, nos pusimos la chaqueta y pasamos entre las mesas, con Lucas en cabeza. Sin embargo, cuando llegamos al patio de las esculturas, oí una voz autoritaria a mis espaldas:

—Disculpe. ¡Disculpe!

Suponiendo que me había dejado algo olvidado encima de la mesa, me di la vuelta y vi a una anciana que corría hacia mí con expresión arrogante y severa y con un atuendo que habría podido llevar Jackie Kennedy si hubiese pesado cincuenta kilos más y hubiese estado terriblemente pasada de moda.

—¿Es a mí? —pregunté sorprendido.

Sin contestarme, la mujer señaló con un dedo a Lucas, que ahora estaba de pie ante la estatua de Ugolino de Carpeaux.

—¿Es ese niño su nieto? —me preguntó, como si aquello fuera asunto suyo.

—No, es mi sobrino.

Entonces señaló con un dedo la mesa donde habíamos estado sentados.

Era evidente que se le daba muy bien señalar.

—Como abuela, me siento obligada a decirle que la historia que le ha contado mientras comían es absolutamente inapropiada para un niño de la edad de su sobrino.

—¿Inapropiada?

—El retrato que ha hecho de la naturaleza humana no podría ser más desagradable ni más cínico.

Sin poderlo evitar, miré a mi alrededor maravillado. La estatua de Ugolino que Lucas estaba examinando representaba la escena del *Infierno* de Dante en que el traidor pisano, que está muriéndose de hambre en una celda de la cárcel en compañía de sus hijos, se debate entre comérselos y no comérselos. Al lado de Ugolino se encontraba la escultura de *Los burgueses de Calais* de Rodin, en la que seis hombres de Estado encadenados son conducidos a su ejecución para salvar su ciudad asediada. Y quince metros más allá, Perseo sostenía con orgullo la cabeza seccionada de Medusa. ¿Y a esa mujer le preocupaba que yo hubiese herido la sensibilidad de un niño contándole la historia de unas flores falsificadas?

¿Qué puede uno decir cuando se enfrenta a semejante necedad?

—Señora —repliqué—, lamento informarle de que ya no se encuentra usted en Kansas.

El pasillo central que conducía a la salida del museo estaba atestado de pared a pared, como si los turistas hubiesen sitiado el museo y por fin hubieran derribado sus puertas. Para esquivarlos y, al mismo tiempo, ofrecerle a Lucas cierta consolación por no haber podido ver las momias, propuse dar un rodeo y pasar por la colección de armaduras medievales.

A Lucas le pareció acertado el desvío, y como cualquier niño de diez años disfrutó viendo los ingenios utilizados por aquellos valerosos hombres para lanzarse a la batalla. Sin embargo, cuando ya nos

dirigíamos hacia la salida, sucedió algo inesperado. Al pasar por las galerías de artes decorativas europeas, Lucas señaló un letrero de la pared.

—¿Qué es un *studiolo*?

—¿Un *studiolo*? —Me detuve justo enfrente de la entrada de la salita —. Tiene gracia que lo preguntes, Lucas. ¿Por qué no lo averiguas tú mismo?

Como tal vez sepan los lectores, el *studiolo* diseñado por Francesco di Giorgio Martini a finales del siglo XV es una instalación muy inusual, incluso tratándose del Met. En el Renacimiento italiano, era habitual que los caballeros acomodados tuviesen en su casa una habitación privada adonde podían retirarse. Con objeto de inspirar la meditación creativa, la decoración de esas estancias solía ensalzar las artes y las ciencias. Originariamente construido para el palacio ducal de Gubbio, el *studiolo* del Met no es mucho más grande que la despensa de Sharon, pero en lugar de estar llenas de cajas de cereales y latas de sopa, sus paredes se habían revestido con un complejo entramado de incrustaciones de madera que simulaban armarios llenos de aparatos científicos, instrumentos musicales y libros. Para crear esa fascinante ilusión, el artista había empleado madera de más de veinte especies de árboles y los mismos trucos de perspectiva que utilizaban los pintores renacentistas.

Lucas paseó la mirada por aquel espacio sin pronunciar ni una palabra. Pero no hacía falta que dijese nada. Yo sabía perfectamente lo que sentía: que aquella habitacioncita construida quinientos años atrás a más de seis mil kilómetros era, de algún modo, el mejor lugar del mundo.

Tras dar dos vueltas, Lucas salió de la habitación para leer la descripción curatorial que estaba colgada fuera. Luego volvió a entrar y miró de pared a pared con aún más atención para no perderse ningún detalle.

—Esto era una habitación en la Italia renacentista —dijo por fin.

—Así es, Lucas.

—De hace quinientos años.

—Más o menos.

—Y alguien cogió todos estos trocitos de madera y volvió a juntarlos aquí para que nosotros pudiésemos verlo.

—Así es, Lucas. Eso es exactamente lo que alguien hizo.

Y así es como nace un conservacionista.

Segunda fase

Nuestro regreso a Brooklyn no habría podido ser más oportuno. Lucas y yo llegamos en el preciso instante en que Sharon volvía de una fiesta de cumpleaños con Emma adormilada en su sillita de paseo. Aunque la fiesta se había celebrado en un gimnasio para niños pequeños, era Sharon quien parecía haber estado haciendo gimnasia.

—Permíteme —dije.

Agarré la silla por la base y ayudé a Sharon a subir a Emma por los escalones de la entrada.

—¿Tienes que cargar con esto cada vez que entras y sales?

—Llueva o truene.

Una vez dentro, Sharon soltó un largo suspiro. Le pidió a Lucas que llevara a Emma arriba y la fuese preparando para la bañera, y me preguntó si me apetecía una taza de té.

—Sí, muchas gracias —contesté.

La seguí a la cocina y me senté a la mesita de formica mientras ella llenaba el hervidor. Miré de reojo el microondas y vi que sólo eran las cinco, pero, como era noviembre, ya casi se había puesto el sol.

—Vuelvo enseguida —dijo Sharon tras poner el hervidor encima del fogón y saliendo al pasillo.

En cuanto oí cerrarse la puerta del cuarto de baño, me levanté de la silla y salí disparado. Encendí el microondas y el lavavajillas y volví a mi asiento. El lavavajillas empezó a hacer ruiditos y el microondas inició la cuenta atrás:

1:00.

0:59.

0:58.

0:57.

0:56.

0:55.

0:54.

0:53.

—Venga —le dije en voz alta al electrodoméstico—. ¡Venga!

Y de repente, ¡paf! El plato del microondas se quedó quieto, el lavavajillas se quedó callado y la cocina se quedó a oscuras.

Oí a Sharon renegar detrás de la puerta cerrada del fondo del pasillo. Luego oí unos susurros y la descarga de la cisterna del váter, y a continuación la oí a ella que se acercaba dando bufidos. Se detuvo en el umbral, iluminada únicamente por la débil llama azul que parpadeaba bajo el hervidor.

—¿El fusible? —pregunté compasivo.

Sin contestarme, Sharon sacó la linterna del cajón y se dirigió a la despensa. Me levanté y salí de la cocina detrás de ella, aunque en el último momento me acordé de apagar el lavavajillas.

—Dame. Ya la sujeto yo —dije en la despensa.

Cogí la linterna y apunté con el haz de luz la caja para que Sharon pudiera sustituir el fusible. Volvieron a encenderse las luces. Sharon se dio la vuelta, pero en lugar de ir hacia la puerta recorrió la despensa con la mirada, fijándose en las latas de judías, las bolsas de botellas y la fregona apoyada contra la pared. Aparte de blasfemar, no había dicho ni una palabra desde que se habían apagado las luces.

Apagué la linterna y se la di a Sharon, aprovechando la ocasión para escudriñar su rostro. Lo que vi fue a una mujer joven y responsable esforzándose al máximo en unas circunstancias innecesariamente difíciles, y eso hizo que todo resultase más fácil.

—Mira, Sharon, no quiero entrometerme...

Un preámbulo así suele ser recibido con una expresión de impaciencia, y con razón. Pero Sharon, cansada de toda la jornada y exasperada por el fusible, oyó el deje compasivo de mi voz y levantó la vista sin protestar.

—Está claro que necesitas renovar la instalación eléctrica de la casa —dije—. Y también necesitas poder acceder a la entrada de la planta

baja.

Negó con la cabeza con expresión de cansancio, pero seguí insistiendo.

—Tengo entendido que, desde el punto de vista de Peter, no necesitáis más espacio porque sólo sois cuatro. Y comprendo que echar al inquilino podría salir bastante caro, pero una crisis nerviosa también.

Ella rió con sorna.

—¿Eso también lo cobran?

—Ya lo creo. Pero mira: hace poco me encontré a un antiguo cliente que es un fervoroso coleccionista de arte italiano; y charlando, mencionó que el único cuadro que le faltaba, para completar su colección, era un DiDomenico. Si Peter y tú estuvieseis dispuestos a deshaceros del vuestro, yo podría hablar con él...

Sharon me miró a los ojos y luego desvió la mirada. Por un momento, creí que me había equivocado. Pero luego me di cuenta de que estaba mirando más allá de mi hombro para asegurarse de que no había nadie detrás.

Volvió a mirarme a los ojos.

—¿Cuánto crees que puede valer?

—No estoy seguro. ¿Cien mil? ¿Ciento veinte mil? Tal vez hasta ciento cincuenta mil.

Sharon asintió, como si ella ya hubiese hecho un cálculo similar, y pareció que hablaba sola cuando dijo:

—Habría que pagar impuestos.

—Cierto. Aunque mi cliente podría estar dispuesto a pagar en efectivo y en ese caso...

Hice un ademán con el que aludía a los caprichos del universo.

Sharon encendía y apagaba la linterna mientras sopesaba sus opciones, los diversos caminos hacia la salvación o la condena.

—Ya sé que estás en una situación difícil —continué—. Al fin y al cabo, el cuadro ha llegado a Peter a través de su familia. Quizá pienses que no te corresponde ni siquiera sacar a colación la posibilidad de venderlo, pero puedo hacerlo yo. Haz que Peter me invite otro día a comer, y yo mencionaré el interés de mi antiguo cliente en el

momento oportuno. Creo que si animo a Peter a hacerlo, y si tú estás ahí para darle tu apoyo, se dará cuenta de que ha llegado la hora de colocar las prioridades del presente por delante de las del pasado.

En la cocina, el hervidor de agua empezó a silbar.

—Disculpa —dijo Sharon pasando a mi lado.

La seguí y me senté a la mesa. Ella se quedó un instante frente a los fogones; luego se dio la vuelta y se sentó frente a mí.

—De acuerdo, Percy. ¿Por qué no tanteas a tu cliente y averiguas cuánto estaría dispuesto a pagar por el cuadro? Me encargaré de que Peter te invite a cenar.

Ni siquiera me quedé a tomarme el té.

Mientras bajaba los escalones de la entrada, no pude evitar sonreír. Estábamos a 12 de noviembre y sólo faltaban dos semanas y media para Acción de Gracias, la ocasión perfecta para celebrar una reunión familiar.

En cuanto vi un taxi vacío, lo paré. Le dije mi dirección al taxista, me puse cómodo y me dediqué al placer de anticipar mi próxima ganancia imprevista y mi ansiado regreso a Les Baux-de-Provence, ese afloramiento rocoso donde un día Van Gogh pintó unos olivos y donde el viajero contemporáneo puede encontrar antigüedades exquisitas, paisajes impresionantes y uno de los mejores restaurantes de Francia.

Acción de Gracias

Que a lo largo de los siglos el día de Acción de Gracias haya evolucionado hasta convertirse en una fiesta gastronómica nacional es una verdadera paradoja dada la calidad de la comida que se sirve en esa celebración. Rellenar y asar un pavo de diez kilos es, sin lugar a dudas, la peor forma de disfrutar de un ave de caza. Precisamente, la gracia de comerse un ave de caza consiste en saborear esas sutilezas de las que carece la gallina doméstica. Perdices, faisanes y codornices son aves que pueden prepararse de diversas formas para deleitar los sentidos; pero cocinar con sutileza un pavo que ha sido cebado con

maíz para conseguir que sea lo bastante grande para alimentar a diez o más personas es prácticamente imposible. Las pechugas se habrán quedado más secas que el serrín cuando el resto del ave haya terminado de cocinarse, y el relleno no habrá hecho sino acentuar ese problema, porque aísla la carne del interior de los efectos del calor. El reto que supone asar un pavo ha dado lugar a todo tipo de abominaciones culinarias: cocinar el pavo boca abajo, una preparación que deja la piel convertida en un amasijo pálido y pastoso; el *spatchcocking,* que consiste en estirar y descuartizar el pavo como si fuese un hereje; ¡e incluso freírlo, por amor de Dios! A mí dame un pollo de dos kilos sin relleno por favor. Metes una rodaja de limón, una ramita de romero y un diente de ajo en la cavidad vacía, lo asas a doscientos grados durante sesenta minutos para que esté bien dorado y ya tienes una cena perfecta siempre que quieras.

El desafío de elegir un pavo de diez kilos como elemento central de la comida de Acción de Gracias se complica aún más por la inexplicable tradición de que cada miembro de la familia contribuya con un plato. Familiares a quienes jamás debería permitirse pisar la cocina irrumpen en tu casa con un estofado de verduras cuyo «ingrediente secreto» es la mayonesa. Y cuando la prima Betsy aparece con semejante desastre en las manos, no puedes consolarte pensando en el futuro, pues basta con que una sola persona la felicite educadamente por el plato para que su presencia en las siguientes celebraciones de Acción de Gracias pase a considerarse sagrada. Entonces ni siquiera la muerte de la prima Betsy podrá salvarte, porque en cuanto la hayan enterrado su hija recogerá con orgullo el testigo.

Servida a una hora inconveniente y preparada por un ejército de cocineros —de modo que la mitad de los platos están demasiado hechos, la otra mitad crudos, y luego todos se sirven fríos—, la de Acción de Gracias no es una comida para quien se alimenta con discernimiento. Por eso yo tuve la brillante idea de excusarme de esa tradición en 1988, y desde entonces celebraba el primer invierno de los peregrinos en un restaurante chino de Lexington Avenue.

Pero en el ámbito de las bellas artes, hay que estar preparado para

hacer sacrificios. Y si ayudar a Peter a ver los beneficios de la desinversión significaba comerme una ración de boniatos recubiertos de malvaviscos, qué remedio. Esperé su llamada con optimismo.

Pero al cabo de una semana la llamada no había llegado. Faltaban pocos días para que Acción de Gracias quedase a menos de una semana, el punto en el que ningún hombre educado osaría invitar a nadie por temor a que parezca una idea de última hora.

Tal vez a Sharon la había abandonado el valor.

Un día llamé a su casa a las once de la mañana con la esperanza de encontrarla a ella mientras Peter estaba fuera, pero saltó el contestador. Al día siguiente llamé a la hora de comer y me contestó Peter.

—¡Peter! ¿Cómo va todo? Bien, bien. Mira, supongo que Lucas tendrá un poco de tiempo libre antes o después de Acción de Gracias, y como le prometí que volveríamos al Met...

A Lucas le habría encantado, me aseguró Peter con tono alegre, pero iban a celebrar el día de Acción de Gracias con unos amigos de la universidad en Orlando, Florida. Se marcharían el miércoles en cuanto terminaran las clases y regresarían el domingo por la tarde.

—¿Qué te parece si te llamo cuando volvamos? —sugirió.

—Perfecto —dije.

Pero colgué y no pude evitar pensar que celebrarlo con unos amigos de la universidad a veintisiete grados de temperatura no encajaba precisamente con el espíritu del día de Acción de Gracias.

El desenlace

Estábamos a 14 de diciembre. Había pasado más de un mes desde que Sharon y yo habíamos llegado a nuestro acuerdo sentados a la mesa de formica. Era un día laborable y yo había llamado dos veces a su casa con la esperanza de que me contestara Sharon. Al tercer intento

dejé un mensaje en el contestador en el que proponía fijar una fecha para llevar a Lucas al Met. No obtuve respuesta.

Me preocupaba que a Sharon la hubiera abandonado el valor, pero quizá pasaba algo peor. Quizá Sharon había encontrado el valor. Después de reponer otro fusible fundido, quizá se había encarado con Peter y le había insistido para que vendiese el cuadro, pero él había contestado noblemente que esa posibilidad estaba descartada. Fuera lo que fuese que hubiera pasado, ya no había tiempo para dejar que las cosas siguiesen su curso natural. Al aceptar mis nuevas condiciones, Sarkis había estipulado que la venta debía negociarse antes de final de año. Iba a tener que hacerles una visita por propia iniciativa. Pero ¿con qué excusa?

No podía presentarme en su casa fingiendo que había ido al barrio por otra razón; ¡eso no se lo habría creído nadie en su sano juicio! Se me ocurrió que podía llevarle a Peter una vieja fotografía de su padre y decirle que la había encontrado rebuscando entre mis cosas, pero a pesar de que revolví toda la casa no encontré ni una sola (sin duda era el precio que me hacía pagar el universo por mi escaso espíritu familiar). Desesperado, utilicé el último recurso de los sinvergüenzas: el espíritu navideño. Me aprovecharía de la nieve recién caída para pasar a visitarlos sin avisar y cargado de buenas vibraciones. Un martes a las cinco de la tarde fui a la esquina de la calle 63 y la Tercera Avenida y compré una corona navideña en la tiendecita coreana. Cuando ya me había alejado media manzana, di media vuelta y volví a la tienda para cambiarla por otra más grande. Aunque esa misma dependienta me había vendido la corona más pequeña hacía apenas unos minutos, le pareció sospechoso que quisiera cambiarla. Incapaz de descifrar los detalles de mi artimaña, aceptó de mala gana mi dinero y me entregó una corona del tamaño de un neumático de automóvil y, por si fuera poco, con un lazo rojo.

La segunda corona quizá tuviese un tamaño impresionante, pero era muy incómoda de transportar, especialmente si intentabas evitar que la resina de pino te ensuciase el abrigo de cachemira. Por eso no paré de renegar mientras bajaba la escalera del metro y pasaba el torniquete. Así que cuando me senté en el tren con aquel maldito

trasto en el regazo, me sorprendió un poco ver que los otros pasajeros me sonreían. Un afroamericano muy alto hasta se puso a silbar «We Three Kings of Orient Are», el villancico dedicado a los Reyes Magos, los portadores de regalos por excelencia. Lo interpreté como un buen presagio.

Pero llegué a la calle de Peter y vi un lujoso todoterreno aparcado delante de su casa. Aminoré el paso instintivamente y me pregunté qué haría allí, entre tantos Hondas y Subarus de diez años. Pero lo que me dejó completamente perplejo fue que, al ir a subir los escalones de la casa de Peter, descubrí que el joven que estaba apoyado en la portezuela del pasajero era el cowboy del Met, que seguía vestido de tela vaquera de pies a cabeza. Subí los escalones, giré otra vez la cabeza y el tipo me saludó con la mano. Entonces se abrió la puerta y allí estaba Sharon.

—¡Tío Percy! —exclamó con sincero cariño y con una cara que sólo podía describirse como resplandeciente.

A modo de respuesta, levanté mi regalo, ¡y justo entonces caí en la cuenta, atónito, de que le estaba ofreciendo una gigantesca corona navideña a una mujer judía!

Pero ella sonrió.

—Qué detalle tan bonito. A Lucas le va a encantar. Siempre se queda con la sensación de que en esta casa no exhibimos suficiente boato navideño. —Cogió mi obsequio, se dio la vuelta y gritó hacia el pasillo—: ¡Es tío Percy con una corona!

La sensación de que acababa de entrar en un universo paralelo se acentuó cuando de pronto apareció Emma con un vestidito precioso y pasadores en el pelo.

—Pasa —me dijo Sharon—. Estamos todos en la cocina.

Echó a andar por el pasillo y yo vacilé, pero la pequeña Emma me dio la mano y me guió el resto del camino.

En la cocina encontré a Peter sentado a la mesa frente a un desconocido que tenía más o menos su edad y su estatura y que me resultó vagamente familiar. Ambos vestían camisa de franela y tenían

sendas flautas de champán medio llenas delante.

—¡Tío Percy! —exclamó Peter.

—¿Me das tu abrigo? —me preguntó Lucas.

—Gracias, Lucas.

Cuando Lucas desapareció por el pasillo sosteniendo mi abrigo por encima de su cabeza, Peter me presentó a su invitado, quien, haciendo gala de su buena educación, se levantó de la silla. Se llamaba Michael Reese.

«Claro», pensé mientras nos dábamos la mano. Entonces recordé que lo había visto en las páginas de *The New York Times*. Era el fundador de una empresa tecnológica con base en San Francisco, miembro de la nueva generación de multimillonarios con gorra de béisbol.

—Encantado de conocerlo —dijo.

—Igualmente.

Peter, Reese y yo nos sentamos a la mesa mientras Sharon se quedaba de pie apoyada en su marido.

Noté una corriente de aire frío detrás de mí y me pregunté si Sharon se habría olvidado de cerrar la puerta de la calle, pero no me molesté en comentárselo. Al contemplar las caras sonrientes que tenía ante mí, comprendí que el frío que estaba notando no provenía de las calles de Brooklyn, sino de las cimas rocosas de Les Baux, donde el viento invernal había silbado entre las ruinas y sacudido las ramas sin fruto de los olivos antes de salir en mi busca.

—Bueno, ¿y qué estamos celebrando? —dije.

—¡Dos cosas! —respondió Peter—. Pero la primera no te la vas a creer, tío Percy.

—Estoy intrigado.

Resumiendo, esto es lo que había sucedido: unas semanas atrás, mientras Peter y Sharon cenaban solos en su restaurante favorito del barrio, como hacían una vez por semana, Reese, que había ido a visitar el Brooklyn Museum, entró por casualidad en el mismo restaurante y se sentó por casualidad a la mesa de al lado. Después de pedir la comida, los tres entablaron conversación, y resultó que Reese había estudiado en Yale en la misma época en que Peter y Sharon habían estudiado en Middlebury, de modo que tenían un par de

conocidos en común. Pues bien, un tema llevó a otro, y al final descubrieron que Reese, que en Yale se había licenciado en Historia del Arte, había hecho el trabajo de fin de grado sobre un pintor renacentista bastante desconocido llamado DiDomenico.

—¿Te imaginas, tío Percy?

—Estoy anonadado.

Peter miró a Reese.

—¡Tío Percy también es un especialista en arte del Renacimiento!

—¿En serio? —dijo Reese.

Supongo que los lectores ya se imaginan el rumbo que toma la historia de Peter a partir de aquí...

En el restaurante, Peter exclama que Sharon y él ¡tienen un fragmento de un DiDomenico!

—No será de su Anunciación, ¿verdad? —pregunta Reese impresionado.

Pues sí, precisamente de su Anunciación.

Entonces Reese se muestra maravillado y les explica que había empezado a coleccionar los fragmentos de la Anunciación de DiDomenico hace unos años, y que los había ido encontrando en lugares tan alejados como Texas y Arabia Saudita. Gracias a un poco de suerte y mucho trabajo, desde el verano anterior contaba con todos los fragmentos del cuadro original excepto uno: el cuadrado de veintidós por veintidós centímetros donde aparecía la virgen.

—Es un milagro —dije.

—¿Verdad? —coincidió Peter.

Veamos: obviamente, la ley más fundamental de la negociación dictaría que, si Reese quería adquirir el fragmento de Peter, lo peor que podía hacer era revelar que tenía todos los fragmentos excepto uno. Si lo hacía, pondría a Peter en la posición de esas ancianitas que, reacias a abandonar sus *brownstones*, acaban siendo propietarias del último solar de una manzana en la que está previsto construir un rascacielos. Aun así, Reese dio toda la información, y añadió que ya había identificado a un equipo de conservacionistas de primera que unirían los fragmentos y le devolverían al cuadro todo su esplendor. Así que, si Peter estaba dispuesto a vender su fragmento, sólo tenía

que ponerle un precio.

Esa parte de la conversación en particular no había tenido lugar en el restaurante sino en el salón de Peter y Sharon, después de que la pareja invitara a su nuevo amigo a su casa para que pudiese ver el fragmento con sus propios ojos.

Una vez que Reese hubo expuesto su caso y lanzado su oferta compartiendo unas cuantas botellas de cerveza, ¿qué hicieron Peter y Sharon? Llamaron a Lucas para pedirle su opinión. (¡Cómo debió de sorprender eso al señor Reese!)

Lucas escuchó una versión abreviada de la historia con mucho interés y luego dijo que sólo quería hacer una pregunta.

—¿Sabes cuál era la pregunta? —preguntó Peter.

—No me lo puedo imaginar.

—Lucas quería saber qué pensaba hacer Mike con el cuadro una vez que lo hubiese recompuesto. ¿Se lo quedaría para él? ¿O lo compartiría?

Entonces Reese, sonriente, intervino:

—Cuando Lucas dijo eso, me eché a reír y no podía parar. Pero era la pregunta perfecta. ¿Qué pensaba hacer con el cuadro? Bueno, supongo que, en el fondo de mis pensamientos, siempre había imaginado que lo dejaría en la galería de arte de Yale, donde tantas horas había pasado cuando estudiaba allí. Pero ¿qué es «el fondo de los pensamientos», sino el sitio donde guardamos las buenas intenciones que no tenemos el coraje de llevar a cabo? De modo que lo convertimos en una condición de la venta. Cuando el DiDomenico esté restaurado, se irá directamente al museo.

De pronto Reese miró más allá de mi hombro y dijo:

—¡Aquí está!

Lucas regresaba a la cocina con una copa de vino de cristal en la mano.

—No he encontrado ninguna otra flauta, tío Percy. ¿Esto te servirá?

—Por supuesto.

Lucas me puso la copa delante y me sirvió el champán.

—Puedes dejar la botella, hijo mío.

Alcé mi copa para brindar por Peter, Sharon, Reese y la buena gente

de Yale y felicitarlos a todos por su fortuna.

—Pero ¿cuál es el segundo motivo de celebración? —pregunté cuando dejamos las copas en la mesa.

Peter rodeó a Sharon por la cintura y anunció:

—Estamos embarazados.

Dudo mucho que algún día llegue a aceptar el uso de la primera persona del plural en esa frase en particular, pero en aquellas circunstancias, de algún modo era perfecta. Veréis, a medida que se desvelaba toda la historia, me había sorprendido un poco que Peter hubiese estado tan dispuesto a deshacerse del cuadro. Pero antes de que Reese hiciese su providencial aparición, Sharon ya había convencido a Peter de que había llegado el momento de vender, y podríamos decir que yo le mostré cómo hacerlo al recordarle que Peter pensaba que no necesitaban más espacio porque sólo eran cuatro…

—Qué giro de los acontecimientos tan extraordinario —dije.

—Pero ahora viene lo mejor—dijo Peter.

¿Lo mejor? ¿Mejor que estamos embarazados y pon tú el precio?

—¡La cláusula de Lucas!

Reese volvió a sonreír y me lo explicó:

—Lucas sugirió que, cuando haya restaurado la Anunciación, debería encargar a unos pintores que hicieran dos duplicados del cuadro, uno que podría tener en mi casa y otro que podría colgarse aquí, mientras que el original se quedaría en Yale.

Peter y Sharon sonrieron a su hijo con merecido orgullo. Pero, con el rubor de la modestia sincera, Lucas aclaró la situación:

—En realidad fue tío Percy el que me dio la idea.

Y entonces todos alzaron su copa hacia mí.

C’est la guerre

En poco tiempo se completó la transacción del fragmento de DiDomenico, con los dos anexos; se envió el cuadro a un laboratorio

de San Francisco y comenzó la restauración.

En abril se dio aviso al inquilino de abajo, y en verano, mientras la familia estaba en Wellfleet, se modernizó la instalación eléctrica, se añadieron un cuarto de juegos y un despacho en la planta baja y se pintó una de las habitaciones del piso de arriba para el bebé. Esta última se estrenó en septiembre, cuando la familia regresó a Brooklyn con un bebé de tres kilos al que pusieron de nombre Ezekiel.

Obviamente, el emprendedor y encantador señor Reese me había hecho seguir por el señor Vaqueros para descubrir quién era el propietario del último fragmento. Luego me había sorteado entrando «por casualidad» en el restaurante favorito de Peter y Sharon en una de sus salidas nocturnas semanales. De ese modo, Reese me había robado mi comisión de intermediario; pero en realidad no podía reprochárselo. Al fin y al cabo, yo no había sido muy honrado con Peter y Sharon, y también había intentado revisar las condiciones de mi acuerdo con el hombrecillo griego. *C'est la guerre*, como se suele decir. De modo que, aquella noche, cuando Reese y yo nos despedimos en la acera de delante de casa de Peter y Sharon, nos estrechamos la mano como caballeros, y nos comprometimos tácitamente a proteger el idealismo de la familia y nuestras respectivas reputaciones mediante la discreción mutua.

En mi caso, el año se desarrolló como cualquier otro: lo pasé en la isla de Manhattan, comiendo en La Maison y tomándome un dedo de whisky escocés todas las noches antes de acostarme. Sin embargo, es cierto que pasé por el Yale Club con más frecuencia de la habitual para jugar al backgammon con mi primo Billy; y cuando llegó el día de Acción de Gracias, cambié mi silla en el restaurante chino de Lexington por la de la cabecera de la mesa de Peter y Sharon, donde me senté con Emma a mi izquierda, Lucas a mi derecha y la Anunciación de Valentine Skinner colgada en todo su esplendor en la pared que tenía a mi espalda.

LOS ÁNGELES

—¿Eres Katherine?

—¿Señor Ross?

—Siento molestarte tan tarde, Katherine. Sólo quería saber si por casualidad...

En el otro extremo de la línea se hizo el silencio. Se oían los veinte años de educación y unos cuantos centenares de kilómetros de Indiana ayudándola a contener sus emociones.

—¿Señor Ross?

—Perdona. Ya sé, tengo que explicarme. Por lo visto, Eve y ese tal Tinker ya no están juntos.

—Sí. Vi a Eve hace unos días y me lo contó.

—Ah, bueno. Yo... bueno, Sarah y yo... recibimos un telegrama suyo en el que decía que volvía a casa. Sin embargo, cuando fuimos a recogerla a la estación, no se bajó del tren. Al principio creímos que sencillamente no la habíamos visto en el andén, pero tampoco la encontramos en el restaurante ni en la sala de espera, así que fuimos a hablar con el jefe de estación para ver si su nombre aparecía en la lista de pasajeros. Bueno, pues no quería decírnoslo. Va contra su política y qué sé yo. Pero al final nos confirmó que había subido al tren en Nueva York. Así que no es que no viajara en aquel tren, sino que no se apeó. Tardamos unos cuantos días en hablar por teléfono con el revisor. Por entonces él estaba en Denver, camino de nuevo al Este. Pero se acordaba de ella, por la cicatriz. Y nos dijo que, cuando el tren se estaba acercando a Chicago, Eve había pagado para continuar su viaje. A Los Ángeles...

De *Normas de cortesía* (capítulo 17)

EVE EN HOLLYWOOD

Primera parte

Charlie

En el vagón restaurante, Charlie volvió a sentarse con la chica guapa de la cicatriz. Ella leía esa nueva novela de detectives, la de la morena estrangulada en la cubierta. Un libro apasionante, aseguraban, aunque nadie lo hubiera dicho a juzgar por el ritmo con que pasaba las páginas. Probablemente lo había comprado en la estación para evitar a los que quisieran conversar con ella. Pero él la entendía: uno a veces necesitaba que lo dejaran en paz, aunque fuera durante cinco mil kilómetros.

La saludó con la cabeza y se sentó enfrente. Se puso la servilleta en el regazo y miró por la ventana, donde el valle del Río Grande dejaba paso a los altos y solitarios desiertos al oeste de Exodus y al este de John.

Un día más y volvería a estar en Los Ángeles.

Durante la primera mitad del viaje había evitado pensar en lo que le esperaba allí. Había leído los periódicos y había estudiado a los pasajeros. En Kansas City, mientras enganchaban un par de vagones Pullman que llegaban de Memphis, Tennessee, se había tomado una cerveza en la estación con un tipo de Wells Fargo y había estado a punto de perder el tren.

Pero ya no pudo aplazarlo más cuando entraron en Nuevo México. Necesitaba empezar a dedicarle la atención que merecía. En los próximos días tendría que vender la casa, cancelar servicios y cerrar la cuenta de ahorros y préstamos. Cada vez que dejaba que su mente repasara la lista, ésta crecía un poco más. Vender su coche. Hacer las maletas. Vaciar el pequeño trastero del pasillo donde no había entrado desde que habían dejado de colgar adornos en el árbol de Navidad, en 1934. Y luego también estaba la lista dentro de la lista: ocuparse, por

fin, de las cosas de Betty. Sus vestidos de tirantes, sus delantales. Su cepillo del pelo y sus broches. Sus sombreros del oficio de los domingos. Los moldes para galletas, los rodillos de amasar y las bandejas de tarta, que ella valoraba por encima de todas las cosas. ¿A quién darle un rodillo de amasar, si toda mujer adulta tenía el suyo?

Tom, que era un buen hijo, se había ofrecido para viajar desde Tenafly para ayudarlo; y él había estado a punto de aceptar su oferta, porque la tarea parecía realmente abrumadora. Pero aquello tenía que hacerlo él solo. Jubilado, viudo, trasladándose al Este para vivir con su hijo... Probablemente fuese una de las últimas cosas que haría él solo.

Al otro lado de la ventana, el territorio extenso y reseco de los navajo llegaba hasta el horizonte, rojo e implacable. Siempre le habían impresionado los cuellos volcánicos cuando viajaba hacia el Este. Fijos y destacados contra el cielo, parecían unos dignos supervivientes —más allá del tiempo y la intención—, solitarios y majestuosos como nada que haya visto el hombre. Sentía curiosidad por volver a atravesar aquel paisaje y observarlo de nuevo. Pero el tren iba muy deprisa y los cuellos volcánicos habían quedado reducidos a simples manchas borrosas. Sin ser consciente de ello, los había dejado desaparecer de su campo de visión y se había concentrado en el reflejo de la mujer en la ventana.

La había visto por primera vez en el andén de Nueva York, fumando un cigarrillo y con una maleta roja a los pies. Veintitantos años, buen tipo, pelo rubio, elegante y serena: era difícil no fijarse en ella incluso en medio de la multitud. Tal vez especialmente en medio de la multitud. Había dado un paso hacia la derecha para verla mejor, pero se habían abierto las puertas del tren y ella se había mezclado con los otros pasajeros para subirse.

Entre buscar su compartimento, guardar la maleta y charlar un poco con el vendedor de cuero para zapatos de Des Moines, se había olvidado por completo de la joven de la maleta roja. Hasta que a la mañana siguiente, con el tren acercándose a Chicago, se sentó a la

mesa de la chica para desayunar.

Ella miraba por la ventana y daba golpecitos en la mesa con un paquete de cigarrillos nuevo. Ni siquiera giró la cabeza para ver quién se había sentado a su mesa. Sólo cuando el camarero le preguntó si quería más café, se volvió lo suficiente para declinar educadamente la invitación. Y entonces él vio que la habían desfigurado.

Le sorprendió no haberlo visto antes porque la cicatriz debía de tener como mínimo siete centímetros de largo: partía de lo alto del pómulo y llegaba hasta la barbilla. Él había visto cientos de cicatrices, por supuesto. Cicatrices con forma de estrella hechas con una cachiporra en la frente; cicatrices con forma de luna creciente hechas con una navaja en Encino; cicatrices anchas y blancas de suturas hechas con dedos gruesos en operaciones improvisadas en el fondo de un garaje. Pero todas aquellas cicatrices las había visto en hombres que se las habían ganado. Eran cicatrices buscadas, casi anheladas. Frunció el ceño para sí, se concentró en el menú e intentó no mirar demasiado a la joven, pues sabía que podría observarla bien cuando ella se levantara de la mesa.

Sin embargo, cuando el revisor recorrió el pasillo anunciando la inminente parada en Union Station, sucedió algo interesante: la chica dejó de mirar por la ventana, llamó al revisor y le preguntó cuánto le costaría alargar su viaje de Chicago a Los Ángeles. Entonces, después de pagar el suplemento, le hizo señas al camarero para que, ahora sí, le sirviera más café, como si hubiese comprado el billete hasta el final de la línea sólo para poder saborear una taza más.

Él le había dado muchas vueltas. Era una de las cosas a las que había dado vueltas por la noche en la litera mientras evitaba pensar en lo que le esperaba. ¿Por qué una joven con una única maleta que se ha subido al tren sola en Nueva York alargaría de repente su viaje de Chicago a Los Ángeles? No había recibido ningún mensaje urgente. Tampoco había parecido demasiado nerviosa cuando el revisor había anunciado la siguiente parada. Pero una cosa era evidente: estaba satisfecha de su decisión. Cuando se recostó en el asiento una vez que el camarero le hubo llenado la taza, la chispa en su mirada habría sido la envidia de cualquier rubia del barrio de Brentwood.

Esa mañana, mientras él se comía los huevos con jamón sentado frente a la joven de la cicatriz, dos mujeres de unos treinta años ocuparon los asientos libres que quedaban en la mesa. Ambas llevaban uno de esos casquetes con un pequeño velo negro, demasiado pequeño para tapar nada. Vestían ropa de buena confección, pero más apropiada para mujeres de cincuenta años. La del sombrero azul se sentó al otro lado de la mesa y adoptó una postura presbiteriana, mientras que la del sombrero rojo se sentó a su lado sujetando firmemente el bolso en su regazo. Él sospechó que serían de algún lugar al este de Misisipi, aunque no demasiado al este. Quizá de Cleveland.

—Buenos días —dijeron ellas a coro.

—Buenos días —contestó él.

La joven de la cicatriz continuó leyendo.

—Buenos días —repitió la mujer del sombrero azul con una insistencia educada que la situaba un poco más cerca de St. Louis.

—*Guten tag* —replicó la joven sin levantar los ojos del libro.

La mujer del sombrero azul miró a su acompañante y arqueó las cejas.

Cuando el camarero les hubo tomado nota, la mujer del sombrero azul sacó un pequeño diario y empezó a revisar su itinerario: dónde se alojarían, qué visitarían, el restaurante cercano al hotel que, según una amiga de confianza, estaba limpio y ofrecía precios razonables. También había algunas recomendaciones sobre sitios adonde no había que ir y cosas que no debían hacer. Él comprendió que era una conversación que ya habían mantenido antes, y que volverían a mantenerla todos los días hasta que llegaran a casa.

Cuando les llevaron la comida, la mujer del sombrero azul volvió a mirar a su acompañante y volvió a arquear las cejas, esta vez para indicar el poco cuidado con que el camarero les había servido los platos.

Mientras comían, la mujer del sombrero azul se acordó de algo que había oído hacía poco, y la conversación derivó hacia el tema de los vecinos. La mujer del sombrero rojo escuchaba con aire de haberlo oído todo ya, pero al mismo tiempo de no querer perderse ni una palabra. Para que tú veas, decía cada vez que un giro de los

acontecimientos ratificaba sus peores sospechas. Como cuando el chico de color que se ocupaba de los coches de los Adelson cogió el Cadillac y se fue de juerga a la ciudad. O cuando la joven señorita Hollister siguió a aquel maestro de escuela tan charlatán hasta Chicago y regresó sin haber cambiado el estado civil y con un hijo. ¿Y Leonora Cunningham? Después de comprarse aquella gran casa en Clayton y de contarle a todo el mundo que por supuesto iba a cambiar las cortinas y por supuesto iba a cambiar el sofá, los inspectores bancarios se presentaron en el despacho de su marido ¡y salieron de allí con siete años de libros de contabilidad metidos en una caja de cartón!

En fin, para que tú veas.

Él notó una punzada; cruzó el cuchillo y el tenedor en el plato y se volvió hacia la ventana. Era el tipo de punzada que sentía de vez en cuando justo antes de que emergiera algún recuerdo de Betty. Pero esa vez no emergió ningún recuerdo de su mujer: era en Caroline en quien de pronto estaba pensando.

Cuando su hijo empezó a cortejar a Caroline, Betty y él se sintieron muy orgullosos. Y no porque ella fuese una universitaria y la hija de un abogado de Nueva York. O, mejor dicho, no sólo por eso. Se sintieron orgullosos porque era muy alegre y tenía unos bonitos ojos azules. Sentada en el porche de su casa, hablaba sin parar de viajes y música y libros y todo tipo de plazos sin definir. Pero apenas seis meses después, Caroline no podía disimular un ápice su impaciencia. Como cuando Tom comentaba lo contento que estaba de su empleo en la empresa, o se mostraba satisfecho por algún pequeño detalle de su casa. Y cuando ella le explicó su visita a una vieja amiga de Greenwich, le dijo dos veces que él no se podía imaginar los árboles que tenía en el jardín, como si los árboles de Greenwich los hubiera plantado una divinidad mayor que los árboles de Tenafly.

Él también había recibido lo suyo. En su primera noche allí, apenas había empezado a contar una anécdota de sus días en activo cuando ella lo interrumpió. No era una conversación adecuada para la mesa, dijo. No era una conversación adecuada delante del niño. Y al día siguiente, cuando él bajó a desayunar con su viejo traje gris, ella le

lanzó una mirada que insinuaba que, por alguna razón, su viejo traje gris tampoco era adecuado.

Caroline también tenía sus itinerarios y sus recomendaciones, pensó él con un velo de tristeza. Pero lo que ella estaba planeando no era un viaje a California, sino su vida.

Y sin embargo, al tiempo que cobraba forma ese pensamiento, se reprendió por tenerlo. Se reprendió como lo habría reprendido Betty.

Al fin y al cabo, ¿acaso Caroline no tenía derecho a planificar su vida? ¿A imaginársela? ¿Acaso Betty y él no habían hecho lo mismo en su momento? ¿No habían pasado unas veladas maravillosas en aquella casita de Finley Avenue imaginándose en una de las casas de Amesbury Road? ¿No habían pasado parte de los mejores años de su vida imaginando un futuro para su hijo, incluso antes de que él pudiese imaginar su propio futuro?

Era el estilo de vida americano.

A lo mejor era el estilo de vida de todo el mundo.

Intentó evaluarse mirando su reflejo en la ventana. Intentó evaluarse como lo había hecho Caroline cuando él bajó a desayunar con su viejo traje gris. La verdad era que desde la muerte de Betty debía de haber adelgazado unos diez kilos. Se le notaba sobre todo en el pecho y los brazos. Ahora su viejo amigo gris colgaba holgadamente de su cuerpo, como si lo hubiera comprado de segunda mano. De todos modos, ¿para que seguía poniéndoselo? ¿Adónde iba tan arreglado?

Él sabía muy bien que en este país, en esta vida, nos hacemos a nosotros mismos. Elegimos nuestro lugar y a nuestros acompañantes y cómo nos ganaremos el pan, y así es como nos moldeamos. A través del dónde, el quién y el cómo. Pero, si así es como nos hacemos a nosotros mismos, entonces es lógico que con la pérdida de cada uno de esos elementos se produzca una disminución. El entierro del cónyuge, la jubilación, el desalojo del hogar donde uno ha vivido los últimos veintidós años: es el momento de deshacer. A través de ese proceso, el tiempo y la intención recuperan el alma solitaria para

guiarla en su propósito más noble.

Como una llamada a la humildad, al otro lado de la ventana un cable de telégrafos sostenido por postes lisos y grises recorría el desierto llevando noticias de bodas y guerras.

Aquella primera noche en el Este, cuando Caroline lo había interrumpido en medio del relato de una de sus viejas anécdotas, a pesar de sentirse herido en su orgullo, él sabía que ella tenía razón. Tenía todo el derecho a interrumpirlo. No porque sus historias fuesen inadecuadas para la mesa ni inadecuadas para el niño, sino porque eran las historias de un viejo. Eran lamentables, aburridas y trilladas.

Vanidad de vanidades.

«No hay memoria de lo que precedió, y tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después.»

—¿Es bueno?

Mientras las dos mujeres de St. Louis pagaban al camarero, la joven de la cicatriz había levantado los ojos del libro para pedir la cuenta, y la mujer del sombrero azul había aprovechado la ocasión.

—El libro que está leyendo —dijo—. ¿Es bueno?

Podías adivinar por su tono que no esperaba que lo fuera.

La joven se quedó mirándola un momento. Entonces apagó el cigarrillo, sonrió como una beldad sureña y contestó con un acento a tono:

—Ah, no está mal, supongo… Está lleno de sustantivos y verbos. ¡Y de adjetivos! Pero no es fiel a la realidad. Mire, cuando al héroe le ponen una droga en la bebida en el capítulo veintidós, sólo tarda sesenta segundos en desplomarse; pero en el capítulo catorce, cuando recibe un disparo en la barriga, recorre media ciudad a pie. Y en cuanto a eso que empieza por «s»… baste decir que apenas se menciona.

Negó con la cabeza para expresar una perplejidad que suponía mutua.

—Yo estoy a favor de las licencias poéticas, pero un besito en la mejilla hoy en día no se sostiene, francamente.

—¡Oh! —exclamaron las mujeres del sombrero.

Y se marcharon furiosas por el pasillo mientras la joven de la cicatriz se lamía la yema de un dedo y pasaba la página.

Siguió leyendo tranquilamente unos minutos; pero entonces debió de encontrar algo en el libro que la hizo detenerse y miró por la ventana. Luego, tras rebuscar en un bolsito, preguntó si le podía prestar un bolígrafo o un lápiz. Él se sacó el lápiz del bolsillo de la americana y se lo dio. Ella pasó las hojas hasta el final del libro y anotó unas cuantas cosas. Entonces, satisfecha con el resultado, le devolvió el lápiz.

El vagón restaurante ya se había quedado casi vacío. Unas cuantas mesas más allá, una madre regañaba a su pecoso hijo por jugar a los soldaditos con el salero y el pimentero. En la mesa del rincón, un chico aplicado se dedicaba al estudio tras un montón de libros. Fuera, el cable del telégrafo corría y corría.

—Tiene razón con lo de los sedantes —dijo él sin proponérselo—. En un hombre con un peso medio, hasta un Mickey Finn extremadamente potente tardaría unos diez minutos en hacer efecto.

Ella dejó el libro encima de la mesa.

—En 1924, en Ventura, trabajé con un hombre que había recibido un disparo en un ojo. La bala le rozó el cráneo y salió por una oreja. El tipo condujo veinticuatro kilómetros hasta el hospital y sobrevivió. En cambio, Eddie O'Donnell… Le disparó una joven no mucho mayor que usted con una pistola de calibre 22.

Levantó una mano y, con el índice y el pulgar, le mostró lo pequeña que era la pistola.

—Ella tenía a alguien escondido, no recuerdo a quién. Nosotros sólo habíamos ido a hacerle algunas preguntas, y de repente nos estaba apuntando con el arma. Temblaba como una hoja. Le dijimos que no hiciera nada que pudiese lamentar; pero ella cerró los ojos, apretó el gatillo y disparó a Eddie en la pierna. Él no daba crédito. «¿Has visto eso?», me dijo. Pero la bala le había seccionado la arteria femoral. Y Eddie murió desangrado allí mismo, en el suelo del vestíbulo.

Él miró por la ventana un momento, abrumado por el recuerdo de Eddie O'Donnell. Abrumado por el recuerdo después de tantos años.

—Con las balas nunca se sabe —dijo.

Cuando volvió a girar la cabeza, ella lo estaba mirando y asintiendo como si quisiera mostrar consideración hacia su ex compañero. Entonces le tendió la mano por encima de la mesa.

—Me llamo Evelyn Ross.

Tenía un buen apretón de manos.

—Charlie Granger.

La chica sacó otro cigarrillo del paquete y lo encendió.

—Cuéntame, Charlie.

Y empujó el paquete por la mesa.

Era la primera vez en quince años que una mujer le ofrecía un cigarrillo.

«Cuéntame», le había dicho ella, y él le había contado su historia.

Le contó que Betty y él habían llegado a Los Ángeles con su hijito en 1905, después de haber visto anunciado en los periódicos de Chicago que se buscaban oficiales con experiencia que quisieran un traslado. Y que, cuando se habían apeado del tren, toda la ciudad les había parecido una estación de la ruta del Pony Express.

Le contó lo que ella ya sabía: le habló del auge de los estudios y de los ídolos de las funciones de tarde, de las mansiones y de los grandes hoteles. Pero también le habló de la otra Los Ángeles: la que había surgido del polvo al lado de la sofisticada y que había crecido casi tan deprisa como ella, o quizá más. La Los Ángeles de los gánsteres, los estafadores y las mujeres de la noche. La ciudad dentro de la ciudad que tenía sus propios restaurantes y tranvías, sus propias capillas y bancos; sus propias formas de fracaso y locura, y también de nobleza e integridad.

Entonces él se dio cuenta de que seguramente se había extendido demasiado y se disculpó, pero ella volvió a empujar el paquete de cigarrillos por la mesa. Le pidió que le hablara de su vida en la policía, y escuchó con la misma atención tanto sus historias sobre pequeños delincuentes como sobre aquellos que salían en la primera plana de los periódicos. Y cuando le habló de Doheny Drowning, ella se echó a

reír.

Reía como las jóvenes deberían reír en las cocinas y los castillos, en Hollywood y en Tenafly y en todo el mundo.

Cuando el vagón restaurante se vació del todo —cuando el chico aplicado se llevó los libros a su litera y el niño pecoso birló hábilmente las monedas que su madre le había dejado al camarero y se las metió en el bolsillo del blazer—, Evelyn dijo que le debía una disculpa a Charlie.

—Cuando se ha sentado, parecía usted un vendedor harto de hacer su ruta, y me he propuesto ignorarlo. Pero ha empezado a hablar, señor Granger, y habría podido seguir escuchándolo hasta Tombuctú.

Dio una palmada en la mesa y se levantó.

—Para que usted vea.

Sin embargo, cuando ella echó a andar, él la detuvo agarrándola por un brazo. Ella se volvió y ladeó la cabeza con gesto inquisitivo.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, señorita Ross?

—Por supuesto.

—¿Por qué razón ha pagado para viajar de Chicago a Los Ángeles?

Ella mostró una pizca de sorpresa y luego sonrió.

—No estoy muy segura. Supongo que me ha parecido un buen momento para un cambio de escenario.

Y entonces él la vio otra vez: esa chispa de haber tomado la decisión. Una decisión que era aún mejor por no tener causa ni motivo ni estar subyugada a un plan más ambicioso. Y de pronto Charlie supo que no iba a volver a casa de su hijo.

La joven no siguió su camino inmediatamente. Se demoró un momento, cavilando sobre algún dilema mientras el Este se alejaba cada vez más hacia el Este.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal, señor Granger? —dijo por fin.

—Por supuesto.

—¿Cómo se prepara un Mickey Finn extremadamente potente?

Prentice

El 16 de septiembre, en la esquina noreste de la terraza de la piscina del hotel Beverly Hills, Prentice Symmons paró para recobrar el aliento entre dos tumbonas. Paró como hizo Kutúzov en los campos de Borodinó; como hizo Washington en las orillas occidentales del Hudson tras escapar de las garras de Howe. Allí, en la terraza de la piscina, el sol detuvo su trayectoria y los toldos dejaron de hacer ruido mientras Prentice se apoyaba en su bastón.

En la límpida piscina, una joven actriz nadaba sola. Llevaba el pelo, castaño rojizo, pulcramente recogido bajo un gorro de baño azul claro, y sus delicados brazos rompían la moteada superficie del agua sin hacer el más leve ruido. Era el nuevo ruiseñor de esa hermosa ciudad. En cada uno de los cuatro rincones de la piscina, de pie, había apostados unos jóvenes empleados, los *cabana boys*, y todos soñaban con que, cuando ella terminase el largo de piscina número cincuenta, saliera del agua cerca de ellos, porque así tendrían el honor de acercarle una toalla. Cinco años atrás, cuando esa damisela (o mejor dicho, su predecesora) hubiese terminado sus ejercicios de calistenia, habría nadado hacia Prentice. Habría hecho algún comentario tímido y, juguetona, lo habría salpicado desde el borde del agua antes de nadar de espalda para entregarse al abrazo de la fama.

¡Ay! No se puede fijar la posición del hombre en el universo, así como no se puede fijar la de un esquife en el mar. Ay, así es; pero, igualmente, ¡*avanti*!

—Buenas, señor Symmons —dijo el chico situado a nor-noroeste, el pícaro.

«Buenas», había dicho sin más mientras esbozaba una leve sonrisa, como si guiñara el ojo para expresar su connivencia con el prestigio profesional de Prentice. Era un presagio, sin duda, de su previsible éxito como representante de talentos, o como delincuente.

—Buenas tardes —lo corrigió Prentice al pasar.

Al borde de la terraza esperaban los veintiséis peldaños que conducían a la planta baja. Los peldaños sabían tan bien como él que recientemente habían instalado un ascensor a menos de treinta metros de allí, pero él no tenía ninguna intención de darles la satisfacción de utilizarlo. Blandió su bastón una sola vez e inició el ascenso. Cinco, diez, quince, veinte. Es una buena tarde, sí, se dijo al coronar la cima. Había realizado su ejercicio físico diario, esquivado la insolencia del joven empleado, vencido los veintiséis escalones y sólo eran las tres y media.

De nuevo en el interior del hotel, sonrió al pasar por delante del letrero que indicaba el camino hacia el vestíbulo con elegante caligrafía. Referirse a aquel espacio como un «vestíbulo» era cometer un delito de nomenclatura. En un espacio como aquél se reunía Kubla Khan con su corte. Era un punto geográfico por el que desfilaría el mundo al cabo de una hora. Financieros mal informados recién llegados de Manhattan con una sola muda de ropa no tardarían en firmar en el libro de registro. Aparecerían repartidores con elaborados arreglos florales encargados para expresar admiración o penitencia. Y, camino del bar, los jóvenes rebeldes de la ciudad pasarían al lado de los titanes que todavía estaban almorzando y a los que aspiraban a suplantar.

Sin embargo, cuando Prentice dobló la esquina y pasó entre los tiestos de palmeras, las Parcas volvieron a reclamar su supremacía, su dominio sobre los mortales. Porque allí, bajo el techo pintado, una delicada beldad estaba despreocupadamente sentada en su butaca, hojeando con indiferencia un ejemplar de *Gander*, la última revista dedicada al ascenso y caída de lo último. No se le podía reprochar que hubiese elegido su butaca. Era una butaca tentadora, mullida y bien situada, y ella no tenía por qué saber nada.

Paseó la mirada por la estancia en busca del jefe de recepción o el conserje y comprobó que ambos estaban ocupados. Así que, bajando las cejas y apoyándose un poco más de lo necesario en su bastón, se acercó.

—Ejem.

Al levantar los ojos de la revista, la joven, que de lejos había parecido una delicada beldad, ¡reveló una cicatriz en la cara que habría delatado a la némesis del Zorro! Arqueó las cejas con discreta curiosidad. Al instante, él comprendió que no habría apelaciones a la compasión. Se enderezó.

—Perdone mi intromisión —se aventuró—, pero ¿sería mucha molestia para usted sentarse en esta otra butaca?

Señaló con el bastón la butaca vacía que la mujer tenía a su izquierda, a poco más de un metro.

—Verá, mi contorno requiere un asiento un tanto especial.

Ella ladeó la cabeza y sonrió.

—Pues ambas tienen el mismo tamaño.

Él carraspeó.

—Cierto, cierto. Y por tanto, supongo que, en teoría, podría caber en esa otra butaca vacía. Pero, verá, me temo... ¿Cómo expresarlo? Ésa no es mi butaca.

Ella se puso la revista en el regazo y se recostó, como dando a entender que estaba dispuesta a escuchar su caso con la máxima atención. ¡Qué mujer!

Él adoptó una postura propia de Cicerón.

—Señorita —empezó—, pese a haberme alojado en este hotel durante más de mil noches seguidas, soy consciente de que eso no debería concederme privilegios especiales en el vestíbulo. Aunque usted se hubiera alojado en el hotel sólo una noche, tendría el mismo derecho a disfrutar de todas sus comodidades. De modo que no voy a apelar a sus buenos modales: a lo que debo apelar es a su paciencia. Porque no soy más que una vieja gloria con sobrepeso que ya no exige la legendaria indulgencia de su ciudad; es decir, más allá de sentarme a las cuatro de la tarde a observar el paso del tiempo desde esta mi Elba... mi valla... mi atalaya.

La joven compuso una sonrisa encantadora y se sentó en la butaca de al lado.

—Es usted una mujer sumamente amable —dijo Prentice, y saludó con una inclinación de cabeza.

—En absoluto —replicó ella—. Pero siento debilidad por las viejas

glorias.

Haciendo gala de la elegancia de los bien educados, la joven aceptó el ofrecimiento de Prentice de compartir con él una tetera y una bandeja de *scones* con pasas de Corinto y guarnición de nata cuajada y mermelada.

—¿Qué la ha atraído a Beverly Hills, querida? —preguntó Prentice mientras le llenaba la taza.

—Supongo que me apetecía un poco de aventura.

—Ah, pues en ese caso ha venido al lugar idóneo. Teddy Roosevelt y Ernest Hemingway viajaron hasta África para ver criaturas salvajes, salir de cacería y exponerse a peligros mortales. Pero le aseguro que les habría bastado con venir a este vestíbulo.

La joven se echó a reír.

Tenía una risa maravillosa.

—¿Peligros mortales...? —preguntó.

—No exagero. En los próximos minutos verá usted depredadores vestidos con abrigos de pieles más tupidas que la de un ocelote. Verá cómo, alrededor de la charca, los perros se confabulan mientras aguardan agazapados entre la hierba alta a que se acerquen las jóvenes y desprevenidas gacelas. Y todos los días, a las cinco, hay una estampida.

Ella volvió a reír, y él sonrió al oírla.

Su risa no tenía nada desagradable ni chabacano. Al contrario, era la risa de alguien que conoce bien las debilidades de los demás y las acepta. Era un homenaje a la comedia humana, la clase de risa que él llevaba años sin oír, quizá siglos. ¡Esa clase de risa que no debía ser interrumpida! (A un camarero que se acercaba con una bandeja de sándwiches para el té lo ahuyentó con un discreto ademán.)

Y qué curiosidad tan refinada exhibía en sus preguntas. Era la curiosidad que uno habría imaginado en un joven Galileo o Isaac Newton. Sin una servil adherencia a las efímeras certezas de antaño (de hecho, con instintiva desconfianza hacia ellas), le interesaba el mundo y las leyes invisibles e inmutables que lo hacen girar sobre su

eje e impiden que todos nosotros salgamos lanzados al espacio.

De modo que les dejó a otros profesores la historia de los misioneros españoles y la gran migración generada por Sutter's Mill y le contó la fundación de Beverly Hills. Ese desierto dentro de un desierto que había estado mil años en barbecho hasta que llegó Pioneer Oil y perforó el suelo en busca de petróleo, pero descubrió… agua, esa sustancia insípida, informe e incolora sin la que no… nada.

(Prentice señaló a su alrededor, haciendo referencia a las flores de azahar y a los jazmines que abundaban al otro lado de las paredes del vestíbulo.)

Después le explicó cómo, en 1912, los Anderson protegieron aquellas cuatro hectáreas con un millón de dólares y un sueño: el de construir en medio de jardines y glorietas una residencia temporal por excelencia. Y una visión había conducido a otra visión. Porque dentro de las paredes del hotel se habían imaginado batallas caribeñas entre corsarios y la flota de Su Majestad; desalmados devaneos de Cleopatras modernas; y la caridad sin límites de un vagabundo con bombín.

—¡A menos de treinta metros de aquí, Chaplin, Fairbanks, Pickford y Griffith golpearon el yunque de la independencia artística para forjar United Artists!

Etc., etc.

Inesperadamente, la joven le correspondió con una de las más fantásticas historias de Hollywood que él había oído jamás, una historia que a ella le había contado en el vagón restaurante del Golden State Limited nada menos que un detective de Homicidios. Y cuando la joven se levantó para irse, él también se levantó de la butaca, sin el bastón, para tomarle la mano y darle las gracias por una tarde deliciosa.

Aquel día el plan original de Prentice era enfrascarse durante una hora después del té en la lectura de los *Cuentos de Shakespeare* de Charles y Mary Lamb. Pero, tras realizar su ejercicio físico diario, rechazar los sándwiches y conversar extensamente con una joven encantadora,

cuando por fin se levantó para marcharse del vestíbulo sintió que lo invadía el entusiasmo.

¿Para qué regresar a toda prisa a sus habitaciones?, pensó. No había compañeros más amables y comprensivos que los hermanos Lamb. Ellos serían los primeros en entender el motivo de su retraso. Así que fue hasta la puerta del vestíbulo y salió a la perfumada atmósfera del jardín.

Edgar, el capitán de botones, daba palmadas en el techo de un taxi tras ayudar a un huésped a sentarse en el asiento trasero. Cuando se dio la vuelta y vio a Prentice, se puso en posición de firmes.

—¡Señor Symmons!

—Hola, Edgar. ¿Cómo va todo?

—Diría que todo apunta a que será una hermosa noche.

—Creo que tienes razón. De hecho, parece una noche perfecta para cenar temprano en Maison Robert. ¿Podrías enterarte de si William está libre?

—Sí, señor —dijo Edgar con ímpetu, y se dirigió al garaje del hotel.

Maison Robert, pensó Prentice con una sonrisa ilusionada mientras cruzaba el camino de entrada e iba hacia las grandes macetas toscanas donde florecían las gardenias. Cómo se emocionarían al verlo... Sin mencionar los años que habían pasado y sin consultar el libro de reservas, el propio Robert lo acompañaría hasta su viejo banco. Después de una sopa de espárragos fría, pediría el filete *porterhouse* con patatas *dauphinoise* y un *soufflé*. O mejor aún... Cuando el camarero fuese a tomarle nota, él exclamaría: «¡Lo que diga Bernard!»; y cuando se hubiera terminado el último bocado del plato, abriría una vez más las puertas batientes de la cocina para proclamar la única palabra posible: «*Magnifique*.»

Al inclinarse para apreciar el perfume de las flores, oyó el encendido de un motor. Giró la cabeza y vio que el sedán negro que antes estaba aparcado al final del camino avanzaba lentamente hacia él. La silueta al volante le resultó familiar.

Se le aceleró el pulso.

Se encontraba a treinta metros de la puerta del vestíbulo y no había nadie cerca. El sedán seguía avanzando con ritmo amenazador. Y

entonces, justo cuando el motor empezaba a acelerar, un hombre y una mujer aparecieron caminando en dirección opuesta. Eran los Sanderson, una pareja joven muy agradable que estaba celebrando su quinto aniversario. Debían de haber salido a dar un paseo entre las rosas de Municipal Park antes de subir a vestirse para cenar.

Al acercarse, le dirigieron un cariñoso saludo tejano y el motor del sedán permaneció al ralentí: de momento sus siniestras intenciones habían quedado frustradas.

—¡Esperen! —les dijo Prentice a los Sanderson—. Yo también me disponía a entrar. Permítanme acompañarlos.

Al día siguiente por la tarde, Prentice fue al vestíbulo para tomar el té y se llevó una alegría al ver que la joven de la cicatriz estaba esperándolo. Se llamaba Evelyn Ross y procedía de Manhattan. Cuando él se presentó formalmente, ella se reclinó en el asiento como si se recriminara algo, y luego se limitó a decir:

—Claro...

Prentice Symmons, que se había pasado la mitad de su vida en Hollywood, sabía identificar cuándo alguien fingía entender algo. Pero ni se sentía insultado ni se lo tomaba demasiado a pecho. En realidad se sumaba a la farsa sonriendo y asintiendo con la cabeza; haciendo gala de la fatuidad propia de una celebridad caduca y confiando en que la conversación virase rápidamente hacia la política o algún otro tema tan superficial como el tiempo.

Pero la señorita Ross recordó hasta seis películas en las que él había aparecido. ¡Ella misma admitió que se colaba en las salas de cine desde los trece años! Y a su favor hay que decir que recordó su carrera como quien juega a un juego de memoria; y no como alguien a quien se le ha presentado la oportunidad de adular a otro. Llevándose de vez en cuando un dedo a los labios, reconstruyó escenas que él había robado, retocó estrambóticos giros de guión y reavivó romances que nunca debieron apagarse. Tan completo fue su inventario que ambos se quedaron callados cuando terminó.

¿Lo echaba de menos?, preguntó por fin la señorita Ross. ¿Echaba

de menos la pantalla plateada?

—Bah —dijo él negándolo con un ademán.

¡Lo que echaba de menos era el escenario!

—Para el espectador, Evelyn (ya sea una dependienta o un senador, un canalla o un Rothschild), el cine es el entretenimiento definitivo. Es una fuente desbordante de romance y peligro. Pero para el actor, el romance y el peligro residen en el escenario. Cuando filmas un primer plano, la cámara debe tenerte para ella sola. Por consiguiente, incluso cuando interpretas la más intensa de las escenas cinematográficas, es probable que pronuncies tu diálogo en solitario. «Señora, juro por esa luna bendita...», le recitas al frío y negro ojo de la cámara antes de que te manden al camerino para que Julieta, en tu ausencia, pueda implorar su «No jures por la luna, por la inconstante luna». ¡Porque tú eres Romeo, desde luego!

Prentice hizo una breve pausa para servir el té antes de que se sobreinfusionara.

—Pero en el escenario, querida mía, en el escenario la chispa salta en el intersticio abierto entre los cuerpos físicos, de carne y hueso, de los actores. En ese espacio entre dos miradas que se examinan mutuamente, entre las yemas de dos dedos que casi se tocan... ¿Y el peligro? Para el actor, el peligro está en el teatro. No por los cocodrilos y los sables, usted ya me entiende, ¡sino porque el borde del escenario es un precipicio! Porque en el teatro no hay tomas, Evelyn; no hay segundas oportunidades. Un paso en falso y el actor se precipita por el abismo hacia el rocoso fondo de su autocrítica.

Las mejillas de Evelyn, que comprendía demasiado bien sus argumentos, se cubrieron de rubor.

—Entonces, ¿por qué dejó de actuar? —preguntó ella casi sin aliento.

—Es usted un encanto, querida.

Pero la perplejidad de la joven parecía auténtica. ¡Auténtica!

—Por mi corpulencia —explicó él.

Y antes de que ella pudiese expresar su conmoción —o, Dios no lo quiera, su compasión—, él levantó una mano.

—No se compadezca de mí. ¿Echo de menos algo del estrellato?

Bueno, también echo de menos ciertas cosas del internado, e incluso de mis romances más catastróficos. Creo que estaremos de acuerdo en que echar o no de menos no es el meollo de la cuestión.

A la una de la madrugada, el vestíbulo del hotel Beverly Hills llevaba casi una hora vacío. Ya no entraban nuevos huéspedes para registrarse; y tampoco se dispersaban fiestas. Por la puerta del bar se colaba el tintineo de las teclas del piano que sonaban bajo los dedos de algún rezagado que, cansado, se quedó por fin dormido después de tocar el sol mayor séptima con la cabeza. Y detrás del mostrador sólo estaba el recepcionista de noche, Michael.

Dadas las circunstancias, es lógico que Michael agradeciese una oportunidad para charlar un poco.

Así que, tras maravillarse de la excelente temporada y hacer algún comentario sobre un puñado de clientes recién llegados, Prentice y Michael coincidieron en que la señorita Ross era una joven encantadora. Pero ¿de dónde, cuándo y cómo había llegado? Bueno, por lo visto había llegado en taxi desde la estación con una sola maleta roja. ¿Y estaba allí para visitar a unos viejos amigos? Eso no se podía saber, porque ni había hecho llamadas ni había recibido visitas. Lo que sí hizo la primera noche que pasó en el hotel fue darle dos joyas para la caja fuerte: un gran anillo de compromiso y un pendiente de diamantes sin su pareja. Aunque a la mañana siguiente —apuntó Michael *sotto voce*—, sacó el pendiente de la caja fuerte y regresó a última hora de la tarde con unos cuantos vestidos y dos pares de zapatos.

La joven había hecho un uso excelente de sus recursos, coincidieron los dos caballeros.

Prentice se preguntó en voz alta si sería la misma señorita Ross, la amiga de un amigo, que vivía en Gramercy Park…

No, contestó Michael, y le dio la vuelta a la ficha de registro para que Prentice pudiese leerla.

—Ah —le dijo Prentice—. Bueno. Buenas noches, querido amigo.

Echó a andar sin prisa por el vestíbulo con una sonrisa en los labios.

Porque, por lo visto, la señorita Evelyn Ross, proveniente de Manhattan, vivía en el número 87 de la calle 42 Este. O, como se la conoce comúnmente, en Grand Central Terminal.

En la habitación 108, Prentice introdujo la llave en la cerradura, impaciente por quitarse los zapatos y reclinarse con una pastilla de chocolate en compañía de los Lamb. Sin embargo, cuando la puerta se cerró tras él, le dio un vuelco el corazón. Al otro lado de la sala de estar, una cortina se infló ante la puerta abierta de la terraza. Prentice se quedó un minuto inmóvil y con el pulso acelerado. Se planteó retroceder hasta el teléfono del recibidor y llamar a seguridad. Pero Devlin estaba de guardia esa noche, y Prentice lo había llamado hacía apenas dos semanas, sólo para acabar sufriendo la humillación de que le abriera uno por uno todos los armarios vacíos.

Se armó de valor e intentó sobreponerse.

—¡¿Quién anda ahí?! —gritó.

Le resbalaban gotas de sudor por la espalda, pero se asomó al dormitorio y abrió la puerta del cuarto de baño con el extremo del bastón. Tras dar una vuelta y no encontrar nada fuera de su sitio, cerró la puerta de la terraza y se sentó en el borde de la cama un poco más aliviado. Y entonces lo vio: entre las almohadas y la sábana doblada estaban los *Cuentos de Shakespeare* con un extraño marcapáginas. Con mano temblorosa, abrió el libro y tuvo una oleada de náuseas.

Ya hacía un año que había vaciado de recuerdos su habitación: esos chabacanos pósteres con aquel estilo de letra imperial y aquellas miradas perdidas; los carteles publicitarios; los fotogramas de estudio demasiado retocados, e incluso las fotos espontáneas, como aquella en la que salía con Garbo, ambos con cara de desconcierto, en el Antonio's. Lo había metido todo en cajas y las había enviado al sótano del hotel.

Y sin embargo allí estaba, marcando la primera página de *Hamlet*, una entrada para el estreno de su aclamada interpretación del príncipe de Dinamarca en el Old Vic, en 1917.

Prentice Symmons se deslizó de la cama al suelo y lloró.

Prentice se pasó casi todo el día siguiente en su habitación. Cuando despertó, ni se duchó ni se afeitó. Cuando le sirvieron el desayuno de todos los días, dejó la mitad de las patatas junto a unos restos de huevo y no llamó a los del servicio de habitaciones para que pasaran a recogerle la bandeja. Se sentó en el sofá, en batín, mientras la habitación se impregnaba del olor del desayuno inacabado y los minutos desmantelaban las horas. A primera hora de la tarde, oyó que una de las camareras empujaba su carrito cargado de sábanas por el pasillo e iba llamando a las puertas. Cuando llamó a la suya, él estaba decidido a hacerla marchar. Sin embargo, al ver que era Bridie, la invitó a entrar por la fuerza de la costumbre.

Bridie, una joven irlandesa madre de seis hijos, no exhibió ni el más mínimo desdén al encontrar a Prentice todavía en batín. Pero en un abrir y cerrar de ojos había sacado los platos al pasillo, descorrido las cortinas y abierto la puerta de la terraza para que entrara aire fresco. Cuando fue al dormitorio, él la observó desde la salita. La vio guardar sus zapatos y su americana en el armario. La vio hacer la cama con eficiencia y cuidado, desplegando y remetiendo bien las sábanas limpias. La vio poner una toalla limpia encima de la cama recién hecha y su navaja y su brocha de afeitar encima de la toalla. Cuando ella terminó, él se levantó del sofá y le dio las gracias como quien le agradece a un apóstol inesperado el relato de una parábola oportuna. Porque Bridie tenía toda la razón: si uno aspira a mantener aunque sólo sea una pizca de dignidad, sus cortinas deben estar descorridas, su desayuno recogido y su barbilla bien afeitada.

Cuando Prentice terminó de bañarse, eran casi las cuatro y estaba muerto de hambre. Se puso el traje, metió el reloj con la cuerda ya dada en el bolsillo del chaleco y salió a tomar el té. Evelyn no apareció, pero había tenido el detalle de dejarle una nota en la butaca en la que le decía que lo lamentaba y prometía verlo pronto. Ese gesto innecesario —en sintonía con la inusual invitación a *scones* de arándanos— completó la recuperación de su ánimo. Y fue esa recuperación, sin duda alguna, la que lo empujó a hacer el tonto.

Cuando le recogieron el té, Prentice se fijó por casualidad en que, esperando junto al mostrador de recepción, había cierto actor de

moda, uno que de joven había tenido un papel secundario en una de las películas de Prentice. Y en lugar de seguir sus propios consejos, Prentice cruzó el vestíbulo con ayuda de su bastón y llamó al actor por su nombre.

Mostrando una leve sorpresa, el actor comentó que se alegraba mucho de verlo. A continuación hizo una pregunta cortés como para interesarse por su bienestar (una pregunta de esas que deberían responderse con una exagerada afirmación seguida de la palabra *adieu*). Pero en su nuevo y elevado estado de ánimo, Prentice se apoyó en el bastón y empezó a rememorar el pasado; momento en que el actor de moda interpretó el papel de alguien que de repente recuerda que tiene una cita en otro sitio, dejando a Prentice en el vestíbulo con sus recuerdos de juventud.

En la recepción, por la atención con que Simone y Christopher movían las hojas de un lado a otro del mostrador, era evidente que habían oído palabra por palabra aquel bochornoso diálogo, igual que la joven elegante que estaba junto al ascensor con su perro.

Prentice notó que se sonrojaba.

—Estoy esperando un telegrama —se oyó decirle a Simone, como si fuese alguien que suele recibir telegramas urgentes—. Cuando llegue, ¡envíemelo a la piscina!

Al pasar por delante del letrero escrito con caligrafía elegante que indicaba el camino de la piscina, en Prentice se desató una avalancha de acritud, no hacia su antiguo compañero de reparto, sino hacia sí mismo. ¿Qué esperaba? ¿Que lo abrazara y lo invitara a cenar para poder hablar del pasado ahora que sus situaciones estaban invertidas? En la cumbre de la fama, ¿no se le habían acercado y acorralado en los vestíbulos conocidos que ya estaban de capa caída ? ¿Y no había representado él también salidas por la izquierda del escenario?

Tras descender demasiado deprisa los veintiséis peldaños que conducían a la piscina, Prentice comprobó que necesitaba recobrar el aliento, así que se encaminó a una silla que había al borde de la piscina. Por fortuna, la terraza estaba vacía. Una tarde más fría de lo

habitual en esa época del año había hecho que las estrellas en ciernes y los *cabana boys* se retirasen a sus respectivos refugios.

Ya estaba a punto de llegar al lugar de descanso elegido cuando vio con el rabillo del ojo una figura que se deslizaba detrás de una cabaña. Con el corazón desbocado, Prentice esquivó la silla y se dirigió a la puerta trasera. Pero la sombra, que había cruzado hábilmente la terraza, se escondió detrás de una cabaña más cercana. Presa del pánico, miró alrededor en busca de algún huésped o empleado y no vio la mesita de té que tenía justo delante. Tropezó y cayó de rodillas. Se le desgarraron los pantalones por la fuerza del impacto. Prentice jadeaba, consciente de que debía levantarse. Con un arrebato de determinación, se irguió cuan alto era, pero la terraza giraba a su alrededor. Y cuando, por encima del viento, oyó que susurraban su nombre, Prentice Symmons reconoció lo que no se puede reconocer: que había llegado su hora.

Ese día, en esa terraza, en ese Trafalgar, se encontrarían. Sin pronunciar palabra, alargaría la mano y empujaría a Prentice a la piscina del hotel Beverly Hills, donde el desdichado se agitaría durante una brizna de eternidad hasta hundirse por fin en las profundidades.

«Oh, día fatídico. Oh, día...»

—¿Prentice?

Una mano lo sujetó suavemente por el codo.

—Evelyn —dijo él con voz entrecortada.

—Madre mía, Prentice. Estás más blanco que un fantasma. ¿Te encuentras bien?

—Oooh —gimió él desde lo más profundo de su alma, y rompió a llorar.

Ella lo guió hasta una tumbona, se sentó a su lado y le cogió las manos para aplacar sus temblores.

—¿Qué tienes, Prentice? ¿Qué ha pasado?

—Evelyn. Casi se me ha echado encima.

—¿Quién casi se te ha echado encima?

—Como un esbirro del diablo, me ha perseguido. Esperando a que llegase el momento perfecto para acabar conmigo.

—¿Quién, Prentice?

—Una sombra.

—¿Qué sombra?

Se hizo el silencio a su alrededor. Un silencio insondable como el tiempo. El silencio del que surgen todas las cosas, todo lo bueno y todo lo malo. Con gran esfuerzo, Prentice alzó la cabeza y la miró a los ojos.

—La sombra de mi antiguo yo.

Fue una confesión lamentable. Cómica. Estaba escrita en la biografía de Prentice para provocar carcajadas. Pero la joven Evelyn, tan propensa a una risa tan hermosa, permaneció seria. Comprensiva. Impávida.

—En 1936 —confesó Prentice—, en una avenida atestada de gente, me empujó cuando iba a pasar un tranvía. Y este Fin de Año, casi consiguió tirarme por el balcón. ¡Por eso me mudé a la planta baja!

—Pero ¿por qué, Prentice? ¿De qué me estás hablando?

Él volvió a bajar la mirada y vio que ella todavía le sujetaba las manos. Y notó cómo su calor interno le traspasaba la piel y le llegaba a las venas, calentándolo por dentro como si fuera una potente bebida. Y en ese estado de embriaguez brotaron las palabras: le contó que todo había empezado durante las visitas a casa de su abuela cuando él era un crío; le habló de los cuadritos de limón con corteza de galleta y su crema de color amarillo brillante; de los bocadillos de beicon, tan grasientos, sabrosos y divinos; de la ternera *bourguignon* con patatas gratinadas; ¡y por último, de los graciosos profiteroles!

¡Qué vergüenza!

También le contó que había aprendido a controlar su apetito a medida que ascendía en su carrera profesional: primero, como lord-oficial-soldado-sirviente sin una sola línea de diálogo; luego, como actor suplente, esperando entre bastidores, recitando monólogos en silencio palabra por palabra; y por último, como apuesto héroe con un estoque en la mano izquierda y una pistola en la derecha. Y que con cada paso que había dado hacia el éxito, también había avanzado hacia un carácter más sombrío. Se volvió arisco. Impaciente. Antipático.

—¿Sabes qué hacía, Evelyn, en el apogeo de mi estrellato? ¿Te lo imaginas? ¡Pasar hambre! Durante años viví convencido de que me había construido unas defensas eficaces, una fortaleza contra mi debilidad. Pero en la primavera de 1935, abandonado en un suntuoso salón al que todavía no había llegado la prensa, me fallaron las fuerzas. Aquel día me atiborré. Me atiborré de jamón asado con miel y tarta Linzer y fresas con nata. Aquello fue mi paso del Rubicón, Evelyn; en los días siguientes, caí rodando por la vertiginosa senda de mis deseos. Me lancé de cabeza; y mientras pasaba al lado de los árboles que crecían en las abruptas montañas, ni una sola vez estiré el brazo para agarrarme a una rama.

Los ojos de Evelyn se tornaban más brillantes con cada palabra. No parecía asqueada ni impresionada. ¡Su actitud era desafiante!

—Quiero que me escuches, Prentice —dijo con el tono de quien ha matado un dragón con sus propias manos—. Quiero que me escuches con mucha atención. ¿Me escuchas?

—Sí, Evelyn. Te escucho.

—Desde aquel día, desde el día del jamón y la tarta, ¿has sido arisco, impaciente o antipático?

Prentice levantó la cabeza.

—Ni una sola vez.

Ella le dio unas palmaditas en el dorso de la mano.

—Exactamente.

La expresión de la joven se relajó y los dos se quedaron callados dándose la mano. Cuando el cielo empezó a teñirse de añil, la luna temprana se elevó sobre el hotel, confiriéndole al entorno el aspecto de un oasis del desierto, tal como antes era.

—Evelyn ...

—Dime, Prentice.

—Tengo que admitir otra cosa.

Cambió de postura para poder mirarla a los ojos.

—Te he mentido.

Ella no pareció ofendida ni sorprendida.

—¿En qué sentido?

—Respecto al vestíbulo.

Ella sonrió desconcertada.

—Lo digo en serio. Muy en serio. Te he animado a instalarte a mi lado en el vestíbulo, llamándolo «el mundo». Pero no es el mundo. No es un continente, ni un país, ni una ciudad. ¡Ni siquiera es una habitación! Es la celda de una cárcel. Es mi Bastilla.

Por primera vez desde hacía años, Prentice sintió la fuerza de sus convicciones.

—La Providencia te ha traído a Los Ángeles, Evelyn. Y debes visitarla. Han puesto a mi disposición al joven William, uno de los chóferes del hotel; yo lo pongo a la tuya. Debes salir a respirar el perfume de las flores de azahar, a disfrutar de las tibias noches de Hollywood, donde los placeres más esquivos se esconden a la vista de todos. Ve esta noche. ¡Empieza cenando ossobuco con risotto milanese en Antonio's, en Sunset Strip!

—Podemos ir juntos.

(Eso le propuso Evelyn, la dulce Evelyn.)

—No —dijo Prentice, y se levantó—. Debes ir sin mí, *mon amie*, porque esta noche en el andén, antes de que cante el gallo, tengo una cita con una aparición.

Olivia

Cuando Olivia ya no supo qué más preguntar sobre atletismo, se disculpó educadamente y se levantó de la mesa para dos.

Si hubiese podido elegir, habría preferido estar en la terraza del pequeño dormitorio, que casi nunca utilizaba. Envuelta en estuco blanco, recubierta de hiedra, rodeada de pensamientos, parecía la gruta perfecta para quienes estaban cansados de esperar. Pero al pasar junto a la mesa de al lado, se detuvo un momento para aceptar y devolver el cumplido de un cómico; y en otro reservado, unos pasos más allá, le dijo al director de acento eslavo que a ella también le gustaría mucho tener la oportunidad de trabajar con él. Se recogió un rizo detrás de la oreja, sonrió con delicadeza y siguió caminando hacia los lavabos con la esperanza de encontrarlos vacíos.

Pero no lo estaban, claro.

Casi nunca lo estaban.

Apoyada en la pared, al lado de los lavamanos, estaba la rubia de aspecto brusco que Olivia había visto cenando sola en la barra. Estaba fumando un cigarrillo y escuchando a la empleada de la limpieza, que le hablaba de una noche en la ciudad mientras limpiaba distraídamente la superficie del tocador. Miguel, iba diciendo la chica, le había pedido prestado el coche a su tío y se había puesto un traje. La había llevado a bailar a un club de Shepherd Avenue. Un club donde tocaba el mejor grupo de Los Ángeles… De California… De todo el…

La chica se interrumpió al ver a Olivia reflejada en el espejo. Se disculpó inclinando la cabeza y se retiró al fondo de la habitación, donde empezó a doblar toallas de mano. Olivia se acercó a un lavamanos y abrió los grifos. La rubia no se movió: cerró los ojos y

apoyó la cabeza en la pared, como si pudiese oír las rumbas de los recuerdos de la chica.

Desde el otro extremo del restaurante, Olivia se había imaginado que la rubia pertenecería a esa liga de mujeres insensibles que empezaban la jornada laboral a las cinco de la tarde en los bares de los restaurantes y los hoteles de Hollywood. Pero de cerca Olivia comprendió lo equivocada que estaba. Reflejado en el espejo, el perfil indemne de la rubia sugería una belleza casi aristocrática sin rastro de los estragos de un duro trabajo. Además, exhibía la desenvoltura de una mujer que se ha criado rodeada de privilegios. Con un brazo colgando elegantemente junto al cuerpo, los dedos delgados y sin adornos, sujetaba el cigarrillo apuntando hacia arriba para que el humo pudiese ascender en espiral hacia el techo con una envidiable ausencia de propósito.

—¿Quieres uno?

Olivia levantó la cabeza y se dio cuenta de que la rubia la había sorprendido mirándola fijamente.

—Sí, gracias —contestó, aunque hacía más de un año que no fumaba.

La rubia deslizó el paquete por el tocador.

Olivia cogió un cigarrillo y lo encendió. Se apoyó en la pared de cara hacia la rubia, dando por hecho que la otra iniciaría la conversación, pero no lo hizo.

Cuando Olivia inhaló, el sabor del humo le trajo recuerdos de cuando se escondía con su hermana en la caseta del jardín con cigarrillos robados y un paquete de chicles de canela. Eran recuerdos de otro mundo, un mundo donde las dos compartían ropa, secretos y comentarios pícaros.

—¿Es tan aburrido como parece?

—¿Cómo dices? —preguntó Olivia.

—Tu pareja —dijo la rubia—. ¿No es ese que siempre lleva unos sombreros blancos muy grandes?

Olivia se rió.

—Wilmot no es mi pareja. Esto es más bien una cena de trabajo. Pero sí, supongo que es ese que siempre lleva unos sombreros blancos

muy grandes.

—Bueno, cada vez que se queda mirando el horizonte con los ojos entornados, me duermo.

Olivia volvió a reír.

—Creo que lo llaman «el tipo fuerte y silencioso».

—Que lo llamen como quieran, pero desde donde yo estaba sentada parecía el típico pelmazo que no para de hablar. ¿Consigues colar alguna palabra, o ni eso?

Olivia hizo un floreo irónico con el brazo.

—Presta a todos oído, pero a pocos tu opinión...

La rubia arqueó una ceja en gesto interrogante.

—Shakespeare —confesó Olivia—. Cortesía de mi madre.

—¿Qué más te enseñó tu madre?

Olivia reflexionó.

—Que una dama nunca se termina un cigarrillo, una copa ni una comida.

La rubia asintió con la cabeza dando a entender que estaba familiarizada con aquello.

—Mi madre me decía que es más importante estar interesada que ser interesante.

—¿Y has seguido su consejo?

—Sólo como último recurso.

Olivia y la rubia guardaron silencio y reflexionaron un momento sobre los consejos maternos y otros monolitos. Entonces Olivia levantó el cigarrillo para mostrar que sólo se había fumado la mitad y, con una sonrisa de resignación, lo apagó obedientemente.

Mientras el camarero se llevaba el entrante que Olivia no se había terminado, Wilmot le explicaba lo insignificante que era la maratón comparada con la carrera de cincuenta metros.

—En realidad una maratón es una prueba de resistencia, no de atletismo —iba diciendo—. Es frecuente ver a un velocista de primera categoría destacar en diversos deportes, pero un gran corredor de maratones sólo destacará en uno. Y en una maratón hay muchísimos

kilómetros que no tienen relación con la victoria. En cambio, creo que podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que en la carrera de cincuenta metros cada paso cuenta.

Wilmot acariciaba el mantel con la palma de una mano mientras hablaba, como si estuviese arrugado y hubiera que alisarlo. Y Olivia se dio cuenta de que él tampoco quería estar allí. Él también estaba cumpliendo una obligación, interpretando su papel en aquel emparejamiento orquestado de Lady Marian y Wyatt Earp.

Pero eso no significaba que estuviese a punto de pedir la cuenta. Cuando el camarero volviera para preguntar si querían postres, Wyatt —con el sombrero blanco calado en la cabeza— comentaría que Antonio's era famoso por su tortilla Noruega; y Marian sonreiría con educación y diría que una tortilla Noruega le parecía muy buena idea. Y pasarían otra hora hablando del lanzamiento de peso y del salto de altura y de Dios sabe qué más antes de marcharse cada uno por su lado.

De pronto Olivia pensó que la rubia de los lavabos no se quedaría a comer postre. Pero, claro, seguramente ella nunca se encontraría en una situación así. Había cenado sola en la barra, y ahora pagaría su cuenta y se marcharía a su casa y a su terraza con hiedra. O no, probablemente iría en busca del mejor grupo de música de Los Ángeles. De California. De todo el mundo.

—¡Prima Livvy! ¿Eres tú?

Wyatt y Marian alzaron la cabeza sorprendidos.

Era la rubia, pero le chispeaban los ojos y hablaba con mucho entusiasmo. Y tenía acento sureño…

—¡Soy yo, Evvie! —dijo, y se puso una mano sobre el pecho—. ¡Acabo de llegar de Baton Rouge!

Olivia tuvo que reprimir una risa.

—Evvie… No sabía que estabas en la ciudad.

—He venido con tía Edith. Me está esperando en el hotel, así que sólo tengo un minuto. Pero si no nos ponemos al día me mandarán de vuelta a casa.

—Siéntate con nosotros, por favor —dijo Wilmot.

Se levantó, cogió una silla de la mesa de al lado y la puso entre la

suya y la de Olivia.

—Ah, no —dijo Evvie—. Chico, chica, chico, chica.

Cogió el cóctel de Wilmot con las dos manos y, con cuidado, lo colocó delante de la silla vacía. Luego se sentó donde antes estaba sentado él y entonces llegó el camarero con su martini.

—¡De un trago! —dijo Evvie, y vació su copa.

—De un trago —repitió Wilmot un tanto inseguro, y vació la suya.

—Entonces... —dijo Olivia—, ¿qué noticias hay de Baton Rouge?

—Si te lo contara no me creerías —dijo Evvie—. ¿Te acuerdas de aquel chico de color que trabajaba para tía Ethel? Bueno, pues en septiembre pasado se largó con el Cadillac de tía Ethel, ¡con ella dentro! Y cuando la policía los paró por fin en Kansas City, el chico de color iba en el asiento del pasajero y tía Ethel al volante.

—¡No me digas! —dijo Olivia.

Evvie miró a Wilmot y dijo con tono de confidencialidad:

—Tía Ethel siempre tuvo debilidad por los maridos mayores que ella y por los chicos jóvenes...

Wilmot, que estaba alisando otra vez el mantel, intentó cambiar de tema.

—¿Hace mucho que estás en Los Ángeles, Evvie?

—No, poquísimo —contestó ella, y suspiró—. Pero es divina. Hemos visto la casa de Charlie Chaplin y el garaje de Lon Chaney. Hemos ido a ver los pozos de asfalto de La Brea y los combates de la American Legion...

Wilmot parpadeó varias veces seguidas, como si le costara seguir la conversación.

—¿Tomarán postres? —preguntó el camarero, inclinado sobre la mesa con el bloc y el bolígrafo.

Wilmot miró al camarero como si no hubiese entendido la pregunta.

—Ya sé lo que tenemos que hacer —dijo Evvie—. Vamos a comernos el postre a Santa Mónica. Sé de buena tinta que en el muelle hacen los mejores churros de toda California. ¡Podemos meter los pies en el agua y ver zarpar los casinos!

—¿Qué es un churro? —preguntó Olivia.

—No lo sé muy bien —admitió Evvie—. Pero creo que es una

especie de donut mexicano.

—Hace una eternidad que no me como un donut de ninguna nacionalidad —dijo Olivia.

—¡Pues no se hable más!

Las chicas miraron a Wilmot.

—Yo no me encuentro muy bien —confesó él enjugándose el sudor de la frente con la servilleta.

—Estás un poco pálido —dijo Evvie—. ¿Quieres que te pida un tónico?

—No, no. No es nada. Pero voy a quedarme aquí un minuto. ¿Por qué no os vais vosotras sin mí?

Cuando Evvie y Olivia dejaron la servilleta encima de la mesa, Wilmot casi sintió alivio.

—Encantada de conocerte —dijo Evvie.

Entonces le dio la mano a Olivia, y, tirando de ella, pasaron por delante de un guionista, un actor principal y el maître; cualquiera de los cuales, en circunstancias normales, la habría detenido.

Fuera, las hojas de las palmeras se sacudían en lo alto y el polvo se levantaba de la acera.

—Espero que a Wilmot no le pase nada —dijo Olivia.

—No te preocupes, se pondrá bien —dijo Evvie—. Es que no le ha sentado bien algo que ha bebido.

Evvie pasó por delante de los aparcacoches para inspeccionar la calle. Media manzana más allá, un joven con uniforme de chófer le hizo señas con la mano. Estaba de pie delante de un Packard verde oscuro.

—¿Es tuyo? —preguntó Olivia.

—De un amigo de un amigo. ¡Vamos!

Y las dos primas echaron a correr hacia el coche, que estaba a cincuenta metros.

Ya en el asiento trasero del Packard, circulando por Sunset Boulevard, la rubia le tendió una mano a Olivia y se presentó formalmente. Luego le pidió al conductor que las llevara al muelle de Santa Mónica.

—¿Lo decías en serio? —preguntó Olivia.

—Por supuesto. Los churros son el séptimo artículo de la lista. ¿Verdad, Billy?

—¡Sí, señorita!

—Entonces ¿es verdad que has estado en esos otros sitios?

—En el garaje de Lon Chaney no. Pero hemos estado en los pozos de asfalto y en los combates. Hemos ido a la Silla de los Deseos del cementerio Forest Lawn y al desfile de Santa Claus Lane. Billy me ayudó a hacer la lista. ¿Verdad, Billy?

—¿Qué lista es ésa?

Con una mano en el volante y sin apartar la vista de la calle, Billy se inclinó hacia la derecha, cogió algo de la guantera y lo acercó al asiento trasero. Era una libreta del hotel Beverly Hills.

En la parte superior de la primera página estaba escrito: COSAS QUE TENGO QUE HACER ANTES DE SALIR PITANDO. Debajo había una lista de veinte destinos, nueve de los cuales tenían una marca con tinta verde oscura, como si el bolígrafo viniera con el coche. Acercándose a Olivia, Eve señaló el punto número siete: Churros en el muelle de Santa Mónica.

—¿Cuánto tiempo llevas en Los Ángeles? —preguntó Olivia con asombro.

—Unos dos meses.

—Yo llevo cuatro años aquí y no he hecho ni la mitad de esas cosas

—Pero tú has estado ocupada.

Olivia le echó otro vistazo a la lista.

—¡¿Patinar?!

—La pista de patinaje del Pan Pacific es sensacional —dijo Billy con entusiasmo desde el asiento delantero—. La mejor, sin duda. No sólo es la más grande del mundo, sino que todos los sábados hay una orquesta que toca polkas ¡y los domingos sirven *hot toddies*!

Y le guiñó un ojo a Olivia.

—Hablando de *hot toddies*, Billy: ¿qué tenemos en la guantera?

Billy se inclinó hacia la derecha y sacó una petaca que pasó hacia atrás.

Eve dio un sorbo generoso.

—Ginebra —dijo gratamente sorprendida.

Pero le acercó la petaca a Olivia y vio que ésta vacilaba.

—Hasta una campana de iglesia necesita entonarse para sonar.

Olivia rió y cogió la petaca. No estaba acostumbrada a beber combinados de ginebra y mucho menos ginebra a palo seco. El primer trago le abrasó la garganta, pero el segundo pasó mejor. Al cabo de unos minutos notaba el licor haciéndole cosquillas en las extremidades.

Cuando Eve bajó la ventanilla, Olivia la imitó y contempló los letreros luminosos de las marquesinas de los cines.

Lo que había dicho Eve era verdad: Olivia había estado ocupada. ¿Cuántos papeles había interpretado desde que llegó a Hollywood? ¿Catorce? ¿Quince? Había perdido la cuenta. La primera fue Dolly Stevens; luego, la candorosa Lucille y la inocente Hermia. Arabella, Angela, Elsa y Cath. Maria, Germain y Serena. Cada una más virginal que la anterior.

—Dime, de todos los hombres que hay en Los Ángeles, ¿por qué elegiste cenar con Gran Sombrero Blanco?

Olivia giró la cabeza y vio que Eve le tendía la petaca. Olivia dio otro sorbo.

—Fue una cena concertada.

—¡¿Concertada?! ¿Qué eres, amish?

Olivia se rió.

—Concertada por el estudio.

—¿Siempre te dicen con quién tienes que ir a cenar?

—Ya lo creo. Me dicen con quién tengo que ir a cenar y escogen el restaurante y la mesa. Prácticamente me eligen los entrantes.

Eve estaba atónita.

—Tengo un contrato con ellos —explicó Olivia—. Cuando tienes un contrato, el estudio no sólo decide qué papeles aceptas, sino que interviene en todo lo que puede afectar a tu imagen: la ropa que llevas, qué haces los fines de semana, con quién los pasas...

Eve silbó e hizo un gesto de admiración.

—Vaya, veo que lo tienes todo controlado.

—Me temo que es al revés.

A Olivia le vino a la mente un ejemplo perfecto, e inmediatamente

se puso a exponerlo con todo detalle. Pero enseguida lamentó haber hablado tanto. Debía de parecer una *prima donna* quejándose de la vida de una estrella de Hollywood. Así que negó con la cabeza y guardó silencio.

Pero Eve la había estado observando.

—Habla ahora o calla para siempre.

Olivia la miró a los ojos.

—De acuerdo —dijo al cabo de un momento—. ¿Has leído *Lo que el viento se llevó*?

—No soy una gran lectora.

—Es un *best-seller* de hace dos años, y George Cukor va a hacer la película con Selznick. Seguramente será una de las películas más importantes del año, si no de la década, y Cukor cree que soy perfecta para interpretar a uno de los personajes principales, una joven dulce y honrada, pero también fuerte y decidida.

—Suena muy bien.

—Sí. Pero según mi contrato con Warner Brothers ni siquiera estoy autorizada a hablar con Cukor de ese papel. Hasta me ha propuesto que lo lea en secreto. Quiere que me ponga un pañuelo en la cabeza y unas gafas oscuras y que entre en su casa por la puerta de atrás un domingo por la tarde, como si fuera una ladrona o una espía.

—¡Mejor aún! —dijo Eve.

Olivia rió, pero frunció el ceño.

—Jack Warner jamás me dejará participar en esa película. Ya me lo ha dicho. Me parece que está furioso porque no va a hacerla él. Pero la verdad es que yo no puedo quejarme. Y tampoco voy a estar de brazos cruzados, porque ya me han colocado en dos películas más esta primavera.

Mientras hablaba, Olivia se dio cuenta de que Eve parecía decepcionada. Y quizá para disimularlo, Eve volvió a beber de la petaca y siguió mirando por la ventanilla. Vio que las marquesinas habían dado paso a los cipreses, que bordeaban los callejones sin salida del barrio de Brentwood. Cuando giró la cabeza, Eve dijo:

—No seas tu peor enemiga, Livvy.

Olivia la miró a los ojos y luego se puso a mirar por su ventana.

—Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba Livvy.

El muelle de Santa Mónica se adentraba cien metros en el mar y ofrecía todo tipo de entretenimientos. Había casetas de tiro donde los nuevos reclutas con su uniforme recién planchado ponían a prueba su puntería, y ruedas de la fortuna pintadas con los colores del arcoíris rodeadas de mujeres mayores que se santiguaban cada vez que las hacían girar. Eve y Olivia dejaron sus zapatos en la arena y se adentraron en la feria, atraídas por las llamadas de los voceros y el rugido de las montañas rusas y los gritos de los niños que normalmente ya estaban acostados a esa hora.

No tardaron mucho en encontrar al legendario vendedor de churros, un hombre fornido con bigote blanco que estaba plantado con orgullo bajo un toldo a rayas rojas y blancas. Eve pagó la cuenta mientras Olivia veía cómo el hombre sacaba dos frituras con forma de bastón de una freidora y las echaba en una bandeja llena de azúcar con canela. De pronto se dio cuenta del hambre que tenía. Era el hambre de toda una vida de cenas, bebidas y cigarrillos inacabados. Cuando Eve le ofreció un churro, Olivia casi se lo arrancó de la mano y lo mordió con voracidad.

—¡Es la primera vez que te veo sonreír de verdad esta noche! —dijo Eve riendo.

Siguieron recorriendo el muelle; les pareció que el viento iba cobrando fuerza. Olivia agarró a Eve por el codo y señaló un bonito sombrero amarillo que había salido volando de la cabeza de una chica negra. Su novio lo persiguió caballerosamente, pero el sombrero siguió volando hacia el mar, y el chico se quitó el suyo de la cabeza y lo lanzó como si fuera un disco hacia la oscuridad.

—¡Qué viento! —dijo Eve agradecida.

—Es el Santa Ana —dijo Olivia—. Llega todos los otoños.

—Pero ¿de dónde sale?

—De toda la palabrería.

Eve se rió.

—¿Te refieres a los cotilleos?

—Y a las audiciones, y a las direcciones, y a las negociaciones…

De las promesas solemnes, pensó Olivia, y de las excusas sinceras. Todas esas voces de Burbank y Beverly Hills se alzaban como una marea hasta cubrir los diques y fluían desbordadas hacia el mar, amenazando con arrastrar todas las palmeras y a todos los personajes.

Entonces fue Eve quien cogió a Olivia por el codo.

Unos pasos más allá había una máquina que parecía un cruce entre un coche de bomberos y un calíope con los pistones de una locomotora, los diales de un horno y la bocina de un gramófono.

De pie delante de la máquina había un hombrecillo con barba puntiaguda y quevedos.

Eve se puso el último trocito de churro en la boca y se sacudió el azúcar de las manos.

—¿Qué es esta máquina?

—¿Esto? —dijo el hombre—. Es el Astrologicón.

Los tres lo contemplaron.

—Habrán observado que he dicho «el» y no «un» —continuó el hombrecillo—. Porque es el único que existe en el mundo.

Lo dijo con cierta tristeza, como si hablara del último ejemplar vivo de alguna especie exótica.

—Pero ¿qué hace?

—¡Ah! —dijo él—. Qué hace.

Con el pulgar y dos dedos más se afiló la punta de la barba.

—Una vez que esté en posesión de unos cuantos atributos esenciales de su persona, el Astrologicón consultará las leyes de la química y la distribución de los astros y le proporcionará instrucciones irrefutables, indiscutibles e imprescindibles. Por un dólar.

—Hagámoslo, Eve.

El propietario aceptó el pago de Eve y, con mucha ceremonia, colocó el dinero en una cajita de hojalata. Entonces procedió a recoger los atributos esenciales y a calibrar su artilugio. Pulsó las letras del nombre de Eve en un panel compuesto con teclas de máquina de escribir. Ajustó tres diales adyacentes para marcar el año, el mes y el día de su nacimiento, y luego otros dos diales para marcar su peso y su estatura. Hizo girar una flecha clavada en un espectro de colores

hasta dar con la pigmentación exacta de sus ojos. Y por último, le entregó a Eve el extremo de un estetoscopio que estaba conectado al mecanismo interno de la máquina.

—Si es usted tan amable —dijo señalándole el esternón con timidez.

Eve deslizó el estetoscopio bajo el escote de su vestido y de pronto los latidos de su corazón sonaron a través de la bocina del gramófono.

El propietario asintió satisfecho. Tras reclamar el estetoscopio, se metió la mano en el bolsillo del reloj y sacó una ficha de latón.

—Le advierto, señorita, que el Astrologicón no debe tomarse a la ligera. Sospecho que la senda de su vida aparece claramente ante usted, una senda que con toda probabilidad es popular, conveniente y provechosa. Pero al Astrologicón no le importan la popularidad, la conveniencia ni el provecho. En cambio, como el oráculo de Delfos, le aconsejará lo que tiene que hacer independientemente de opiniones, dificultades y costes.

Le entregó la ficha a Eve y señaló una ranura de la máquina marcada con cuatro flechas convergentes. Entonces juntó las manos e inclinó la cabeza.

Sin vacilar ni un instante, Eve introdujo la ficha en la ranura.

Se oyó un zumbido seguido de un rumor. Las agujas de los indicadores de temperatura empezaron a subir, y tras un estallido de vapor, los engranajes del motor pusieron en movimiento los pistones y los molinetes. El propietario acompañó a Eve y a Olivia hasta el otro extremo de la máquina y fue señalando cada una de las fases cinéticas —el interpolador, el centrifugador y el espitemólogo—, hasta que, con el sonido del timbre de un oficinista, cayó un sobre en un carrito para tostadas de plata de ley. El sobre iba dirigido a Evelyn Ross, 16 de noviembre de 1938.

Eve le dio las gracias al propietario. Luego condujo a Olivia a un sitio sin gente bajo la luz de una farola y le puso el sobre en la mano.

—Diga lo que diga, deberías seguirlo al pie de la letra, Livvy.

Olivia no sonrió al recibir esa sugerencia. Se limitó a asentir con la cabeza y cogió el sobre.

Luego siguieron su camino, más allá de la montaña rusa, hacia el final del muelle, desde donde vieron los barcos-casino cabeceando

fuera de los límites de la ciudad. Y Olivia tuvo la impresión de que el continente se inclinaba y toda California iba a resbalar hacia el mar. Y aunque no recordaba con exactitud la referencia, ni si era de la mitología o de la Biblia, instintivamente supo, a medida que se acercaban al final del muelle, que pasara lo que pasase no debía mirar atrás.

Litsky

Las chicas de la pista de baile de El Rey eran de todos sus colores favoritos. Había chicas del otro lado de Río Grande, con la tez color tequila, que para disuadirlo agitaban tímidamente los dedos y movían la cabeza. Había chicas de Alabama y Nueva Orleans, que tenían la tez color bourbon y una disposición el doble de dulce. Y las chicas de las islas eran oscuras como un vaso de melaza de remolacha. Ocre, tostado, bronce, castaño, rojizo, pistola, brea: a Litsky le gustaban todas. Qué más daba que él fuese el único blanquito de Shepherd Avenue. Qué más daba que fuese el único blanquito de toda Los Ángeles.

En la época dorada de la avenida, cuando los fervorosos servicios religiosos estaban en su apogeo, había limusinas de Bel Air paradas junto al bordillo desde el viernes por la noche hasta que terminaban los sermones del domingo por la mañana. Era un vecindario de color, desde luego, pero con porches bien pintados y postes de barbería. En 1927 Bernie Wisenheimer —que tenía un don para hacer dinero a costa de quienes no sabían hacerlo ellos mismos— compró un motel en una manzana vacía y lo bautizó como Rum Tum Club. Les puso esmoquin a los chicos de la orquesta y repartió unos cuantos paneles forrados de cuero rojo alrededor de las mesas de cuatro. Luego tendió una cuerda en medio de la pista de baile, para que los que sí y los que no supieran dónde tenían que bailar.

Pero después de la crisis económica, Bernie se arruinó como el resto de sus vecinos. La pintura del porche se peló, los postes de las barberías dejaron de girar y los presuntuosos buscaron refugio en lugares más seguros. En el verano del 36, cuando un harlemita originario de La Habana volvió a abrir el club y lo llamó «El Rey», ya

no necesitó tender una cuerda para separar la pista de baile, pero de todos modos la dejó en el suelo. Y como las orquestas tocaban un jazz tan mestizo como él, las chicas del barrio sudaban hasta que les chorreaba el vestido y se contoneaban encantadas sobre aquella cuerda.

Por eso Litsky no daba crédito a lo que veían sus ojos cuando el primer sábado de febrero se abrió la puerta principal a las once de la noche y entró la señorita Olivia de Havilland con un vestido rojo de tirantes. Iba del brazo de aquella rubia mellada de la que tanto había oído hablar, la que nadie sabía de dónde había salido. Y si no lo engañaba la vista, ninguna de las dos llevaba sujetador. Con la rubia en cabeza, las chicas ocuparon una de las mesas cerca de la orquesta y pidieron tequila con lima como si hubiesen nacido en Tijuana.

El año anterior, Litsky había seguido a Dehavvy por ahí, como todo el mundo; pero no había servido de nada gastar tanta suela de zapato, porque los chicos del estudio la llevaban atada en corto y se notaba. Una soda a las seis, la cena a las siete y luego a casa: le daban un vaso de leche y la dejaban bien arropada en la cama. Pero no se les podía reprochar, claro. Sabían perfectamente lo que tenían en las manos: el elemento setenta y nueve.

Porque lo que querían ver papá y mamá todos los sábados por la noche cuando iban al cine —y por lo que habían pagado con aquellas monedas de cinco centavos que tanto les había costado ganar— era una historia fantasiosa con un final feliz protagonizada por una chica normal y corriente. Y Dehavvy era precisamente eso, una joven tan perfecta en persona como en la pantalla.

Jack Warner, que lo sabía todo sobre cómo sacarle partido al dinero y hacía trabajar a Dehavvy como quien tiene un caballo, la metía en una nueva película cada tres o cuatro meses. Es decir, hasta que se la prestó a Selznick International para que hiciera un papel en *Lo que el viento se llevó*. Dejar que una de sus estrellas trabajara para otro estudio iba contra todos los principios de Jack. Sin embargo, en la calle se comentaba que Dehavvy se había hecho amiga de la señora

Warner tomando el té en el Brown Derby y que la señora Warner le había retorcido el brazo a Jack hasta que éste había claudicado.

De modo que aquella rubia salida de no se sabe dónde debía de tener a los chicos de los estudios subiéndose por las paredes. Incluso de lejos te dabas cuenta de que a ella nadie la llevaba atada. Con los ojos entornados de una asesina, escudriñó el lugar y le gustó lo que vio. Le gustaron la orquesta, el tiempo, el tequila: todo el tinglado. Si Dehavvy se había hecho amiga de aquella chica, no habría que esperar mucho para que el lugar equivocado y el momento equivocado celebrasen su triste unión.

Dicen que en la variedad está el gusto, pero la orquesta de El Rey no parecía haberse enterado, porque el tema de las trompetas empezaba a sonar por tercera vez. La canción, una especie de cruce entre una ranchera y una rumba, brincaba durante veinte compases hasta que todos los miembros de la orquesta dejaban de tocar y gritaban «¡La casa!», para luego retomar la canción por donde la habían dejado. Cuando lo tocaron por segunda vez, Litsky puso cara de hartazgo y pensó: «aficionados». Sin embargo, volvían a tocarla, y el público, sonriente, asentía con la cabeza. Tal vez los gauchos estaban un poco más borrachos, o tal vez ansiaban exhibir los pasos que habían practicado en la segunda toma, porque en un abrir y cerrar de ojos habían arrastrado a sus parejas a la pista, donde ya las tenían agarradas por la cintura.

Dehavvy se habría sonrojado si no hubiese estado tan ocupada parpadeando. Con veintidós años, cuarenta y cinco kilos de peso y los omoplatos apuntando bajo la piel, tenía mejor aspecto que en el 37, pero todavía le faltaba un año de segundas raciones para parecer una mujer.

—Eh, fotógrafo.

Litsky giró la cabeza. El barítono perezoso de detrás de la barra se estaba secando las manos con un trapo sucio.

—¿Vas a tomar algo? ¿O te vas a quedar ahí sentado toda la noche?

—¿Tienes mucha prisa?

—Aquí se viene a pedir copas.

—Sí, sí…

Litsky se sacó un billete del bolsillo y lo puso encima de la barra.

—Ponme un whisky de centeno con hielo. Y esta vez sírvemelo de la botella y no de una jarra.

Ol' Man River se alejó un momento y regresó con el whisky y el cambio. Litsky dejó una moneda de cinco centavos en la barra para expresar su agradecimiento por el excelente servicio. Entonces se volvió en el taburete, apoyó la espalda en la barra y removió los cubitos de hielo con un dedo.

En la mesa de al lado de la orquesta, la rubia movía la cabeza al compás de la música con una sonrisa que parecía indicar que le gustaba más lo que sonaba ahora. Dio una calada al cigarrillo y lanzó una columna de humo hacia el techo.

McNulty, aquel cabeza de chorlito de *Picture Play*, sabía de buena tinta que la chica era novia de un gánster y había huido de Chicago. Pero, además de que las novias de gánsteres no se escondían en Hollywood cuando se fugaban, el pie de foto no encajaba con el personaje. Tenía un aire a clase alta innegable. Becker, el plumilla, aseguraba que era otra berlinesa que huía del *führer*. Pero eso tampoco tenía sentido. Aquella rubia transmitía tanta *joie de vivre* que jamás le habrían concedido un visado para entrar en Alemania.

En ese momento, Eve estaba inclinada hacia delante diciéndole algo a Dehavvy mientras señalaba al percusionista con el cigarrillo. Dehavvy la escuchaba y asentía con la embelesada atención de los recién acogidos por un mentor.

«¿Quién demonios es?», se preguntó Litsky por una vez.

Y habría dejado que su mente se entretuviera con aquel enigma si dos latinos no hubiesen empezado a armar jaleo al final de la barra. El primero estaba diciendo algo sobre la virilidad del segundo. Cuando el segundo se levantó derribando el taburete, Ol' Man River puso sus ganchos de carne encima de la barra y les ordenó que salieran afuera. El primero escupió en el suelo y se dirigió a la puerta seguido de su séquito. El segundo contó hasta cinco. Luego señaló a tres de sus amigos, que estaban hurgándose entre los dientes en una mesa

cercana, y salieron todos detrás.

—Chicanos —dijo Litsky negando con la cabeza—. Nada les gusta más que pelearse entre ellos.

Pero después de desviar la mirada hacia Dehavvy, que estaba bebiéndose el tequila a pequeños sorbos como una colegiala, Litsky miró otra vez a los tres amigos, que salían pavoneándose por la puerta. Entonces cogió su moneda de la barra, fue al teléfono que había junto a los lavabos y llamó a la comisaría más cercana de la policía de Los Ángeles.

—Quiero informar de una pelea con armas blancas —dijo por el auricular—. Sí, eso es, una pelea con armas blancas. En el aparcamiento de El Rey. En Shepherd, a la altura de Central. ¿Que cuándo ha sido? Va a empezar ahora mismo.

Litsky colgó el teléfono.

«Esto sí que va a ser interesante», se dijo, como un filósofo. Sin embargo, cuando volvió a su taburete Dehavvy y la rubia se habían marchado.

Litsky las buscó por la zona de la mesa donde habían estado sentadas y los lavabos de señoras, pero no las vio. Así que revisó el club de cabo a rabo; y mira por dónde, allí estaban: codo con codo en la pista de baile.

La orquesta tocaba «Begin the Beguine» en versión Mexicali. Por orden del líder de la orquesta, o por una suerte de instinto colectivo, todos los chicos se habían colocado a un lado de la cuerda y las chicas al otro. La versión de la orquesta aplicaba matemáticas avanzadas, y las chicas del barrio le sacaban el máximo partido. Hacían largas divisiones con las caderas y sacudían los pechos a la decimotercera potencia. Ni Dehavvy ni la rubia podían seguirlas: no tenían el cuerpo ni los orígenes aptos para eso. Pero se habían integrado bien.

Tal vez debería reconocerle a la rubia el mérito de haber llevado a Dehavvy a El Rey, porque si alguno de los presentes en la pista de baile sabía quién era no se notaba. Cuando los lugareños llegaban a El Rey, ya llevaban todo el día mostrándose respetuosos. (Sí, señora. No, señora. Gracias, señora.) Y ahora se balanceaban en un estado de sereno éxtasis con los ojos entornados.

En eso estaba pensando Litsky cuando la orquesta empezó a tocar «Mi casa» por cuarta vez. De pronto, todos los asientos del local se vaciaron. La rubia y Dehavvy se habían colocado cada una a un lado de la cuerda y se copiaban los movimientos: movían la cabeza a la vez mientras esperaban a que llegase el compás número veinte para poder ponerse de puntillas y gritar «¡Mi casa!» con los demás.

A pesar de la subida del volumen de la música, Litsky oyó el dulce e inconfundible sonido de las sirenas a lo lejos. Miró hacia la entrada del club justo cuando un chico vestido de chófer entraba a toda prisa por la puerta. El chico se quitó la gorra como si entrara en la iglesia y, en cuanto vio a la rubia, fue derecho a la pista de baile.

Litsky se bajó del taburete.

El chico llamó a la rubia desde el borde de la pista y le dijo algo al oído. Desde el otro extremo de la sala, Litsky vio que ella entornaba los ojos y luego daba una serie de órdenes, como si fuera un sargento instructor. El chico volvió a su coche y la rubia cogió a Dehavvy de la mano. La sacó de la pista de baile y se la llevó más allá de la tarima de la orquesta, hacia la puerta de la cocina. Litsky cogió su bolsa de debajo del taburete, se sentó en la barra y pasó las piernas al otro lado, derribando de camino una botella de cerveza.

—¡Eh! —le gritó Ol' Man River.

Litsky salió a toda prisa por la puerta de carga y llegó a la calle. Al rodear la parte trasera del club, vio las luces de la cocina a través de la puerta mosquitera y casi a la vez un Packard verde oscuro que aparecía por la otra dirección. Apenas había tenido tiempo para prepararse cuando se abrió la puerta y salió la rubia tirando de Dehavvy. Litsky se enderezó y silbó. Las dos mujeres levantaron la cabeza y él disparó con un gran fogonazo de flash. Cayeron chispas al suelo; la atmósfera se llenó de olor a azufre. La rubia no soltó a Dehavvy hasta tenerla a salvo dentro del coche; entonces se volvió hacia Litsky enseñando los dientes, pero él ya había desaparecido.

Él ya estaba trazando un amplio círculo entre la maleza en dirección a Central Avenue, donde había tenido el gran acierto de dejar su coche. Se sentó al volante, metió la marcha y giró hacia Shepherd. En el aparcamiento de El Rey vio a los policías formando un corro

cerrado y conversando con los contendientes latinos. Los saludó a todos al pasar y encendió la radio.

Era otra canción sensiblera de aquel charlatán, Bing Crosby. Litsky odiaba a Bing Crosby.

Pero dejó el dial donde estaba y al rato se sorprendió cantando alegremente. Porque en el instante en que se había disparado el flash, cuando las chicas levantaron la vista sorprendidas, Litsky alcanzó a ver que a Dehavvy se le había enganchado el vestido con algo al salir corriendo por la puerta. Se le había roto un tirante y la tela de seda se había caído, y lo que Litsky tenía ante él era una de esas fotografías sublimes que hacen sonar las cajas registradoras.

Litsky conducía por Sunset observando los edificios que se deslizaban al otro lado del parabrisas. Era como pasar las páginas de *The Oxford History of Class Acts*: en la esquina de Fairfax Avenue estaba el hotel donde Clark Gable había intentado descolgarse por una sábana desde la ventana del tercer piso; una manzana más allá de La Ciénaga estaba el Café Trocadero, donde Gloria Swanson había estado a punto de arrancarle los párpados al Ángel Azul; y unas puertas más abajo estaba Antonio's, donde Louis Mayer había empezado a cenar lechuga porque ya no podía cruzar sus gruesos deditos detrás de la espalda al hacer una promesa.

En la sexta planta del edificio Fulwider, las luces estaban apagadas en el despacho de la esquina, como era de esperar. Humpty-Dumpty debía de haber vuelto a casa para recuperar las horas de sueño que no había dormido encima de su escritorio.

Litsky torció por Cory y paró en O'Malley's. Estaba vacío, como de costumbre. El mismo O'Malley en persona estaba subido a un taburete de despensa y quitaba las luces de colores que aún colgaban sobre la barra.

—Hola, Santy Claus.

O'Malley miró hacia atrás e hizo una mueca. Se bajó del taburete y dejó las luces colgando de un gancho.

—Una ronda para todos, invito yo —dijo Litsky.

—Muy gracioso —replicó O’Malley agarrando una botella por el cuello como quien agarra un pato para estrangularlo.

Después de servir el whisky, se fijó por fin en la expresión de Litsky.

—Pareces el canario de la mina de carbón.

—Se dice «el gato que cazó el canario», hombre. Pero vas por buen camino.

—Gatos, minas de carbón… —dijo O’Malley encogiéndose de hombros—. ¿Qué diferencia hay?

Litsky agitó su vaso vacío y lo puso encima de la barra.

—Sigue llenándome el vaso y tal vez te enseñe un par de cosas sobre esta ciudad.

O’Malley cogió la botella y Litsky fue a la cabina telefónica que había al fondo del local. Tras cerrar la puerta, se quitó el sombrero y sacó un trozo de papel de la banda interior. Rasgado y manchado, contenía cinco números de teléfono nada fáciles de conseguir. Litsky marcó el quinto, el número particular de un tal Marcus Benton, el abogado personal de David O. Selznick. Por el tono somnoliento con el que dijo «Hola», se notaba que Benton era un hombre culto. Un hombre mesurado. Un hombre que conocía la diferencia entre ser inteligente y ahorrativo y ser necio y tacaño.

—Soy Jeremiah Litsky —dijo Litsky por el auricular—. Así es, ese Litsky… Sí, sé qué hora es… Ahora no importa cómo haya conseguido su número. Se alegrará de que lo tenga… Eso es, asesor. Tengo una cosa que le interesa… ¿Si es grande? Va a necesitar una escalerilla para ver por encima… ¿Conoce la cafetería de Little Santa Monica?… Debería venir a verme allí algún día. Mañana a las ocho, por ejemplo. Y traiga la cartera.

Litsky colgó.

Porque aquí está la cosa: a papá y mamá les encantaba ver a una chica normal y corriente en la gran pantalla, en lo más alto, pero aún les gustaba más verla caer de nuevo al suelo. Eso no significaba que mamá y papá fueran malas personas. No tenían ni un ápice de maldad; simplemente no podían evitarlo. Los alemanes lo llaman *schadenfreude*. Litsky lo llamaba «naturaleza humana», que no es más que una manera elegante de referirse a los defectos que Dios nos ha

dado y que no tenemos intención de devolver.

Litsky se guardó el trocito de papel en el sombrero y se puso el sombrero en la cabeza.

Luego metió otra moneda en el teléfono. Ese número no necesitaba consultarlo: se sabía todos los dígitos de memoria. Después de dieciséis tonos, Humpty-Dumpty contestó.

—Soy yo, Litsky... Sí, ya sé qué hora es. Todo el mundo sabe qué hora es... ¿Que qué es tan importante? Pues mira, que me largo. Un momento. ¿Puedes volver a decir eso más despacio? Para que pueda anotarlo. Se merece aparecer en los libros de historia... Sí. Lo mismo digo.

Litsky colgó y salió de la cabina. Cuando volvió a su taburete, lo estaba esperando su copa.

Y también la rubia mellada.

Estaba sentada, sola, al extremo opuesto de la barra.

Él no podía creerlo. Debía de haberlo visto pasar en coche por delante del club y le había ordenado al chófer que lo siguiera. Y allí estaba ahora, saludándolo como si fuera una simple ciudadana que acababa de entrar por casualidad en un bar.

Cuando ella pidió un whisky con soda, Litsky le dijo a O'Malley que lo anotara en su cuenta. Ella le dedicó una amistosa sonrisa de agradecimiento y luego se acercó con su bebida.

—Hola. Me llamo Evelyn Ross.

—Jeremiah Litsky.

Ella señaló una mesa para dos en el centro de la sala.

—¿Quiere acompañarme, señor Litsky?

—Desde luego.

Mientras él buscaba su bolsa, la chica cogió el vaso de Litsky y se lo llevó a la mesa. Una vez sentados a la mesa, él se dio cuenta de lo increíblemente hermosa que era. Rubia, ojos azules, y para colmo con una bonita figura y cintura de avispa. No era su tipo, pero sin la cicatriz y la cojera habría sido el tipo de cualquiera.

«Mala suerte», se dijo, y sintió una especie de temblor que habría podido confundirse con compasión.

Ella alzó su copa y ambos bebieron sin dejar de mirarse a los ojos.

Aunque también podría ser que él estuviese completamente equivocado…

Quizá en esa ciudad la cicatriz fuese una ventaja. En Hollywood, cuando un chico guapo se baja del autobús, todas las mujeres presentes en un radio de cincuenta kilómetros afilan sus garras. Y los chicos del mundillo tienen razones para desconfiar cuando ven una cara bonita, porque nunca saben realmente qué está buscando hasta más adelante. Pero con esa cicatriz a Evelyn Ross no iban a ofrecerle pruebas de cámara.

Y eso hacía que te preguntaras qué había ido a hacer allí.

Mientras Litsky reflexionaba sobre todo esto, ella estaba sentada con las piernas cruzadas, tomando sorbitos de su bebida y jugando con su zapato: lo soltaba del talón y lo dejaba colgando de los dedos del pie un instante antes de volver a ponérselo.

—¿A qué se dedica, señor Litsky?

Él removió los cubitos de hielo de su vaso con un dedo.

—Soy miembro del cuarto poder.

—¿Periodista? —dijo ella sacando un cigarrillo—. Vaya, debe de ser una profesión fascinante en una ciudad así. Cuénteme.

Se quedó callada con el cigarrillo sin encender entre los dedos esperando a que Litsky prendiera una cerilla. Pero él tomó un sorbo de su whisky.

—Puedes ahorrarte el trabajo, rubia. Sé perfectamente quién eres.

—¿Ah, sí? ¿Y quién soy?

—Eres la que entra por el vestíbulo y sale por la puerta de la cocina.

Satisfecho con su forma de expresarlo, Litsky sonrió por primera vez en un año.

—¡Oh! ¡Qué dientes tan grandes tienes, abuelita! —replicó ella.

Él alzó su vaso en un gesto afirmativo y lo vació en su honor.

—¿Quieres saber cómo es esta ciudad? —dijo él—. Te lo voy a decir: es como una sala de espera. Es la sala de espera más grande del mundo. Todos estamos sentados en unos bancos de madera leyendo el periódico de ayer, comiendo las sobras de ayer, pero de vez en cuando se abre la puerta del andén y el revisor deja que uno de nosotros salga y suba al PayDay Express. A veces es un escritorzuelo que trabaja en

la sala del correo y cuya historia ha llegado hasta un gran mesa de roble. Otras es una delicada doncella, como su amiga, recién llegada de la granja. Y a veces le toca a un tipo normal y corriente como yo.

Dio unos golpecitos en la bolsa que había dejado encima de la mesa.

—Y cuando se abre esa puerta… —añadió.

—Más vale que pases por ella porque es posible que no vuelva a abrirse nunca más.

—Bingo, Blondie.

La chica apoyó la barbilla en una mano y lo miró con aire soñador.

—Tienes un bigote muy bonito, señor Litsky. ¿Cómo lo haces? ¿Cómo consigues que quede tan fino?

—Tengo un pulso muy bueno.

—Ya lo veo. Mira, te voy a contar una historia —dijo ella, que por fin se tomó el tiempo de encenderse el cigarrillo, sacudir la cerilla y lanzarla por encima del hombro.

La historia trataba sobre un italiano grueso y bajito que se dedicaba a hacer el bien. Aquel tipo diseñaba decorados para las óperas de Milán y Nueva York antes de marcharse al Oeste. En cuanto se metió en un plató de Hollywood, se llevó a todos los chicos de su país, ya sabes: carpinteros, pintores y albañiles que habían construido la Capilla Sixtina, pero que acababan de desembarcar y estaban dispuestos a trabajar por cinco centavos al día. Al poco tiempo, todos los estudios querían contratar a aquel hombre. Construía Dodge Cities, castillos y salones en Versalles y ganaba medio millón de dólares al año. Así que, lógicamente, derribó su choza de Doheny e hizo que sus chicos le construyeran una mansión con todas las comodidades. Se mudó el 1 de agosto de 1935 y a la mañana siguiente lo encontraron flotando en su piscina.

Litsky se acordaba de la ola de calor del 35. De hecho, sentado en O'Malley escuchando el relato de la rubia, casi podía notar aquel bochorno; casi podía oír el agua acariciando el borde de la piscina mientras los coches de policía se detenían en el camino de acceso a la casa.

Los polis enseguida se dieron cuenta de que aquello no era ningún accidente. La víctima no tenía ningún golpe en la cabeza, ni alcohol en

la sangre. Así que empezaron a preguntarse si podía tratarse de una de esas *vendettas* importadas de su país natal: ¿se habría cansado alguno de sus paisanos de trabajar por unos centavos? ¿Estaría poniéndose nerviosa la competencia?

Blondie se recostó en el respaldo y lanzó un poco de humo hacia el techo.

—En realidad, señor Litsky, ¿sabe qué lo mató?

—No —dijo Litsky secándose el sudor de la frente—. ¿Qué?

—El sistema métrico.

Litsky se sorprendió...

—¿El sistema métrico?

—Verá, nuestro pequeño empresario no sabía nadar. Así que, cuando le estaban construyendo la piscina, le ordenó al albañil que la hiciese de una yarda y media de profundidad: así podría sumergirse y siempre tendría la cabeza fuera del agua. Pero el albañil, que acababa de llegar a Estados Unidos, no sabía qué era una yarda. Y cuando lo preguntó, uno de sus paisanos le dijo que era lo mismo que un metro. Sin embargo, como usted debe de saber, señor Litsky, un metro mide algo más que una yarda. Así que eso es lo que el billete del Payday Express le compró a ese hombre: trece centímetros más de agua.

Litsky se levantó para marcharse, pero la habitación se inclinó un poco hacia la izquierda.

—Es una historia estupenda, Blondie.

Litsky fue a coger su bolsa. Sabía que dentro había algo importante. Algo como su futuro. O quizá su pasado. No se acordaba. Fuera lo que fuese, pesaba como el demonio.

—Déjeme ayudarlo —dijo una voz maternal.

Liberado de su carga, el cuerpo de Litsky flotó un metro y medio por encima del suelo, quedó suspendido un momento en el aire y luego volvió a posarse en su asiento.

En el estante de detrás de la barra, una diminuta orquesta tocaba un tema con muchas trompetas por enésima vez. Litsky puso una mano encima de la mesa e intentó levantarse, pero no consiguió moverse. Sacudió el mecanismo interno de su cabeza, y por un instante vio con claridad las facciones de aquella rubia salida de no se sabía dónde.

Ella lo observaba del mismo modo que había observado a la orquesta: con los ojos entornados y una sonrisa de «eso ya está mejor».

La chica se inclinó tanto hacia él que Litsky alcanzó a oler su perfume.

—¿De dónde has salido? —se oyó preguntar él.

—De un huracán —contestó ella.

Entonces la cálida circunferencia de su belleza empezó a retroceder, a difuminarse, hasta que desapareció.

En la periferia de su conciencia, alguien muy parecido a Litsky derribó una silla. Su estrépito sonó en los venerables pasillos de Hollywood y resonó en el techo de hojalata. Se cerró una puerta, una orquesta abandonó su búsqueda del vigésimo compás y una guirnalda de luces navideñas que oscilaba suavemente fue apagándose bombilla a bombilla, dejando a Litsky en el abrazo negro como el ébano de las eternidades.

Marcus

El miércoles 15 de marzo, Marcus Benton separó los listones de la persiana de su ventana con dos dedos, miró el solar y pensó que todavía no estaba acostumbrado a aquel clima. Sin una sola hora de frío invernal, febrero no había parecido febrero, del mismo modo que julio no parecería julio. En el sur de California se diría que la primavera se repetía semana tras semana, mes tras mes, año tras año.

Alguien debía de haber escuchado sus pensamientos porque un joven descalzo con un sombrero de paja salió de repente del Edificio Tres con una improvisada caña de pescar apoyada en el hombro.

De niño, Marcus habría hecho una mejor con los ojos cerrados. Habría descortezado un árbol joven, doblado y enhebrado una aguja, hecho un nudo de doble bisagra. Después de escabullirse por la puerta trasera de la escuela, habría bordeado el ayuntamiento para evitar el almacén de piensos, y luego habría dado la vuelta hasta Keeper's Hollow, donde Whistling Bobby McGuire ya habría lanzado su sedal. Pero allí, en Culver City, el chico del sombrero de paja se cruzó con una joven rubia vestida con una blusa de color azul intenso que lo detuvo. Ella le hizo una pregunta y él señaló hacia el despacho de Marcus.

Marcus soltó los listones de la persiana.

Volvió a sentarse a la mesa y sacó la carpeta verde. Un vistazo a la fotografía que contenía le confirmó que estaba esperando precisamente a esa rubia de la blusa azul. Hojeó el archivo, repasando lo poco que ya sabían: que había crecido en Nueva York, estudiado en una elitista escuela europea y trabajado un año en una editorial, y que seis meses atrás había huido de los chismorreos de Manhattan después de romperse repentinamente su compromiso con un banquero de sangre azul.

Le habría gustado saber más cosas, por supuesto (siempre querías

saber más). Pero bastaba con lo que tenía. Porque en el fondo la cuestión era sencilla: se trataba de hacer que la joven sintiese que formaba parte de un proyecto mayor.

Marcus lo había aprendido en su época de abogado procesalista en Arkansas. En el estrado del jurado del tribunal de Pulaski County —como en cualquier estrado del jurado del país—, podías esperar encontrar una muestra de la condición humana: un mosaico de intelectos y experiencias, personalidades y prejuicios. Para convencer a aquellas doce almas tan diversas de la validez de un argumento, un abogado no podía confiar en la lógica, ni en la ciencia, ni siquiera en la justicia. Al fin y al cabo, Sócrates no pudo convencer a los ancianos de Atenas de su inocencia, ni Galileo al papa, ni Jesucristo al pueblo de Jerusalén. Para convencer a los miembros de un jurado, uno debe arrastrarlos al curso de los acontecimientos.

Uno debe hacerles comprender que no los han hecho ir hasta el tribunal tan sólo para cumplir con una obligación cívica, sino para participar. Cada miembro del jurado es un protagonista que debe interpretar su papel en el juicio, igual que se interpreta un papel en una reunión familiar, o cenando en casa de un amigo, o en el banco de una iglesia, todos ellos lugares donde consciente o inconscientemente sabemos que los puntos fuertes y los puntos débiles de nuestros vecinos son indistinguibles de los nuestros.

Así es como Marcus libró a David de aquel pleito en Arkansas. Gracias a los periódicos, semanas antes del juicio la buena gente de Little Rock ya sabía que David Selznick era un magnate de Hollywood. Todos sabían que era millonario, urbanita y judío. Y ésa era la esencia implícita del caso del abogado contrario: que por ser quien era, Selznick se merecía un escarmiento. Así, admitiendo que todo eso era cierto, Marcus —el traje un poco arrugado, el pelo un poco alborotado— hizo volver al jurado al principio. Llamó a David al estrado y le hizo hablar de su juventud en un barrio obrero de Pittsburgh; le hizo hablar de cómo había ayudado a llegar a fin de mes a su familia cuando tenía veintiún años porque su padre pasaba una mala racha; y sorteando objeciones de relevancia, le hizo hablar de cómo se había enamorado del cine viendo películas de Buster Keaton a los trece años.

Seis meses más tarde Marcus estaba siguiendo una línea de interrogatorio similar en un tribunal del condado de Los Ángeles.

Cuando David lo llamó para pedirle ayuda, Marcus lo rechazó. Pero David fue muy persuasivo, como siempre: sólo le llevaría unas semanas, dijo; él se encargaría de que a Marcus le valiera la pena; y no había nadie en todo el país en quien pudiese confiar para hacer aquel trabajo. Como incentivo añadido, David envió un avión. Con Marcus sentado solo en la cabina de pasajeros —con un vaso de su bourbon favorito en la mano—, el avión dibujó su línea de puntos desde Little Rock por todo el *dust bowl* y por encima del Gran Cañón y el valle de la Muerte hasta el aeródromo de Santa Mónica donde David esperaba junto a su Rolls Royce. Y cuando llegaron a Selznick International y entraron en el Edificio Dos, David abrió con un elaborado floreo una puerta de madera de roble y reveló… el pequeño despacho de Marcus en Little Rock.

Con un poco de ayuda del departamento de utilería, los decoradores de Selznick International habían diseñado una habitación que incluía las persianas de listones, el anticuado mapa del este de Arkansas y el busto romano de la estantería (aunque era un César de papel maché en lugar de un Cicerón de mármol).

Habían transcurrido cuatro años desde entonces.

Marcus examinó el tablero de su mesa. Pulcramente colocados a lo largo del borde había siete montones de papel de veinticinco centímetros de alto cada uno. Aquello no era del departamento de utilería, sino un elemento esencial de la laboriosidad de su cliente, un hombre para quien ningún desaire era demasiado fortuito, ninguna promesa demasiado efímera, ningún centavo demasiado escaso para no luchar por él. Selznick versus un Estudio. Selznick versus una Estrella. Selznick versus la Temperatura, el Tiempo y la Tendencia.

—Señor Benton —dijo una voz electrónica—. Está aquí la señorita Evelyn Ross.

Marcus guardó una carpeta en un cajón y pulsó el botón del intercomunicador.

—Hágala pasar, por favor.

Como era su costumbre, Marcus rodeó la mesa para recibir a su

visita y hacerla sentirse cómoda. Pero se llevó una sorpresa cuando por la puerta entró la rubia vestida de azul con la caña de pescar del chico descalzo apoyada en el hombro y el sombrero de paja en la cabeza.

La joven apenas le dio oportunidad de presentarse.

—¿Sabía que a escasos metros de aquí hay un tramo del río Misisipi? ¡Y no sólo tiene un embarcadero desvencijado y una barcaza sino que está lleno de peces!

Marcus se rió.

—Nos esmeramos en la verosimilitud, señorita Ross.

—Lo recordaré.

Señaló la librería con la caña de pescar.

—¿Puedo?

—Por supuesto.

Apoyó la caña en posición vertical y puso el sombrero en el estante, junto a la cabeza de César. Luego se sentó, cruzó las piernas e hizo rebotar ligeramente un pie.

Marcus sonrió para sí. En cuestión de sesenta segundos había descubierto más cosas sobre Evelyn Ross de lo que los detectives del estudio habían descubierto en tres semanas. La joven que tenía sentada delante no era originaria de Nueva York. La desenvoltura, la sonrisa cautivadora y la chispa de la mirada eran características de las beldades del Medio Oeste. A lo largo de ciento cincuenta años, aquellas encantadoras damas criadas en granjas habían evolucionado para proporcionarnos un poco de consuelo al resto de nosotros cuando salimos mal parados de una venta de caballos, jugando a las cartas o de un noviazgo.

Si en Nueva York se había roto un compromiso, se dijo Marcus, sin duda lo había roto Evelyn Ross.

Ella señaló los siete montones de papel.

—¿Eso lo compra a granel?

—No me haga reír, señorita Ross. Pero mi padre regentaba un almacén de piensos en Arkansas. Yo me pasaba los veranos vendiendo todo tipo de cosas a granel. No sólo por kilos, sino también por fanegas y por cuartos de fanega.

—Eso debió de ponerlo muy fuerte.

—Lo que hizo fue enseñarme a calcular los pesos.

—¿Ah, sí? —dijo ella con una mirada juguetona—. ¿Y yo cuánto peso?

—Ésa no es una pregunta que deba contestar un caballero.

—No me ofendo fácilmente.

Él ladeó la cabeza.

—¿Cincuenta kilos...?

—¡No está nada mal! Sólo ha fallado por dos.

—¿De más o de menos?

—Bueno, eso sí que es ir demasiado lejos.

Marcus podía entender por qué un joven banquero de Manhattan habría hecho una proposición de matrimonio precipitada; y también podía imaginar por qué el compromiso no se había mantenido. Hasta sintió una pizca de lástima por aquel pobre desgraciado. Pero estaba intrigado: si el joven había sido el despechado, ¿por qué se había marchado la señorita Ross de Nueva York?

Ella balanceaba el pie arriba y abajo mientras esperaba a que él hablara.

—Le agradezco que haya venido tan pronto —empezó él—. Espero no haberle causado muchas molestias.

—En absoluto.

—Me alegro. La razón por la que le pedimos que viniera es muy sencilla. Básicamente, queremos darle las gracias. Sabemos que la señorita De Havilland y usted se han hecho buenas amigas; y también nos han contado que el mes pasado usted la ayudó a salir de un apuro...

—Para eso están los amigos —dijo ella.

—Exactamente, señorita Ross. Para eso están los amigos. La señorita De Havilland es una joven maravillosa con un futuro prometedor. Pero como usted misma habrá visto, hay personas dispuestas a aprovecharse de cualquier error que cometa. Por esa razón, nos haría un favor enorme si siguiera vigilándola.

—Veo que habla en plural, señor Benton. ¿A quién se refiere? ¿Hay alguien escondido detrás de todos esos montones de papel?

—No —dijo Marcus sonriendo—. Cuando hablo en plural me refiero al estudio. Pero más concretamente me refiero al señor Selznick, nuestro jefe; y a Jack Warner, de Warner Brothers, con quien la señorita De Havilland todavía tiene un contrato. Ambos se preocupan mucho por el bienestar de la señorita De Havilland.

—No me cabe duda. Pero ¿qué clase de errores imaginan? Supongo que no se refiere a que se le vuelva a romper el tirante del vestido, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Marcus con una risita seguida de una pausa reflexiva—. Sin tener culpa alguna, una joven en la situación de la señorita De Havilland se expone a numerosos peligros. Con los años, es inevitable que se produzcan... encuentros desafortunados. Relaciones incómodas. Alianzas desacertadas.

La señorita Ross adoptó una expresión de leve sorpresa.

—¡Encuentros, relaciones y alianzas! Señor Benton, vigilar que no suceda todo eso no me parece un favor, sino más bien un trabajo.

Los dispares miembros del jurado del condado de Pulaski, que habían dejado vagar el pensamiento amodorrados por el calor de la tarde, levantaron la cabeza todos a la vez. Porque tanto si se habían pasado la juventud en un molino o detrás de un arado, el salario recibido por una jornada de trabajo era un principio que todos comprendían muy bien.

Marcus fue a decir algo.

La señorita Ross arqueó las cejas.

Pero una voz impaciente en la sala de espera interrumpió el silencio.

Ambos giraron la cabeza hacia la réplica de la puerta, que se abrió de par en par y por la que entró un hombre de unos cuarenta años, con el pelo engominado, las mangas enrolladas y gafas de montura metálica.

—¿Es ella?

—David...

Se volvió hacia la señorita Ross.

—¿Y qué dice?

—Estábamos terminando. Iré a buscarte al plató en cuanto hayamos

acabado.

Sin hacerle caso a Marcus, David apartó los montones de hojas y se sentó en el borde del escritorio.

—La señorita Ross, ¿verdad? Soy David O. Selznick, el jefe del estudio.

David hizo una pausa para asegurarse de que se asimilaba plenamente esa declaración. Cuando la señorita Ross se mostró adecuadamente impresionada, él continuó:

—En estos momentos estamos rodando la que podría ser la película más importante de todos los tiempos. Y he salido del plató por una única razón: para revelarle el secreto mejor guardado de Hollywood.

La señorita Ross miró a Marcus y se retrepó en la silla con gesto de sincero entusiasmo. Por su parte, David siguió hablando con la urgencia que lo caracterizaba, sin ahorrarse detalles y sin preocuparse de si lo que decía contribuía a su propósito o lo desbarataba.

—No cabe duda de que al timón de Hollywood hay personalidades titánicas. Y a quienes leen los periódicos debe de parecerles que somos los únicos que merecemos el mérito o la condenación por lo que llega a las pantallas. Pero el cine es un arte contingente, señorita Ross. Sí, un gran productor tiene una visión y ensambla personalmente sus elementos. Tras una extensa búsqueda, elige a la Mona Lisa como modelo. Elige un vestido y cómo le cubrirá los hombros. La peina. Localiza el paisaje perfecto como fondo. Hace que se sienta cómoda, desinhibida. Luego, pacientemente, espera a que ella exprese su más íntima humanidad con una sonrisa, para poder capturarla en un lienzo. Pero en ese preciso instante se abren de par en par las puertas del estudio y por ellas entra una avalancha de actores, extras, dobles, cámaras, dobladores, decoradores, iluminadores, ayudantes… Y cada uno lleva su pincel.

David hablaba de sus empleados con una mueca de ligera contrariedad, como si su llegada señalara el segundo descenso de la civilización al Oscurantismo.

—Lo que intento explicarle, señorita Ross, es que todos y cada uno de los doscientos hombres y mujeres a los que he contratado para que me ayuden a hacer mi película pueden arruinarla.

Empezó a enumerar posibles contratiempos:

—Una línea de diálogo mal escrita. Una interpretación desafortunada. Un vestido demasiado chillón. Una iluminación poco favorecedora. Una música sensiblera. Cualquiera de estos fallos puede convertir un romance cuidadosamente elaborado en un bodrio, o una tragedia desgarradora en una farsa de vodevil. Y a esta lista de complicaciones añado la reputación pública de mis estrellas.

David se levantó y se enrolló un poco más las mangas: siempre lo hacía cuando se disponía a resumir.

—Una película no es ningún capricho, señorita Ross. No es ningún entretenimiento, ni el sueño de una noche de verano. Es algo más indefinido, esencial y único. Y mi trabajo consiste en asegurarme de que llega a su público en condiciones inmejorables.

Tendió una mano y la señorita Ross se la estrechó.

—Nos alegramos de tenerla a bordo —dijo él.

Entonces salió con decisión del despacho y cerró la puerta con tanta fuerza que la americana de Marcus osciló en el perchero.

La señorita Ross se levantó de la silla. No se levantó, como había hecho David, para señalar que fuese a resumir nada. Se levantó para poner los montones de papeles de Marcus en su sitio, tomándose su tiempo para cuadrar delicadamente los bordes de cada montón con la palma de las manos.

¿Cómo habré llegado a esto?, se preguntó Marcus. Cuando era un joven abogado, pasaba un día en los tribunales por cada día que pasaba detrás de su mesa. A lo largo del año, cuando él se levantaba con parsimonia de su asiento y se acercaba al estrado del jurado para dirigirse a los doce hombres que habían sido convocados para juzgar, todos ellos creados a imagen y semejanza del Señor, aunque no hubiera dos iguales, en la galería se agitaban los abanicos o se reprimían los estornudos. Si se había hecho abogado había sido precisamente pensando en ese momento: el momento en que la ciudadanía, decidida a aplicar toda su venganza o su misericordia, aún estaba dispuesta a escuchar.

Sin embargo, hacía más de tres años que Marcus no entraba en una sala de tribunal.

De hecho, la mitad de los documentos apilados encima de su mesa habían sido redactados para evitar la comparecencia ante un tribunal: aplazamientos, solicitudes de juicio sumario, condiciones de conciliación… Encima de la pila que la señorita Ross estaba enderezando había una moción de desestimación que probablemente había comenzado su viaje siendo un árbol. Solitario y majestuoso, ese árbol había dado sombra a alguna pequeña parcela de América. En un cementerio, tal vez, o en un prado, o a lo largo de un recodo del río donde Whistling Bobby McGuire ya había lanzado su sedal. Y entonces, tras medio siglo proporcionando alivio del sol de forma tan fiel, ese árbol había sido derribado sin contemplaciones para que un hombre de mediana edad sin esposa ni hijos sentado en una oficina a miles de kilómetros de distancia pudiera encadenar sus argumentos cuidadosamente formulados.

Mediante palabras, cláusulas, párrafos y páginas.

Mediante pliegos, manos y resmas.

En sólo tres años, Marcus debía de haber causado la tala de cuatro mil hectáreas de bosque virgen, dejando él solo una extensión equivalente a la de los montes Ozark tan desnuda como habrían podido dejarla cinco generaciones de constructores de buques.

A su padre le habría confundido mucho ver aquello. Su padre, que durante más de cuarenta años había atendido a cuatrocientas familias seis días por semana, proporcionándoles todo tipo de semillas y piensos por kilos, fanegas y cuartos de fanega, al morir había dejado una caja de hierro sin cerrar con un certificado de matrimonio, dos certificados de nacimiento, una hipoteca cancelada y un testamento escrito a mano: cinco hojas de papel en total.

Un rayo de sol adornó la mesa cubierta de documentos. Marcus siguió su sesgada trayectoria entre las persianas de listones, más allá del cristal, y al otro lado, hasta el final del solar, hasta el Gran Cañón y el valle de la Muerte, hasta los idílicos lugares del este de Arkansas por donde los afluentes del río Misisipi fluían sin esfuerzo ni interrupción.

La señorita Ross carraspeó educadamente.

Había vuelto a sentarse en su silla y sonreía. No era una sonrisa

engreída ni cruel, sino casi compasiva.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —se aventuró Marcus sin mucho entusiasmo.

—Creo que estábamos hablando de la diferencia entre un favor y un empleo.

—Así es, señorita Ross. Así es. ¿Qué tenía usted en mente?

—No tenía nada en mente. El caso es que no creo que me quede en Los Ángeles más de dos semanas.

Marcus asintió de un modo que delataba su decepción.

—Si no es indiscreción, señorita Ross, ¿por qué se marcha de Los Ángeles?

—Ahí fuera hay mucho mundo, señor Benton.

—Aquí dentro también.

—¿Ah, sí?

Marcus sonrió a su pesar. No podía evitar sentir cierta admiración por la señorita Ross, y también un poco de envidia. Pero si trabajabas para David O. Serznick, no aceptabas un «no» por respuesta.

Marcus se removió un poco en la silla.

—Voy a poner mis cartas sobre la mesa, señorita Ross.

Ella volvió a arquear las cejas.

—En realidad la he invitado a venir aquí con la intención de contratar sus servicios para el estudio bajo la apariencia de un favor. Cuando usted ha señalado, y con mucha razón, que lo que yo le estaba pidiendo que hiciera se parecía más a un empleo, el siguiente paso habría sido contratarla por una contraprestación mínima. Pero con su inimitable estilo, David acaba de dejar claro que considera que sus servicios son inestimables.

Marcus hizo una pausa, como habría hecho en una sala de tribunal.

—Dice que quiere ver mundo, señorita Ross. Pues bien, imagine lo mucho que podría ver después de un año siendo inestimable para una organización que mide sus beneficios en millones.

Pero antes de terminar esa última frase, Marcus ya se había arrepentido. Una organización que mide sus beneficios en millones. Aquello era una palabra desagradable detrás de otra. Y comprendió, por cómo la señorita Ross mudó la expresión, que ella pensaba lo

mismo.

Intuyendo que estaba a punto de escuchar un «no», Marcus levantó las manos.

—Por favor, señorita Ross, no me conteste ahora. Hágame el favor de pensarlo un par de días.

Tras asentir dos veces con la cabeza, ella se levantó y le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerlo —dijo en un tono que a Marcus lo sorprendió por lo inusualmente sincero.

La joven se acercó a la estantería para recoger sus cosas. Pero antes de coger el sombrero, se detuvo y examinó la cabeza de César de papel maché. La cogió y la sopesó con una mano. Luego miró a Marcus con aquella sonrisa compasiva. No dijo nada, pero no hacía falta. La pregunta estaba implícita: «¿Cuánto pesa esto, señor Benton?»

Dejó el busto en su sitio con un cuidado exagerado y recuperó la caña de pescar y el sombrero.

—Tiene una llamada del señor Selznick —dijo la voz electrónica.

La señorita Ross y Marcus miraron el intercomunicador. En lugar de ir hacia la puerta, ella volvió hacia él. Apoyó la caña de pescar en la mesa y dejó caer el sombrero sobre la moción de desestimación de Marcus.

—Me parece que usted lo necesita más que yo —dijo.

Eve

Según todos los indicios, el 15 de marzo iba a ser un día perfecto. A las nueve de la mañana, mientras Eve desayunaba en el balconcito del salón, la temperatura era de veintiún grados, hacía sol y el jazmín estaba en flor. A las diez la llamó Prentice y la invitó a tomar el té. A las once la llamó Livvy y le dijo que tenía una buena noticia y que había reservado una mesa para dos en Chasen's para celebrarlo. Justo después de colgar, Eve recibió una llamada de Marcus Benton, de Selznick International Pictures, preguntándole si podía pasar a las dos para hablar de un asunto de interés mutuo. Así fue como lo llamó: «un asunto de interés mutuo». La mayoría le habría preguntado al señor Benton qué quería decir exactamente con eso; pero Eve no le había preguntado a Prentice de qué quería hablar mientras tomaban el té, ni a Livvy qué quería celebrar en Chasen's, así que no vio razón alguna para preguntarle al señor Benton de qué quería hablar en Selznick International. ¿Por qué estropear la sorpresa? Pero, para colmo, cuando Eve subió a la parte trasera del Packard del hotel y le dijo a Billy con quién había quedado, éste le indicó que Chester's quedaba de camino.

—¿Te refieres a la cafetería? —preguntó Eve.

—La única e inimitable.

—¿Por qué no me pasas la lista?

Una vez en la salida del hotel, Billy se inclinó hacia la derecha, sacó la libreta de la guantera y se la pasó a Eve.

Y allí estaba. El número veinte. El único destino de la lista que todavía no estaba marcado.

—¿Tenemos tiempo? —preguntó Eve.

—El Packard tiene un motor de ocho cilindros, señorita Ross. ¡El tiempo podemos hacerlo nosotros!

—Pues hagámoslo, Billy.

Eve no habría sabido precisar cuándo había empezado a detestar las listas, pero debió de ser cuando tenía alrededor de doce años, en el sótano de St. Mary's, donde a ella y al resto de las alumnas de sexto las obligaban a memorizar los diez mandamientos. No harás esto, no harás lo otro, no harás lo de más allá. Luego estaba la lista pintada en un letrero de la piscina del club de campo que recordaba a los niños que estaba prohibido correr, prohibido tirarse de cabeza, prohibido salpicar. Pero lo más importante era la lista en constante expansión de su madre de lo que no debía hacer una jovencita. Como apoyar los codos en la mesa, o hablar con la boca llena, o pegar a su hermana pequeña aunque se lo mereciera.

Sí. La niñas de Indiana tenían motivos para sospechar que las listas, concebidas con el único propósito de ponerle freno al desenfreno, eran los soldados rasos de la tiranía. Una forma de sofocar, oprimir y aplastar el espíritu humano mediante el desglosamiento.

Pero Eve, que no habría sabido identificar en qué momento había empezado a detestar las listas, recordaba exactamente cuándo había dejado de sentir esa aversión. Fue mientras estaba sentada en el vagón restaurante del Golden State Limited leyendo una novela de detectives.

El vestido carmesí, se titulaba.

Cumpliendo la promesa de la cubierta, la historia arrancaba con fuerza con el estrangulamiento de una estrella en ciernes. En las páginas siguientes se revelaban los terribles detalles del ascenso a la fama de la víctima. Pieza a pieza, el solitario detective va componiendo el sórdido rompecabezas. Sin embargo, hasta el capítulo diecinueve no descubre que las manos que se habían cerrado alrededor del cuello del joven actor en el primer capítulo eran las de la cantante asiática de la que se había enamorado en el quinto.

En el capítulo veintidós, cuando finalmente el detective va al piso de la cantante, ella le abre la puerta con el mencionado vestido. Lo saluda con una inclinación de cabeza, le ofrece asiento y le sirve un whisky. Él se lo bebe de un trago y, a continuación, con sombría determinación, expone los elementos del caso contra ella: los rudimentarios medios, la tramada oportunidad, el retorcido móvil. Ha

llegado el momento de ir al centro, concluye el detective con gravedad, y se levanta… Pero despierta cuatro horas más tarde en el suelo del piso vacío.

¿Y la cantante? Para entonces ella está a bordo de un carguero con rumbo a la Ciudad Prohibida.

«La Ciudad Prohibida…», pensó Eve. «Eso sí que suena a sitio al que hay que ir.»

—Disculpe —le dijo al desconocido de aspecto amable que estaba sentado al otro lado de la mesa—. ¿No tendrá por casualidad un bolígrafo o un lápiz a mano?

Armada con el lápiz del caballero, Eve pasó las páginas hasta la hoja en blanco que siempre se esconde al final de los libros, como la alumna que se sienta al fondo de la clase y que no tiene las tareas hechas. En la parte superior, con grandes letras mayúsculas, escribió «SITIOS ADONDE IR» y empezó a enumerarlos:

1) La Ciudad Prohibida

2) El Taj Mahal

Después de «Taj Mahal» hizo una pausa. Mordió la goma del extremo del lápiz: no se le ocurría un tercer lugar.

«¡¿No se te ocurre un tercer lugar?!», se reprochó. «El mundo es vastísimo. ¡Es más grande que una panera!»

Eve cerró los ojos e intentó recordar el mapamundi que estaba colgado en la pared de su aula de noveno grado. (Lo había contemplado largamente.) Y allí, en el sur de España, se le presentó un destino. Y luego otro en el corazón de Rusia. Y otro en las orillas del Nilo. De hecho, los destinos se le ocurrían tan deprisa que el lápiz del amable desconocido apenas podía seguirle el ritmo.

3) La Alhambra

4) El Hermitage

5) ¡Las pirámides!

«Las listas no están tan mal», se dijo Eve. No tenían por qué ser un catálogo de restricciones femeninas. También podían recoger planes y

aspiraciones, celebrar lo que todavía estaba por hacer. ¡Celebrar lo que sí harás! Sólo dependía del lado del lápiz en el que estuvieras.

Al llegar a Los Ángeles, Eve tenía ya una lista de ocho lugares repartidos por todo el planeta que pensaba visitar. Y, por ella, cuanto antes comenzara el periplo, mucho mejor. Sin embargo, poco después de su llegada al hotel Beverly Hills, su colega y residente Prentice Symmons había mencionado algunos de los sitios que Eve debía visitar antes de marcharse de la ciudad. Eve le había pedido prestado un bloc al conserje y, obediente, los había anotado bajo el título de «COSAS QUE HACER ANTES DE LARGARME». Esa lista, que al principio contenía doce puntos, se extendió hasta veinte con ayuda de Billy, y el último punto era tomarse un café en Chester's.

Chester's, en un rincón de un pequeño solar asfaltado cerca de la autopista, era una cafetería en forma de cafetera gigante que incluso tenía una cinta de vapor que salía de su pitorro las veinticuatro horas del día. Aparte de un solo banco atornillado al suelo en la acera, no había sitio para sentarse, y lo único que podías tomar era una taza de doce onzas de café con un poco de nata. Como dejaba claro el cartel sobre la caja registradora, en Chester's se podía tomar el café de tres maneras: con azúcar, sin azúcar y en otro sitio.

Billy le había oído comentar a un viejo doble de acción que Chester había llegado a California como buscador de oro en la década de 1880. No eran más que bobadas, por supuesto, pero a Eve le gustaba creer que había algo de verdad en la historia. Se imaginaba al viejo cascarrabias sentado junto a la hoguera a orillas de un arroyo, retocando el tueste de los granos, la granulosidad de la molienda y la rapidez de la ebullición hasta conseguir un café perfecto. Entonces, cuando por fin se hizo rico, en lugar de reclinarse en una bañera con patas, compró ese rincón, construyó esa cafetera y se dedicó a hacer lo único que el Buen Dios había querido que hiciera. Y lo que el Buen Dios quería que hicieran los demás era asunto de los demás.

Es cierto que a primera vista el estilo de hacer negocios de Chester parecía un poco descabellado, y Eve lo reconocía. Pero bastaba con

gastarse unos cuantos dólares en un Automat para darse cuenta de que el tipo tenía algo de razón. Porque, al fin y al cabo, en ningún restaurante barato iban a dominar las sutilezas de la tarta de limón y merengue y el sándwich de ensalada de pollo. Pero en Chester's, en aquel rincón junto a la autopista, se trabajaba con esmero. Su café de color caramelo y aroma ahumado era incontestablemente bueno. Indiscutiblemente bueno. Inopinable, incontrovertible, irrefutablemente bueno.

Pensándolo bien, podría afirmarse algo parecido de los donuts de esa tienda con forma de donut de La Ciénega. ¿Y no había mencionado Billy que una de las mejores comidas mexicanas del condado era la de un pequeño local donde vendían tamales en un edificio con forma de sombrero de mariachi? Si el alcalde de Los Ángeles tuviera algo de sentido común, establecería inmediatamente una nueva ordenanza que exigiría a los proveedores que, dentro de los límites de la ciudad, no pudieran vender más de un artículo y lo hicieran en una tienda con la forma de su mercancía. Como zumo de naranja de una naranja gigante, o whisky de una botella de whisky tan alta como un molino de viento. Con esa única reforma, miles de Chesters de todo el país escucharían la llamada. Levantarían estacas, cargarían sus carromatos y se dirigirían al Oeste, a esa ciudad que no sólo aprobaba sino que aplaudía su arte malhumorado e intolerante.

—Uno, por favor —le dijo Eve a la chica de la ventanilla—. Sin azúcar.

—Serán cinco centavos.

—Quédate el cambio.

Con el café en la mano, Eve cruzó el solar para instalarse en el banco solitario de la acera.

De entrada el banco le había recordado uno de esos que se ven en las carreteras de Hoosier, cubiertos de polvo y soñando con autobuses Greyhound. Pero al sentarse comprendió el inusual atractivo del banco: era una posición privilegiada desde la que contemplar el abigarrado esplendor de la comunidad. Y es que, por limitado que fuera el menú de Chester's, la clientela era de lo más variada.

En ese momento, por ejemplo, un par de oklahomanos en camiseta,

recién salidos de una plataforma petrolífera, tomaban café junto a un banquero con traje de raya diplomática. Y un aspirante a ídolo de cine charlaba con la chica de la ventanilla mientras un predicador de escaparate esperaba con la paciencia de Job. Ciudadanos y vagabundos. Los fabulosos y los caídos. Elevaba el espíritu ver a tanta gente diferente reunida en un mismo lugar para compartir una devoción que costaba cinco centavos.

Eso estaba pensando Eve cuando un Ford negro y sucio con varias maletas atadas al techo aparcó en un espacio libre a pocos metros de ella. Eve observó con interés cómo se abrían las portezuelas y salían un par de pensionistas regordetes. Antes incluso de haberse enderezado del todo, el marido puso los brazos en jarras y contempló la gigantesca cafetera, desde la ancha base azul hasta la cinta de vapor.

—Ahora sí que ya lo he visto todo —dijo.

Eve tomó un sorbo de café y sonrió al recordar de pronto a su tía abuela Polly. Vestida de negro de la cabeza a los pies y con su bordado siempre a mano, a la correcta y formal tía Polly de Bloomington, Indiana, también le gustaba hacerle saber a la gente cuándo lo había visto todo.

¿Qué tenía esa frase que la hacía tan popular entre quienes no tenían motivos para emplearla?, se preguntó Eve.

Tía Polly y tío Jake les hacían su visita anual a mediados del mes de agosto. Y durante su estancia, aunque hiciese un calor infernal, todas las tardes, sin falta, se servía el té en el salón. Porque tía Polly adoraba el té tanto como adoraba a Jesús, y estaba decidida a demostrarles su fidelidad a ambos mediante la constancia. Así que, el día antes de que llegase tía Polly, la madre de Eve sacaba la porcelana buena de la despensa para que Maisy pudiera limpiar las moscas muertas de las tazas. Y todas las tardes, a las tres, las mujeres se reunían alrededor de la tetera mientras Eve y su hermana salían afuera.

Al menos hasta 1928, cuando Eve cumplió quince años.

Aquel fatídico verano, tía Polly anunció que, en adelante, el privilegio de servir el té le correspondería a Evelyn. Naturalmente, ese privilegio venía acompañado de un vestido de flores, pasadores en el pelo y los modales propios de una dama. Como Alice sólo tenía doce años, le dejaban llevar coletas y delantal y sacar la lengua cuando salía por la puerta. Mientras que Evelyn, con las manos en el regazo, tenía que quedarse contemplando el reloj de pie.

Tía Polly reconocía la infalibilidad de su deidad en todos los aspectos menos en uno: había hecho los días de verano demasiado largos. Así que, para completar la perfección de Su plan, ella estaba decidida a defenderse de su influjo.

¿Y cómo se defiende uno del influjo de un día de verano? Empiezas sirviendo el té a las tres de la tarde. Luego, tras dar gracias al Señor por Su munificencia y pasar las galletas, hablas de familiares fallecidos hace mucho. Desentierras alguna historia que ya has desenterrado otras veces. Y cuando la conversación se encalla, en lugar de salir a disfrutar de la belleza de la tarde, coges una revista.

En el caso de tía Polly, se trataba preferentemente de un *Saturday Evening Post* que ya hubiera leído antes. Iba pasando las páginas y de vez en cuando se detenía en una fotografía —de Amelia Earhart con el pelo corto, por ejemplo, preparándose para sobrevolar el Atlántico sola— para comentar con una mezcla de indignación, sabiduría y rotundidad:

—Ahora sí que ya lo he visto todo.

La frase preferida para conseguir que tío Jake, un inofensivo ex corredor de seguros de cosechas que una vez le había estrechado la mano a Herbert Hoover, negara con la cabeza era «Si me dieran cinco centavos». Por ejemplo, «Si me dieran cinco centavos por cada vez que los periódicos dijeron que iba a llover...».

Tío Jake estaba tan enamorado de esa frase que un «Si me dieran cinco centavos» podía ser la única que pronunciara en el curso de una comida familiar. Lo que resultaba aún más sorprendente teniendo en cuenta que su solitaria declaración siempre quedaba incompleta.

Porque, cualquiera que fuese la circunstancia recurrente que había provocado aquella inusitada lluvia de monedas sobre la cabeza del tío Jake, éste no parecía saber cómo emplear su inesperada ganancia. ¿Debía invertir en unos tirantes nuevos? ¿Pasar una noche en la ciudad? ¿Cruzar el Atlántico en avión, o tan lejos de tía Polly como se lo permitiera la geografía terrestre? Quién sabe.

Quizá Herbert Hoover lo supiera, pero tío Jake no.

Un domingo, durante la cena que siguió a un té particularmente interminable, cuando tío Jake comentó: «Si me dieran un centavo por cada vez que oigo a Roozyvelt en la radio», Eve no pudo soportarlo más. No podía aguantarlo ni con toda su buena conciencia cristiana.

—¿Qué, tío Jake? —imploró (tras dejar el cuchillo y el tenedor en el plato)—. ¿Qué harías exactamente cuando te hubiesen dado todos esos condenados centavos?

Alice abrió mucho los ojos.

La madre de Evelyn se puso más roja que su jamón.

¿Y el padre de Evelyn? Él simplemente parecía abatido.

Así que, para ahorrarle a su padre la incomodidad de regañarla, Evelyn se levantó de la mesa y se retiró a su habitación. Cuando subía la escalera, sonrió al oír que tía Polly exclamaba:

—¡Habrase visto!

Ésa sí era una expresión, pensó Evelyn, que tía Polly tenía motivos para emplear.

De nuevo en el Packard y ya de camino al estudio, Billy miró a Evelyn por el espejo retrovisor.

—¿Qué le ha parecido? —le preguntó.

—¿Chester's? Es sensacional, Billy. La mejor, sin duda.

Billy sonrió al oír que Eve utilizaba sus frases.

—¿Me pasas el bolígrafo? —dijo Eve.

Sin dejar de mirar la calzada, Billy le acercó un bolígrafo, y Eve puso una marca en la lista al lado de Chester's.

—Bueno, como dicen por aquí, ¡se acabó!

Dejó la libreta y el bolígrafo a un lado, y Billy la miró otra vez por

el espejo retrovisor.

—Ahora que ha terminado su lista, señorita Ross, ¿piensa volver a Nueva York?

—Bueno, yo no soy mucho de volver atrás, Billy.

—Entonces, ¿adónde irá?

—Me estaba planteando ir al Lejano Oriente.

Billy dio un silbido.

—¿Y tú? —preguntó Eve—. ¿Tienes pensado volver a Texas?

—No, creo que yo tampoco soy mucho de volver atrás, señorita Ross.

—¿Cómo van las cosas por el Corral?

Billy se retrepó en el asiento.

—Bastante bien, la verdad. ¿Sabe ese nicho del que le hablé?

—Sí, me acuerdo.

—Bueno, pues creo que lo he encontrado.

Billy, que había crecido en el rancho de su tío en el Panhandle, había llegado a Los Ángeles a los dieciséis años con un modesto rodeo y había descubierto el cine en un momento en que había mucha demanda de hombres que supieran caerse del caballo. Apenas estaba empezando, él mismo lo decía, pero ya le habían disparado dos veces con un rifle y otra con una flecha mientras cabalgaba con la caballería, con un destacamento y con una banda de cuatreros.

Como muchos aspirantes a dobles de acción, Billy pasaba su tiempo libre en un lugar llamado «el Corral». Había allí un veterano, un tal Skilly Skillman, que lo había cogido bajo su protección. Era él quien le había aconsejado que buscara un nicho, algo que lo distinguiera de los demás y lo pusiera en el punto de mira de la cámara. La ruta de Skillman hasta el primer plano había pasado por la ventana de la taberna. Claro que sabía caer rodando por la escalera o darse un golpe en la cabeza, como todos, pero a la hora de atravesar una ventana nadie lo superaba. Era el indiscutido rey de las defenestraciones.

Eve estaba impaciente por saber cuál iba a ser la ruta de Billy.

—Para mí, será el *heel-hooker* —dijo él.

—¿El *heel-hooker*?

Billy asintió con entusiasmo mientras adelantaba a un taxi.

—Sí, es cuando vas al galope tendido y se te clava una flecha en el pecho, y en lugar de caerte se te engancha el talón de la bota en el estribo y el caballo te arrastra por el polvo…

Billy deslizó lentamente una mano por delante del parabrisas, como si estuviese viendo cómo un caballo lo arrastraba por el desierto hacia la puesta de sol.

¡Jo! Eve casi podía verlo también.

—Un hombre que ha encontrado su nicho es invencible —aseveró Eve.

—Sí, señorita Ross —coincidió Billy. Ya habían llegado al estudio—. Eso mismo pienso yo.

Billy aparcó y rodeó el coche para abrirle la puerta a Eve.

—¿Cuánto rato se quedará, señorita Ross?

—No tengo ni idea, Billy. ¿Puedes esperarme?

—Ya lo creo.

Eve tomó un sendero desde la zona de aparcamiento para ejecutivos hasta un claro en el que pacía un pequeño rebaño de edificios de una sola planta. Como no había letreros y los edificios parecían idénticos, Eve supuso que tendría que elegir una de las puertas y llamar. Pero ya estaba a punto de cantar el pito, pito, colorito cuando de detrás de uno de los edificios salió un chico descalzo con un sombrero de paja y una caña de pescar apoyada en el hombro.

—Disculpa —dijo ella.

Realmente, según todos los indicios había parecido que el 15 de marzo iba a ser un día perfecto: desayuno al sol en el balcón; planes para tomar el té con Prentice y para cenar con Livvy; y el inesperado *tête-à-tête* con el encantador señor Benton.

A Eve incluso le había divertido David O. Selznick con su original explicación de cómo se hacían las películas. Al menos al principio…

En el camino de regreso al hotel, pensando en el discursito de Selznick, cada vez se sentía más enojada. Sí, lo había adornado de frases pomposas y analogías originales, pero no era difícil captar el mensaje subyacente: que su irremplazable genio se veía

constantemente amenazado por la falibilidad de quienes trabajaban para él.

¿Y ese egocéntrico Napoleón moderno con el sombrero de dos picos bien calado era el hombre que se suponía que tenía que salvar a Livvy de las garras de un tipo como Jack Warner? El eco de su encuentro con Selznick hizo que el estado de ánimo de Eve se resintiera un poco. Pero no fue hasta llegar al hotel que las malas intenciones de aquel día se revelaron plenamente.

Nada más entrar vio a Prentice sentado en su butaca, pero él, en lugar de saludarla con la mano y sonreír como solía hacer, dirigió la atención de Eve hacia el fondo del vestíbulo, donde Livvy se paseaba arriba y abajo claramente angustiada.

Eve dejó atrás a Prentice y se acercó a su amiga.

—Livvy...

—¡Ah, estás aquí! —exclamó ella, con las mejillas coloradas.

Eve iba a preguntarle qué pasaba cuando vio a los dos hombres que se estaban registrando en el mostrador de recepción y cogió a Livvy por el codo.

—Vamos.

Se la llevó por la puerta lateral y la condujo por los senderos bordeados de flores hasta el bungalow 8, donde Livvy vivía desde diciembre. Livvy sacó su llave y Eve vio que le temblaba la mano.

—Déjame a mí —dijo.

Eve cogió la llave. Entraron las dos. En cuanto cerró la puerta, su amiga rompió a llorar.

—¡Por Dios, Livvy! ¿Qué ha pasado?

Por toda respuesta, Livvy señaló la mesita, donde había un sobre de papel manila.

Eve cruzó la habitación y cogió el sobre. Mientras sacaba su contenido, vio que Livvy miraba para otro lado, a pesar de que todavía estaba en el otro extremo de la habitación. El sobre contenía dos fotografías y una nota manuscrita. En las fotografías, brillantes y en blanco y negro, aparecía Olivia desnuda. En las dos miraba directamente a la cámara. Detrás tenía un mural que representaba la selva y una figura de un leopardo, lo que añadía un toque de lascivia a

la imagen. Sin embargo, el semblante de Livvy no tenía nada de lascivo: no era ni provocativo ni coqueto, más bien parecía que la hubiesen capturado en un momento de reflexión.

Eve leyó la nota —en la que exigían dinero y prometían ponerse en contacto por teléfono— y notó que empezaban a arderle las mejillas y a temblarle la mano. Pero no iba echarse a llorar. Sintió que todas las lágrimas de su cuerpo se habían secado. Las había secado una rabia antigua e implacable. Una rabia avivada por aquel largo desfile de predicadores, maestros y príncipes azules, todos ellos titiriteros aficionados. Eve se los había encontrado en todas las etapas de la vida, pero en ningún otro lugar había encontrado a tantos titiriteros como en Hollywood. Todos los agentes y los managers, todos los directores, productores y jefes de estudio tenían los brazos abiertos y los dedos extendidos, ansiosos por sujetar a alguna mujer por las cuerdas.

Eve metió las fotografías en el sobre, dejó el sobre encima de la mesa y miró a su amiga, que seguía en el otro extremo de la habitación, mirando hacia la pared y tapándose la cara con las manos. Eve y Olivia eran mujeres menudas. Pero desde donde estaba Eve, Olivia parecía aún más menuda. El contenido del sobre la había hecho menguar.

Eve sabía que el momento requería consuelo. Tenía que cruzar la habitación, abrazar a Livvy, decirle «tranquila, tranquila, tranquila» y dejar que se desahogara. Pero la rabia que sentía había vencido sus deseos de consolar.

Cruzó la habitación, le dio la vuelta a Olivia sujetándola por los hombros y le separó las manos de la cara.

—Livvy, ¿quién las ha hecho? ¿Quién te ha hecho esas fotos? —dijo de la forma más mesurada que pudo.

Olivia hizo un gesto de angustia mientras las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas.

—No lo sé.

—¿Cuándo te las hicieron?

—¡No lo sé!

—¿Estás segura?

Livvy miró por fin a Eve.

—¿Segura? Yo no... Yo nunca... ¡Yo jamás!

Eve, que todavía sujetaba a Livvy por las muñecas, se las apretó un poco.

—Claro que no.

Eve condujo a Livvy a la terraza, donde podrían sentarse lejos del sobre. Cuando se serenó, Livvy miró a Eve y, casi gimiendo, dijo:

—¿Qué voy a hacer?

—Nada —dijo Eve.

Con un ademán, Eve apuntó vagamente a la mesita de café.

—Ya me ocuparé yo de eso, Livvy. De todo. Quiero que te lo quites de la cabeza. Que te olvides.

Esas últimas palabras le dejaron a Eve un regusto amargo. Pedirle a su amiga que se olvidara de algo como aquello parecía una traición. Pero al mismo tiempo Eve sabía qué tenía que hacer. Ellas eran mujeres, y ésa era su cruz. Tenían que aprender a vivir con violaciones como aquélla. Evidentemente, Livvy nunca olvidaría aquel día. Siempre estaría ahí. Pero si conseguía taparlo durante un tiempo, tal vez pudiese seguir adelante. Seguir adelante manteniendo alguna semblanza con su yo anterior.

Eve esperó a que Livvy parase de derramar lágrimas y a que su respiración se normalizara.

—¿Has hablado con alguien de las fotografías? —le preguntó.

—No.

—No se lo menciones a nadie. Pero quiero enseñárselas a una persona.

Livvy empezó a negar con la cabeza, perturbada ante la idea de que alguien más viese aquellas imágenes.

—No —dijo.

Eve volvió a cogerla por las muñecas casi por la fuerza.

—¿Confías en mí, Livvy?

Olivia paró de negar con la cabeza y miró a Eve a los ojos.

—Como nunca había confiado en nadie —aseguró.

—De acuerdo.

Eve le apretó una vez más las muñecas a Olivia y luego la soltó. Ya no temblaba ninguna de las dos.

—Habíamos empezado el día con la idea de celebrar algo —recordó Eve, y Livvy asintió.

—Esta mañana me he enterado de que en otoño voy a rodar una película con Errol.

—Estupendo —dijo Eve—. Ya verás, vamos a ir a Chasen's tal como habíamos planeado. Pediremos unas copas y me contarás lo de esa película, ¿vale?

—Vale.

—Son casi las cinco. ¿Por qué no te refrescas un poco y luego te vistes?

—Pero no te vas, ¿no? —dijo Livvy.

—No, me quedo aquí. Cuando estés lista, puedes hacerme compañía mientras me visto.

Olivia fue al cuarto de baño. Cuando Eve oyó los grifos de la bañera, metió el sobre en un cajón del escritorio para que Livvy no volviese a verlo. Luego cogió el teléfono, le dio un número a la operadora y esperó a que le pasaran la llamada.

—¿Señor Benton? Soy Evelyn Ross... Sí, sí, me acuerdo. Pero no voy a necesitar otro día para pensármelo. Acepto el trabajo del que hablamos.

Segunda parte

Charlie

Cuando Evelyn Ross llamó un jueves de marzo por la mañana, Charlie se llevó una sorpresa. Le sorprendió que sonara el teléfono; le sorprendió descubrir que era ella; le sorprendió que ella recordase su nombre. Todo le sorprendió. Y muy gratamente.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Ross?

—Quería saber si podría venir a verme al hotel Beverly Hills. Me gustaría hablar con usted de una cosa. En persona.

—Espero que vaya todo bien.

Le dijo que iba todo bien, que ella no tenía ningún problema, y Charlie se alegró de oírlo.

—Pero tengo una amiga que está en apuros. Y creo que usted podría ayudarla.

Por el tono de la señorita Ross, Charlie comprendió que el problema de su amiga era grave. Y en otros tiempos seguro que él habría podido ayudarla, incluso en las circunstancias más difíciles, pero todo eso era cosa del pasado. Tenía sesenta y seis años y ya llevaba casi cuatro jubilado. Fuera cual fuese el problema, la señorita Ross necesitaría un hombre más joven que todavía estuviese en el ajo.

—Puedo estar allí dentro de una hora —dijo.

Charlie no había vuelto a ver a la señorita Ross desde que se habían despedido en el andén de Union Station seis meses atrás. Aquel día ella había dicho que no pensaba quedarse mucho tiempo en Los Ángeles, pero en cuanto le abrió la puerta vio que la ciudad debía de haberle gustado. Tenía la tez bronceada y había engordado un par de kilos, y ambas cosas la favorecían. Vestida con pantalón marrón y una blusa blanca, lo recibió en el salón de una suite con un sofá y dos butacas dispuestos alrededor de una mesita de café. No era la mejor

suite del hotel Beverly Hills, ni mucho menos, pero debía de ser bastante cara. «¿De dónde debe de salir el dinero?», se preguntó, aunque sólo fugazmente. Al fin y al cabo, era una pregunta desagradable.

La señorita Ross se sentó en el sofá e invitó a Charlie a ocupar una de las butacas.

Charlie se sentó con el sombrero en la mano.

—La veo muy bien —dijo.

—Estoy bien.

—Me alegro mucho.

Cuando era policía, Charlie se había sentado con el sombrero en la mano en muchos salones como aquél frente a una persona sentada en el sofá. Pero como detective de Homicidios, cuando te sentabas frente a alguien en el salón de su casa, solía ser porque ya había sucedido lo peor. Ahora resultaba extraño, pero también agradable, estar sentado en la misma situación, preparándose para hacer la misma clase de preguntas, cuando todavía había alguna posibilidad de alterar el curso de los acontecimientos.

—¿Qué ha pasado, señorita Ross?

—Me parece que ya podemos tutearnos. ¿No crees, Charlie?

Charlie sonrió.

—De acuerdo. ¿Qué ha pasado, Evelyn?

—Se trata de una amiga mía que es actriz, o mejor dicho, estrella de cine. Ayer por la tarde recibió esto.

Evelyn cogió un sobre de papel manila, sacó dos fotografías y las deslizó por la mesa.

Charlie no iba mucho al cine, pero supo de inmediato que la mujer de las fotografías era Olivia de Havilland. Aparecía casi de cuerpo entero, de rodillas para arriba, y estaba desnuda ante una pared decorada con vegetación tropical. En una de las fotografías tenía una mano sobre un pecho, como si se tocara ligeramente. En la otra, la mano se había desplazado hasta el abdomen. En ambas miraba directamente a la cámara y su expresión era más tímida que provocativa. Sujeta con un clip en la parte superior de una de las fotografías había una nota manuscrita: «Llamaremos el domingo a

mediodía. Si quiere el resto de las fotos, prepare una bolsa con cinco mil dólares en billetes de diez.»

En sus años de detective de Homicidios, Charlie había examinado cientos de fotografías de víctimas —hombres y mujeres a los que habían disparado, golpeado o apuñalado—, y las heridas que presentaban revelaban el tipo de maltrato al que habían sido sometidas. Siempre que contemplaba aquellas imágenes lo invadía una oleada de indignación; indignación que a su vez era fundamental para su trabajo. Toda investigación conllevaba dedicar jornadas interminables a ir de un sitio a otro para llamar a muchas puertas y pasar largas noches en vela mirando por el parabrisas del coche. Esa indignación era lo que te proporcionaba concentración y motivación ética, lo que a su vez te ayudaba a ser tenaz e implacable en la persecución de tu presa.

Pero hacía mucho tiempo que no se indignaba tanto.

Quizá llevaba años jubilado y ya no estaba acostumbrado a la maldad. Quizá cuando pasabas de actuar a recordar te volvías más sentimental, más susceptible a la influencia de tus emociones. O quizá fuese porque la joven de las fotografías parecía muy frágil. Aunque era famosa, no podía tener más de veinte años ni pesar más de cuarenta y cinco kilos.

Charlie alzó la mirada y vio que Evelyn compartía su indignación. Se había mostrado fría y serena por teléfono; también cuando le había abierto la puerta y cuando le había deslizado las fotografías por encima de la mesa; pero ahora, al mirarlo de nuevo, la ira oscurecía su semblante y acentuaba el relieve de la línea blanca de su cicatriz.

Sonó el teléfono.

—¿Tiene que contestar? —preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

El teléfono sonó cinco veces más.

Charlie señaló el sobre.

—¿Venían en ese sobre?

—Sí.

Evelyn se lo acercó.

El borde había sido limpiamente cortado con un abrecartas o con la

hoja de una tijera. Delante estaba escrito «Srta. Olivia de Havilland a/ c Hotel Beverly Hills» con la misma caligrafía que la de la nota. No había dirección, ni código postal, ni sello.

—¿Lo entregaron en mano?

—Por lo visto, lo dejó un peón mexicano en la recepción.

—¿Un peón mexicano?

—Parecía tan fuera de lugar que el jefe de recepción llamó al encargado de seguridad del hotel, un tal Sean Finnegan. Él fue quien le entregó el sobre a Olivia.

Charlie recordaba a Finnegan de sus días en la policía. Finnegan y su compañero, Jack Doherty, tenían fama de ser oficiales eficientes. También de ser tipos duros, pero eso era normal entre los chicos de Antivicio. Poco después de jubilarse Charlie, Finnegan había entregado su placa y se había pasado al sector privado. Charlie no sabía que Finnegan había acabado en aquel hotel, pero se alegró de la coincidencia, pues facilitaría un poco las cosas.

Charlie dejó el sobre en la mesa, junto a las fotografías.

—Has mencionado que la señorita De Havilland es amiga tuya.

—Así es.

—¿Qué dice ella? De las fotografías.

—No recuerda que se las hayan hecho.

—¿No lo recuerda? —dijo Charlie sin poder disimular su escepticismo.

—Eso es.

Charlie señaló las fotografías.

—No parecen hechas bajo coacción. Hay actrices y modelos jóvenes que se dejan fotografiar. A veces por amor… A veces por dinero…

El semblante de Evelyn volvió a oscurecerse.

—Ella no recuerda que le hayan hecho esas fotografías.

Charlie levantó ambas manos.

—De acuerdo —concedió.

—¿Crees que podrían haberla drogado? —preguntó Evelyn tras una pausa.

Charlie negó con la cabeza.

—Por la expresión de su cara, yo diría que no. No parece ebria ni

adormecida.

Evelyn asintió; ella había llegado a la misma conclusión.

—¿Tiene intención de pagar? —preguntó Charlie.

—Sí.

—¿Conseguirá el dinero antes del domingo?

—Está trabajando en ello.

Charlie pensó un momento y luego frunció el ceño.

—Creo que deberíais ir a la policía, Evelyn.

—Me gustaría, Charlie, pero querrían ver las fotos. Y seguramente insistirían en quedarse al menos una como prueba. ¿Vas a decirme que una foto así no se pasearía por toda la comisaría? El simple rumor de su existencia podría perjudicar la carrera de Livvy. Y además, ¿quién nos asegura que nadie haría una copia para sus propios intereses?

Charlie era un hombre fiel. Había sido fiel a su departamento y fiel a su juramento de oficial, del mismo modo que había sido fiel a su esposa y a sus votos matrimoniales. Pero no podía rebatir el razonamiento de Evelyn. Si se implicaba la policía, habría tantas personas con acceso a las fotografías que sería imposible garantizar la integridad del departamento. En un caso así, cuantas menos personas conocieran la existencia de aquellas imágenes, mejor.

—¿Nos ayudarás? —preguntó Evelyn.

Antes de que Charlie pudiese contestar, se oyó abrirse una puerta detrás de él y luego una voz que exclamó:

—¡Ah, aquí estás!

Charlie se dio la vuelta y vio a un hombre muy grueso con un bastón que se dirigía a la camarera que acababa de abrirle la puerta.

—Parece que todo está bien, Bridie. Gracias por tu ayuda, como siempre.

Cuando vio que el intruso echaba a andar con pasos pesados hacia ellos, Charlie volvió a meter las fotografías en el sobre y dejó el sobre boca abajo sobre la mesa.

El hombre se derrumbó en la butaca vacía y suspiró.

—Menos mal —dijo mirando a Charlie y a Evelyn alternativamente, con cara de quien llega tarde a una reunión.

—Prentice… —empezó a decir Evelyn.

Charlie arqueó las cejas en un gesto interrogante y Evelyn respondió arqueando las suyas.

—Ah, sí —dijo él—. Bueno. Como no has aparecido a la hora del té, me he preocupado, lógicamente. Como no has contestado el teléfono, me he preocupado un poco más. Cuando le he explicado la situación a Bridie, ella me ha abierto la puerta y... *voilà*. Aquí me tienes.

Prentice les sonrió a ambos. A Charlie le sorprendió un poco ver que Evelyn le devolvía la sonrisa.

—Charlie Granger —dijo—, te presento a Prentice Symmons. Prentice, Charlie.

Con las dos manos apoyadas en el puño del bastón, Prentice saludó inclinando la cabeza.

—A su servicio, señor.

—Encantado de conocerlo.

—Y bien —dijo Prentice mirando a uno y a otro—, ¿qué problema hay?

—No hay ningún problema —dijo Evelyn.

—Venga, venga. Yo estaba en el vestíbulo cuando entregaron eso —dijo señalando el sobre—. Al cabo de apenas media hora, Olivia estaba paseándose arriba y abajo como un futuro padre en el pasillo, esperando tu regreso. Y ahora estás reunida con este caballero de aspecto tan profesional. Está claro que hay algún problema. De eso no cabe ninguna duda.

Charlie miró a Evelyn y negó con la cabeza. Como ella misma había insinuado, cuantas menos personas conocieran la existencia de aquellas imágenes, mejor. Pero Evelyn estiró un brazo, sacó las fotografías del sobre y se las dio a Prentice, quedándose ella la nota.

Prentice se recostó en la butaca. Mientras observaba lo que tenía en las manos, Prentice no exhibió la indignación que habían mostrado Charlie y Evelyn, y sólo emitió un débil «mmm» al examinar cada una de las imágenes.

—Bueno, supongo que es un chantaje —indicó dejándolas encima de la mesa.

—Sí —dijo Evelyn con una sonrisa.

—¿Cuándo se las hicieron?

—De eso se trata. Olivia no se acuerda. Charlie es un ex detective de Homicidios. Antes de que llegaras tú, estábamos comentando que las fotos podría haberlas hecho un amante o alguna otra persona mientras ella estaba drogada.

—Ninguna de las dos cosas —afirmó Prentice, e hizo un ademán despectivo—. Yo te puedo decir exactamente qué estaba haciendo Olivia cuando le tomaron esas fotos.

Charlie y Evelyn se miraron y luego miraron a Prentice, que señaló con su bastón las fotografías de la mesa.

—Eso, amigos míos, son fotos de una actriz mirándose a solas en su habitación. Es obvio que Olivia está delante de un espejo.

Charlie y Evelyn cogieron una foto cada uno.

—Un espejo de dos caras —dijo Charlie con un toque de sorpresa.

—¿Un qué? —quiso saber Evelyn.

—En las comisarías de policía los usamos. Es un vidrio laminado. Si a un lado del vidrio la habitación está muy iluminada y al otro la habitación está a oscuras, del lado bien iluminado el vidrio actúa como un espejo, mientras que del lado oscuro actúa como una ventana.

—Pero ¿cómo? —preguntó Eve.

—¿Aquí, en el hotel? —preguntó Charlie.

—Impensable —soltó Prentice, como si fuera una ofensa personal—. Pero… un momento. Déjame verlas otra vez.

Evelyn le dio a Prentice una de las fotografías. Él la recorrió con la mirada, y luego le dio dos golpecitos con un dedo.

—Yo he estado ahí —señaló, como si estuviera a punto de recordar algo—. Sí, estoy casi seguro. Pero no era un leopardo, sino un león.

Charlie y Evelyn se inclinaron hacia delante.

—¿Dónde, Prentice?

Prentice cerró los ojos un momento y luego sonrió, asintiendo con la cabeza.

—En casa de Freddie Fairview. Seguro. Al lado de la piscina hay una caseta con vestidores para señoras y caballeros. Cada uno tiene su propia sauna y su baño turco, un tocador con un gran espejo y una pared decorada con una escena de la jungla. En el vestidor de

caballeros hay un león cazando entre el follaje. El leopardo debe de estar en el vestidor de señoras. Supongo que en el tocador hay un surtido de lujosas cremas y lociones, una invitación a que las jóvenes se entretengan ante el espejo, por decirlo así.

—¿Quién es Freddie Fairview? —preguntaron Charlie y Evelyn a coro.

—¿Freddie Fairview? —dijo Prentice sorprendido—. Algunos lo llaman «caballero». Otros, «vividor». Yo lo llamo «sinvergüenza». Se ha casado dos veces para sacar beneficio. La primera vez, con una viuda a la que sobrevivió, y la segunda, con una joven heredera a la que superó en inteligencia. De vez en cuando apuesta por algún caballo de carreras y de vez en cuando produce alguna película. Pero sobre todo organiza fiestas. Las más famosas son los *brunches* que celebra los domingos en su casa de Hollywood Hills, que él llama, de forma harto pretenciosa, «la Hacienda».

—¿Crees que puede haber sido él quien le ha enviado las fotos a Olivia? —preguntó Evelyn.

—No. Freddie es el tipo con menos escrúpulos que puedas llegar a conocer, lo que en esta ciudad ya es decir mucho —dijo Prentice—. Pero no me lo imagino maquinando un chantaje. No necesita el dinero; y tiene mucho que perder si lo descubren. No. Esas fotografías son para darles un uso privado. Y en el caso de un hombre como Freddie, diría que tenerlas en su poder sin que nadie sepa que las ha tomado le produce una satisfacción aún mayor. Dudo mucho que las haya compartido con nadie.

—Bueno, es obvio que las ha compartido —dijo Charlie.

Prentice agachó la cabeza y admitió:

—Eso parece.

Prentice le echó otro vistazo a la fotografía que tenía en la mano antes de dejarla encima de la mesa.

—La verdad es que es muy bonita. —Evelyn lo miró con el ceño fruncido; él añadió avergonzado—: Me refiero al sentido estético, por supuesto…

Los tres se quedaron callados un momento.

—De acuerdo —dijo Charlie mirando a Evelyn—. Si Prentice está en

lo cierto, tenemos que resolver dos problemas. Hemos de recuperar las imágenes de la señorita De Havilland que están en manos del chantajista, pero también las que tiene el señor Fairview.

—¿Crees que lo conseguiremos? —preguntó Evelyn.

—Para tratar con los chantajistas, tenemos una ventaja. Los chantajistas pasan la mayor parte del tiempo en la sombra. Roban documentos privados en casas vacías o toman fotografías de noche a través de las ventanas. Cuando ya tienen el material comprometedor, pueden sentarse a esperar todo el tiempo que haga falta. Y cuando están preparados para llevar a cabo su extorsión, pueden hacerla de varias formas sin descubrirse. Pero llega un momento en que tienen que salir de las sombras: para recoger su dinero.

—De acuerdo —dijo Evelyn—, pero ¿y Fairview?

Charlie guardó silencio repitiéndose la pregunta de Evelyn: «¿Y Fairview?»

—Ejem… —dijo Prentice.

Charlie y Evelyn se volvieron hacia el rollizo actor, que tomó aire antes de hablar.

—Como muy bien has señalado, Charles, cada tipo de delincuente posee su entorno natural. Si los traficantes tienen sus bares clandestinos y los atracadores tienen sus bancos, los chantajistas tienen sus sombras. Y los hombres como tú, encargados de capturarlos, deben conocer esos entornos tan bien como los propios delincuentes. Igual que los capitanes que perseguían a piratas en el Caribe debían conocer las corrientes dominantes y la ubicación de cada arrecife de coral y cada banco de arena. Pues bien, el entorno natural de Freddie Fairview no es un bar clandestino ni un banco. Tampoco es el Caribe. Es Hollywood, amigos míos, con sus propias corrientes, arrecifes y bajíos, cada uno de los cuales presenta su propio desafío para los no iniciados.

—¿De qué estás hablando, Prentice? —preguntó Evelyn.

—Estoy diciendo que si vosotros os ocupáis de los chantajistas, me podéis dejar al señor Fairview a mí.

Al salir de la suite de Evelyn, Charlie bajó al vestíbulo. Cuando se acercó al mostrador, el jefe de recepción adoptó una actitud complaciente y cortés, pues ya había deducido por su aspecto que Charlie no era un huésped de pago.

—¿Necesita ayuda? —le preguntó.

—Busco el despacho de Sean Finnegan.

—Al final de ese pasillo. Segunda puerta a la derecha.

Charlie recorrió el pasillo, llamó con los nudillos a la puerta y una voz lo invitó a pasar. Al entrar se encontró con un hombre apuesto de treinta y tantos años, con los pies encima de la mesa y un libro en las manos.

—Hola, Sean.

Éste mostró un ligero desconcierto y luego sonrió.

—¡Maldita sea, pero si es Charlie Granger! Pasa, Charlie. Pasa y siéntate.

Sean bajó los pies de la mesa y guardó el libro en un cajón. Charlie se sentó.

—¿Qué te trae por el Bev, Charlie?

—Soy amigo de Evelyn Ross.

—¿La rubia de la dos-veintiuno?

—Eso es. Me ha pedido que investigue una cosa.

—Me interesa, Charlie. Siempre que no tenga nada que ver con el hotel.

—De hecho, se trata del sobre que llegó ayer para Olivia de Havilland. Supongo que tú hablaste con el mensajero.

Finnegan miró a Charlie un momento.

—Creía que te habían jubilado, Charlie.

—Dejé el cuerpo unos tres meses después que tú.

—¿Has abierto una agencia?

—No. Sólo le estoy haciendo un favor a una amiga.

Finnegan caviló unos segundos y se encogió de hombros.

—La verdad es que esto va un poco en contra de las normas, Charlie. Eres un civil que quiere hacerle un favor a una huésped y que hace preguntas sobre otra… Pero sé que la señorita Ross y la señorita De Havilland son buenas amigas, y tú y yo nos conocemos desde hace

mucho tiempo, así que de momento podemos saltarnos las normas. ¿Qué necesitas saber?

—¿A raíz de qué tuviste que hablar con el mensajero?

—Normalmente no habría hablado con él. Pero ayer por la tarde se acercó al mostrador de recepción un mexicano con sandalias y sombrero que parecía recién salido de Central Casting. No podía decirse que hablara con fluidez, al menos en inglés, pero consiguió explicar que tenía un sobre para la señorita De Havilland y que le habían ordenado que lo entregase en mano. Pues bien, eso no iba a pasar, y los chicos de la recepción se lo dejaron muy claro. Pero el anciano se puso pesado, y al final me llamaron.

—Ya me lo imagino —dijo Charlie—. Cuando me han visto llegar a mí han estado a punto de llamar a seguridad.

Finnegan sonrió.

—En los buenos hoteles, la recepción siempre está atendida por una panda de esnobs.

—Lo recordaré. ¿Y luego qué pasó?

—En cuanto aparecí, el mexicano empezó a ponerse nervioso. Pero, como sé un poco de español, pude tranquilizarlo y lo traje aquí. Me explicó que estaba en la esquina de Wilshire y San Vicente, ya sabes, donde los peones se ponen a esperar a que alguien les ofrezca trabajo. Un tipo que conducía un descapotable azul se paró y le ofreció cinco dólares por entregar un sobre. Llevó al viejo hasta la entrada del hotel y lo dejó allí, remarcándole que tenía que entregar el sobre en mano.

—¿Y crees que el anciano decía la verdad?

Finnegan volvió a encogerse de hombros.

—Quién sabe. Pero antes de llevarle el sobre a la señorita De Havilland hice que uno de mis hombres lo siguiera, por si acaso. Y sí, fue andando a Wilshire, se montó en un autobús y regresó a San Vicente.

—¿Y el conductor?

—¿Qué pasa con él?

—¿Le pediste al mexicano que te lo describiera?

Sean negó con la cabeza.

—No se me ocurrió.

—De acuerdo. Gracias, Sean.

Cuando Charlie se levantó para irse, Finnegan se reclinó en la silla.

—¿Vas a decirme qué había en el sobre, Charlie?

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—¿No viene a ser lo mismo?

Sean sonrió.

—Supongo que sí. Pero que quede claro: mi trabajo es proteger el hotel, su reputación y el bienestar de sus huéspedes, en ese orden. Si lo que te han pedido que hagas te ocasiona problemas en otro sitio, estupendo. Pero, si traes tus problemas a mi vestíbulo, lamentarás no haber contado conmigo.

—Lo tendré en cuenta.

Al cruzar de nuevo el vestíbulo, Charlie no iba pensando en lo que había averiguado sobre el viejo mexicano, sino en aquel comentario de Finnegan: «Creía que te habían jubilado, Charlie.» Él no era lingüista, pero había estado casado más de treinta años con una maestra de primaria y había aprendido algunas nociones de gramática. Y aunque se daba cuenta de que era un matiz sin importancia, le fastidiaba cómo había formulado Finnegan la frase, pues insinuaba que el cuerpo lo había apartado de la circulación, como el ranchero que retira a un caballo viejo.

—No me jubiló el cuerpo —se dijo Charlie al meterse en su coche—. Me jubilé yo.

Y entre una cosa y otra había un abismo, ¿no?

El sábado por la noche Charlie fue a acostarse con la esperanza de tener un sueño largo y reparador, pero a las cinco de la madrugada se despertó y comprendió que no lograría volver a dormirse. Sentía la emoción de un crío, la ansiedad de un adolescente, el orgullo de un joven y el pavor de un adulto, todo a la vez. De las cuatro cosas, lo que predominaba era la emoción del crío.

A las seis menos cuarto, Charlie se enfundó el batín, fue a la cocina y puso el hervidor de agua en el fogón. Miró por la ventana la calle

oscura mientras esperaba a que silbara el hervidor. Luego vertió el agua sobre la bolsita de té y se sentó a la mesita de la cocina.

Betty se había pasado más de treinta años ofreciéndole una taza de té. Ya fuese una fría mañana de invierno o una tarde lluviosa, se preparaba una para ella y le ofrecía otra a él, recordándole sus beneficios. Pero a Charlie le gustaba el café, así que siempre la rechazaba. El año que murió Betty, incapaz de tirar su té a la basura, Charlie se preparó una taza y se dio cuenta de que era absolutamente cierto lo que ella siempre le decía: «A veces, es justo lo que necesitas.»

El carácter de un hombre supone el mayor obstáculo para su propia educación, pensó Charlie. O es demasiado orgulloso, o demasiado testarudo, o demasiado tímido para entregarse al proceso de descubrimiento. Muchas lecciones de vida llegan a través de pruebas o adversidades, y el coste de esas lecciones no debe tomarse a la ligera. Pero al menos la mitad de lo que un hombre no ha aprendido a lo largo de la vida podría haberlo aprendido fácilmente. Ésta es una de las revelaciones que llegan con la edad, cuando uno comprende la naturaleza del descubrimiento pero ya no tiene tiempo ni energía para entregarse y disfrutarlo con todo su esplendor. Así pues, estamos condenados a acabar nuestros días sumidos en un camino de ignorancia que en gran medida nos hemos labrado nosotros mismos.

Mientras se tomaba el té en la cocina, Charlie reflexionó sobre lo que había sucedido aquel día y las limitaciones a las que se enfrentaba. Si hubiera tenido tiempo y recursos, habría hecho varias cosas de forma diferente. Habría ido a la esquina de Wilshire y San Vicente y habría buscado al anciano mexicano para hablar con él directamente y obtener una descripción del conductor. Habría intentado localizar el coche. No podía haber tantos descapotables azules en Los Ángeles y quizá hubiera encontrado uno a nombre de un conocido o empleado de Fairview con un poco de suerte. Si Charlie hubiera seguido en el cuerpo, podría haber detenido a Fairview y haberlo hecho sudar la gota gorda toda la noche, presionándolo para ver quién más podía haber tenido acceso a sus fotos. Pero Charlie no tenía tiempo ni recursos y ya no estaba en el cuerpo. Si quería recuperar las fotografías que se encontraban en poder de los

chantajistas, simplemente iba a tener que seguirlos para que lo condujeran hasta ellas. Y ése era el plan que había urdido con la señorita Ross.

O mejor dicho, con Evelyn.

Charlie oyó al lechero, que había empezado a hacer sus rondas en la calle, cuando por fin amaneció. Oyó detenerse el camión y cómo el lechero dejaba la botella en los escalones de la entrada. Para que no lo viesen en batín, esperó a que el lechero se marchara y entonces abrió la puerta para recoger la botella.

Charlie no tenía hambre, pero seguramente lo esperaba un día largo por delante y no sabía cuándo tendría ocasión de volver a comer. Así que se preparó tres huevos revueltos con un poco de leche, como los habría hecho Betty, y se los comió con un par de tostadas. Después de limpiar la sartén, el plato y los cubiertos, se duchó y se afeitó. Mientras se vestía, Charlie evitó mirar la fotografía de Betty de la mesilla de noche. Ella no habría aprobado lo que se disponía a hacer. Habría negado con la cabeza, reacia a decir en voz alta lo que pensaba, pero convencida de que, de todos modos, él ya sabía lo que le rondaba por la cabeza: «Tienes sesenta y seis años, Charlie Granger. ¿Qué intentas demostrar? ¿Y a quién?»

Dando la espalda a la fotografía, fue a la cómoda y se ató la cartuchera al hombro. La noche anterior había limpiado, engrasado y cargado su pistola. Lo había hecho en la mesita de la cocina, donde acababa de comerse los huevos. Ahora deslizó la pistola en la cartuchera. Era la primera vez que llevaba el arma desde que se había jubilado; su forma y su peso lo reconfortaron. Le daba un extra de confianza que agradecía, aunque sabía que de la confianza que daba llevar un arma había que recelar.

Desayunado, bañado y vestido, Charlie se disgustó al ver que ni siquiera eran las diez. En días como aquél, lo último que querías era tiempo de sobra. Tiempo de sobra para preocuparte o dudar. O peor aún, para perder el sentido de la urgencia. Charlie se sentó unos minutos en el sofá del salón. Luego se levantó y recorrió la casa.

Una vez que hubo decidido, a bordo del *Golden State Limited*, que no iba a mudarse a Nueva Jersey, Charlie habría podido volver a su casa

y haberlo dejado todo tal como estaba. Pero no le había parecido bien, porque la casa no era la misma sin Betty. La vida de Charlie no era la misma. Y había llegado el momento de admitirlo, de un modo u otro. Así pues, aunque estaba decidido a quedarse en su casa, se pasó dos meses vaciándola. Primero se deshizo de algunos muebles: los dejó en la calle, donde no duraron ni dos noches. A continuación vació el trastero del desván. Vació los armarios de Betty. Vació la cocina y se libró de la mitad de la vajilla, de la mitad de la cristalería y de todos los utensilios de cocina que dudaba que fuese a utilizar (para ser sincero, no habría sabido utilizarlos). Lo metió todo en cajas, las cargó en el coche y las llevó a una iglesia del barrio donde sabía que los feligreses lo aprovecharían. Tom dijo que quería los viejos álbumes de fotos, incluso los anteriores a su llegada al mundo, Dios sabe por qué. Así que Charlie los empaquetó para enviárselos por correo. En el último momento, además de los álbumes había añadido el libro de recetas de Betty, escrito a mano. A lo mejor a Caroline le gustaba tenerlo. O a lo mejor algún día Tom y ella tenían una hija a la que le gustaría tenerlo. Sería bonito, había pensado mientras cerraba la caja.

Cuando terminó de vaciarla, la casa le gustó más. Un viejo amigo que pasó a visitarlo dijo que ya no parecía la casa en la que Charlie había vivido más de veinte años, sino una estación de paso. Sí, ésa era la palabra justa. Un lugar donde alguien se detenía de camino a otro lugar. Podías afrontar la última etapa de tu vida cargado o ligero de equipaje, y él había decidido elegir la segunda opción.

Al acercarse por fin la hora de irse, fue al espejo del dormitorio para enderezarse la corbata. Metida en el marco del espejo había una nota que le había enviado su nieto. Escrita con lápices de colores en una tarjeta de siete por doce, decía: «¡Te echamos de menooos!», con tres «os». Por lo visto el niño se había llevado un gran disgusto cuando Tom le dijo que su abuelo no se mudaría a Nueva Jersey, lo que conmovió a Charlie. Pero él sabía que el chico era el único que se había llevado un disgusto. A Caroline, desde luego, no le iba a causar ningún quebranto saber que Charlie había decidido quedarse en Los Ángeles. Y Tom seguro que también había sentido cierto alivio. Igual que el propio Charlie.

Es curioso el proceso por el que un grupo de personas adultas se convencen de hacer algo que en realidad no quieren hacer, pensó Charlie. Empiezan hablando de una idea. Una vez que la idea toma forma y dimensión, disipan sus dudas, sustituyéndolas una a una por todas las presuntas ventajas. También van disipando sus intuiciones, sus incertidumbres y su sentido común, hasta que se mueven juntas hacia un objetivo común que a ninguno lo atrae.

Charlie volvió a enganchar la nota del chico en el marco del espejo. Luego, al darse la vuelta para salir, ya no pudo evitarlo y miró el retrato de Betty.

—Todo saldrá bien —dijo.

Y pareció que ella agradecía sus palabras tranquilizadoras.

Olivia

Cuando Eve le insinuó que tal vez sería mejor que no estuviera en el hotel el domingo por la mañana, Olivia supo exactamente adónde iría. O no exactamente. Como no había ido a ningún oficio religioso desde su llegada a Los Ángeles, tendría que preguntarle a Peter, el conserje, dónde estaba la iglesia episcopal más cercana.

Cuando se acercó al mostrador, se sintió un poco cohibida. El conserje, como era lógico, estaba acostumbrado a hacer recomendaciones sobre restaurantes, clubs nocturnos y tiendas. ¿Qué pensaría cuando una joven que llevaba cuatro años viviendo en la ciudad sintiera la repentina necesidad de visitar una iglesia?

Pero evidentemente se había preocupado en vano.

—Todos los Santos, en Santa Mónica con Camden —contestó él sin el menor indicio de sorpresa ni curiosidad—. No queda lejos del hotel.

—Gracias, Peter.

—Pero si no va demasiado justa de tiempo —añadió él al cabo de un momento—, creo que vale la pena que vaya un poco más lejos, a la iglesia de Todos los Santos de Pasadena, señorita De Havilland. Tendrá que desviarse un poco, pero es mucho más... impresionante.

—¿Impresionante? —preguntó Olivia sonriente.

—Arquitectónicamente hablando.

—En ese caso, a Pasadena.

El domingo por la mañana, mientras su taxi atravesaba West Hollywood camino de Pasadena, Olivia se puso a pensar en los oficios a los que iba de niña con su familia.

¡Cómo los odiaba su hermana! No le gustaba tener que sentarse en silencio con su vestido de domingo. No le gustaba comulgar. No le gustaban las lecturas que se hacían desde el púlpito y detestaba la

presunción de autoridad de la iglesia. Por no hablar de que los bancos eran incómodos y los sermones del reverendo Whitmer, interminables. Así que Joan se quejaba. Suplicaba. Fingía dolores de cabeza y fiebres. Cualquier cosa para no ir.

A Olivia le había pasado todo lo contrario. Por razones que nunca había llegado a comprender, la iglesia le había gustado desde el principio. Le encantaba la arquitectura, aquellos techos altos y aquellas vidrieras. Le encantaba el silencio colectivo durante los momentos de oración. Le encantaba la pompa de la procesión, con el acólito portando la gran cruz dorada ante el reverendo Whitmer envuelto en su larga estola púrpura. Y la música, ¡oh, la música! El sonido del órgano y las voces del coro y de la congregación elevándose al unísono. Cuánta serenidad había encontrado allí… Una serenidad que no había encontrado en casa ni en la escuela ni en ningún otro sitio.

Pero a Olivia también la habían atraído las enseñanzas. La habían atraído los mensajes de bondad, paciencia y humildad, descubriendo en ellos una fuente de fortaleza. Al aspirar a esas virtudes, Olivia se dio cuenta de que soportaba mejor las pequeñas crueldades de su padrastro, que, ante la más mínima muestra de independencia, ordenaba a Olivia y a su hermana que le lustraran los zapatos o fregaran el suelo. Y soportaba mejor la obsesión de su madre por refinarlas a ella y a Joan con sus interminables lecciones de etiqueta, postura y dicción.

De adolescente, cuando empezó a actuar, Olivia descubrió que esas virtudes volvían a serle útiles. Le permitían meterse en un papel con mayor acierto, ya que adoptaba las necesidades y aspiraciones de un personaje en lugar de las suyas propias. Le permitían encontrar el tono adecuado con sus compañeros y, lo que era aún más importante, con los directores. Si no hubiera dado muestras de bondad, paciencia y humildad, dudaba que Max Reinhardt la hubiera aceptado como suplente de suplentes cuando llegó a California para dirigir *Sueño de una noche de verano* en el Hollywood Bowl; nunca le habrían dado el papel de Hermia cuando las dos actrices principales se vieron obligadas a abandonar el reparto pocas semanas antes del estreno; y

sabía que, cuando Jack Warner le ofreció un contrato de siete años, lo hizo tanto por el recato que había mostrado en su despacho como por la interpretación que había hecho en escena.

Sí, las virtudes de la bondad, la paciencia y la humildad que había aprendido de niña habían acudido en su ayuda una y otra vez. Hasta que dejaron de hacerlo.

Cuando Olivia entró en la iglesia de Todos los Santos, pensó que debía darle las gracias a Peter, porque era exactamente como él le había prometido. En Los Ángeles no abundaban las iglesias como aquélla. Con su exterior gótico y su campanario cuadrado, parecía haber sido construida en Inglaterra en el siglo XVII y trasladada a California piedra a piedra. Y no estaba llena ni mucho menos, lo que a Olivia le venía muy bien.

Un sacristán de unos sesenta años la guió por el pasillo y vaciló cuando ella le indicó que quería sentarse en un banco del fondo de la iglesia. El hombre la conducía a la parte delantera, donde estaría entre otros feligreses. Pero Olivia quería sentarse en los últimos bancos precisamente porque allí no habría nadie cerca.

El sacristán, tras hacer un leve gesto de aquiescencia, abrió la puertecilla y la dejó pasar.

Eve le había hecho prometer a Olivia que no les daría más vueltas al sobre ni a su contenido y que dejaría todo aquel asunto en sus manos. Sin embargo, una vez que Olivia estuvo sentada a solas en su banco del fondo de la iglesia con la voluntaria tocando el órgano tranquilamente, lo primero que le vino a la desocupada mente fueron las fotografías.

Aunque si le vinieron a la mente no fue por ninguna razón que Eve hubiese podido suponer. Aquellas fotografías habían perturbado a Olivia por ser una flagrante violación de su intimidad. La habían perturbado porque no recordaba dónde ni cuándo se las habían hecho. La habían perturbado por la sordidez que sugerían, a pesar del compromiso de Olivia de llevar una vida cristiana. Todo eso era cierto. Pero en ese instante lo que más la perturbaba de las fotografías

era el aspecto que tenía en ellas.

El verano anterior había sido uno de los momentos más difíciles de la vida de Olivia. Tras pasar de una película a otra sin descanso, había soportado largas jornadas de trabajo que le exigían una gran forma física; había adelgazado y no dormía lo suficiente. Pero la mayor dificultad había sido espiritual. Cuando Robin Hood los convirtió en estrellas a Errol y a ella, dio por sentado que su carrera de actriz estaba a punto de dar un vuelco. A partir de entonces le ofrecerían papeles complejos en películas que profundizaban en los entresijos de las relaciones humanas y la psicología. Papeles como los de Bette Davis y Katharine Hepburn, que interpretaban a mujeres femeninas, pero también apasionadas y obstinadas. Sin embargo, Olivia tuvo que repetir una y otra vez el papel de Marian. Los escenarios y los vestuarios cambiaban, pero el papel era esencialmente el mismo: una doncella en una torre esperando con paciencia a ser salvada por algún acto de caballerosidad ajeno.

Lo que hacía que eso fuera especialmente descorazonador era que Olivia se daba cuenta de que, si estaba atrapada en una torre, era porque ella misma la había construido con aquellas tres virtudes. En las fotografías de los chantajistas lo que vio fue a una mujer que se había mostrado conforme con todo durante tanto tiempo que tal vez nunca volvería a ser apasionada ni a tener opinión propia.

Y entonces llegó Eve.

Tras intercambiar unas pocas palabras con Olivia en los lavabos de un restaurante, de pronto Eve se había sentado a su mesa para salvarla del hombre del gran sombrero blanco. En una limusina prestada, la había llevado a Santa Mónica, donde le había comprado una ficha de latón a aquel gracioso hombrecillo que recordaba a Toulouse-Lautrec.

Y cuando aquella máquina fabulosa le había entregado su indiscutible consigna a Eve, ésta había conducido a Olivia hasta el extremo del muelle y se la había puesto en la mano.

Olivia había comprendido que no debía abrir el sobre en ese momento, ni delante de Eve, ni de la multitud, ni de nadie. En lugar de eso, se lo había llevado a la casa donde vivía con su madre (o, mejor dicho, donde su madre vivía con ella). Entró sin hacer ruido,

fue a su habitación y cerró la puerta. Se sentó en la cama, sacó el sobre del bolso, le dio un par de vueltas y lo abrió. El artilugio del muelle era tan complejo y su propietario tan lenguaraz que Olivia había supuesto que las instrucciones serían largas y poéticas. Pero el mensaje lo componían sólo tres palabras: «Resiste la tentación».

Si Olivia hubiera estado sola en el muelle aquella noche, lo que sin lugar a dudas habría sido improbable… Pero si hubiera estado sola en el muelle y le hubiera dado al propietario su fecha de nacimiento, su estatura, su peso y el color de sus ojos; si hubiera recibido aquella breve consigna preparada exclusivamente para ella, probablemente la habría interpretado como una advertencia para resistir la tentación de Errol, un hombre que la entusiasmaba en muchos sentidos, pero que era grosero, inconstante y además estaba casado. O tal vez lo habría interpretado como una advertencia para resistir la tentación de despreciar a su hermana, con la que había competido desde la infancia y que había empezado a tener también cierto éxito en Hollywood.

Pero Olivia no estaba sola en el muelle y la consigna no había sido escrita para ella. Había sido escrita para Eve, una mujer que no era particularmente paciente ni humilde, y tal vez ni siquiera bondadosa. Así que cuando Olivia leyó la nota a solas en su habitación, comprendió que la tentación a la que debía resistirse era la de seguir siendo la persona que los demás esperaban que fuera.

En las semanas siguientes, Olivia se mudó de la casa en la que vivía con su madre. El día de Año Nuevo, recorrió sigilosamente el sendero trasero de la casa de Cukor, con el pañuelo de cabeza y las gafas de sol, para leer el papel de Melania. Cuando Cukor le ofreció el papel, ella le expuso el caso a Jack Warner. Y cuando éste se negó, Olivia invitó a tomar el té en el Brown Derby a su mujer, Ann, y se desahogó con ella. Al día siguiente, por una vez, fue Jack Warner quien estuvo conforme.

Y por fin, Olivia tuvo la oportunidad de mostrar al estudio de lo que era capaz. De mostrárselo al mundo. De mostrárselo a sí misma.

Prentice

El domingo por la mañana Prentice se levantó temprano, se dio un baño y se afeitó. Se abstuvo de desayunar, como acostumbraba a hacer los días de rodaje para sentirse más ligero. Se vistió con esmero, optando por un traje de lino blanco, dado el tiempo inusualmente cálido, y por un momento pensó en ponerse un sombrero panamá, pero resistió el impulso. Había descubierto hacía tiempo la máxima de que la mejor manera de expresar algo es con sencillez.

A las diez, cuando abrió la puerta para salir, una vocecilla lo animó a echar un buen vistazo a sus habitaciones, ya que quizá fuera la última vez que las viera. «¡Tonterías!», le dijo a la voz, y cerró de un portazo.

En el vestíbulo, no le sorprendió lo más mínimo encontrar a Evelyn esperando en su butaca. Ella se levantó para saludarlo.

—¿Estás seguro de esto, Prentice?

En realidad, lo que le estaba preguntando era si estaba preparado.

—Evelyn —dijo él cogiéndole la mano—, el jueves te invité a tomar el té. No apareciste, y casualmente me encontré a Bridie en el pasillo con su llave maestra. Y cuando Charles y tú me enseñasteis aquellas fotografías, casualmente vi que estaban tomadas en un lugar que sólo yo habría podido identificar. Baste decir que en cada momento el destino ha intervenido para involucrarme más en este asunto. Así que, ¿estoy seguro? Nunca en la vida he estado tan seguro de nada.

Al expresar así sus convicciones, en cierta medida Prentice estaba traicionando su predilección por las frases con giro dramático y por las observaciones extensas formuladas con ingenio. En cierta medida, estaba invocando al destino para que interrumpiera cualquier intento de Evelyn de disuadirlo de embarcarse en aquella peligrosa aventura. Pero, sobre todo, Prentice había descrito ese giro de los acontecimientos como una cuestión de destino, porque de eso se

trataba exactamente: de una cuestión de destino. Su destino.

Tras darle un par de palmaditas en la mano a Evelyn, Prentice salió por la puerta hacia donde lo esperaba William con el Packard verde.

Al ver a Prentice, William se puso en posición de firmes y abrió la portezuela.

Cuando Prentice ya estaba cómodamente instalado en el asiento trasero del coche, vio que Evelyn se acercaba a William para decirle algo. William asintió dos veces y luego se sentó al volante.

—¿A la Hacienda, señor Symmons?

—A la Hacienda, amigo mío.

Al poco de salir el Packard del camino de entrada —alejando a Prentice de los cuidados jardines del Beverly Hills por primera vez en más de dos años—, Prentice sintió un escozor en la palma de la mano. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaba sujetando el puño del bastón con mucha fuerza. Dejó el bastón a un lado, cerró los ojos y se concentró en su respiración, tratando de ralentizar la cadencia de su corazón mientras el Packard ascendía de forma irrevocable hacia las colinas de Hollywood.

—El destino —se recordó.

Al oírlo, William miró por el retrovisor con cierta aprensión. Prentice pensó que, evidentemente, cuando Evelyn lo había llevado aparte, le había pedido que lo vigilara. En tales circunstancias, él siempre trataría de mantener una actitud positiva.

—Qué día tan bonito para salir a dar una vuelta —comentó.

—¡Así es! —convino William con alivio.

Para completar su exhibición de serenidad, Prentice dio el insólito paso de bajar la ventanilla. Acomodándose de nuevo en el asiento, con el aire cálido en la cara, volvió a pensar en el lugar al que se dirigía.

«¿Conoces la Hacienda?», había preguntado Charles.

«¿Que si la conozco? Como la palma de mi mano», había respondido Prentice.

Encargada por William Randolph Hearst para su amante, Marion Davies, en 1922, la Hacienda era una pequeña mansión de estilo neomisión, con paredes de estuco blanco, tejados de tejas rojas, balcones de hierro forjado y un huerto de naranjos. Prentice había

estado allí en 1924 (¿o fue en el 25?), cuando Hearst organizó una espléndida fiesta de cumpleaños para su amante. Poco antes del anochecer, Hearst convocó a todos los invitados en la terraza superior, donde había una caja gigantesca envuelta para regalo. Tras comentar cuánto disfrutaba Davies con el canto de los pájaros por las mañanas, Hearst abrió el envoltorio y descubrió una jaula dorada llena de golondrinas. Cuando accionó una palanca que abría la parte superior de la jaula, los pájaros salieron volando, dieron dos vueltas sobre los naranjos y desaparecieron hacia el sur, supuestamente en busca de Capistrano.

Una lección para todos, qué duda cabe.

En 1926, cuando una atribulada señora Hearst se rindió por fin y regresó a Nueva York sin su marido, Hearst invitó a Davies a reunirse con él en su castillo de San Simeón y la Hacienda se puso en venta. La propiedad cambió de manos tres veces antes de que Freddie la comprara en 1933.

En opinión de Prentice, lo mejor de la Hacienda era que la habían construido en una ladera orientada al oeste, de modo que al atardecer, cuando el sol empezaba a ponerse…

—Hemos llegado —dijo William.

—Ah, sí. Ya estamos aquí.

En lugar de entrar por la puerta principal, donde muy probablemente encontrara a un inoportuno criado con una lista de invitados, Prentice optó por el sendero bordeado de madreselvas que conducía a la parte trasera de la casa, donde la fiesta ya estaba en marcha. Cuando llegó a la terraza, se detuvo para contemplar la escena la escena.

Como era de esperar, la mayoría de los invitados de Fairview pertenecían a la élite del cine: productores y directores; actores, actrices y guionistas; un par de directores de fotografía… Además, Prentice vio a tres agentes, dos financieros y una columnista de cotilleos que contemplaban la reunión con mirada voraz. Y allí, al borde de la terraza con vistas a la piscina, con vistas a la fiesta, con vistas a todo, estaba Freddie, vestido con pantalones amarillos y una

camisa rosa (Dios lo perdone). Prentice inspiró hondo, se armó de valor y, abriéndose paso entre la multitud, se encaminó hacia su anfitrión.

Fue toda una lección de humildad: un recorrido salpicado de todo tipo de desaires. Primero el director de películas románticas, que giró el torso lo justo para hacer menos probable un encuentro casual con Prentice. Luego la actriz que no había vuelto a trabajar desde la llegada del cine sonoro, que saludó a Prentice con entusiasmo. A continuación el guionista de comedias ligeras, que le dio un codazo a su acompañante e hizo un comentario irónico que provocó una ruidosa carcajada. Y las estrellas en ciernes, esparcidas por todas partes, cuya mirada apenas se posaba en Prentice, pues reconocían instintivamente, por la forma en que lo miraban los demás, que no era nadie importante.

Bueno, mejor así. ¡Lo que humilla nuestra vanidad nos prepara para enfrentarnos a lo que insulta nuestro honor!

—Disculpe —dijo Prentice—. Sí, sí. Perdone. *Excusez-moi.*

Una vez más Prentice sintió la mano del destino cuando, justo en el momento en que él completaba su recorrido por la terraza, Freddie terminó una conversación, se apartó de su invitado y se encontró cara a cara con Prentice.

—Una reunión magnífica, como siempre, Freddie —afirmó Prentice con una leve inclinación de cabeza.

Freddie se quedó mirándolo un momento. Luego en su rostro excesivamente bronceado se dibujó una sonrisa sesgada.

—Vaya, Prentice Symmons. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

—De carne y hueso, como se suele decir. Bueno, sobre todo de carne.

—Eso es.

Tras sonreír por su propia agudeza, Freddie adoptó una expresión de sincero interés.

—No sabía que habías regresado de tus viajes. Tienes que contarme dónde has estado.

—¿Mis viajes?

—Sí, claro. ¿No has estado en el extranjero estos últimos años? ¿Dando la vuelta al mundo en globo o lo que sea?

Freddie agitó una mano para referirse al mundo en general o quizá al vuelo de un globo aerostático.

—No, no —dijo Prentice—. No me he movido de aquí.

—Ah. —Freddie aparentó sorpresa—. ¿Estabas en California?

—En Beverly Hills.

—Pues debías de estar muy escondido. Inmerso en alguna actividad secreta, seguro. ¿Escribiendo tus memorias, quizá?

—Algo por el estilo.

—Entonces, quienes compartimos el amor por las historias tenemos motivos para alegrarnos. Estás en tu casa, Prentice. Hay mucha comida.

Cuando Freddie le dio la espalda a Prentice, Prentice le dio la espalda a Freddie y estuvo a punto de chocar con una joven camarera que llevaba una bandeja de canapés.

—No, gracias —dijo Prentice en un tono elevado de voz.

Luego deshizo el recorrido, entró por la cristalera y llegó al magnífico salón español con sus espectaculares muebles. Dentro había varios refugiados del sábado por la noche tratando de aliviar la resaca.

Detrás de la puerta de la pared norte del salón, si Prentice no recordaba mal, había una especie de despacho. Pero estaba casi seguro de que las fotografías no se encontrarían allí. Debían de estar en el dormitorio de Freddie, donde podía examinarlas al final del día detrás de una puerta cerrada con llave, como un avaro contaría su oro. Ofendido por aquella imagen, Prentice salió al vestíbulo, donde una escalera de caracol conducía al primer piso. De un vistazo, calculó que, como mínimo, tendría quince escalones.

—¿Necesita algo?

Al volverse, Prentice vio a un camarero que se dirigía a la terraza con una bandeja de mimosas.

—Busco... el cuarto de baño.

El camarero señaló con la cabeza hacia el pasillo por el que había llegado.

—Segunda puerta a la derecha.

—Gracias.

Fingiendo dirigirse hacia allí, Prentice esperó a que el camarero entrara en el salón; luego dio media vuelta y comenzó a subir contando los escalones en voz baja.

—Tres… Cuatro… Cinco… Seis… Siete… Ocho… Nueve… Diez…

En el undécimo escalón, Prentice se dio cuenta de que abajo, en el vestíbulo, el mismo camarero regresaba con una bandeja vacía. Debía de haberles llevado las mimosas a los refugiados. Prentice se quedó inmóvil y esperó a que el camarero desapareciera por el pasillo para reanudar el ascenso a paso más ligero.

¡Doce, trece, catorce, quince, dieciséis!

En el rellano, se paró para secarse la frente con un pañuelo, pero, en cuanto lo guardó, sintió que se le formaban nuevas gotas de sudor. Tras mirar rápidamente a derecha e izquierda, cruzó el pasillo, entró en la suite principal y cerró la puerta de caoba.

Era una habitación amplia en la que entraba la luz a raudales a través de dos puertas balconeras. A la derecha había una cama con dosel digna de María Antonieta. En las estanterías que Prentice tenía a su izquierda, aparentemente sin ironía, había ediciones encuadernadas en cuero de Dickens, Thackeray y Balzac. También había un juego de tres volúmenes de Shakespeare entre un par de sujetalibros sobre el escritorio Luis XVI, como si Freddie leyese tan a menudo las obras del Bardo que necesitara tenerlas siempre a mano.

Se dejó caer en la silla Luis XVI y rebuscó en los cajones del escritorio de Freddie, pero no encontró nada.

Tampoco encontró nada en los cajones de las mesillas de noche. Echó un vistazo a la habitación y se fijó en las dos copias de Renoir, bastante chapuceras, que representaban a sendas mujeres en distintas fases de desnudez: una tomando el sol junto a un río y la otra saliendo de un baño. ¿Habría una caja fuerte?, se preguntó. Miró detrás de los marcos dorados y sólo encontró las paredes.

En el vestidor contiguo había tres armarios, dos columnas de estantes y una cómoda empotrada. Tan rápido como pudo, Prentice lo registró todo, observando con un gesto de disgusto que las camisas, los calcetines y las maletas llevaban las iniciales de Freddie. En el cuarto

de baño, descubrió que el cepillo del pelo, las toallas y la esterilla también llevaban las iniciales. Pero no había ni rastro de las fotografías.

—Maldita sea —dijo inusitadamente.

Al verse por casualidad en el espejo de Freddie mientras salía del cuarto de baño, Prentice se dio cuenta con consternación de que bajo los brazos de su chaqueta de lino habían aparecido unos enormes semicírculos de sudor. Las manchas no sólo eran antiestéticas, sino que denotaban futilidad, como si su aparición implicara que Prentice se tambaleaba al borde del fracaso.

Los primeros atisbos de resignación empezaban a manifestarse en sus facciones. Se volvió hacia el espejo dispuesto a verse tal como era, a ver lo que era, a ver en lo que se había convertido. Pero al enfrentarse a su reflejo se acordó de Olivia. Se acordó de Olivia mirándose tímidamente en otro espejo sin saber que en ese preciso instante la estaban traicionando.

Volvió al dormitorio de Freddie con renovada determinación. Volteó las almohadas. Apartó el cojín del asiento de la silla de respaldo alto. Incluso se arrodilló —algo que raramente hacía— para mirar debajo de la cama.

—Deben de estar aquí —dijo después de incorporarse—. Deben de estar aquí, en el dormitorio, porque Freddie querría tener las fotos a mano.

«A mano», se repitió. Entonces miró el escritorio.

Cruzó la habitación y cogió el volumen de las *Comedias*, vaciló y luego lo hojeó. Y allí, pegadas sobre las más bellas palabras jamás escritas en lengua inglesa, encontró fotografías de más de cincuenta mujeres. Rubias, morenas, pelirrojas; algunas rellenitas, otras delgadas; algunas descaradas, otras recatadas. Pero todas traicionadas. Los retratos robados estaban esparcidos por todo el volumen de las *Comedias* y la mitad del de las *Historias*; las páginas de las *Tragedias* permanecían intactas, de momento.

Al levantar los dos primeros volúmenes, Prentice se dio cuenta de que pesaban mucho y eran incómodos de llevar. ¿Cómo iba a sacarlos de la casa? Después de buscar por la habitación, volvió al vestidor y

cogió una de las bolsas de viaje de Freddie. Metió los volúmenes dentro y salió por la puerta.

Al bajar la escalera, sintió un ligero mareo y se reprendió por haberse saltado el desayuno. ¡Pero aquél no era el momento de flaquear, fuera cual fuese el motivo! Se pasó el bastón a la mano en la que llevaba la bolsa, se agarró a la barandilla de hierro que corría a lo largo de la pared y empezó a contar los escalones a la inversa.

Cuando bajó el último escalón, vio con el rabillo del ojo que alguien salía de la cocina. El mismo camarero, supuso; pero un segundo después se dio cuenta de que era Cavendish, el pusilánime mayordomo de Freddie. Seguramente Cavendish se preguntaría qué había estado haciendo Prentice en el piso de arriba, e incluso podía reconocer la bolsa de su patrón. Prentice empezó a caminar rápido hacia la puerta principal, pero Cavendish también aceleró el paso. Más delgado y más joven, estaba bien situado para cortar la retirada de Prentice y frustrar todos sus planes. Pero de repente se abrió la puerta y William entró con su gorra de chófer calada.

—¡Siento llegar tarde, señor Symmons! Había mucho tráfico en Wilshire. Pero aún falta una hora para su vuelo. Permítame que le lleve eso.

Antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, William había sacado la bolsa con las iniciales de Freddie de la casa y la había metido en el Packard, que estaba aparcado delante de la puerta con el motor en marcha.

—Por desgracia, la TWA no espera a nadie —le dijo Prentice al mayordomo—. Por favor, transmítale a Freddie mi más sincero agradecimiento.

Prentice no respiró aliviado hasta que estuvo en el asiento trasero del Packard con la portezuela cerrada.

—¿A casa, señor Symmons?

—Sí, desde luego —dijo Prentice, y sonrió ante la forma de expresarse de William—. ¡A casa!

Sin embargo, cuando el Packard arrancó, Prentice vio que una joven de pelo castaño y gafas de sol salía de la parte trasera de un taxi. Una joven hermosa. Una joven a la que él ya había visto antes. Tardó un

momento en acordarse: era la estrella de cine que se alojaba en aquel hotel el otoño anterior y que nadaba en la piscina por las tardes. Ese día llevaba un vestido corto de primavera y una bolsa al hombro en la que sin duda estaba su bañador.

—Para el coche —dijo Prentice.

William miró por el espejo retrovisor con expresión de sorpresa.

Y no sin razón. Prentice ya tenía lo que habían ido a buscar. Y para conseguirlo había sobrevivido al recorrido entre los invitados, soportado las burlas de Freddie, superado los dieciséis escalones y escapado por los pelos del mayordomo, que en ese mismo instante debía de estar informando a Freddie de sus sospechas. Lo más sensato que podían hacer en ese momento, como diría William, era esfumarse.

—Vuelvo enseguida —dijo Prentice. William lo miró con gesto de preocupación.

—¿Necesita que le ayude en algo, señor Symmons?

—No, William. Esto es algo de lo que debo ocuparme personalmente.

Prentice se bajó del coche y se dirigió hacia la casa, hacia la fiesta, hacia la contienda. Mientras lo hacía, se animó pensando en la siguiente paradoja: en los últimos años, a medida que aumentaba en masa y dimensión, había ido disminuyendo a ojos de sus conciudadanos. Con cada kilo de más, era un poco menos prominente, un poco menos aparente; hasta que amigos y extraños lo ignoraron por igual.

Es cierto que al principio Prentice había derramado algunas lágrimas. Antaño aplaudido por el público, admirado por sus compañeros, parado por desconocidos en la calle, ¿cómo no iba a sentir cierta congoja ante el declive de su celebridad? Pero ese día, el 19 de marzo de 1939, en los jardines de la Hacienda, en el corazón de Beverly Hills, abrazaría su insignificancia. Volvería a entrar en la casa de aquel maleante y se abriría camino una vez más entre la glamurosa concurrencia. Sólo que esta vez lo haría como una aparición.

—Eres un hombre sin importancia —se dijo sonriendo para sí al llegar a la puerta principal—. Un pobre diablo. ¡Un don nadie!

Entró en la casa con ese nuevo mantra en los labios y pasó sin ser

visto entre los bebedores de mimosa. Cruzó sin ser visto la abarrotada terraza y bajó los escalones hasta la piscina. Mientras la rodeaba, las tres jóvenes recostadas en las tumbonas continuaron conversando sin mirarlo una sola vez.

Detrás del espejo tenía que haber una habitación, pensó Prentice, y esa habitación debía contar con una entrada discreta.

En el extremo más alejado de la piscina, Prentice pasó por detrás del trampolín y junto al vestidor de señoras de la caseta de baño, hasta llegar a la parte trasera del edificio, que parecía, de hecho, más ancha de lo necesario. Deslizándose entre el muro exterior y un rododendro gigante, Prentice se animó al descubrir que las ramas del arbusto estaban cuidadosamente podadas y que había huellas de pisadas en el suelo. Dio tres pasos más y se encontró ante una sencilla puerta.

—Aquí estás —dijo en voz alta.

Asió el picaporte de la puerta y comprobó que estaba cerrada.

Por supuesto que lo estaba.

Dio un paso atrás, levantó el brazo y se dispuso a romper el picaporte con la empuñadora de su bastón. Pero era una empuñadura de marfil y no le pareció apropiada para la tarea. Bajó el brazo y miró a su alrededor hasta que encontró lo que necesitaba bajo las ramas del rododendro. Clavó el bastón en el suelo y se arrodilló por segunda vez ese día. Después de escarbar en la tierra con las uñas, liberó una piedra del tamaño de un pomelo. La levantó del suelo, la llevó hasta la puerta y golpeó el picaporte no una, ni dos, sino tres veces, hasta que cedió.

Prentice arrojó la piedra a un lado y entró en la habitación.

Al adaptarse su vista a la oscuridad, se percató de la presencia de un gran insecto frente a él, pero luego comprendió que era una cámara montada en un trípode. Tras dar un paso adelante, Prentice vio lo mismo que la cámara: una gran ventana rectangular tras la que una chica de pelo castaño, ahora con el torso desnudo, se aplicaba algún tipo de aceite en el escote. Detrás de ella, otra mujer recién salida de la ducha se escurría la larga melena. Y detrás de ambas, asomando entre la maleza, la ágil y lasciva cabeza del leopardo.

Prentice sintió una presión en la mandíbula y se dio cuenta de que

estaba apretando los dientes.

Se apartó de la ventana y miró a su alrededor. Volvió a la puerta, buscó el interruptor de la luz y lo accionó. Salió de la sala de observación y, apartando las ramas del rododendro, rodeó tan rápido como pudo la parte trasera de la caseta de baño. Una vez fuera, abrió la puerta del vestuario femenino y, sin llegar a entrar, apagó la luz.

—¿Qué pasa? —dijo una mujer con acento de Brooklyn.

Un segundo después, otra voz más delicada gritó:

—¡¿Eso es una cámara?!

Mientras en la caseta de baño se multiplicaban los gritos, Prentice se encaminó a la piscina. Las tres jóvenes bañistas que habían estado charlando tan alegremente en sus tumbonas se levantaron y fueron hacia la caseta de baño para averiguar a qué venía tanto alboroto.

Se mirara por donde se mirase, Prentice debía de ofrecer un aspecto lamentable. Además de sobrarle cincuenta kilos y de llevar una chaqueta de lino empapada de sudor, tenías sucias las rodilleras de los pantalones y los dedos manchados de tierra. Pero al pasar junto a las tres jóvenes, ellas no repararon en él. Tras haber temido durante años a la sombra de su antiguo yo, Prentice se había convertido en la sombra de su antiguo yo. Era un espectro. Un fantasma. ¡Un hombre invisible que vagaba solo por las colinas de Hollywood en nombre de la justicia!

Subió los escalones que conducían a la terraza —pasando por delante de la columnista de cotilleos, que se apresuraba en la dirección opuesta— y se detuvo para coger unos canapés de la bandeja de una camarera muy poco atenta. Pero estaba comiéndose el primero y sonriendo para sí cuando paró en seco. ¡Su bastón! ¡Había olvidado recogerlo!

Al darse cuenta, estuvo a punto de soltar una maldición, pero en lugar de eso dijo: «Perfecto.»

Porque más tarde, ese mismo día, una vez que la conmoción se hubiera calmado, después de que una generación de estrellas hubiera desaparecido de la propiedad como las golondrinas de 1924 y la columnista de cotilleos hubiera enviado su copia desde el supletorio del despacho, Freddie Fairview, sumido en un estado de profundo

desasosiego, visitaría la escena del desastre. Y allí, tras observar el picaporte roto de la puerta, se daría la vuelta y descubriría el bastón con empuñadura de marfil clavado en el suelo como un centinela, y sabría exactamente a quién tendría que darle las gracias por haber puesto su mundo patas arriba.

Charlie

—¡¿Llevas un traje nuevo?!

—Sí —admitió Charlie con cierto bochorno.

—Es bonito —dijo Evelyn, y sonrió—. Pasa.

Evelyn guió a Charlie hasta el salón de Olivia de Havilland. La actriz se alojaba en uno de los pequeños bungalows de los jardines del hotel, que proporcionaban un poco más de intimidad a quienes podían permitírsela.

—¿Está aquí la señorita De Havilland?

—No —contestó Evelyn—. La he animado a buscarse algo que hacer.

Charlie asintió para expresar su conformidad con la decisión de Evelyn. Seguramente era mucho mejor que la señorita De Havilland no se encontrase allí.

El salón del bungalow se parecía al de la suite de Evelyn, aunque era más grande, con cristaleras que daban a una terraza cerrada. Charlie vio que Evelyn había hecho instalar un segundo teléfono en el escritorio. Encima también había un maletín abierto y vacío.

—¿Has puesto el dinero en una bolsa? —preguntó.

Evelyn señaló la mesita de café, donde había un bolso negro y brillante con cierres dorados.

—¿En un bolso?

—¿Por qué no? —dijo Evelyn—. No lo especificaron.

Charlie sonrió.

—Supongo que no. ¿A Prentice le ha salido todo bien?

—Debe de estar a punto de llegar.

—¿Y tu joven amigo está preparado?

—¿Billy? Está impaciente.

Charlie asintió y se quedaron los dos callados un momento.

—¿Crees que funcionará? —preguntó entonces Evelyn.

—No lo sé. Como en todos los negocios, en el de los chantajes hay profesionales y aficionados. Podríamos estar tratando con una organización consolidada, experimentada y cuidadosa. O podrían ser unos tipos que nunca hayan hecho chantaje antes, tipos que operen movidos por la desesperación. Quiero pensar que, sea cual sea el caso, tenemos una oportunidad. Pero, desde luego, las posibilidades aumentan si nos enfrentamos a aficionados.

—¿Cuándo lo sabremos? —preguntó Evelyn con cierta ironía.

—En cuanto termine la llamada.

Evelyn se colocó detrás del escritorio. Tras cerrar el maletín y dejarlo en el suelo, se sentó en la silla e invitó a Charlie a sentarse al otro lado. Ya no quedaba ni rastro del enfado que la joven había mostrado el jueves. Había recuperado la calma y la serenidad. También eso era lo mejor, pensó Charlie.

Sentado frente a Evelyn, Charlie no pudo evitar recordar la mañana que se habían conocido, sentados también frente a frente en el vagón restaurante del tren. Una vez más, Charlie se sorprendió preguntándole si podía hacerle una pregunta personal.

—Por supuesto —contestó ella.

—¿A qué te dedicabas antes? Me refiero a qué hacías en Nueva York.

—Vivía como una princesa, Charlie. Con un chico muy guapo, en un piso enorme con vistas a Central Park.

—¿Y cómo era?

—Bueno, en realidad no era.

Ella negó con la cabeza al recordar.

—Supongo que era una mantenida, pero él era un mantenido. Así que al menos estábamos empatados.

—¿La echas de menos?

—¿La relación?

—No, la ciudad.

—Por lo que a mí respecta, las Montañas Rocosas no son lo suficientemente altas.

Charlie asintió y sonrió. Le gustaba la franqueza de Evelyn. La admiraba. Estaba planteándose preguntarle algo más sobre aquella

relación que en realidad no lo era, pero al parecer la alusión a la ciudad había suscitado en ella otros pensamientos.

—Nueva York no estaba mal —dijo Eve—. Allí conocí a mi primera amiga de verdad, y nos lo pasamos en grande juntas. Pero al final me harté de tanto cuento de hadas.

—Aquí también abundan —observó Charlie.

—Tienes razón, claro. Pero en el Este los cuentos de hadas tienen miles de años, y han ido pasando de generación en generación. Me refiero a todas esas bobadas de «fueron felices para siempre». Aquí también hay cuentos de hadas, pero da la impresión de que cada uno se inventa los suyos.

—Creo que se llaman «falsas ilusiones».

—Exactamente —dijo Evelyn sonriendo.

—Entonces, ¿a ti no te interesa ser feliz para siempre?

—Ni lo más mínimo. Pero no me interpretes mal. Me gusta ser feliz de vez en cuando, como a todo el mundo. Lo que me fastidia es el «para siempre».

A Charlie le habría gustado preguntarle a Evelyn por esa amiga a la que había dejado en Nueva York, la primera amiga de verdad de su vida, pero entonces sonaron los dos teléfonos.

Charlie y Evelyn se miraron y, al cuarto timbrazo, cada uno descolgó un teléfono. Charlie tapó el auricular con la mano.

Resultó que Charlie no tuvo que esperar a que terminara la llamada para saber con quiénes estaban tratando: enseguida se dio cuenta de que eran aficionados. Se dio cuenta por cómo hablaba el interlocutor: demasiado rápido y con un tono de voz demasiado alto. Charlie supuso que, para empezar, era un hombre de carácter nervioso, pero mostraba todos los indicios de ser alguien que hacía algo ilícito por primera vez y de mala gana. También se dio cuenta de que aquel hombre no era el que mandaba. Mientras hablaba con Evelyn, tuvo que corregirse dos veces, como quien intenta recordar exactamente lo que le han mandado decir.

En resumen, el tipo le dijo a Evelyn que debía llevar la bolsa con el dinero al restaurante situado en la manzana del Hamilton Boulevard, entre South Bentley y Sepulveda, en Culver City, a las dos en punto.

Debía sentarse en el último reservado de la izquierda, junto a la ventana, y dejar la bolsa debajo del asiento. La estarían vigilando todo el tiempo. Si obedecía las instrucciones al pie de la letra, el resto de las fotografías llegaría al hotel antes de que acabara el día.

Era un acuerdo previsible. Como Charlie le había explicado a Evelyn, hasta el más aficionado de los chantajistas comprendía que su ventaja desaparecía en cuanto soltaba el material comprometedor.

Aun así, Charlie se apresuró a escribir una pregunta en un bloc y lo giró para que Evelyn pudiera leerla.

—¿Qué garantía tenemos de que entregarán las fotografías cuando hayamos pagado? —dijo ella por el auricular.

El hombre hizo una pausa.

Charlie sonrió: la pausa confirmaba sus anteriores sospechas. Se imaginó al interlocutor mirando a su compañero —que era el cerebro de la operación— para que lo orientara sobre cómo responder. Oyó que el interlocutor tapaba el auricular y luego el débil rumor de un diálogo, seguido de una respuesta algo vacilante:

—La señorita De Havilland no es la única que ha sido fotografiada. Queremos que quede contenta porque vamos a pedirle que sirva de ejemplo y les cuente a las demás que, efectivamente, recibió las fotos después de pagar, tal como se le había prometido.

Pensar que los chantajistas devolverían todo el material comprometedor también era un cuento de hadas, por supuesto. Pero Charlie intuyó que el interlocutor se lo creía. Se lo creía porque quería creérselo. Probablemente, el que tomaba las decisiones le había prometido que devolverían todas las fotos y se olvidarían del asunto: así pues, sólo habría sido una breve incursión en el mundo del delito antes de volver a la vida normal y corriente de los hombres honrados. Pero, después de haber dicho eso para apaciguar a su socio, el cerebro de la operación se quedaría con un par de imágenes. Y una vez que la señorita De Havilland hubiera cumplido con su papel y le hubiera servido de ejemplo, volvería con nuevas exigencias. Por eso Charlie sabía que no les quedaba más remedio que encontrarlo cuanto antes.

Wendell

Wendell no quería estar en una cabina telefónica a las dos de la tarde bajo un sol de justicia. Ya llevaba un buen rato allí metido. No sabía dónde quería estar, pero desde luego no quería estar allí. ¿Cómo había dejado que Jerry lo convenciera?

Se quitó las gafas y limpió los cristales con el pañuelo. Luego tomó un sorbo de la petaca que guardaba en el bolsillo trasero. Sólo uno, para calmar los nervios.

No debería haberle contado a Jerry lo de las fotografías, ése había sido su error. Era tarde y habían estado bebiendo. ¿Y qué debes hacer cuando es tarde y has estado bebiendo? Mantener la boca cerrada, eso es lo que debes hacer. Y Wendell debería haberlo sabido mejor que nadie. Pero allí estaba, sentado en su taburete en O'Malley's a la una de la madrugada dejando que Jerry le sirviera otro whisky, y cuando quiso darse cuenta se lo había contado a Jerry todo.

Wendell volvió a guardarse la petaca en el bolsillo trasero y negó con la cabeza. No, no era cierto: no había sido culpa del whisky. Le había contado a Jerry lo de las fotografías porque había querido. Y había querido porque se imaginaba lo que diría Jerry. Qué tipo, se las sabía todas.

Y así fue: en cuanto Wendell se lo contó a Jerry, éste lo planeó todo en cuestión de minutos; no sólo qué podían hacer si no cómo podían hacerlo. Y cuando Wendell mostró los primeros signos de duda, Jerry le argumentó por qué debían hacerlo, haciéndole preguntas y contestándolas él mismo.

«¿Cuánto tiempo estuviste en MGM? Siete años.»

«¿Cómo te hicieron trabajar? Como un condenado.»

«¿Y qué has conseguido? Nada.»

—Llegados a este punto —había dicho Jerry mientras vaciaba lo que quedaba de la botella en el vaso de Wendell— te mereces un

descanso, Wendy. Y los demás se merecen lo que se merecen.

Siete años, pensó Wendell. Siete largos años...

Después de terminar (o casi) sus estudios de arte en Fresno, Wendell había conseguido un trabajo de ayudante en el departamento de foto fija de MGM. Eso fue en el otoño de 1932, una época en la que nadie conseguía trabajo en ningún sitio.

En todos los trabajos hay que dar el callo al principio, y Wendell lo había hecho. Había barrido suelos y había ido a buscar cafés. Había mezclado productos químicos en el cuarto oscuro hasta que la cabeza le daba vueltas. Poco tiempo después estaba ayudando a Mueller, el fotógrafo jefe. Colocaba las luces y organizaba los muebles. Sabía cuál era su lugar y hacía lo que le pedían. En 1935 ya supervisaba sus propias sesiones fotográficas mientras a otro chico le daba vueltas la cabeza en el cuarto oscuro.

Cuando conoces a alguien y le dices que trabajas en Hollywood, siempre se queda fascinado y quiere que se lo cuentes todo. Sin embargo, cuando le explicas que te dedicas a hacer fotografía fija, se le apaga la mirada, como si le hubieras dicho que trabajas en la cafetería. Fuera de Hollywood, casi nadie entiende lo que cuesta hacer una buena foto fija. Y dentro de Hollywood tampoco lo entiende casi nadie.

El nombre que le han puesto demuestra lo poco que lo entienden. Porque una buena foto fija es cualquier cosa menos eso. Debe tener movimiento. Debe transmitir la sensación de que la acción se está fraguando bajo la superficie. Ya sea una pelea a punto de estallar en una taberna o un romance a punto de empezar bajo una farola. Una buena foto fija debe transmitir un estado de ánimo. Debe revelar la psicología de los personajes. Debe intrigar y seducir. Y para conseguirlo, el fotógrafo de foto fija debe tener la sensibilidad estética de un escenógrafo, el ojo de un director de fotografía y el talento para persuadir de un director.

A lo largo de su carrera, Wendell había hecho más de cien mil fotos fijas para más de ciento cincuenta películas. En una semana de la

primavera del 37, había hecho seiscientas para *Un día en las carreras* y otras cuatrocientas para *Capitanes intrépidos*, incluidas veinte con Spencer Tracy sumergido hasta el pecho en aguas turbulentas. Clark Gable en *Parnell*; Cary Grant en *Topper*; Rosalind Russell en *Al caer la noche*; *Laurel y Hardy en el Oeste*. Wendell los había fotografiado a todos.

Y por un buen sueldo. Quizá no lo suficiente para hacerse rico, pero sí para pagar la entrada de una casa de dos dormitorios en Brentwood Glen, tener un descapotable en la puerta y trescientos pavos en el banco. Y de vez en cuando, cuando una de sus fotos aparecía en los periódicos de todo el país, le daban una palmadita en la espalda.

Pero Dios te libre de cometer un error.

Dios te libre de cometer un error.

Una semana después de hacer las fotos de *Capitanes intrépidos*, Wendell había fotografiado a Clark Gable y Jean Harlow para *Saratoga*. Después de hacer cincuenta fotografías de la pareja —Gable y Harlow abrazados, Gable y Harlow en una tumbona, Gable y Harlow susurrándose dulcemente al oído—, los chicos de publicidad le pidieron que le hiciera unas cuantas fotos a Harlow sola. Para entonces, ya llevaba siete horas en el plató y aún tenía que ir al cuarto oscuro a revelar los negativos e imprimir las hojas de contactos, porque en Hollywood todo era para ayer. Así que, ¿dio un par de tragos de su petaca mientras Harlow se cambiaba de ropa? Claro que sí. ¿Quién no lo habría hecho?

El trabajo de un fotógrafo de foto fija recuerda al de un médico en un consultorio. Saca la lengua. Gira la cabeza y tose. Visto uno, visto todos. Sin embargo, mientras fotografiaba a Harlow reclinada en la tumbona, de pronto Wendell vio qué la había convertido en una estrella: una luz interior que iluminaba su rostro. Un atisbo de lo divino, pensó para sí. Y así es como debería haberlo dejado: para sí.

Pero al final de la sesión, cuando Harlow se fue al camerino a ponerse la ropa de calle, Wendell se quedó esperando. Esperó mientras los chicos de publicidad se iban al bar y el equipo de iluminación apagaba las luces. Quizá bebió un par de tragos más para matar el tiempo. Cuando ella salió por fin de su camerino, allí estaba él,

esperando para decírselo: «Señorita Harlow, es usted la mujer más bella que he visto jamás.»

Eso fue todo. Eso fue todo lo que dijo. Y pareció que a ella le agradaba el cumplido.

Pero Wendell llegó a su casa y se encontró el teléfono sonando de forma tan insistente que se notaba que llevaba una hora así. Cuando contestó, apenas pudo entender lo que decía el hombre de la oficina del señor Thalberg, porque hablaba muy rápido y estaba colérico.

—¡¿En qué demonios estabas pensando?! —le gritó a modo de conclusión antes de colgar el teléfono.

No se molestó en pedirle a Wendell su versión de los hechos. Wendell no tenía versión de los hechos. A las diez de la mañana del día siguiente, estaba en la calle sin un dólar de indemnización y sin una palabra de agradecimiento. Como dijo Jerry: «Siete años y no había conseguido nada.»

Pero eso no fue lo peor.

Los ejecutivos de los estudios son tremendamente competitivos y tacaños. Atan a sus actores y actrices con contratos más largos que la guía telefónica. Acumulan argumentos y guiones que quizá nunca se molesten en rodar. Reservados, astutos e intrigantes, no compartirían ni una galleta salada con su propia madre. Sin embargo, cuando te dejen ir, llamarán a todos los estudios de la ciudad para hacerles saber lo que opinan de ti. Para denunciarte gratuitamente. No importa lo serio que hayas sido, lo dedicado, lo habilidoso. De repente, ya no encuentras trabajo.

¿Cómo sucede eso? ¿Cómo se pasa de estar en lo más alto a no poder trabajar? Wendell conocía la respuesta a esa pregunta. Todo el mundo en Hollywood conocía la respuesta: rápidamente. En esa ciudad, ésa era la regla número uno.

Wendell pasó los doce meses siguientes haciéndose a la idea de lo desempleado que estaba. Es decir, desempleado del todo. Era como si no existieran Warner Brothers, Paramount ni Twentieth Century-Fox. No consiguió que le devolvieran la llamada ni los chicos que hacían películas de vaqueros con poco presupuesto.

—En Ojai hay trabajo —le dijo uno con una sonrisita de suficiencia

—. Si no te importa recoger naranjas por dos dólares al día, claro.

Que no tengas dónde caerte muerto le resulta muy cómico a todo el mundo en Hollywood.

Ésa es la regla número dos.

Cuando aún trabajaba en MGM, Wendell se pasaba por O'Malley's a las nueve de vez en cuando para tomar una copa. Cuando ya llevaba unos meses sin trabajar, a veces se acercaba a las cinco o a las seis de la tarde. Pero otras iba a las cuatro y ya no salía. Se sentaba en su taburete al final de la barra e iba echando poco a poco lo que le quedaba de él en un vaso. Por eso, cuando lo llamó Freddie Fairview y le preguntó si podía pasarse por su casa, no lo dudó.

Wendell no conocía personalmente a Freddie Fairview, pero sabía quién era. Bastaba con echar un vistazo a las columnas de cotilleos para saber que Fairview era todo un personaje en la ciudad, que se codeaba con las estrellas y que vivía en una mansión en Hollywood Hills.

Fairview recibió a Wendell en bata y zapatillas a las dos de la tarde, prerrogativa del hombre rico. En un salón tan grande como toda la casa de Wendell, Fairview le ofreció una copa y le sirvió ginebra a pesar de que Wendell le había pedido whisky.

Después de siete años fotografiando a estrellas de cine, Wendell sabía un par de cosas sobre rostros. Cuando él y Fairview se sentaron, vio que Fairview ya había pasado su mejor momento. Había tomado demasiado el sol y había disfrutado demasiado de la vida. Sin embargo, conservaba el brillo en los ojos, un brillo que probablemente le había sido útil con hombres y mujeres por igual. «¿De dónde sale un brillo así?», se preguntó Wendell con un poco de envidia.

Fairview empezó diciendo que, al ser amigo de varias estrellas de MGM, conocía y admiraba el trabajo de Wendell. También se había enterado de las recientes adversidades de Wendell y de las puertas que se le habían cerrado... injustamente, añadió.

—Creo que tengo un trabajo para ti, si te interesa.

—Soy un hombre que tiene ganas de trabajar, señor Fairview.

—Así me lo parecía —dijo con ese brillo en los ojos—. Déjame enseñarte una cosa.

Fairview precedió a Wendell por una terraza, bajó unos escalones y pasó junto a una piscina hasta llegar a una caseta situada detrás del trampolín. Pero, en lugar de entrar en la caseta, Fairview condujo a Wendell alrededor de ella. Le pidió que apartara unas ramas, lo llevó hasta una puerta y la abrió. Una vez dentro, encendió una luz. Era una habitación sencilla, con paredes azul oscuro y sin nada más que una silla y un trípode. Fairview esbozó una leve sonrisa ante la confusión de Wendell y apagó las luces. De repente, a través de una gran ventana empotrada en la pared, pudieron ver la habitación contigua: un vestidor.

Wendell se quedó de piedra cuando comprendió para qué era aquel montaje, pero también sintió indignación. Al parecer, Fairview había llegado a la conclusión de que, de todos los fotógrafos de Hollywood, de todos los fotógrafos del condado de Los Ángeles, Wendell sería el que estaría más dispuesto a hacerle el trabajo sucio. Cuando Fairview sonrió, Wendell volvió a ver ese brillo en sus ojos, y empezó a comprender que el origen de ese destello era la seguridad en sí mismo y la prepotencia, y quizá también un poco de crueldad.

—Te pagaré doscientos dólares por pasarte ocho tardes de verano haciendo retratos —dijo Fairview.

«Doscientos dólares», pensó Wendell pasándose una mano por los labios.

—Serán caras que ya conoces —continuó—. Mujeres a las que ya has fotografiado antes. Mujeres a las que has hecho famosas, a las que has inmortalizado y que ni siquiera saben tu nombre.

—Cuatrocientos dólares —dijo Wendell.

—Que sean quinientos —dijo Fairview.

Y se dieron la mano allí mismo, en la penumbra de aquella habitación prácticamente vacía.

Aquel verano de 1938, Wendell pasó ocho sábados por la tarde haciendo fotos en aquella horrible habitacioncita. Los domingos por la

mañana revelaba los negativos. Los domingos por la tarde volvía a casa de Fairview —que ya no le ofrecía ni siquiera ginebra—, y allí, en el salón, éste revisaba las hojas de contacto con una lupa de joyero y elegía las imágenes que quería revelar. Al final del verano, Wendell había impreso los retratos de más de ochenta actrices, la mayoría menores de treinta años.

Al finalizar el encargo, Wendell debía destruir todas las fotografías y negativos, y así lo hizo. Excepto un pequeño alijo compuesto por algunos duplicados que metió en un sobre de papel manila y escondió en un cajón. En los meses siguientes, Wendell no miró esas fotos ni una sola vez, pues le parecían tan repugnantes que apenas soportaba tenerlas en su casa. Pero las guardó, junto con una fotografía de Fairview sentado al borde de la piscina con dos jóvenes actrices que Wendell había tomado con un teleobjetivo desde los arbustos situados detrás de la caseta de baño. Las guardó por si Fairview algún día intentaba hacerle alguna jugarreta. No estaba muy seguro de qué tipo de jugarreta podía ser, pero estaba seguro de que si un hombre como Fairview quería hacerte una, te la hacía.

Los quinientos dólares que Wendell ganó con Fairview le permitieron vivir sin problemas hasta finales de 1938. Podrían haberle permitido vivir todo 1939 si Jerry no lo hubiera convencido para que probara suerte con los caballos. A finales de enero, Wendell estaba justo como había empezado: sin blanca. Una noche de marzo, precisamente la noche de su cumpleaños, Wendell estaba sentado con Jerry a la barra de O'Malley's a la una de la madrugada; los dos borrachos, sin un centavo y sin trabajo.

—Vaya par de muertos de hambre —dijo Jerry con sorna mientras señalaba el espejo que había detrás de la barra—. ¿Has visto alguna vez a dos tipejos más desgraciados en toda tu vida, Wendy?

Wendell sabía que Jerry tenía razón. Formaban una pareja lamentable. Pero, por algún motivo, su comentario no le sentó bien. Tal vez porque estaba borracho; tal vez porque no le hacía gracia que Jerry los metiera a los dos en el mismo saco; o tal vez porque era su cumpleaños. Fuera cual fuese el motivo, Wendell respondió a Jerry con un tono inusualmente desafiante.

—Habla por ti —dijo.

Jerry levantó la vista sorprendido.

—¡Uy, uy, uy, qué miedo!

—No eres nadie para llamarme «muerto de hambre» —dijo Wendell —. Cuando lo esté, ya te lo diré. Pero todavía estoy lejos de eso.

—Dijo el tipo que tiene que sentarse en una guía telefónica para llegar a la barra.

—No tengo que sentarme en una guía telefónica —dijo Wendell rojo de ira—. Tengo una cosa importante entre manos.

—No me digas.

—Pues sí —dijo Wendell.

Y así, casi sin darse cuenta, se encontró contándoselo todo a Jerry. Le habló de Freddie Fairview, de sus fiestas en la piscina y del espejo de doble cara. Le habló del alijo de duplicados que había conservado por si acaso. Y por la expresión de Jerry, Wendell comprendió que lo había pillado desprevenido, que lo había sorprendido, que incluso lo había impresionado.

—Fairview pagaría un ojo de la cara por recuperarlas —concluyó Wendell.

—¿Fairview? —dijo Jerry.

De repente, Jerry ya no parecía tan borracho. Miró a su alrededor y comprobó que no había nadie que pudiera oírlos. Luego, inclinándose hacia Wendell, bajó la voz de todos modos.

—Olvídate de Fairview, Wendy. Son las actrices las que pagarían una fortuna por esas fotos. Todas y cada una de ellas.

—Puede ser —concedió Wendell a regañadientes—. Pero ya te lo he dicho: no vuelvas a llamarme Wendy.

Ahora estaba en una cabina telefónica en algún lugar de Culver City, a pleno sol, esperando la llamada de Jerry con los nervios a flor de piel.

Antes, la mujer que se había puesto al teléfono había accedido a todas sus exigencias: a la hora, al lugar y al dinero.

—Pero ¿y si cambia de opinión? —había dicho Wendell nervioso cuando ella había colgado—. ¿Y si llama a la policía? ¿Y si me están

esperando en la cafetería?

—Por eso me voy a adelantar —le había explicado Jerry—. Un amigo mío tiene un despacho en la tercera planta del edificio de enfrente. Desde allí podré controlar quién viene y quién va. Si veo a la policía en los alrededores, lo suspenderemos todo. Pero si tengo la certeza absoluta de que ella ha llegado sola, te llamaré a la cabina para darte luz verde. Entonces entrarás en la cafetería, recogerás la bolsa y dos minutos más tarde estarás fuera. Es pan comido.

Aun así, pensó Wendell mientras esperaba en la cabina telefónica, quizá no fuera tan buena idea. ¿No registraban los bancos los números de serie de los billetes? ¿No podrían pillarlos a él y a Jerry más tarde, cuando intentaran gastar el dinero? Tal vez Jerry no hubiese pensado en eso. Tal vez cuando Jerry volviera a llamar…

Sonó el teléfono.

El timbrazo lo sobresaltó tanto que casi se le cayó el auricular de las manos.

—¿Diga? ¿Diga? —dijo cuando tuvo el auricular en la oreja.

—Todo despejado —dijo Jerry—. Recuerda: el último reservado de la izquierda.

Antes de que Wendell pudiera mencionar lo de los números de serie, Jerry colgó.

Así que Wendell también colgó.

—Todo despejado —repitió en voz baja—. Entrar y salir. Pan comido.

Salió de la cabina telefónica, subió a su coche y arrancó el motor venciendo la tentación de dar otro trago. Al menos, hasta que la tentación lo venció a él.

Jerry le había asegurado a Wendell que, como era domingo, habría plazas de aparcamiento justo delante de la cafetería y que dentro no habría más de tres o cuatro clientes. Mientras Wendell conducía por Hamilton Boulevard, hizo un trato consigo mismo: si no había sitio para aparcar justo delante, o si había más de cuatro clientes dentro, lo dejaría. Se iría a casa y esperaría a Jerry. Cuando llegara Jerry, le

diría que la costa no estaba lo suficientemente despejada. Y tal vez entonces podrían abandonar la idea de una vez por todas.

Sin embargo, cuando Wendell llegó a la cafetería, se encontró con varias plazas de aparcamiento justo delante, tal como Jerry había asegurado. Y tal como Jerry había asegurado, la cafetería estaba casi vacía: sólo había un anciano comiendo algo en la barra y dos chicas adolescentes charlando en un reservado junto a la ventana.

—Entrar y salir —dijo Wendell mientras cruzaba la puerta y se dirigía al último reservado de la izquierda. Pan comido.

Pero metió la pierna derecha debajo del asiento, la movió de un lado a otro, y no encontró ninguna bolsa. Se inclinó y buscó con el brazo derecho debajo del asiento, pero seguía sin encontrar nada.

—¿Qué va a tomar?

Wendell levantó la vista y descubrió a la camarera con el bloc y el bolígrafo en la mano.

¿Qué se suponía que tenía que hacer? Jerry no había hablado de pedir nada. Pero si no pedía nada, ¿no le diría la camarera que se marchara?

—Un sándwich —dijo.

—¿Un sándwich de qué?

Wendell no sabía de qué pedirlo, ¡si ni siquiera tenía hambre! La camarera dio unos golpecitos con el pie, impaciente.

—¿De qué los hay?

—De lo mismo que en todas partes. De bacon. De ensalada de pollo. De ensalada de atún.

—De ensalada de atún —dijo Wendell.

—¿Algo de beber?

—No, gracias.

Cuando la camarera se marchó a la cocina, Wendell pensó que tenía unos minutos antes de que volviera. Metió la parte superior del cuerpo bajo el tablero de la mesa, echó un vistazo debajo de su asiento y confirmó que allí no había nada.

¿Se habría equivocado de reservado? No: Jerry le había dicho que tenía que ir al último de la izquierda. Quizá la mujer hubiese cambiado de idea. O quizá alguien más había descubierto la bolsa.

Con una mezcla de decepción y alivio, Wendell echó el cuerpo hacia atrás y se golpeó la cabeza con la mesa.

Y entonces lo vio. La mujer había puesto la bolsa debajo del banco de enfrente.

Sólo que no era una bolsa, sino un bolso. Un bolso de señora.

Para alcanzarlo, Wendell tuvo que agacharse tanto debajo de la mesa que las rodillas casi le tocaban el suelo. En cuanto tuvo el bolso en la mano, se dio cuenta de que estaba lleno de algo. Con cuidado de no golpearse otra vez la cabeza, salió de debajo de la mesa, pero se encontró con que la camarera ya había vuelto.

—Se me ha caído una cosa —dijo sin sacar la mano de debajo de la mesa.

—Ya veo —dijo ella, y le puso el plato delante.

Cuando la vio desaparecer por la puerta de la cocina, Wendell abrió el cierre del bolso. Sí, era el dinero. Lo cerró y miró a su alrededor. El viejo de la barra seguía picoteando en su plato y las dos adolescentes seguían charlando en su mesa. Nadie le prestaba atención. Tenía vía libre hasta la puerta.

Sin embargo, ya se disponía a salir del reservado cuando echó un vistazo al bocadillo. Se le había olvidado pagarlo. Se sacó del bolsillo dos monedas de veinticinco centavos y las dejó sobre la mesa.

Pero ¿a la camarera no le extrañaría encontrar el sándwich pagado e intacto? «Ni siquiera lo ha probado, agente.» Eso diría, seguro.

Tras deslizarse de nuevo en el reservado, Wendell empezó a comerse el sándwich de mala gana. Ni siquiera le gustaba el atún. Lo había pedido porque era lo último que había mencionado la camarera. Wendell se obligó a comerse más de la mitad mientras lamentaba no haber pedido una bebida para acompañar el sándwich.

Cuando Wendell salió por segunda vez del reservado, le entró pánico por el bolso. Seguro que todo el mundo se fijaría en un hombre que llevaba un bolso. «Era un bolso de señora», dirían. «Y no lo llevaba consigo cuando llegó, agente.»

Wendell se metió el bolso bajo el brazo para ocultarlo lo mejor que pudo y salió por la puerta. Cuando estaba a punto de colocar el bolso en el asiento del pasajero, pensó en la posibilidad de que la policía lo

parara por algún motivo. Si el bolso había llamado la atención en la cafetería, aún llamaría más la atención en el asiento del pasajero de un descapotable conducido por un hombre. Así que lo metió en el maletero.

Una vez sentado al volante y con el motor en marcha, Wendell volvió a mirar hacia la cafetería, tal como le había dicho Jerry, para comprobar que no lo habían seguido. Y cuando se apartó de la acera, miró por el espejo retrovisor para confirmar que ningún coche había salido detrás de él. Lo que más deseaba ahora era echar un trago de su petaca, pero primero tenía que girar para tomar Sepúlveda.

Al acercarse al cruce, Wendell redujo la velocidad, puso el intermitente, giró el volante y empezó a acelerar de nuevo. Y entonces apareció el joven de la bicicleta. Salió como caído del cielo y cruzó la intersección justo delante del coche de Wendell. Él frenó en seco, pero era demasiado tarde. La rejilla del coche chocó contra la bicicleta y el joven salió despedido hacia el capó de Wendell. Con un fuerte crujido, el parabrisas de Wendell se resquebrajó formando una gran telaraña a partir del punto donde el ciclista se había golpeado la cabeza. Después, el joven cayó rodando por el capó y se perdió de vista al mismo tiempo que el coche se detenía.

Wendell salió corriendo del asiento del conductor y rodeó la parte delantera del coche; pasó junto a los restos de la bicicleta y llegó al lugar donde yacía el joven. Para gran alivio de Wendell, el joven empezó a incorporarse y no parecía que sangrara.

—Déjame ayudarte —dijo Wendell, y lo ayudó a ponerse en pie.

El joven negó con la cabeza y miró a Wendell.

—¿En qué estaba pensando, amigo? ¡Para girar hay que poner el intermitente!

—He puesto el intermitente —dijo Wendell—. ¡Tú has salido como una liebre!

—¿Que yo he salido como una liebre?

—Cuando llegas a un cruce, no puedes… no puedes…

—¿Cómo dice? ¿Insinúa que esto ha sido culpa mía?

—No. Lo que digo es que…

—A lo mejor tendríamos que llamar a la policía para saber qué

opina.

Wendell volvió la cabeza, como si la policía ya estuviera allí.

—Tienes toda la razón —le dijo al ciclista; hablaba un poco más deprisa de lo habitual—. No ha sido culpa tuya. Pero tampoco mía. Ha sido un accidente y afortunadamente nadie se ha hecho daño.

—Eso cuénteselo a mi bicicleta, amigo.

Wendell se sacó la cartera del bolsillo

—Te pago la bicicleta.

El joven lo miró con escepticismo.

—Era prácticamente nueva —señaló—. Me costó veinticinco dólares.

Wendell abrió su cartera y vio que sólo tenía tres. Notó que se ponía colorado. ¿Qué podía hacer? El chico no iba a aceptar un pagaré.

—Espera un momento —le dijo.

Al ir hacia el maletero, Wendell vio que se acercaban dos coches con los intermitentes puestos y la intención de girar hacia Sepulveda. Después de hacerles señas para que esquivaran su coche, Wendell abrió el maletero y sacó tres billetes de diez dólares del bolso. Al mirar por encima de la puerta del maletero, vio que el joven volvía a observarlo con escepticismo, tal vez incluso con suspicacia. Wendell sacó otros diez del bolso y cerró el maletero.

—Toma, cuarenta dólares —dijo—. Por la bicicleta y por las molestias.

El chico se frotó un poco la cabeza y luego cogió el dinero.

—De acuerdo, amigo. Pero debería conducir con más cuidado.

El encuentro terminó casi tan rápido como había empezado. El muchacho se llevó los restos de su bicicleta a la acera. Wendell volvió a meterse en el coche y lo puso en marcha. Tras echar un vistazo por el retrovisor, confirmó que no había nadie detrás de él y aceleró por Sepulveda con el estómago revuelto y las manos temblorosas, conduciendo más deprisa de lo que debía y sin prestar atención al sedán negro que salía de la gasolinera al pasar él y lo seguía.

Charlie

Charlie estaba estacionado en South Bentley, a unos seis metros del cruce con Hamilton Boulevard. Se había sentado detrás, donde llamaba menos la atención pero seguía teniendo una visión clara de la cafetería.

Quizá era un aficionado el tipo que movía los hilos, pero era listo, pensó Charlie. La cafetería se encontraba en una manzana de pequeños edificios de oficinas donde había abogados, contables, arquitectos y similares. Como era domingo por la tarde, las oficinas estaban vacías, la cafetería estaba vacía y las calles estaban vacías. Desde cualquier azotea o cualquier ventana, un vigía podría estar atento a la llegada de la policía para asegurarse de que el encargado de recoger la bolsa entraba sin peligro; y las calles vacías le permitirían asegurarse fácilmente de que no lo seguían cuando saliera.

Charlie miró el reloj y vio que eran las dos menos cuarto. Aunque fuera la temperatura debía de ser de unos veinte grados, dentro del coche debía de ser de más de veinticinco, y Charlie había empezado a sudar. Reacio a bajar la ventanilla del todo, se quitó la chaqueta del traje y la dejó en el asiento de al lado. La llamada con los chantajistas había salido como se esperaba, Prentice había conseguido su objetivo y él había llegado a su puesto con tiempo de sobra. Lo único que tenía que hacer ahora era esperar.

Según la experiencia de Charlie, la mayoría de los detectives jóvenes se quejaban cuando tenían que hacer una vigilancia. Naturalmente, les parecía aburrido estar sentados en un coche o frente a la ventana de una vivienda durante horas y horas, día tras día. Pero también lo consideraban una pérdida de tiempo. Con algo más que un atisbo de frustración, se preguntaban por qué no estaban registrando locales, buscando a cómplices o llevando a algún sospechoso a la comisaría para otra ronda de interrogatorios.

Por lo visto no entendían que la inacción era la clave de todo. Registrar los locales, buscar a cómplices e interrogar a sospechosos eran formas de enfrentamiento directo. Eran, por definición, procedimientos de confrontación que ponían en guardia tanto a inocentes como a culpables. A veces era mejor retirarse a un rincón oscuro, por así decirlo, desde donde uno podía simplemente observar y esperar. Cuanto más tiempo se estuviera fuera de la vista, más posibilidades había de que un sospechoso reanudara su actividad, se pusiera en contacto con un cómplice o cometiera algún error. Lo cierto es que a menudo la vigilancia era la mejor manera de hacer el trabajo. A veces, la única manera.

Cuando le tocaba trabajar con un detective junior que parecía especialmente inquieto, a Charlie le gustaba contar la historia del caso Windsor. Peter y Candice Windsor eran una pareja adinerada de mediana edad con una gran casa en Bel Air y un hijo en la universidad. En mayo de 1926, el señor y la señora Windsor habían planeado un fin de semana de golf en Palm Springs con sus mejores amigos, Burt y Polly Baker, otra pareja guapa y adinerada que vivía en Bel Air, pero con una hija en el instituto. En el último momento, a la señora Windsor le dio un ataque de migraña, así que el señor Windsor y los Baker se fueron a Palm Springs sin ella. Jugaron al golf todo el sábado y pasaron la mañana del domingo en la piscina. El domingo por la noche, cuando regresaron a Bel Air, Windsor encontró a su esposa muerta en el suelo del salón. En algún momento del sábado le habían disparado en el pecho con su propia pistola, una automática de calibre 25 que un agente recuperó del fondo de la piscina.

Les asignaron el caso a Charlie y a su compañero de entonces, Jack Bocock. A primera vista, parecía un robo que se había torcido. No había señales de que hubieran forzado la entrada, pero los Windsor tenían la costumbre de no cerrar la puerta trasera. Habían desaparecido joyas por valor de unos cuarenta mil dólares de una caja que estaba encima de la cómoda en la que la señora Windsor también guardaba su pistola escondida en un cajón entre su lencería. La hipótesis de trabajo era que un ladrón, creyendo que la casa estaba vacía, había entrado por la puerta trasera, había ido al dormitorio a

por las joyas, había oído ruidos en el piso de abajo, había ido a investigar, pistola en mano, y había disparado a la señora Windsor al aparecer ésta de repente en el salón.

Bastante sencillo.

Pero había varias cosas que intrigaban a Charlie y a Jack. La primera era que en el joyero había quedado un collar de rubíes valorado en casi cinco mil dólares. El señor Windsor dijo que no había echado nada de menos en la casa aparte de las joyas, lo que sugería que el autor era un ladrón de joyas. Pero un ladrón de joyas no se dejaría una de las piezas más valiosas, por mucha prisa que tuviera.

Luego estaba el asunto de la pistola. Sí, estaba en la cómoda donde estaban las joyas, pero ¿qué había llevado al ladrón a abrir el cajón de la lencería en primer lugar? No había indicios de que hubiera registrado ningún otro cajón. Para complicar aún más las cosas, luego descubrieron que la pistola se había disparado dos veces. Habían tardado en encontrar la segunda bala porque estaba a casi quince metros detrás de la señora Windsor, incrustada en las molduras donde la pared se unía con el techo. Para que la hipótesis de trabajo tuviera sentido, lo que buscaban era a un ladrón lo bastante sofisticado como para registrar la casa y encontrar la pistola, pero lo bastante aficionado como para dejar rubíes en el joyero y disparar a lo loco al verse sorprendido.

Por último, estaba la cuestión de la actitud del señor Windsor. Cuando hablaron con él, no sólo mostró conmoción y dolor. Estaba claramente preocupado por algo; se puso rojo cuando debería haberse quedado pálido y se quedó pálido cuando debería haberse puesto rojo.

A Charlie y a Jack les bastó con llamar a cuatro puertas para enterarse de que los vecinos sospechaban que Peter Windsor y Polly Baker eran amantes. Al parecer, Candice Windsor padecía frecuentes migrañas, Burt Baker solía ausentarse por negocios, y el coche de los Windsor había sido visto más de una vez saliendo de la entrada de la casa de los Baker con una mujer en el asiento del pasajero que se parecía más a la señora Baker que a la señora Windsor. Era evidente que Windsor tenía un móvil y además sabía dónde guardaba su mujer el arma. Sólo había un problema: su coartada.

Charlie y Jack hablaron con un montón de personas que les confirmaron que Windsor estuvo en Palm Springs desde la hora de salida al campo de golf el sábado por la mañana hasta la una de la madrugada, cuando cerró el bar del hotel.

Empezaron a plantearse la posibilidad de un asesinato por encargo. Analizaron las transacciones bancarias, los registros telefónicos e investigaron a las amistades de Windsor, pero no encontraron ninguna conexión entre Windsor y un criminal conocido. No encontraron ninguna transferencia de dinero. Ni siquiera encontraron ninguna reunión o llamada inusual.

Un día, un mes después del asesinato, Charlie y Jack llegaron a la comisaría y encontraron a Marisol, el ama de llaves de los Windsor, esperándolos. En un primer momento, ella había confirmado la declaración de Windsor de que no faltaba nada en la casa, aparte de las joyas. Sin embargo, cuando empezó a ayudar al señor Windsor a deshacerse de las cosas de la señora Windsor, se dio cuenta de que faltaba algo más: un elegante picardías rosa de una boutique de Beverly Hills.

Cuando Jack y Charlie compartieron este pequeño detalle con su teniente, éste negó con la cabeza.

—Ahí lo tienes —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Jack.

—Así es como el criminal encontró el arma: estaba buscando la ropa interior.

—¿Buscando la ropa interior?

—Escuchad —dijo el teniente—. Lleváis cuatro semanas intentando inculpar al marido y lo único que habéis conseguido son cotilleos de vecinos. Bueno, tal vez no habéis encontrado nada relevante porque os habéis empeñado en seguir una hipótesis inútil de vuestra propia invención. Tal vez esto sea exactamente lo que parecía desde el principio: un robo chapucero. Quizá se trate de un ladrón de joyas aficionado a la ropa interior femenina o de un ladrón de ropa interior aficionado a las joyas. De cualquier manera, es hora de dejar en paz al marido.

Pero Jack y Charlie no podían quitárselo de la cabeza. Algo raro

pasaba con Windsor y querían saber qué era. Decidieron vigilar su casa. Sólo podían hacerlo en su tiempo libre, lo que, en la práctica, significaba desde las ocho de la noche hasta la una de la madrugada. Era una ventana estrecha, pero creían que era la ventana correcta. Quienquiera que fuera la persona con la que Windsor se había compinchado para cometer el asesinato acabaría apareciendo, y lo más probable era que lo hiciera por la noche. Lo único que necesitaban era un golpe de suerte.

Jack y Charlie se turnaban, una noche sí y otra no. Cuando le tocaba a Charlie, aparcaba al otro lado de la calle con sus prismáticos y un termo de café que le había preparado Betty. A veces, Charlie salía del coche y daba una vuelta para ver qué hacía Windsor. La mayoría de las noches, Charlie lo veía sentado solo en el salón, bebiendo hasta quedarse dormido. Una noche, a las diez y media, un coche negro se detuvo en el camino de entrada. Con el pulso acelerado, Charlie rodeó la casa y descubrió que el visitante nocturno era el capellán de la familia. Charlie los vio arrodillarse en la alfombra y rezar a menos de cinco metros del lugar donde habían disparado a la señora Windsor.

Después de tres semanas de vigilancia y sin obtener resultados, Jack y Charlie fueron a tomar una copa. Ninguno de los dos quería ser el primero en darse por vencido o en admitir que podían haberse equivocado. Así que reconocieron sin mayor discusión que les quedaba poco tiempo.

—¿Una semana más? —propuso Jack.

—Una semana más —convino Charlie.

Su golpe de suerte llegó en el penúltimo turno de Charlie, y él estuvo a punto de dejarlo pasar. Eran poco después de las once. Charlie se estaba sirviendo el último café en una taza cuando con el rabillo del ojo vio un destello metálico. Agotado como estaba, Charlie estuvo a punto de no hacerle caso. Pero entonces dejó el café en el salpicadero, salió del coche y fue sin hacer ruido hasta la entrada de la casa de los Windsor. Y allí, apoyada contra la casa, había una bicicleta.

Lo que Charlie había visto era el pedal plateado reflejando la luz de una farola. Charlie fue hasta la parte trasera de la casa. A través de la

ventana del salón, profusamente iluminado, vio a Windsor con su amante en una acalorada conversación seguida de un fuerte abrazo. Sólo que no era Polly Baker. Era su hija adolescente, Lucy.

Y todo empezó a cobrar sentido. Lucy era la mujer del asiento del pasajero que se parecía más a la señora Baker que a la señora Windsor. Los Baker se habían ido a Palm Springs y la habían dejado en casa, así que ella tuvo la oportunidad. Y no era de extrañar que el primer disparo hubiera pasado medio metro por encima de la cabeza de la señora Windsor: probablemente la niña había cerrado los ojos al apretar el gatillo.

Al día siguiente, le pidieron a Windsor que fuera al centro para ponerlo al día. Windsor se dio cuenta de que algo iba mal cuando le hicieron esperar en una sala de interrogatorios en vez de en un despacho. Pero no importaba: querían que supiera que algo iba mal. Después de dejarlo sudar media hora, se reunieron con él.

A esas alturas, sabían el porqué del asesinato de la señora Windsor, pero no sabían el cómo. De todos modos, confiaban en que eso llegaría, y pronto. Porque, después de decirle a Windsor que lo habían visto con la chica, le explicarían lo que sucedería a continuación. Tendrían que hablar con ella. Con sus padres. Con el hijo de Windsor, que seguía en Harvard. Con sus socios en la oficina y con sus amigos en el club de campo. En cuestión de días, todo el mundo estaría al corriente de su sórdida aventura con la hija adolescente de su mejor amigo, lo que en el estado de California estaba tipificado como delito. El simple hecho de pensarlo haría que un tipo como Windsor empezara a desmoronarse.

Se desmoronó aún más rápido de lo que pensaban. En cuanto Charlie mencionó lo que había visto por la ventana, Windsor se echó a llorar. Sí, Lucy había estado allí la noche anterior, admitió tapándose la cara con las manos. Sí, habían tenido un lío. Y sí, ella había matado a su esposa.

Charlie y Jack se miraron y asintieron.

—Así que le dijo a Lucy dónde encontraría el arma —dijo Jack—. Y cuando su mujer decidió no ir a Palm Springs, usted la llamó para que supiera que su mujer iba a quedarse sola en la casa.

—¿Cómo? —preguntó Windsor bajando las manos y mirándolo con cara de incredulidad—. ¿Que le dije lo del arma? ¿Que la llamé para que lo supiera? ¡Pero si yo no tenía ni idea de lo que Lucy pensaba hacer!

—¿Intenta decirnos que una chica de diecisiete años actuó por su cuenta?

—Mire, reconozco que la primavera pasada tuvimos un lío, pero al cabo de dos meses le puse fin. Le dije a Lucy que no quería seguir viéndola porque amaba a mi esposa. Pero ella no quiso creerme. Siguió hablando de la vida que íbamos a llevar cuando por fin estuviéramos juntos. Jamás me pasó por la cabeza que fuese a matar a Candice.

—Sinceramente, señor Windsor, cuesta creer que usted no supiera nada. Se ha comportado como si supiera algo desde el primer momento en que hablamos con usted.

Windsor asintió con la cabeza.

—No lo dudo, detective, porque cuando hablé con ustedes ya lo sabía. Supe que Lucy había matado a mi mujer media hora después de que la encontraran muerta.

—¿Cómo es posible?

Windsor inspiró hondo.

—Hace unos meses, llegué a casa una noche en que mi mujer había ido al club a jugar al bridge y me encontré a Lucy en nuestro dormitorio, con la ropa interior de Candice y su collar de rubíes. No daba crédito a lo que estaba viendo. Prácticamente tuve que vestirla y bajarla por la escalera a rastras. Cuando ya se iba, dijo que no importaba, que de todas formas no quería los rubíes, porque no casaban con el azul de sus ojos.

Charlie y Jack se recostaron en el asiento y observaron a Windsor con avezado escepticismo.

—¡Se lo aseguro, detectives, está loca! ¿Qué puedo hacer para que me crean?

Esa noche los dos llevaron a Windsor a su casa y le hicieron llamar a Lucy y decirle que necesitaba hablar con ella urgentemente. Charlie y Jack se escondieron en el estudio contiguo al salón, con las luces

apagadas y la puerta abierta. Veinte minutos más tarde, Lucy entró por la puerta de atrás. A Windsor no le costó mucho hacerla hablar. La chica estaba orgullosa de todo lo que había hecho, orgullosa de la iniciativa que había mostrado en su favor. Para colmo, en el momento en que Charlie y Jack la arrestaron, Lucy llevaba el picardías rosa de la señora Windsor debajo del vestido.

A veces, como Charlie les decía a sus colegas más jóvenes, la resolución de un caso depende de un destello metálico visto a altas horas de la noche tras cuatro semanas de espera.

A las dos en punto, Charlie vio a Evelyn salir de un taxi y entrar en la cafetería con el bolso. A través de la ventana, la vio ocupar el reservado del lado izquierdo, pedir una taza de café y bebérsela. La vio pagar, marcharse con las manos vacías y subir de nuevo al taxi, al que había ordenado que esperase. Poco después de que el taxi se alejara dos adolescentes entraron en la cafetería. Diez minutos más tarde, se detuvo un Buick descapotable azul del que se apeó un hombrecillo con gafas.

—Allá vamos —se dijo Charlie.

Aunque no le hubieran contado lo del descapotable azul, Charlie habría sabido que el hombrecillo de las gafas era su objetivo. Para empezar, tenía el físico de un hombre con un tono de voz agudo, pero además, parecía nervioso. Cuando se sentó en el reservado, le costó encontrar el bolso; hubo un momento en que desapareció por completo debajo de la mesa (su escasa estatura jugó a su favor). Tras encontrar el bolso, se comió un sándwich, lo pagó y luego volvió a su coche. En todo momento, su comportamiento denotaba nerviosismo: en el reservado, no paraba de removerse en el asiento; cuando salió de la cafetería, miró varias veces arriba y abajo de la calle; cuando arrancó, miró dos veces por el espejo retrovisor. Y cuando torció al llegar al cruce, miró hacia atrás una vez más y entonces aceleró… y chocó contra Billy.

El accidente fue precioso. Charlie, a una manzana de distancia, oyó el metal de la bicicleta chocar contra la rejilla del Buick. Oyó el golpe

contra el parabrisas cuando Billy salió catapultado por encima del capó, y el gruñido que dio cuando cayó rodando a la calzada. De hecho, fue todo tan convincente que Charlie estuvo a punto de salir a toda prisa del coche para asegurarse de que Billy estaba bien. Entonces vio que Billy miraba hacia arriba antes de tirar la cabeza de martillo debajo del Buick. Aquello había sido idea de Billy: llevaría la cabeza de un martillo de bola en la mano y, cuando rodara por el capó, golpearía el parabrisas para romper el cristal.

Cuando el cobrador rodeó corriendo su coche, Billy interpretó correctamente su papel, aparentando estar conmocionado pero no gravemente herido. Mientras ellos empezaban a aclarar las cosas, Charlie volvió a ponerse la chaqueta, pasó al asiento delantero y arrancó el coche. Torció a la izquierda por Hamilton, pasó por delante de la cafetería y aminoró la marcha al acercarse al accidente.

Cuando el cobrador le hizo señas a Charlie para que pasara de largo con el coche, Charlie resistió la tentación de echarle un buen vistazo, seguro de que pronto volvería a verlo. Charlie condujo dos manzanas por Sepulveda y se detuvo en una gasolinera. Retrocedió hasta el surtidor de aire, se bajó y, sin dejar de mirar la carretera, fingió que inflaba los neumáticos.

Cuando por fin apareció el Buick, Charlie se metió en su coche y lo siguió desde media manzana atrás; era domingo y las calles vacías jugaban ahora a su favor. Siguió al Buick durante ocho kilómetros por Sepulveda. Entonces, para sorpresa de Charlie, el cobrador se metió por una calle residencial de Brentwood Glen, una zona de casas bien cuidadas, separadas por setos y arbustos.

Cuando el cobrador se detuvo en la entrada de una casita de estilo Craftsman, Charlie pasó de largo, dio una vuelta a la manzana y aparcó. Apagó el motor y ajustó el espejo retrovisor para poder observar la casa. Le daría diez minutos al cobrador y luego lo seguiría.

¿Estaba allí el cerebro de la operación?, se preguntó Charlie. En cierto modo, todo sería más fácil si no estaba. Sería más fácil presionar al socio reticente, aunque sospechaba que el cerebro de la operación sí estaría allí. No habría podido resistirse. Querría quitarle la bolsa a su cómplice y esparcir el dinero sobre la mesa de la cocina.

Luego se servirían una copa de algo especial para felicitarse mutuamente… aunque antes de tiempo. Charlie se permitió sonreír imaginando su brusco despertar.

A las tres menos cuarto, pensó que ya les había dado suficiente tiempo. Salió del coche y se encaminó hacia la casa. Al pasar junto a un seto, percibió vagamente una sombra que se movía y, casi por curiosidad, giró la cabeza.

Litsky

Después de veinte años en la ciudad, Litsky ya podía creerse casi cualquier cosa. Había visto a imbéciles enriquecerse y a genios arruinarse; obras de arte tiradas a la basura y trozos de bazofia que conquistaban los corazones y las mentes de todo Estados Unidos; relaciones amorosas entre adultos que desafiaban la imaginación. Quien intentara encontrarle sentido a todo aquello estaba comprándose un billete directo al manicomio. Sin embargo, a pesar de haber llegado a creer que absolutamente todo lo que podía ocurrir en Hollywood ocurriría en Hollywood, lo que Litsky no podía creer era que él hubiese tenido tanta suerte.

En febrero, cuando Litsky había admitido, con toda humildad, que había presentado su renuncia un poco prematuramente, un poco impulsivamente, un poco imprudentemente, Humpty-Dumpty no había mostrado ningún interés. Le había dado con la puerta en las narices. Pero eso no fue lo peor. Lo peor fue que Humpty hizo correr la voz de que Litsky había dejado el trabajo porque estaba a punto de venderles una foto de Olivia de Havilland que ganaría todos los premios de la Academia a los jefazos de Selznick. Eso provocó lo que podríamos llamar una pérdida de confianza. ¿Qué periódico serio de Tinseltown contrataría a Litsky si cada vez que capturaba una indiscreción digna de la primera plana se daba la vuelta y se la vendía a los estudios?

«Ni te acerques», dijeron los editores al unísono.

Litsky ya había tenido mala suerte otras veces, pero aquello era otro nivel. Aquello era tocar fondo.

Una noche, en O'Malley's, cuando Litsky estaba a punto de gastarse su último centavo, se encontró sentado junto a Wendell Cómosellame. Wendy era el típico que se tomaba un whisky en el bar y luego, a solas en su habitación, se bebía medio litro de licor de menta. El típico que

suspira tanto que tiene que sacar el pañuelo cada cinco minutos para limpiarse el vaho de las gafas. El típico al que Litsky no le daría ni la hora.

Cuando Wendy aún trabajaba en MGM, le gustaba sentarse junto a Litsky y hacer como si fueran colegas. Qué risa. Cuando haces fotos fijas para un estudio, entras en un plató en el que ya se ha ajustado la iluminación y se ha colocado el mobiliario, enroscas la cámara en un trípode y te tomas tu tiempo para enfocar. Cuando les dices a tus modelos que sonrían, sonríen. Cuando les dices que frunzan el ceño, fruncen el ceño. Y cuando les dices que se miren a los ojos como dos tortolitos, se miran a los ojos como dos tortolitos. Digamos que es un poquito más complicado que hacer retratos en el paseo marítimo.

Las fotografías de verdad no se toman en platós. Se toman bajo la línea de fuego. Se hacen por la noche, en la calle, cuando tienes tres segundos para conseguir el ángulo, hacer la foto y salir pitando. Un tipo como Wendy no habría sabido hacer una foto en la ciudad de Hollywood del mismo modo que un gato doméstico no habría sabido cazar una gacela en la sabana. Sin embargo, ese lamentable hijo de puta, ese inútil, ese incompetente, había acabado con una gallina de los huevos de oro en su regazo: una serie de fotografías de veinte actrices como Dios las trajo al mundo. ¿Y dónde estaban esas fotos? Cogiendo polvo en un cajón. Litsky no podía creerlo. De hecho, aquello era tan increíble que insistió en verlas con sus propios ojos, a pesar de que eso implicara hacer una visita al apartamento de Wendy.

Que en realidad, como se vio después, no era un apartamento, sino una casita de dos dormitorios en una calle elegante cerca de Brentwood.

Wendy decía que vivía solo, aunque por el aspecto del piso cualquiera habría jurado que vivía con su madre. Evidentemente, Litsky se había equivocado al suponer que las fotos de Wendy estaban acumulando polvo, porque por allí cerca tenía que haber una aspiradora con diez mil kilómetros en el contador. Y cuando entraron por la puerta, Wendy insistió en que se quitaran los zapatos.

—Bueno —dijo Litsky en calcetines—. ¿Dónde están esas fotos de las que tanto he oído hablar?

Wendy salió al pasillo y se metió en su dormitorio. Dos minutos más tarde estaba de vuelta con una carpeta que puso sobre la mesita de cóctel. Cuando Litsky abrió la carpeta, se encontró con Luise Rainer mirando al frente, con un triángulo púbico que habría hecho sonreír a Isósceles. A continuación apareció Bette Davis —sí, esa Bette Davis— completamente desnuda. Aquello daba vértigo. Podías haber visto diez de sus películas y no haberla imaginado ni una sola vez desnuda. Pero eso era lo bonito: que una foto de Davis desnuda era prácticamente impensable, y por eso resultaba tan valiosa. Litsky abrió las fotos en abanico y se mostró asombrado. Ante él había mujeres cuya reputación era tan inmaculada como su piel. Es decir, blanca como la nieve. Blanca como el marfil. Blanca como una jarra de nata. Era una sinfonía de cajas registradoras para ese color sin matices.

Y por si fuera poco, cuando Litsky llegó a la última fotografía, ¿quién le devolvió la mirada sino la más blanca de todas, la señorita Olivia de Havilland? Sólo había una palabra para esto: justicia.

Levantando la vista de las fotos con la intención de sonreír de oreja a oreja, Litsky se sobresaltó al encontrar a Wendy muy afligido. Por su expresión, Litsky dedujo que lo mortificaba el arrepentimiento, tal vez incluso la vergüenza, por el papel que había desempeñado en aquella ingeniosa aventura.

Litsky tuvo un momento de pánico. Pánico ante la posibilidad de que Wendy cometiera la locura de destruir las fotos antes de haber sacado provecho de ellas, y nada menos que por motivos morales. Así que, en lugar de sonreír, Litsky adoptó la expresión más elogiosa que pudo.

—Están muy bien —dijo—. Son auténticas obras de arte, Wendell.

Wendy miró a Litsky con cierta sorpresa.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro!

Litsky sacó la foto de Bette Davis y la puso encima del montón.

—Mira ésta. Aquí sí que has captado a la señorita Davis. Su altivez. Su inteligencia. Su ingenio mordaz. Creo que es el mejor retrato que

he visto de ella, y he visto muchos. Porque no depende de todos esos accesorios y trajes para decirte lo que estás viendo. Es simplemente Bette Davis, sin lugar a dudas. Casi puedes oírla a punto de sentenciar la velada en una frase.

—Nunca lo había visto así…

—Normal. Porque eres demasiado modesto. ¡Y mira el encuadre! ¿Lo ves? Está un poco descentrada. Eso acentúa la impresión de que la hemos pillado en un momento de reflexión artística.

—Dadas las circunstancias, no había mucho margen de maniobra. Tuve que apañármelas.

—Pues te apañaste muy bien, Wendell. Pero que muy bien.

Al final resultó que Litsky no habría tenido que preocuparse de que Wendy destruyera las fotos. No tardó ni cinco minutos en convencerlo de sacar provecho de su propio trabajo.

Seguramente Wendy se había pasado toda la vida haciendo lo que le mandaban. Y no sólo su madre. Había hecho lo que le mandaban los profesores y los jefes, los conductores de autobús y las acomodadoras. Había seguido obedientemente las instrucciones de las señales de tráfico y los manuales de usuario y los panfletos religiosos que le pasaban por debajo de la puerta. Si alguien con un mínimo de autoridad le había dicho a Wendy lo que tenía que hacer, él lo había hecho sin dudarlo y sin protestar. Pero quizá se había hartado, por fin. Desde que lo habían despedido de MGM, se sentía al borde de su futuro, esperando a que llegara alguien y le diera un empujón. Así que Litsky le dio un empujón.

El plan era muy sencillo: contactarían con todas esas actrices y les propondrían devolverles las fotografías a cambio de una pequeña comisión, una especie de recompensa. Y empezarían con Dehavvy.

Esa noche, cuando Litsky estaba subiendo la torcida escalera que llevaba a su torcida habitacioncita, se abrió la puerta del primer piso y su casera asomó la cabeza. Era polaca por los cuatro costados. Si no la delataba su acento, lo hacía el olor de su comida, que tras veinte años se había instalado en todos los colchones del edificio. Puede que sus

inquilinos hubieran llegado a Los Ángeles procedentes de diversos lugares del mundo, pero una vez dormidos todos soñaban con *kielbasas*.

—Gracias por esperarme levantada —dijo Litsky.

Ella arrugó el ceño.

—El alquiler, señor Litsky.

—Lo sé —dijo él pasando de largo.

—Lleva dos semanas de retraso.

—Ya le di mi cámara como garantía. ¿Qué más quiere que le dé? ¿Mi sombrero?

—No, no quiero su sombrero. Y tampoco quería su cámara. Esto no es ninguna casa de empeño. Es un edificio de apartamentos. Donde viven buenas personas.

—Las mejores —dijo Litsky, y se perdió de vista.

Dado que en el viejo continente sus antepasados habían pagado el alquiler durante veinte generaciones, cualquiera habría podido pensar que ella sería más comprensiva. Pero se habría equivocado: era más despiadada que un Rockefeller. Como si tratase de ajustar cuentas en nombre de su familia exprimiendo los centavos de cada pobre desgraciado que llegaba hasta su puerta.

Litsky entró en su habitación y echó un buen vistazo: yeso agrietado, muelles de cama rotos, un grifo que goteaba. Era ella quien debería pagarle por vivir allí.

Colgó el sombrero en el clavo de la parte de atrás de la puerta. Se quitó los zapatos y se dejó caer en la cama con las manos detrás de la cabeza. Entonces, por fin, se permitió sonreír.

Veinte actrices a cinco mil dólares la pieza. Es decir, que su parte ascendería a cincuenta de los grandes. Si cobraban a una por semana, para Acción de Gracias lo habrían recaudado todo. Así que en Navidad ya habría dejado atrás esta ciudad de mala muerte de una vez por todas. Se compraría un coche nuevo y se iría directo a la frontera. Quizá pasara un par de semanas en Ciudad de México, en un hotel de verdad, con sábanas limpias y servicio de habitaciones. Pero luego se dirigiría al sur, a Puerto Vallarta o Acapulco. O quizá a uno de esos pueblos más pequeños de la costa, adonde los gringos rara vez se

aventuran y donde hasta un cojo puede correr una maratón. Se compraría una casita en la playa con una hamaca colgada entre dos palmeras y contrataría a un par de muchachas que se turnarían para cocinarle y frotarle los pies. Tal vez se dedicara a pescar, a leer o a cualquier otro estúpido pasatiempo con el que llenar las largas y perezosas tardes. Pero, ante todo, no haría nada para nadie.

Cuando por fin llegó el domingo, a las doce menos cuarto Litsky estaba en casa de Wendy, sentado en el sofá con su nuevo socio. Para ser sincero, hubo un momento aquella primera noche en que Litsky se planteó coger las fotos de Wendy y salir por la puerta. Al fin y al cabo, ¿qué iba a hacer Wendy al respecto? ¿Pelearse con él? ¿Llamar a la policía? Imposible. Podía quedarse con todo para él.

«Pero espera un segundo», le había dicho Litsky a Litsky, «tal vez sea mejor tener a Wendy en juego. Quizá sea mucho mejor…»

Así que, cuando prepararon el sobre de fotografías para Dehavvy, Litsky hizo que Wendy escribiera la nota. Cuando Litsky fuera a dejar el sobre, cogería prestado el coche de Wendy. Minutos después, sería Wendy quien haría la llamada al hotel. Y a las dos de la tarde, Wendy iría a la cafetería a recoger el dinero. Así, si las cosas se torcían, todos los caminos llevarían a Wendy: la nota, el coche, la llamada. Y si la policía llegaba hasta Litsky, éste no tendría la menor idea de lo que le estaban hablando.

Litsky vio que su socio estaba un poco nervioso. Así que, a pesar de lo temprano que era, le sirvió un vaso de whisky. Y luego se sirvió otro para él, por cortesía.

—Ya es la hora —dijo Litsky cuando se hubieron bebido el whisky.

Wendy miró el teléfono con mala cara.

—¿Por qué tengo que llamar yo?

—Ya te lo he explicado: Dehavvy y yo nos hemos visto un par de veces. Si llamo yo, podría reconocer mi voz.

Wendy asintió, aunque no parecía muy convencido. Pero después de echar otro trago, marcó el número y preguntó por la señorita De Havilland. Litsky se inclinó hacia Wendy para oír al interlocutor.

Después de cuatro tonos, contestó una mujer. En cuanto saludó, Litsky sintió una descarga eléctrica: partió de la yema de sus dedos y recorrió todo su cuerpo, erizándole el pelo y provocándole un hormigueo en cada terminación nerviosa. Porque la voz que se oyó al otro lado de la línea no era la de Dehavvy. ¡Era la de la rubia! La de la cicatriz, la que entró por el vestíbulo y salió por la puerta de la cocina: la señorita Evelyn Ross.

¿Cuántas noches del último mes se había quedado Litsky mirando al techo sin poder conciliar el sueño porque ella le susurraba al oído? «Qué dientes tan grandes tiene, señor Litsky. Qué bigotito tan bonito tiene, señor Litsky. Déjeme ayudarle con eso, señor Litsky.» Si ella era la que había contestado la llamada en nombre de Dehavvy, significaba que era ella la que llevaría el dinero.

Eso sí que era justicia. Justicia divina. Litsky estaba tan eufórico que no oyó que Wendy le estaba haciendo una pregunta.

—¿Cómo dices?

—Quieren saber cómo pueden estar seguras de que les daremos las fotografías cuando nos hayan entregado el dinero —repitió Wendy tapando el auricular con la mano—. ¿Qué le digo?

Litsky encontró la respuesta al instante:

—Dile que la vamos a utilizar como ejemplo.

Era todo perfecto. Harían que la rubia respondiera por ellos: podría confirmar a cada una de las otras actrices que habían cumplido su palabra. Y de ese modo, le ensuciarían un poco las manos y la obligarían a revivir una y otra vez la sensación de haber sido engañada.

Wendy colgó el teléfono. Parecía aliviado por haber terminado la llamada, pero al mismo tiempo nervioso por algún otro motivo.

«Y ahora qué pasa», se preguntó Litsky.

—¿Y si cambia de idea? ¿Y si llama a la policía? ¿Y si me están esperando en la cafetería?

—No te preocupes por eso —dijo Litsky con voz tranquilizadora.

Litsky le explicó que él estaría en un edificio de oficinas del otro lado de la calle, y que lo llamaría a una cabina telefónica que estaba a un kilómetro y medio de la cafetería en cuanto la costa estuviera

despejada. Para animarlo un poco, Litsky le estrechó la mano. Y mientras se ponía los zapatos, le recordó que no tenía por qué preocuparse.

—Yo estaré en el edificio de enfrente.

Pero poco después de las dos, cuando llamó a la cabina telefónica para darle luz verde a Wendy, Litsky no estaba en el edificio de enfrente. Estaba en el salón de Wendy.

Litsky no pensó ni por un momento que la rubia fuese a llamar a la policía. No se arriesgaría. No si realmente velaba por los intereses de Dehavvy. Pero si, por alguna descabellada razón, se arriesgaba y la policía estaba esperando a Wendy cuando saliera de la cafetería con el dinero, era sólo cuestión de tiempo que se dirigieran a su casa para confiscar las fotografías. ¿Y de qué le serviría eso a nadie?

Así que esa misma mañana, justo antes de que Wendy hiciera la llamada, Litsky había aprovechado para abrir la puerta de la terraza. Cuando Wendy salió con el coche, Litsky estaba escondido entre los arbustos. Y cuando Wendy contestó en la cabina telefónica, Litsky estaba sentado en el sofá de Wendy.

En cuanto le dio luz verde a su socio, Litsky recorrió el pasillo hasta el dormitorio. Mientras Wendy recogía el dinero, Litsky buscaría las fotografías y las llevaría a un lugar seguro. En cierto modo, estaría haciéndole un favor, porque si la policía lo detenía y no encontraba las fotos, habría menos cargos contra él. Unos cuantos menos. Y si la policía no aparecía, Litsky podría devolver las fotos a su escondite sin que Wendy se enterara.

Al entrar en el dormitorio, Litsky puso una expresión de asombro. Estaba tan limpio como el resto de la casa. No había polvo en los alféizares. No había arrugas en la colcha. Ni siquiera la camisa del día antes en el suelo.

En la pared, detrás del cabecero, había una treintena de fotografías, quizá las que Wendy consideraba las mejores de su ilustre carrera. O era un santuario a Hollywood, o un santuario a sí mismo. Litsky no sabía qué le parecía peor.

Fue a la cómoda y revisó los cajones uno por uno, con cuidado de volver a colocar la ropa bien doblada, lo que resultaba más difícil de

lo que parecía. Cuando terminó con la cómoda, revisó las mesillas de noche. Luego buscó en los armarios, donde además de ocho trajes había dos kimonos.

—¿Te lo puedes creer? —dijo Litsky.

Echó un vistazo a su reloj y vio que eran casi las dos y veinte. La cafetería estaba a unos ocho kilómetros de la casa de Wendy; si no iba con cuidado, Wendy lo descubriría. O peor aún, la policía. Tenía que darse prisa.

Frente a las ventanas del dormitorio había un gran mueble chino. Litsky abrió las puertas y descubrió treinta o cuarenta cajoncitos. Presa del pánico, empezó a abrirlos uno a uno, hasta que se dio cuenta de que, de todas formas, las fotografías no cabrían allí dentro. Pero, ¿y en la parte de arriba? Después de buscar una silla por la habitación, corrió por el pasillo y fue a buscar una al comedor. De vuelta en el dormitorio, se subió y miró encima del mueble. Allí tampoco había polvo. Ni fotografías.

«¡Por el amor de Dios!», pensó Litsky. Wendy sólo había tardado un minuto en recuperar las fotos, de modo que tenían que estar en algún lugar al alcance de la mano. Consciente de que sólo disponía de unos minutos, levantó el colchón, pero debajo no había nada. Cuando volvió a poner el colchón en su sitio, vio que había arrugado la manta. Intentó arreglarla, pero cada vez que alisaba una arruga se formaba otra.

Litsky volvió a mirar el reloj y vio que se le había agotado el tiempo. Devolvió la silla al comedor y se escabulló por la puerta trasera; rodeó la casa y volvió a su posición entre los arbustos.

—Todo saldrá bien —se dijo.

La rubia no llamaría a la policía. No era su estilo. Wendy volvería con el dinero. En Navidad Litsky estaría en México. Una tarde que no tuviera nada más que hacer, conduciría hasta la ciudad, buscaría un garito de recuerdos para turistas y compraría una de esas postales que dicen «Buenos días desde el soleado México». En el reverso escribiría: «A veces la puerta se abre dos veces.» Y se la enviaría con amor y afecto a la «Srta. Evelyn Ross, a/c Hotel Beverly Hills».

Que se quedara ella mirando al techo, para variar.

Mientras Litsky se felicitaba por la idea, el coche de Wendy llegó al camino de entrada a cincuenta kilómetros por hora. Tras derrapar hasta detenerse, Wendy prácticamente saltó del asiento del conductor y corrió hacia la puerta principal... con las manos vacías. Creyendo que los chicos de azul le pisaban los talones, Litsky se adentró en los arbustos, pero no aparecieron. Al cabo de cinco minutos, llamó a la puerta. Y volvió a llamar.

Por fin oyó pasos que se acercaban a la puerta, pero Wendy no abrió.

—¡Soy yo! —le gritó Litsky.

Cuando se abrió la puerta, apareció un Wendy aún más blanco que Dehavvy y con los zapatos todavía puestos. Litsky lo siguió hasta el salón.

—¿Qué ha pasado? ¿Has ido a la cafetería? ¿No ha aparecido?

Wendy miró a su socio como si no hubiera entendido las preguntas.

—Necesito lavarme los dientes —dijo, y desapareció por el pasillo.

—¡Lavarte los dientes! —exclamó Litsky.

Pero entonces se percató de que había una mesilla volcada y la puerta corredera estaba abierta. Y en el suelo de ladrillo de la terraza había algo que parecía un charco de vómito.

Wendy volvió minutos después y parecía que lavarse los dientes le había devuelto cierta tranquilidad, por escasa que fuera. Aun así, se desplomó en el sofá.

Litsky intentó bajar la voz, como si hablara con un niño.

—¿Por qué no me cuentas qué ha pasado, Wendell?

—He ido a la cafetería.

—¿Y?

—He cogido el dinero.

—¿Y?

—Y nada más.

Litsky miró a su alrededor.

—¿Y dónde está la bolsa?

Aletargado, Wendy hizo un ademán.

—En el maletero.

Litsky fue a buscar el bolso al Buick y lo dejó en la mesita, delante

de Wendy.

Con Wendy calzado, la mesita en el suelo y el vómito en la terraza, la puesta en escena no encajaba en absoluto con el manifiesto sentido del orden de Wendy. Sin embargo, a pesar del desorden reinante, a Litsky le pareció que el bolso sobre la mesa aportaba un contrapunto eficaz. Organizaba la habitación, por así decirlo. Diablos, aquel bolso organizaba toda la maldita ciudad.

—¿El dinero está dentro? —preguntó Litsky.

Wendy dijo que sí con la cabeza.

—¿Quieres hacer los honores?

Wendy dijo que no.

—De acuerdo.

Tras apartar la botella de whisky y los vasos, Litsky vaciló un momento. Luego cogió el bolso, le dio la vuelta y vació su contenido. Los billetes estaban en fajos de cincuenta y cayeron sobre la mesa formando un desordenado montón de ladrillos verdes y blancos. Ladrillos que podrías tirar contra la ventana de todos los tipos de la ciudad que te habían mirado por encima del hombro. Ladrillos con los que podrías construirte una casa en la playa, en un pueblecito al sur de Acapulco, con dos criadas y una hamaca.

—Mira esto, Wendy —dijo Litsky—. Esto de aquí es nuestro futuro.

—O no —se oyó decir a alguien.

Litsky y Wendy se volvieron hacia la puerta corredera, donde había un hombre alto y apuesto que sonreía con un revólver en la mano.

Cuando Wendy le contó la historia de las fotografías en O'Malley's, y luego llegó a la casa y las vio con sus propios ojos, Litsky no se lo podía creer. No podía creer que hubiese tenido tanta suerte. Pero al ver que la actriz de la última foto del montón era Dehavvy, pensó que tal vez la rueda de la fortuna por fin estaba girando. Esa mañana, cuando la rubia había contestado al teléfono, casi se había convencido de que así era. Y cuando el dinero se derramó sobre la mesa, parecía más claro que el agua que, después de veinte años viendo a la gente cobrar sus billetes de lotería, Litsky por fin iba a cobrar el suyo.

Pero estaba muy equivocado.

Finnegan

Sucedió la última noche de 1934, el quinto año de Finnegan en el cuerpo, cuando él aún era el nuevo en Antivicio y High Collar O'Connor estaba al mando. Poco antes de medianoche, se habían escondido todos al otro lado de la calle, frente al casino de Ainsley Fuller, en Pacific Palisades. High Collar acababa de enviar a diez chicos de uniforme a la parte de atrás y todos estaban esperando su señal cuando estalló un tiroteo en el interior del casino: el estruendo de una ametralladora seguido de disparos de pistola.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó el jefe.

Y se pusieron en marcha: los agentes se desplegaron por el camino de grava, mientras Finnegan y el resto de los chicos de Antivicio irrumpían por la puerta principal pistola en mano y se precipitaban hacia quién sabía qué.

El jefe llevaba dos meses planeando la redada. Fuller se había dedicado a abrir y cerrar casinos desde los primeros años de la Ley Seca y siempre había conseguido eludir la detención. Esta vez, High Collar estaba decidido a atraparlo. Nochevieja era la noche más importante del año para el casino, y decían que a Fuller le gustaba estar presente para contar los ingresos. Así que High Collar había reclutado un pelotón de agentes para rodear el edificio. Al filo de la medianoche, el equipo de Antivicio irrumpiría por la puerta cuando todo el mundo estuviera cantando «Auld Lang Syne». Entonces High Collar se acercaría a Fuller, le desearía un feliz Año Nuevo y le entregaría la orden judicial.

Pero dio la casualidad de que esa misma noche, y en parte por las mismas razones, Tommy Torrino había ido a robar al casino. Después de que un infiltrado los dejara entrar por la puerta trasera, los chicos

de Tommy sorprendieron a dos de los vigilantes de Fuller y los condujeron a punta de pistola por la escalera trasera hasta el sótano, donde se estaba contando el dinero. Mientras Tommy se encargaba de los vigilantes y los contadores, dos de sus hombres los ataron de pies y manos. Los otros dos metieron el dinero en sacos postales.

Todo iba como la seda. La operación sólo había durado veinticinco minutos. Sin embargo, cuando se dirigían al piso de arriba con el dinero en la mano, Bruiser Allen apareció de repente en el rellano con una bandeja de bocadillos. Le tiró los bocadillos a Tommy por la cabeza y cerró la puerta de un portazo. Desde la mitad de la escalera, Tommy y su equipo oyeron a Bruiser pidiendo refuerzos. Cuando volviera a abrirse la puerta, ellos serían presa fácil. No tuvieron más remedio que dar marcha atrás y regresar al sótano en busca de otra salida. Al llegar a una segunda escalera, subieron y aparecieron en medio del casino cuando estaba a punto de empezar la cuenta atrás.

Todos se quedaron inmóviles un instante. Los clientes, los crupieres, las camareras, incluso la orquesta. En medio de la multitud, Tommy se dio cuenta de que no tenía un camino despejado hacia la salida, así que, apuntando al aire con su ametralladora, disparó al techo. Mientras una araña de luces caía al suelo y los clientes corrían a cubrirse, los matones de Fuller volcaron una mesa de dados, sacaron sus armas y empezaron a intercambiar disparos con los hombres de Tommy. En ese momento los chicos de Antivicio entraron por la puerta, añadiendo un tercer frente de disparos a la melé.

Cuando por fin se disipó el humo, habían muerto todos los hombres de Tommy, tres de los de Fuller y dos agentes uniformados. High Collar había tendido los cadáveres en la galería y había reunido a los supervivientes en la pista de baile, un grupo variopinto de doscientas personas, la mayoría en traje de noche. El equipo de Antivicio había ido de habitación en habitación hasta reunirlos a todos, con una excepción: Ainsley Fuller, que no aparecía por ninguna parte.

«Todas las historias tienen moraleja, pero la mayoría tiene más de dos», solía decir Doherty. Tras la redada de Palisades, Finnegan llegó a

contar tres.

La primera, que supuso una revelación para el joven agente, fue que todos eran culpables.

En el casino de Fuller había al menos cincuenta empleados. Entre ellos no sólo había crupieres y cajeros, sino también camareros, cigarreras y músicos, y todos eran culpables de participar a sabiendas en una empresa ilegal. Y había más de cien jugadores: unos jugaban a la ruleta, otros a los dados; unos ganaban, otros perdían; y todos infringían la ley.

Pero eso no era todo. Porque de las mesas de juego salían círculos concéntricos de iniquidad. A los caballeros que canjeaban sus fichas tras una noche ganadora, se les acercaba una elegante azafata de mediana edad con un largo vestido rojo que los invitaba a los salones privados del piso de arriba, donde un plantel de bellas jóvenes los esperaba para ayudarles a celebrarlo. A los que llevaban una larga racha ganadora y empezaban a quedarse sin fuerzas, se les acercaban dos hombres dispuestos a venderles una dosis de energía; y a los perdedores, nunca menos de tres hombres dispuestos a prestarles un poco de capital a un interés que habría hecho sonrojar a los banqueros de Wall Street.

El casino de Fuller era una máquina sofisticada, compleja y bien engrasada de defectos humanos. Todos lo entendían. Todos habían ido allí a cometer algún pecado o a beneficiarse de él. Y todos, incluso los perdedores, tenían algo parecido a una sonrisa en la cara. Mientras Finnegan contemplaba la escena, lo único seguro era que, viejos o jóvenes, feos o guapos, todos los hombres y las mujeres reunidos en aquella pista de baile eran culpables. No se salvaba nadie.

La segunda moraleja que Finnegan extrajo aquella noche fue que el dinero era como el viento.

Cuando uno lee los periódicos, tiene la impresión de que el dinero es tan sólido como un bloque de granito o un trozo de acero. Después de todo, es lo que se utiliza para construir fábricas, rascacielos y reputaciones. El dinero borra el pasado, asegura el futuro y levanta barreras que separan a sectores enteros de la sociedad durante siglos.

Pero mientras Finnegan contemplaba aquella triste colección de

pecadores, algunos acobardados y timoratos, otros indignados e impacientes, lo que le pareció revelador fue la extraordinaria velocidad con la que se movía el dinero y la ruta circular por la que viajaba. Ese tipo de ahí, el del esmoquin cubierto de polvo de yeso, probablemente había llegado con un puñado de billetes de veinte dólares. En cuestión de minutos, los billetes se habían dispersado en todas direcciones como gallinas de caza sacadas de la maleza; algunos se habían perdido en la ruleta y otros en el bacará. Las pérdidas se repartían entre los ganadores, que a su vez les entregaban los billetes a los camareros, los camellos o las prostitutas a cambio de champán, drogas o compañía. Los camareros, los camellos y las prostitutas les daban una parte a sus jefes, reservaban un poco para comer y pagar el alquiler y, presuntamente, se gastaban el resto dando rienda suelta a sus propias pasiones.

Según el ministro de Hacienda, el gobierno pone el dinero en circulación; y nunca mejor dicho, porque gira y gira, pasando de unas manos a otras hasta que acaba más o menos donde empezó. Y cuando se mueve, lo hace rápidamente, sin hacer ruido, sin pensárselo dos veces y sin el menor atisbo de trascendencia. Como el viento que hace girar un molino, el dinero surge de la nada, pone en marcha la maquinaria y desaparece sin dejar rastro.

¿Y la tercera moraleja? Ésa tardó un poco más en revelársele a Finnegan.

Mientras todos los presentes esperaban en la pista de baile, High Collar se paseaba ante ellos presa de una furia legítima. Que Fuller se le hubiera escapado de las manos tras dos meses de planificación era grave, pero lo peor era que Fuller hubiera recibido un chivatazo. Porque si Fuller había recibido el chivatazo, se lo había dado alguien que estaba bajo el mando de High Collar.

Fuller era el premio. Sin él en el saco, lo que High Collar veía cuando miraba la pista de baile era una montaña de papeleo y un mes de dolores de cabeza. Por ejemplo, todos aquellos ciudadanos bien vestidos, residentes en Beverly Hills y Bellevue, demostrarían ser

miembros del Rotary Club, diáconos de la iglesia, amigos del alcalde. Si se los llevaba detenidos y los acusaba de apostar en un casino ilegal, el teléfono empezaría a sonar al cabo de diez minutos y no pararía de sonar hasta Pascua. En cuanto a los empleados de Fuller, eran todos unos pelagatos. Sí, los camareros, las camareras y las cigarreras participaban voluntariamente en una empresa ilegal, pero a ojos de cualquier jurado no eran más que gente normal y corriente que estaba haciendo su trabajo. Y los que ya habían pasado alguna vez por la comisaría, como los matones y las chicas de arriba, los ficharían, les tomarían las huellas y los soltarían a la mañana siguiente, como de costumbre. Y por eso High Collar estaba tentado de soltarlos a todos.

Menos a Tommy, por supuesto. A él le caería todo el peso de la ley. Pillado *in fraganti* durante un atraco a mano armada en el que habían muerto dos policías, probablemente acabaría colgado de una soga. Y a High Collar eso le daba cierto consuelo. Pero también lo fastidiaba. Porque, al enviar a Tommy al verdugo, de alguna forma estaría impartiendo justicia en nombre de Fuller. El hecho de que la brigada de High Collar hubiese aparecido la noche del robo haría que tanto cínicos como enemigos dijeran que el jefe estaba al servicio de Fuller. Y Fuller no haría nada para desmentir esa acusación. De hecho, la alentaría con insinuaciones, pues sabía perfectamente que el simple rumor de que tenía a High Collar en el bolsillo bastaría para que ladrones y rivales se lo pensaran dos veces antes de enfrentarse a él, proporcionándole una protección por la que ni siquiera tenía que pagar.

—Lleváoslo de aquí —le dijo High Collar a Doherty.

Doherty y Finnegan cogieron a Tommy cada uno por un codo y lo sacaron al porche, pasando por encima de los cadáveres de los de su banda.

—¿Cómo están tu mujer y los niños? —le preguntó Tommy a Doherty cuando bajaban los escalones.

—Cállate —le espetó Doherty.

Los aparcacoches habían desaparecido del camino de grava. En su lugar había una ambulancia, dos furgones de la morgue y seis coches

de policía aparcados en todos los ángulos de la brújula. A un lado estaban los agentes Meehan y Jackson, cada uno con una escopeta en la mano, vigilando cinco sacos de correo llenos de dinero.

Doherty sentó en el asiento trasero del coche a Tommy, que sonreía de oreja a oreja.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Doherty.

—De nada —respondió Tommy.

Pero no paraba de sonreír. Y cuando Finnegan se puso al volante, Tommy se inclinó un poco hacia delante y, bajando la voz, como si quisiera hablarle en confianza a Finnegan, dijo:

—Había seis sacos, agente. Los chicos y yo hemos subido seis sacos de ese sótano.

Y se echó hacia atrás con la sonrisa de un hombre que ha visto que sus expectativas sobre la humanidad se cumplían una vez más.

Porque en medio de toda la confusión, con disparos procedentes de tres direcciones distintas, mujeres gritando, mesas que se caían y arañas de luces que se hacían añicos, alguien había cogido uno de los sacos de dinero. Algún camarero o algún músico —o tal vez un policía — lo había cogido y lo había escondido para recuperarlo más tarde.

Podría pensarse que esta pequeña anécdota sólo era una prueba más de la moraleja número uno: que todos eran culpables. Y ésa es exactamente la conclusión a la que llegó Finnegan, al menos al principio. Pero a lo largo de las semanas siguientes, cada vez que recordaba la redada de Palisades, no podía evitar pensar en la confluencia de acontecimientos impredecibles que de repente habían puesto una pequeña fortuna al alcance de alguien que no se lo esperaba. Años antes de aquella noche, seguramente aquel camarero-músico-policía había ido a trabajar y había cumplido su deber sin quejarse demasiado. Seguramente había pagado sus facturas a tiempo, vivido dentro de sus posibilidades y tratado a los demás con justicia, aunque no siempre con amabilidad. Y de repente, por un capricho del destino, se había encontrado en una situación que no había buscado ni imaginado: estaba en medio del caos y con un saco de dinero a sus pies.

Ésa era la moraleja número tres, pensó Finnegan: a quien está

atento le llegan las ganancias. Tal vez esa máxima fuera válida en cualquier lugar, pero lo era sobre todo en Los Ángeles. En esa ciudad, donde el dinero soplaba como un huracán, a cualquier hombre honrado se le acababa presentando la oportunidad de enriquecerse. La clave era esperar el momento oportuno. Fichar puntualmente y declarar los impuestos mientras esperabas la confluencia de acontecimientos impredecibles que pusieran el dinero a tus pies.

Cuando Finnegan se enteró de que el hotel Beverly Hills buscaba un nuevo jefe de seguridad, pensó que aquél era justo el tipo de lugar donde la fortuna podría tropezar con tus zapatos. Así que dimitió del cuerpo y aceptó el empleo. Una vez en el hotel, hizo su papel. Dejó que el director lo tratase como a un peón. Ayudó a las herederas a buscar a sus perros. Acompañó a los borrachos fuera del bar, venciendo la tentación de aporrearles la cabeza al meterlos en el taxi. Y mientras tanto, esperaba. No pensaba demasiado en lo que esperaba porque estaba seguro de que lo sabría cuando lo viera. Y eso fue exactamente lo que ocurrió.

Aquel miércoles, Finnegan estaba sentado en su despacho pensando en sus cosas cuando sonó el teléfono interno. Era Williams, de la recepción: decía que un viejo mexicano se había presentado con un sobre para Olivia de Havilland y que insistía en que debía entregarlo en mano. Cuando salió Finnegan, el viejo se mostró un poco menos insistente y mucho más nervioso. Para cuando Finnegan lo tuvo en su despacho con la puerta cerrada, el viejo estaba dispuesto a contárselo todo. Lo cual, hay que reconocerlo, no era mucho: un tipo delgado con bigote fino que conducía un descapotable azul le había ofrecido unos cuantos dólares por entregar el sobre.

Después de despedir al anciano, Finnegan se sentó en su despacho y sopesó el sobre que tenía en las manos. Lo dobló hacia delante y hacia atrás. Estaba seguro de que contenía fotografías, y que no eran del estudio. Finnegan habría abierto el sobre con vapor si hubiera sido necesario, pero los muy imbéciles no se habían molestado en cerrarlo. Así que dobló la solapa, sacó las fotos y dio un silbido.

La nota que incluía las exigencias de los chantajistas ni siquiera estaba mecanografiada.

Alguien era muy confiado, pensó Finnegan, o muy chapucero. Cualquiera de las dos cosas jugaría a su favor.

Lo único que le sorprendió fue la cantidad solicitada. Seguro que podrían haber pedido más de cinco mil dólares. Tal vez la razón por la que no lo habían hecho era que ésa iba a ser la primera de varias demandas. O tal vez, sólo tal vez, las fotografías de De Havilland formaran parte de un plan más ambicioso.

Finnegan pensó en ofrecerle sus servicios a la actriz. No sería tan difícil. Podía entregarle el sobre y, más tarde, preguntarle si todo iba bien. Cuando ella intentara disimular su consternación, él podría recordarle que era ex policía. Estaba convencido de que ella acabaría confiando en él. Y entonces podría manejar todo el asunto desde dentro.

Pero sólo contempló esa ruta durante unos minutos. Porque una vez dentro, quizá fuera difícil volver a salir. La mejor manera de hacerlo era desde el exterior, sin que De Havilland supiera que él estaba implicado. No era probable que acudiera a la policía ni al estudio. El domingo a mediodía, ella recibiría la llamada, dispuesta a entregar el dinero, y él estaría preparado entre bastidores. Eso significaba esperar unos días más, pero esperar era algo que se le daba bien. Muy bien.

Finnegan volvió a meter las fotos en el sobre y lo cerró. Luego fue al bungalow 8 y entregó el sobre en mano.

Más tarde, ese mismo día, Finnegan comprobó lo nerviosa que estaba De Havilland. Se paseaba por el vestíbulo retorciéndose las manos. Era evidente que esperaba a alguien en quien había decidido confiar. Y ese alguien resultó ser Evelyn Ross.

Cómo no.

La señorita Ross había intrigado a Finnegan desde el principio. De forma rutinaria, él recibía una lista de todo lo que los huéspedes depositaban en la caja fuerte del hotel. El septiembre anterior, había observado con cierta perplejidad que, tras llegar sola, ella había guardado un gran anillo de compromiso y un pendiente de diamantes sin pareja. También observó que, a la tarde siguiente, había retirado el

pendiente y había regresado unas horas después con varias bolsas. Una cazamaridos, pensó Finnegan. No era la primera vez que lo veía. Con el dinero que le quedaba, se estaba alojando en un hotel de lujo con la esperanza de conseguir a un buen partido. Finnegan la vigilaría y, si se pasaba de la raya con los clientes en el bar, la pondría educadamente de patitas en la calle.

Pero en las semanas siguientes Finnegan la vio rechazar las insinuaciones de más de un buen candidato, entre ellos un productor, un actor y un petrolero de Texas. Ni siquiera les dejaba invitarla a una copa. Si andaba buscando algo, no era un marido.

En diciembre, cuando De Havilland se instaló en el hotel, Finnegan se enteró de que había ido allí a sugerencia de Ross; y en las semanas siguientes, las dos salían a menudo juntas por la noche. Tal vez le gustaran las mujeres, pensó Finnegan. Pero al final, eso tampoco le cuadró. Si una de las dos hubiese tenido la costumbre de salir por la mañana de la habitación de la otra, él se habría enterado enseguida por las camareras.

Afortunadamente, Finnegan también tenía acceso al registro de vehículos del hotel. La finalidad del registro era, sobre todo, controlar a los conductores, pero también permitía a Finnegan echar un vistazo de vez en cuando a los movimientos de los huéspedes del hotel. El día que entregaron las fotografías, por la noche Finnegan consultó el registro para ver por dónde se había movido Ross, y comprobó que, en gran medida, era un recorrido por los restaurantes, clubs nocturnos y atracciones turísticas más populares. Sin embargo, le intrigó descubrir que ese mismo día —prácticamente en el mismo momento en que De Havilland recibía su sobre— Ross estaba con Marcus Benton en los estudios Selznick. ¿Qué podía querer de Ross el asesor jurídico de Selznick, y viceversa?, se preguntó Finnegan.

La cuestión era que De Havilland había acudido a Ross en busca de ayuda. Ahora se trataba de saber si Ross intentaría tratar ella misma con los chantajistas o si recurriría a otra persona. La respuesta era otra persona.

¡Cómo se rió Finnegan cuando vio llegar a Charlie Granger! ¿Qué edad tenía? ¿Sesenta y cinco años, y cuatro fuera del cuerpo? Con su

traje holgado y viejo, parecía que fuera a pedirte una moneda o una dirección, no que le fuera a resolver los problemas a nadie.

Finnegan no le escondió nada. Le contó a Charlie todo lo que le había dicho el viejo mexicano. O casi todo. Cuando Charlie le dio las gracias, Finnegan hizo una pausa y le preguntó si pensaba decirle qué había en el sobre. ¡Qué detalle! Prácticamente pudo ver a Charlie hinchando el pecho cuando le contestó que no: debía de creerse Sir Galahad acudiendo en ayuda de alguna damisela en apuros.

O más bien Don Quijote.

El viernes llegó otro mensajero a la recepción pidiendo ver a la señorita De Havilland en persona. A éste lo enviaron directamente a su bungalow, porque era un directivo de Wells Fargo y llevaba un maletín en la mano.

El sábado por la noche, Finnegan salió a cenar y se comió un filete y se bebió dos martinis en Musso & Frank's.

El domingo por la mañana, llegó temprano al hotel y estuvo muy atento a lo que pasaba en el vestíbulo. Como era de esperar, Charlie llegó a las once y cuarto para estar con Ross cuando recibiera la llamada. Poco antes del mediodía, Finnegan se montó en su coche, condujo hasta la entrada del hotel, se detuvo y esperó.

Para pasar el rato, encendió la radio y escuchó la noticia de que Alemania había ocupado más territorio sin que hubiera habido repercusión alguna, esta vez en Checoslovaquia. Se preguntó qué pasaría si Estados Unidos ocupara una parte de Canadá, o todo el país. ¿Quién iba a impedirlo? ¿Y por qué?

Hacia la una y cuarto, Charlie salió por fin del hotel, solo. Finnegan apagó la radio y lo siguió desde dos o tres coches más atrás. Podría haberse pegado a su guardabarros y no habría pasado nada, porque Charlie apenas echó un vistazo por el espejo retrovisor. Conduciendo a velocidad normal, Charlie fue hacia el oeste por Santa Mónica, torció a la izquierda en Overland Avenue y a la derecha en Hamilton. Disminuyó un poco la velocidad cuando cruzó South Bentley, y aún más cuando pasó por delante de una cafetería. Finnegan lo vio inclinarse hacia la derecha para mirar dentro. Entonces Charlie dio la vuelta a la manzana y aparcó en South Bentley, cerca del cruce desde

donde podía ver la cafetería. Finnegan pasó junto a Charlie, torció a la derecha en Hamilton, hizo un cambio de sentido y aparcó desde donde veía a Charlie y la cafetería.

Poco antes de las dos, la señorita Ross llegó en taxi, entró en la cafetería con un bolso y salió diez minutos después con las manos vacías. A los diez minutos apareció el descapotable azul. Esta vez, el conductor no era un hombre delgado con bigote fino, sino un tipo bien afeitado, con gafas y aspecto de perito de seguros. Se dirigió al mismo reservado, pidió un sándwich y salió con el bolso bajo el brazo. Finnegan observó cómo se montaba en el Buick y arrancaba. Al mirar a su izquierda, se sorprendió al ver que Charlie no había arrancado también. Volvió la vista hacia el Buick justo a tiempo para verlo girar a la derecha en Sepulveda y chocar contra un chico que iba en bicicleta.

«¿Qué demonios…?», pensó Finnegan.

Sin embargo, cuando el chico se levantó del suelo, Finnegan sonrió. Era Billy, el aspirante a doble de acción que hacía de chófer en el hotel.

—No está mal, Charlie. No está nada mal.

Mientras el perito y Billy resolvían sus diferencias, Charlie torció por Hamilton y pasó por delante de la cafetería. Condujo despacio para esquivar el lugar del accidente y Finnegan condujo despacio justo detrás de él. Cuando Charlie entró en la gasolinera de Sepulveda, Finnegan aparcó delante de una lavandería, desde donde vio cómo Charlie ponía suficiente aire en las ruedas como para inflar un zepelín. Cuando por fin pasó el Buick, Charlie salió detrás del Buick y Finnegan salió detrás de Charlie, como una gran familia feliz.

La pequeña caravana recorrió unos seis kilómetros en dirección norte y luego giró hacia el barrio de Brentwood Glen. Cuando el Buick y Charlie torcieron a la derecha en una de las estrechas calles residenciales, Finnegan se detuvo en la esquina. Desde allí, vio cómo el Buick entraba en el camino de una casa y Charlie pasaba de largo. Charlie volvería a dar la vuelta a la manzana, lo que daría a Finnegan unos minutos para situarse. Estacionó el coche, se puso unos guantes de cuero, se guardó la cachiporra en el bolsillo y corrió calle abajo

hasta situarse frente a la casa donde estaba el Buick.

Finnegan quedó gratamente sorprendido al mirar a su alrededor. Aquello no era Bel Air, pero todas las casas estaban construidas en parcelas de medio acre con setos que protegían del tráfico. Por un hueco en el seto, Finnegan vio a Charlie pasar y aparcar a unos treinta metros de la casa. Charlie no salió inmediatamente del coche. Se quedó quieto un momento, lo que permitió a Finnegan acercarse un poco más a su coche.

Mientras Finnegan esperaba con la cachiporra en la mano, se preguntó con qué fuerza debía golpear a Charlie. Cuando estaban en el cuerpo, Antivicio y Homicidios no se llevaban demasiado bien, pero Charlie nunca le había dado a Finnegan motivos para enfadarse. Además, era un hombre mayor, lo que aconsejaba cierta moderación. Pero Charlie se había puesto él mismo en aquella situación. Y además era un pesado. Si Finnegan le daba un toque y volvía en sí quince minutos más tarde, no se daría la vuelta. Seguiría adelante, persiguiendo los mismos fines con la misma tediosa determinación. Así que, cuando pasó Charlie, Finnegan salió de detrás del seto y le golpeó con todas sus fuerzas.

Charlie se desplomó como una mujer que se desmaya al enterarse de un escándalo. Instintivamente, Finnegan extendió los brazos para cogerlo; luego lo arrastró hasta su coche y lo tumbó en la calzada. Le sacó las llaves del bolsillo, abrió el maletero y vio que dentro había una palanca; pensando que podría serle útil, la cogió. Luego levantó a Charlie del suelo y lo metió dentro.

Antes de cerrar el maletero, Finnegan cacheó a Charlie y en su cartuchera encontró un revólver tan antiguo como él. Se puso el revólver bajo el cinturón y, cuando estaba a punto de cerrar el maletero, se le ocurrió revisarle los tobillos por si llevaba un arma de repuesto. Pero, por supuesto, no la llevaba. Charlie debía de considerar que llevar un arma de repuesto era poco deportivo.

—Felices sueños, Don Quijote —dijo Finnegan.

Luego cerró el maletero, echó la llave y la dejó en la cerradura.

Una de las ventajas de los barrios como aquél es que son tranquilos y silenciosos, pensó Finnegan. Para eso pagaban los vecinos: para vivir

en calles tranquilas y dormir en dormitorios silenciosos, en sintonía con sus tranquilas y silenciosas conciencias. Caminando por la tranquila acera, pasando junto a los tranquilos vecinos, Finnegan entró en el tranquilo camino de entrada donde estaba aparcado el Buick. Con la palanca en la mano, rodeó la parte trasera en busca de una puerta, y encontró una terraza con una cristalera corredera parcialmente abierta. Finnegan estaba totalmente expuesto, pero los dos hombres que había dentro estaban de espaldas a la ventana. Después de dejar con cuidado la palanca sobre la mesa de la terraza, Finnegan buscó su pistola, pero se lo pensó mejor y cogió la de Charlie. Y entonces entró sin hacer ruido.

El perito y su cómplice estaban tan ocupados contemplando el dinero que se amontonaba sobre la mesa que no se percataron de la presencia de Finnegan.

—Mira esto, Wendy —le dijo el cómplice al perito—. Esto de aquí es nuestro futuro.

—O no —dijo Finnegan.

Cuando se dieron la vuelta, Finnegan casi se echó a reír. Aquello parecía una escena de Laurel y Hardy: los dos parecían sorprendidos, pero cada uno a su manera. El perito se quedó boquiabierto, como un niño que enmudece de asombro. Incapaz de comprender lo que estaba viendo, en su mente se agolpaban los interrogantes: «¿Quién es este hombre? ¿De dónde ha salido? ¿Y por qué empuña un arma?» El cómplice, que tenía un bigotito fino y le resultaba vagamente familiar, mostró la sorpresa de un sabio. Es decir, su rostro expresó incredulidad durante tres segundos; luego, al reconocer como inevitable lo inicialmente inverosímil, entornó los ojos. Independientemente de cómo se reflejara su sorpresa, ambos llevaban la palabra «culpable» escrita en la frente.

—¡Litsky! —recordó entonces Finnegan, y sonrió—. Jeremiah Litsky.

El perito, que seguía con la boca abierta, miró a Litsky.

—¿Os conocéis?

—Cállate —dijo Litsky, al tiempo que daba un paso a su izquierda en un vano intento de ocultar el dinero de la vista—. Detective

Finnegan, ¿verdad? ¿Qué problema hay, agente?

—Ojalá siguiera siendo miembro del cuerpo, Jerry. Eso os facilitaría mucho las cosas a ti y a tu amigo. Pero ahora soy más bien lo que podríamos llamar un agente independiente.

Litsky volvió a entornar los ojos cuando le sobrevino otra oleada de lucidez. Cuando los abrió, retrocedió hacia su derecha y señaló la mesa.

—Si buscas el dinero, ahí lo tienes. Puedes cogerlo.

—Te agradezco que menciones el dinero, Jerry. Creo que lo cogeré. Después de todo, en realidad no es vuestro. ¿Lo es, caballeros?

Era una pregunta retórica, por supuesto, pero el perito negó con la cabeza para confirmar que el dinero no era suyo mientras Litsky le fruncía el ceño. Utilizando el cañón del revólver como puntero, Finnegan les indicó que se sentaran en el sofá. Una vez que estuvieron instalados allí, empezó a desplazarse lentamente por la habitación.

Era una técnica que había aprendido de Doherty. Cuando entraban en la sala de interrogatorios, Jack se movía con una lentitud inusual. Se quitaba lentamente el abrigo y lo colgaba en la silla. Se quitaba lentamente el reloj y lo ponía sobre la mesa, y luego se arremangaba lentamente. Aquello ponía nervioso a cualquiera, incluso a los más curtidos, porque sabían muy bien lo que se avecinaba. Y cuanto más despacio se movía Doherty, más nerviosos se ponían.

Sin dejar de apuntar con el revólver a los dos delincuentes, Finnegan retrocedió hasta la puerta corredera y la cerró lentamente. Después de correr lentamente las cortinas, se paseó lentamente por la habitación encendiendo las luces. Vio el efecto que estaba teniendo su estrategia: la rodilla derecha de Litsky rebotaba arriba y abajo como un pistón, y el perito estaba empezando a resollar.

—Veamos —dijo Finnegan—, ¿dónde están las fotografías?

—¿Qué fotografías? —preguntó Litsky.

Desviando un tanto el cañón del revólver, Finnegan disparó contra una de las vasijas de la estantería.

El perito dio un gemido.

—¿Tu madre no te enseñó que es de mala educación engañar a un hombre armado? —preguntó Finnegan.

—No le vas a disparar a nadie —replicó Litsky con una gran seguridad.

Así que Finnegan le disparó.

Litsky se cogió el pie y se puso a aullar. Y luego se puso a gimotear.

—Venga, por favor —dijo Finnegan.

¡Litsky debería agradecerle que no le hubiese disparado en la rodilla!

Al perito le costaba tanto respirar que apenas pudo decir lo que tanto deseaba: que las fotografías estaban en el mueble chino del dormitorio, en un cajón secreto con un dragón pintado.

—No os mováis de donde estáis, amigos.

Finnegan fue por el pasillo hasta el dormitorio y abrió las puertas del mueble. Había un dragón naranja pintado en una moldura lateral que separaba los cajones superior e inferior, pero la moldura resultó ser un cajón oculto. Tiró de él, sacó la carpeta y la abrió de golpe.

—Esperas a que llegue tu momento —se dijo.

Cuando Finnegan regresó al salón, no estaba todo como él lo había dejado. El perito, por una parte, estaba recostado en el sofá completamente inmóvil, mientras que Litsky se arrastraba hacia la puerta principal. Cuando Litsky levantó la vista y vio a Finnegan, soltó otro gemido y se desplomó boca abajo sobre la moqueta.

Sin dejar de apuntar a Litsky con el arma, Finnegan se acercó al perito y le tomó el pulso. Dando a esta comedia su conclusión lógica, el infeliz había muerto de un infarto. Finnegan volvió a rodear el sofá.

—Lo paradójico de esta situación, Jerry, es que cuando he venido no tenía intención de matar a nadie. Pero se ve que tu amigo la ha palmado por su propia voluntad. Y con razón o sin ella, a los ojos de la ley pareceré culpable de su muerte. Así que me temo que eso me deja pocas opciones.

Antes de que Litsky pudiera responder, Finnegan le disparó tres veces por la espalda. Luego rodeó el sofá y le pegó otro tiro al perito en el pecho, por si acaso. Se quedó mirando en silencio el bolso vacío que había junto al montón de dinero.

«Eso no servirá», pensó.

En un armario de la cocina, encontró varias bolsas de papel de

supermercado cuidadosamente dobladas y guardadas para ser reutilizadas. Se llevó una al salón y metió el dinero dentro.

Por un momento se preguntó si debía llevarse el bolso y deshacerse de él en otro lugar. Pero entonces se le ocurrió una idea y se le dibujó una sonrisa en la cara. Después de dejar el bolso en el sofá, se puso en cuclillas, le desabrochó el cinturón al perito y le bajó los pantalones hasta los tobillos.

—Espera a que los chicos de Homicidios vean esto —dijo sonriendo para sí—. No van a saber qué pensar.

Luego salió por la puerta de atrás y fue al coche de Charlie.

Finnegan volvió a su coche y se dirigió directamente al hotel. Estuvo una hora paseándose por el recinto, parándose a hablar con todo aquel al que se encontraba y diciendo cosas como «Llevo todo el día buscándote». Cuando entró en el restaurante, dijo que acababa de llegar del garaje. Cuando entró en el garaje, dijo que acababa de llegar de la piscina. Era poco probable que la sórdida escena que pronto se descubriría en Brentwood Glen condujera hasta él, pero no estaba de más reforzar la impresión colectiva de que había estado todo el día muy ocupado en el hotel. A las seis en punto, se despidió de todos y se marchó a casa.

El último año de Finnegan en la policía, Doherty y él habían detenido a un joven arquitecto que intentaba financiar su fallido estudio de arquitectura con la venta de estupefacientes. Cuando fueron a detenerlo, lo encontraron en las colinas de Mulholland Drive, en una casa que él mismo había diseñado: una caja blanca con un pequeño dormitorio y un gran espacio abierto que incluía una pequeña cocina, una sala de estar, un escritorio y ventanales desde el suelo hasta el techo con vistas al valle de San Fernando. La llamaba «la casa del futuro».

—La casa del futuro, ¡anda ya! —dijo Doherty cuando se lo llevaron esposado.

Pero para Finnegan eso era exactamente lo que parecía. Y por muchas razones.

Según la experiencia de Finnegan, para registrar a fondo una casa normal y corriente en busca de drogas o dinero en efectivo podían hacer falta seis hombres y seis horas. Además de que podía haber siete habitaciones, un ático y un sótano, en cada habitación había armarios, cómodas, escritorios... Había viejos baúles y maletas de viaje. Recipientes para harina, azúcar, café y té. Cajas de zapatos, cajas de herramientas y libros que podían haber sido vaciados. Y miraras donde mirases, había cosas. Relojes y jarrones heredados. Trofeos ganados. Fotografías familiares. Cachivaches y reliquias. Una vasta colección de mil objetos que representaban recuerdos y aspiraciones desfasados por igual. Finnegan había llegado a creer que la mayoría de las casas eran un intento de suicidio a cámara lenta. Cuando uno terminaba la búsqueda, quería darse una ducha no sólo para quitarse el polvo, sino el grasiento residuo de la desesperación humana.

Sin embargo, cuando Finnegan y Doherty fueron a registrar la casa del arquitecto, tardaron menos de una hora, porque prácticamente no había dónde esconder nada. Sólo había un ropero en el dormitorio, cuatro armarios en la cocina y tres cajones en el escritorio. Ni siquiera había una alfombra bajo la que mirar. Y no había fotografías, cachivaches ni reliquias. Se diría que la vida de aquel hombre estaba en un estado de comienzo constante.

Mientras el arquitecto estaba en su celda a la espera de juicio, de vez en cuando Finnegan cogía el coche e iba a Mulholland, entraba en la casa y se daba una vuelta. Se sentaba en el sofá y miraba cómo se encendían las luces en Sherman Oaks. Algunas noches incluso dormía allí.

Un amigo del sector inmobiliario le dijo que la casa del arquitecto valía menos de lo que él se había gastado en construirla. Como dijo su amigo, era una casa en la que nadie quería vivir en un barrio al que nadie quería ir. Cuando condenaron al arquitecto y el banco ejecutó la hipoteca, Finnegan estaba allí esperando. La compró con todo lo que había dentro por una miseria.

Finnegan no era muy dado a acumular cosas, pero cuando se mudó a la casa del arquitecto, aprovechó la oportunidad para tirar lo poco que había conservado de su pasado. Después de todo, el pasado no era

un lugar al que tuviera intención de volver. Lo que le interesaba era el futuro.

Mientras conducía de vuelta a casa por Benedict Canyon, la parte del futuro en la que iba pensando era su siguiente paso. ¿Le enviaría al día siguiente una nota a De Havilland con una nueva serie de exigencias? ¿O esperaría una semana y la dejaría reflexionar? Eso, ¿por qué no dejarla reflexionar?, pensó mientras entraba en su garaje.

Al salir del coche, Finnegan sacó la bolsa de la compra del maletero y entró en su casa. Lo primero que haría sería servirse una copa. Pero no había dado ni tres pasos cuando se detuvo. Sentada en su sofá, contemplando las vistas, estaba la señorita Evelyn Ross.

Charlie

Cuando Charlie recobró el conocimiento, estaba oscuro, hacía calor y le dolía todo el cuerpo. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba en el maletero de un coche y que el coche no se movía. Con suerte, su propio coche; y si no, el de otra persona. Metió una mano bajo la chaqueta y comprobó con alivio que su pistola seguía en la cartuchera, por lo que era más probable que estuviera en su propio coche.

La mayor parte del cuerpo le dolía por razones normales: porque estaba incómodamente colocado en un espacio reducido; porque tenía algo clavado en la cadera; porque se encontraba en un momento de su vida en el que hasta el menor esfuerzo podía arrancarle un quejido. Sin embargo, el dolor de cabeza no era normal. Lo habían golpeado con una cachiporra, y no lo había hecho un aficionado. Se palpó suavemente la parte posterior de la cabeza y se tranquilizó al comprobar que no tenía el pelo apelmazado, como habría ocurrido si hubiera sangrado. Pero tenía un chichón de primera categoría y le dolía. Seguiría doliéndole una semana o más, un recordatorio de su arrogancia, su soberbia y su falta de práctica.

Mientras esperaba en el coche, Charlie había hecho su propia versión de esparcir el dinero sobre la mesa, su propia versión de alzar la copa y felicitarse por un trabajo bien hecho, pero antes de tiempo.

Eso es lo que pasa cuando estás retirado. Sin la disciplina del trabajo diario y los hábitos que inculca, empiezas a perder el instinto que te convierte en un profesional. Al notar que la sombra se movía por detrás del seto, ni siquiera había levantado un brazo para defenderse. Sólo se había dado la vuelta para ver qué pasaba. Pero seguir dando vueltas a sus errores no era más que otra señal de lo falto de práctica que estaba.

Charlie se concentró en cómo salir de allí. Si era el maletero de su

coche, tenía que haber una palanca y una linterna. La linterna fue fácil de encontrar porque era el objeto que se le había clavado en la cadera y le dolía; pero la palanca no la encontraba por ningún lado. En el bolsillo sólo tenía una navaja. Encendió la linterna, apuntó con torpeza hacia el pestillo del maletero y lo manipuló inútilmente. El pestillo se mantuvo fijo, lo que significaba que el maletero debía de estar cerrado con llave.

Charlie se recostó.

¿Había estado alguna vez en una posición más humillante? Emboscado en su propia emboscada y encerrado en el maletero de su propio coche. ¿De verdad iba a tener que pedir ayuda? Era tentador quedarse allí tumbado, cociéndose al sol de la tarde hasta deslizarse en la inconsciencia y acabar expirando por insolación o deshidratación. Al menos así no tendría que sufrir la humillación máxima: que lo salvara una anciana que paseaba a su pequinés.

Pero ¿y su nieto de Nueva Jersey? ¿Y qué pasaba con la promesa que le había hecho a Evelyn? ¿Y qué pasaba, por último, con la venganza? ¿Tan mayor estaba que había perdido el anhelo de devolver lo que había recibido pero multiplicado por diez?

—¡Hola! —gritó, resignado a pedir ayuda pero reacio a pronunciar esa palabra—. ¡Hola! ¡Hola!

Como estaba boca abajo, los gritos lo afectaron más de lo que esperaba. No podría seguir haciéndolo mucho tiempo. En lugar de eso, empezó a golpear la tapa interior del maletero con la linterna, como un preso que golpea una tubería. Pero después de haber estado golpeando diez minutos seguidos, Charlie se vio superado por una oleada de mareo y náuseas provocados por la combinación de calor, oscuridad y la herida de la cabeza. No podía permitirse el lujo de desmayarse, así que dejó de golpear y respiró lentamente. Una vez recobrada la calma, reanudó el martilleo, pero de forma intermitente, golpeando la tapa interior del maletero quince veces cada cinco minutos.

Las pausas entre los golpes dieron a Charlie tiempo para pensar; tiempo para pensar en lo que debería haber estado pensando desde el principio: ¿quién lo había golpeado? Había dado por hecho que había

sido el cerebro de la operación. Pero si había sido él, ¿de dónde había salido? Charlie no había dejado de mirar por el retrovisor; si alguien hubiera salido de la casa y cruzado la calle, lo habría visto. Tenía que haber sido otro.

Cerró los ojos, vagamente consciente de lo cansado que estaba, y sus pensamientos empezaron a ir de aquí para allá. Mientras su mente divagaba, sintió que se olvidaba de hacer algo, algo que debía hacer cada cinco minutos. Preocupado por si llegaba tarde, se volvió para mirar el reloj de la mesilla de noche. Pero allí, en lugar del reloj, había un juguete que le había enviado a su nieto por Navidad. Estaba hecho de hojalata de vivos colores y representaba a dos jóvenes boxeadores que, en un cuadrilátero, movían los pies y se lanzaban pequeños puñetazos cuando se les daba cuerda. ¿Qué hacía allí?, se preguntó. ¿Lo habría devuelto Caroline por considerarlo inapropiado para el niño? Charlie alargó la mano y le dio cuerda. Al hacerlo, oyó el sonido metálico de los dientes de la llave al engranar el resorte.

Y entonces se abrió el maletero.

—¡Santo cielo! ¿Se encuentra bien, señor Granger?

Todavía desorientado, Charlie hizo pantalla con una mano sobre los ojos.

—Billy —dijo aliviado.

—Déjeme ayudarlo.

Sin ningún pudor, Charlie se agarró al brazo de Billy y confió en la fuerza del joven para levantarlo y sacarlo del maletero. Una vez con los pies en el suelo, se quedó unos instantes quieto, y luego se sentó con cuidado en el bordillo.

—¿Qué ha pasado, señor Granger?

Charlie recibió la pregunta con una mueca de dolor. Pero estaba demasiado cansado para elaborar una versión de los hechos que no dañara su orgullo.

—He seguido al objetivo hasta aquí —dijo—. Cuando he salido del coche, me han dado un porrazo en la cabeza.

—¡Santo Dios! —exclamó Billy, más emocionado que preocupado.

Charlie, reconfortado por el aire fresco, sintió que su mente se despejaba.

—Billy, ¿cómo demonios me has encontrado?

El joven asintió como si hubiese estado esperando esa pregunta.

—Después de pegarme el batacazo contra el capó de ese tipo, le he dicho lo que me había costado la bici, tal y como usted me indicó. Cuando ha ido al maletero a por el dinero, he aprovechado para coger su documentación de la guantera. Cuando se ha marchado, he esperado un poco, y luego he metido la bici en la parte de atrás de la camioneta del señor Skillman y he venido aquí por si usted necesitaba refuerzos. Al ver su coche, he pensado que todo iba bien. Pero después de media hora sin ver entrar ni salir a nadie, me he preocupado un poco. Me he acercado sigilosamente a su coche, y entonces ha sido cuando he visto sus llaves en el maletero. Espero haberlo hecho bien, señor Granger.

Charlie sonrió.

—Lo has hecho estupendamente, Billy. ¿Tienes la documentación aquí?

—Ya lo creo.

Billy se la dio a Charlie junto con las llaves de su coche. En la documentación ponía que el Buick era propiedad de un tal Wendell Winter.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Billy.

Charlie miró calle arriba. El hecho de que no hubiera visto venir a su agresor, de que lo hubieran asaltado con tanta profesionalidad y de que el coche de Winter siguiera en la entrada de la casa le daba mala espina.

—Quiero que te vayas a tu casa, Billy.

—¿Está seguro, señor Granger?

—Estoy seguro.

Para demostrarlo, Charlie se levantó y le tendió la mano.

—Gracias por tu ayuda.

—Para lo que necesite, señor Granger.

Charlie se quedó mirando cómo Billy subía por la calle, se metía en una camioneta y se marchaba. Luego fue a su maletero y sacó el bidón de agua que siempre llevaba allí por si el radiador le daba problemas. Desenroscó el tapón, se echó un poco de agua en la palma de la mano

y se mojó la cara. Luego dio un largo trago. El agua estaba caliente y sabía a metal, pero de todos modos le sentó bien. Charlie guardó el agua, cerró el maletero y se encaminó hacia la casa de Winter.

Cuando llegó al camino de acceso, sacó la pistola de la cartuchera y se dirigió a la parte trasera, donde había dos sillas y una mesa de hierro fundido en una pequeña terraza de ladrillo. En el suelo había una mancha que parecía de vómito. Encima de la mesa estaba su palanca. La puerta corredera que daba acceso a la casa estaba cerrada y las cortinas echadas. Cuando Charlie fue a coger el picaporte, no vio signos de que hubiera sido forzado, pero sintió aquella vieja certeza. La certeza de que había ocurrido algo espantoso e irreversible. Apuntando con la pistola, abrió la puerta, apartó las cortinas y entró.

Se encontró en un salón pequeño pero bien decorado. No había muebles en mal estado ni mal utilizados. Los tres cuadros orientales de la pared de su izquierda estaban colgados exactamente a la misma altura. A la derecha había una chimenea de gas con leños de cerámica; a pesar de que funcionaba con gas, junto a ella había un juego de utensilios de latón para completar la decoración. En unos estantes a ambos lados de la chimenea había varias urnas orientales, una de ellas hecha añicos.

Todo estaba en su sitio excepto la urna rota, una mesilla volcada y los dos hombres muertos. Winter estaba sentado en el sofá, con los pantalones por los tobillos y la cabeza inclinada hacia un lado en uno de esos ángulos antinaturales que propicia la muerte. Aunque tenía un agujero de bala en el pecho, sorprendentemente había poca sangre. El segundo cadáver, vestido por completo, estaba boca abajo, en posición de gateo, a metro y medio de la puerta principal. Éste había sangrado mucho: había un charco de sangre alrededor de la parte superior de su cuerpo y un rastro que llegaba hasta el sofá.

Charlie aguzó el oído, aunque no esperaba oír nada; sabía que el asesino había llegado, había hecho su trabajo y se había largado, todo mientras él yacía inconsciente en el maletero de su coche. Rodeó el charco de sangre para examinar más de cerca el segundo cadáver, el del cerebro de la operación. Tenía tres agujeros de bala en la espalda, pero parecía que el rastro de sangre en la alfombra procedía de una

herida en el pie. La cara del hombre estaba de perfil y a Charlie le resultó familiar. Se puso en cuclillas y estudió las facciones del cadáver con más detenimiento. Lo conocía. Todos en el cuerpo lo conocían.

Cada vez más resignado, Charlie se levantó y se dirigió al pasillo. Era de suponer que el hombre que le había tendido una emboscada a él y que había matado a Winter y a Litsky también había ido allí a buscar las fotografías. Probablemente las fotografías habían estado escondidas en alguna parte, pero el orden del salón indicaba que el asesino no había necesitado buscarlas: uno de los dos chantajistas le había dicho dónde estaban.

Charlie abrió la primera puerta de la izquierda y encontró una habitación de invitados. También estaba bien equipada, con la cama bien hecha y todo en su sitio, hasta tal punto que uno tenía la sensación de que nunca se había utilizado, lo que añadía una nota más bien lúgubre a su cuidada decoración.

Frente al dormitorio de invitados había un baño transformado en improvisado cuarto oscuro.

Al final del pasillo estaba la suite principal. Charlie atravesó el dormitorio y entró primero en el cuarto de baño, sólo para confirmar que no había nadie en la casa. Luego volvió a enfundar la pistola y regresó al dormitorio.

En la pared, sobre la cama, había una serie de fotos fijas de películas enmarcadas, entre ellas una selección de las estrellas más rutilantes de Hollywood, presumiblemente obra de Winter. Charlie negó con la cabeza y recordó que Prentice había admirado la estética de las fotografías de De Havilland, lo que le había valido una reprimenda de Evelyn. En aquel momento, a Charlie también le había parecido un comentario inapropiado; pero eso no era más que otra muestra de lo falto de práctica que estaba. Si Charlie se hubiera fijado en el comentario de Prentice, éste podría haberlo guiado hasta los fotógrafos profesionales en general y los fotógrafos de estudio en particular. Podría haber encontrado a Winter antes de que lo dejaran en la cafetería, antes de que fuera a Brentwood Glen, antes de todo aquello.

Arrimado a una pared había un gran mueble oriental con las puertas abiertas. Dentro había más de cuarenta cajoncitos, cada uno con su tirador, todos cerrados. Pero entre los cajones había una moldura decorativa que separaba la mitad superior de la inferior. Era un cajón oculto que habían extraído y que estaba vacío.

Charlie se planteó revisar los armarios de Winter, pero no tenía sentido hacerlo. En lugar de eso, volvió a la sala de estar. En la mesa auxiliar que seguía en pie había un teléfono y una agenda de tapas negras. Utilizando su pañuelo, Charlie cogió la agenda y la hojeó, confirmando que no habían arrancado ninguna hoja. El que había matado a Winter no debía de conocerlo, porque era demasiado profesional para haber dejado allí su nombre. Eso aumentaba la posibilidad que había estado inquietando a Charlie: que el asesino lo hubiera seguido hasta allí. Charlie volvió a poner la agenda en su sitio.

Al inspeccionar la escena por segunda vez, Charlie se fijó en que el bolso de Evelyn estaba en el sofá junto a Winter. Miró dentro y confirmó que estaba vacío. Sabía que debía dejarlo donde estaba, pero probablemente tenía las huellas de Evelyn, así que lo cogió. Charlie también sabía que debía llamar a la policía, aunque fuese de forma anónima. Pero todavía no. Necesitaba tiempo para pensar en sus próximos movimientos, sobre todo ahora que había un asesinato de por medio.

Salió por donde había entrado, utilizando el pañuelo para cerrar la puerta corredera. Recogió la palanca, rodeó la casa y se aseguró de que la calle estaba vacía antes de cruzar hasta su coche.

En Wilshire Boulevard, se detuvo en una gasolinera con cabina telefónica para hacer la llamada que tanto temía.

—Tengo malas noticias —dijo cuando Evelyn contestó.

—¿Qué ha pasado?

Charlie le contó que había seguido al cobrador y que un tercero sin identificar le había tendido una emboscada frente a su casa y ahora tenía en su poder las fotografías y el dinero. No mencionó dónde estaba la casa del cobrador, ni el nombre de Winter y de Litsky, ni que los habían asesinado. Por el momento, cuanto menos supiera Evelyn,

más protegida permanecería y más libremente podría actuar él.

—¿Un tercero? —preguntó Evelyn.

—Alguien que me ha seguido, creo. Lo siento, Evelyn.

—No tienes que disculparte de nada, Charlie. ¿Cómo está tu cabeza?

—Estoy bien.

—Bueno. ¿Por qué no vienes al hotel y pensamos qué hacemos a continuación?

Charlie miró la hora y vio que eran casi las cinco.

—Estaré allí a las seis.

Charlie se había dado una hora porque necesitaba pasar por su casa. Tenía que hacerlo porque apestaba. Apestaba a sudor y gasolina, tras una hora encerrado en el maletero. Pero también a fracaso y frustración, y un poco a miedo.

No cabía duda: alguien se había enterado de su intención de pagar por las fotografías y había seguido a Charlie desde la cafetería hasta los chantajistas. Volvían a estar en el punto de partida, sólo que ahora se enfrentarían a alguien menos aficionado que Winter y Litsky, y mucho más peligroso.

Cuando llegó a su casa, Charlie fue a su dormitorio y se quitó la ropa. Mientras dejaba el traje nuevo sobre la cama, observó con frialdad las manchas negras que su paso por el maletero habían dejado en la flamante tela.

Después de darse una larga ducha, se puso uno de sus trajes viejos, se sirvió una onza de bourbon y llamó al Corral. Lo tranquilizó encontrar allí a Billy, porque quería insistirle en que no debía mencionar a nadie dónde había estado ese día.

—Quedará entre nosotros, señor Granger.

—Ni siquiera entre nosotros, Billy.

Charlie volvió a coger el coche y fue al hotel. Al llegar, su intención era ir directamente a la suite de Evelyn, pero Prentice Symmons lo llamó en el vestíbulo.

—¡Ah! —dijo el viejo actor levantándose de su butaca—. ¡Aquí está!

Charlie se acercó a Symmons y le estrechó la mano.

—Felicidades —dijo.

—Pfff —dijo Symmons—. No tiene importancia.

Por suerte, Symmons no le preguntó a Charlie cómo le habían ido a él las cosas. En lugar de eso, le contó una cosa.

—Evelyn me ha pedido que me reúna con usted en su ausencia.

—¿En su ausencia?

—Sí, ha salido.

—¿Y adónde ha ido?

—Creía que usted lo sabría —dijo Symmons sorprendido—, porque ha dicho que iba a recuperar el resto de las fotografías.

Finnegan

La señorita Ross se había puesto cómoda. Estaba sentada con un brazo en el respaldo del sofá y la pierna derecha, desnuda hasta la rodilla, sobre la izquierda. En la mesa, frente a ella, había una botella de whisky y dos vasos, uno de ellos vacío. Desde donde estaba, Finnegan vio que era su mejor botella de whisky y que ella se había servido uno doble, solo, lo que le causó cierta impresión.

Cuando él entró en la casa, ella no se volvió inmediatamente. Esperó un momento y luego miró por encima del hombro, lánguidamente —su versión de los lentos movimientos de Doherty, sin duda ejecutados con una intención similar—. Finnegan casi sonrió al verlo.

—Buenas noches, señor Finnegan —dijo.

—Buenas noches, señorita Ross.

—¿No me acompaña?

Finnegan señaló la bolsa de supermercado que llevaba en las manos.

—Voy a guardar estas cosas.

Finnegan se dirigió a la pequeña cocina, abrió la puerta de la nevera y dejó el dinero y las fotografías en un estante vacío, tratando de ocultar lo que hacía con la espalda. Después cerró la puerta, dobló la bolsa y la dejó sobre la encimera. Luego entró en el salón y se sentó al escritorio en lugar de hacerlo en una de las sillas que había junto al sofá.

Ross balanceaba ligeramente la pierna derecha, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Si no es indiscreción, señorita Ross, ¿cómo ha entrado en mi casa?

—He roto una ventana.

—Eso no es muy femenino.

—Yo no soy muy femenina.

Finnegan sonrió y señaló el whisky.

—Veo que se ha servido usted misma.

—Sí, gracias. Es delicioso. ¿Le sirvo?

Se inclinó hacia delante, cogió la botella e hizo ademán de llenarle el vaso.

—No, gracias —dijo él—. Ése suelo guardarlo para las ocasiones especiales.

—Es que ésta es una ocasión especial.

—¿En qué sentido?

—Es el comienzo de una relación prometedora.

Finnegan hizo un ademán de desdén.

—No me interesa.

Ella arqueó las cejas.

—¿Insinúa que le interesan más los hombres, señor Finnegan?

—Insinúo que me intereso más yo mismo.

—Ése es un rasgo que compartimos —repuso ella, y esbozó una sonrisa.

Y él no lo dudaba. En absoluto. Era obvio que ella sólo buscaba su propio beneficio. Y eso lo intrigaba. Sí, tenía que admitirlo: la señorita Ross le despertaba una curiosidad que normalmente no sentía por las mujeres. Ni por la gente en general.

—Cuando he dicho que éste podría ser el comienzo de una relación prometedora —continuó ella—, no hablaba en sentido romántico, sino profesional.

—¿Ah, sí?

—Concretamente, en relación a unas fotografías de Olivia de Havilland.

—¿Unas fotografías de Olivia de Havilland?

Ella lo miró con cierta decepción.

— Usted no da la impresión de ser una persona que se va por las ramas, señor Finnegan.

—No lo soy, se lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué no vamos al grano?

Con un gesto, él la invitó a hablar cuanto quisiera.

—Estoy segura de que recordará aquel sobre que llevaron hace unos días al hotel para la señorita De Havilland. Resulta que dos hombres

habían conseguido unas fotografías suyas comprometedoras. Acordamos pagar por esas fotografías y, en consecuencia, entregamos cierta cantidad de dinero. Pero antes de que esos dos hombres cumplieran su parte del trato, intervino un tercero que se llevó el dinero y las fotografías. Y resulta que creo que esa persona es usted.

—Señorita Ross, me temo que no tengo ni la menor idea de lo...

—Sí, sí, ya lo sé. No tiene ni la menor idea de lo que le estoy hablando. Pero no me ha dejado llegar a la parte más interesante.

Volvió a apoyar el pie derecho en el suelo, se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en las rodillas, adoptando una postura más bien masculina. Y a medida que hablaba, toda ella se iba animando.

Todos los años, procedió a explicar, los estudios gastan millones de dólares en publicidad. Millones para destacar, amplificar y promocionar las películas que han producido y a las estrellas que tienen contratadas. Pero también tienen recursos destinados a todo lo contrario: a enterrar historias y acallar rumores. Y, sin ella haberlo buscado, era en ese negocio donde ahora se encontraba la señorita Ross. Actualmente trabajaba para Warner Brothers y Selznick International, con el cometido de proteger la reputación de los estudios y a sus estrellas de lo que ella denominaba «encuentros desafortunados, relaciones incómodas y alianzas desacertadas». Y sí, también de fotografías comprometedoras.

—Creo, señor Finnegan, que está usted a punto de embarcarse en una empresa ilícita. Lo que he venido a decirle es que puede hacer exactamente lo mismo que pretende hacer por la misma recompensa, pero de forma legítima. A mí me dan un presupuesto para adquirir historias y fotografías problemáticas. Y esos pagos no se hacen por la noche en algún callejón de mala muerte. Se hacen a la luz del día, se contabilizan en su totalidad y se incluyen en las cuentas del estudio, ¡para compensar los impuestos!

Finnegan se recostó en la silla. Había subestimado a la señorita Ross en todos los sentidos. No era ni una cazadora de maridos, ni una buscona. Era su alma gemela. Y, por supuesto, tenía toda la razón.

Porque en Los Ángeles, todo lo que se hacía ilegalmente también podía hacerse con todo el respaldo de la ley, siempre que se

organizara de la forma adecuada. Porque la ley, como todo el mundo en la ciudad, estaba en nómina. Cumplía su propio horario, hacía sus concesiones y se tragaba su dosis de bilis para ser un engranaje más de la gran maquinaria dorada.

Si querías que un dinero de origen cuestionable fuera menos cuestionable, lo único que necesitabas era a alguien capaz de hacerlo pasar por los estudios para que saliera con un comprobante de pago. Porque en los Estados Unidos de América no había nada más sublime ni más sagrado que un salario.

—No sé nada de esas fotografías de la señorita De Havilland —insistió Finnegan—. Pero si la he entendido bien, si alguien llegara a poseer una fotografía de esas características, los estudios estarían dispuestos a pagar una prima de recuperación en nombre de la actriz.

—Exacto. Conmigo actuando de agente.

—Y lógicamente, como agente usted recibiría una comisión.

—¿Confiaría usted en mí en otras condiciones, señor Finnegan?

¡Vaya si la había subestimado! Pero lo remediaría. En los días siguientes, averiguaría todo lo que hubiera que averiguar sobre Evelyn Ross. No sólo de dónde era y por dónde había pasado. También descubriría sus pequeñas pasiones privadas, cualesquiera que fuesen. Una vez que supiera lo que necesitaba saber, le diría que había encontrado una fotografía comprometedora. Sólo que no empezaría con De Havilland: esas fotos las retendría, porque *Lo que el viento se llevó* iba a estrenarse en otoño y su valor aumentaría cada vez más a medida que se acercara la fecha del estreno. Iría soltando las fotos una a una y cobrando sus comisiones, listo para darle la vuelta a la tortilla y atacar directamente a Ross cuando llegara el momento.

—Bueno, señorita Ross. Me da usted algo en que pensar, desde luego.

—¿Lo ve? —dijo ella con una sonrisa—. ¿Qué le he dicho?

Se inclinó hacia delante y sirvió un doble en el vaso vacío. Luego recogió los dos vasos y los acercó al escritorio; le entregó uno a él, y ella alzó el suyo.

—Por las relaciones prometedoras.

Y vació su vaso de un trago.

—Por las relaciones prometedoras —concedió él, y vació el suyo.

Cuando la señorita Ross volvió a sentarse en el sofá, a Finnegan se le ocurrió invitarla a cenar. ¿Y por qué no? Nunca le habían impresionado las caras bonitas, pero siempre resultaba mucho más fácil descubrir los trapos sucios de alguien una vez conocida la historia oficial. La historia oficial estaba diseñada para ocultar lo que se quería mantener en secreto, así que, si le dabas la vuelta, se convertía en una hoja de ruta de todos sus defectos, errores y pecados. Tal vez la llevaría a Musso & Frank's a comer un filete y beber unos martinis, sólo para hacerla hablar.

—¿Tiene hambre, señorita Ross? —preguntó.

—Siempre tengo hambre —contestó ella.

Pero antes de que él pudiera hacer su sugerencia, se oyó un fuerte crujido. Una lluvia de astillas de madera se esparció por el suelo, la puerta principal se abrió de golpe y allí estaba Charlie Granger con su palanca en una mano y su pieza de museo en la otra: el típico poli torpe e incompetente de una película de la Keystone.

Charlie

Charlie estaba furioso consigo mismo. ¿Cómo no lo había visto?, pensaba mientras subía por Benedict Canyon. Incluso le había dicho a Evelyn que alguien lo había seguido hasta la casa de Winter. Pero nadie podía saber que Charlie estaba en la cafetería. Para que alguien lo hubiera seguido hasta la casa de Winter, tenían que haberlo seguido desde el hotel. Eso significaba que debían de saber exactamente cuándo esperaba Evelyn recibir la llamada de los chantajistas. Y sólo había una persona que podía saberlo: Finnegan. Debía de haber abierto el sobre antes de entregárselo a De Havilland y había leído la nota de los chantajistas.

Ya era bastante grave que Evelyn lo hubiera descubierto antes que Charlie, pero lo peor era que había al menos tres cosas que deberían haber levantado las sospechas de Charlie. En primer lugar, que cuando Charlie mencionó a Evelyn, Finnegan no sólo sabía quién era, sino también el número de su suite. Cuando Finnegan lo había dicho, a Charlie le había impresionado su atención al detalle. Pero en el hotel Beverly Hills había más de doscientas habitaciones, lo que significaba que a lo largo de un año entraban y salían más de diez mil huéspedes. Si Finnegan sabía el número de la suite de Evelyn era porque lo había buscado, y recientemente.

En segundo lugar, que Finnegan no hubiera pedido una descripción del conductor del descapotable azul. ¡Claro que había pedido una descripción! Cualquier patrullero novato lo habría hecho. Era una de las primeras cosas que te enseñaban en la academia: había que obtener cuanto antes una descripción del sospechoso por parte de un testigo, antes de que sus primeras impresiones empezaran a difuminarse. Finnegan le había pedido al viejo mexicano una descripción del conductor y se la había callado.

Y por último estaba aquel comentario sobre la jubilación de Charlie.

Sí, era un poco ridículo que Charlie se hubiera sentido tan insultado por cómo se había expresado Finnegan. Pero su elección de palabras revelaba cierta petulancia; no era simplemente la petulancia de un joven hacia un viejo, sino la de alguien con cierta información que disfrutaba vacilándole a alguien que no la tenía.

Charlie pasó por delante del camino de acceso de Finnegan y aparcó un poco más allá. Para ganar tiempo, le habría gustado detenerse junto a la casa, pero necesitaba evaluar la situación antes de dejarse ver.

Salió del coche, confirmó que llevaba la pistola en la cartuchera y se dirigió rápidamente hacia la casa. Como no había ventanas que dieran a la calle, Charlie dio la vuelta por detrás y se encontró en lo alto de un terraplén, con la casa a su derecha y la colina descendiendo a su izquierda.

Casi toda la pared trasera del edificio era de cristal. Al anochecer, los que estaban dentro no podían distinguir gran cosa de lo que ocurría fuera, mientras que los de fuera tenían una visión clara de cuanto ocurría dentro. En ese sentido, la pared de cristal no era muy distinta del espejo de doble cara de la caseta de baño de Fairfield, o incluso de los de la policía de Los Ángeles.

Desde donde estaba Charlie, parecía que toda la casa fuese una sola estancia. Finnegan se hallaba sentado ante un escritorio, de espaldas a la ventana, y Evelyn estaba sentada en un sofá frente a él.

Lo primero que sintió Charlie fue alivio al ver que Evelyn estaba ilesa. Pero después sintió inquietud, porque los dos actuaban como si fueran viejos amigos. Evelyn sonreía mientras hablaba y, aunque Charlie no podía ver la cara de Finnegan, vio que asentía con la cabeza. Entonces Evelyn le sirvió una bebida a Finnegan, se la llevó a su escritorio y ambos alzaron sus vasos para brindar.

Con una sensación parecida al vértigo, Charlie se preguntó si estarían conchabados.

No.

Charlie había sido negligente desde el principio y había ignorado ciertas indicaciones. Se había dejado seguir desde la cafetería y había caído en la trampa en Brentwood Glen. Pero no era tan viejo ni tan

sentimental como para haber juzgado tan mal a Evelyn. La había visto indignarse por las fotografías y estaba seguro de que ella no había fingido. Si ahora sonreía en compañía de Finnegan, era para seducirlo o persuadirlo, pero sin comprender plenamente el peligro al que se exponía.

Charlie rodeó la casa hasta llegar a la puerta principal. Probó el picaporte y comprobó que la puerta estaba cerrada con llave. Pensó en llamar, pero después de la visita de Evelyn, Finnegan ya estaría en alerta. Charlie corrió hasta su coche, cogió la palanca del asiento del copiloto y volvió a la puerta. En silencio, encajó la uña de la palanca en el marco, sacó la pistola con la mano derecha y, con un solo movimiento, tiró de la palanca con la izquierda y le pegó una patada a la puerta.

Cuando el marco se desprendió y la puerta saltó por los aires, Charlie se encontró al otro lado de la escena que había presenciado desde el terraplén, con Finnegan de frente y Evelyn de espaldas a la puerta. Al oír el estruendo, ambos levantaron la vista.

Charlie sintió cierto placer al ver la sorpresa reflejada en el rostro de Finnegan, el viejo placer de haber hecho el trabajo y las conexiones necesarias para asegurarse de que tendría ventaja. La sensación era aún más dulce por la actitud arrogante de Finnegan.

Pero entonces Finnegan se echó a reír a carcajadas.

Al oírlo, Charlie apretó las mandíbulas. De joven, quizá hubiese sentido el impulso de descerrajarle un par de tiros en el pecho a Finnegan.

—¡Charlie! —exclamó Evelyn, expresando su asombro y también una pizca de fastidio.

Eso hizo que Charlie se cuestionara su decisión de irrumpir, pero sólo por un momento.

—Mantén las manos donde yo pueda verlas, Sean.

Finnegan le mostró las palmas de las manos y luego las puso sobre el escritorio, sin dejar de esbozar aquella irritante sonrisa.

—¿Estás bien, Evelyn?

—Sí, estoy bien, Charlie.

Ahora Charlie se dio cuenta de que el edificio no consistía en una

única habitación. Sin dejar de apuntar a Finnegan con su arma, se acercó de costado a la única puerta. Se asomó, vio que se trataba de un pequeño dormitorio vacío y volvió al centro de la habitación.

Finnegan negó con la cabeza al tiempo que sonreía con suficiencia.

—No habrías podido llegar en peor momento, Charlie.

—Eso lo dirás tú, Sean.

—Supongo que, por la cara que ha puesto, te habrás dado cuenta de que a la señorita Ross le ha molestado tu aparición tanto como a mí. Y es porque estábamos a punto de llegar a un acuerdo.

—A lo mejor es porque no sabe con quién está tratando.

Finnegan se encogió de hombros.

—A mí me parece que es muy inteligente.

Evelyn, que miraba fijamente a Finnegan, no dijo nada.

—¿Y ahora qué, Charlie? —se burló Finnegan—. ¿Vas a hacer un arresto ciudadano y me vas a llevar al centro?

—No me parece mala idea.

—Tu plan sólo tiene un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que tu pistola está descargada.

—No me digas —dijo Charlie, y le devolvió una sonrisa socarrona a Finnegan.

Pero nada más pronunciar esas palabras, notó que su seguridad flaqueaba. Cuando Sean lo había dejado inconsciente en Brentwood Glen, debía de haberlo registrado. Eso era lo primero que te enseñaban en la academia. Y cuando registró a Charlie, o le habría quitado la pistola o se la habría descargado.

Charlie apuntó unos grados a la izquierda de Finnegan y apretó el gatillo. Lo que emanó de su arma fue un chasquido delicado y discreto, un chasquido que apenas se habría oído de no ser por el silencio que reinaba en la habitación. Y fue uno de los sonidos más desalentadores que Charlie había oído jamás. Incapaz de resistir la tentación, apretó el gatillo dos veces más con el mismo resultado.

Finnegan se encogió de hombros como solía hacer. Luego, mientras empezaba a hablar, sacó su Beretta.

—Debe de ser un poco embarazoso irrumpir por la puerta

empuñando un arma y descubrir que está descargada. Pero ¿sabes qué va a ser aún más embarazoso, Charlie? Cuando los chicos de Homicidios descubran dónde están tus balas.

Seis disparos, pensó Charlie. Hasta los había contado. Uno en la urna oriental. Tres en la espalda de Litsky. Uno en el pie de Litsky. Y uno en el pecho de Winter.

Finnegan usó su automática para indicarle por señas que avanzara hacia el centro de la habitación.

—Pasa, Charlie. Pasa y siéntate.

Dijo lo mismo que había dicho en su despacho, sólo que ahora con mayor prepotencia.

Charlie rodeó el sofá. Si quería abalanzarse sobre Finnegan, ése era el momento. Pero entre ellos había unos buenos tres metros y un escritorio. Si se hubiera tratado de un aficionado, tal vez la inesperada maniobra lo habría sobresaltado lo suficiente como para ralentizar su respuesta. Pero Finnegan no se sobresaltaría: estaba esperando la embestida de Charlie, casi deseándola.

Charlie tomó asiento en el sofá junto a Evelyn. Al sentarse, se dio cuenta de que ella había vuelto la cabeza hacia él, pero no se atrevió a devolverle la mirada.

Finnegan agitó su arma con desgana.

—No bromeaba cuando he dicho que has llegado en un momento inoportuno, Charlie. La señorita Ross y yo estábamos a punto de llegar a un acuerdo profesional que habría resultado muy provechoso para ambos. Pero me temo que tu inoportuna aparición complica las cosas. De hecho, creo que tendremos que esperar a que anochezca e ir a dar una vuelta por Mulholland.

—¿Qué hay en Mulholland al anochecer? —preguntó Evelyn.

—Accidentes de coche —dijo Finnegan.

Charlie sintió una oleada de impotencia y Finnegan le sonrió.

—Es curioso, Charlie. Pareces más nervioso que ella.

—Yo ya he tenido un accidente de coche —dijo Evelyn con indiferencia.

—Pues ya sabes lo que hay —dijo Finnegan.

A lo lejos, en el fondo del valle, Charlie vio que las luces de miles de

viviendas empezaban a brillar. Al cabo de quince minutos se habría completado la transición del crepúsculo a la noche.

Como si le leyera el pensamiento a Charlie, Finnegan extendió el brazo sobre el escritorio y encendió la lámpara. Luego, sin apartar la vista de Evelyn y Charlie, se levantó y caminó lentamente hacia una lámpara de pie que también encendió. Luego se acercó lentamente a una segunda lámpara de pie. Pero al alargar la mano hacia ella, no acertó. Finnegan negó con la cabeza y volvió a estirar el brazo, pero esta vez se agarró a la lámpara, como si la necesitara de apoyo. Aunque Finnegan seguía sin apartar la vista de Charlie y Evelyn, ya no parecía tan engreído. Al contrario, parecía ligeramente perplejo. Entonces empezó a torcer el torso, separándose de la lámpara, y parpadeó varias veces, y el cañón de su pistola osciló tratando de apuntar alternativamente a Charlie y a Evelyn. De repente, Finnegan se desplomó y se llevó la lámpara consigo. La bombilla estalló y la pistola automática patinó por el suelo sin moqueta.

En cuanto Finnegan cayó, Evelyn se puso en pie y fue hacia él.

Sin entender lo que acababa de ocurrir, Charlie se levantó, cogió la Beretta y se reunió con Evelyn junto al cuerpo inerte de Finnegan.

—¡Hombres! —dijo ella con desdén.

Al levantar la vista y ver la expresión dolida de Charlie, añadió:

—Tú no, Charlie. Tú eres un hombre. Me refiero a *los hombres*.

Ambos miraron hacia abajo; Evelyn golpeó en las costillas a Finnegan con la punta del zapato y él no respondió.

—¿Un Mickey Finn extremadamente potente? —preguntó Charlie.

—Nunca salgo de casa sin él.

Charlie hizo un gesto de admiración.

—Desde fuera, te he visto servirle el whisky, pero no le has echado nada en el vaso.

—Ya estaba en la botella.

Evelyn pasó por encima de Finnegan y fue a la cocina. Charlie se fijó en que su cojera se había acentuado.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella lo miró.

—¿Por qué?

—Me ha parecido que cojeabas más de lo normal.

—Ah —dijo ella, y sonrió.

Se agachó, se quitó un zapato y se lo mostró a Charlie.

—Cuando he roto la ventana del cuarto de baño se me ha desprendido el tacón.

Evelyn volvió a ponerse el zapato, fue cojeando a la cocina y abrió la puerta de la nevera.

—Me lo imaginaba —dijo.

Cuando se dio la vuelta, sostenía una carpeta de un centímetro de grosor y unos cuantos fajos de billetes. Los puso en la encimera de la cocina junto a una bolsa de papel doblada. Mientras ella sacaba más fajos, Charlie empezó a llenar la bolsa. Cuando terminó de sacar el dinero y cerró la puerta de la nevera, miró a Charlie, que estaba al otro lado de la encimera.

—Qué equivocada estaba.

—¿En qué sentido?

—No podrías haber llegado en mejor momento.

Charlie no estaba seguro de merecer aquel elogio, pero de todas formas le dio las gracias a Evelyn.

—¿Y ahora qué, jefe? —preguntó ella.

Y ahora qué.

Charlie se volvió y miró a Finnegan. La semana anterior, si alguien le hubiera preguntado qué haría si se encontrara en una situación como ésa, no habría sabido qué responder. Pero de repente sabía exactamente qué hacer, y la claridad le proporcionó una fría satisfacción.

Tal vez, después de todo, no hubiese perdido aquel viejo deseo de recuperar con creces lo invertido.

—¿Cómo has venido? —preguntó.

—En taxi.

—De acuerdo. Toma mis llaves. Mi coche está aparcado un poco más arriba. Puedes llevártelo al hotel. Iré a buscarlo más tarde. Pero primero quiero que limpies cualquier superficie en la que puedas haber dejado huellas. Lava los vasos y guárdalos. Deja todo lo demás tal como está. Luego quiero que esperes aquí hasta que te llame.

—¿Adónde vas?

—No te preocupes por eso. Te llamaré en cuanto pueda. No creo que tarde más de un cuarto de hora. Pero, Evelyn, si Finnegan empieza a recobrar el conocimiento antes de que te haya llamado, quiero que salgas de aquí inmediatamente. ¿Entendido?

—Entendido.

—Vale. Pero hay otra cosa: necesitaré unas cuantas fotografías de esa carpeta.

Evelyn lo miró con cara de sorpresa y negó con la cabeza.

—No, Charlie.

—No hay más remedio —dijo él—. Necesitamos que la policía encuentre unas cuantas.

—¿Cuántas?

—Con cinco habrá suficiente.

Tras titubear unos instantes, Evelyn sacó la carpeta de la bolsa de papel y la puso en la encimera.

—Cuidado con las huellas dactilares —la previno Charlie.

Evelyn abrió la carpeta y desplegó las fotografías con la uña de un dedo. Cogió la última imagen de De Havilland del montón y se apartó.

—Elígelas tú —dijo.

Con el pañuelo, Charlie cogió las cinco primeras fotografías; luego metió el resto en la carpeta y la carpeta en la bolsa.

Mientras Evelyn lavaba los vasos de whisky, Charlie rebuscó en los bolsillos de Finnegan. Además de las llaves de su coche, encontró un par de guantes, que se puso, y una caja de cerillas del hotel Beverly Hills. En el escritorio encontró un sobre de papel manila y cinta adhesiva. Introdujo cuatro de las fotografías en el sobre y lo pegó con cinta adhesiva a la parte inferior de uno de los cajones del escritorio. Después de limpiar su propia pistola, la colocó en la mano de Finnegan para transferir sus huellas y la envolvió en un paño que encontró en la cocina.

Cuando hubo terminado, Charlie miró a Evelyn.

—No lo olvides: si recobra el...

—Me largo.

Charlie asintió. Pero al darse la vuelta para irse, se fijó en la postura

desequilibrada de Evelyn.

—¿Dónde has dejado el tacón de tu zapato?

Evelyn levantó un dedo.

—En el cubo de basura del cuarto de baño.

Evelyn fue a recuperar el tacón, y Charlie salió afuera.

El camino de acceso estaba oscuro y silencioso. Desde la parte trasera del coche de Finnegan, Charlie sólo alcanzaba a ver las luces de una casa a poca distancia. Metió el revólver envuelto en el maletero. Luego se subió al asiento del conductor y condujo de vuelta a Brentwood Glen. Cuando llegó a la casa de Winter, se detuvo en el camino de acceso tras confirmar que no había señales de la policía.

Por segunda vez ese día, entró por la puerta corredera. Sin fijarse en los cadáveres, se dirigió directamente al teléfono y marcó el número de Finnegan. Evelyn contestó al primer timbrazo.

—¿Todo en orden? —preguntó él.

—Todo en orden.

—Bien. Quiero que en los registros de la compañía telefónica aparezca que esta llamada duró unos minutos, así que no cuelgues todavía.

—Vale.

Se quedaron los dos callados.

A lo largo de su carrera, Charlie se había encontrado con fotografías ilícitas, chantajistas, agentes corruptos y asesinos, pero mientras esperaban con el teléfono en la mano y sin hablar, se puso a pensar en los últimos días desde el punto de vista de Evelyn. Intentó imaginar cómo debió de sentirse cuando vio por primera vez las fotografías de su amiga, cuando llevó el dinero a la cafetería y cuando, en casa de Finnegan, la apuntaron con una pistola.

—¿Estás contenta de haberte quedado en Los Ángeles? —le preguntó con ironía.

Pero ella le respondió muy seria:

—Ahora mismo, Charlie, no querría estar en ningún otro sitio del mundo.

Después de colgar, Charlie entró en el dormitorio de Winter y colocó la quinta fotografía al fondo del cajón secreto, como si se la

hubieran olvidado allí.

En el salón, puso la caja de cerillas de Finnegan en un cenicero. Hojeó la agenda de Winter y buscó la letra «F». Imitando lo mejor que pudo la caligrafía de Winter, añadió el nombre, la dirección y el número de teléfono de Finnegan. Luego colocó el bolígrafo en esa página, cerró la agenda y la dejó sobre la mesa, junto al teléfono.

En el tiempo que Charlie había estado fuera, el charco de sangre que rodeaba el cuerpo de Litsky había empezado a secarse. Charlie cogió la botella de whisky de la mesita y derramó su contenido sobre la sangre; luego dejó la botella en el suelo, junto a la mano de Litsky.

Cuando se disponía a salir, Charlie echó un último vistazo a la habitación y se encontró con los pantalones que Winter tenía alrededor de los tobillos. Aquello era obra de Finnegan, estaba seguro. Con aquella irritante sonrisa en los labios, Finnegan debía de haberle ordenado a Winter que se bajara los pantalones antes de dispararle, a sabiendas de que, a ojos de la brigada de Homicidios, el simple indicio de homosexualidad rebajaría la categoría del crimen. Sacarían la conclusión de que un tercer hombre había sorprendido a los dos primeros *in fraganti* y los había matado por celos, y el crimen no merecería mayor consideración.

Pero a Charlie no le servía de nada esa perspectiva. Así que se arrodilló ante Winter y empezó a subirle los pantalones, lo que le costó mucho más de lo que había imaginado. Tenía que levantar el peso muerto de Winter del sofá con un brazo y tirar de los pantalones hacia arriba con el otro, y al mismo tiempo, procurar no mancharse con la sangre de la herida de Winter. Cuando por fin consiguió volver a ponerle los pantalones, le remetió la camisa y le abrochó el cinturón.

Cuando todo estuvo listo, salió por detrás, rodeó la casa y miró con cautela hacia la calle. Su intención había sido esperar a que pasara un coche, pero unas puertas más abajo vio a un hombre fumando un cigarrillo al final de su camino de acceso.

Aún mejor, pensó Charlie.

Volvió a entrar en el camino de la casa de Winter, apuntó al aire con la Beretta de Finnegan y disparó seis veces haciendo una pausa tras el primer y el tercer tiro.

Se metió en el coche de Finnegan, aceleró el motor y salió dando marcha atrás hacia el asustado fumador. Luego puso el coche en la posición de marcha y bajó a toda velocidad por la calle, desviándose lo suficiente para derribar un buzón que encontró en su camino.

Charlie tardó dos horas en llegar a su casa.

Primero tuvo que devolver el coche de Finnegan. En lugar de dejar las llaves en el contacto, las tiró en un arbusto. Así aumentaban las probabilidades de que Finnegan estuviera todavía en su casa curándose el dolor de cabeza cuando los chicos de Homicidios llegaran ante su puerta.

Desde la casa de Finnegan se fue a pie hacia el este por Mulholland y luego volvió a bajar por Benedict Canyon Drive. En la primera hora se cruzó dos veces con un taxi libre, pero Charlie quería alejarse más de la casa de Finnegan antes de parar uno. Cuando por fin se subió a un taxi, eran más de las diez. El plan original de Charlie era que el taxista lo llevara al hotel, donde podría recuperar su coche, pero una vez instalado en el asiento trasero, sintió que se quedaba sin fuerzas, así que le pidió al taxista que lo llevara a casa.

Mientras recorría Beverly Hills, Charlie sabía que la investigación sobre la muerte de Litsky y de Winter ya estaría en marcha. Tras oír los disparos y ver salir el coche chirriando, el fumador habría llamado a la policía. Dos agentes uniformados habrían encontrado los cadáveres y se habrían puesto en contacto con Homicidios. Al cabo de una hora, habrían llegado los detectives, que rápidamente encontrarían la fotografía en el armario oriental y la agenda con la página marcada. Más tarde encontrarían las otras fotografías en casa de Finnegan y sus huellas dactilares en la caja de cerillas y en la pistola.

No era un marco perfecto, Charlie lo entendía. Pero entre Homicidios y Antivicio no había demasiada camaradería.

Una vez que Finnegan estuviera en el punto de mira, habría casi tanta animadversión hacia él como contra los supuestos homosexuales. Y cuando había animadversión hacia uno, los detalles

exculpatorios tendían a pasarse por alto o a dejarse de lado.

Cuando el taxista se detuvo delante de la casa de Charlie, éste se sorprendió al ver que su coche estaba aparcado en el sitio de siempre, y a Evelyn con ropa limpia sentada en los escalones de la entrada. Verla lo animó un poco.

—Gracias por no romperme ninguna ventana —dijo.

—No me sobran pares de zapatos.

Charlie le abrió la puerta y la guió hasta la cocina, donde ella se sentó a la mesa a la que antes él se sentaba con Betty.

—¿Te apetece una taza de té? —le preguntó.

—Lo que me apetece es un poco de bourbon.

Charlie sonrió una vez más ante la franqueza de Evelyn, cogió una botella de bourbon, sirvió dos vasos y se sentó delante de ella.

—Ha sido un día muy largo —dijo después de que ambos dieran el primer trago.

—Ya lo creo —coincidió ella, y sonrió. Luego se puso un poco más seria.

»Por la conversación que habéis mantenido Finnegan y tú, me he dado cuenta de que me has estado ocultando algo, Charlie. Y has tardado unas cuantas horas en llegar a casa esta noche, después de ocuparte de eso de lo que tenías que ocuparte.

Charlie permaneció callado.

—Ya sé lo que pretendes —continuó ella—. Mantenerme en la ignorancia por mi propio bien. Pero a veces siento que toda mi vida ha sido un viaje de un silencio bienintencionado al siguiente. Mi padre guardaba silencio porque no le gustaba causar problemas. Mi madre guardaba silencio porque no le gustaba reconocer nada que contradijera su visión de un hogar cristiano feliz. Y en Nueva York, el hombre con el que vivía...

—El mantenido.

—Sí, el mantenido. Vivía en una fortaleza de secretos. Secretos sobre su familia, sobre su carrera, sobre sus amoríos. ¡Secretos sobre su piso! Pero cualesquiera que fueran las razones que tenían para mantener la boca cerrada, todos mentían. Y ya estoy harta. Ahora quiero saberlo todo. Quiero saber lo que ha pasado, por desagradable,

incómodo o perturbador que sea. Si no les sostenemos la mirada a las cosas que nos hacen querer apartarla, entonces el mundo no es más que un espejismo.

Evelyn hizo una pausa para volver a llenar los vasos. Luego miró a Charlie y esperó.

Así que se lo contó todo. Le habló de los asesinatos de Litsky y Winter, del charco de sangre alrededor del torso de Litsky y de los pantalones alrededor de los tobillos de Winter. Le contó que había escondido el arma del crimen en el maletero de Finnegan, que había añadido el nombre de Finnegan a la agenda y que había destrozado el buzón para que el coche de Finnegan llevara las marcas de la huida.

Cuando Charlie terminó, Evelyn asintió con la cabeza. Asintió no sólo en señal de comprensión o de reconocimiento por un trabajo bien hecho, sino como alguien dispuesto a aceptar las cosas como son.

—Gracias, Charlie.

Permanecieron un rato sentados a la mesa sorbiendo su bourbon, compartiendo la satisfacción de sentirse cómodos y tranquilos en compañía del otro.

Pero cuando se terminaron el bourbon y llegó la hora de que Evelyn se marchara, Charlie se dio cuenta de que había otra cosa que quería decir, o tal vez admitir.

—Esta noche —dijo—, cuando estaba al teléfono contigo, en casa de un desconocido, con un chichón en la cabeza y dos cadáveres a mis pies, preparándome para inculpar a un hombre de los crímenes que cometió, me he dado cuenta de que yo tampoco habría querido estar en ningún otro sitio.

Marcus

Habían sido setenta y dos horas muy ajetreadas en las oficinas de Selznick International. Habían sido setenta y dos horas muy ajetreadas en las oficinas de toda la ciudad. A lo largo de tres días, Marcus había hablado por teléfono al menos cinco veces con sus homólogos de Warner Brothers, Paramount, MGM y Twentieth Century-Fox. Había rechazado más de cincuenta llamadas y dos visitas no anunciadas de periodistas, al principio del gremio y de *Los Angeles Times*, pero finalmente de los principales periódicos de Nueva York, Chicago, Denver y St. Louis.

El ajetreo comenzó el lunes por la mañana, cuando un destacado columnista de cotilleos informó del descubrimiento de un espejo de doble cara en el vestuario femenino de la casa de cierto *bon vivant*. A la hora del almuerzo, todo el mundo sabía que el *bon vivant* era Freddie Fairview y que detrás del espejo había una cámara. Una de las jóvenes actrices que estaban allí el día del descubrimiento había presentado cargos, por lo que se había emitido una orden judicial y se había registrado la casa de Freddie. Al no encontrarse ninguna fotografía, Freddie negó categóricamente tener conocimiento alguno del espejo de doble cara, especulando que debía de haberlo colocado otra persona, como su paisajista o los operarios que limpiaban su piscina.

Pero el martes por la mañana, todas las portadas de la ciudad publicaban la noticia del asesinato de dos fotógrafos en paro —uno de los cuales había trabajado para un estudio— y la detención de un ex detective de la brigada Antivicio. Tanto en casa del ex detective como en la del ex fotógrafo de estudio se habían encontrado fotografías comprometedoras de varias actrices tomadas en el vestuario de Fairview. Fuentes del departamento de policía insinuaron que sólo se habían recuperado unas pocas fotografías, pero dado el elaborado

montaje y los sujetos implicados, nadie creyó ni por un segundo que sólo existieran esas imágenes. Así pues, lo que todos los jefes de estudio, productores, directores y agentes de la ciudad querían saber era qué actrices habían pasado por aquel vestuario. Dada la popularidad de las fiestas de los domingos por la mañana en Fairview, la lista era desesperadamente larga.

En el cine, el portazo es un tópico que indica enfado, exasperación o el final de una relación. Mucho menos se ha utilizado la puerta que se abre de golpe. En esas primeras setenta y dos horas, la puerta de Marcus se abrió de golpe infinidad de veces, cuando David irrumpió para expresar preocupaciones, exigir novedades, sugerir medidas y amenazar con acciones legales.

¿Acciones legales contra quién?

Contra Fairview. Contra los fotógrafos. Contra la policía de Los Ángeles. ¡Contra todos, diantre!

A medida que se desarrollaban los acontecimientos, el teléfono de Marcus sonaba tan a menudo que cada vez le costaba más levantar el auricular. Pero cuando sonó el miércoles por la noche se alegró de haber contestado. La voz del otro lado de la línea no era apremiante, ni angustiada, ni frenética. Era una voz con tono pausado y acento del Medio Oeste. Era la llamada que él estaba esperando.

—Señorita Ross.

—Señor Benton.

—¿Tiene las fotografías de De Havilland?

—Tengo todas las fotografías.

Marcus sonrió por primera vez desde hacía tres días.

—¿Cuándo podrá venir al estudio?

—¿Qué le parece mañana a mediodía?

—Perfecto. David tiene un descanso a mediodía. Estoy seguro de que querrá darle las gracias en persona.

—Si va a ir Selznick, yo no iré.

Marcus asintió comprensivo.

—¿Y a las tres?

—Hecho. A las tres.

A las tres menos cuarto, Marcus envió a su secretaria a casa, pese a que ella nunca abandonaba la oficina antes que él. Cuando la secretaria se marchó, él dejó la puerta de su despacho entreabierta. Antes de volver a su mesa, se detuvo ante el anticuado mapa del este de Arkansas que David había duplicado para él. Según la leyenda del mapa, lo habían dibujado en 1882. El estado no había cambiado mucho desde entonces, pensó Marcus. Los viejos encantos persistían junto a las viejas injusticias. Y las dos cosas lo atraían.

Cuando entró, la señorita Ross manifestó una moderada sorpresa, como si se percatara de lo poco convencional que resultaba que el despacho exterior estuviera vacío y la puerta interior abierta, o tal vez que Marcus estuviera de pie ante el viejo mapa. Una vez más, iba vestida con pantalones y blusa. Esta vez no llevaba la caña de pescar ni el sombrero, pero sí una caja de zapatos bajo el brazo. Depositó la caja sobre el escritorio de Marcus mientras ambos tomaban asiento.

Él señaló la caja.

—¿Las fotos?

—El dinero —dijo ella.

Marcus estaba acostumbrado a mantener una expresión inmutable independientemente de lo que le dijeran. Pero al oír la respuesta de la señorita Ross, no pudo evitar exhibir su asombro. Tampoco pudo resistir la tentación de levantar la tapa.

Pero ahí estaban: los cinco mil dólares que ya había desembolsado.

—Nunca pensé que volvería a verlo —admitió.

—Es suyo, ¿no?

—Aun así…

Las señorita Ross entornó los ojos.

—No me gusta gastarme un dinero que no me he ganado, señor Benton.

«No», pensó Marcus. «Claro que no.»

—En realidad no está todo ahí —añadió ella—. Faltan unos cien dólares.

—¿Gastos?

—He tenido que comprar una bicicleta y unos zapatos.

Señaló los zapatos de tacón que llevaba puestos, brillantes y rojos.

Marcus sonrió. Evelyn Ross había superado todas sus expectativas. Las había superado en cuanto a astucia, discreción y capacidad de acción, sí, pero sobre todo en cuanto a estilo. Había muy pocas personas con las que Marcus disfrutara trabajando. Por eso, lo que tenía que decirle le resultaba aún más agridulce. Pero lo primero era lo primero.

—¿Ha traído las fotografías?

Ella sacó un sobre largo y estrecho y lo dejó sobre su mesa.

A Marcus le sorprendieron un poco las dimensiones del sobre. Su contacto en el departamento de policía le había dicho que las fotografías recuperadas tenían el tamaño típico de una foto publicitaria. Miró a Evelyn con cierta extrañeza, pero ella le sostuvo la mirada con frialdad. Marcus abrió el sobre y sacó el contenido.

Dentro había unas veinticinco fotografías de cinco por veinte centímetros. En todas ellas aparecía el rostro de una actriz mirando fijamente a la cámara. Todas habían sido recortadas de una fotografía más grande, de modo que abarcaban desde la parte superior de la cabeza de la actriz hasta la parte superior de sus clavículas. Entre las imágenes figuraban los rostros de las principales actrices de todos los grandes estudios. Era una antología sobrecogedora.

«Bravo», pensó Marcus tras recuperarse de la impresión inicial. No le cabía duda de que la señorita Ross había usado ella misma las tijeras y que luego había destruido los restos más reveladores. De haber recuperado las fotografías un hombre, no lo habría hecho: las habría entregado enteras. ¿Y por qué lo había hecho? Porque podían contarse con los dedos de una mano los hombres de la industria en quienes se habría podido confiar para guardar aquellas imágenes sin ninguna mala intención.

Cuando Marcus levantó la vista, Evelyn ya no lo estaba mirando. Había desviado la mirada hacia el estante donde el sombrero de paja volvía a estar junto al busto de César, su igual en todos los sentidos. Marcus reclamó su atención colocando las fotos sobre el escritorio.

—No sé cómo expresar lo agradecidos que estarán David y Jack cuando se enteren de que ha recuperado con éxito estas fotografías —dijo—. Pero como usted sabe, la mayoría de esas mujeres no tienen

contrato con Selznick ni con Warner Brothers. Con su permiso, me gustaría informar a los otros estudios de la situación a la que se vieron expuestas y de su papel en la protección de sus intereses. Sospecho que varios de mis homólogos querrán demostrarle su gratitud económicamente.

La señorita Ross le concedió permiso a Marcus, pero sugirió que había una forma mejor de que los estudios manifestaran su gratitud. Tres personas la habían ayudado a recuperar las fotografías: una era un actor entrado en años y otra, un aspirante a doble de acción.

—Me gustaría que los estudios los tuvieran en cuenta para próximos papeles.

—Yo me ocuparé.

—Gracias.

—Pero creo que es mi deber informarla de que la próxima vez que venga a Selznick es posible que no me encuentre aquí.

La señorita Ross lo miró con gesto de consternación.

—Por decisión propia, aclaró Marcus. Llevo cuatro años en Los Ángeles y creo que ya es hora de volver a casa.

Marcus dudaba que para la señorita Ross «volver a casa» sonara a motivación, pero ella asintió para expresar su comprensión, o quizá su compasión. Luego se levantó y le tendió la mano.

—Lo echaré de menos, señor Benton.

—Será bonito que alguien me eche de menos —repuso él.

Probablemente, este tampoco era un sentimiento que la señorita Ross entendiera bien, pero cuando se estrecharon la mano, ella volvió a asentir.

Cuando la señorita Ross se dio la vuelta para marcharse, Marcus comprendió que no hacía falta decir nada más. Una situación difícil se había resuelto satisfactoriamente. Ella estaba en buenos términos con los estudios, él volvía a casa y se habían despedido cordialmente. A esta lista, Marcus podría haber añadido el deber que aún tenía para con los estudios y la discreción que le exigía su profesión. No obstante...

—Señorita Ross.

Ella se volvió.

—Tengo entendido que, cuando termine el rodaje de *Lo que el viento se llevó*, la señorita De Havilland volverá a Warner Brothers para hacer otra película con Errol Flynn.

—Así es. Será la quinta que hagan juntos. Es un romance histórico titulado *La vida privada de Elizabeth y Essex*.

Marcus asintió con la cabeza.

—Creo que debería usted saber que la intención de Jack Warner es contratar a Bette Davis como protagonista femenina junto al señor Flynn.

Marcus vio que el semblante de la señorita Ross se ensombrecía.

—Si Davis va a interpretar a la reina, ¿qué papel le darían a Olivia?

—El de dama de honor.

A Marcus pocas veces le había impresionado la ira. Durante su estancia en Hollywood, había sido testigo de ella en todas sus formas. Había presenciado la cólera de los productores ante gastos imprevistos o ante las inexplicables preferencias del público. Había visto a directores arrojarles guiones a los cámaras y a guionistas abandonar furiosos el plató. Había visto a actrices negarse a salir de sus camerinos durante horas. Había tratado con predicadores y políticos indignados por las muestras de inmoralidad que ofrecían las últimas películas del estudio. Y en cada una de esas expresiones de ira había algo esencialmente infantil. Sin embargo, cuando Marcus pronunció las palabras «dama de honor», en el rostro de la señorita Ross relampagueó una ira tan repentina, tan aguda y tan contenida, que no pudo sino quedar impresionado.

—Sólo para vengarse —observó ella una vez recobrada la compostura.

—Sí, en parte por eso —concedió Marcus—. Pero sospecho que también pretende recordarle a la señorita De Havilland que por muy buena acogida que tenga su intervención en *Lo que el viento se llevó*, sigue bajo contrato con él.

—«Bajo» es la palabra exacta, señor Benton.

—Supongo que sí —dijo Marcus.

Entonces ella se volvió hacia la puerta, y Marcus se sorprendió añadiendo:

—Si algún día necesita asesoramiento legal, señorita Ross, espero que no dude en telefonearme.

Eve

«Magnates», pensó Eve al salir furiosa del Edificio Dos. «Rajás y pachás. Zares y sultanes. Reyes, khanes y kahunas.» Su idioma había adoptado diferentes versiones de la palabra en otras lenguas, como si no hicieran todas referencia a lo mismo.

Camino del aparcamiento, Eve se detuvo. Eran sólo las cuatro, lo que significaba que Olivia aún estaba en algún lugar del recinto. ¿Debía decírselo ahora? ¿O esperar a más tarde?

Olivia se había emocionado mucho cuando había sabido que su próxima película sería *Elizabeth y Essex*. La emocionaba volver a trabajar con Curtiz, que había dirigido *Robin Hood*. La emocionaba trabajar con Flynn (pobre infeliz). Pero, sobre todo, la emocionaba el papel. Por lo poco que sabía del guión, la película le iba a brindar la oportunidad de interpretar a un tipo de mujer muy diferente. En lugar de una damisela en apuros, sería una reina y gobernante que, en tiempos de guerra, no tiene más remedio que condenar a muerte a su propio amante por traidor. La máxima expresión de la supremacía de los principios sobre la pasión.

Pero al final iba a ser Bette Davis la reina, y Olivia la que le llevara la cola del vestido.

A Eve no le agradaba la idea de dar la noticia, pero no quería darle a Warner la satisfacción de dársela él mismo. Así que se dio la vuelta y se dirigió a la zona del estudio donde se había construido la plantación de los O'Hara.

La última vez que Eve había estado en el set de Tara había sido durante la segunda semana de producción. Ese día rodaban la escena en la que Escarlata y sus hermanas —con vestidos de vivos colores— bajan la escalera para saludar a su madre mientras hablan animadamente del baile que se celebrará la noche siguiente. El vestíbulo había sido diseñado para sugerir la riqueza y elegancia de

los O'Hara antes de la guerra. Sobre el revestimiento pintado de azul había un papel pintado con rosas en flor sobre un fondo blanco. En una de las paredes había un sofá tapizado al estilo europeo. En la otra, un aparador con velas cuya luz se reflejaba en los herrajes de latón pulido de las puertas.

Pero ese día, cuando Eve entró en el vestíbulo, no lo encontró como antes. Lo estaban transformando en previsión del regreso de Escarlata y Melania a Tara tras la Marcha de Sherman.

Para reflejar el saqueo que se había producido, el vestíbulo había sido despojado de sus muebles y candelabros; incluso habían quitado los herrajes de latón de las puertas. Justo delante de Eve, un hombre mayor, a gatas, raspaba el suelo de madera con una piedra pómez. En la escalera, otro más joven abollaba ligeramente la barandilla con un mazo. A la izquierda de Eve, un técnico larguirucho con un complicado aparato a la espalda —parecido al de los exterminadores— pulverizaba un líquido sobre el papel pintado para que pareciera que una gotera en el techo hubiese dejado manchas. Al fondo del vestíbulo, un hombre con gafas de protección rompía fragmentos de cristal de las ventanas de forma selectiva con un martillo de joyero.

—Disculpe —dijo un hombre con un cinturón de herramientas atado a la cintura, y tras rodear a Eve procedió a aflojar las bisagras de la puerta principal para que crujiera al abrirla.

Eve pasó a la habitación contigua, que también había quedado desnuda, y encontró a dos mujeres trabajando con ahínco: una pintaba grietas en el yeso y la otra aplicaba pintura de color sepia en un cuadrado delimitado con cinta adhesiva para simular la sombra de un retrato que una vez había colgado allí.

Era sobrecogedor.

El día antes de llegar a Los Ángeles, Eve había redactado una lista de los lugares que quería visitar repartidos por todo el mundo, como la Ciudad Prohibida, el Taj Mahal y la Alhambra. Cuando aceptó el trabajo de Marcus Benton, dobló la lista y la guardó un tanto decepcionada. Sin embargo, en la Tara transformada, cuando de repente le vino a la mente aquella lista, lo que pensó fue «Adiós, muy buenas». Al fin y al cabo, ¿no eran todos palacios?

Una vez, en el instituto, Eve había tenido que leer un poema sobre un viajero que se encuentra con la estatua derruida de un rey en medio del desierto. En el pedestal de la estatua había grabada una invocación del rey a los poderosos del mundo para que contemplaran sus grandiosas obras y se desesperaran. A Eve le había gustado el poema. Era corto, rimaba y estaba escrito con brío y con espíritu de venganza. Pero, por supuesto, no era más que una ilusión. No se podía contar con que la arena enterrara las obras de los soberbios. No habían llegado arenas del desierto para enterrar la Ciudad Prohibida o el Taj Mahal, como tampoco llegarían para enterrar el Empire State Building ni Hollywood. Contrariamente a la romántica afirmación del poeta, la historia sugería que los monumentos de los arrogantes podían durar mucho tiempo.

Era cierto que los hombres que habían construido esos monumentos (o, mejor dicho, que los habían hecho construir) ya no estaban. Pero generación tras generación habían aparecido nuevas versiones de los poderosos, dispuestas a asumir los tronos y a satisfacer sus caprichos con la misma presunción de predestinación.

«No», pensó Eve, «no se puede contar con las arenas del desierto ni con los vientos de Santa Ana para derribar las obras de los fanáticos». A fin de que en el mundo hubiera justicia, tenía que aparecer un equipo de artesanos armados de martillos, pinceles y piedras pómez para desmontar pacientemente los palacios de los soberbios.

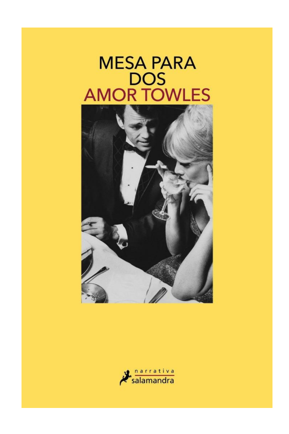
Vuelve el celebrado autor de Un caballero en Moscú

«Un libro espectacular. […] Un triunfo».

The New York Times

«Quizá su mejor libro hasta la fecha.»

Los Angeles Times



Tras cautivar a millones de lectores con *Un caballero en Moscú*, Amor Towles vuelve a seducirnos con su elegancia, humor e ingenio narrativo en Mesa para dos, seis relatos que transcurren en Nueva York al filo del cambio del milenio y una novela breve ambientada en la Edad de Oro de Hollywood.

Aparentemente inconexas, todas estas historias presentan un momento crítico en que dos personas deben sentarse a una mesa para abordar asuntos tan universales como la búsqueda de la felicidad, el poder del dinero o la subversión de las normas sociales. Así sucede en relatos tan conmovedores como «La cola», que sigue el periplo de dos campesinos rusos, Pushkin y su mujer Irina, desde su aldea hasta Nueva York pasando por Moscú, mientras intentan desarrollar su potencial sin traicionar sus ideales; o en «La balada de Timothy Touchett», donde un escritor frustrado acepta un trabajo poco edificante hasta que Paul Auster se cruza en su camino. O en «Eve en Hollywood», una vibrante novela con tintes de género negro que nos

permite reencontrarnos con Evelyn Ross, la indomable protagonista de *Normas de cortesía*, aquí decidida a labrarse un futuro entre platós, bungalós y los antros más oscuros de Los Ángeles de los años cuarenta.

Creador de personajes que nos transportan en el tiempo y nos dejan una huella imborrable, Amor Towles muestra de nuevo su enorme talento en Mesa para dos. En este fascinante libro, lleno de dramatismo, agudeza, erudición y ternura, el autor vuelve a sus temas de siempre —las relaciones, la familia, la confianza, la ambición, la culpa o el valor de la amistad— con su acostumbrada hondura y belleza.

La crítica ha dicho:
«Espectacular. […] Un triunfo.»
The New York Times

«Cumple con creces lo que promete. […] Una valiosa adición a la obra del autor.»
The Washington Post

«Una variedad de cuentos muy entretenidos, con la ironía discreta y ocasionalmente traviesa de Towles.»
Kirkus Reviews

«Quizá su mejor libro hasta la fecha.»
Los Angeles Times

«Nos sumerge en las arenas movedizas de la vida con gran habilidad. […] Una excelente compañía.»
Financial Times

«Una colección sutil, ingeniosa y magistral.»
BookPage

«Historias deliciosas impregnadas de la firma de Towles.»
Time

«Un libro muy ameno que encantará tanto a los admiradores del autor como a los nuevos lectores.»
The Guardian

«Maravilloso.»
Daily Mail

«Ficción del más alto nivel.»
The Irish Times

Amor Towles (Boston, 1964) se graduó en la Universidad de Yale y completó estudios de posgrado en Literatura Inglesa en Stanford. Su primera novela, Normas de cortesía (2012), traducida a más de quince idiomas y bestseller de *The New York Times*, fue considerada por *The Wall Street Journal* como uno de los mejores libros de 2011. La acogida del público se multiplicó con la publicación de su segunda novela, Un caballero en Moscú, que escaló hasta el primer puesto en la lista de *The New York Times* y de la cual se han vendido más de un millón de ejemplares hasta la fecha. Este éxito definitivo ha permitido a Towles abandonar el mundo de las finanzas y dedicarse a escribir a tiempo completo. En la actualidad vive en Manhattan con su mujer y sus dos hijos.



Título original: *Table for Two*

Primera edición: septiembre de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Los relatos «The Line» [«La cola»] y «The Didomenico Fragment» [«El fragmento de DiDomenico»] se publicaron previamente en versiones ligeramente distintas, el primero en la revista Granta en 2019 y el segundo como un original de Audible en 2021. La novela breve «Eve in Hollywood» [«Eve en Hollywood»] se publicó por primera vez en una versión significativamente diferente como un ebook original de Penguin Books en 2013 y en una edición impresa por el autor.

Imagen de la cubierta: © Horn / Condé Nast / Shutterstock

ISBN: 978-84-19456-84-7

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd

X: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club





Índice